Historia económica del norte peruano

Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional

Carlos Contreras Carranza
Elizabeth Hernández García
(editores)





HISTORIA ECONÓMICA DEL NORTE PERUANO.
SEÑORÍOS, HACIENDAS Y MINAS EN EL ESPACIO REGIONAL

Carlos Contreras Carranza
Elizabeth Hernández García
(editores)

Historia económica del norte peruano

Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional

Susana Aldana Rivera
Edith Aranda Dioses
Régulo Franco Jordán
Julissa Gutiérrez Rivas
Elizabeth Hernández García
Miguel Jaramillo Baanante
Susan Ramírez
Lewis Taylor





Serie: Historia Económica, 29

ISBN digital: 978-612-326-121-4

Contenido

Prefacio

Con este libro, la Colección de Historia Económica del Banco Central de Reserva del Perú y el Instituto de Estudios Peruanos dan inicio a una serie de volúmenes acerca de la evolución de la organización económica en las distintas regiones del Perú. En su versión moderna, el Perú es un país emergido del derrumbe del imperio español en el primer cuarto del siglo XIX; pero, como sabemos, su historia como un territorio habitado por sociedades complejas que erigieron sistemas productivos y aparatos formales de gobierno comenzó mucho tiempo atrás. Los reinos indígenas que culminaron en el extenso imperio de los incas, el omnipresente y enérgico régimen español, seguido del gobierno republicano de los últimos dos siglos, ayudaron a difundir en el territorio que hoy comprende nuestro país un conjunto de rasgos culturales similares que podemos conceptuar como característicos de "lo peruano". Estos, junto con la infraestructura política y de comunicaciones, permiten la articulación entre sus distintas regiones. Pero aun así, la geografía peculiar de cada espacio del país, su ubicación frente a los puertos que permiten el comercio de larga distancia, así como los avatares de la historia y la naturaleza, han creado en cada región del Perú una realidad única y distinta.

Esto sucede tanto en el plano de la política o los aspectos sociales, como en el de la organización de la economía. Una historia general que comprenda todo el espacio nacional difícilmente puede dar cuenta de esta variedad. La intención de estos libros es, por ello, recoger las dimensiones regionales de la historia económica del Perú. Los ciclos de auge y decadencia, de aislamiento de la economía mundial y, contrariamente, de involucramiento con esta, que caracterizaron al Perú como conjunto, no necesariamente han coincidido con el de todas sus regiones. Mientras que a mediados del siglo XIX, la economía de la costa se conectaba febrilmente con el mercado mundial a través del guano,

el salitre, el azúcar y el algodón, la sierra, por ejemplo, yacía aislada y sus minas, antaño célebres, estaban postradas, sin capitales y con escaso trabajo; en la primera parte del siglo XX, en la sierra central se vivía la bonanza del cobre y la plata, mientras que en las punas del sur andino la exportación de las lanas languidecía por la competencia de las fibras sintéticas en los grandes mercados del mundo, y en la Amazonía se instalaba la decadencia a raíz del desplazamiento de su producción de jebe y caucho por los gomales de Ceilán.

Hoy en día los medios de transporte y la acción fiscal del Gobierno ayudan a compensar estos distintos ritmos, permitiendo la migración de la población entre las regiones y equilibrando, mediante el gasto público o los subsidios, la dinámica de las economías regionales. Pero estas herramientas no existían, o eran mucho más débiles, en el pasado.

No es fácil, sin embargo, identificar a las regiones. Cada vez que en el Perú surgieron arrestos descentralistas, el debate sobre cuáles eran las regiones "realmente existentes" se volvió interminable. Una característica de las regiones es que carecen de un centro político formal que las aglutine, las identifique y les transmita una coherencia. Se trata de espacios que comparten elementos geográficos y culturales comunes, pero carecen de un poder central, o este tiene solo una débil autonomía, al depender de un poder superior (como en el caso de los gobiernos regionales del Perú de nuestros días). Las regiones se conforman a partir de una geografía, como llevamos dicho, pero también sobre la base de la producción de bienes, o del comercio que la acompaña. La necesidad de movilizar insumos, capitales y mano de obra en espacios geográficos determinados va anudando relaciones sociales y creando una cultura común que, más tarde o más temprano, se manifiesta en costumbres y tradiciones que van delineando una personalidad singular. La geografía no es inmutable, como nos enseñaron los maestros de la escuela de los *Annales*, pero menos lo es la economía, por lo que las configuraciones regionales son siempre cambiantes.

La historiografía económica regional tuvo un desarrollo venturoso en el Perú durante los años setenta y ochenta del siglo pasado. La moda de la historia económica y social, difundida tanto por el marxismo como por la escuela de los *Annales*, el arribo a la universidad de sectores sociales provincianos o provenientes de estratos de pequeños comerciantes, trabajadores y maestros, junto con la idea que se tenía de un Estado nacional que habría estado poco presente en la vida del así llamado "interior", confluyeron en la elaboración de historias locales y regionales. Esta resulta, en verdad, una forma de escribir la historia mucho más natural que el formato de la "historia nacional", que es el que acaba siendo más promovido en los países centralistas como el nuestro. Aparecieron los estudios de Heraclio Bonilla, Alberto Flores-Galindo y Luis Miguel Glave sobre el "sur andino", de Manuel Burga sobre el valle del Jequetepeque, Lorenzo Huertas sobre Saña, José Tamayo sobre el Cuzco, Baltazar Caravedo y Eusebio

Quiroz sobre Arequipa y Nelson Manrique sobre la sierra central (para solo mencionar ejemplos de historiadores peruanos). La teoría de la dependencia, que postulaba la existencia de una red articulada de regiones centrales y periféricas dentro de cada país, que conectaba a los productores locales con el mercado mundial, estimularon estos estudios regionales, al tiempo que los dotaron de un aparato conceptual e interpretativo.

La poca organización de los archivos locales, la ausencia de apoyo para la investigación histórica y la explosión de violencia que caracterizó a la mayor parte del campo peruano desde mediados de los años ochenta del siglo pasado interrumpieron, desafortunadamente, esta tendencia. Se volvió los ojos hacia el estudio de los procesos políticos nacionales, como la independencia, las elecciones o los debates ideológicos. Para la historia económica y regional comenzó un largo invierno.

Encaramos hoy el desafío de conciliar la idea moderna de que, en la evolución histórica, la política y el Estado son, desde luego, importantes, con el deseo y la necesidad de volver a colocar en la palestra la historia regional. Algunos acontecimientos que suceden en el Perú de nuestros días nos hacen pensar que se trata de una empresa bastante oportuna. Vemos, por ejemplo, la actitud de poblaciones locales que rechazan las normas dictadas por el Gobierno central acerca del uso o el cuidado de los recursos naturales, o vemos surgir nuevos liderazgos regionales, independientes del poder central. ¿Es posible explicar estas dinámicas desde la historia? Otra dimensión deseable sería incorporar en el análisis regional el sector de la economía dedicado al consumo interno. No solo azúcar y cobre se producían en la costa norte o en la sierra central. Es posible que la mayor parte del valor de lo producido consistiese en bienes alimenticios o servicios de todo tipo. Este fue un ámbito descuidado por la historia económica dependentista, básicamente enfocada en los sectores de “acumulación” y que “articulaban” la economía local con la internacional. Si queremos dar cuenta de una historia regional con sus propios ritmos y tendencias, no debemos hacer a un lado los ámbitos que, aunque menos mensurables por no haberse dirigido al mercado exterior o no haber tenido la supervisión fiscal del Estado tras de sí, ocuparon probablemente a la mayor parte de la población en diversas épocas.

Puesto que no existe todavía una producción de estudios monográficos abundante sobre la dinámica de las historias regionales, hemos diseñado una colección de solamente cuatro volúmenes que versen sobre las regiones norte, centro, sur y oriente, respectivamente. Se trata de regiones amplias y definidas transversalmente antes que longitudinalmente (como serían, por ejemplo, las típicas regiones de costa, sierra y selva). Ello se ha hecho así en razón de que, desde el periodo español, la comunicación entre la costa y la sierra fue, a despecho de la dificultad de los caminos de nuestro país, relativamente fluida, y ocurría una rica interacción social y comercial entre espacios como Trujillo y

Cajamarca, Pisco y Huancavelica o Arica y Potosí. Cada volumen irá dedicado a una de estas amplias regiones y contendrá entre seis y diez estudios que harán un recuento, cronológico y temático, de la evolución económica regional desde la era prehispánica hasta el final del siglo XX. El propósito de la sección temática es complementar los estudios de la sección cronológica, enfocando aspectos o áreas específicos de la economía regional; asimismo, se trata de una sección que procura aprovechar la existencia de estudios terminados o de capacidades vinculadas al conocimiento de la historia económica regional.

El primer volumen va consagrado al estudio del norte peruano, entendido como la suma de los actuales departamentos de Tumbes, Piura, Lambayeque, La Libertad, Cajamarca, Huánuco y Amazonas. Se trata de un amplio espacio, más o menos identificado con lo que en vísperas de la independencia fuera la intendencia de Trujillo. Los autores de los capítulos cronológicos quedaron, sin embargo, en libertad de proceder a ciertos ajustes en la delimitación de la región. Cada volumen cuenta con un coordinador, con quien hemos seleccionado conjuntamente los autores y el reparto de los temas a tratar. En este caso, la responsable ha sido Elizabeth Hernández García, doctora en Historia y profesora de la Universidad de Piura, con amplia experiencia de investigación en la región.

Junto con la entrega de este primer tomo, agradezco el respaldo de las instituciones que auspician esta colección: el Banco Central de Reserva del Perú y el Instituto de Estudios Peruanos, cuyo compromiso con la cultura y la investigación científica nos permiten proveer al país y a la comunidad de lectores del mundo hispanohablante un libro que profundiza en el conocimiento de la historia económica del país.

Carlos Contreras Carranza

Introducción

El estudio de la economía de las regiones en la historia del Perú ha cobrado una gran vitalidad, con altibajos, desde la década de 1980, y al día de hoy es de gran interés entre los estudiosos de la historia económica, sean especialistas o no. Esto ha venido de la mano de (re)planteamientos que teorizaban o se acercaban a conceptos tan complejos como la nación, el Estado, la ciudad y la región en las historias nacionales; surgieron entonces algunos cuestionamientos, como, por ejemplo, la recurrente equiparación de una historia general del Perú con una mirada enfocada en las capitales, como ha pasado —y sigue pasando— en muchas publicaciones de distinta naturaleza. Es esta una preocupación que sigue vigente en el ánimo de quienes nos dedicamos a rescatar, precisamente, la historia de los espacios "periféricos", "marginales", "extracapitalinos".

La región norte del Perú, en términos geográficos y económicos, es tanto más extensa cuanto lo fue en la época prehispánica y durante el gobierno virreinal; las demarcaciones políticas, establecidas y reguladas por la administración española aquí, eran superadas por la actividad cotidiana de los habitantes, por el ir y venir de personas, por la circulación de bienes de distinta índole. Aunque las provincias surecuatorianas no se hayan incluido en este estudio de manera específica, se trabajan tácitamente en la medida en que hay que pensar una historia del norte peruano siempre insertándolas. Es, por tanto, una región extensa que concentra una cantidad considerable de ecosistemas y de pisos altitudinales que influyen tanto en la organización social como en la producción y expendio de recursos. A su extensión, añade esta región la existencia de puertos en torno a los cuales se fueron estructurando progresivamente activos mercados que unen puntos transversales entre costa, sierra y montaña, que articulan redes de intercambio y de poder, y que sustentan la propia vida económica de la población en general.

La cercanía al fundamental puerto de Panamá condicionó, por un lado, una economía enfocada mayormente hacia el norte de Sudamérica y, por otro, una conexión permanente entre el Pacífico y el Atlántico, conexión de mucha actualidad por algunos de los proyectos y tratados económicos de nuestro país en los últimos lustros. De ahí que se pueda entender al norte como una especie de "bisagra" según sea la perspectiva desde la cual se aborde. La autosuficiencia económica fue, además, el sello de este espacio, característica a la que se sumaron en su historia consideraciones de índole sociocultural, que le dieron un carácter, si acaso, de más arraigo señorial, de mayor concentración de poder en las autoridades locales no necesariamente políticas. De este modo, la región conformó, finalmente, un espacio clave en la historia económica y en la economía del país.

En el conjunto variopinto de la historiografía peruana que ha debido superar circunstancias ajenas a la voluntad de los investigadores —que tenían más que ver con la falta de medios o con los problemas políticos del país—, lo cierto es que el norte es de las regiones que más bibliografía especializada sobre economía ha producido: títulos y autores de consulta obligada para quien se introduzca en el conocimiento a profundidad de esta realidad. Uniendo la preocupación antes dicha, la realidad historiográfica del norte y algunas nuevas propuestas de investigación de los autores convocados, surge la estructura de este primer volumen de la Colección de Historia Económica Regional del Perú.

Este tomo sobre el norte peruano se ha organizado en dos bloques: cronológico y temático. La idea de esta división era mostrar dos lecturas. La primera se debía centrar en la evolución económica a lo largo del tiempo, desde los primeros asentamientos del hombre en este espacio regional hasta el siglo XXI, en la medida en que las fuentes bibliográficas y documentales permitiesen la reconstrucción de los pilares económicos norteños en este lapso. Siguiendo dicho enfoque, la sección cronológica ha dividido la historia económica en las grandes épocas o periodos en que son perceptibles quiebres, rupturas o reacomodos de los sujetos económicos o de las economías macro y su relación con este espacio regional, y aborda los siguientes temas: desarrollo evolutivo de la economía en tiempos prehispánicos; la economía norte desde la colonia temprana hasta 1750; las actividades económicas y la comercialización a fines del virreinato e inicios de la República; pensamiento, economía y proyecciones republicanas hasta 1930; y, finalmente, el desarrollo económico regional y los grandes acontecimientos mundiales y nacionales de los siglos XX y XXI. La segunda lectura que se ha intentado hacer es el análisis de escritos centrados en temas concretos y específicos de la economía del norte en distintas épocas; así, se han trabajado los aspectos de mano de obra, esclavitud y producción; la articulación de una economía local-regional en el siglo XVIII; y la actividad petrolera como base de la configuración urbana de la ciudad de Talara.

Consideramos que esta organización metodológica puede ayudar al lector en la atención tanto al conjunto de eventos económicos en el largo tiempo como a una mirada reflexiva de realidades de las que no se puede prescindir en un estudio sobre esta región.

En el bloque cronológico, Régulo Franco hace un recorrido por la prehistoria del extremo norte desde los 10.000 años de antigüedad, privilegiando el área costeña, que es sobre la que más soporte documental existe. Partiendo de la vida material, Franco desentraña lo que serían las actividades de subsistencia tanto de los pueblos antiguos como de las grandes culturas precolombinas, los denominados intercambios mercantiles, las manufacturas y la producción. Por otro lado, la referencia a bienes inmateriales está presente en el discurso teniendo en cuenta la imbricación entre economía y religiosidad, o entre actividades económicas y cosmovisión andina. Para Franco, el gran hito económico-cultural del norte está representado por los mochicas.

Iniciando la época virreinal, Susan Ramírez analiza los cambios económicos de la colonia temprana, desde la llegada de los españoles hasta la primera mitad del siglo XVIII. En su estudio, Ramírez destaca la conformación de las nuevas estructuras de producción y comercialización en conexión con los organismos administrativos, políticos y de tributación que se empezaron a establecer; así como el surgimiento y consolidación de las haciendas, tinas y obrajes como motores económicos tanto de la subsistencia regional como del comercio exportador. Azúcar, tocuyos, cordobanes y jabón fueron los productos que caracterizaron la economía de la costa y la sierra norte en este tiempo, producción que entró en un periodo de crisis que se agudizó sobre todo por la concentración de tierras; de esta manera el espacio norte entró en la segunda mitad del siglo XVIII.

Elizabeth Hernández se ocupa de la etapa final del virreinato y la época de la independencia. Partiendo del periodo de crisis de la primera mitad del siglo XVIII, la autora centra su atención en aquellas actividades económicas que fueron referente ineludible del norte del Perú dentro y fuera de la región, y del propio virreinato, y sin las cuales no se entiende la economía en estas décadas, como, por ejemplo, la actividad minera, la comercialización de la cascarilla y el tabaco, la producción de las haciendas y tinas, y el comercio ballenero. En este capítulo, en segundo lugar, se trabaja el tema transversal de la economía local y la importancia de todos los actores en las distintas fases de producción y expendio de los bienes. Y, finalmente, a manera de interrogante, se plantean algunas cuestiones que la autora sigue investigando en un tema de tan variadas lecturas como es la economía del norte peruano en la independencia y sus efectos en la economía de las clases privilegiadas y de los sectores menos favorecidos.

El periodo republicano es trabajado en dos capítulos. En el primero, Susana Aldana nos ofrece el estudio de la economía norteña a partir de un hilo

conductor: los grandes señores del espacio norte; de esta manera, estudia los mecanismos de producción y las maneras de vinculación de las clases dirigentes con "los otros" en unas décadas cambiantes (1830-1930). Y por otro lado, la autora también hace un analítico repaso de la economía propiamente dicha, es decir, los productos bandera —y todos los procesos relacionados— en el primer siglo republicano y en el cambio de centuria. Siendo los grandes señores, además, los hombres fuertes de la región, el estudio muestra la profunda conexión entre la economía, las cuotas de poder político y las consideraciones sociales que estuvieron presentes en el día a día de todas las decisiones, no solamente las que tuvieron que ver con la producción, sino inclusive la organización —o reorganización— de las fronteras locales y de este propio espacio.

Lewis Taylor, finalmente, aborda el norte peruano desde los años 1930 hasta la actualidad. En este lapso, como él mismo sustenta, nos enfrentamos a una economía con un desarrollo desigual en cuanto a la producción, a la comercialización y a las maneras de gestionar todas las fases económicas que siguen los recursos hasta llegar a los mercados regionales, nacionales e internacionales. Partiendo de los productos emblemáticos del espacio norte de los años treinta de la década pasada —el azúcar, el algodón y el petróleo—, es decir, arrancando en la gran depresión, Taylor hace un recorrido para observar cómo fueron dándose los procesos de explotación o producción, el incremento o desmedro de las tierras cultivables según de qué producto y espacio se tratase, la situación de los distintos sectores de producción luego de hitos económicos internacionales, como la Segunda Guerra Mundial, el *boom* de la posguerra y, para nuestro caso, la reforma agraria de Velasco y la "década perdida". El autor, además, hace hincapié en la diversidad económica y las dificultades dentro de la propia región norte. Migración, plantaciones, manufacturas, trabajo, demografía, globalización, población y mercados son, resumidamente, algunos otros temas fundamentales ya mencionados que Taylor propone en el análisis para el lapso de una centuria.

En el bloque temático tenemos los estudios de Julissa Gutiérrez, Miguel Jaramillo y Edith Aranda. Gutiérrez analiza la economía de la costa norte entre 1700 y 1814. En su trabajo, en esencia, las líneas de interés son las actividades productivas y la esclavitud negra. Sin embargo, la autora realiza un trabajo que integra los factores externos (conflictos bélicos internacionales sobre todo), los internos (fenómenos El Niño en la costa y cambios en la productividad de las haciendas de caña que originan competencias mercantiles), la necesidad de mano de obra esclava y los vaivenes en su consecución, los puertos de ingreso de los esclavos y la revaloración de Paita como un puerto de gran presencia económica, a contracorriente de lo afirmado en otros estudios.

Miguel Jaramillo, por su parte, nos presenta una propuesta: el estudio de cómo se va articulando una región a partir de la evolución económica de Piura a fines de la época virreinal. Piura se nos presenta en este artículo como foco de

arrastre de otros espacios y economías de alrededor, como un mundo de intercambios y relaciones constantes y cotidianas pero cambiantes en el largo tiempo. Estos cambios manifiestan el dinamismo del concepto de región, en tanto que los intercambios, según las épocas, pueden modificarse en dirección e intensidad, reconfigurando entonces la concepción espacial regional. El autor también va más allá del aspecto económico, en tanto que son también factores culturales y geográficos los que le permiten definir a Piura como región en sí misma.

Finalizando los capítulos temáticos, Edith Aranda trabaja un tema de vital importancia para el siglo XX peruano, como es el estudio de la extracción petrolera en la refinería de Talara, y cómo la economía de este sector produjo grandes y perceptibles modificaciones en la estructura urbanística de la ciudad. Partiendo de esta relación (refinería-urbanismo), Aranda profundiza en, como ella afirma, la dinámica socioeconómica que la industria petrolera consiguió generar en esta ciudad. En qué medida cambiaron las estructuras sociales, las condiciones de vida de los talareños, los servicios básicos y educativos, cómo se dio el desarrollo urbano e industrial en Talara, cómo se manifestó la política local y el poder del petróleo, entre varios asuntos más, hacen evidente la manera como la extracción y refinamiento de este recurso trajo repercusiones más allá de las económicas, esto es, socioculturales.

El número de páginas requerido para los artículos, la bibliografía poco sistemática (dispersa y discontinua) que existe sobre este espacio norteño y las dificultades de todo tipo —económicas, precisamente— que siempre se presentan al momento de acceder a documentación archivística han sido las principales limitaciones que se han presentado en la elaboración de estos textos. No obstante, en todos se abordan cuestiones medulares, imprescindibles en cualquier estudio histórico sobre la economía del norte peruano en todas las épocas. Pero, además, todos los autores han ido más allá, profundizando en las actividades elegidas como pilares, planteando interrogantes a largo plazo que sirvan como guiones para futuras investigaciones e integrando muchos otros aspectos esenciales para comprender no solo la producción, sino la manera en que las sociedades norteñas fueron capaces de organizarse, reubicarse, reestructurarse y proyectarse en distintas direcciones. Son estas proyecciones las que insertan este conjunto espacial y económico norteño en la economía virreinal y posteriormente republicana y las que, dependiendo de la temática de cada capítulo, los autores también han considerado en sus estudios. Agradecemos, por ello, a los historiadores, sociólogos y economistas que han escrito los artículos consignados en este primer tomo, puesto que han superado largamente el objetivo que nos planteamos al inicio, brindándonos la posibilidad de presentar un texto profundo e ilustrativo de la economía y de la sociedad del norte peruano en el devenir del tiempo.

Elizabeth Hernández García

Capítulo 1

Historia económica prehispánica del norte peruano

Régulo Franco Jordán

De los cazadores recolectores a la agricultura incipiente

La antigüedad de los primeros hombres que pisaron los Andes peruanos se aproxima a los casi 16.000 años. De ellos se han encontrado los restos líticos que dejaron en los numerosos abrigos rocosos, especialmente en la cueva de Paccaicasa, en Ayacucho, considerada una de las más antiguas. Estos hombres cazadores-recolectores, trashumantes, seminómadas, periódicamente cambiaban de campamentos en busca de recursos de subsistencia. Se alimentaban de las carnes de animales grandes como el *Smilodon californicus* o tigre de dientes de sable. Bajaban a las lomas en temporadas de invierno para abastecerse de alimentos y en el verano se trasladaban a los valles interandinos; este era, en realidad, un recurso de movilidad que se operaba también en las partes altas y bajas de los valles interandinos.[1]

Sin embargo, no debemos olvidar que el fuego fue un factor fundamental para la supervivencia de estos grupos distribuidos en los Andes, que no solo ocupó un lugar privilegiado dentro de la economía del grupo, sino que a la vez les permitió seguramente tener conexión con el mundo mágico, sobrenatural. Prueba de esto son las expresiones de pinturas rupestres fundamentalmente con escenas de caza.

Las excavaciones últimas en Huaca Prieta (valle de Chicama)[2] mostraron una ocupación muy temprana durante el Pleistoceno Tardío, que se ubicaba

---

1. Lumbreras 1981.
2. Dillehay et ál. 2012b.

entre 14.200 y 13.300 años antes del presente. Algunos grupos humanos estaban utilizando una tecnología y formas de subsistencia básicas: herramientas de piedra y recursos marinos.

Entre los años 13.000 y 9000 antes del presente, que corresponde al fin de la última glaciación, las condiciones medioambientales eran diferentes; por ejemplo, la línea de playa en la costa norte habría estado retirada hacia el oeste unos 20 km y las condiciones climáticas serían cambiantes. El desierto contenía alguna vegetación de bosques secos y tierras húmedas. El agua bajaba por los cauces de las montañas hacia las tierras bajas. En el extremo norte había grandes praderas con ojos de agua, donde debió existir una fauna muy abundante, y es a partir del 6000 a. C. que los recursos se obtenían de los manglares y hay cambios en el sistema de vida.[3] Estas condiciones naturales favorecieron de alguna manera la vida de muchos grupos humanos instalados en las cuencas de la vertiente occidental.[4] Precisamente una de las más reconocidas para esta época es la cultura paijanense, que ha dejado muchos restos de fauna, botánicos y líticos que son indicadores de un creciente sedentarismo y de una economía básica como para mantener grupos humanos familiares, que vivían en estructuras de piedra de planta circular o semicircular en la base y muros construidos con materiales perecibles como caña brava, totora, inea, carrizo y palos de espino, sapote y algarrobo. Uno de los primeros restos botánicos hallados en estos sitios tempranos fueron semillas de calabaza, mate, helechos, algarrobos y achupalla. Los hombres también recolectaban moluscos de tierra, cazaban cañanes, consumían carne de venado de cola blanca y vizcachas, y estaban acompañados de zorros del desierto. De acuerdo con las evidencias encontradas en Pampa de los Fósiles (valle de Chicama), es muy probable que estos hombres pescaran con lanzas —como una especie de caza asimilada— peces que vivían en lagunas litorales o en estuarios de poca profundidad, como anchovetas negras, lisa, sardina y la corvina dorada, así como especies de aguas cálidas como el tiburón antropófago, tiburón bonito, tiburón diamante, tiburón zorro, cazón y otras especies migratorias procedentes de aguas cálidas, que aparecían en la corriente de Humboldt especialmente durante la ocurrencia del fenómeno El Niño.[5]

Estos grupos humanos, con una subsistencia basada en los recursos locales de la costa norte, se estaban desplazando constantemente de las partes bajas hacia el interior de los valles o viceversa, de acuerdo con las temporadas, utilizando corredores naturales o simplemente las riveras fluviales. Primero utilizaron puntas de proyectil de piedra y después arpones elaborados de huesos para la caza de animales mayores, como el mastodonte, y también para la pesca.

---

3. Richardson 1975.
4. Chauchat et ál. 2006.
5. Gálvez 2010.

Los tiempos cambiaron en los siguientes milenios, cuando las condiciones climáticas fueron favorables para los grupos humanos que se habían incrementado en distintos puntos del territorio, especialmente en la zona litoral de la costa norte. Habían culminado las épocas frías, adversas a un desarrollo más avanzado, y la temperatura empezó a subir creando condiciones favorables para que el hombre pueda tener mayor acceso a los recursos y experimentar con formas eficaces de pesca, recolección y agricultura. Estas condiciones en los Andes centrales, después de un proceso de desglaciación que empezó hacia el 8500 a. C. y se prolongó hasta el 6000 a. C. aproximadamente, marcan un gran cambio que ha sido denominado por los especialistas como el "Optimum Climaticum".

La aparición de tarucas, después camélidos, aun cuyes, favoreció la vida estacionaria del hombre, que vio primero seguramente la necesidad de capturar a los camélidos, estudiar su comportamiento e introducirse a una domesticación que ayudó mucho a la selección y al aprovechamiento de su carne, su cuero y otros derivados. El cuy, las aves y otros animales menores fueron alimento de alto contenido proteico en la dieta.

A fines del Pleistoceno (5000-4000 a. C.), el mar comenzó a subir 4 m por encima del actual nivel, bajando nuevamente a principios de nuestra era. Por este motivo, se considera que los asentamientos litorales fueron destruidos irremediablemente, razón por la cual los investigadores que ahora estudian esta época no tienen la suerte de encontrar esos restos.

Una vieja tesis discutida por los investigadores hasta la década de 1990 fue la de las "fundaciones marítimas",[6] que propugnaba el gran valor de los productos del mar en la formación de las sociedades complejas, distribuidas en asentamientos precerámicos en la costa entre el 3500 a. C. y el 1800 a. C., que habría permitido acumular excedentes productivos que generaron la acumulación de riqueza por parte de ciertos líderes en las comunidades. Sin embargo, esta tesis ha sido desestimada por la ausencia de mayores evidencias, y se dice que los recursos del mar, por más ricos que fueran, no eran suficientes para dar sostenibilidad a un desarrollo complejo que se diera a partir del tercer milenio antes de Cristo. Más bien, sin el soporte de la agricultura habría sido imposible la formación de sociedades complejas, razón por la cual Duccio Bonavía decía que "la agricultura fue la madre de la civilización".

Gracias al hallazgo de muestras de grupos raciales de maíz en el sector Paredones del complejo El Brujo, valle de Chicama, se conoce que hacia el 6000 a. C. posiblemente en este sitio se dio inicio a una agricultura incipiente.[7] La domesticación de plantas, primero de los frijoles y luego del maíz, con seguridad

6. Moseley y Day 1992.

7. Grobman et ál. 2012.

hacia el 4000 a. C., no representaron un acontecimiento, sino un proceso largo de experimentación. Hubo un crecimiento insospechado de aldeas en todos los hábitats gracias al impulso de la agricultura incipiente, que se derivó del manejo adecuado de los recursos en contraposición a los siglos anteriores en el que el hombre dependía de la naturaleza. Dos descubrimientos son significativos para este gran desarrollo: la técnica de construcción de viviendas y el tejido. En el primer caso, el hombre dejó sus cuevas y se instaló permanentemente formando aldeas, cerca del mar, de oasis o simplemente en la proximidad de los campos de cultivo: y en el segundo caso, el tejido, convertido en un gran insumo de producción, sirvió para hacer vestidos, bolsas, soguillas, los techos de las casas y las bolsas que se rellenaban con piedras para ser utilizadas en las grandes construcciones monumentales tempranas. Es posible también que, ya en esta época, ciertos grupos aldeanos estuvieran dedicándose al intercambio de productos quizás del mar por productos del interior de los valles manejados por otros grupos aldeanos que se dedicaban a la agricultura.[8]

Muchos especialistas concuerdan en que la agricultura significa un cambio revolucionario en la forma de vida del hombre, y una prueba es precisamente la introducción del algodón, que no se sabe si ingresó a la costa por difusión o domesticación independiente. Pero lo cierto es que hacia el 2500 a. C. surgió el algodón como fibra seleccionada, y la mejor prueba son los hallazgos de Junius Bird en Huaca Prieta, donde los tejidos expresan un arte sofisticado, y donde el algodón de la especie *Gossypium barbadense* ya había sido sometido a una larga experimentación, empezando primero con el entrelazado y culminando luego con el tejido llano de urdimbre y trama.[9]

Recientemente, gracias a los estudios del arqueólogo especialista en textiles Jeffrey Splitstoser, de la Universidad George Washington, se afirma que entre los 4000 y 6000 años atrás, las mujeres ya estaban posiblemente fabricando ritualmente textiles de algodón pintados de color azul índigo, colorante difícil de manejar para estas épocas tempranas, que en cuanto a su antigüedad supera las muestras antiguas de colorante azul en Egipto (4400 años antes del presente) y en el medio este (5000 años antes del presente)[10]. Estos estudios, entre otros, cambian notablemente la situación de estos pobladores que ya estaban desarrollando técnicas avanzadas, y confirman una vez más que no eran primitivos, como se pensaba hace muchas décadas atrás.

Por otro lado, Junius Bird descubrió viviendas rústicas, semisubterráneas, de formas rectangulares y ovaladas, construidas con cantos rodados unidos

---

8. Lumbreras 1987.
9. Bird 1963, Fung 1972.
10. Splitstoser et. al., 2016.

con ceniza, tierra y desperdicios, con cubiertas confeccionadas con madera y costillas de ballena. Bird llegó a la conclusión de que en este sitio, durante el periodo Arcaico (3000 a. C.), se cultivaron algunas plantas como calabazas, pallares, algodón y achira, y se consumían ciertos frutos como la lúcuma, ciruela del fraile y guayaba. Se recuperaron también muchos recursos marinos, artefactos de hueso de mamíferos y anzuelos de espina y concha. Dentro de los hallazgos más destacables se encuentran dos mates pirograbados con diseños antropomorfos, artefactos de hueso con figuras talladas y textiles con representaciones de serpientes, aves y figuras geométricas de naturaleza abstracta.[11]

Los orígenes de la civilización andina y la introducción de la cerámica

Los vestigios más antiguos de la costa norte que atañen a los orígenes de la civilización andina, en un periodo que los especialistas llaman Precerámico (antes del conocimiento de la cerámica), se ubicaron en un centro ceremonial denominado Ventarrón, con 5000 años de antigüedad, en el valle de Lambayeque, en las cercanías del río Reque, una ubicación estratégica que tiene relación directa con el abastecimiento de agua a los ricos campos de cultivo, que indica, desde luego, una creciente agricultura a partir de esta época, y que ha posibilitado, seguramente, también una comunicación con las comunidades cercanas al mar para fortalecer un intercambio de productos marinos y agrícolas. El sitio ceremonial monumental (con plataformas y escalinatas en su fachada) tiene una secuencia superpuesta de altares arcaicos de culto al fuego y formas arquitectónicas que tienen relación con el cosmos y con una geografía sagrada. Los muros construidos con masas de arcilla compacta, en sus diferentes fases, estaban pintados en colores verde, rojo, blanco y negro. Es en este sitio que se ha descubierto la pintura mural polícroma más antigua de América hasta el momento, de 4000 años de antigüedad, que consta de la representación de un cérvido capturado en redes, que podría tener relación, en estos tiempos, con una práctica de cacería ritual de venados, así como se haría cientos de años después, en la época Moche. El hallazgo de ofrendas como un pututo de caracol, el cuerpo de un mono y un guacamayo amazónico, acompañado de un collar de turquesas, significa que hubo una integración cultural entre regiones distantes y un intercambio a grandes distancias para obtener productos de los Andes septentrionales, la costa y la Amazonía.[12]

Al mismo tiempo que se estaba desarrollando el centro ceremonial de Ventarrón en Lambayeque, los pescadores y agricultores incipientes de Huaca

11. Bird y Hyslop 1985.

12. Alva 2012.

Prieta del valle de Chicama estaban viviendo en construcciones rústicas de piedra, pero también en este tiempo, más al sur, en el valle de Supe, hacia el 3000 y 2500 a. C., se estaba desarrollando el gran centro ceremonial de Caral, ahora considerado como la civilización más antigua de América.

Entre el 1800 a. C. y el 500 a. C., periodo que los especialistas llaman Formativo, surgieron en la mayoría de los valles y cuencas de la costa construcciones monumentales de carácter ceremonial; muchos creen que es la época de la revolución neolítica. Hubo un notable incremento poblacional y una transformación territorial al impulso de tecnologías de riego artificial y técnicas agrícolas progresivamente incorporadas a la producción.

En la costa norte destacaron asentamientos con arquitectura compleja, como las Salinas de Chao y Alto Salaverry, localizado en el extremo sureste del valle de Moche, a 3 km de Punta Salaverry y del mar. En este sitio se registró una importante ocupación aldeana asociada a arquitectura pública. Muy cerca, en forma aislada, se encontró una estructura circular de 9 m de diámetro por 1,80 m de profundidad, que parece tener una forma arcaica en su construcción, comparada con los pozos hundidos del sitio Las Haldas, en Casma.[13]

La aparición de la cerámica ha sido objeto de muchos debates entre los especialistas, sobre todo en relación con dónde se origina. La cerámica de mayor antigüedad se presenta en el extremo norte y en los Andes septentrionales, donde hace su aparición hacia el 3000 a. C., mientras que en los Andes centrales ocurre entre el 2000 y 1800 a. C., hecho que fue a la par con una sorprendente diversificación de la agricultura con cultígenos como el algodón, el frijol, el pallar, el camote, la yuca, el maní y el maíz, entre otros productos.

Los arqueólogos han planteado la hipótesis de que la cerámica se dispersa junto con la yuca dulce (*Manihot esculenta*), desde la región del Orinoco, o regiones tropicales vecinas, hacia los Andes, tal vez la Amazonía y seguramente Centro y Mesoamérica. La difusión de la cerámica hacia los Andes, quizás asociada también a la concha *Spondylus* o al caracol *strombus*, se realizó en un lapso relativamente corto, dado que los fechados de los grupos cerámicos introducidos de norte a sur en los Andes centrales disminuyen significativamente. Una de las cerámicas más tempranas ha sido llamada Wairajirca, encontrada en el sitio de Kotosh, Huánuco, en el oriente, cuyo estilo se vincula con la cerámica Tutishcainyo en la cuenca del río Ucayali.[14]

Tenemos que tomar en cuenta que en la costa ecuatoriana se formó un núcleo importante entre el 2000 y 1000 a. C. que sirvió de fuente de inspiración de las tradiciones cerámicas de Mesoamérica y los Andes centrales, a través

13. Canziani 2012.

14. Lumbreras 1981.

de las culturas Valdivia y Machalilla. Se considera que de allí nació el estímulo para el desarrollo de las culturas Chavín y Olmeca; sin embargo, este es todavía un tema que se debe seguir investigando. Por lo pronto, considerando que lo normal sería que el origen de la cerámica fuera de lo más simple a lo más complejo, en el caso de la cerámica inicial en la costa norte del Perú ocurre todo lo contrario, porque da la impresión de que algunas técnicas ya tuvieron un desarrollo anterior, y esto se puede ver en los fragmentos de cerámica que los arqueólogos encontraron en los sitios de Huaca Prieta, Alto Salaverry, Huaca Negra en Guañape y Salinas de Chao, entre otros que se ubican más al sur.[15] En efecto, se puede indicar que para cuando aparece la cerámica ya se habían producido grandes desarrollos civilizatorios, lo que supone una vez más que la cerámica no es un factor imprescindible para alcanzarlo, pero sí es significativo, porque representa una importante innovación en los patrones alimenticios, de almacenamiento y funerarios.[16]

Los constructores de centros ceremoniales que forjaron las altas culturas

A partir del 2000 a. C., la riqueza de los valles norteños en agua y tierras productivas debió favorecer notablemente la agricultura, cuyos excedentes de producción permitieron la construcción de grandes obras arquitectónicas ceremoniales, así como de servicios públicos y colectivos, asociadas a aldeas y centros de producción. Estas revelan, asimismo, una estrecha relación entre la costa y sierra norteñas, lo que se puede ver en los patrones arquitectónicos que marcaron una influencia reconocida dentro de este territorio.[17]

En la región de La Libertad, destacaron asentamientos a modo de aldeas concentradas y dispersas, con montículos ceremoniales, fortificaciones y cementerios que se ubicaron en el litoral y algunos sitios con alfarería temprana, como fueron los casos de los sitios del valle de Virú, que fueron registrados por Gordon Willey, Strong y Evansen en la década de 1950. Se comprueba en este valle un impresionante incremento de sitios, que tiene que ver con un crecimiento poblacional sostenido, que emplean una economía mixta aprovechando los recursos del mar y la agricultura.

En el valle de Moche, uno de los extraordinarios conjuntos que ha podido ser parcialmente investigado es la Huaca de los Reyes, ubicada en el complejo arqueológico de Caballo Muerto, un conjunto monumental en forma de “U” de 240 m por 175 m de extensión. Este sitio fue investigado por Tomas Pozorski

15. Bonavia 1991.
16. Canziani 2012.
17. Shimada et ál. 1982.

y Luis Watanabe en la década de 1970, y entre los impresionantes hallazgos se encuentran relieves e imágenes en bulto dentro de anchas hornacinas, ubicadas en uno de los atrios; se trata de personajes apoyados sobre pedestales o flanqueados por motivos en forma de cabezas con colmillos entrecruzados y atributos de serpientes y figuras escultóricas de bulto que representan notables cabezas felínicas que pueden ser comparadas con aquellas que Julio C. Tello encontró en la década de 1950 en el templo de Moxeque, en Casma. El arte sobrio que aparece en este y otros templos de la época es testimonio de una ideología religiosa basada en el culto a una divinidad felínica antropomorfa y a veces zoomorfa; y, sobre todo, la construcción de este sitio monumental debió realizarse con especialistas que estaban al servicio de la élite y que eran mantenidos con los excedentes de producción.

Uno de los sitios rurales que ha sido recientemente investigado es Pampa Gramalote, ubicado en el poblado de Huanchaquito, cerca del balneario de Huanchaco, Trujillo.[18] Este sitio se ha vinculado a una antigua comunidad de pescadores dedicados a actividades domésticas y productivas entre 1550 y 1250 a. C. Se hallaron casas de piedra asociadas a espacios público-ceremoniales con fogón central para el culto al fuego y áreas para actividades productivas vinculadas al procesamiento de recursos marinos, y lo que sorprende es que el 50% de la dieta se basó en el consumo de carne de tiburón azul, lo que indica que estos enormes escualos eran cazados, seguramente, utilizando embarcaciones y puntas de proyectil. Los miembros de esta comunidad, no obstante su relación —quizás— con el centro ceremonial de Caballo Muerto en el valle de Moche, se dedicaban a la pesca utilizando anzuelos tallados en hueso y redes de fibra de algodón, que les permitía pescar corvinas, rayas, cocos, lornas, tollos y otras especies. Cazaban también muchas especies de aves, entre estas guanay y cormorán, así como recolectaban moluscos y el conocido mococho. Esta dieta fue complementada con recursos agrícolas como papa, yuca, tomate, lúcuma, pacae, maíz y cansaboca.

Surgieron los Estados teocráticos hacia el 1000 a. C., en el Formativo Superior. Uno de los factores esenciales fue el uso de una tecnología hidráulica para la racionalización del agua; la programación de los ciclos económicos derivados del clima, mediante el manejo de la astronomía, y la gran capacidad de adaptar cultígenos de distinta procedencia a cualquier hábitat. Hubo en este tiempo una gran capacidad de movilización de la fuerza de trabajo para la producción y construcción de grandes obras megalíticas de orden ceremonial, y consecuentemente para la apropiación de riqueza a favor de la élite dominante en el poder, que al parecer estaba en manos del sacerdocio. Uno de los sitios impresionantes de esta época es precisamente Chavín de Huántar, donde confluyeron ideas,

18. Prieto 2014.

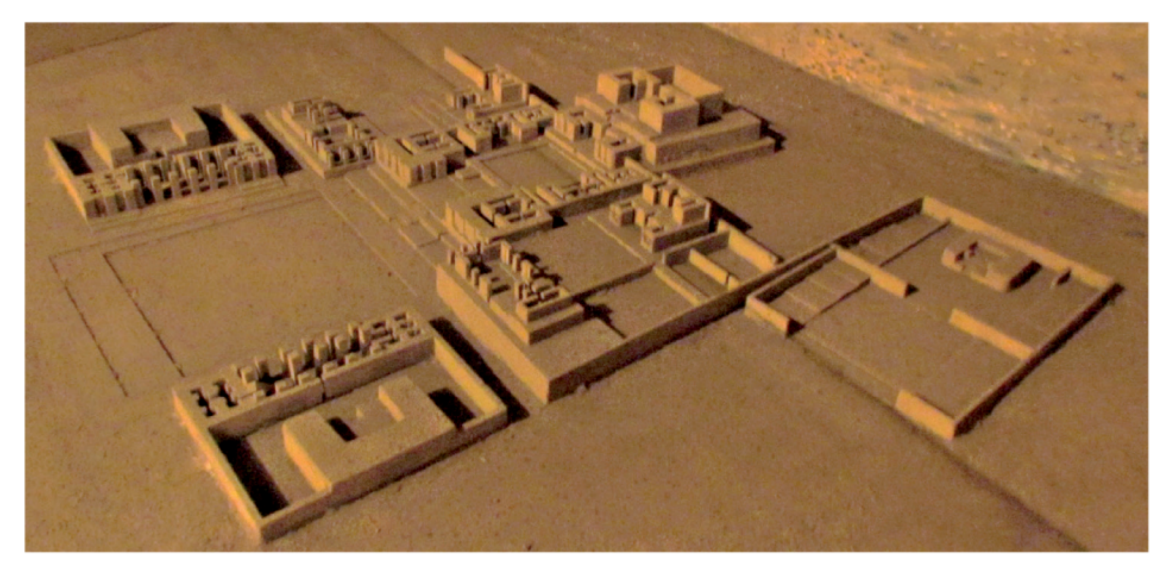


Mapa de la costa norte del Perú con los asentamientos Moche más importantes.


Puntas de proyectil de piedra, utilizadas por cazadores recolectores, hace 10.000 años aproximadamente. © MNAAHP - María Jhong.



La memorable Huaca Prieta en el Complejo El Brujo, que tiene 14.000 años de antigüedad (Foto: Luis De la Vega).



Huaca de los reyes (Trujillo-La Libertad)



Réplica de mate pirograbado descubierto por Junius Bird en Huaca Prieta en 1946. (Foto: Fundación Wiese)



Cerámica Cupisnique.



Orfebrería Vicus.



Botella de estilo Cupisnique representando en su cuerpo un Spondylus.



Botella de estilo Cupisnique de cuerpo compuesto representando a un ser antropomorfo.



Vasija de cerámica de estilo Vicus de doble cuerpo unidos por asa-puente. El cuerpo principal representa posiblemente un recinto ceremonial. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica de estilo Vicus de doble cuerpo unidos por asa-puente. El cuerpo principal representa a un recinto ceremonial con techo a doble agua, conteniendo en su interior a un personaje. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica de estilo Salinar-Virú de doble cuerpo unido por asa-puente tubular. El cuerpo principal representa un recinto ceremonial con un personaje en su interior. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica de estilo Salinar-Virú de doble cuerpo unido por asa-puente. El cuerpo principal representa un recinto ceremonial con personaje interior, con paredes escalonadas y techo con figuras triangulares en el borde y dos felinos, posiblemente zorros. © MNAAHP - María Jhong.

técnicas y estilos diferentes en la cerámica,[19] y seguramente también el comercio habría tenido un protagonismo importante, pues las ofrendas encontradas en los espacios ceremoniales proceden de la costa, la sierra y la selva.

Muchos sitios cupisnique en la costa norte, como Puémape, Limoncarro; Montegrande, Tembladera, Kuntur Wasi en San Pablo, Cajamarca; Chongoyape y Morro de Eten, en el valle de Lambayeque, y otros sitios de los valles de Chicama y Moche, tienen productos exóticos como los *spondylus* y *strombus*, moluscos provenientes de aguas ecuatoriales que fueron representados en la cerámica y utilizados para satisfacer necesidades del culto religioso. Pero también los cupisniques establecieron contactos con la sociedad chorrera de Ecuador. No cabe duda de que la cerámica, con piezas extraordinarias expresadas en esculturas de personajes, flora y fauna de la época, refleja el arte, la habilidad y la especialización de los alfareros cupisnique.[20]

En el extremo norte, la cultura Vicus se desarrolló en el área de Piura, en la costa norte del Perú, entre el 1000 a. C. y el 500 d. C. La cerámica vicus es finamente acabada, algunas veces con la técnica del negativo y con formas de botellas globulares de cámara doble con gollete y asa-puente y gollete tubular, que representan figuras antropomorfas (personajes ataviados, prisioneros, personajes echados, músicos, uniones sexuales, falos), zoomorfas (monos, venados, patos, lechuzas, insectos, águilas, serpientes, arañas, felinos) y fitomorfas (tubérculos, frutos, lagenaria, achira).[21]

Los vicus sobresalieron también en la metalurgia. Según Makowski (1994), en Yécala, Vicus y Loma Negra posiblemente se concentraron especialistas itinerantes provenientes de la cuenca, río arriba y río abajo, así como de la sierra de Frías, para producir sorprendentes obras metalúrgicas de los estilos Moche-vicus que superarían las obras encontradas en Sipán y muchos otros sitios del valle de Lambayeque. Este investigador señala la posibilidad de que los representantes de diferentes etnias —alfareros, tejedores, talladores, metalúrgicos— se reunieran periódicamente en el tiempo destinado al culto a los muertos, en un marco festivo, con el fin de producir ofrendas funerarias. Seguramente en esta época hubo un gran movimiento de intercambios a larga distancia que abastecían la región de productos exóticos, conchas tropicales, objetos de oro y quizás piedras semipreciosas.

Otra de las culturas conocidas para esta época es la cultura Virú, denominada también Gallinazo, que alcanzó su máximo desarrollo precisamente en el valle de Virú, al sur del valle de Moche. Hay para esta época complejos

19. Rick 2012.

20. Elera 2009.

21. Kaulicke 1992.

arqueológicos, palacios, cementerios y viviendas aisladas. Las construcciones monumentales como el Castillo de Tomabal, el Castillo de Sarraque y Huancaco dominan el paisaje, y sirvieron quizás para controlar el paisaje productivo y especialmente las bocatomas del agua.

En el complejo El Brujo, el periodo Salinar y Gallinazo (200 a. C.-200 d. C.) es representado por cementerios ubicados en el perímetro norte. La cerámica salinar se reconoce en vasijas escultóricas y llanas pintadas en colores blanco/rojo o viceversa. En cambio, la cerámica gallinazo ha sido producida con la técnica de la pintura negativa y del inciso-punzonado o apliqué, de acabado burdo. El estilo inciso-punzonado constituye, al parecer, un grupo cerámico popular con amplia distribución en todo el norte peruano hasta la fase IV de Moche.[22]

El poderoso reino de Moche

Los moche (200 d. C.-800 d. C.) fueron uno de los reinos más poderosos de su época en la costa norte del Perú, como lo fueron también los Nasca en Ica, al sur, y los Tiahuanaco en el altiplano entre Perú y Bolivia. Sus logros en diferentes manifestaciones culturales se comparan con la grandeza de los Maya en Centroamérica. Se extendieron en un territorio de 600 km, desde Piura por el norte hasta Huarmey por el sur.

El arte y el simbolismo Moche reflejan un alto desarrollo en el conocimiento de las leyes de la naturaleza, que permitieron recrearlas para usos mágico-religiosos. Las obras moche en los murales de los templos, en la orfebrería, en los textiles, en la cerámica, etc., expresan, sin dudas, una extraordinaria calidad artística, y fueron especialmente disfrutadas por los poderosos señores moche.

Los moche ocuparon los deltas y vertientes de los valles que son constantemente bañados con las aguas que vienen de las montañas y que proporcionan agua para la vida y la agricultura. Construyeron así complejos canales hidráulicos intervalles para irrigar los campos desérticos y tierras áridas para fertilizarlas. Uno de los aspectos de estos valles es la ausencia de lluvias, con algunas franjas desérticas costeras que se nutren de la humedad estacional de la época de invierno, formando lomas con una gran biodiversidad.

Uno de los recursos naturales para la vida de estos tiempos ha sido el agua fría y profunda del Pacífico. Todos estos recursos, aparte de servir de alimentación, fueron tomados como fuente de inspiración para ser expresados en la iconografía y en el arte en general. Sin embargo, es importante destacar que la costa norte del Perú siempre fue impactada por el fenómeno intercontinental

---

22. Franco y Gálvez 2010.



Complejo arqueológico Huaca Rajada (Lambayeque).



Escena de pesca y navegación en la iconografía Mochica (tomada de Kutscher 1983).



Señores de la élite Mochica participando en una caza ceremonial de venados (tomada de Kutscher 1983).



Vasija de cerámica Moche Temprano representando yucas.
© MNAAHP - María Jhong.



Recipiente de cerámica Moche Tardío, con la representación de un taller de orfebrería.
© MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Moche Temprano representando a un camélido con carga.
© MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Moche Temprano representando una estructura arquitectónica con cinco niveles. En la plataforma superior se encuentran los espacios ceremoniales de culto.
© MNAAHP - María Jhong.

El Niño o fenómeno ENSO, que puso siempre en riesgo a las sociedades norcosteñas desde épocas muy tempranas hasta el presente, y, en la época moche, este evento natural fue recurrente, e incluso habría permitido transformaciones estructurales del poder dirigente, con ciertos cambios en la economía de la sociedad.

Podemos deducir que fue una sociedad muy compleja y jerarquizada, y que cada uno de los valles estaba bajo la égida de un señor principal que gobernaba y adquiría una imagen semidivina y que concentraba todos los poderes, especialmente el religioso, un medio eficaz de controlar la sociedad para que todo fuera encaminado en forma armoniosa, con una economía estable. A partir de ello siempre se ha pensado que los moche formaron un gobierno teocrático, con mecanismos eficientes de reciprocidad entre las etnias de todo el territorio que incluye los valles de Lambayeque, Moche, Virú, Chao, Santa, Nepeña y quizás Huarmey.

La estructura política, social, económica y religiosa de estas sociedades preindustriales era manejada por señores y señoras que ocupaban la cima del poder, y estaban a cargo de poderosos reinos establecidos en cada uno de los valles norteños. Gracias a los descubrimientos de los arqueólogos, conocemos la identificación de estos personajes considerados en la antigüedad seguramente como seres semidivinos, como, por ejemplo, los señores de la dinastía de Sipán, en el valle de Lambayeque,[23] y la señora de Cao en el valle de Chicama,[24] a quienes seguramente la sociedad les tributaba bienes y mano de obra calificada. A estos personajes se les atribuye hermosos atuendos específicos de metal, tocados complejos y accesorios sofisticados que expresaban el poder y la administración de los recursos materiales, y que eran un marcador de diferencias étnicas. Uno de los elementos fundamentales era sin dudas el vestido (camisas, cubrecabezas, túnicas), con técnicas desarrolladas, y la elección de los colores y las fibras de camélido o de vegetales como el algodón.

Según las apreciaciones de Susan Ramírez (2008), los curacas eran los responsables del mantenimiento del culto a los ancestros, y obligaban a los pobladores a adorar y quemar ofrendas de coca, sebo, maíz, cuy y chicha, además de cantar, bailar, comer y beber. Refiere que cuidaban también que se sembraran las tierras dedicadas al mantenimiento del culto, donde se cosechaba, así como se preparaba chicha de maíz para las ofrendas. Eran responsables de la dirección e instrucción de los especialistas religiosos, el mantenimiento del espacio y los edificios sagrados, la producción y recolección de ofrendas, y la organización de la mano de obra para continuar estas prácticas.

---

23. Alva y Donnan 1993, Alva 2008.
24. Franco 2008.

El aspecto económico en general se basaba en la tributación, que sirvió para la construcción de grandes obras públicas y religiosas, así como de grandes extensiones de canales de irrigación intervalles, construidos eficazmente, que no tienen nada que envidiar a los grandes proyectos de otras civilizaciones contemporáneas del mundo prehispánico. Otros aspectos económicos fueron la reciprocidad y la redistribución de bienes de subsistencia y mercancías, que permitieron la construcción de almacenes en cada una de las sedes religiosas desde donde se controlaba todo el aparato productivo del reino y los sitios dependientes de este.

A menudo se observan en la iconografía de la cerámica escenas vinculadas con la producción textil en grupos, así como la producción de objetos metálicos, escenas de intercambio, comerciantes de textiles y comerciantes de aves exóticas como guacamayos de la selva. Asimismo, podemos advertir escenas de intercambio —en actos religiosos— de productos alimenticios entre los señores moche con fines de propiciación del mundo doméstico.

El excedente de la distribución hizo posible mantener a tiempo completo un grupo de artesanos que estaban al servicio de la élite. Muchos de estos objetos fueron usados por los señores para demostrar su poder y prestigio en una sociedad compleja y jerarquizada, razón por la cual podemos ahora admirar grandes obras artísticas en los murales de los templos, en la cerámica, en los textiles, en la metalurgia, etc. Estos sugieren la intervención de tecnologías muy avanzadas y sofisticadas; y, fundamentalmente, en la existencia de una estructura ideológica convencional, sin libertad para alterarla.

Precisamente, uno de los sitios con evidencias de talleres especializados es el complejo Huacas del Sol y la Luna, en Trujillo. Allí los investigadores han identificado talleres especializados de producción de abalorios de piedras semipreciosas y conchas marinas, producción de cerámica fina y de uso doméstico, espacios para manufactura de ornamentos corporales y para la producción de objetos metálicos, y zonas para la producción y almacenamiento de textiles. Todo ello implica una relación directa entre los productores y la élite dirigente del lugar, bajo un régimen político, económico y religioso.

Los moches fueron expertos navegantes que hacían diversas travesías hacia el norte y el sur. Estas travesías se realizaban con fines comerciales y ceremoniales, y de abastecimiento de productos exóticos de lejanas tierras como el *spondylus* traído desde las costas del Ecuador para fines ceremoniales y el lapislázuli para joyas e incrustaciones, obtenido de Chile. En la actualidad, todavía podemos observar en la zona de Huanchaco en Trujillo balsas de totora que son audazmente controladas por pescadores que permanecen sentados o arrodillados, utilizando remos de caña de la misma manera como lo hacían sus ancestros prehispánicos hace cientos de años.

Las expresiones artísticas en la cerámica, en la metalurgia, en la textilería y otros soportes tienen relación con temas de la vida religiosa, escenas fúnebres, escenas de sacrificio en montaña, vasijas-retrato, personajes cargados en literas, que danzan y tocan instrumentos musicales, expresiones sexuales, escenas de caza, escenas de navegación y representaciones de paisajes con fauna y flora propia de ecosistemas costeños.[25]

Cerca de Trujillo, en el valle de Chicama, en un sitio conocido como cerro Mayal, se ha ubicado un centro de producción de cerámica donde se realizaban actividades artesanales vinculadas con el moldeado, modelado, diseño, decoración y quemado de la cerámica, cuya producción servía para satisfacer las necesidades del vecino centro cívico-ceremonial de Mocollope,[26] y también, seguramente, para abastecer de vajillas a los habitantes de los poblados del valle de Chicama. Las últimas investigaciones arqueológicas en Mocollope precisan la existencia de un templo cercado llamado "El Castillo" con espacios ceremoniales en su interior, quizás depósitos, áreas de culto y, en un cercado alargado hacia el sur, se construyó una fachada principal interna con tres escalones pintados, con un patio ceremonial delantero, con representaciones de prisioneros y guerreros en el nivel inferior, oficiantes en el nivel intermedio y la imagen del Decapitador Moche o deidad principal en el nivel superior, parecidas a las representaciones de la Huaca Cao Viejo en el complejo El Brujo y la Huaca de la Luna en Trujillo.[27]

En estas dos décadas que han pasado, se recuperaron del olvido y abandono dos construcciones monumentales de adobe: la Huaca Cao Viejo (valle de Chicama) y la Huaca de la Luna (valle de Moche), donde los arqueólogos descubrieron hermosas representaciones de barro en relieve policromadas que son expresión del arte sagrado y divino, que solo se puede ver en los templos mayores. Las representaciones son diversas y se relacionan con el mundo natural y sobrenatural, casi siempre con mensajes visuales vinculados con el mundo de los dioses y la propiciación y recreación del mundo doméstico. Destacan, por ejemplo, escenas en tamaño natural de batallas rituales, procesión de guerreros y prisioneros, sacrificios humanos, calendarios mítico-ceremoniales y seres sobrenaturales divinos que formaban, en conjunto, el mundo mágico religioso y la cosmovisión.[28]

Una de las preguntas centrales es ¿qué tipo de sitios son los complejos arqueológicos de moche donde se encuentran las Huacas del Sol y la Luna, y el

25. Donnan y Mac Clelland 1999.
26. Russell et ál. 1994.
27. Franco 2016.
28. Uceda et ál. 2010, Morales 2012, Franco y Vilela 2005.

complejo arqueológico El Brujo? Hay dos tesis divergentes que sostienen los arqueólogos. Una de ellas es que se trató de centros urbanos teocráticos, donde se concentró el poder político, administrativo y religioso de la sociedad moche, como es el caso particular del centro de Huacas de Moche; inclusive, se piensa todavía —con base en una vieja tesis— que este sitio se convertiría en una suerte de capital del Estado moche que integraba los valles norteños bajo su dominio.[29] Otra de las tesis, con la que concuerdo, es que ambos centros, quizás otros también en los valles del norte, eran ceremoniales por excelencia, con templos mayores y menores, donde se concentraba el poder teocrático de la sociedad moche de cada valle. Eran también centros de culto particulares, hacia donde las gentes acudían temporalmente en las festividades religiosas, organizadas de acuerdo con un calendario ceremonial.

Uno de los aspectos interesantes en la sociedad moche es el consumo de chicha a gran escala, que aparecía casi siempre ligado a grandes fiestas o celebraciones, evidencia clara de una gran organización económica y política, que se relaciona con una especialización laboral y la producción de excedentes. Los hallazgos en el sitio de San José de Moro (Jequetepeque) evidencian una gran producción y consumo de chicha por la existencia de grandes vasijas de cerámica llamadas "paicas", directamente vinculadas a los cementerios, hecho que indica que su consumo estuvo relacionado con el culto a los muertos.[30]

En los importantes centros ceremoniales, a menudo se observan entierros de animales asociados a los muertos, como camélidos, perros, cuyes, búhos o lechuzas o raramente murciélagos. Los especialistas afirman que estos animales juegan un profundo rol simbólico relacionado con funciones de psicopompa, es decir, que el animal ayuda al difunto a llevarlo al mundo de los ancestros o de los muertos. Sin embargo, también es cierto que los arqueólogos hallaron en los cementerios muchos restos incompletos de camélidos (cráneo y patas), lo que puede significar que las otras partes del cuerpo, que además proporcionan mayor cantidad de carne, fueron consumidos en los festines rituales dirigidos a los ancestros.[31]

Según los estudios especializados de los restos alimenticios encontrados en las excavaciones del complejo de las Huacas del Sol y la Luna,[32] asociados en unos casos a entierros humanos y en otros a espacios de habitación, el sistema de subsistencia de los pobladores de este lugar estuvo basado en el consumo de moluscos (palabritas —que se reproducen cuando aparece el fenómeno ENSO—,

29. Uceda, Gayoso y Tello 2010.
30. Delibes y Barragán 2008.
31. Goepfert 2008.
32. Vásquez et ál. 2003.

almejas —*Donax obesolus* es la especie más común—, mejillones, caracoles terrestres, cangrejos, crustáceos de agua marina y de río), peces (merluza, jurel, suco, cachema, lorna, bagre, sardina, bonito y anguila —especie de aguas tropicales—, pero además hay indicios de actividades de distribución o procesamiento de los peces —salado o secado—), aves (guanay, piquero, pelícano, gaviota, paloma de campo, cernícalo, especie de tordo —ave muy particular quizás asociada a creencias por su canto especial y armonioso—) y mamíferos (muca o marsupial, vizcacha, lobo marino, venado, llama y alpaca).

Han sido estudiados tres asentamientos rurales de la época moche conocidos como Santa Rosa, Quirhuac y Ciudad de Dios, ubicados en la parte media del valle de Moche y muy cerca del río que lleva su nombre.[33] Según los especialistas, se trata de asentamientos domésticos o rurales con construcciones de piedra y barro, donde habrían habitado supervisores que controlaban la actividad agrícola de esta área. Estos habitantes consumían frijoles, maíz, pallar de los gentiles y especies silvestres, y utilizaban el algodón para usos diversos, entre ellos seguramente confeccionar vestidos. Además, consumían carne de llama y moluscos marinos y terrestres. Los miles de tiestos registrados en las excavaciones revelan que se usaron vasijas para la preparación de chicha y almacenamiento de los alimentos.

El colapso de la sociedad moche y nuevos rumbos culturales

La conquista imperial de la costa norte por los huari es un poco confusa; algunos niegan esta conquista sobre la sociedad moche en la costa norte, aun cuando la tesis de Luis Lumbreras (1987) indica que los huari habían invadido los centros urbanos con el propósito de adquirir prestigio y poder. Se dice que en este tiempo hubo una crisis de las viejas formaciones teocráticas y la apertura de nuevas formas de organización económica y social, procesos que dieron paso a sociedades de corte civil, o seglar, y de mayor relevancia política. Los mejores referentes de estos cambios vendrían a ser los sitios de Galindo, en el valle medio de Moche, y Pampagrande, cerca de Sipán.

No está todavía bien definida la presencia huari en los centros con ocupación Moche. Quizás, como indican algunos investigadores, como Menzel, la influencia huari se ha dado a través de la religión, debido a que aparecen en las tumbas reliquias de esta cultura. Hubo tal vez una reorganización de las sociedades costeñas con nuevos patrones sociales, económicos y políticos influenciados fuertemente por Huari, razón por la cual, en parte, se ha perdido la identidad de las sociedades precedentes, y se iniciaron nuevos cambios dentro de las sociedades de la costa norte.

33. Gumermam y Briceño 2003.

Uno de los sitios claves en la costa norte con la presencia de cerámica huari es San José de Moro, en el valle de Jequetepeque, ahora investigado por Luis Jaime Castillo, quien afirma que la importación de piezas de cerámica huari se debe a la efectiva interrelación económica entre los moche y esta cultura; es decir, la élite más importante de San José de Moro, entre ellos las sacerdotisas de Moro y otros personajes de gran estatus, propiciaron este tipo de interacciones para mantener su prestigio, sin que ello signifique que el sitio haya sido conquistado por los portadores de la cultura serrana.[34]

La cultura Lambayeque o Sicán y el valle de El Dorado

Hacia el siglo X d. C., después del colapso de la cultura Moche, se instauró un nuevo poder en el valle de Lambayeque, con centro en un sitio conocido como Santuario Histórico de Pómac, ubicado en el valle medio del río La Leche (60 km de extensión), ahora un complejo boscoso de algarrobo con cerca de 30 huacas grandes y pequeñas en su interior. La fundación de este gran centro cívico ceremonial se vinculó con una antigua leyenda de Naylamp, que se dice llegó por el mar para reinar y desarrollar una nueva cultura que los arqueólogos llaman Lambayeque, y que según las apreciaciones del arqueólogo Izumi Shimada se llama Sicán, nombre que viene de los documentos tempranos, y que significa "Casa de la Luna".[35]

El centro del poder estaba en el sitio de Batán Grande, donde aparecen enormes pirámides de barro, con plataformas, rampas y recintos en su interior, que han sido identificadas como las huacas del Loro, Moscón, Las Ventanas, La Merced, Rodillona, El Corte y Sontillo. Según Shimada, aquí se estableció un centro religioso mayor que tenía la configuración espacial en forma de "T" o tumi, de 1,6 km, con un grupo relativamente pequeño de residentes de élite que formaban una especie de multilinaje, vinculados por parentesco, que competían entre ellos o se aliaban para retener poder y prestigio. La hipótesis que plantea este investigador es que posiblemente había seis linajes, debido a la constante representación en la iconografía de los murales y, en particular, por la representación de seis templos que aparecen en un anda ceremonial.

La economía de subsistencia del reino Sicán estaba basada en el maíz, frejol, pallar, calabaza, ají, tomate y maní. Estos productos eran complementados con frutas como la lúcuma, guanabana o chirimoya y pacae. Además, se cultivaron plantas utilitarias, rituales y medicinales, como algodón, mate y coca. En cuanto a animales, consumieron carne de camélidos (cuyos huesos fueron utilizados para preparar instrumentos musicales y herramientas), perros, cuyes y patos.

34. Donnan y Castillo 1994, Castillo 2011.

35. Shimada 2014.

También consumieron una amplia variedad de peces que eran capturados con la ayuda de los caballitos de totora o embarcaciones más grandes.

Las élites de Sicán realizaron comercio a largas distancias, operando una red interregional basada en el crecimiento del poder y prestigio de la religión y de la política de Sicán Medio, intensificando el comercio con el Ecuador para obtener *Spondilus princeps* y el *Conus fergusoni*, y expandiendo sus límites hasta el sur de Colombia por el norte y la cuenca del Marañón por el este. Es posible que los navegantes de Sicán llegaran hasta las islas Galápagos, donde se han hallado fragmentos de cerámica negra pulida, como ha descrito Thor Heyerdahl. También existe la posibilidad de que la red comercial se haya extendido hasta el altiplano, tierra de la cultura Tiahuanaco. Muchos objetos encontrados dentro de las tumbas de Sicán Medio atestiguan esta red de intercambio; por ejemplo minerales exóticos: ámbar, amatista, cinabrio, esmeralda, fluorita, cuarzo, sodalita y turquesa. Las esmeraldas verde traslúcido que forman las pupilas de los ojos de la máscara de oro del señor de Sicán probablemente provenían de una mina en la región Muso, en la sierra colombiana, cerca de la ciudad de Bogotá. Lo mismo ocurre con el ámbar, posiblemente proveniente de la selva amazónica del noreste de Colombia.[36]

El arte del nuevo periodo Sicán Medio fusionó conceptos religiosos, motivos y convenciones artísticas de Huari y Moche. De ahí nace un nuevo estilo en la cerámica, textilería, orfebrería y otros medios artísticos, que muestra a la divinidad principal a veces sosteniendo en las manos cabezas trofeo y un tumi, tras una máscara que tiene como atributo unos “ojos alados”, acompañada siempre de navegantes que hacen alusión a la llegada de este personaje por el mar. Los ojos son atribuidos al búho, ave nocturna que personifica quizás a la Luna, satélite que controla el bienestar de la vida marina y el de los pescadores. A decir de Shimada, es probable que la deidad sicán sea asignada a un héroe o ancestro cultural convertido en leyenda con los años, quien estableció una importante dinastía.

El estilo de cerámica que lo caracteriza es de color negro, pulido, a veces de color claro, muy difundido en los valles de Lambayeque, Jequetepeque, Chicama y muy poco en el valle de Moche, conocido como “huaco Rey”. Son botellas globulares con pedestal y un solo pico, con asa lateral, en cuyo frente y base del gollete aparece una divinidad con máscara que tiene como atributo unos “ojos alados”, acompañada siempre de navegantes. También hay recipientes de cuerpo globular y doble pico troncocónico unidos por un asa y, a veces, otros de doble cuerpo con personajes modelados unidos por un puente y una asa. Estos tipos de cerámica y otros fueron encontrados en sitios tan lejanos como Pachacamac al sur de Lima y la Isla de la Plata, frente a las costas ecuatorianas. Además,

36. Ibíd.

se han hallado recipientes que fueron hechos con molde y decorados con la técnica del paleteado.

En la cultura Sicán se advierte un gran esplendor en el manejo de la metalurgia, desde la apropiación de la materia prima hasta la culminación del objeto metálico. Ha sido reconocido un centro de fundición en un lugar llamado Cerro de los Cementerios o Cerro Huaringa, ubicado en el valle central de La Leche, Lambayeque, estudiado ampliamente por Izumi Shimada, que fue ocupado desde el periodo Sicán Medio y Tardío, Chimú, hasta la época Inca, con una continuidad de casi seis siglos. Según este investigador, en todo el valle de La Leche hay centros metalúrgicos de esta época donde se están produciendo objetos de cobre arsenical. En todo este territorio se encontraron hornos e implementos para la fundición de una mezcla de minerales: óxido de cobre como malaquita y mineral rico en arsénico como arsenopirita, que se fundían a una temperatura de entre 1100 °C y 1200 °C. Los metalúrgicos confiaban en sus pulmones para soplar a través de toberas o artefactos en forma de tubos alargados para llegar a estas altas temperaturas.

Estos especialistas fabricaban una especie de "hachitas moneda" de cobre arsenical, que para Shimada representan un medio de intercambio estandarizado, considerado como una forma de moneda primitiva, y que también fueron halladas en Tumbes y en la costa ecuatoriana. Según Espinoza (1987), estas hachitas moneda habrían desempeñado funciones esenciales de equivalente general para trocar y cambiar (cambio y pago), medio de cambio, medida de valor, indicador y patrón de precios.

Paloma Carcedo (1992), una de las estudiosas más entendidas sobre estos temas, dice que las herramientas utilizadas por los egipcios hace más de tres mil años y los grecorromanos hace más de dos mil no tienen diferencia con las herramientas empleadas en las culturas precolombinas, especialmente con las de la costa norte del Perú. Esta investigadora ha determinado que en la cultura Lambayeque o Sicán se han utilizado muchas técnicas de manufactura en la orfebrería, como el martillado y el laminado, el templado o recocido, el repujado, las uniones mecánicas (lengüetas, alambres, clavos) o las metalúrgicas (adhesión de una parte por intermedio de color o de una fuerza interatómica hasta formar una sola pieza) y el granulado (para formar bolitas). Entre las técnicas decorativas se conocen el embutido (usando punzones), el engastado (para incrustaciones y mosaicos con piedras y conchas de colores) y el pintado (de las superficies metálicas y la utilización de plumería).

No cabe duda de que los objetos de esta cultura sorprenden no solamente por las técnicas empleadas, sino también por la iconografía. Federico Kauffman Doig (1989) indica que la iconografía Lambayeque se reconoce por la presencia de un personaje que retrataría la figura del dios Naylamp con ojos alados u ornitomorfos, que usualmente se encuentra para esta época en máscaras, tumis



Moldes de cerámica Chimú que representan cabezas de camélido. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando a un pescador sobre un caballo de totora. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Lambayeque polícromo, silbador, representando a pescadores sobre un caballo de totora. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando un escualo. © MNAAHP - María Jhong.



Collar con cuentas de *Spondylus*.
© MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando un zapallo loche. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando un pacae. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando un cuy. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando una papa. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Chimú representando un recipiente con mazorcas de maíz en alusión a la abundancia. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Inca-chimú, representando a un hombre con un aríbalo sobre su espalda y cogiendo con soga a un camélido. © MNAAHP - María Jhong.



Vasija de cerámica Inca-chimú representando a un pescador atrapando a un camarón magnificado. © MNAAHP - María Jhong.

(hachas) y diferentes ornamentos en el interior de las tumbas. Sobresalen figuras de felinos en bulto, máscaras grandes, medianas y pequeñas untadas con cinabrio, orejeras labradas, pecheras, tocados, collares, vasijas enteras en oro, vasos repujados e incrustados con piedras semipreciosas, recipientes de doble cuerpo y un par de brazos espectaculares con dedos movibles de oro, a los que se les ha aplicado la técnica del martillado, repujado y soldado. Es sorprendente también el espaldar de un anda ceremonial del Museo Oro del Perú, estudiado por Paloma Carcedo, que fue encontrado por los huaqueros en la parte posterior del conjunto Tshudi en Chan Chán. Este espaldar está formado por estructuras-templo con personajes de la élite Sicán, parecidos a los hallados por Izumi Shimada en Batán Grande, confeccionadas en oro, plata y cobre, y en aleaciones como la conocida tumbaga.

En el proyecto arqueológico Sicán[37] se descubrieron 24 contextos funerarios en la Huaca del Oro o Loro, dos de los cuales son los más notables. La cantidad de objetos de producción artesanal especializada y muy sofisticada, cuyo peso sumaba 1200 kilos, no tiene comparación. Contenían láminas de tumbaga, atados de implementos de cobre arsenical, paquetes de virutas metálicas, 24 objetos superpuestos de oro, tumbaga y plata, 5 coronas, más de una docena de tocados en forma de tumi, 8 conjuntos de "plumas" elaboradas en láminas de oro y tumbaga, 4 vinchas, tocados cilíndricos finamente calados y sujetos por un armazón de alambres de cobre, colgantes de oro en forma de "conos", 14 discos repujados de oro, cintas de oro caladas y una nariguera. Al final se encontró un estandarte grande de tumbaga, con accesorios y colgantes de oro. Entre todos los objetos valiosos resalta una gran máscara con tocado ceremonial de oro de un metro de alto y un peso de 22 kg, y dos guantes largos de tumbaga que actualmente se encuentran en el museo de Sicán, ubicado en el pueblo de Ferreñafe.

La tumba de la denominada sacerdotisa de Chornancap, personaje femenino del más alto estatus de la cultura Lambayeque, asignada al siglo XII y XIII d. C., hallada en el valle de Lambayeque,[38] despierta también interés por la elaboración de los ornamentos y emblemas de poder que se manifiestan en una corona cilíndrica de cobre plateado con penachos que rematan en apéndices en forma de felino; una extraordinaria máscara de cobre con esferas en forma de lágrima; un collar con 21 discos de cobre de forma cilíndrica; un bastón alargado de cobre; un cetro elipsoidal de cobre que lleva, en su parte superior, la imagen laminada, recortada y calada del legendario personaje Naylamp; otra corona de oro laminada y calada con el motivo de una mujer sentada sobre la luna creciente y el felino lunar, quizás relacionada con la diosa lunar; tres pares

37. Elera 2009.

38. Wester 2012.

de orejeras de oro con motivos de criaturas sobrenaturales y olas antropomorfas, y otros pares de orejeras de plata con la figura de la deidad principal; un vaso-sonaja alargado de cobre plateado; un cuchillo grande de cobre; un bastón ceremonial o cetro de mando de oro laminado que tiene como distintivo la figura de la deidad Lambayeque de pie con los brazos levantados sobre un podio, con un collar en forma de serpiente bicéfala y un gran tocado en forma de cubierta de un recinto ceremonial; un cuenco de plata con una compleja iconografía repujada con motivos del mar, aves, felinos, serpientes y seres sobrenaturales, que constituye uno de los bienes más preciados de la sacerdotisa; otro vaso bimetálico de oro y plata con fino repujado de elementos simbólicos como las olas marinas, un personaje femenino y el animal lunar; copas bimetálicas en forma de cuernos; y collares y brazaletes. Carlos Wester (2016) considera que la élite Lambayeque consolidó su permanencia por algunos siglos en un territorio y paisaje óptimo para empoderarse del corpus simbólico o iconográfico en torno a un ordenamiento cosmológico basado en el mar y la Luna.

Muchas tumbas procedentes del sitio de San José de Moro cuentan con una sobresaliente presencia de elementos de hilandería o textilería que los especialistas han descrito como “tumbas de especialistas hilanderas o textileras”. En efecto, los textiles como bienes de estos individuos enterrados seguramente expresaban riqueza, éxito y poder, y eran, en todos los tiempos, bienes que tenían un poderoso valor político, económico y religioso. Incluso, hay información de que este grupo de productores de textiles han tenido exclusivamente una diosa textilera que aparece en un vaso de la tumba de la sacerdotisa de Chornancap.

El poder del reino Chimor y su capital Chan Chan

Escribir sobre Chan Chan, en la costa norte, aún con muchos enigmas por resolver, es abordar la historia del reino de Chimor, pero también es compararla con los grandes centros de desarrollo cultural en el Perú, como, por ejemplo, Pachacamac en la costa central o Batán Grande en el valle de Lambayeque, o cualquier otro centro en el área de Mesoamérica o Medio Oriente. Pero la diferencia de Chan Chan con los otros sitios radica en el carácter del asentamiento mismo y en la gran extensión horizontal de sus evidencias arquitectónicas, que alcanza los 20 km^2 y en la actualidad es reconocida por los estudiosos como la ciudad de barro más grande de América y nombrada por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad.

Hay muchos nombres en la lista de los gobernantes del reino Chimor que son considerados como los grandes conquistadores y constructores de ciudades, entre ellas Chan Chan. La historia, así como la de Naylamp en Lambayeque, vuelve a repetirse, cuando en una crónica anónima de 1604-1610 aparece el nombre mitológico de Tacaynamo, que se dice llegó por el mar en una balsa de palo, y





Ciudadela de Chan Chan (Trujillo).
Fotografías del autor.



Cerámica Chimú.



Orfebrería Chimú.

desembarcó aproximadamente entre los años 1252 y 1262 d. C. Este dignatario llegó para gobernar el valle de Moche. Según las consideraciones de John Rowe (1948), Tacaynamo fue el fundador del reino de Chimor (como lo fue Manco Cápac para los incas), introdujo ceremonias importantes, fundó santuarios y enseñó al pueblo a vestirse, además de ser asimilado como fundador de una dinastía.

Los gobernantes del reino de Chimor incorporaron dentro de sus dominios a nuevos poblados o centros administrativos con el único propósito de controlar la política de Estado, especialmente la producción agropecuaria. Estos sitios administrativos —y quizás también religiosos porque lo uno iba con lo otro— mantuvieron su importancia en cada uno de los valles. Al norte, en el valle de Lambayeque, están los sitios de Apurlec, Chotuna y Túcume. Este último, que tiene características monumentales, es conocido como el "valle de las pirámides", con ocupaciones anteriores, donde se extienden alrededor de 26 pirámides truncas, con plataformas, espacios rectangulares cercados y cementerios, que están en torno al majestuoso cerro Purgatorio.[39]

Algunos sitios importantes estuvieron también bajo el control del reino de Chimor, como es el caso de Pacatnamú, ubicado en el lado norte de la desembocadura del río Jequetepeque, sobre una terraza natural con vista al valle y al mar. Es un centro de poder y culto que tiene más de 50 conjuntos, cada uno de los cuales posee un santuario aterrazado a manera de pirámides con rampa parecidas a las de Pachacamac, al sur de Lima. La Huaca 1 y la Huaca 16 son los conjuntos arquitectónicos más desarrollados.[40]

Farfán y El Algarrobal de Moro son dos complejos arqueológicos que estuvieron también bajo el control del gobierno chimor; se ubican en el valle de Jequetepeque, cada uno distante a 12 km. Farfán repite varias características arquitectónicas de Chan Chan y debió albergar una gran población que tenía en uso grandes espacios destinados al almacenamiento. Es un sitio clave de control de todo el sistema hidráulico del valle de Jequetepeque y de una serie de caminos que unen el sur con el norte y la costa con Cajamarca.[41]

En el valle de Chicama, la ocupación Chimú Tardío e Inca-Chimú ha sido identificada al sureste de la Huaca Cortada o El Brujo. El investigador James Tate, de la Universidad de California, encontró cuatro conjuntos arquitectónicos de carácter multifuncional con cuartos de adobe de bases de piedra y cantos rodados que fueron ocupados en la época Inca, que sirvieron para descanso, preparación y consumo de alimentos, y la producción de objetos suntuarios y almacenamiento de granos.[42]

---

39. Heyerdahl et ál. 1995.
40. Donnan y Cock 1986.
41. Keatinger y Conrad 1983.
42. Tate 2006.

La producción de cerámica Chimú es predominantemente negra, con el añadido de plombagina para que obtenga la apariencia del metal, y, a veces, es bruñida, por lo que refleja la luz. Las representaciones más conocidas en la cerámica Chimú son escenas de la vida cotidiana, fúnebres y de navegación, personajes cargados en literas o tocando instrumentos musicales y representaciones rituales.

La metalurgia ha sido otra de las manifestaciones culturales de apreciado valor, tan importante que los incas no solo llevaron objetos labrados en oro al Cuzco para fundirlos allí, sino también hábiles especialistas en el arte de los metales para el servicio de la corte imperial. Los objetos Chimú son piezas magníficas de oro como representaciones de la divinidad, coronas con plumas de oro, orejeras en forma de grandes discos, collares con cuentas esféricas o decorados con figuras humanas repujadas y placas colgantes, pecheras, camisas con lentejuelas o placas de plata u oro con formas de peces, estandartes, guantes, literas forradas con planchas de oro y vasijas para beber y comer. Muchos objetos fueron incrustados con conchas como el *spondylus*, piedras semipreciosas como la turquesa, la sodalita y el lapislázuli, que fueron conseguidos por intercambio con sitios tan lejanos como la costa ecuatoriana, la sierra central peruana y Chile.

La textilería fue uno de los logros más sobresalientes, tanto por el dominio versátil de las técnicas como por su belleza estética e iconográfica. Gracias a un fluido intercambio de productos, que facilitó la obtención de fibras animales y colorantes, y a una masiva producción de algodón, las tejedoras yungas confeccionaron hermosos mantos, vestidos, fajas, tocados, lienzos para cubrir muros y accesorios personales con las técnicas de tapiz, gasas, telas dobles, bordados y telas pintadas en *tie dye*. Lo más sobresaliente es el arte plumario de los vestidos de los muertos de mayor prestigio y rango social, cuyas plumas multicolores eran obtenidas mediante intercambio con las poblaciones de la selva. El gran manejo de la policromía en los textiles es admirable. Los diseños más comunes son personajes mitológicos, en especial un personaje antropomorfo ubicado de frente con los brazos extendidos, aves, figuras geométricas, volutas a manera de olas, peces y animales terrestres como el jaguar o felino lunar encorvado, que tiene una presencia milenaria en el arte costeño y andino.

El arte de la talla en madera fue sobresaliente. Hicieron tallas variadas de utensilios domésticos, como, por ejemplo, cucharas, vasos, recipientes para inhalar alucinógenos y otros utensilios que fueron usados por la corte señorial en la vida diaria. Sobre todo, hubo una gran producción de ídolos de madera que se colocaban dentro de los santuarios de Chan Chan y de todas las edificaciones ceremoniales del reino. Se rescató, además, una considerable producción de artefactos de labranza para la agricultura, cetros de mando, maquetas con escenas ceremoniales y una importante producción de estatuillas de madera, que

muchas veces tienen aplicaciones o incrustaciones con piedras semipreciosas y corales. El arte, en este aspecto, llegó a su máxima expresión.

Fueron también expertos navegantes que realizaban diversas travesías hacia el norte y el sur. Estas travesías se hacían con fines comerciales y de abastecimiento de productos exóticos de lejanas tierras como el *spondylus* traído desde las costas del Ecuador para fines rituales o ceremoniales. El *spondylus* fue el alimento de los dioses, ampliamente usado en los ritos fúnebres del grupo de la élite. Las diversas representaciones, tanto en la cerámica como en la muralística, hacen notar que eran expertos nadadores, buceadores y obviamente pescadores especializados. Las excavaciones de los arqueólogos registran constantemente redes con pesas de cobre o piedra, anzuelos de hueso o cobre y arpones de caña con puntas de cobre.

Utilizaron diversas modalidades de navegar y pescar, valiéndose del cormorán. La lista de peces y animales marinos cazados es bastante amplia; podemos mencionar, por ejemplo, algunos como el congrio, la corvina, la lisa, el tollo, el jurel, el bagre, el atún, la merluza, la anchoveta, el pejesapo, el pejerrey y la raya, variedades de mariscos y pulpo, pero, además, la caza de lobos marinos, delfines, ballenas y tiburones. Las embarcaciones eran de distintos tipos y formas. Se conocen las balsas y el caballito de totora, embarcaciones milenarias. Las balsas eran de troncos de madera impulsadas por velas cuadradas, rectangulares o triangulares, de totora o algodón. En la actualidad, todavía se pueden observar en la zona de Huanchaco y Huanchaquito balsas de totora que son audazmente controladas por pescadores que permanecen sentados o arrodillados, utilizando remos de caña de la misma manera como lo hacían sus ancestros prehispánicos.

Los agricultores cultivaron en terrenos de humedales y terrenos fértiles del valle, alimentados por las aguas de los ríos y gracias a un avanzado sistema de ingeniería hidráulica, como aquel canal intervalle Chicama-Moche que se ha estimado en una longitud de 114 km y ha sido comparado con la muralla china o los jardines babilónicos. En esta época se producía camote, pallar, frijol, achira, yuca, ají, maíz, maní, zapallo, calabaza, guayaba, chirimoya, guanábana, palta, variedades de algodón y coca. Estos productos fueron fertilizados con el guano de las islas. Los campos de cultivo tenían surcos muy distintos a los que se conocen actualmente; por ejemplo, se hacían surcos en forma de meandros o serpentiformes, surcos en forma de "U", en forma de "E" y rectos como los que se usan actualmente.[43] Las formas de los surcos demuestran la capacidad de cultivo de variedades de productos y, sobre todo, el conocimiento necesario del manejo de la topografía de los suelos para efectos de irrigación.

43. Gálvez et ál. 2004.

El centro principal de los reyes de Chimor fue la ciudad de Chan Chan. El nombre probablemente deriva de la palabra muchik *jan jan* o *xllang*,[44] que quiere decir "sol-sol" o "sol", según muchos autores, en alusión quizás a la demasiada radiación que recibe el antiguo centro arqueológico. Sin embargo, el nombre de Chan Chan, según Kauffman Doig, podría también aludir a Sian-Sian o Shian-Shian, que se traduce como "casa de la luna".

El planeamiento del conjunto monumental ha sido uno de los aspectos que los investigadores han venido discutiendo en los últimos años. El arquitecto Carlos Williams (1986-1987) decía que no deja de asombrar que la lista de los reyes de Chimor guarda estrecha relación con el número de complejos o ciudadelas que conforman todo el conjunto, que han sido denominadas Tshudi, Rivero, Gran Chimú, Squier, Bandelier, Uhle, Chayhuac, Laberinto y Velarde. Estos nombres, sin duda, fueron puestos en relación con la memoria o visitas al sitio de viajeros e investigadores.

Además de Chan Chan, existen otras construcciones llamadas huacas, ubicadas en el perímetro central y alrededores, conocidas con los nombres de Toledo, Las Conchas, El Higo, Esmeralda, El Dragón o Arco Iris y Tacaynamo. Estas últimas son edificaciones de gran obra, dignas de admiración, puesto que tienen construcciones amuralladas y elevadas con sistemas de rampas, depósitos, recintos ceremoniales con imágenes labradas en madera y, sobre todo, representaciones murales de elementos marinos y figuras sobrenaturales que guardan relación con el mundo mágico-religioso, algunas de las cuales estuvieron policromadas.

La tesis central que han venido planteando los investigadores de la Universidad de Harvard desde hace mucho tiempo es que cada ciudadela amurallada correspondería a la sede de un sucesor o jerarca, quien mandaba a construir su ciudadela, que se convertía en un centro de administración socioeconómica y ceremonias de culto que propiciaban una buena producción de alimentos. Visto de otro modo, las ciudadelas tenían la función de controlar la producción de alimentos, el almacenamiento y redistribución de los bienes. Incluso, se afirma que cuando fallecía un soberano era sepultado en el interior de su ciudadela en una plataforma funeraria muy compleja, acompañado de sus concubinas, servidores y quizás parientes de la familia real.[45]

No obstante, si se toma como modelo el sector Tschudi, las evidencias arquitectónicas y asociaciones parecen indicar que más que ciudadelas, aunque el término está mal empleado, son conjuntos amurallados, sumamente privados. Su función no era la de palacio o de vivienda de los señores pertenecientes a la

---

44. Zevallos 1998.

45. Ravines 1980.

dinastía, sino más bien espacios ceremoniales donde se realizaban ritos propiciatorios de diferente índole, ceremonias del culto al ancestro (aun cuando el mausoleo del gran señor se encontraba en el interior más próximo al mar) y apartamentos sagrados o audiencias para los ritos oraculares y huachaques, entendidos como grandes pozos de agua bien estructurados donde se criaban peces y se le rendía culto al agua como origen.

Desde luego, todo esto marchaba, obviamente, asociado con la administración de los bienes tributados a los señores, a los ancestros y a las divinidades, que eran almacenados en los depósitos de acuerdo con su función. Entonces, de todo esto se desprenden algunas interrogantes: ¿dónde vivían los señores que se enterraban en el interior de estos conjuntos? o ¿de dónde venían? Da la impresión de que cada conjunto amurallado pertenecía a los diferentes dignatarios provinciales de la administración Chimor, y únicamente el Señor fundador, a quien le rendían culto y tributo, se enterraba dentro del recinto.

¿Qué pasaba fuera de los conjuntos amurallados privados? Según los investigadores de la Universidad de Harvard, en la arquitectura y organización espacial de Chan Chan se observa una naturaleza estratificada. Las viviendas y talleres de producción artesanal de la población se aglutinan en torno a los amurallamientos, especialmente hacia el oeste, sin mayor orden ni trazo, separadas por estrechos y tortuosos callejones como lo describía Carlos Williams. Estos barrios, llamados por los de Harvard "SIARS" (siglas en inglés que significan "cuartos irregulares pequeños y aglutinados"), tenían estructuras públicas como pozos para acceder al agua de la capa subterránea, puertas de control y áreas de enterramiento.

Chan Chan está comunicado con las poblaciones del norte y del sur a través de un "complejo vial" de diferente magnitud. Algunos caminos llegaban al centro principal y otros pasaban por los alrededores utilizando caminos de diferente condición, muchos de ellos bien elaborados y que estaban en relación con tomas de agua y campos de cultivo, lo que significa que eran muy bien administrados y controlados.[46]

Los incas, hijos del Sol y la Luna

El ocaso del reino Chimor está teñido de enfrentamientos o confrontaciones bélicas. Según Rowe (1948), es posible que la repentina expansión del reino norteño por Minchancaman se haya apurado al paso de las conquistas de los pueblos del sur por el inca Pachacutec, de tal manera que cuando se encontraron, aproximadamente en 1470, las condiciones de ambos eran iguales.

---

46. Campana 2012.

Se dice que los incas saquearon Chimor y las riquezas fueron llevadas al Cuzco para que por orden de Pachacutec se hiciera las estatuas de Tecsi Viracocha, del Sol, de Mama Ocllo y un relieve de oro puro en las paredes del famoso templo de Koricancha. Minchancaman fue conducido a un exilio en el Cuzco, donde se le llenó de honores como parte de la inteligente estrategia administrativa de los cuzqueños.

Los incas aprendieron mucho de sus nuevos súbditos en cuanto a organización política, planificación de las ciudades, las técnicas en los metales, textiles, etc., de tal manera que incluso una colonia de orfebres fue llevada al Cuzco para servir al Estado Inca. Posiblemente, gran parte del oro de los norteños llevado al Cuzco sirvió para enriquecer los templos principales, especialmente el Koricancha.

María Rostworowski (1981) le dedica un capítulo especial a la organización económica de las comunidades costeñas en el siglo XVI, en el que relata la división precolombina del trabajo en la costa y su especialización: labradores, oficiales, artesanos, mercaderes o tratantes y el oficio en las minas. Los pescadores especializados tenían una división de trabajo, como por ejemplo: pesca, salar y trueque. La mita era parte de la organización del trabajo en la costa y en la sierra. Mientras que el trueque, según la autora, era la base de la organización económica costeña, dividiéndose en trueque local (entre campesinos y pescadores), el trueque de alimentos entre la costa y la sierra, y el trueque a grandes distancias de objetos suntuarios y sagrados como finos tejidos, plumerías, chaquiras, objetos de metal y las requeridas conchas *spondylus* o caracolas provenientes de aguas cálidas. En cambio, Waldemar Espinoza (1987) sostiene que en el Tahuantinsuyu funcionó y combinó con armonía y como mecanismo económico-administrativo el *ayne*, la *minga* y la *mita*. El mismo autor dice que la reciprocidad y la redistribución eran ampliamente utilizadas por los incas, así como estaba institucionalizado el trueque en las comunidades del Chinchaysuyu; es decir, que independientemente del control de pisos ecológicos y de prácticas redistributivas, funcionaba el trueque interecológico, vender y comprar. Es interesante señalar que los pescadores de Cinto, Collique y Túcume, en el valle de Lambayeque, cambiaban su pescado por algodón, maíz, frejoles, lana y otros productos agrícolas. Los artesanos especialistas trocaban sus bienes y servicios por alimentos; igual lo hacían los salineros de Túcume, que permutaban sal por maíz. Según el autor arriba señalado, el sistema de equivalencia llenaba los deseos de utilidad y necesidad de las partes. Sin el sistema de equivalencias de valores, no habría sido posible realizar las transacciones de comercio. Así como existían también las pesas y medidas, por ejemplo, había balanzas de platillos metálicos, de madera, de redes o redecillas; también eran usadas medidas a partir del cuerpo humano: brazadas, media braza, un codo, la cuarta o palmo, el jeme, el paso, el dedo y el ancho de la mano con los dedos juntos.



Vasija de cerámica Inca-chimú
representando una papa.
© MNAAHP - María Jhong.



Los kipus fueron utilizados como un sistema de contabilidad
y como recurso de la memoria colectiva de los Incas. © MNAAHP - María Jhong.



Artefacto Inca de cobre en forma de una lampa, posiblemente utilizado para trabajos en minería. © MNAAHP - María Jhong.



Mortero de piedra y mano para moler minerales vinculados con el trabajo en minería. © MNAAHP - María Jhong.

Uno de los temas que toca Waldemar Espinoza, que considero importante para esta época y que sin dudas tiene antecedentes en los siglos pasados, es el comercio a larga distancia. Vivían *ayllus* enteros consagrados a la artesanía y al comercio gracias a los excedentes de producción, con mercaderes profesionales de los valles marítimos y del extremo norte del Chinchaysuyu. Los mercaderes arribaban a los "puertos de comercio", como el de la Isla de la Plata (Ecuador), donde se concretaban las transacciones gracias a los transbordos de las mercancías. Los chimú y los chincha eran los más audaces mercaderes, quienes se especializaban en adquirir millares de *spondylus* y *strombus*, traídos de los mares cálidos del norte para usos mágico-religiosos y como adorno simbólico, así como guadas o caña de Guayaquil (bambú). También adquirían lanas, metales, maderas de chonta y palma, monos y papagayos para satisfacer la demanda de los señores costeños.

En suma, como hemos podido ver, hubo un complejo desarrollo económico en los Andes septentrionales, conocido en la época inca como el Chinchaysuyu. Se trata ciertamente de una historia muy prolongada de casi 16.000 años, desde los cazadores, recolectores, los experimentadores de la agricultura y la formación de las sociedades complejas hasta el impulso de una economía mixta (agrícola y marina), que permitió contar con excedentes de producción para la construcción de monumentales templos o santuarios y residencias de los grupos de la élite dirigente. La economía que manejaron las grandes civilizaciones del norte como los cupisnique, moche, lambayeque y chimú los convierte en forjadores de grandes adelantos tecnológicos en la cerámica, metalurgia, textiles y otros campos de desarrollo, que los hacen algunas veces únicos en el nuevo mundo, dignos de ser admirados y reconocidos como una cultura milenaria que puede reducirse a una simple frase: "Perú, país de tesoros escondidos".

Bibliografía

Alva, Walter

2008 "Las tumbas reales de Sipán". En Krzysztof Makowski (comp.), *Señores de los Reinos de la Luna.* Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 266-279.

Alva, Walter y Christopher B. Donnan

1993 *Tumbas reales de Sipán*. Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History, Universidad de California.

Alva Meneses, Ignacio

2012 "Ventarrón y Collud, origen y auge de la civilización en la costa norte del Perú". Proyecto Especial Naylamp Lambayeque. Ministerio de Cultura, Viceministerio de Patrimonio Cultural e Industrias Culturales, Proyecto Especial Naylamp-Lambayeque, Unidad Ejecutora n.° 005.

Bird, Junius B.

1963 "Pre Ceramic art from Huaca Prieta. Chicama Valley". *Ñaupa Pacha,* n.º 1: 29-38. Berkeley: Institute of Andean Studies.

Bird, Junius y John Hyslop

1985 "The Preceramic Excavations at the Huaca Prieta-Chicama Valley, Peru". *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History,* vol. 62, n.º 1.

Bonavia, Duccio

1991 *Perú, hombre e historia: de los orígenes al siglo XV*. Tomo I. Lima: Fundación del Banco Continental para el Fomento de la Educación y la Cultura, Ediciones Edubanco.

Brooks, William E. et ál.

2013 "Proyectiles de plomo en el antiguo Perú". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 42, n.º 1: 13-23.

Burger, Richard L.

1992 *Chavin and the Origins of Andean Civilization*. Londres: Thames and Hudson Ltd.

Campana, Cristóbal

2012 *Arquitectura y ceremonia en Chan Chan*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Privada Antenor Orrego.

Canziani Amico, José

2012 *Ciudad y territorio en los Andes: contribuciones a la historia del urbanismo prehispánico* (2.ª ed.). Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Carcedo, Paloma

1992 "Metalurgia precolombina. Manufactura y técnicas de trabajo en la orfebrería Sicán". En José Antonio de Lavalle (ed.), *Oro del Antiguo Perú.* Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito, pp. 266-305.

CASTILLO BUTTERS, Luis Jaime
2011 *San José de Moro y la arqueología del valle del Jequetepeque*. Lima: Departamento de Humanidades y Fondo Editorial de la PUCP.

CHAUCHAT, Claude et ál.
2006 *Prehistoria de la costa norte del Perú: el Paijanense de cupisnique*. Travaux de l'IFEA, 211. Trujillo: IFEA y Patronato de Huacas de Moche.

DELIBES MATEOS, Rocío y Alfonso BARRAGÁN VILLENA
2008 "El consumo ritual de chicha en San José de Moro". En Luis Jaime Castillo Butters, Helene Bernier, Gregory Lockard y Julio Rucabado Yong (eds.), *Arqueología mochica, nuevos enfoques: actas del Primer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores de la Cultura Mochica*. Lima: IFEA, PUCP, pp. 105-117.

DILLEHAY, Tom D. et ál.
2012a "A Late Pleistocene Human Presence at Huaca Prieta, Peru, and Early Pacific Coastal Adaptations". *Quaternary Research,* n.º 77: 418-423.

2012b "Chronology, Mound-Building and Environment at Huaca Prieta, Coastal Peru, from 13700 to 4000 Years Ago". *Antiquity,* n.º 86: 48-70.

DONNAN, Christopher B. y Luis Jaime CASTILLO
1994 "Excavaciones de tumbas de sacerdotisas Moche en San José de Moro, Jequetepeque". En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.), *Moche: propuestas y perspectivas: actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*. Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993. Travaux de l'IFEA n.º 79. Universidad de La Libertad-Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales, pp. 415-424.

DONNAN, Christopher B. y Guillermo A. COCK
1986 *The Pacatnamu Papers*. Vol. I. Los Ángeles: Museum of Cultural History, University of California.

DONNAN, Christopher B. y Donna MCCLELLAND
1999 *Moche Fineline Painting. Its Evolution and Its Artists*. Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History, Universidad de California.

ELERA, Carlos
2008 "Sicán, arquitectura, tumbas y paisaje". En Krzysztof Makowski (comp.), *Señores de los Reinos de la Luna*. Lima: Banco de Crédito, pp. 304-314.

2009 "La cultura cupisnique a partir de los datos arqueológicos de Puémape". En Luis Jaime Castillo y Cecilia Pardo (eds.), *De cupisnique a los incas, el arte del valle de Jequetepeque*. Lima: Asociación Museo de Arte de Lima, pp. 68-111.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar
1987 *Artesanos, transacciones, monedas y formas de pago en el mundo andino. Siglos XV y XVI*. Tomos I y II. Lima: Banco Central de Reserva del Perú.

Franco Jordán, Régulo
2008 "La Señora de Cao". En Krzysztof Makowski (comp.), *Señores de los Reinos de la Luna*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 280-287.

2016 *Mocollope. Pasado Prehispánico*. Trujillo: s. d.

Franco Jordán, Régulo y César Gálvez
2010 "Muerte, iconografía e identificación de roles de personajes de la élite mochica en Huaca Cao Viejo, complejo El Brujo". En Luis Valle (ed.), *Arqueología y desarrollo. Experiencias y posibilidades en el Perú*. Trujillo: SIAN, pp. 79-102.

Franco Jordán, Régulo y Juan Vilela Puelles
2005 *El Brujo, el mundo mágico religioso mochica y el calendario ceremonial.* Trujillo: Minka.

Faresso, Carole
2008 "El sistema técnico de la metalurgia de transformación en la cultura mochica". En Luis Jaime Castillo Butters et ál. (eds.), *Arqueología mochica, nuevos enfoques: actas del Primer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores de la Cultura Mochica.* Lima: IFEA, PUCP, pp. 153-171.

Fung Pineda, Rosa
1972 "El arte textil en el antiguo Perú: sus implicancias económicas, sociales, políticas y religiosas". *Proceso*, n.º 1. Huancayo: Órgano de Extensión Cultural de la Universidad Nacional del Centro del Perú, pp. 20-23.

Gálvez, César A.
2010 "El Paijanense en la costa norte de los Andes Centrales". *Revista Arqueológica SIAN*, año 15, edición 21: pp. 4-36.

Gálvez, César, Arturo Paredes y Víctor Piminchumo
2004 "Evidencias de campos de cultivo irrigados Post Chimú en Chan Chan, Valle de Moche". En Luis Álvarez Valle (ed.), *Aportes para la historia de Chan Chan*. Trujillo: SIAN, pp. 29-52.

Goepfert, Nicolás
2008 "Ofrendas y sacrificio de animales en la cultura Mochica: el ejemplo de la Plataforma Uhle, Complejo Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna". En Luis Jaime Castillo et ál. (eds.), *Arqueología mochica, nuevos enfoques: actas del Primer Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores de la Cultura Mochica*. Lima: IFEA, PUCP, pp. 231-244.

Grobman, Alexander et ál.
2012 "Preceramic Maize from Paredones and Huaca Prieta, Perú". *Proceedings of the National Academy of the Sciences of the United States of America,* vol. 109, n.º 5: 1755-1759.

Gumermam IV, George y Jesús Briceño Rosario
2003 "Santa Rosa-Quirihuac y Ciudad de Dios: asentamientos rurales en la parte media del valle de Moche". En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.), *Moche:*

hacia el final del milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche. Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999. Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo, PUCP, pp. 217-243.

Heyerdahl, Thor, Daniel H. Sandweiss y Alfredo Narváez

1995 *Piramids of Túcume: The Quest for Peru's Forgotten City*. Londres: Thames and Hudson.

Kauffman Doig, Federico

1989 "Oro de Lambayeque". En José Antonio de Lavalle (ed.), *Oro del Antiguo Perú*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito, pp. 163-248.

2011 "La orfebrería en el Perú Antiguo". *Arqueología y Vida*, n.º 4: 443-447. Trujillo: Museo de Arqueología, Antropología e Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo.

Kaulicke, Peter

1992 "Moche-vicus y el Mochica Temprano". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos,* vol. 21, n.º 3: 853-903.

Keatinger, R. y G. Conrad

1983 "Imperialist Expansión in Peruvian Prehistory: Chimú Administration of a Conquered Territory". *Journal of Field Archaeology*, vol. 10, n.º 3: 255-283.

Kutscher, Gerdt V.

1983 *Norperuanische Gefassmalereien des Moche-Stils*. Múnich: C. H. Beck.

Larco Hoyle, Rafael

2001 *Los Mochicas*. 2 tomos. Lima: Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.

Lumbreras, Luis Guillermo

1981 *Arqueología de la América Andina*. Lima: Editorial Milla Batres.

1987 "El Perú Prehispánico". En *Nueva Visión del Perú I*. Lima: Tarea, Democracia y Socialismo.

Makowski, Krzysztof

1994 "Los señores de Loma Negra". En Krzysztof Makowski (comp.), *vicus*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 83-142.

Morales, Ricardo

2012 "Espacios arquitectónicos ceremoniales e iconografía litúrgica en Huaca de la Luna, Valle de Moche". En *Tesoros preíncas de la cultura mochica, el Señor de Sipán, Huaca de la Luna y Señora de Cao*: Lima: Ayuntamiento de Cádiz, Repsol, Ministerio de Cultura del Perú, Fundación Wiese y Embajada del Perú en España, pp. 111-127.

Moseley, Michael y Kent Day (eds.)

1992 "Maritime Foundations and Multilinear Evolution: Retrospect and Prospect". *Andean Past*, n.º 3: 5-42.

PRIETO, Gabriel
2014 "The Early Initial Period Fishing Settlement of Gramalote". En *Moche Valley: A Preliminary Report, Peruvian Archaeology*. Vol. I. Yanagata: Yanagata University, Institute of Nasca, pp. 1-46,

RAMÍREZ, Susan Elizabeth
2008 "Los curacas y las jerarquías del poder en la costa norte". En Krzysztof Makowski (comp.), *Señores de los Reinos de la Luna*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 223-245.

RAVINES, Rogger
1985 "Arquitectura monumental temprana del valle de Jequetepeque". En F. Silva Santisteban, W. Espinoza y R. Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*. Vol. 1. Lima: Instituto Nacional de Cultura Departamental de Cajamarca, pp. 131-146.

RAVINES, Rogger (comp.)
1980 *Chan Chan, Metrópoli Chimú*. Lima: IEP.

RICHARDSON III, James B.
1975 "Early Man on the Peruvian North Coast, Early Maritime Explotation and the Pelistoceneand Holocene Environment". Inédito. Paper presented at the 13th Pacific Science Congress, Symposium on Early Man in America from a Circum Pacific Perspective, Vancouver, august 1975.

RICK, W. John
2012 "Chavín de Huántar, protocolo de las intervenciones arqueológicas". Instituto Andino de Estudios Arqueológicos-Sociales, Proyecto de Investigaciones arqueológicas y Conservación de Chavín de Huántar. Antamina, Asociación Ancash y Global Heritage Fund.

ROSTWOROSWKI DE DIEZ CANSECO, MARÍA
1981 *Recursos naturales renovables y pesca, siglos XVI y XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, primera edición.

ROWE, John Howland
1948 "The Kingdom of Chimor". En *Acta Americana*, vol. 6, n.º 1-2: 26-59. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía. México. [Publicado en castellano como "El reino de Chimor", en: R. Ravines (comp.), *100 años de arqueología en el Perú*, pp. 321-355. Lima: IEP, Petróleos del Perú, 1970].

RUSSELL, Glenn, Banks L. LEONARD y Jesús BRICEÑO
1994 "Cerro Mayal: nuevos datos sobre producción de cerámica Moche en el valle de Chicama". En Santiago Uceda y Efraín Mujica (eds.), *Moche: propuestas y perspectivas*. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche, Travaux de l'IFEA 79. Lima: IFEA, pp. 181-206.

SHIMADA, Izumi
2014 "La naturaleza del centro ceremonial de Sicán y su reflejo en la organización sociopolítica Sicán". En Julio César Fernández y Carlos Eduardo Wester

(eds.), *Cultura Lambayeque, en el contexto de la costa norte del Perú*. Chiclayo: Emdecosege, pp: 49-77.

SHIMADA, Izumi, Carlos ELERA y Melody SHIMADA
1982 "Excavaciones efectuadas en el centro ceremonial de Huaca Lucía-Chóloque, del Horizonte Temprano, Batán Grande, Costa Norte del Perú". *Arqueológicas*, n.º 19: 109-210.

SPLITSTOSER, Jeffrey, Tom DILLEHAY, Jan WOUTERS y Ana CLARO
2016 "Early pre-Hispanic use of indigo blue in Peru". *Science Advances*, 2(9).

TATE, James Patrick
2006 "The Late Horizon Occupation of the El Brujo Site Complex, Chicama Valley, Peru". Dissertation Doctor of Philosophy in Anthropology, Universidad de California, Santa Bárbara.

UCEDA, Santiago, Henry GAYOSO y Ricardo TELLO
2010 "Las investigaciones arqueológicas". Parte I. En Santiago Uceda y Ricardo Morales (eds.), *Moche, pasado y presente*. Trujillo: Patronato Huacas del valle de Moche, Fondo Contravalor Perú Francia, Universidad Nacional de Trujillo, pp. 23-107.

VÁSQUEZ SÁNCHEZ, Víctor et ál.
2003 "Zooarqueología de la Zona Urbana Moche, Complejo Huacas del Sol y La Luna, Valle de Moche". En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.), *Moche: hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche, Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999. Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y PUCP, pp. 33-63.

WESTER LA TORRE, Carlos
2012 "Misterio e historia en la cultura Lambayeque, la sacerdotisa de Chornancap". Ministerio de Cultura, Proyecto Especial Naylamp, Unidad Ejecutora n.° 005, Museo Bruning, Sustainable Preservation Iniciative y Museo de Sitio Chotuna-Chornancap.

2016 *Chornancap, Palacio de una Gobernante y Sacerdotiza de la cultura Lambayeque*. Ministerio de Cultura, Proyecto Especial Naylamp, Unidad Ejecutora n° 005, Museo Bruning, pp.427.

WILLIAMS, Carlos
1986-1987 "El urbanismo de Chan Chan". *Revista del Museo Nacional*, vol. 48: 13-32. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

ZEVALLOS, Jorge
1998 "Supervivencia de Chan Chan: notas para su estudio-1995". *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia*, n.° 8: 129-161.

Capítulo 2

La economía colonial del norte peruano

Susan Elizabeth Ramírez

La historia económica del norte del Perú (aquí definida como el área de los departamentos modernos de Tumbes, Piura, Lambayeque, La Libertad, Cajamarca, Amazonas y Huánuco) durante la Colonia comprendió muchas poblaciones distintas que ocuparon una multitud de pisos ecológicos desde las playas del océano Pacífico hasta las vertientes orientales de clima tropical de los Andes. Es una historia de intercambios pacíficos y subordinaciones forzosas que al final dio lugar a una sociedad transcultural con una economía que abarcaba, algunas veces indirectamente a través de intermediarios, casi todo el mundo. Los productos locales se exportaban a Lima, Santiago de Chile, Potosí, Guayaquil, Panamá y el Caribe, y de allí a Europa. Mercadería de Europa, África, China y las Filipinas se importaba por los puertos de Paita, Chérrepe y Malabrigo.[1] Así, para entender la historia de los habitantes del norte hay que contextualizarla dentro de las relaciones con el resto del mundo.

Este capítulo contará la historia empezando con una breve exposición de la situación a comienzos de 1532, el año en que llegaron los españoles, capitaneados por Francisco Pizarro. Sigue un recuento de las actividades encaminadas a reorganizar los recursos humanos y naturales para el sustento de los invasores. La negociación para el establecimiento de las instituciones de la ciudad y villa, de la encomienda y de la reducción será clave en el siglo XVI. Durante los siguientes cien años y más, sigue el crecimiento de industrias que ya habían aparecido en forma embrionaria en la segunda mitad del siglo XVI. La estancia, la hacienda, la tina y tenería o casas-tina (en Piura) y el obraje contrastaron con la suerte

1. Glave 1993: 499.

de las comunidades indígenas. Aquellas se desarrollaban al mismo tiempo que estas declinaban. El estancamiento y la crisis llegaron en la primera mitad del siglo XVIII (donde acaba esta narración y análisis), y solo con la implementación de las reformas borbónicas llegan a atenuarse y finalmente superarse.

1532

Esta historia tiene lugar en un área que abarca las tres zonas geográficas y climáticas del Perú. Por el lado oeste tiene el océano Pacífico. Allí hay acceso a recursos tan variados como pescado, mariscos, algas y algunas ballenas que los pescadores de Tumbes, por ejemplo, explotaban. En la playa, cosechaban totora, quemaban conchas para producir la cal y elaboraban sal. En las lagunas y ríos adyacentes, pescaban y cazaban aves tanto para comer como para utilizar sus plumas. Más adentro, avanzando hacia el este, había tierras fértiles, siempre y cuando tuvieran acequias y riego. Allí sembraban maíz, algodón, frutas y verduras. Donde no llegaba el riego, se encontraban bosques de algarrobos, de los que las etnias del norte obtenían leña y frutos. Estos últimos fueron importantes especialmente después de la llegada de los españoles para la alimentación de los animales domésticos. Subiendo a la sierra, hay tierras templadas apropiadas para sembrar papas y quinua. En las alturas, crecía el ichu, pasto que preferían las llamas y alpacas. Cruzando las alturas, empieza la bajada a la selva, también un lugar de frutas, verduras, aves con plumaje colorido y animales de caza variados. En estas macrorregiones hubo sitios con microclimas que permitían criar todo tipo de plantas y animales, enriqueciendo así con bastante diversidad la vida de los habitantes.

Al comenzar el año de 1532, los agricultores, pastores y pescadores del norte —de Tangarará, Poechos, Sócola, Marcavelica, La Chira, Pabur, Nariguala, Catacaos, Piura, Jaén, Huancabamba, Bagua, Huánuco, Motupe, Collique, Sinto, Saña, Chicama, Conchucos, Guaraz y otros linajes o etnias— sembraban y cosechaban maíz, frejoles, maní, camote, calabaza, yuca, papa, fruta (guaba, guayaba, lúcuma, tuna, y palta), coca y algodón de varios colores,[2] y criaban patos, pavos y cuyes en chacras repartidas por el campo. Inclusive, algunos linajes tenían parientes viviendo a muchos días de camino, explotando recursos diversos, o enviados allí para prestar servicios específicos para el Estado (por ejemplo, los sañas y los olleros de Collique que vivían entre los cajamarcas).[3] Mientras tanto, los pescadores de Tumbes, Sechura, Paita, Colán, Malacas (hoy

2. Según Espinoza (1981: II), el cultivo intenso del algodón data de fines del siglo XIX en los alrededores de Piura.

3. Rostworowski 1985, Espinoza 1986.

Talara) y Malabrigo[4] cogían tollos y sardinas y mantenían comunicaciones por mar con el norte y el sur.[5] Algunos producían sal en las tierras cercanas a las playas.[6]

En consecuencia, lo ideal era ser una etnia autosuficiente en cuanto al consumo básico. Los agricultores iban de chacra en chacra cultivando panllevar. Se desplazaban a la playa para producir sal o quemar conchas para obtener la cal. Subían a los cerros para recoger plantas medicinales necesarias para mantener la salud. Pero también hacían trueques. En la costa, los pescadores intercambiaron sus productos por el panllevar de los agricultores. Los de la costa intercambiaron sal, algodón, ropa, chaquira, mullu y pescado salado con los de la sierra por papas y lana, y con los del oriente por miel de abeja y plumas.[7] Los de Tumbes intercambiaron algunos de estos productos con las gentes de la costa de Panamá, Colombia y Centroamérica.[8]

De vez en cuando, prestaban mano de obra para las construcciones de su linaje y etnia; sembraban y cosechaban las chacras dedicadas al Sol, la Luna, los ancestros y las autoridades; construían complejos monumentales y mantenían los caminos, canales de riego y andenes. Algunos pocos viajaban a las minas (de Chilete, por ejemplo) para extraer plata o a las minas de Ayabaca, Zamora y Jaén para conseguir oro,[9] o lavaban en los ríos al oriente de Cajamarca y Moyobamba buscando pepitas de oro.[10] La explotación de oro y plata de las minas y lavaderos de los incas en Huánuco es acreditada por los caciques[11] chupachos y yachas.[12]

---

4. Espinoza 1981: 11, León 2002: 30.
5. Espinoza 1981, V: 10; Moya 2003: 193-195, 242.
6. Espinoza 1981, V: 67; Ramírez 1993, 2014a; Diez 1988: 39, 43. No solo pescaban en el mar sino también en los ríos, lagunas, pozas artificiales y pantanos, donde además cazaban aves silvestres (Espinoza 1981: 6). También se producía sal en Yanacachi (Pasco) y se comercializaba en el siglo XVI por ropa proveniente de Huánuco (León 2002: 125).
7. Ortiz de Zúñiga 1967-1972 [1562]; Murra 1975; Carlín 1976: 23-24; León 1977: 283, 286, 290-293; Espinoza 1981: 5-6, 12; Moya 2003: 247, 250.
8. Carlín 1976: 23, 28-29; Hocquenghem 1998: 130.
9. Aldana 1988; 19; Cuesta 1984, II: 470-471, 476; Ramírez 2007; Moya 2003: 247.
10. Cuesta 1984, II: 80, 190; Vásquez de Espinosa 1986 [1615]: 377; Berroa 1934: 18.
11. "Cacique" es una palabra antillana que significa "jefe nativo". Fue introducida en los Andes por los españoles. Se usó como un nombre genérico para cualquier autoridad indígena, sin precisar su rango. La palabra para la autoridad nativa mayor de una etnia es "curaca". Los españoles, a los jefes con menos rango, los llamaron principales y mandones.
12. Varallanos 2009 [1959]: 268.

En los grandes centros ceremoniales gobernaban las autoridades político-religiosas, cuyo estatus reflejaba su control sobre la mano de obra. Cuantos más sujetos podía movilizar un curaca, mayor era su poder. Los curacas principales supervisaban a trabajadores especializados, como los orfebres y alfareros,[13] que producían para el Estado, algunas veces con materiales importados como el mullu (de Tumbes y la isla Puná), metales (de la sierra) y plumas (de la selva).[14] Las mujeres se reunían para producir ropa de algodón y lana fina, y cocinar la *azua* (también llamada *chicha*), que fue tan necesaria para la hospitalidad, reciprocidad y consumo cotidiano.[15]

Cuando no trabajaban, muchas veces se juntaban para escuchar las conversaciones de sus padres y abuelos sobre los eventos importantes o traumáticos que habían vivido. Entre las cosas recordadas estaba la llegada de los incas, un pueblo agricultor hecho guerrero procedente del sur, que antecedía la llegada de otros forasteros del norte. Los incas invitaban a las etnias a alinearse o las subordinaban por la fuerza. Los ayabacas, huancabambas, paltas, bracamoros[16] y chimús se resistieron,[17] con duras consecuencias. El cacique de Pabur vio veinte pueblos diezmados por no haber salido a dar la bienvenida a los agresores.[18] El centro ceremonial de los tumbesinos quedó en ruinas, destruido por Atahualpa por ser estos partidarios de Huáscar.[19]

La muerte repentina de uno de los emperadores, llamado Guayna Capac, conocido por aquellos años como el Cuzco Viejo, una de las víctimas de una enfermedad desconocida, que afectó y mató a miles, fue otro motivo de conversación, memoria y preocupación constante. Las oraciones y ritos continuos dedicados a los dioses ancestrales no pararon este mal. Después de su muerte, los hijos de Guayna Capac empezaron una lucha para ver quién quedaría como el sucesor del Cuzco Viejo.

Mientras duraba esta guerra civil y ritual, llegaron forasteros de la mar nunca antes vistos, cubiertos de cabeza a pies a manera de las mortajas de sus muertos. Los viejos contaban que uno llegó a Tumbes muchas lunas atrás con una olla de plata en su cabeza, una camisa de metal en el pecho hasta las rodillas[20] y un

---

13. Cock s. f., Moya 2003: 247.
14. Aldana y Diez 1994: 56-57.
15. Ramírez 2002, 2005, 2007, 2014a.
16. Cuesta 1984, II: 12.
17. Aldana y Diez 1994: 53.
18. Fernández de Oviedo 1992 [1535-1545], V: 39.
19. Aldana y Diez 1994: 62; Carlín 1976: 12, 1994: 36.
20. Se refiere a la visita a Tumbes del griego Pedro de Candia, que llevaba una cota de malla, con arcabuz, espada y una rodela de acero (Carlín 1984: 30, 1976: 30).

arma en los brazos con la que echaba relámpagos con truenos ensordecedores. Después, él y sus acompañantes siguieron por el mar, hasta desaparecer.

Las bases de la Colonia

Exploración y primeras fundaciones

En este contexto general llegaron Francisco Pizarro y sus secuaces. Desembarcaron en Puerto Viejo y viajaron al sur por Tumbes, hasta llegar a un valle donde conocieron, entre otros, a un cacique con el nombre de Lachira.[21] En este lugar estratégico, con amplios campos fértiles, buenos pastos, numerosos canales de irrigación y abundante mano de obra indígena, fundaron la villa de San Miguel como puesto de avanzada.[22] Las villas y ciudades españolas con las encomiendas y, más tarde, las reducciones fueron las bases de la colonización temprana. Después de encomendar[23] a los varios caciques y sus gentes a los nuevos vecinos de San Miguel, como los tumbesinos que se entregaron a Hernando de Soto,[24] siguieron al sur pasando por Pabur y los valles de Collique, Sinto y Saña, antes de marchar hacia la sierra, donde tuvo lugar su encuentro con Atahualpa.

El rescate de Atahualpa convirtió a la compañía de Pizarro en hombres fabulosamente ricos en comparación a lo que era la sociedad ibérica del siglo XVI. Le tocó al caballero Juan de Barbarán (en 1536 nombrado encomendero de Lambayeque), por ejemplo, 362 marcos de plata y 8980 pesos de oro, es decir, un total de casi 15.000 pesos de ocho reales.[25] A Melchor Verdugo[26] (más tarde encomendero de Cajamarca) le correspondieron 136 marcos de plata y 330 pesos de oro o un total de casi 5600 pesos, una suma principesca para un simple soldado de a pie. Eran más ricos de lo que la mayoría jamás podría llegar a ser en España, donde un trabajador no calificado ganaba aproximadamente un real y un tercio al día, y un carpintero alrededor del doble. Por consiguiente,

---

21. Espinoza 1981: 9, Eguiguren 1894b: 260.
22. Espinoza 1981: 70; Eguiguren 1894a: 157, 1894c: 260-268; Delgado 1928: 22.
23. La encomienda obligaba al encomendero a instruir a la población indígena en los rudimentos de la fe cristiana y protegerlos en cuanto a la explotación de su mano de obra y los productos que pudieran dar. Con estos últimos el encomendero sustentaba a su familia y allegados, y vendía el resto para poder comprar otros artículos.
24. Carlín 1976: 78, 1984: 38.
25. Todos los pesos en este capítulo fueron convertidos a pesos de 8 reales, también llamados patacones.
26. Del Busto 1986: 53-102.

podía permitirse comprar alimentos importados, a pesar de los altos precios de los años inmediatamente posteriores al encuentro, cuando una arroba de vino blanco costaba casi 35 pesos en 1535 y un buen caballo era lo más caro que un soldado podía adquirir, ya que en 1535 su precio medio era de 900 pesos y dos años más tarde todavía seguía costando casi 600. Estos precios, relativamente altos, reflejaban la escasez de estos animales y su gran demanda, e incentivaron a sus dueños a empezar a reproducirlos cuanto antes.

Durante la década siguiente, Pizarro llegó a la ciudad del Cuzco; estableció la fundación de las villas y ciudades de Jauja, Lima, Trujillo y Arequipa; proveyó mercedes de encomiendas a otros españoles que habían servido al rey[27] y peleó con su socio Diego de Almagro. También autorizó entradas hacia el este: Alonso de Alvarado marchó adonde vivían los chachapoyas, fundando la muy noble y leal ciudad de San Juan de la Frontera de los Chachapoyas el 5 de septiembre 1538;[28] Juan Porcel fue a encontrarse con los bracamoros, en cuya región fundó las ciudades de Nueva Jerez de la Frontera en 1536 y Ávila;[29] y el capitán Pedro de Vergara entró al norte de los bracamoros y fundó la ciudad de Bilbao (que desapareció poco después) en la cuenca del río Zamora.[30] Pizarro ordenó al capitán Gómez de Alvarado organizar una ciudad en la provincia de los huánucos; Alvarado la fundó el 15 de agosto de 1539 en el antiguo centro administrativo inca de Huanucopampa.[31] Más tarde, Juan Pérez de Guevara y la gente que reunió poblaron la ciudad de Santiago de Moyobamba.[32] Waldemar Espinoza Soriano escribe que "pudo llevarse a cabo el 25 de julio de 1541: día de Santiago".[33] La muerte de Pizarro en 1541 a manos de los almagristas abrió otra década de luchas entre los invasores españoles que solo concluyeron con la llegada del licenciado Pedro de la Gasca como presidente de la Real Audiencia de Lima y sus esfuerzos pacificadores.

27. Para una lista de encomiendas de Huánuco otorgadas por Pizarro, ver Puente 1992: 395-497, León 2002: 73 y Varallanos 2009 [1959]: 227-28. Para la mención de los encomenderos de Moyobamba, véase Espinoza Soriano 2003: 24.

28. Cuesta 1984, I: 295, 313; Espinoza Soriano 2003: 17.

29. Cuesta 1984, II: 18-19, 26, 28, 50.

30. Cuesta 1984, I: 336; 1984, II: 12, 17-18, 37.

31. Más tarde, la ciudad se cambió al Valle de Pilco, pero al poco tiempo se despobló. La fundación definitiva se hizo por el capitán Pedro de Puelles por comisión del gobernador licenciado Vaca de Castro el 2 de febrero de 1543 (León 2002: 39-41; Berroa 1934: 8, 24-25).

32. Se refundó la ciudad de Moyobamba el 12 de marzo de 1549 y Juan Pérez de Guevara repartió encomiendas a los 19 vecinos. Para una discusión y lista, véase Espinoza 2003: 54-60.

33. Espinoza Soriano 2003: 23.

La mano de obra

Todas estas luchas políticas y militares no pararon los esfuerzos de organizar a los nativos con el fin de que produzcan para sus nuevos amos y cubran las necesidades de una sociedad española creciente. Las ciudades sirvieron como base de residencia, organización y extracción. Pizarro y los fundadores, primero, y el cabildo, después, concedían a los vecinos de las villas y ciudades solares para sus casas y huertas a las afueras de las urbes. Los vecinos de Trujillo, por ejemplo, usaron estas huertas para sembrar viñas, granados, higueras, naranjales y trigales[34] con mano de obra de sus encomiendas. Este servicio personal fue aumentado con yanaconas[35] y más tarde con mitayos y mano de obra mingada o alquilada.

Además, los primeros vecinos gozaban de las mercedes de encomienda, que les dieron un monopolio sobre la mano de obra nativa. Con esta produjeron bienes de consumo y de uso doméstico, que sirvieron para mantener a sus familias y vender a terceros. En 1535, los vecinos de Piura ya tenían fama de ser personas que vivían del comercio.[36] Abastecían a los viajeros con víveres, especialmente trigo y panllevar que recibían como tributo o hacían cultivar en los campos cercanos. Tejedores indígenas les proveían ropa, frazadas y costales que vendían en grandes cantidades a los mercaderes para su comercialización en otras partes. Al norte, los pescadores del repartimiento[37] de Tumbes, bajo el mando de su cacique Acoche, entregaban a su amo, Bartolomé de Villalobos, pescado (zalones, bonitos, tollos y pescado menudo), otros frutos del mar (como ostras, cangrejos y camarones) y sal, y servían como mensajeros, conductores y vigías entre 1546 y 1547.[38] La mano de obra indígena también se empleó para la construcción de las villas y ciudades —a la manera peninsular idealizada con plaza central, iglesia, casa de cabildo y casas señoriales—. Las mujeres atendían en las casas. Todo esto fue mandado por el encomendero o su representante sin control ni límite, hasta que La Gasca restableció el orden al fin de la década de 1540 y ordenó elaborar las tasas.[39]

34. Cuesta 1984, I: 292.
35. Nativos que salieron o huyeron de sus comunidades por una variedad de razones, incluyendo escapar del pago del tributo y del servicio personal.
36. Aldana 1988: 64.
37. Repartimiento se denominaba a cada grupo de indios bajo un cacique que se entregaban en encomienda a un español para ser adoctrinados y protegidos, a cambio de su trabajo.
38. Glave 1991: 503-504.
39. Ramírez 1986, cap. 2; 2002, cap. 4; Zevallos 1973.

Además de confirmar o reformar las encomiendas,[40] La Gasca se esforzó por controlar los tributos. Envió visitadores para fijar lo que deberían entregar las etnias en todo el virreinato. Los productos tributarios que los sañas, por ejemplo, entregaban en 1549 reflejaban la realidad de la costa. Daban oro o plata, lo que confirma su acceso a mercados para obtener mano de obra; muchos tejidos de algodón; panllevar de clima caliente (como, por ejemplo, ají, camote, calabazas y pescado fresco y salado); algarrobo para alimentar puercos; y mano de obra para varias tareas (véase cuadro 1). Los piuranos costeños tributaron pescado (tollo y sardina), mientras los serranos daban maíz, trigo, aves, costalillos, sogas y jáquimas.[41] La etnia de Huamachuco también entregaba productos de la sierra: ropa y otros tejidos de lana, trigo y papas, ovejas y objetos de cabuya, además de mano de obra (véase cuadro 2).[42] Los chupachos en Huánuco abonaban cada mes a su encomendero, el capitán Gómez Arias Dávila, 200 piezas de mantas y camisetas; 12 cántaros de miel; 40 costales de cabuya; 100 panes de ceras; 80 pares de alpargatas; 40 panes de sal en verano y 20, en invierno; 80 fanegas de maíz y 40 de papas; 300 gallinas y 8 ovejas. Además, declararon que daban 20 carpinteros para obras, 30 cumbicos con sus mujeres para hacer ropa fina de lana, 40 mitimaes para servicio de la casa, 6 pescadores (en cuaresma, 10) y 8 indios para cuidar puercos. Dijeron que le habían sembrado 4 chacras de trigo cada una de las 4 guarangas[43] de la etnia, y 2 de algodón; y que se destinaban 10 indios para dichos cultivos; y 30 indios y 30 indias para el cultivo de la coca. Ocho tejedores y olleros, y 29 yanaconas e indios también le servían.[44]

---

40. Para una lista de encomiendas entregadas por La Gasca, véase Puente Brunke, 1992: 395-407 y León Gómez, 2002: 74.

41. Aldana y Diez 1994: 69.

42. Ramírez 2002: cap. 4, León 2002: 85.

43. Idealmente, unidades indígenas de 1000 tributarios cada uno.

44. Varallanos 2009 [1959]: 235. Para otros ejemplos de tributo, véase Varallanos (2009 [1959]: 341-342), que transcribe el tributo de los conchucos de La Gasca, y Rostworowski 1994.

Cuadro 1
TRIBUTO DE SAÑA, 1549

Cantidad	Descripción
200	pesos de oro o plata
1400	juegos de ropa de algodón
4	colcohones
4	toldos de algodón
8	tablas de manteles
80	panijuelos
12	mantas para caballos
12	mandiles
60	libras de hilo de algodón
2	camas de algodón
	mano de obra para beneficiar y cosechar 25 fanegas de maíz y 10 de trigo en sus tierras
	mano de obra para sembrar y cosechar 10 fanegas de maíz y trigo en tierras del encomendero
	mano de obra para sembrar y cosechar 2 fanegas de frejoles
50	cestillos de ají
3	cargas de camote y calabazas cada semana durante su época
1200	aves cada año
100	huevos por mes
12	libras de pescado fresco, entregado en Trujillo cada viernes y días sin carne
12	libras de pescado fresco cada viernes y días sin carne
60	arrobas de pescado salado
25	puercos
600	cargas de algarrobo para los puercos del encomendero
12	esteras
12	petacas
12	vigas de hasta 25 pies de largo
6	sillas
15	bateas de madera
100	camas grandes de madera
15	indios para servicio en la casa del encomendero
4	indios para guarda de ganado y trabajo en las huertas del encomendero

Fuente: Biblioteca de la Academia de Historia (Madrid)/9-4664: 23v-24v.

Cuadro 2
TRIBUTO DE HUAMACHUCO, 1549-1550

Cantidad	Descripción
3000	pesos en oro o plata
100	vestidos de ropa de algodón
30	vestidos de ropa de cumbi
1	cama de lana de cumbi de 5 paños con sus mangas y goteras
1	alfombra de lana o 2 reposteros
1	toldo de algodón
1	sobremesa de lana
2	arrobas de lana
4	tablas de manteles con 50 servilletas, todo de algodón
	mano de obra para hacer 100 juegos de ropa de lana fina de cumbi con hilo del encomendero por el pago de 5 pesos, 3 reales cada uno
	mano de obra para hacer 100 juegos de ropa de abasca con lana del encomendero por el pago de 5 pesos 3 reales cada uno
600	fanegas de maíz
200	fanegas de trigo
100	fanegas de papas
45 a 80	ovejas (con la opción de pagar 5 pesos, 3 reales por 35 de ellas)
25	puercos
600	aves de Castilla
12	sillas de madera
12	bateas medianas
3	bateas grandes
50	platos y escudillas de madera
60	pares de alpargatas de cabuya
30	pares de alpargatas de algodón
50	pares de oxotas
40	xaquimas con sus cabestros
20	cinchas con sus látigos
20	pares de sueltas
20	lazos o sobrecargas, de 5 brazos de largo cada uno
20	costales
6	mantas para caballos
50	sogas de cabuya, de 5 brazos de largo cada uno
40	huevos por semana, excepto durante la quaresma, cuando deben dar 80
8	indios para guardar ganado

Fuente: Rostworowski 1983-1984: 93-94.

La industria ganadera

Simultáneamente, los encomenderos organizaron sus propias empresas productoras. Ya en 1537 se habían formado sociedades entre los encomenderos y colonos españoles sin encomiendas para la cría de caballos, vacunos, ovejas y cabras (ganado menor) en los pastos comunes alrededor de la ciudad de Trujillo y por la costa norte hacia Piura, y encomenderos como Barbarán ya contaban con miles de cabezas de ganado en 1539, el año de su testamento. También usaron nativos para fabricar adobes y cortar árboles para hacer vigas para las construcciones, porque, una vez que tenían sus casas construidas, los encomenderos seguían edificando tiendas y casas en terrenos obtenidos del cabildo para alquilar al número creciente de personas que arribaron al Perú. Algunos organizaron a la gente para excavar los templos (las huacas) ancestrales en busca de las ricas ofrendas y otros bienes que había donado la población a los antepasados.[45] Otros, como Salvador Vásquez, encomendero de los reques (reducidos al pueblo de su nombre cerca de la villa de Saña, que se había fundado en 1563), construyeron molinos cerca de sus trigales a fin de producir harina para satisfacer la predilección española por el pan de trigo en lugar del de maíz.[46]

El control de los encomenderos sobre la fuerza de trabajo indígena los convirtió también en los principales proveedores de mano de obra para el resto de la sociedad, pues alquilaban trabajadores con regularidad para fines concretos. Por ejemplo, con mano de obra alquilada, los colonos no encomenderos empezaron a criar animales en pastos comunes del norte y establecieron corrales para criar ganado menor en la costa y ganado mayor en la sierra.[47] Algunos comenzaron como mayordomos de los encomenderos, pero en pocos años ya contaban con manadas personales y habían logrado el título de estancieros.[48]

La industria textil

La gran industria de la segunda mitad del siglo XVI fueron los obrajes.[49] Los encomenderos de los repartimientos de Huánuco y Cajamarca los fundaron, con provisiones reales, como una forma de monetizar el trabajo de su

45. Ramírez 2002, cap. 5.
46. Ramírez 1986: 88, 101-103; Archivo Regional de La Libertad (ARLL)/Notarial, Mata, 1565; Vega 1582; Corregimiento, Residencia, 30-VI-1576.
47. Dammert y Bellido 1986: 139.
48. Ramírez 1986: 97, 99, 138.
49. También fueron conocidos como batanes, trapiches y chorrillos (Varallanos 2009 [1959]: 255).

encomienda con el dinero necesario para vivir la vida señorial soñada.[50] Todos los encomenderos, sin excepción, y los curacas y las comunidades también, establecieron la industria de Huánuco.[51] Las concesiones reales dadas para su establecimiento incluían el número de indios de provisión asignados al obraje.[52] Varallanos proporciona el número de trabajadores de los obrajes de Huánuco que el arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo menciona en su visita de 1593: un promedio de 76, incluyendo "muchachos".[53] Entre 1570 y 1630, el promedio de trabajadores, según León, fue de 100, incluyendo uno (Ichopincos) con 40, que pertenecía al cacique principal, y 2 (nombrados Pallasca y Guandoval, ambos de la comunidad de Conchucos) con 143 y 42, respectivamente.[54] Los pormenores de uno de estos indican las especialidades de los trabajadores: hiladores, tejedores, exprimidores, embarradores, leñateros, percheros,[55] labradores,[56] apartadores[57] de lana, breviador, tundidores, tintoreros, carpinteros y albañiles.[58] Los encomenderos y otros propietarios no administraban siempre los obrajes ellos mismos, sino que algunas veces los alquilaban,[59] hacían compañías con otros para la administración o los daban a terceros para su administración. Algunos de estos eran "hombres crueles, quienes explotaban despiadadamente a los indios".[60] Este tipo de administración explica, en parte, los grandes abusos de los nativos que laboraban en los obrajes.

Las ordenanzas de obrajes del virrey Luis de Velasco, marqués de Salinas, entre 1596 y 1604, establecieron que los nativos deberían tener cuarenta días para el cultivo de sus chacras, pero, según algunos contratos, solo contaban con veinte.[61] Otra cláusula mandaba que la liquidación de los tejedores y otros especialistas debería pagarse en plata, pero la mayor parte del pago de los jornales se efectuaba en especie, o sea en ropa, corderos de Castilla, lienzo, maíz, ruan, hilo o bayeta.[62]

---

50. Dammert y Bellido 1986: 139, Varallanos 2009 [1959]: 253.
51. León 2002: 101, 103-104; Varallanos 2009 [1959]: 255.
52. Varallanos 2009 [1959]: 255.
53. Ibíd., pp. 256-258.
54. León 2002: 103.
55. Teñían y secaban la tela.
56. Lavaban la lana.
57. Seleccionaba las lanas de oveja.
58. Varallanos 2009 [1959]: 255-258, 279.
59. León 2002: 106.
60. Ibíd., pp. 110-113.
61. León 2002: 109, Silva Santisteban 1964: cap. 4.
62. León 2002: 118-120.

Cuadro 3
OBRAJES DE HUÁNUCO, 1593

Nombre	Dueño	Telares	Tornos	Detalles
Corregimiento de Humalíes				
Huacaybamba	Luis, español	7	60	
Corregimiento de Huaylas				
Aija	Diego Nuñez de Figueroa			
San Sebastian de Huaras	Garcia Barba	5	45-50	de cordellates y sayales
San Pedro de Carhuas	Acacio Ramírez			
	De la comunidad	1	38	
	Jerónimo de Guevara		13	
Macate	Jerónimo de Guevara		50	
Corregimiento de Yungay				
	Jerónimo de Guevara	10	40	
	De la comunidad	8	67	
San Pablo de Mato	De la comunidad	9	57	
Corregimiento de Conchucos				
Pallasca	De la comunidad	10	74	
Huandoval		2	22	
Santiago de Cabana		4	44	
Tauca	Hernando de Chávez			de ropa de lana de Castilla, paños, cordellates, sayales y frazadas

Fuente: Varallanos 2009 [1959]: 278-279.

El primer obraje grande de sayales y paños de Cajamarca[63] lo organizó Jordana de Mejía, encomendera de Cajamarca después de la muerte de su esposo, Melchor de Verdugo. Tuvo posesión y licencia, que más tarde le fue ratificada por una provisión del virrey Francisco de Toledo (1569-1581).[64] El corregidor de Cajamarca, Francisco Álvarez Cueto, en obediencia, mandó entregar 150 indios al apoderado de doña Jordana en 1580. Posteriormente, fundó

63. Silva Santisteban 1986: 181.

64. Silva Santisteban transcribe la provisión que data del 20 de abril de 1579 (1986: 181-182).

Jordana de Mejía otro obraje en Porcón,[65] a tres leguas de Cajamarca, que dejó a sus encomendados en su testamento.[66]

Silva Santisteban detalla el estado de la empresa hacia el año de 1593. Tenía el obraje 10 telares y 75 tornos, y trabajaban en él 87 indios. Los adultos ganaban medio real al día; y los muchachos, un cuartillo. Anexo funcionaba el batán para el enfurtido y acabado de las piezas de tela. Las instalaciones del obraje se componían de un galpón techado con paja, donde trabajaban los indios hilanderos y varias habitaciones más, donde se guardaban las lanas y el algodón. Además, hubo cuatro aposentos donde funcionaba la urdidera en la que se lavaba la lana. En otro estaban la prensa y las planchas de bronce, y en otro se guardaba el tinte azul. Los otros tintes se daban aparte, generalmente en el patio. Juntos estaban la cocina y el horno de cocer pan.[67]

En comparación, tenemos el caso del obraje de Francisco Gómez Montalvo, en el que trabajaban, en 1593, cuando lo visitó el arzobispo Mogrovejo, 90 indios en 5 telares y 40 tornos. Ganaban los indios tejedores 24 pesos anuales, los cardadores recibían 18 y los percheros 24, además de las provisiones señaladas. A los muchachos hiladores les pagaban 13 pesos. Junto al obraje, que además tenía su batán, funcionaba un molino. El hacendado tenía también 350 cabezas de ganado vacuno. Otro ejemplo, el obraje de Sinsicapa, fue fundado por Florencia de Mora, esposa de Diego de Mora, uno de "los de Cajamarca", primer Alcalde de Trujillo y encomendero de Chicama, que a fines del siglo XVI tenía señalados 60 indios tributarios y 40 muchachos. Pagaban 22 pesos de salario al año a los tributarios; a los muchachos, 12. Trabajaba con 6 telares (5 de cordellates y 1 de frazadas) y 59 tornos.[68] Una visita más amplia de los obrajes de Huánuco en 1593 arroja un promedio de 6 telares y 47 tornos (véase cuadro 3). Mientras tanto, encomenderos de la costa recibían cientos de piezas de ropa de algodón como tributo de sus encomendados que vendían, algunas veces con anticipación a la entrega, a los mercaderes de Trujillo[69] para su reventa en Lima y Potosí.

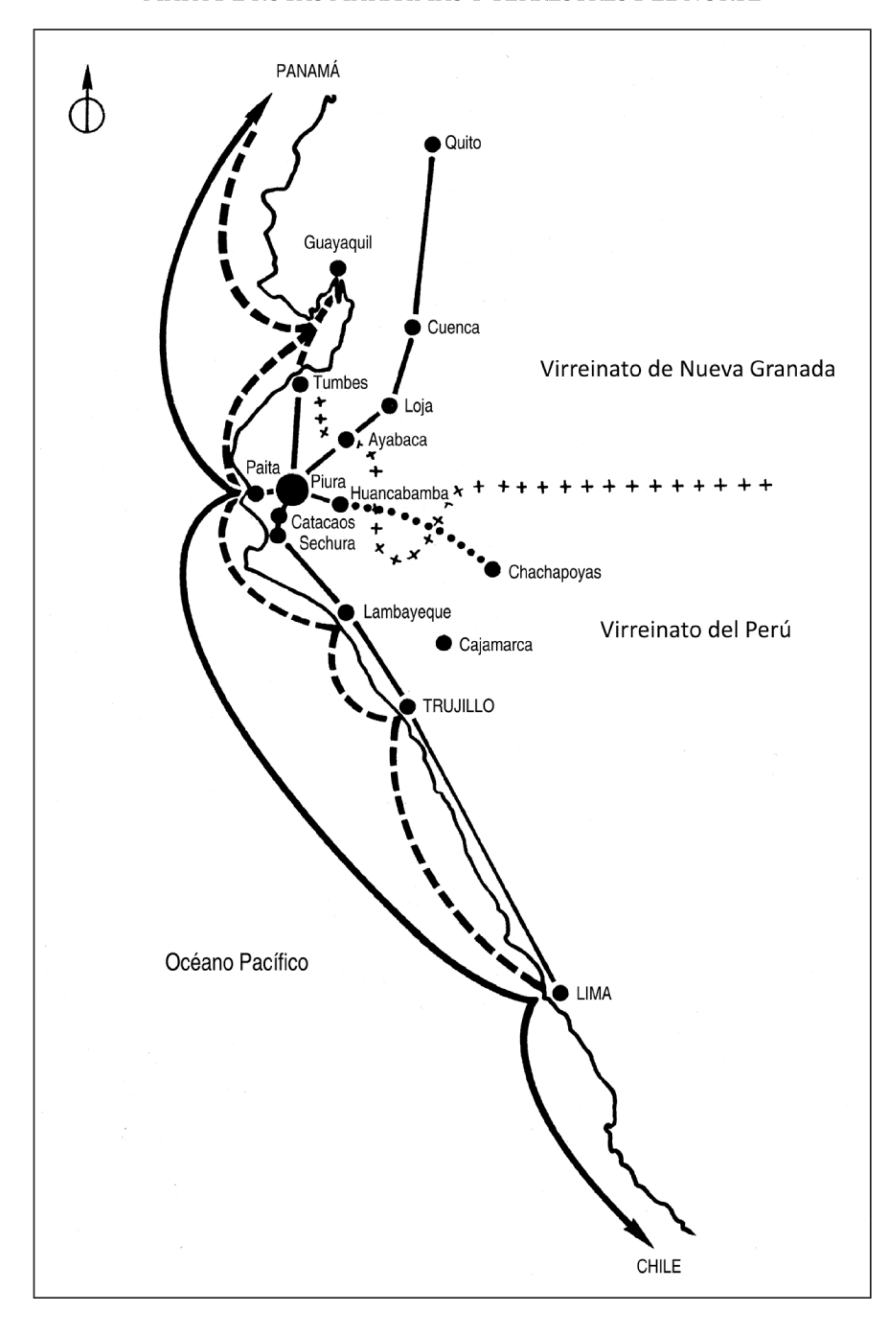
El comercio

El capital que obtenían se reinvertía o prestaba a otros individuos. Uno de los usos más comunes era la financiación de un viaje a Tierra Firme para comprar

---

65. Todavía estaba funcionando en tiempos del obispo Baltazar Jaime Martínez Compañón (Ramírez 2014b).
66. Ramírez 2014b.
67. Silva Santisteban 1986: 182.
68. Ibíd., pp. 189-190.
69. Zevallos 1973.

Figura 1
MAPA DE RUTAS MARÍTIMAS Y TERRESTRES DEL NORTE



vinos, jabones perfumados, muebles, lino, terciopelo y otros objetos de lujo importados. El encomendero raras veces realizaba directamente este comercio a larga distancia, prefiriendo participar como socio o patrocinador de un viaje. La participación indirecta le permitía permanecer libre del desdén que inspiraban los comerciantes, pero beneficiarse al mismo tiempo con el lucrativo negocio. El testamento de Barbarán, de 1539, contiene numerosas referencias a este tipo de participación encubierta en la vida comercial. Tampoco deja lugar a dudas sobre su papel de financista en los inicios de la Colonia. Murió dejando una deuda superior a 3000 pesos, pero más de treinta personas le debían a él cinco veces esa suma.[70]

Con estas actividades, el norte se hizo importante en la ruta marítima entre Panamá, Lima y Chile. De ser un pueblo de indios pescadores, Paita se convirtió en un puerto y centro de comercio creciente, que recibía productos de Trujillo, toda la sierra de Piura, el sur de la audiencia de Quito (incluyendo Cuenca y Loja), Guayaquil, la isla Puná, Manta y Lima.[71] Navíos de México, Nicaragua, Panamá y Lima llegaban ya en la década de 1540.[72] Los puertos también vieron a los indios costeños extraer pescados y mariscos, y conservarlos bajo el sistema de salazón; talar maderas de balsa y circular "en espacios salpicados de paradas costeras, pobladas por indios pescadores hábiles en la fabricación y en la conducción de las balsas".[73] Solo los productores de Huánuco optaban por mandar sus productos (ganados, granos, coca y tejidos) por el camino serrano: siguiendo la ruta Huánuco-Chachapoyas-Loja-Quito, al norte, o Huánuco-Cuzco-Potosí-La Paz, al sur. Otra parte la mandaban por mar para los mercados de indios, castas y españoles de Chile, Filipinas y España.[74]

La crisis demográfica

A mediados del siglo XVI ya fue muy evidente la drástica despoblación de los pueblos originarios[75] que resultó del trabajo excesivo, como caminar largas distancias llevando mucha carga pesada, otros abusos, las guerras civiles y las epidemias de viruela, sarampión y el mal de bubas (véase figura 2).[76] Hubo 3000 nativos tributarios sañas en 1532, pero ya en 1591 sobrevivieron solo 219.[77] Anne

70. Angulo 1926: 191-206, Ramírez 2002: 42.
71. Glave 1993: 500, Aldana y Diez 1994: 74, León 1977.
72. Glave 1991: 504-505.
73. Glave 1993: 499.
74. Varallanos 2009 [1959]: 276-277.
75. Solo empezó a recuperarse la población de los pueblos originarios muy lentamente a mediados del siglo XVII.
76. Ramírez 1986: 47-50.
77. Ibíd., p. 28.

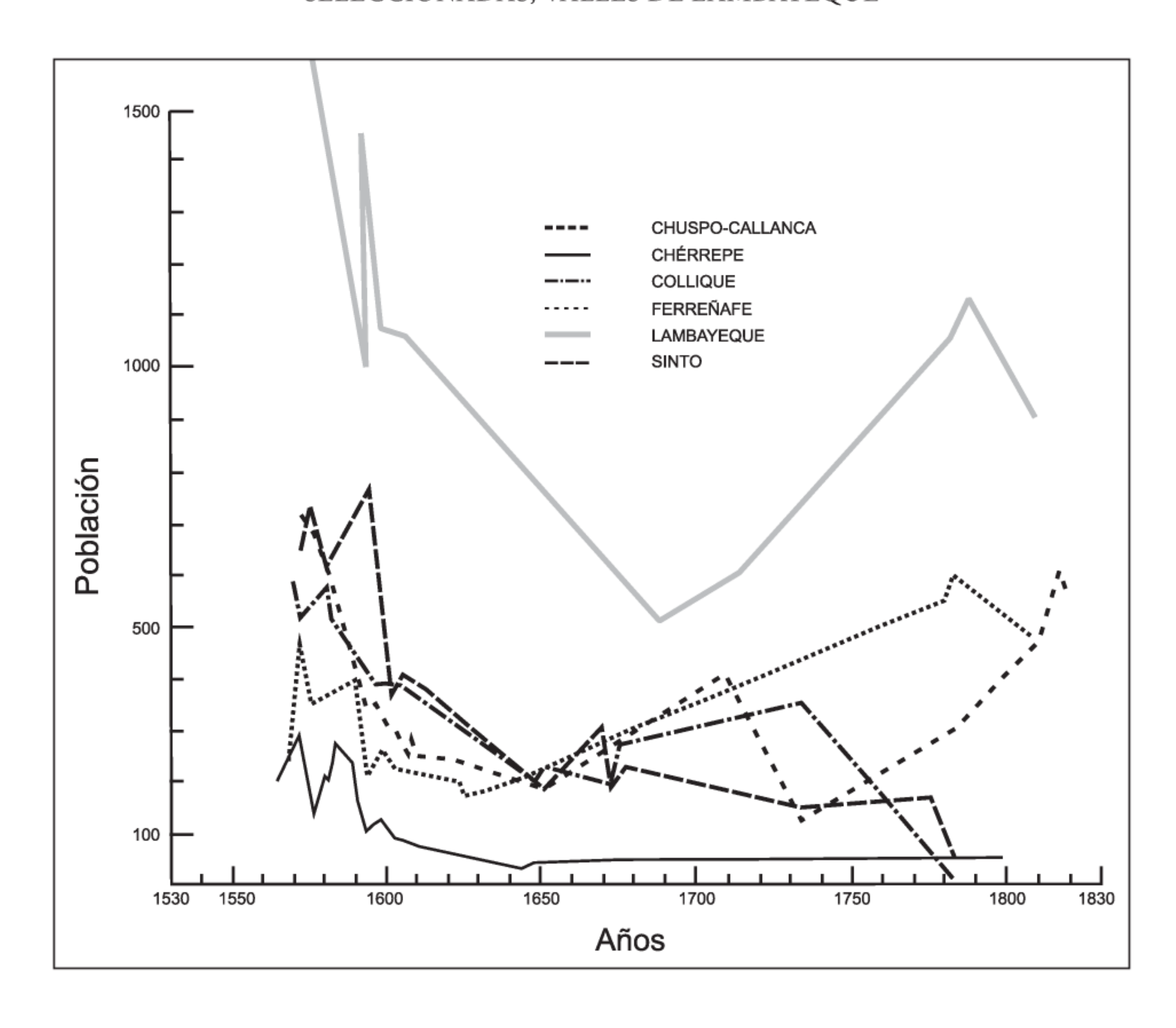
Marie Hocquenghem escribe que Piura (incluyendo a Jayanca) tuvo 14.250 tributarios y una población total de 55.000 habitantes en 1548 y solo 6054 tributarios, con una población total de 22.610 en 1561.[78] El valle de Colán tuvo un total de 1225 habitantes en 1569 y solo 965 en el año 1583.[79] Miguel León resalta que entre 1549 y 1575 la población de Huaraz bajó 70%. La población de Huaylas bajó otro 25% entre 1575 y 1602. Hubo 4000 tributarios chupachos al llegar los españoles y solo 800 quedaron en 1562. Dicho de otra manera, los chupachos, que fueron 143 pueblos con 1202 tributarios casados y 436 indias viudas en 1549, se redujeron a 68 pueblos en 1562.[80] Entre 1575 y 1602 de cada dos de estos, uno murió.[81] El virrey Toledo encontró 61 tributarios en la parcialidad o linaje de La Chira en 1573, y la cifra bajó a 17 en 1625.[82] En cuanto a la población de Jaén y Bagua, de 100.000 en 1540, solo quedaron 3361 en 1606.[83] La caída de las cifras de la sierra no es tan drástica como la de la población de la costa, porque el frío serrano los protegía de lo peor de las epidemias.[84]

La despoblación dejó a los campesinos más diseminados que antes. Así, se dispuso que se concentraran en pueblos nuevos, llamados reducciones, lo que hacía más fácil su control. La congregación de la población dispersa simplificó las tareas de evangelización, la recolección de tributos y la organización de la mano de obra. Algunas veces los intereses de españoles y colonos influyeron en la localización de los pueblos nuevos. En los valles de Lambayeque la gente que vivía en el "valle viejo" (la garganta costeña del valle al pie de la sierra), a una buena distancia de la playa, se concentró en tierras cercanas del mar. Otras zonas del valle fueron denominadas el "valle nuevo", donde el exceso de humedad y nubes durante el invierno, el suelo salitroso, las plagas de insectos y hongos, y la falta de agua en años secos redujeron la fertilidad de la agricultura; aun en los mejores años, solo se podía sembrar dos veces al año, en comparación con las tierras originales más lejos de la playa, que recibían más sol en el invierno y donde se podía sembrar hasta tres veces al año. La reducción de estos habitantes y la reasignación de tierras y aguas de regadío dejaron las tierras más fértiles abiertas para el uso de los españoles y, con la prohibición colonial de viajar, fijaron a la población nativa en un sitio. Aunque la prohibición no siempre se cumplió, ya era más difícil mantener sus chacras en diferentes pisos ecológicos o viajar a la playa para quemar

78. Hocquenghem 1998: 266.
79. Espinoza 1981: IV.
80. Varallanos 2009 [1959]: 223, 234-235.
81. Berroa 1934: 17, León 2002: 33-36.
82. Diez (1988: 40) publica más datos sobre la despoblación de otros linajes de Piura.
83. Cuesta 1984, II: 451-62.
84. León 2002: 33-34.

la cal.[85] Los quinientos pueblos que encontró el doctor Cuenca en la década de 1560 fueron concentrados en 17 pueblos en 1572 por el visitador don Francisco Álvarez de Cueto.[86] De esta manera, en las décadas de 1560 y 1570 se fundaron las reducciones de Chiclayo, Chérrepe, Tumbes, Máncora, Ayabaca, Colán, Sechura y Cajamarca.[87]

FIGURA 2
POBLACIÓN TRIBUTARIA DE ALGUNAS COMUNIDADES INDÍGENAS SELECCIONADAS, VALLES DE LAMBAYEQUE



85. Ramírez 1978, Mumford 2012.

86. Villanueva Urteaga 1944: 47.

87. Espinoza 1981: 19, Silva Santisteban 1986: 190, Diez 1988: 11. Aldana y Diez indican que Frías y Catacaos se redujeron en la década de 1580 (1994: 68-69). Hay que anotar también que las reducciones algunas veces fracasaron. Poco después que la autoridad española salía del sitio, la gente regresaba a sus antiguas casas y tierras. Sobre las reducciones de Toledo en Piura, véase Diez 1988: 41.

En la segunda mitad del siglo XVI, los nativos seguían entregando productos y servicios a los vecinos y habitantes urbanos. El visitador y oidor de la Real Audiencia de Lima, Gregorio González de Cuenca, simplificó el sistema de tributación de los habitantes de la región en 1566-1567. En vez de cobrar una comunidad en conjunto, las tasas nuevas especificaban qué tenía que dar cada tributario, definido como hombre casado entre 17 y 47 años de edad. Así, cada tributario de Guambos (en la sierra) tenía que dar 4 pesos, 6 reales, una fanega de maíz y un ave. Los tributarios de Collique en la costa daban tres fanegas de maíz, tres fanegas de trigo y una pieza y media de ropa.[88] El doctor Cuenca también suspendió el servicio personal que daban a cada encomendero, cumpliendo con un decreto del virrey Marqués de Cañete (1556-1561). Mucho de lo que hizo el doctor Cuenca anticipó lo mandado por el virrey Toledo unos años más tarde. El representante de Toledo en Lambayeque, Juan de Hoçes, cambió la definición de tributario a hombres casados, viudos o solteros de 18 a 50 años de edad y mandó que se pudiera entregar plata en efectivo en vez de productos.[89] Con el Marqués de Cañete, el tributo de Huánuco se compuso de maíz, trigo, papas, ropa, carneros de la tierra, cabestros, guascas, aves y coca. Bajo Toledo, entregaron maíz, trigo, papas y ropa. El maíz, el trigo y las papas se vendían a "indios comarcanos".[90] A través de los años, el monto de tributo empezó a bajar paralelamente a la caída de la población indígena.[91]

Con el fin de ganar los pesos que necesitaban para el tributo, los curacas organizaron a su gente para alquilarla a españoles y criollos que necesitaban mano de obra. Esta relación entre nativos, españoles y criollos introdujo a estos —caciques, primero; tributarios, después— a la economía mercantil. Los jornales entregados a los curacas se emplearon para pagar los tributos. Los curacas, a juzgar por sus testamentos, empezaron a adquirir bienes europeos —en particular caballos, ovejas de castilla, puercos y aves—.[92] Después de la década de 1560, el corregidor empezó a venderles mercaderías, como mulas, por ejemplo, en un repartimiento forzoso.

La agricultura

Aprovechándose de los precios altos de las importaciones de algunos productos de América Central y la Península Ibérica, los encomenderos con más recursos

88. Ramírez 2002, cap. 4.
89. Ibíd.
90. León 2002: 86.
91. Ibíd., pp. 88, 137-139. Para los pormenores del tributo de los huánucos en 1562, véase Berroa 1934: 42-43.
92. Ramírez 1998.

expandieron sus sembradíos de trigo, uvas, caña de azúcar y olivas en parcelas de tierras propias, la primera concedida oficialmente y fuera de las ciudades en la década de 1560. Las uvas se destinaban a la elaboración de vino. El trigo y la harina se convirtieron en productos importantes de exportación, principalmente a Lima y mercados del norte como Guayaquil y Panamá (véase cuadro 4). La caña de azúcar tomó más tiempo en establecerse —pues se requería más capital para adquirir los trapiches, los animales y la mano de obra necesarios para la elaboración del producto—. El cambio de la tecnología reflejada en los inventarios judiciales indica la fuerte inversión que representaban los trapiches, que en el siglo XVI se hacían de madera. Poco a poco estos fueron reemplazados por los de metal. Por la drástica caída de la población indígena y lo peligroso que era el proceso de fabricación del azúcar, la Corona impidió el uso de mano de obra indígena en su elaboración —especialmente alrededor del trapiche mismo y en la casa de calderas—. Esta prohibición obligó a los encomenderos a comprar mano de obra esclava para estas tareas. Salvador Vásquez era propietario de un trapiche de azúcar trabajado por esclavos.[93] Mogrovejo visitó trapiches y un cañaveral en 1595, en Huamalíes.[94] Más al norte, la economía de Piura se distinguió por la cría de ganado menor (ovejas y cabras) y la fundación de casas-tina para la elaboración de jabón. Los olivares no se extendieron mucho, si se da crédito a la falta de mención en los documentos de la época.

Estos géneros y otros producidos por encomenderos, un número creciente de colonos, los vecinos de las nuevas ciudades fundadas en la década de 1560 (Miraflores de Saña y Santa María de la Parilla) y los campesinos nativos de la región entraron en un mercado cada día más grande. Los encomenderos seguían vendiendo ropa de algodón a mercaderes que la mandaban a Lima, Potosí y otros lugares para la reventa. El sembrío de la caña de azúcar fue desplazando poco a poco al trigo en la costa, pues ya conseguían cantidades suficientes de trigo de la sierra. Se mandaba el azúcar y cordobanes[95] a Lima por recua, y el trigo, por mar (este especialmente al norte hacia Guayaquil). Algunos de los colonos aprovecharon la legislación peninsular que establecía que los pastos eran comunes para criar ganado (menor, en la costa) y antes del fin de siglo había una tina para la elaboración de jabón cerca de Callanca, trabajada por tres yanaconas, dos negros y un muchacho de servicio.[96] En la sierra, el arzobispo Mogrovejo visitó las estancias de San Lorenzo (de los caciques llamados malcadenes) y Culquimarca, cerca de Cajamarca.[97]

---

93. ARLL, Notarial, Obregón, 1592.
94. Varallanos 2009 [1959]: 282.
95. Los cordobanes, cueros y pellejos servían para embalar productos. De los cueros se hacían petacas. De los pellejos fabricaron zurrones (Aldana 1988: 41).
96. Aldana 1988: 78
97. Dammert y Bellido 1986: 139-140.

Cuadro 4
PRECIOS DE LA HARINA, VALLES DE LAMBAYEQUE

Año	Precio en reales			Fuente(s)
	Lambayeque	Trujillo	Lima	
1548			19,85	Lohmann 1966: 86
1550			19,865	Ibíd.
1551	18,20	19,815	26,48	Actas del Cabildo de Trujillo (ACT), I, 10, 42; Lohmann 1966: 86
1553			13,24	Ibíd.
1554	19,75			ANP/RA , l. 33, 1594
1558			6,62	Lohmann 1966: 86
1560	23,00			ART/LC, 20-IX-1560
1561	22,00			ART/Mata, 24-XII-1561
1562	23,67		31,45	Lohmann 1966: 86: ART/Mata, 8-I-1562; 14-V-1562; 17-XI-1562
1563	16,50			ART/Mata, 16-VI-1563; 11-X-1563; 16-x-1563
1564	16,00			ART/Mata, 11-I-1564; 11-VI-1564
1565	20,00			ART/Mata, 24-I-1565; 2-III-1565; 16-III-1565; 2-V-1565; 20-VI-1565; 22-VII-1565; 28-VII-1565; 1572; CoO, 30-VII-1565; 2-VIII-1565
1566	18,20	18,20		ACT, II, 36; ART/CoO, 26-VIII-1573
1567	23,00	16,55		ACT, II, 89; ART/CoO, 6-XII-1567; Vega, 1567
1568	10,00			ART/CoO, 29-XII-1568
1570	8,00			ART/Muñoz Ternero, 1570; CoO, 22-VIII-1570
1573	16,00			ART/Vega, 1573; 1582
1574	20,00			ART/CoO, 14-V-1574
1575	21,50			ART/CoO, 22-I-1578
1576	21,00			ART/CoR, 30-VI-1576; Paz, 14-III-1576
1577	21,37			ART/Vega, 1577
1578[a]	8,00			BNP/A538, 1580, 229; ART/CoO, 22-I-1578, 18
1578[b]	35,60			Ibíd.
1580	17,00			Ibíd.; ART/CoO, 7-I-1580; 31-X-1580; Muñoz Ternero, 1573[1589]
1583			30,875	Lohmann 1966: 87

va...

... viene

Año	Precio en reales			Fuente(s)
	Lambayeque	Trujillo	Lima	
1584	18,00			ART/Mata, 7-VIII-1584
1586			32,00	Lohmann 1966: 87
1587	4,50		38,00	ART/Muñoz Ternero, 1573[1587]
1588	31,50	9,00		ART/CaO, 29-III-1588
1589	44,00			ANP/RA, l.33, 1594
1590	28,00			ART/Mata, 15-V-1590
1591			36,00	Lohmann 1966: 88
1593			49,50	Ibíd.
1596	15,80			ART/Mata, 1596
1599			20,00	Lohmann 1966: 88
1600			15,00	Ibíd.
1601	12,00			BNP/B137, 1601
1602			40,00	Lohmann 1966: 88
1603	9,00	16,00		ACT, III, 196
1606			42,00	Lohmann 1966: 88
1611			39,60	ART/Palacios, 14-II-1611
1619			44,00	Lohmann 1966: 88
1646	24,00			ART/CoO, 26-IV-1646
1659	25,85			BNP/B357, 1668, 264-64v
1668	18,00			ANP/RA, l. 173, 1668, 923
1676	40,40			ART/Alvarez, 2-VII-1676
1677	21,00			AAL/AT, 15b-IX, 1678, 1
1800	37,48			ANCR/Dapelo, 1800
1809	32,10			ANP/LC, l.141, 1809, 22
1811	20,80			ANP/LC, l.41, 1811, 52
1815	17,50			ANP/LC, l.138, 1794, 10v, 24v
1816	26,00			ANP/LC, l.143, 1816, 3-3v

Notas: Precios promedio por fanega de 130 libras.
a. antes de la inundacion
b. después de la inundación

Claves de las abreviaturas:
ANP: Archivo Nacional del Perú
RA: Real Audiencia
ART: Archivo Regional de Trujillo
AAL: Archivo Arzobispal de Lima
BNP: Biblioteca Nacional del Perú

A fines del siglo XVI, el rey Felipe II ordenó una composición de tierras, es decir, una revisión y legalización de los títulos de tierras en el virreinato. Esta política, desde el punto de vista de la Corona, ayudaría a reponer el costo excesivo de las guerras de España contra Inglaterra, Francia y Holanda, y la destrucción de la Armada Invencible en 1588. Al principio, en América fue recibida con desconfianza y recelo, pero poco a poco se dieron cuenta de que también era una oportunidad de "componer" títulos defectuosos pagando una suma moderada o de comprar a la Corona las tierras ocupadas sin título. Este proceso ya estaba efectuándose en el norte a mediados de la década de 1590.[98] La composición y venta de títulos dio a los nuevos propietarios de tierras agrícolas la seguridad de tenencia para animarlos a invertir con el fin de desarrollar su potencial agrario. Data de esta fecha la acelerada elaboración y progreso de las industrias del azúcar, jabón y cordobanes. Pero, otra vez más, confirmó la pérdida de tierras de las comunidades. Los títulos disponibles también demuestran que las estancias se basaron en estos años en una composición o merced de seis a nueve fanegadas[99] en Lambayeque —suficiente para construir una casa, unas chozas para trabajadores y corrales para el ganado—. No necesitaban más, porque los pastos seguían siendo comunes.[100] Mientras tanto, las haciendas de la costa de Lambayeque con título tuvieron un promedio de casi 75 fanegadas.[101]

El comercio

A manera de resumir la actividad de la economía colonial al terminar el siglo XVI y comenzar el siglo XVII, veamos el cuadro que bosqueja el historiador Luis Miguel Glave, gracias a la preservación de cuentas y otros documentos, de la importación y exportación centrada en el puerto de Paita. De treinta a cincuenta embarcaciones al año llegaban de Lima o el Callao, Panamá, Acapulco y Huatulco[102] para descargar mercadería o a embarcarla. Traían esclavos y mercaderías de Castilla,[103] principalmente telas y géneros, y mercadería de México,

98. Hubo otras visitas de tierras posteriores —en la década de 1640, 1655, 1710, 1780— (Ramírez 1986).

99. La fanegada se define como una extensión de tierra que mide 144 varas por 288 varas o aproximadamente 2,89 hectáreas.

100. Espinoza 1981: 30, 39, 75; Ramírez 1986: 124-129.

101. Este dato es el promedio de la extensión más grande que alcanzaron las haciendas antes del año 1595, según la información resumida en el apéndice 3 de Ramírez (1986).

102. Acapulco desplazó a Huatulco como puerto principal en la costa pacífica de México.

103. Glave 1993: 508.

China y las Filipinas.[104] Barcos del sur transportaban vino de Ica y Arequipa, enviado por mercaderes limeños, parte del cual se destinaba a Panamá, e higos y pasas de la costa sur.[105] También los maestres de los barcos se abastecían de víveres en su escala paiteña. Algunas veces aderezaban sus naves y cargaban tollos, empresa de los indios y la principal exportación de Paita; jabón, empresa de los hacendados;[106] y otros productos para vender en Lima, Quito, Guayaquil, Perico (Panamá) y Realejo (Nicaragua).[107]

Algunos indígenas también navegaban mayormente en balsas. Iban de Paita a Guayaquil transportando mercaderías, incluyendo vino, cuya comercialización estaba en manos de los curacas, como Luis de Colán. Estos mercaderes indígenas figuran también en el tráfico de tollos que se embarcaban a Lima y Panamá.[108] Datos proporcionados por León Borja pormenorizan los productos que llevaban las balsas desde los valles de Trujillo y Paita, Colán y Sechura a Guayaquil entre 1600 y 1611: jabón, vino, conservas (de membrillos, uvas, higos, manzanas y otras frutas españolas),[109] harina, azúcar, mercadería de la tierra,[110] algodón, pescado, botijas de aceituna, ollas, miel y tollos. Había balsas que llevaban 250 sacos de harina desde Trujillo a Panamá y balsas que podían cargar de 60 a 70 toneladas y hasta 1500 quintales. Balsas más pequeñas iban de Paita, Sechura y Colán hasta Tumbes y la Puná. Otros navegaban hacia el sur hasta Trujillo, llevando madera y cacao de Guayaquil, pescado y mariscos de Tumbes y Paita, sal y agua de Colán y Sechura, y productos de paja toquilla, miel, aceite, azúcar y harina de los valles. Muchas veces estos reflejaban relaciones comerciales con los mercaderes mestizos y los señores de las haciendas, además de sus propios intercambios.[111] Glave también detalla el uso de balsas nativas en el servicio que prestaban a los galeones del rey y otras embarcaciones. Los indios proveyeron a la gente de la armada que vino de Panamá en 1600 con bastimentos: biscocho, carne de vaca, tocinos, jamones, carneros (que se criaban en la zona, particularmente en Colán), gallinas, botijas de vino, sebo, velas, leña, botijas de agua (transportada en balsas

---

104. Glave 1993: 511, nota 14. A fines del siglo XVI, el volumen del comercio entre las colonias alcanzaba los 3 millones de pesos al año. Solo fue prohibido en 1634 (Clayton 1979: 43-44).
105. Glave 1993: 510, 516.
106. Ibíd., p. 510, 516-517.
107. Aldana 1988: 51, 79.
108. Glave 1993: 510.
109. Eguiguren 1894a: 264.
110. Mercadería o efectos de la tierra incluye bayetas, cordellate, tocuyos y pañoles (Aldana 1988: 49).
111. Glave 1993: 511, León 1977: 283.

por los indios de Colán) y maíz.[112] Doce indios de Paita con cuatro balsas y remos fueron a Guayaquil para regresar con 24 palos de balsa, destinados para Lima en los galeones reales.[113] En otras ocasiones, traían a Paita biscocho de Saña, tocinos, carne salada, pescado, vinagre, vino, agua, gallinas, quesos, carneros, leña, botijas de agua, maíz, sal, lastre y ollas y botijas vacías. También arribaron con otros productos, como la brea,[114] huesos y costillas de cerdo, y atún y pescado blanco.[115] En 1604 abastecieron un navío de Acapulco con carne salada, azúcar, sardinas, botijuelas de manteca, pescado fresco, vainas para cuchillos carniceros, ságulas, ollas, porongos, lonas e hilo de algodón.[116]

Mientras tanto, la comercialización de la sierra variaba. En Jaén, por ejemplo, el trigo se vendía en la región. Harina de los cuatro molinos de piedra que existían en 1606[117] se transportaba por acémila a las minas de Aconipa, en la provincia de Tabancales, y a las minas del valle de Chirinos, o por río, a Santiago de las Montañas y a Santa María de Nieva, al este.[118] Exportaban tabaco y algodón fuera del distrito. El tabaco se mandaba a Saña y Lima; el algodón, a Chachapoyas.[119] En cambio, llegaba vino, aceite, azúcar, jabón y cordobanes en recuas de Trujillo y Saña. Este movimiento convirtió a Jaén en el centro comercial preferido del área.

La minería

La minería no era un sector importante en comparación con su desarrollo en el sur del virreinato. El único sitio donde la minería cobró relieve fue en Huánuco. Extraían plata en Cajatambo en 1570 y, al año siguiente, el virrey Toledo menciona un "río de oro".[120]

El cacique principal de los chupachos, don Diego Xagua, dijo que había oro en Ninamarca y Tomarica. Después de que las tierras fueron de Antonio de Rivera, vino Barrionuevo el Viejo, vecino de La Paz, con cincuenta negros

112. Glave 1993: 505-506.
113. Ibíd., p. 502.
114. La brea se usaba desde tiempos prehispánicos. Los de Tumbes empleaban la brea, conocida con el nombre de "copé" para la celebración de sus ritos, "como antorchas en sus ceremonias, para la preparación de sus momias y aun para pintarse sus cuerpos" (Carlín 1976: 24). Sobre la historia de la brea en tiempos coloniales, véase Carlín 1976: 109-112.
115. Glave 1993: 507.
116. Ibíd., p. 508.
117. Cuesta 1984, II: 493.
118. Ibíd.: 493.
119. Ibíd: 943.
120. Varallanos 2009 [1959]: 266-267.

para sacar oro. Daban doscientos indios que trabajaban con los negros. Otro principal, don Gonzalo, afirmó que sacaban oro los yachas en las minas que se llamaban Chupa. El Marqués de Cañete distribuyó indios de 11 repartimientos para las minas de plata en las provincias de Huaylas y de Conchucos en 1594, como se puede apreciar en el cuadro 5.[121] El promedio de la provincia de Huaylas era de 90; el de la provincia de Conchucos, de 31. El promedio total de las dos provincias era 51, lo que es un indicador de la importancia de este sector para la Corona.

Cuadro 5
NÚMERO DE MITAYOS MINEROS EN 1594

Repartimiento	Encomendero	Número de mitayos
	Provincia de Guaylas	
Atunguaylas	Gerónimo de Guevera	137
Recuey	Juan de Aliaga	130
Marca	Hernando de Torres	55
Guaraz	Hernando de Torres	38
	Provincia de Conchucos	
Allaucaguari	Corona real	40
Conchucos	Catalina de Mori	38
Conchucos	Pardaue	43
Piscobamba		32
Ichoguari		43
Ychopincos		17
Ciguas	Jusepe de la Serna	12
Allaucapincos		25

Fuente: Varallanos 2009 [1959]: 252-253.

El siglo XVII hasta alrededor de 1650

En la primera mitad del siglo XVII continuó el crecimiento del siglo XVI. Los tumbesinos se hicieron famosos por su pescado y por la madera procedente de Guayaquil, que pasaba con rumbo mayormente al sur. Los piuranos exportaron trigo, vino, aguardiente, jabón y azúcar a México, Panamá y Chile[122] por el puerto

121. Ibíd., p. 252.

122. Aldana 1988: 65.

de Paita, punto de llegada de los circuitos de comercio terrestre del sur de la audiencia de Quito y sierras de Piura. Este tráfico con el comercio marítimo al norte y al sur lo convirtió en un gran centro de compraventa.

La agricultura

Alrededor de la ciudad de Piura ya no se veían con tanta frecuencia los cultivos de trigo y caña. El sembrío de estos dos productos había subido a las tierras del Alto Piura y a la sierra,[123] y se vendía normalmente para el consumo de la zona. El trigo se hizo característico de Ayabaca, Frías y Huarmaca, y había algunos sembríos, mayormente de indios, en Huancabamba. No hubo molinos cerca de la ciudad; el más cercano quedaba a 16 leguas de distancia.[124] Otros estuvieron ubicados entre el Alto Piura y la sierra, como los de Sol-Sol y Santa Ana.[125] La producción de caña se limitaba a pequeños sembríos bajo regadío en Morropón, Ypatera y Pabur, que se convertía en raspaduras o chancacas, melazas y aguardiente. La mayor parte la mandaban los dueños a Piura para el uso citadino y algo de la producción de raspaduras y melazas se exportaba a Panamá. No podían producir más por la escasez de mano de obra y la fuerte competencia de los trapiches de Lambayeque, Trujillo y Loja.[126]

La ganadería

Miles de cabezas de ganado menor (con que se fabricaban jabón y cordobanes) fueron colocadas al cuidado de indios y negros. Aldana juzga que la infraestructura industrial tinera surgió a mediados del siglo XVII.[127] Antes de 1625 se empleó el sebo y la grasa de los animales para producir el jabón en forma artesanal, parte de lo cual fue mandado a Trujillo, Colán, Sechura, Tumbes y Guayaquil en balsas.[128] En la década de 1620 se construyeron las primeras casas-tina alrededor de la ciudad, pero cerca del río, que usaban como desagüe.[129] Hubo una a un cuarto de legua de la ciudad en 1637. Más adelante, se mudaron las casas-tina al campo, a las estancias y haciendas.[130] Estancieros, mercaderes y otras personas con capital

123. Aldana 1988: 28, 65.
124. Ibíd., p. 28.
125. Ibíd., p. 76.
126. Ibíd., pp. 30, 76-77.
127. Ibíd., p. 32.
128. Ibíd., p. 66.
129. Ibíd., p. 32.
130. Ibíd., pp. 32, 65-66.

hicieron compañías para la construcción de algunas.[131] Luego, un solo dueño o una familia se hacían cargo de la empresa.[132] En sus estudios sobre el tema, Aldana encontró que casi todos los dueños de haciendas que criaban cabras eran tineros.[133]

La producción tinera

Las casas-tina se componían de una "oficina" o recinto donde se instalaba el fondo de tina o pailas de cobre en las que se hervía el sebo para producir el jabón; cuarto de matanza, que en realidad era un corral; y la pellejería o pieza cordobanera, donde la piel de los animales se limpiaba y se preparaba para pasar a la curtiduría.[134] Hubo también la grasera o cuarto donde se separaba el sebo, la grasa y la carne del animal beneficiado; la pieza del molino, que era donde se guardaba la piedra de moler charlán y las fanegas de este insumo; y la saladera y la paipaipera, en las cuales se salaba la carne, se secaban las pieles y se conservaba la sal, además de guardarse la piedra de moler paipai.[135] La almona era el almacén de jabón, donde también se podían almacenar la lejía y la cal. El jabón se secaba en unas barbacoas. Había, además, noques, donde se ponía a pudrir la grasa.[136] Las tinas y tenerías eran pequeños complejos socioeconómicos o empresas coloniales industriales donde también vivían los esclavos, los mayordomos y algunos dueños. Algunas de las más productivas tenían su propio oratorio o capilla.[137] Normalmente tenían al lado curtiduría o tenería para el procesamiento de las pieles de los animales.[138]

Pero la influencia de estas empresas se extendía por todo el campo y a las zonas adyacentes de la costa y la sierra. De los alrededores llegaban víveres y pescado en varias formas. La paja para los techos de las oficinas provenía de Catacaos. Los campos vecinos abastecían también las tinas con ceniza y petates (con que embalaban el jabón). Los nativos sechuranos traían a las tinas lejía, sal, costales de lona o hilo, y pabilo que se usaba para coser.[139] A las tinas llegaban adicionalmente carpinteros y fundidores para trabajos especializados.

---

131. Ibíd., p. 68.
132. Ibíd., p. 71.
133. Ibíd., p. 32.
134. Ibíd., p. 34.
135. Paipai, también conocida como charán o charlán (*Caesalpina paipai*) servía para la curtiembre de pieles y para teñir cordobanes y textiles de algodón (Aldana 1988: 38).
136. Aldana 1988: 34.
137. Ibíd., p. 33, 44.
138. Ibíd., p. 31.
139. Ibíd., p. 35, 42.

Como nunca fueron muchas las casas-tina, algunas veces manadas enteras se vendieron a estancieros y otros de Lambayeque para el engorde.[140] Allí la hechura del jabón y los cordobanes representaban actividades propias de los estancieros o actividades simbióticas con el cultivo de caña y la producción de azúcar. De la intensificación de la producción y la transformación de algunas propiedades surgió la necesidad de adquirir más tierras o pastos, y la subsiguiente anexión de una propiedad a otra. Los ganaderos compraron las estancias contiguas, adquiriendo así los corrales ya construidos, a diversas distancias de un asiento central, extendiendo su radio de acción e incrementando el acceso a los recursos naturales disponibles. Por otra parte, la sustitución del cultivo del trigo y otros granos por el de caña de azúcar requería una inversión en mano de obra servil altamente calificada. El propietario extendía después sus campos para tener ocupada a esta fuerza de trabajo y mantener la producción a lo largo de todo el año. Para ello fue necesario, a su vez, contar con mayores reservas de tierra irrigada, que permitieran el cultivo rotativo. A veces, los hacendados adquirían tierras adicionales no siempre para expandir el terreno bajo cultivo de caña. Hubo casos en que hacendados adquirían tierras regadas para redirigir el agua a tierras que ya eran de su propiedad. Entonces, usaban los pastos de las recién adquiridas para pastar el ganado y con el tiempo construyeron algunos sus propias tinas y tenerías. Si las tierras habían pertenecido a otro español, esta expansión territorial incidentalmente servía para reducir la competencia. Además, si habían sido utilizadas por los indios, a la larga casi siempre aumentaba la oferta de mano de obra.[141]

La industria azucarera

En Lambayeque, como en los valles de Trujillo, la caña de azúcar se expandió rápidamente hasta ser el cultivo predominante. El complaciente descuido de las autoridades virreinales; el crecimiento de los mercados locales e internacionales; la normalización de la trata de esclavos, que resolvió la escasez de mano de obra; unas mayores facilidades de crédito, y los precios variantes, pero mayormente favorables de los productos locales en el siglo XVII, facilitaron la expansión de estas estancias, tinas y tenerías, aunque no como favorecían a las "haciendas y trapiches"; todas condiciones propicias que dieron lugar a que los hacendados ampliaran las instalaciones existentes en sus propiedades y algunos incluso las triplicaron antes de mediados del siglo XVII.

140. Ibíd., p. 26, 33.

141. Ramírez 1986: 135.

El azúcar prevalecía en los valles de Trujillo y Saña, facilitada por precios favorables (véase cuadro 6), créditos procedentes de los legados para obras pías y capellanías, o de los fondos acumulados por instituciones eclesiásticas, tales como cofradías, monasterios y conventos, y la disponibilidad de mano de obra esclava y mitaya (que Felipe III restableció en 1609).[142] Los propietarios intensificaron la producción incrementando su capacidad, aumentando el número de trapiches y expandiendo los terrenos dedicados al cultivo de la caña, con el consiguiente aumento de la mano de obra. Ya a fines del siglo XVI algunas estancias se convirtieron en haciendas cuando los propietarios, seguros de la posesión de las tierras que rodeaban a sus corrales y con la posibilidad de obtener la mano de obra necesaria, comenzaron a limpiar y cultivar más campos. Con la construcción de un complejo alrededor del trapiche, las haciendas pasaron a llamarse o bien trapiches o bien "haciendas y trapiches". Algunas estancias evolucionaron hasta convertirse en haciendas y después en haciendas especializadas; otras asumieron el nombre de tinas y tenerías o casas-tina con la construcción de jabonerías y curtiembres.[143]

Cuadro 6
PRECIOS DEL AZÚCAR, VALLES DE LAMBAYEQUE
(EN REALES POR FANEGA DE 100 LIBRAS)

Año	Lambayeque	Trujillo	Lima	Notas	Fuente(s)
1537	241,25			por menor	Lohmann, 1966: 99
1558	98,25			por menor	Actas del Cabildo de Trujillo (ACT), I, 285
1561			64		Borah, 1954: 85
1566	91			por menor	AGI/J461, 1209
1566		123,5		por menor	AGI/J461, 1209
1567		123,5		por menor	AGI/J461, 1235v-40
1567			72,8		AGI/J461, 1241v
1579	62			por menor	ART/Rios, 1579
1581	87,5			por menor	Lohmann, 1966: 99
1588	48				ART/Mata, 1588, 311v
1590	67,8				ANP/RA, l. 33, 1594
1591	72				ART/Oregon, 1592
1594	73				ANP/RA, l. 33, 1594
1595	21	37,5			ART/Mata, Reg., 1594; VII-1595, 302v; 26-X-1595
1602	24				ART/Mata, 19-VI-1602
1604			37,5	por menor	Lohmann 1966: 99
1607	21-23				ANP/RA, l. 22, c. 74, 1608, 26

142. Ibíd., p. 1.

143. Ramírez 1986: 134, Aldana y Diez 1994.

Año	Lambayeque	Trujillo	Lima	Notas	Fuente(s)
1608			52		ANP/RA, l. 22, c. 74, 1608, 26
1611	20			blanca	ANP/RA, l. 56, c. 216, 1622, 49v
1614	20			blanca	ANP/RA, l. 56, c. 216, 1622, 13v, 43-49v
1642	18				ACMS/1642
1658	37				ART/Alvarez, 1684
1664	38,5				ANP/RA, l. 194, 1676, 78
1665	30,55				ANCR/1680
1666	24				ACMS/1666
1674			24		BNP/B1562
1675			40,9	por menor	BNP/B1562
1676			39	por menor	BNP/B1562
1678			52		Cushner 1980: 116
1682	16			postura de diezmo	AAL/AT, l. 18-IV, 1682
1686	16				ANCR/TRivera, 23-VIII-1686
1687			41		Cushner 1980: 122
1691-95			48		Ibíd., 149
1693	19				AAT/T, 1704,13
1694	23,74-24				ANCR/TRivera, 15-VII-1694, 321; 10-VIII-1694; 1-X-1694;23-XI-1694
1695	35,56		42		AAT/T, 1697; AAT/T, 1697; Cushner 1980: 122
1695-96	23				ANCR/TRivera, 1-X-1694
1697-98	22				ANCR/TRivera, 1-X-1694
1700	22				ANCR/TRivera, 12-I-1700, 324v
1701			30		Cushner, 1980, 122
1704	12,5			estimado	AAT/T, 1704
1704	18,5				ANCR/TRivera, 20-XII-1704; 1-VI-1704; 13-III-1704
1705	17,5				ANCR/TRivera, 20-XII-1704; i-VI-1704; 13-III-1704; 3-II-1705
1706	15				ANCR/TRivera, 20-XII-1704
1710			30		Cushner 1980: 122
1713			8-10		Cushner 1980: 116
1714	16				ANCR/HS, 1714
1717			28		Cushner 1980: 122
1721	16				AAT/T, 1746
1728	16				ANCR/Herrera, 18-III-1734
1734	12				ANCR/Herrera, 19-III-1734
1739	12				AAT/T, 1739, 132
1741	14			bajo	AAT/T, 1742; 1744
1741	20			normal	AAT/T, 1744
1742	14			buena	AAT/T, 1742
1742	10			dañada	Ibíd.
1743	14				Ibíd.

va...

... viene

Año	Lambayeque	Trujillo	Lima	Notas	Fuente(s)
1744	14			buena	AAT/T, 1744, 60, 131
1744	10			manchada/ maltratada	Ibíd.
1744	8			mala	Ibíd.
1745	19,125				ANP/Gremial, 1743-50
1746	18				AAT/T, 1746
1748	23			año de sequía	ASFL/Reg. 7, n.° 2, Ms. 12; ANP/ Gremial, 1743-50
1751			13-24		ANCR/Polo, 28-VI-1751; Cushner, 1980, 122
1753	10-11		24		ANP/LC, l. 198, n.° 740
1753			22; 14	fiada por 8-12 meses; al contado	AAT/T, 1758, 51v-52; ANP/LC, l. 198, no. 740; Cushner 1980: 116
1754			24		ANCR/Cossio, 2-IV-1754; ANP/LC, l. 198, n.° 740
1755			8-24		ANP/LC, l. 198, n.° 740; Cushner 1980: 122
1756	13,5-16		24		AAT/T, 1758, 41v-42v; Caucas, 1756; AGI/AL 1417, 1765-66; ANP/LC, l. 198, n.° 740
1757	16		8-24		AAT/T, 1758, 191v; ANP/LC, l. 198, n.° 740; Cushner 1980: 122
1758			24		ANP/LC, l. 198, n.° 740
1759			22		ANP/LC, l. 198, n.° 740
1760	16		19-22	de buena calidad	ANCR/1781, 3; Feyzoo, 1760, 79; ANP/LC, l. 198, n.° 740
1761			22		ANP/LC, l. 198, n.° 740
1762			17-22		ANP/LC, l. 198, n.° 740; Cushner 1980: 122
1763			22		ANP/LC, l. 198, n.° 740
1764	16		20-22		ANP/RH, n.° 917, 1772, 164; LC, l. 198, n.° 740; Cushner 1980: 122
1764-65	16				ART/ID, 28-V-1802
1765	15		22		ART/ID, 28-V-1802; ANP/RH, n.° 917, 1772, 164; LC, l. 198, n.° 740
1765-66	12				AGI/AL 1417
1766	15,3	16	19,1		ANP/RH, n.° 917, 1772, 165
1767	16	13,5	17-24		ART/ID, 28-V-1802; ANP/Temp, l. 106, 1767; l. 183, 3-XI-1767; LC, l. 198, n.° 740
1768	16	14			ANP/RH, n.° 917, 1772, 165
1769	14				ANP/RH, n.° 917, 1772, 166
1770	14	14	21-22	al contado	ANP/RH, n.° 917, 1772, 167v
1770			23		ANP/Temp, Capp, l. 132, 1770-76, 100
1770			22-23	fiado	ANP/Temp, l. 232, 22-22v
1771			20		ANP/Temp, l. 232, 45

Año	Lambayeque	Trujillo	Lima	Notas	Fuente(s)
1772	14		21		ART/IT, 12-VIII-1789; ANP/Temp, l. 232, 45
1773	13				ACMS/1766
1774			19		ANP/Temp, l. 232, 45
1776	16				AAT/T, 1776
1779	12			calidad pobre	AAT/T, 1779, 23v-24
1783			32-39		BNP/C4045
1788	16				BCH/[1788]
1793	18				Lecuanda 1861: 265
1794	16				ANP/LC, l. 138, 1794, 10v, 22
1795	15				ANP/LC, l. 139, 1795, 9
1796	20				AAT/Capp, 1796, 2v
1797	16				ANP/LC, l. 139, 1797, 11
1798	16				ANP/LC, l. 139, 1801, 26v-28v
1800	16			azucar electa	ANCR/Dapelo, 1800; ANP/LC, l. 139, 1800, 6v-7, 9-9v, 15-16, 28v-29v
1801	16				ANP/LC, l. 139, 1801, 4v-6v, 14, 33, 35v
1801	17			para exportación	ANP/LC, l. 239, 1801, 37-37v
1805			16		Matos, 1967, 328
1806	22				ANP/TH, l. 24, c. 225, 1819, 8
1807			22,8	por menor	BNP/D10709
1808	16		24		ANP/LC, l. 140, 1808, 8, 11v-12; BNP/D10709
1809	15-16		22		ANP/LC, l. 141, 1809, 5, 9-9v; ACMS/1811; ANP/TH, l. 24, c.225, 1819, 42
1810	15		20,57	por menor (Lima)	ANP/LC, l. 141, 1810, 3-3v; BNP/C208
1811	13				ANP/LC, l. 141, 1811, 7-10v; ACMS, 1811
1812	20-24				ART/ID, 6-Vi-1815, 25; ANP/ LC, l. 142, 181, 2v-3v
1815	12-15			bajo	ART/ID, 6-Vi-1815, 24, 50; ANP/LC, l. 143, 1816, 5-6
1815	22			normal	ART/ID, 6-Vi-1815, 50
1816	8				ANP/LC, l. 143, 1816, 3-3v, 5-6
1818	16			para exportar a Panamá	ANP/LC, l. 140, 1808, 4
1830			32		AAT/Capillas, 1830

Claves de las siglas:
ANP: Archivo Nacional del Perú
AGI: Archivo General de Indias
ART: Archivo Regional de Trujillo
AAT: Archivo Arzobispado de Trujillo

Los registros de los préstamos efectuados durante este periodo muestran una clara correlación entre estas transformaciones y las fechas en que los hacendados hipotecaron sus propiedades. Suponiendo que todos los créditos hipotecarios se emplearan en renovar la propiedad, el reacondicionamiento y transformación del antiguo asiento de Mingolla —la estancia de Picsi— en una hacienda costó más de 3000 pesos obtenidos a crédito. El dueño de la hacienda de Cojal contrajo una deuda de 600 pesos cuando instaló su molino. Una vez que la propiedad llegó a producir azúcar, la deuda había ascendido a casi 8700 pesos y continuó subiendo hasta llegar a más de 10.000 pesos en la década de 1650. La deuda reconocida por el dueño de la azucarera San Lorenzo subió de unos 3000 pesos en los años 1580 a más de 11.000 en 1643.[144] A mediados de siglo, estas evoluciones habían transformado el paisaje de la región. Menos de la mitad de las unidades rurales que existían en Lambayeque en 1595 sobrevivían intactas. Aunque el tamaño de los rebaños no había disminuido, la ganadería se combinaba cada vez más con la agricultura, especialmente el cultivo de caña. En aquellas circunstancias, los molinos de trigo y las viñas tendían a desaparecer como unidades independientes de producción. Las viñas no podían competir con los cada día más importantes viñedos de Pisco en el sur. El número de empresas azucareras se duplicó.[145]

El tamaño y la función de las haciendas y trapiches de mediados de siglo los distinguía de las chacras del siglo XVI. La estancia en Lambayeque tenía ahora un promedio de 50 fanegadas; las haciendas, el doble; los ingenios y trapiches, una tercera parte más; pero su esfera de influencia podía ser mucho mayor. Por ejemplo, aunque el dueño de Calupe tenía título legal de propiedad sobre 433 fanegadas en 1643, se jactaba de que su propiedad incluía "[un área de] más de tres leguas y media y una legua de ancho donde ay más de dos mil fanegadas de tierras". Si los promedios parecen pequeños en comparación con la extensión que tuvieron más adelante las propiedades rurales, para sus contemporáneos eran impresionantes al lado de las dos fanegadas asignadas a los indios y del tamaño de las mercedes originales.[146]

Además, el número de trabajadores residentes, con sus familias, convertía a algunas de aquellas propiedades en núcleos de población comparables con algunas comunidades indígenas de la región. Mientras los agricultores generalmente trabajaban sus tierras por sí mismos, con ayuda de algunos indios a jornal y unos cuantos esclavos, las haciendas y los ingenios empleaban por término medio 27 esclavos, además de los mitayos y peones residentes. Cojal, que

144. Ramírez 1986: 134.

145. Ibíd., p. 140.

146. Ibíd., loc. cit.

era una excepción, tenía 68 esclavos y 17 indios residentes en 1642. Contando la fuerza laboral de los tabacales colindantes que pertenecían al mismo dueño, la población esclava alcanzaba la cifra de 88. La población de la hacienda de Picsi sobrepasaba las 100 personas, incluyendo al menos 40 trabajadores indios con sus familias, un mayordomo y su familia, y 29 mitayos de las comunidades de Lambayeque y Collique, que residían en la propiedad. El párroco y el teniente del corregidor hablaban de una población de 160 personas.[147]

Los obrajes de la sierra

En la sierra de Cajamarca y Huánuco, los obrajes se hicieron centros de producción importantes. La demanda era tan grande que a través de los años otros obrajes se fundaron para agregarse a los que ya databan del siglo XVI. En 1603 funcionaba un obraje en Cajamarca que era explotado por los corregidores cuyos productos les servían como artículos del reparto forzado.[148] Antonio Vásquez de Espinosa describe los obrajes de Cajamarca en 1615. Escribió que había muchos obrajes, donde se labraban paños y cordellates, que todavía pertenecían a los encomenderos y que fueron trabajados por los indios encomendados. Describe el obraje del corregidor que funcionaba en su casa:

> [...] donde tiene muchos indios que le hazen y labran paños de cumbe muy curiosos con figuras de pincel monteria y otras cosas curiosas de mucha estima, y valor que hazen de lana vnos de vicuña, y otros de lana de carneros de la tierra con muchas labores muy curiosas, y de muchos colores y labran muchachos indios pequeños, y los instrumentos con que hazen estas labores del cumbi tan tupida y perfecta son con guesos de gallina, y de carnero muy amolados y afilados, que causa notable admiracion el verlos labrar estos cumbes y otras cosas que hazen.[149]

Otro cronista, Francisco López de Carabantes, en su obra *Noticia general de las provincias del Perú, Tierra Firme y Chile*, de 1630, cuenta que en ese entonces hubo ocho obrajes en el corregimiento:

> [...] uno en Caxamarca, de don Nicolás de Mendoca, que por su muerte heredaron los indios, otro en el pueblo de San Pablo, del cacique del mismo pueblo, otro en el pueblo de Contumasa, del cacique y gobernador de Caxamarca, otro en el pueblo de la Asupcion que es de la iglesia y de los indios, otro en el pueblo de Guambos de Pedro de Sancta Cruz, otro en el pueblo de Chuzcon [sic] de los frailes de San

147. Ibíd., p. 141.

148. Silva Santisteban 1986: 182.

149. Vásquez de Espinosa 1986 [1615]: 374-375.

> Agustín, otro en Carabamba de los frailes mercedarios y otro en Cinsicapa de la comunidad de los mismos indios.[150]

Había también, escribe Silva Santisteban, muchos obrajuelos o chorrillos pequeños; los operarios de estas pequeñas fábricas eran comúnmente los miembros de una familia nuclear.[151] La materia prima venía del ganado ovejuno que pastaba bajo el cuidado de los mitayos. El algodón se cultivaba en algunos valles calientes, como en el de Condebamba, San Pablo, en los valles del Marañón y en la ceja de costa. El producto era transportado hasta los obrajes en "rungos", a lomo de mula o de indio.[152] Lo producido por los obrajes, incluyendo cordellates y bayetas, continuaba siendo mandado a Lima, Huamanga y el Cuzco en mulas al cuidado de arrieros indios, mestizos y criollos; allí se vendía directamente o por medio de mercaderes.[153]

En el interior, hacia Jaén, la producción de ganado vacuno, caballar, mular y asnar en 1606 se centraba en 17 estancias de ganado que producían 400 caballos y 300 mulas al año, los cuales transportaban mercadería desde Jaén a Saña y Lima.[154] Hubo también producción de azúcar, vino, papas, trigo y maíz, pero en cantidades pequeñas. Indios jornaleros labraron en las chacras de trigo y otros sembradíos.[155]

La minería

Asimismo, se produjo también la expansión de la minería en la provincia de Huánuco. Vásquez de Espinoza, en la segunda década del siglo XVII, menciona las minas de plata de "nuevo Potosí" cerca de la ciudad de Huánuco:

> En [...] esta prouincia [de Conchucos] están las minas de Siguas, donde hay ricos metales de plata, y ingenios en que se muelen, y beneffician [...]: Yungay [...] donde reside el prior esta fundado al pie de vna alta sierra neuada de ricas minas de oro vajo sobre plata [...] En el pueblo de Caruas ay minas de plata de donde se a sacado gran riqueza y todavia se saca [...] quatro leguas al sur esta el pueblo de Recuay muy frio y destemplado [...] ay [...] ricas minas de plata que toda esta lastrada de este metal quando estuve en el auia dos ingenios, acude el quintal de ordinario a 4 marcos que es gran riqueza.[156]

---

150. Citado por Silva Santisteban 1986: 182. Para una descripción física del obraje de Sandor en el corregimiento de Cajamarca en el siglo XVII, véase Miño Grijalva, 1989, especialmente la página 9.
151. Silva Santisteban 1986: 183
152. Ibíd., loc. cit.
153. León 2002: 114, 123-124; Aldana 1988: 79.
154. Cuesta 1984, II: 489-491.
155. Ibíd., p. 492.
156. Vásquez de Espinoza 1948 [1615]: 457, 459-460.

Indica también que el auge minero coincidió con el "descubrimiento" por los españoles de las minas de Yauricocha en 1630, aunque los nativos las conocían de antes. Y es posible que se trabajaran tan temprano como 1567.[157]

La producción del norte ya no era monopolio de los españoles y criollos. Como las noticias de los indios balseros que servían a Paita dan cuenta, la población nativa ya participaba en el mundo de los negocios y algunos acumularon haciendas importantes. A principios del siglo XVII, el cacique del pueblo de Sallique, Juan Querepe, por ejemplo, tenía 60 yeguas, 60 vacas, hasta 300 ovejas y algunos caballos. Otros caciques tenían 20 yeguas, 2 o 3 caballos y 20 ovejas cada uno. El cacique de Chamaya tenía 150 ovejas y cabras. Otros indios alquilaban caballos a viajeros a Saña y Lima a 1 real por legua, mientras que los de Jaén lo hacían por jornadas a 4 reales por día por caballo y 1 real al indio que iba con él para devolverlo. Si el indio servía de guía, ganaba 2 reales por día.[158] El cacique de Colán en 1622 comerciaba con sal y pescado. Se asoció con el encomendero de Sechura para la crianza de ganado menor en pastos comunes y mantenía relaciones comerciales con otros caciques y varios españoles, además de poseer y arrendar varias casas en el puerto de Paita.[159]

En general, a mediados del siglo los labradores y las comunidades de indios producían alimentos destinados al mercado local. Las haciendas y trapiches se especializaron en surtir a Tierra Firme y Lima de azúcar y miel. Los estancieros siguieron vendiendo la carne en el mercado local y a los barcos que anclaban en los puertos, pero exportaban la mayor parte de su sebo, cordobanes y jabones.[160]

La era de prosperidad, de mediados del siglo XVI a 1719

Los altos precios del azúcar y de las conservas, y en menor grado los de la ganadería y sus productos derivados, con la disponibilidad de los factores de producción iniciaron un periodo de una prosperidad sin precedentes en la región norte que duró setenta años. Comenzó hacia la mitad del siglo XVI y se prolongó hasta 1719. Las chacras de trigo desaparecieron sobre todo de la costa, al mismo tiempo que las chacras de caña de Lambayeque y Trujillo se convirtieron en haciendas y trapiches que consolidaron grandes extensiones de tierras, acaparando el agua de riego, a costa de las comunidades indígenas que compartieron el espacio de los valles. Las óptimas circunstancias de los años

157. Varallanos 2009 [1959]: 265, 268.

158. Cuesta 1984, II: 491-92

159. Diez 1988: 37.

160. Ramírez 1986: 141-42.

iniciales estimularon a los hacendados a seguir intensificando la producción e incrementar el tamaño de sus propiedades. Invirtieron sus ganancias y solicitaron créditos para adquirir materiales y esclavos, y para contratar mano de obra indígena y maestros artesanos. Con ello extendieron los efectos beneficiosos del *boom* del azúcar a otros niveles y grupos de la sociedad.

Además, el costo promedio descendía a un ritmo rápido. El precio de las materias primas cayó en picada. El de la cal, necesaria para el procesado tanto de las pieles como del azúcar, descendió 46% con respecto al periodo anterior. El cobre (metal que se utilizaba para fabricar los enormes calderones donde el jugo de la caña se convertía en miel, se cocía el sebo para jabón o se combinaba con otros metales para hacer trapiches y herramientas) cayó casi el triple, desde 125 pesos las 100 libras hasta menos de 25 por término medio.[161]

El incremento de beneficios fue también la solución de la hasta entonces perenne escasez de mano de obra. El número de esclavos en venta aumentó en el mercado de Saña, lo que hizo descender el precio de un varón joven no calificado hasta unos 500 pesos. El número de esclavos se duplicó en Calupe y casi se triplicó en Cayaltí. Puesto que la mano de obra esclava nunca era suficiente para trabajar las tierras, los hacendados y sus agentes reclutaban gran número de indios y castas de diversas condiciones y capacidades para complementar el trabajo de los negros. La población indígena alcanzó también su punto más bajo, para iniciar una lenta recuperación (véase figura 2, p. 86). El aumento natural de indígenas y castas alivió considerablemente el mercado laboral, creando una creciente reserva de trabajadores locales que los hacendados utilizaban cuando les era necesario.

Los indios de las comunidades seguían trabajando como mitayos y jornaleros. Los hacendados preferían a los primeros para el trabajo agrícola y ganadero, a pesar de su número reducido y de la dificultad en conseguirlos, porque todavía constituían una de las fuentes más económicas de mano de obra. Los hacendados recurrían también al grupo de forasteros, mestizos y mulatos que residían en los pueblos y ciudades para reforzar su fuerza de trabajo. La obligación de estos de pagar tributo les hacía aceptar trabajo en las haciendas. Los hacendados tentaban también a los trabajadores libres con sueldos anuales de 40 a 50 pesos y la promesa de proporcionarles vestido, casa, terrenos, atención médica y alimento. A otros se les permitía vivir en parcelas de tierras marginales, especialmente cerca de los lindes de las haciendas, a cambio de un número determinado de días de trabajo al mes o de una parte de sus cosechas.[162] Otro incentivo para ingresar en la fuerza laboral de las haciendas era el crédito. Los hacendados daban instrucciones a sus mayordomos para que adelantaran bienes y dinero a los trabajadores. Como estos

161. Ramírez 1986: 177-180.

162. Ibíd., pp. 180-181.

a menudo gastaban más de lo que podían devolver, estaban permanentemente en deuda con la hacienda y su dueño.

A los alrededores de Piura, el ganado menor seguía siendo de singular importancia para la elaboración del jabón y cordobanes.[163] Aunque el número de casas-tina seguía siendo pequeño —hubo solo siete al final del siglo XVII—, Aldana considera que entre los años 1680 y 1720 se produjo el auge de la actividad tinera en Piura.[164] Ya no era necesario reunir capital de varios socios en compañía para hacer construir o comprar la empresa. Pero algunos dueños ya no querían manejarlos ellos mismos. Se incrementó entonces el número de arrendatarios que se hacían cargo del manejo de las empresas.[165] También se vio más instancias de tineros que prestaban servicios a terceros.

Se vendía el jabón en la región y se exportaba. Se mandaba al norte a Loja y Cuenca por tierra y a Guayaquil por mar, para de allí enviarlo por tierra a Quito.[166] Hubo también remesas por nave hasta Panamá, Lima y el Callao, y Valparaíso y Concepción (Chile).[167] De Lima se distribuía a la sierra central, Huamanga y Huancavelica. En una transacción, detallada por Aldana, García Garrochón, mercader de la carrera Lima-Quito, entregó efectos de Castilla (mercadería europea) y textiles a Pedro de Angulo, que se obligaba a venderlos entre Lambayeque y Trujillo.[168] Entre los años 1701 y 1704, en otra negociación, 126 petacas de jabón fueron desembarcadas en el puerto de Arica, 2 más se mandaron al de Concepción y 45 al de Moreyra.[169] La investigación de Aldana y sus apreciaciones indican qué buenos eran los tiempos. La ganancia neta fue 190 pesos, 5 reales por tinada a principios del siglo XVII. Al final, ganaba 212 pesos, 5 reales. O sea, el rendimiento líquido por tinada había subido 11,5%. Además, vendía la carne y las pieles.[170] Al mismo tiempo, el valor de las empresas subió. La casa-tina de Parales valía 7500 pesos (sin tierras) en 1713. La de Malingas se apreció en 17.500 pesos por los mismos años.[171] Estos valores se pueden comparar con los de las haciendas y trapiches de Lambayeque: en 1719, Sipan valía 25.000 y Calupe, 41.000 pesos.[172] En Cajamarca, seguían tejiendo en los obrajes. En las décadas finales del siglo XVII

---

163. Aldana y Diez 1994: 76-77.
164. Aldana 1988: 69.
165. Ibíd., pp. 70-72.
166. Ibíd., pp. 47, 74.
167. Ibíd., pp. 48, 58, 75.
168. Ibíd., p. 57.
169. Ibíd., p. 48.
170. Ibíd., pp. 43-44.
171. Ibíd., p. 44.
172. Ramírez 1973: 74, 1986: 284.

existió un obraje en Santa Cruz de Polloc con 18 tornos, con sus husos, 4 pares de cardas, una prensa con su plancha de cobre, una urdidera de palo, 9 husos de fierro, 3 telares para jerga, otro para frazadas, otro para bayeta, otro para pañete y otro para tocuyo, 2 devanaderas y un canillador.[173] En contraste, un obrajillo, que entre 1696 y 1699 fue arrendado, contaba con 2 tornos, 2 telares con sus peines y lisos, y 2 tinajas para el tinte.[174]

La brea se hizo importante en esta época. Se trabajaba en "pozos" u "ojos de copeé". Pertenecían a la Corona, pero se arrendaban por remate. Aldana señala que fue "la única actividad extractiva […] de Piura" en la franja costera cerca de Colán y en Amotape en las haciendas de Máncora y Pariñas.[175]

Los contratiempos de la primera mitad del siglo XVIII

En las primeras décadas del siglo XVIII se mantenía el optimismo y la apariencia de bienestar en la costa norte, pero la falta de exclamaciones sobre los buenos tiempos hace creer que los mismos productores no reconocieron la posibilidad de contratiempos. Creían que el crecimiento seguiría. Las bonanzas que habían vivido por décadas no les dejaban imaginar lo que venía. Solo unos cuantos se dieron cuenta de la precaria situación de algunas de las empresas más grandes después de los desastres de la década de 1720. Los precios del azúcar de la década de 1690 fueron efímeros; cayeron en los primeros años del siglo XVIII y permanecieron bajos durante cuarenta años (véase cuadro 6).[176] Los efectos del colapso se mitigaron en cierto modo porque la ganadería sirvió de protección contra las fluctuaciones. Los precios del ganado (véase figura 3) y sus subproductos, como el jabón (véase cuadro 7), se mantuvieron más estables. "Además, ni en su momento más bajo, los precios descendieron tanto que los productores llegaran a sufrir pérdidas, sobre todo cuando obtenían ingresos por la venta de otros productos".[177] La expansión de las haciendas continuó, aunque a un ritmo progresivamente más lento que antes. La importación de esclavos y de objetos de lujo para las viviendas y familias de la élite hacendada no descendió de forma notable. Los hacendados calificaron el hecho de que unos cuantos no pudieran pagar sus deudas acumuladas después de 1730 como casos atípicos.[178]

173. Silva Santisteban 1986: 183.

174. Ibíd., p. 187.

175. Aldana 1988: 50.

176. Ramírez 1986.

177. Ibíd.

178. Aldana 1988: 76, Ramírez 1986.

Figura 3
PRECIOS DEL GANADO, VALLES DE LAMBAYEQUE

Cabras
Cabras y ovejas
Pesos de 8 reales
100
10
1,0
1530 1550 1600 1650 1700 1750 1800
Años

Lo que los sobresaltó, de manera especial a los productores de azúcar y jabón, que hubieron de reconocer la realidad de un nuevo orden económico, fueron los efectos acumulados de una serie de catástrofes naturales que marcaron el inicio de un periodo de prolongadas convulsiones económicas. El primer golpe ocurrió en 1701, y afectó sobre todo a las haciendas y trapiches. Una plaga de ratas y ratones invadió los valles, royendo la caña de azúcar y diezmando campos enteros. A la hora de cortar la caña, la tercera parte había quedado inservible para el procesado. Como la caña es una planta perenne, que puede dar hasta cinco cosechas antes de que el descenso en su rendimiento aconseje una nueva plantación, los efectos de la plaga todavía se sentían años después. Calculando un periodo de crecimiento de entre 18 y 24 meses entre cada cosecha, los campos no se renovaban más que una vez cada ocho o diez años. Es decir, cada año se replantaba en líneas generales entre el 10% y el 12% de la tierra dedicada a la caña de azúcar. El daño causado por los roedores requirió la inmediata siembra de al menos un tercio de los cañaverales, lo que fue un gasto imprevisto. Se tardaron dos años enteros en la replantación, y la producción no se aproximó a la que anteriormente había sido normal hasta que las primeras de estas cañas maduraron en 1704-1705.[179]

179. Ramírez 1986: 231-233.

Cuadro 7
PRECIOS DEL JABÓN, VALLES DE LAMBAYEQUE

Año	Precio en pesos de 8 reales por arroba	Fuente(s)
	Lambayeque	
1574	2	ART/[Loose], 1574
1592	3,75	ANP/RA, l.33, 1594
1594	3,625*	ART/Mata, 1596
1594	2,44	“
1595	2,09	“
1596	2,5-2,622	ART/CoO, 24-I-1596, 71; ART/Mata, 1596
1606	5,47	ANP/RA, l. 24, c.82, 1609, 28
1607	4,1	ANP/RA, l. 24, 1609, 13v; l. 22, c.74, 1608, 26
1608	2,833	ANP/RA, l. 24, c.82, 1609, 1
1609	2,94	ANP/RA, l. 14, c.82, 1
1610	2,25	ART/Palacios, 12-IX-1610
1611	2,125	ART/Palacios, 24-II-1611
1641	1,35	ANCR/Collus, 1643
1660	2,5	BNP/B357, 266v
1662	2,5	BNP/B357, 1668, 140v-41
1663	3	BNP/B357, 1668, 64-66
1664	2,35	BNP/B357, 1668, 79v
1665	2,81	BNP/B357, 1668, 91v-92v, 212-12v
1666	3	BNP/B357, 1668, 102, 154
1668	2,875	ANP/RA, l. 173, 1668, 923
1721	3	AAT/T, 1746
1722	2,857	ANCR/Herrera, 30-IV-1722
1746	3	AAT/T, 1746
1773	3	AAT/T, 1779, 145
1775	2,5	ANCR/Melendez, 24-VII-1775
1776	2,75	AAT/T, 1775
1776	2,75	AAT/T, 1775, 121-22
1777	2,685	AAT/T, 1776
1784	3,5	AAT/T, 1784
1789	3,125	BCH/[1788]
1794	4,25	AAT/T, 1794-95
1795	2,5	ANP/LC, l. 139, 1795, 10v
1801	3	ANP/LC, l. 139, 1801, 14-15
1808	3,5-4	ANP/LC, l. 140, 1808, 5v, 13, 20
1811	3,5-4	ANP/LC, l. 140, 1811, 20v, 23v

* Por menor.

Más al norte, Piura sufrió sequías en el periodo 1706-1715 y lluvias fuertes en el lustro entre 1716 y 1721. En 1718, las precipitaciones destruyeron pozos de agua, curtidurías y pellejería. El mal estado de las fábricas afectó a muchos y causó el remate de algunas tinas.[180] En suma, empezó a frenarse la expansión. Duró el estancamiento en Piura de 1720 hasta mediados del siglo XVIII, dadas las grandes deudas que contrajeron los dueños y la competencia creciente de los productores de Lambayeque.[181]

Estos daños no fueron nada comparados con el que causaron a las haciendas las inundaciones de 1720 y 1728. Las lluvias e inundaciones no eran raras en la región. Pero las de 1720 se extendieron desde la ciudad de Trujillo hasta los valles de Lambayeque y causaron la ruina de la ciudad de Saña. Los ríos Lambayeque y Saña se desbordaron, ahogando rebaños enteros y destruyendo muchos de los edificios construidos en las haciendas. Cayaltí quedó totalmente destruida. Sipan perdió su casa de calderas y su acequia. El fango y los escombros obstruyeron en varios puntos la acequia principal del Tayme, dejando a la comunidad de Ferreñafe, la hacienda y trapiche de Tumán, y la estancia de Luya sin agua de riego durante varias temporadas. En los valles de Saña y Lambayeque, la inundación arrancó de raíz la mayor parte de la caña de azúcar y la alfalfa, y destrozó pastizales y bosques de algarrobos.

La limpieza fue larga y costosa. Las comunidades indígenas y los hacendados cooperaron, aportando mano de obra, alimentos y animales de tiro para reconstruir las acequias principales. Cada hacendado afrontó el costo de reparar los daños sufridos por su propia infraestructura. El dueño de Pomalca gastó 14.600 pesos en limpiar sus acequias y reconstruir o reparar sus oficinas, las viviendas de los trabajadores, la casa de calderas y la casa de purga. Mientras tanto, también tuvieron que pagar los salarios y el mantenimiento de sus esclavos, en tanto los precios de los alimentos se disparaban. El precio de una fanega de maíz aumentó de unos dos pesos a nueve.[182]

Las inundaciones dejaron a los hacendados con la producción interrumpida, los rebaños reducidos y las acequias destrozadas. Una vez que tuvieron de nuevo el riego, transcurrieron casi dos años hasta que maduró la primera caña nueva.

No habían terminado de reparar las haciendas cuando en 1728 sobrevino una nueva gran inundación. Las lluvias de 1728 duraron 40 días, durante los cuales corrieron ríos de agua por las calles y plazas de Trujillo.[183] En Piura, el

180. Aldana 1988: 76-77.

181. Ibíd., p. 79.

182. Ramírez 1986: 234-235.

183. Eguiguren 1894b: 170, 245, 247.

río rompió la represa y tajamar que existía frente a la ciudad. En Paita, donde nunca llueve, los aguaceros de ese año arruinaron la mayor parte del puerto.[184] Adicionalmente, los azucareros hubieron de interrumpir la producción y se vieron obligados a hacer importantes inversiones para reparar o sustituir sus instalaciones.[185]

Así, la triple coyuntura de unos precios en declive, tres periodos improductivos sucesivos y los inesperados y extraordinarios gastos que exigió la reconstrucción de las haciendas sumió a los hacendados en enormes apuros económicos y puso fin a la tendencia expansiva del periodo anterior. Lo que muchos esperaban que fuera una etapa corta de estancamiento se prolongó por el creciente estrangulamiento de la relación precios-costos. El precio del azúcar permaneció algo estable en las décadas de 1720 y 1730, para después caer, antes de lograr un precario restablecimiento a mediados de siglo. El precio medio del azúcar durante el periodo fue 28% más bajo que el de los años comprendidos entre 1650 y 1719.[186] Los del jabón y los cordobanes se mostraron mucho menos inestables. El de las cabras y ovejas subió de forma gradual hacia mediados de siglo y después descendió ligeramente (véase cuadros 7, 8 y 9).

Los hacendados hicieron responsable de la baja de precios a la competencia. Un hacendado notó que "el precio q[ue] oy tiene el asúcar q[ue] espera se aumente antes sigue vaja a menos por las muchas haziendas de trapiches q[ue] en estos valles[,] los de Lima y otras partes se están fundando como es notorio…". Aunque después de 1700 no se establecieron en la región nuevos negocios azucareros a gran escala, fuentes del siglo XVIII mencionan trapiches pequeños. Un informe unos años más tarde señala: "se beneficia mucho azúcar porque los indios han dado también en beneficiarla de donde ha resultado la grave ruina de las haciendas". Además, la producción del azúcar se había extendido a los valles cerca de Lima y a los valles templados de la sierra, especialmente en Cajamarca, Huamachuco, las riberas del Marañón y el callejón de Huaylas.[187]

La creciente competencia fue también responsable de la baja en el precio de los cordobanes. Después de las inundaciones, la ganadería se convirtió en la inmediata y lógica alternativa a la producción de azúcar. Los rebaños estaban creciendo de nuevo, cuando la pérdida del importante mercado de Portobelo obligó a los ganaderos a buscar otras salidas para sus productos. La mayoría los envió a Lima, donde se toparon con una fuerte competencia por parte de otros ganaderos de la costa sur.

---

184. Ibíd., p. 246.
185. Ramírez 1986: 235.
186. Ibíd.
187. Ramírez 1986: 236-238, Varallanos 2009 [1959]: 282.

Mientras los precios permanecían relativamente estables, o bajaban, los costos de producción subían. El precio del cobre, por ejemplo, aumentó en más de un tercio. Una gran demanda de trabajadores no calificados en las décadas de 1720 y 1730, seguida de una interrupción del comercio internacional y de la competencia en la adquisición de esclavos calificados, contribuyó a la dificultad para obtener mano de obra. La recuperación demográfica lenta de la población nativa desde los años centrales del siglo XVII mantuvo dentro de unos límites tolerables la escasez de mano de obra en la región. Sin embargo, con una demanda que sobrepasaba la oferta, el salario de los trabajadores indígenas no calificados subió desde la cifra normal de 2 reales que se pagaba en el siglo XVII a 2,5 reales y 3 reales al día en algunas temporadas.[188]

El estrangulamiento de la relación precio-costo y unos impuestos nuevos hicieron cada vez más difícil para los hacendados (sobre todo para los productores de azúcar, que se habían endeudado para reconstruir sus haciendas tras las inundaciones) afrontar sus crecientes obligaciones económicas. Estos siguieron solicitando créditos y gastando cuanto ganaban en mantener en funcionamiento sus haciendas y su alto nivel de vida. Después de 1720, sus cargas deudoras aumentaron rápidamente. Como se puede apreciar en los datos resumidos en el cuadro 8, ya las deudas de los hacendados habían crecido a un nivel tan grande que ponían en riesgo a las empresas, especialmente considerando que las principales no se dedicaban siempre a la inversión.

Cuadro 8
DEUDA COMO PORCENTAJE DEL VALOR DE LAS HACIENDAS
DE LAMBAYEQUE

Fecha	Porcentaje
≤1594	10,6
1595-1649	9,5
1650-1720	40,2
1721-1809	63,7

Fuente: Ramírez 1986: 184-185, 241-243.

A pesar de la tolerancia de los acreedores, llegó un momento en que recurrieron al procedimiento judicial para recuperar sus capitales. En una oportunidad, a la muerte de un hacendado, los acreedores presionaron a sus herederos a que vendieran la propiedad para así cubrir sus obligaciones. En

188. Ramírez 1986: 240-242.

otros casos, los hacendados se declaraban en quiebra para evitar contraer más deudas. Estos hechos significaban costosas interrupciones de la producción; gastos de inventarios y peticiones a los jueces, notarios y escribanos; y administraciones, no siempre muy confiables. Estos gastos, pleitos y demoras contribuyeron a la ruina de las haciendas.

La falta de estudios cronológicos sobre los obrajes del norte nos hace carecer de una perspectiva igualmente detallada para la historia económica de los obrajes. Silva Santisteban publicó un artículo que contiene datos valiosos de algunos de ellos, aunque sin contextualización fechada. Sus datos pintan una industria grande. Además, a fines del siglo XVII y principios del XVIII existía en esta provincia y corregimiento una cantidad no menor de 350.000 cabezas. A mediados del siglo XVIII pastaban en pastos de ichu rebaños inmensos de ovejas, como se ve en el cuadro 9.

Cuadro 9
CANTIDADES DE GANADO LANAR, CAJAMARCA
(MEDIADOS DEL SIGLO XVIII)

Hacienda	Cabezas de ovejas
Polloquito	10.179
Santa Cruz de Polloc	11.329
San Felipe de Combayo	23.700
San Antonio Abad de Porcón	17.181
Sondor	24.446
San Francisco de Jelic	9.000
Santa Mónica de Huacrachuco	2.941
Secsesmayo	*
Chaquil	*
Casaden	*
Succhabamba	*

* Cantidades similares.
Fuente: Silva Santisteban 1986: 183.

La lana de estos animales se procesaba en obrajes como el de San Antonio Abad de Porcón (que se mencionó más arriba), que era uno de los mayores a mediados del siglo XVIII. Tenía 75 tornos con sus husos y cigüeñuelas, y 6 telares, 5 de los cuales eran corrientes, con sus lisos y peines de pañetes, bayetas, frazadas y jergas. Tenía además una urdidera y un horno de cocer pan, varios fondos de cobre y una romana. Funcionaba en un amplio galpón. El obraje de la hacienda de Santa Clara del curato de Chota tenía 25 tornos y 4 telares

para tejer jergas y frazadas. Producía anualmente, hacia mediados del siglo XVIII, 1700 varas entre pañete, jerga y bayeta.[189] En Santa Cruz, el obraje de Ninabamba tenía, en 1735, 3 telares, 9 tornos con sus husos y cigüeñuelas, 2 pares de cardas, 4 manillas, 2 lisos para tocuyo, uno para bayeta, otro para jerga, un liso y un peine para frazadas, un liso y un peine para cordoncillo y un peine para pabellones.[190]

La historiadora Aldana añade una nota sobre Piura, en la que mantiene que no hubo obrajes en el siglo XVII. Doña Paulina Piraldo de Herrera, vecina de Lima y encomendera de Colán y Huancabamba, trató de fundar uno en la parte serrana de Huancabamba, pero su petición fue denegada por ir "en perjuicio de los indios".[191] Explica este hecho la autora indicando que "es probable que detrás del rechazo, hubiera intereses creados de por medio si se considera que el tráfico de paños de Quito, y en menor medida de los de Cuenca, pasaban por Piura".[192]

Aldana también nos proporciona datos sobre Piura y la producción de harina. En 1711, Diego Mesones y la Portilla comenzó a cultivar trigo en su hacienda Pariguanas. Al año siguiente, vendió 200 costales de harina a Francisco Gurumino a 6 pesos, 4 reales. Continúa explicando que los precios variaban mucho de año a año. Mesones señalaba en aquella época haber vendido harina a 10 pesos, aunque había otros hacendados que no habían conseguido más que 8 y 9 pesos por sus costales de harina.[193] La autora incluye datos sobre el costo de producción (véase cuadro 10).

Cuadro 10
COSTOS DE PRODUCCIÓN DE HARINA EN PIURA

	Costo en reales
1 costal de harina, comprado en la zona de producción	12
1 hombre para escoger los granos	1
1 costal para la harina	1
Molienda del trigo	2
Flete a Piura por costal	8
Total	24

Fuente: Aldana 1988.

189. Silva Santisteban 1986: 184-185.
190. Ibíd., p. 186.
191. Aldana 1988: 28.
192. Ibíd., p. 28.
193. Aldana 1988.

En Piura, un costal que costó 3 pesos para producir se vendía a entre 10 y 12 pesos. Aumentó su valor en tiempos de escasez, pudiendo bajar hasta 6 pesos en tiempos de abundancia.[194]

Lamentablemente para los norteños, la minería no estaba en condiciones de salvar la situación. Esta industria también sufría reveses. Las actividades de los mineros y los trabajadores se fueron dificultando con las inundaciones de los socavones. Solo en 1740, Martín Retuerto inició la apertura del socavón de Yauricocha para desaguar las vetas. Obtuvo abundante mineral de plata de buena ley, aunque sufrió otra inundación después.[195] Así, las minas, nunca tan grandes como en el sur del virreinato, ya no eran un mercado tan grande como antes para la producción regional.

Conclusiones

La concentración de tierras y producción en grandes empresas de azúcar, jabón y tela en el norte agudizaron la crisis de la primera mitad del siglo XVIII. La decadencia y estancamiento de estas industrias tuvo secuelas, ya que afectaron a la vez a los productores de los insumos necesarios para la fabricación y a los de panllevar, trigo y harina. Bajaron además las oportunidades de ganarse la vida de los especialistas y mano de obra no especializada que trabajaban en estas empresas. Irónicamente, los que mejor sobrevivieron a aquella época fueron las comunidades que seguían produciendo para su subsistencia, no dependiendo tanto de los mercados virreinales e internacionales.

---

194. Ibíd., p. 29.

195. Varallanos 2009 [1959]: 269.

Bibliografía

Aldana Rivera, Susana

1988 *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura*. Piura: Cipca.

Aldana Rivera, Susana y Alejandro Diez Hurtado

1994 *Balsillas, piajenos y algodón: procesos históricos en Piura y Tumbes*. Piura: Cipca.

Angulo, Domingo

1920 "Fundación y población de la villa de Zaña". *Revista del Archivo Nacional del Peru*, vol. 1, n.º 2: 280-299.

1920-1922 "Diario de la segunda visita pastoral que hizo de su arquidiócesis el Ilustrísimo Señor don Toribio Alfonso de Mogrovejo, Arzobispo de Los Reyes". *Revista del Archivo Nacional del Peru,* vol. 1, n.º 2: 49-81, 227-279, 401-419, 37-78.

1926 "Cartulario de los conquistadores del Perú: el capitán Juan de Barbarán". *Revista del Archivo Nacional del Perú,* vol. 4, n.º 2: 187-206.

Berroa, Francisco Rubén

1934 *Monografía de la diócesis de Huánuco: contribución a la historia eclesiástica peruana*. Huánuco: Tipografía El Seminario.

Busto, José Antonio del

1986 "El capitán Melchor Verdugo, encomendado de Cajamarca". En Fernando Silva Santisteban, Waldemar Espinoza Soriano y Rogger Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura, pp. 53-102.

Carlín Arce, Jorge

1976 *Reseña histórica del departamento de Tumbes*. Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra.

1984 *Historia general del departamento de Tumbes: un compendio*. s. l.: s. e.

Clayton, Lawrence

1979 "Comercio y navegación en el virreinato del Perú durante el siglo XVII". *Revista del Archivo Histórico del Guayas*, vol. 15: 39-59.

Cock, Guillermo

s. f. "The Lord's Control of Artisans, Craftsmen and Labor Specialization in the Jequetepeque Valley North Coast of Peru". Manuscrito cortesía del autor.

Crosby, Alfred W.

1972 *Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Westport: Greenview Publishing Company.

Cuesta, S. J., padre José Martín

1984 *Jaén de Bracamoros*. 4 vols. Lima: Librería Studium.

Dammert y Bellido, José
1986 "El arzobispo visita Cajamarca". En Fernando Silva Santisteban, Waldemar Espinoza Soriano y Rogger Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura, pp. 137-142.

Delgado, Luis Humberto
1928 *Monografía de Piura*. Lima: American Express, Ltd. Editores.

Diez Hurtado, Alejandro
1988 *Pueblos y caciques de Piura, siglos XVI y XVII*. Piura: Cipca.

Eguiguren, Víctor
1894a "Estudios sobre la riqueza territorial de la provincia de Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 4-6: 143-176.

1894b "Las lluvias en Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 7-9: 241-258.

1894c "La fundación y traslaciones de la ciudad de S[an]. Miguel de Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 7-9: 260-268.

Espinoza, César
1981 *Terratenientes y campesinos en Piura, siglos XVI-XIX (comunidades de Colán y Amotape)*. Lima: UNMSM.

Espinoza Soriano, Waldemar
1986 "Los mitmas yungas de Collique en Cajamarca, siglos XV, XVI y XVII". En Fernando Silva Santisteban, Waldemar Espinoza Soriano y Rogger Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*, vol. 2. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura, pp. 247-290.

2003 *Juan Pérez de Guevara y la historia de Moyobamba, siglo XVI*. Lima: Editora Magisterial Servicios Gráficos.

2006 *La etnia Guayacundo en Ayabaca, Huancabamba y Caxas (siglos XV-XVI)*. Lima: UNMSM.

Fernández de Oviedo, Gonzalo
1992 *Historia general y natural de las Indias (1535-1545)*. Biblioteca de Autores Españoles, vols. 117-121. Madrid: Ediciones Atlas.

Glave, Luis Miguel
1991 "El puerto de Paita y la costa norteña en la historia regional de Piura". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 20, n.º 2: 501-509.

1993 "La puerta del Perú: Paita y el extremo norte costeño, 1600-1615". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 22, n.º 2: 497-519.

Hocquenghem, Anne Marie
1998 *Para vencer la muerte: Piura y Tumbes*. Lima: IFEA.

LEÓN BORJA, Dora
1977 "Los indios balseros como factor en el desarrollo del Puerto de Guayaquil". En *Estudios sobre política indigenista española en America*. Tomo 2. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 281-311.

LEÓN GÓMEZ, Miguel
2002 *Paños e hidalguía: encomenderos y sociedad colonial en Huánuco*. Lima: IEP.

MIÑO GRIJALVA, Manuel
1989 "El obraje colonial". *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe,* n.º 47: 3-19.

MOYA ESPINOSA, Reynaldo
2003 *Breve historia de Piura.* Piura: Caja Municipal de Piura.

MUMFORD, Jeremy R.
2012 *Vertical Empire: The General Resettlement of Indians in the Colonial Andes*. Durham: Duke University Press.

MURRA, John V.
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: IEP.

ORTIZ DE ZÚÑIGA, Iñigo
1967-1972 [1562] *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán.

PUENTE BRUNKE, José de la
1992 *Encomienda y encomenderos en el Perú: estudio social y político de una institución colonial*. Sevilla: Excma. Diputación Provincial de Sevilla.

RAMÍREZ, Susan Elizabeth
1978 "Chérrepe en 1572: un análisis de la visita general del virrey Francisco de Toledo". *Historia y Cultura,* n.º 11: 56-95.

1986 *Patriarcas provinciales: la tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*. Madrid: Alianza Editorial.

1998 "Rich Man, Poor Man, Beggar Man, or Chief: Material Wealth as a Basis of Power in Sixteenth Century Peru". En Susan Kellogg y Matthew Restall (eds.), *Dead Giveaways: Indigenous Testaments of Colonial Mesoamerica and the Andes*. Salt Lake City: University of Utah Press, pp. 213-48.

2002 *El mundo al revés: contactos y conflictos transculturales en el Perú del siglo XVI.* Lima: PUCP.

2005 *To Feed and Be Fed: The Cosmological Bases of Authority and Identity in the Andes.* Stanford: Stanford University Press.

2007 "La minería y la metalurgia nativa en el norte Peruano (siglos XVI y XVII)". *Anuario de Estudios Americanos,* vol. 64, n.º 1: 175-208.

2014a *Al servicio de Dios y Su Majestad: Martínez Compañón y la fundación de escuelas primarias en el norte del Perú*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.

2014b "Fish[i]stories: Seafolk on the Northern Peruvian Coast". Paper presented at the Society for American Archaeology 79th Annual Meeting, Austin, Texas, april 25.

Ramírez, Susan y Douglas Horton
1973 *Sources for the Investigation of Peruvian Agrarian History.* Land Tenure Research Paper n.° 84, Madison, University of Wisconsin.

Rostworowski, María
1983-1984 "La tasa ordenada por el Licenciado Pedro de la Gasca (1549)". *Revista Histórica,* n.º 34: 53-102 [incluido en Rostworowski, María. *Ensayos de historia andina I: élites, etnias y recursos.* Obras Completas, volumen V. Lima: IEP, 2005, pp. 271-331].

1985 "Patronyms with the Consonant F in the Guarangas of Cajamarca". En Shozo Mazuda, Izumi Shimada y Craig Morris (eds.), *Andean Ecology and Civilization*. Tokio: University of Tokyo Press, pp. 401-422 [una versión posterior a este trabajo se incluye en Rostworowski, María. *Ensayos del período colonial inicial 1520-1570.* Obras Completas, volumen XII. Lima: IEP, 2017, pp. 185-205].

1994 "El tributo en la primera mitad del siglo XVI en el Perú". En *Jornadas Americanistas* (Valladolid, España). Vol. 2, pp. 395-399 [incluido en Rostworowski, María. *Ensayos del período colonial inicial 1520-1570.* Obras Completas, volumen XII. Lima: IEP, 2017, pp. 25-31].

Silva Santisteban, Fernando
1964 *Los obrajes en el virreinato del Perú*. Lima: Museo Nacional de Historia.

1986 "Los obrajes en el Corregimiento de Cajamarca". En Fernando Silva Santisteban, Waldemar Espinoza Soriano y Rogger Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura, pp. 181-191.

Varallanos, José
2009 [1959] *Historia de Huánuco*. Huánuco: Empresa Periodística Perú.

Vásquez de Espinosa, Antonio
1948 [1615] *Compendio y descripción de los Indias Occidentales*. Washington: Smithsonian Institution.

1986 [1615] "Cajamarca y su distrito: 1615". En Fernando Silva Santisteban, Waldemar Espinoza Soriano y Rogger Ravines (comps.), *Historia de Cajamarca*. Cajamarca: Instituto Nacional de Cultura.

Villanueva Urteaga, Horacio
1944 *Cajamarca, prehispánica y colonial.* Cuzco: H. G. Rozas sucs.

Zevallos Quiñones, Jorge
1973 "La ropa de tributo de las encomiendas trujillanas en el siglo XVI". *Historia y Cultura,* n.º 7: 107-127.

Capítulo 3

Articulación y diversificación de la economía del norte en la colonia tardía (1750-1824)

Elizabeth Hernández García

En el ángulo político-administrativo virreinal, el norte del Perú comprendía esencialmente las provincias incorporadas, en primer lugar, en el obispado de Trujillo, y luego aquellas que conformaron la intendencia del mismo nombre; en el ámbito económico, sin embargo, la extensión era mayor, puesto que el norte integraba, además, la sierra del actual Ecuador, con Quito y Cuenca como referentes de peso, y Guayaquil en la costa. Dentro de este gran espacio[1] se fueron construyendo a lo largo del tiempo unos lazos económicos de gran vitalidad en la historia del virreinato, vitalidad que no pasó nunca desapercibida por las autoridades políticas, por el Tribunal del Consulado y por aquellos comerciantes cuyos negocios trasatlánticos incluían productos de este espacio norteño.

En este capítulo se intentará mirar el espacio norte que corresponde a la actual configuración política peruana, centrando la atención tanto en la costa como en la sierra y en la parte que correspondía a la "montaña", camino que conectaba con la provincia de Maynas, territorio de "infieles". Esto irá de la mano con la explicación de las actividades económicas más significativas de la región y no tanto con una descripción exhaustiva. Se incidirá, sobre todo, en aquellos puntos que permitían integrar el espacio desde dentro, así como proyectarlo hacia otras regiones o inclusive latitudes.

La vitalidad económica es un conjunto integrado de las distintas fuerzas humanas que residían en la región y que se encargaban de todos los niveles de

1. "Macrorregión norperuana-surquiteña", término acuñado por Susana Aldana en su producción bibliográfica.

la producción y de la comercialización, sea en la costa, en la sierra y en la montaña, o también sea tanto al nivel de los grandes emporios familiares como al de los agentes que se hallaban en la base de la pirámide socioeconómica. Estos últimos, en la mayoría de los casos, constituían un claro ejemplo de diversificación económica, más que por una estrategia muy bien pensada por generaciones de troncos familiares, por pura subsistencia y patrones tradicionales.

De esta manera, cuando se analizan las grandes actividades económicas que articulaban la región norte, conviene no olvidar los niveles que subyacían a las grandes transacciones mercantiles, vistas por quienes recorrieron el territorio. El viajero inglés Henry Lister, en 1827, advirtió como una cuestión anecdótica la importancia del trueque para la gente pobre de una ciudad de tanta importancia como Trujillo:

> Al no haber en el Perú monedas de cobre, y si una persona no desea o quizás no tiene un real para gastar en cada artículo, adquiere un real de huevos, uno de los cuales intercambia por hortalizas; otro le sirve para nuevo intercambio equivalente al valor del huevo, continuando así con sus adquisiciones hasta completar lo que requiere. Los huevos están considerados como moneda efectiva y finalmente son comprados por quien realmente los necesita.[2]

En otras palabras, a inicios de la República, en la misma realidad geográfica donde existía un grupo importante de títulos nobiliarios en el Perú, distintos modelos económicos estaban presentes en el día a día de la población. Si esto acontecía en un mundo urbano, en el ámbito rural estas situaciones también formarían parte de la cotidianidad. Trujillo, capital de la intendencia, podía ser sinónimo de una fecunda actividad extractiva y productiva: la sierra trujillana brindaba ingente número de minas de donde extraer recursos metálicos; sin embargo, la circulación monetaria era escasa o nula en amplios sectores poblacionales. Para el caso, efectivamente, de lugares mucho más apartados de las ciudades importantes, Antonio Raimondi nos ubica en espacios anclados en el tiempo bien entrada la República, y que también tenían el trueque como un sistema paralelo a una moneda que era utilizada por un determinado grupo de personas:

> [1859] En Moyobamba las mujeres se ocupan principalmente en hilar algodón, el que reducido a ovillos les sirve de moneda […]. El tocuyo, la lona y el café son las otras especies de moneda con que compran cuanto quieren y en el día […]; sin embargo, hay bastante plata sellada que corre en el comercio; a los forasteros se les exige solo plata.[3]

---

2. Lister 1973: 148.
3. Raimondi 1942: 241.

Hay que considerar esta situación en cualquier estudio económico, como el nuestro, que se proponga un objetivo macrorregional, aunque, por la dispersa documentación, alcancemos en estas páginas a vislumbrar la actividad económica en bloque y solamente algunos de sus ángulos y matices entre mediados del siglo XVIII y las dos primeras décadas del siglo XIX. Este tiempo coincide con eventos de singular importancia en la historia económica de la monarquía hispánica en su conjunto. Hubo cambios que tuvieron que ver, predominantemente, con la voluntad de la Corona por recuperar el manejo de sus reinos americanos. Entre dichos cambios el económico fue uno de sus pilares en el proyecto borbónico para retomar el control.

Circunscribiéndonos a las décadas mencionadas, el último cuarto del siglo XVIII vio un *boom* basado sobre todo en los desarrollos locales de las economías regionales peruanas. A ello siguió un momento de detención del crecimiento colonial debido a la crisis del comercio internacional, que dio paso luego a otra crisis, la del tardío siglo XVIII y temprano siglo XIX.[4] Fue, finalmente, este nuevo siglo el que trajo algunas momentáneas libertades económicas propiciadas por la legislación gaditana; si bien esta no perduró en el Perú por el retorno al absolutismo, la vivencia de aquel sexenio en el sector mercantil regional —con factores colaterales derivados, como la mayor presencia anglosajona, por ejemplo— condicionó algunas historias locales y particulares que fueron las que integraron la región a la economía de todo el virreinato.

Hay que considerar, respecto a esto último, que, en términos fiscales, el norte fue una de las economías regionales que más creció en el periodo mencionado: del 5% al 9% de la recaudación total del Perú, cifra en la que no se incluyen las ganancias del estanco del tabaco —recurso fundamental como veremos— porque eran enviadas directamente a España. No obstante ser una caja comparativamente menor que las demás, en realidad se trataba de una economía pujante, de mucha fortaleza. Siguiendo a Klein, fue esta la región que más rápidamente creció, y se movió a un ritmo distinto que el resto del Perú.[5]

Principales actividades productivas de la región: haciendas, manufacturas, la actividad minera y la pesca de ballenas

Haciendas

Cuando se aborda el tema de las haciendas en el Perú, y en concreto en el norte, hay que tener en cuenta la realidad compleja que subyace a este término. Por

4. Klein 1994: 16.
5. Ibíd., pp. 17, 25, 38.

mucho que se entienda que se trata de la producción agroindustrial, no existe una claridad absoluta sobre la naturaleza de la realidad que se estudia: extensión, infraestructura, cultivos, trabajadores, unidad o diversidad. La terminología continúa siendo un problema: qué es hacienda, a qué se le denomina como tal, a quién se le llamaba hacendado, a quién le llama hacendado la historiografía.

Por ejemplo, José Ignacio de Lequanda, fuente imprescindible en este libro, normalmente llama "hacendados" al grupo español de las ciudades que describe, pero no menciona límites de las haciendas de que es propietario este grupo, ni menciona características del hacendado, y sin embargo hace una acotación cuando describe la economía de Chachapoyas:

> [...] pues con sembrar cuatro matas de maíz, criar dos vacas, seis gallinas, un gallo y un cerdo en un barranco separado de la comunicación de los hombres, ya se constituyen hacendados. Este es un mal común que se reconoce en todos los naturales, pues aún los que ejercen oficios mecánicos como el sastre, el zapatero, el herrero, etc., son al mismo tiempo labradores, viajeros y mercaderes, sin saber perfectamente la agricultura, ni el arte que profesan.[6]

Vamos a considerar, entonces y en líneas generales, como "haciendas y hacendados" a aquella realidad económica que generó una red de intercambios en el ámbito regional y que condicionó el surgimiento de una clase de privilegio en torno a la cual giraba también la actividad de los demás estamentos.

La actividad hacendaria se desarrolló tanto en la costa como en la sierra con muchas similitudes y paralelamente con diferentes niveles de producción, de consumo y de comercialización dentro y fuera del espacio norte. A fines del siglo XVIII, Trujillo, capital de la intendencia, contaba con 91 haciendas según Lequanda. De este número, 51 eran haciendas de panllevar a las que les daban el nombre de "chacras", ubicadas en los fértiles valles de Chicama y Virú. En ese recuento no se consideran los terrenos que poseían los indios, los mestizos y otras castas en las cercanías de sus pueblos. Pero la documentación también proporciona otras cifras. En 1804, en el informe[7] del juez diputado de comercio de Lambayeque, Tiburcio de Urquiaga, consta que el partido de Trujillo contaba

6. Lequanda 1965.

7. Entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, los diputados de comercio de Piura (Joaquín de Helguero), de Lambayeque (Pedro de Estella) y de Trujillo (Tiburcio de Urquiaga) elaboraron interesantes informes sobre la economía de estos partidos para elevarlas al Tribunal del Consulado de Lima. El gobierno virreinal se sirvió, así, del Consulado con el objetivo de cumplir una Real Orden (Zaragoza, 25/8/1802) que disponía la realización de encuestas geográfico-económicas en todos los dominios españoles.



India pastora cerca de su choza.
Martínez de Compañón. *Trujillo del Perú*.



India de Moyobamba cargando plátanos.
Martínez de Compañón. *Trujillo del Perú*.

con 44 haciendas.[8] No sabemos aún a qué se debió ese cambio en el conteo de estas propiedades en casi dos lustros, si obedeció a algún evento climático, a criterios económicos, a la consideración de "haciendas" para uno y otro escritor, o si, siendo Urquiaga hacendado en el lugar, quiso dar menos importancia a otras propiedades.

Por exclusión, está claro que los dueños de las haciendas o chacras pertenecían a la minoría del lugar, patrón común a lo largo del tiempo. No había gran dedicación en ellas a la siembra del trigo; los moradores preferían comprarlo que cultivarlo, pues el que venía de la sierra era más barato. Las demás haciendas, dedicadas a fabricar azúcar, llamadas "trapiches" —40 para Lequanda, 18 para Urquiaga—, estaban descuidadas y hasta cierto punto abandonadas a finales del siglo XVIII, quizás por falta de negros operarios, o posiblemente por la competencia con los ingenios de Lima y Cañete,[9] que habían desarrollado su producción y cuyo precio, por tanto, se hacía más accesible para los comerciantes del sur. El consumo de los productos de estas segundas haciendas era para el mercado local y eventualmente para fuera de este: "Su consumo [del azúcar] suele hacerse en él, o en algunos de los inmediatos [partidos] de la sierra; y cuando la casualidad lo proporciona, para Lima por tierra, y para Chile, Guayaquil y Panamá por mar".[10] En la apreciación sobre la decadencia de la producción azucarera en Trujillo coincide con Lequanda el juez diputado Urquiaga cuando habla de los trapiches de Trujillo a inicios del siglo XIX:

> [...] y en el año 60 del siglo próximo pasado, molían 61.000 arrobas con mil ciento y tantos esclavos; pero al presente que solo se hayan corrientes nueve [trapiches], no muelen 15.000 arrobas y apenas se entretienen en hacer chanconas, que no se costean aún para pagar las pensiones, pues las injurias del tiempo y lo recargadas de censos con que se hallan gravadas en más cantidad que sus valores [...] no pueden ni podrán jamás fomentar sus fincas con esclavos [...] estando lo más de ellas enteramente arruinadas, acéfalas y abandonadas, y sus vastos terrenos se arriendan al presente por 200 pesos anuales o cuando mucho por 250 a gentes libres para sementeras de chácaras, cuyo cultivo también es escaso.[11]

No obstante, el azúcar que se conseguía extraer en Trujillo alcanzaba para el consumo local y daba abasto para enviar a Cajamarca, Huamachuco, Chile, Panamá y Guayaquil. También en Lambayeque las haciendas producían azúcar; era el producto predominante. A similitud de la capital de la intendencia, en

---

8. Urquiaga 1964: 182.
9. Lequanda 1793a: 91-92.
10. Ibíd., p. 93.
11. Urquiaga 1964: 182.

el partido de Lambayeque funcionaban varios trapiches en el siglo XVIII. Según Susan Ramírez, en estas instalaciones rudimentarias se obtenía sobre todo chancaca, miel y alcohol. La chancaca y la miel hallaron un mercado importante entre los indios, mestizos y mulatos, razón por la cual, en realidad, no constituían una gran competencia para las haciendas lambayecanas, aunque resintieron un poco perder parte de este espacio económico local desde la primera mitad del siglo XVIII.[12]

Al iniciar el siglo siguiente, la situación fue complicada para los hacendados del azúcar en Lambayeque. Esto ocurrió, según el juez diputado de comercio del lugar, porque los indios dejaron de ser solo un mercado para convertirse en productores, con el añadido de que no pagaban la media anata como los "españoles". Los indios, afirmaba, se hallaban "insolentes e insubordinados", apoyados por las leyes que venían de la conquista, y que debían ser ya modificadas, puesto que, al ser mayoría, eran ellos quienes tenían el comercio en sus manos: "y con esta insubordinación y de la canalla que lo sigue, cómo puede haber aumento de comercio y de agricultura, faltando la aplicación al trabajo por la carencia de respeto". La insubordinación podía llegar a la destrucción de las tierras si a los indios se unían los negros y castas que también las trabajaban, como aconteció en la hacienda Tumán según informe del mismo Pedro de Estella —no menciona año concreto—: "hoy perdida la caña por los alzamientos de los negros y destruidos los pastos de engorde de ganados por los indios del pueblo de Chiclayo, que con insolencia y falta de respeto a los Magistrados, han arruinado dicha hacienda quedando sus montes".[13]

La producción bandera de Lambayeque había sido el azúcar entre mediados del siglo XVII y las dos primeras décadas del siglo XVIII, hasta el punto de que los hacendados incrementaron sus inversiones y solicitaron créditos para materiales, esclavos y mano de obra de indígenas y de maestros artesanos. Esta prosperidad dio a los hacendados los medios para consolidar la posición de sus apellidos y de sus familias. En comparación con la primera mitad del siglo XVII, esta élite se hizo más rica, más homogénea y más estable. Sus fortunas y el tamaño de sus haciendas aumentaron considerablemente y permanecieron dentro de las familias de una generación a otra.[14] Había sido este un periodo de gran auge para la economía azucarera norteña y, con ella, para la restante producción que saliese de estas tierras. Pero esas décadas ya habían pasado, y Lambayeque a fines del siglo XVIII, como los demás centros de producción del norte, combinaba el poder de la tierra con el del comercio.

---

12. Ramírez 1991: 236-237.
13. Estella 1964: 172-178.
14. Ramírez 1991: 178

Si bien la producción podía ser similar en las haciendas de la costa, las localizadas en Piura y Lambayeque se diferenciaban de las trujillanas en un dato muy concreto: unidas a algunas haciendas había tinas de jabón y se elaboraban los cordobanes. La documentación señala que en Lambayeque existían 18 tinas donde se producían los jabones y los cordobanes que abastecían a Lima, a todos los valles y a Cajamarca.[15] A inicios del siglo XIX, este número se redujo a 8 tinas, cuyos jabones tenían como destino Lima, Trujillo, Cajamarca, Cajamarquilla, Chachapoyas, Huamachuco, Cajabamba, Santiago de Chuco, Huaylas, Hualgayoc y demás lugares de la sierra y de la costa norte.[16] Para el caso piurano, a fines del siglo XVII había un aproximado de 12 casas-tina; en el último tercio del siglo XVIII solamente aparecen consignadas 4 en el plano de la ciudad de Piura realizado por el obispo Martínez Compañón, que correspondían a 4 apellidos principales: Del Castillo y Velásquez y Tineo, Vilela, Taboada y Jaime, y Aguirre.[17] Sin embargo, suponemos que pudieron ser muchas más, en tanto que las tinas bien podían tener una infraestructura aparte o bien estar dentro de una hacienda estanciera.[18]

A pesar de la escasez de agua y de lluvias, las tierras piuranas son fértiles; en eso concuerdan todos los que conocen y viajan por el lugar.[19] La razón es que la tierra arenosa absorbe las lluvias cuando llegan y así se puede disponer de terreno húmedo el resto del año. La manera como se trabaja, afirma el peninsular Joaquín de Helguero, es construyendo pozos a las orillas de los ríos, donde los indios excavan y consiguen agua para la subsistencia local, o para los viajeros y comerciantes de paso. A esto se le llama "aguada".[20] La fertilidad contribuyó a que el número de haciendas en la costa piurana, ubicadas a lo largo de los ríos Piura y Chira, no fuese mínima para una localidad que no tenía lluvias todo el año. Por otra parte, en el valle del Chira destacaban sobre todo Tangarará y Somate,[21] propiedades de los Fernández de Paredes (familia limeño-piurana) y

---

15. Lequanda 1966a.
16. Estella 1964: 177.
17. Domínguez 1936.
18. Un análisis detallado de las haciendas, estancias y tinas de jabón en Piura se puede encontrar en el ya clásico estudio de Aldana 1988.
19. "El terreno de sus valles es muy fértil en todos aquellos sitios que participan de la humedad de los ríos, cuyo auxilio suple la escasez de las lluvias que experimenta". Lequanda 1793b: 167-168. De la Cruz: "[...] pues toda la tierra del partido es tan fecunda que produce todo lo que siembra [...]". Exposición de Juan Cristóbal de la Cruz sobre situación de Piura, dirigido al primer ministro del despacho de Real Hacienda. Archivo General de Indias (AGI). Lima 1012, año 1810, fol. 20.
20. Helguero 1984 [1802]: 46.
21. Ibíd., p. 15.

de los hermanos Del Castillo, hacendados naturales de San Miguel de Piura.[22] Las haciendas de la sierra tenían más facilidades en la obtención de agua, pues de sus lagunas y lluvias dependía la costa. Mientras en la costa las haciendas eran, sobre todo, de ganado caprino, de algodón y caña, en la sierra abundaban en ganado vacuno.

Alejandro Diez sustenta que en la sierra piurana había ciertas diferencias entre la producción de las grandes haciendas, la de las medianas propiedades de mestizos e indios, y de las chacras de los indios del común. En el caso de la ganadería, la producción de vacunos y mulares era monopolizada por españoles y mestizos, mientras que los indios criaban más bien ovinos; sin embargo, la transformación de los productos no era un privilegio de las haciendas, pues los indios producían también cecina, queso, harina de trigo y chancaca.[23]

A diferencia de los valles de Lambayeque, y sobre todo de Trujillo, los volúmenes de producción de las haciendas cañeras en Piura no alcanzaron los niveles requeridos para justificar una inversión en ingenios; sí hubo trapiches (Chulucanas) que elaboraron azúcar poco refinada, chancaca y principalmente aguardiente, al punto de que la producción piurana amenazó seriamente el monopolio comercial del aguardiente de uva de Ica.[24] Alejandro Reyes sostiene que, a pesar de la importancia económica de Trujillo, en los últimos cincuenta años virreinales la ciudad de Piura mostró un desarrollo económico considerable que promovió la migración de familias hacia allí. Pero de todas maneras Piura necesitó de Trujillo para afianzar su economía con la compra de esclavos, azúcar, ropa de la tierra y con la circulación de monetario entre particulares e instituciones.[25] Esta afirmación coincide con la importancia que las haciendas piuranas tuvieron en el último tercio del siglo XVIII según los estudios al respecto.

Si bien para el caso de este partido el análisis de sus haciendas y de las familias conectadas a ellas viene siendo muy sugerente, no acontece lo mismo con Trujillo, perdiéndonos, en realidad, de poder realizar una panorámica más exhaustiva en torno a este rubro económico. Pero los documentos nos dan algunas pistas que comparativamente nos pueden servir. Existían grandes familias en el norte que poseían fértiles extensiones de tierras, las mejores: el heredero al marquesado de Salinas, Francisco Fernández de Paredes, en Piura, era dueño de las haciendas Tangarará (costa) y Morropón (sierra); Tiburcio Urquizu y Urteaga, en la capital de la intendencia, extendía sus redes por

22. Hernández 2008: 72-75.
23. Diez 1998: 53.
24. Aldana y Diez 1994: 76-77.
25. Reyes 1999: 79.

distintos distritos del espacio trujillano; y la familia Rodríguez de Mendoza se hallaba firme en Chachapoyas. El viajero Lister menciona, además, al marqués de Bracamonte, que, según datos que obtuvo recorriendo el lugar, poseía una hacienda en Chicama (Trujillo) "considerada como una de las más extensas de la costa del Perú".[26] El historiador Alejandro Reyes menciona como importante para el valle de Chicama, la hacienda Mocoyope, de propiedad, por remate, de José de Lizarzaburu. Este contrajo matrimonio con Nicolasa de Bracamonte Dávila, hermana del primer conde de Valdemar de Bracamonte.[27]

De las haciendas mencionadas, las localizadas en la sierra piurana producían trigo y caña de azúcar; las de la costa, el emblemático algodón que se cultivaba en los terrenos de humedad de los ríos Chira y Piura. Los frutales también se producían en las haciendas de la sierra piurana y en el costeño partido de Tumbes, además de zarzaparrilla, añil y algunos productos de panllevar.[28] En la hacienda Mocoyope, en el valle de Chicama, se cultivaban vides con inversiones, al finalizar el siglo XVIII, de 30.000 pesos aproximadamente.[29] La producción, entonces, era muy variada, ya sea para la mera subsistencia o la comercialización.

La documentación de la época no escatima palabras elogiosas para la producción lambayecana en general. "Puede decirse sin exageración [...] que el partido de Saña o Lambayeque abunda más en fruto y efectos que todos cuanto contiene el Reino del Perú, de que resulta por consiguiente ser grandes y poderosos los artículos de su comercio". Saña, en efecto, era un espacio muy fértil que daba diversos frutos como trigo, maíz, arroz, dátiles, mameyes, cocos y todo género de frutas.[30] De esta enumeración, el arroz también marcó una diferencia en la producción de este partido. Se afirma que en Jequetepeque, San José, Pueblo Nuevo, San Pedro, Guadalupe (entonces perteneciente a Lambayeque) y Picse se sembraba y cosechaba arroz de manera abundante a inicios del siglo XIX. Era el arroz de estos puntos el que se llevaba a Lima; también se sacaba mucho para Chota, Hualgayoc, Cajamarca, Piura, Chile y puertos intermedios.[31]

El comercio aglutinaba los productos de las demás actividades económicas. Exceptuando el tabaco, la costa y sierra norte contaban con la riqueza del ganado cabrío y vacuno, del jabón y cordobanes, del algodón y sus manufacturas, del azúcar, del arroz, de la sal, de las velas y, en menor medida, del

---

26. Lister 1973: 150.
27. Reyes 2001: 115.
28. Aldana y Diez 1994: 76.
29. Reyes 2001: 121.
30. Valcárcel 1951: 51.
31. Estella 1964: 171.

salitre.[32] Este último se hallaba sobre todo en las costas lambayecanas dentro de las tierras de los hacendados.[33] En realidad, en una hacienda se podían cultivar múltiples productos. En La Rinconada, propiedad de Joaquín de Helguero, ubicada en el valle del río Chira, el inglés Gabert describía así la producción que observó:

> Allí se encuentran reunidos el platanar, el cocotero, el papayo, el naranjo, el limonero, el guayabo, el granado, el higo y las sandías, que es el melón de agua; el terreno parece dar excelente rendimiento. Allí se cultiva el algodón, el maíz, la caña de azúcar, el tabaco. En fin, esta propiedad, por su posición y su fertilidad, entregada a manos más industriosas, sería una rica mina para la fortuna de su dueño, quien no le extrae actualmente sino lo que es necesario para el mantenimiento y subsistencia de su familia y de sus dependientes. Allí se crían aves de corral y chanchos, y la caza es también abundante.[34]

Si seguimos en ascenso hacia las serranías norteñas, nos topamos con la producción de Cajamarca, que, con una población de 70.000 habitantes, se constituyó para los entendidos de la época en una de las provincias donde habitaba la gente más rica. Esta afirmación obedecía a la producción agrícola, a la cría del ganado de lana y cerda, y a la posibilidad de acceder al comercio del mineral de Hualgayoc. Aparte de esto, abundaban telares en que se fabricaban sayales, jergas y bayetas, entre otras manufacturas. Estas actividades, que eran las de mayores beneficios, se hallaban, como siempre, en manos del estamento español de la provincia; se centraba entonces la riqueza en cuatro pilares: haciendas, obrajes, comercio y minas.[35] Pero los obrajes también existieron en Trujillo.[36]

Una constante en el norte peruano era la capacidad de los comerciantes de incursionar en variadas actividades económicas. Un ejemplo de ello fue el piurano Gregorio Espinosa de los Monteros, quien sembraba algodón que vendía en Loja y Cuenca; criaba mulas; tenía ganado caprino; producía jabón y cordobanes; comerciaba mercaderías de Castilla y de China que vendía en Lima y

---

32. Lequanda 1966a: 80-81.

33. "Están las haciendas de la Soledad, [F]Pacho, Cabeza de Vaca, Poma, Hucupe, Moro y Paba [...]. Algunos más pudieran haber pero como está estancado y ser el consumo suficiente, con lo que hay no se anima a trabajarlos y también por la cuota estipulada de 18 pesos quintal que hasta refinado lo podían enviar si lo pagara a más el asentista de Lima, y se ahorrara de jornales, de gastos de leña, merma de los fondos y consumo del salitre". Estella 1964: 175-176.

34. Lesson 1971b: 368-369.

35. Lequanda 1966b: 185, 186, 192.

36. Véase el subtítulo "manufacturas" de este mismo acápite en páginas siguientes.

en la sierra del Ecuador, así como sal extraída de Sechura;[37] explotaba una mina de brea cerca a Guayaquil; y, finalmente, importaba azúcar de la sierra de Ayabaca y Loja.[38] Para el caso de Trujillo, el ya mencionado Tiburcio de Urquiaga y Aguirre es similar referente del abanico de posibilidades económicas que fueron muy bien aprovechadas; entre sus fuentes de riqueza estaban la agricultura, la ganadería, la industria textil, la minería y el comercio.[39]

Al inicio de este apartado advertíamos la dificultad que la nominación de "haciendas" producía en un estudio económico. Cabe añadir a aquella explicación el hecho de que la producción de la tierra superaba con creces los límites de aquel término, en el sentido de que no era necesario tener una "hacienda" para desarrollar actividades relacionadas con la agricultura, la ganadería o las manufacturas. Esto era lugar común en todo el territorio virreinal peruano, y en el norte se repiten los patrones. Nuevamente el italiano Raimondi nos da noticia de los puntos orientales más extremos de la región en estudio: "Casi todas las casas de Moyobamba tienen su huerta, en la que cultivan plátanos, café, cacao, algunos paltos, mutisia (zapote), ciruela agria, *Melia azedarach*, conocida en la provincia con los nombres de 'Árbol del Paraíso', Terebintacea, etc.".[40] Obviamente, algunos productos solo se cultivaban para el consumo familiar: "El chocolate que se hace en Moyobamba no se vende en las tiendas porque cada uno lo prepara para su consumo".[41] Raimondi escribe esta anotación en 1859; es fácil deducir que a inicios de esta misma centuria la situación era la misma en estas ciudades del interior. Estamos, en todo caso, ante una economía de subsistencia. Sorprende a este sabio viajero el hecho de que Moyobamba no tenga plaza de mercado, pero siguiendo la línea expuesta, al poseer cada familia su chacra, cultivaban lo necesario para el consumo de su casa.

Son muy importantes los datos que también este sabio nos va comentando en sus anotaciones, porque corresponden a observaciones sobre localidades que, políticamente, ya están viviendo otra historia, pero que en los demás aspectos de su vida mantienen una línea de continuidad con lo tradicional, con lo de siempre. Ello nos permite ver la evolución de algunos productos que tienen mucha actualidad, pero que ya se cultivaban desde el siglo XVIII en pequeñas o medianas cantidades. Es lo que pasaba con el cacao. Casi todas las descripciones de época consultadas (de los siglos XVIII y XIX) mencionan este producto dentro de una lista grande de recursos de este espacio. Si bien, como afirma

---

37. Hernández 2008: 77.
38. Jaramillo 1998: 90.
39. Díaz 2014: 331.
40. Raimondi 2005: 89.
41. Ibíd, loc. cit.

Raimondi, el cacao se cultivaba para el consumo propio, lo cierto es que casi todas las chacras, huertas y haciendas de distintos lugares de la región norte contaban con él. Helguero lo menciona para Piura, Lequanda para todos los partidos que describió y Raimondi hizo lo propio, al igual que otros viajeros, como Lister y Gabert, para las ciudades que atravesaron camino a la selva o al Callao. Para fines del virreinato, el cacao no era un producto de exportación, pero formaba parte de la vida económica cotidiana de los pueblos.[42]

Esta incursión en tan variadas actividades, aparte del poder económico, la posibilitaban dos factores: el entronque familiar y la integración de lazos económico-sociales entre los distintos actores. No hay economía sin familia o apellido que la sustente. Si bien se habla del "dueño" de una hacienda, la realidad efectiva es que todo el conjunto familiar se hallaba comprometido con su progreso, producción y contactos con focos económicos que les era esencial monopolizar o controlar de alguna manera. No sorprende encontrar una dispersión de los miembros de una misma familia extendida en el amplio espacio norteño —o inclusive más allá—; antes bien, se trataba de una situación bastante común. Podemos poner como ejemplo todos los apellidos que hasta aquí se vienen mencionando. Esta era, pues, una necesidad, y una realidad que se observa con facilidad en cuanto se empieza a armar el mapa geográfico de los desplazamientos y afincamientos de familiares y allegados.

En un nivel menos perceptible, pero de mucha fortaleza e importancia, se ubican las relaciones interpersonales. El sistema de hacienda es, nos dice Alejandro Diez, mucho más que solo obligaciones económicas. La relación entre los hacendados, los mayordomos o administradores de las haciendas y los habitantes de estas se fundaba en lazos que suponían una serie de obligaciones mutuas, sistema que se reproducía en el tiempo por generaciones al perpetuarse, obviamente, los deberes.[43]

También es verdad que, a lo mencionado, podríamos añadir un elemento social más: el carácter de ciertos grupos de indígenas dedicados a las actividades agropecuarias. Acerca de los indios del partido de Lambayeque, Lequanda afirma que eran "los catalanes laboriosos de la España, o por mejor decir, los más dedicados a la labranza, crianza y comercio de todos los de su nación en el

---

42. En ese rubro, no olvidar el tema de la dieta alimenticia. El viajero Lister nos dice sobre Moyobamba: "El principal artículo usado en Moyobamba como substituto del pan es el plátano, y ciertamente del que vive la mayor parte de los habitantes, siendo la carne muy escasa y difícil de conseguir. Los plátanos se venden en el mercado al precio de dos cabezas grandes por un real; eran más caros en la ciudad debido a que se llevaba subiendo escarpadas laderas. Algunos de los campesinos de las chacras se veían particularmente flacos y los niños con los vientres hinchados" (Lister 1973: 203).

43. Diez 1998: 59.

Perú [...]".[44] Obviando el calificativo en clave positiva de "catalanes", la verdad es que, en todo el virreinato, los indígenas cumplían estas funciones. Sin embargo, acostumbrados a una mirada que privilegia su tesón y su claro carácter contestatario, concita la atención encontrarse en el ilustrado Lequanda una afirmación de esta naturaleza. Realmente, los indígenas lambayecanos tuvieron que parecerle muy empeñosos a diferencia de los demás que visitó en el norte, pues de ningún otro grupo indio se expresó así.

Con sus claroscuros de sobra conocidos y fácilmente deducibles, la relación hacendados-subordinados sobrevivió mucho más allá de la independencia, y era la que aceitaba todo el proceso de producción que estamos describiendo. La diversificación económica posibilitó, entonces, el establecimiento de conexiones fuera de la región, el fortalecimiento de las redes mercantiles, el engrandecimiento de los grandes señores y, con sus matices, la vitalidad de todo un espacio.

Manufacturas

El norte en general se caracterizó por una actividad manufacturera constante y permanente. En cuanto a su impacto, tal vez podría catalogarse como secundario en comparación con las grandes inversiones que se hicieron en otros ámbitos. Como en las demás actividades que se vienen explicando en conjunto, unos bienes destacaron más, otros se comercializaron con mayor presteza y otros, finalmente, siempre se necesitaron, por lo que nunca dejaron de producirse.

El partido de Piura destacaba en la confección de pabilos, lonas y costales que se fabricaban en medianas cantidades; estos productos servían para el consumo local, y un porcentaje reducido —no se especifica en los textos— se dirigía hacia Lima y Chile. El pabilo de mayor calidad se enviaba a Lambayeque para el uso de colchas; el de menor calidad se remitía a Panamá en muy poca porción. También Piura producía cera, que tenía mucha demanda en Cajamarca, Lambayeque, Trujillo y Lima, "y aun en esta misma provincia para el uso y consumo de las iglesias y pueblos de su comprehensión". Las manufacturas piuranas más conocidas eran las que procedían del ganado cabrío. Las pieles de estos animales, curtidas en cordobanes y el sebo beneficiado en jabón, eran dos renglones de famosa utilidad; se remitían a Lima, Quito, Cuenca, Loja y también, en menor grado, a Panamá.[45]

---

44. Lequanda 1966a: 60.
45. Helguero 1964: 160.

En Piura, el algodón era el producto por excelencia. Se producía allí "como la maleza en los campos", a decir de Lequanda.[46] El algodón se cultivaba en los valles de Catacaos, pueblo de indios. ¿Era el piurano el terreno más apropiado para su cultivo? Sí, y con diferencia. Para Helguero "no puede ningún terreno mejorar el algodón que presenta esta provincia".[47] La cosecha de algodón derivaba en manufactura textil que circulaba, según Juan Cristóbal de la Cruz, hasta Chile: "sirve para hilos gruesos y lonas ordinarias, y con el sobrante en rama abastecen a las provincias vecinas, en donde lo invierten en hilos para hacer un lienzo ordinario nombrado tocuyo, que los comerciantes conducen por toda la costa hasta Lima y Chile, y también a este partido para uso de la gente pobre".[48] También estas telas llegaban en poca proporción hasta Panamá.[49] Se habla de telas ordinarias, pero el algodón piurano, la materia prima, contaba como de primer orden.[50]

Helguero hace una reflexión al respecto. Hay producción textil en Piura, pero no podía considerarse aquel como un renglón de importancia en el distrito, no por la inexistencia de artesanos que pudiesen realizar los trabajos de manera muy fina, sino por la competencia que les hacían los tocuyos de Cuenca; de tal modo que, si bien se realizaban textiles finos de calidad en Piura, se hacían por encargo y eran pagados con antelación; cuando no había pedidos, los artesanos se dedicaban a la confección de pabilo y de otros enseres. Helguero, entonces, afirma que podía haber en Piura una fábrica de tocuyos: "Siendo este lugar el origen del algodón y produciéndose del modo propuesto, es consiguiente que, intentándose la fabricación de tocuyo, se haría este efecto recomendable [...]".[51] La factibilidad de esta fábrica la planteaba Helguero por pura deducción: algodón más buenos artesanos daría por resultado una actividad manufacturera interesante, en principio, para la localidad. Considerando la trayectoria económica de este peninsular, no estaría de más pensar que él mismo tendría intereses en estas hipotéticas fábricas textiles piuranas. Sorprende, eso sí, que en su descripción compare Piura con la producción de Cuenca y no con la de Trujillo, que sí contaba con estas industrias textiles. Serían sus afirmaciones una

---

46. Lequanda 1793b: 225.
47. Helguero 1984 [1802]: 8
48. Exposición de Juan Cristóbal de la Cruz sobre situación de Piura, dirigido al primer ministro del despacho de Real Hacienda. AGI. Lima 1012, año 1810, fol. 21-22.
49. Helguero 1984 [1802]: 68.
50. En palabras de Helguero, "[...] los tejidos finos que suelen hacerse para obsequio [...] se reducen [...] a unos paños que sirven de rebozo, medias para calzados o telas para uso de chupas, que conocen por chaquetas, y que tienen larga duración [...] y perciben hermoso color y lustre en el tinte que le aplican". (Helguero 1984 [1802]: 8).
51. Helguero 1964: 161.



Indio sembrando.
Martínez de Compañón. *Trujillo del Perú*.



Mestiza de Moyobamba trabajando en su herrería.
Martínez de Compañón. *Trujillo del Perú*.

evidencia más de que, no obstante ser parte de la misma macrorregión, en su interior se daban divisiones propiciadas por la distancia geográfica.[52]

La producción de los obrajes-haciendas de Huamachuco, sierra trujillana, servía para abastecer el mercado local y proyectarse fuera de la provincia. Así, desde los pueblos de Santiago de Chuco, Otuzco, Lucma, Cajabamba y Simbal, las ventas de textiles seguían camino hacia Trujillo, Hualgayoc y Lima,[53] finalmente, para desde aquí insertarse en los circuitos ya existentes hacia Potosí.[54] Díaz afirma que también llegaron hasta Panamá a inicios del siglo XIX. Tiburcio de Urquiaga y Aguirre, juez diputado de comercio y uno de los hacendados-obrajeros más importantes de Trujillo, decía que en la provincia de Trujillo existían entre seis y ocho obrajes-haciendas mayores.[55] Urquiaga señalaba que en su hacienda, San Antonio de Uningambal, fabricaba tocuyos de una vara de ancho, cuya calidad era superior a los de Cuenca "como se ha experimentado en su venta en la ciudad de Santiago de Chile, con cuatro varas que mi hermano político Dn. Eduardo Linch condujo en la fragata de los vizcaínos, y este me participa haberlos vendido con exceso en el precio y estimación a los de Cuenca".[56] Otro nombre importante en Trujillo era el del maestre de campo Pablo del Corral y Romero, dueño de la hacienda-obraje de Angasmarca, que fue uno de los centros de mayor producción de telas en Huamachuco a fines del virreinato.[57]

Hay que considerar, por otra parte, que las manufacturas de los obrajes seguían el circuito de las distintas mercancías que circulaban por la ciudad y región. Por ejemplo, los vinos y aguardientes de uva de Pisco, Ica y Moquegua transitaban por Trujillo con destino a Quito y Panamá, y generaban buenas ganancias para comerciantes y productores.[58] Pero también servían para el consumo local: así, el pueblo de Cascas era conocido por la variedad de sus frutos, que suplían en parte el mercado de Trujillo, y por la manufactura de sus ponchos.[59]

La producción manufacturera textil podía estar al margen de los obrajes. En el pueblo de Eten, partido de Lambayeque, las mujeres indígenas se ocupaban

52. La sierra de Piura se hallaba a dos leguas de Cuenca, sierra ecuatoriana. Trujillo quedaba más lejos para los comerciantes piuranos, a pesar de que sí conectaban con esta última ciudad de manera frecuente.
53. Díaz 2014: 173-174.
54. Aldana 1999: 46.
55. Díaz 2014: 175.
56. Urquiaga 1964: 186.
57. Reyes 2001: 117.
58. Ibíd., p. 110.
59. Lister 1973: 152.

de elaborar costalillos, manteles finos y regulares, servilletas, paños de mano y colchas. Esta producción, según cálculos del diputado de comercio, redundaría en más de 10.000 pesos para el año 1804, pues se vendían en Lima, Chile, Guayaquil y la sierra peruana. Los indios, por su parte, eran laboriosos en la fabricación de petates finos y superfinos "en que ganan mucho dinero que no bajará de tres mil a cuatro mil pesos de lo que laborean en el año".[60] En el pueblo de Ferreñafe se hacían muchos costalillos que servían para forrar las petacas de jabón y para cargar las menestras; se elaboraban alforjas y sobrecamas.[61]

Moyobamba también destacaba por la confección de tocuyo, el que podía circular hasta territorios del Bajo Perú. Por la escasez de moneda, este producto aquí podía servir de medio circulante. El tocuyo en Moyobamba era elaborado por las mujeres y los niños; a decir del viajero Lister, los niños "mueven las ruecas mientras que las madres o hermanas hilan el algodón a lo largo de las calles, en la misma forma en que se hila el lino en Inglaterra".[62] También aquel servía a los moyobambinos para pagar los impuestos.[63]

Dentro de las manufacturas, unas líneas aparte merecen los sombreros de paja. Los habitantes de Maynas se ocupaban de esta labor durante el día y los vendían en la noche a los comerciantes. Antes se elaboraban solo para el consumo dentro de la región o del virreinato del Perú. Los sombreros producidos en Moyobamba se empezaron a exportar al Pará (Brasil) a partir del año 1853. Los primeros que hicieron este comercio ganaron mucho porque compraban la docena en 12 pesos y en Brasil la podían vender hasta en 60. En un trayecto tan largo, ¿cómo se hacía para que llegasen bien estos productos hasta Brasil? Los comerciantes doblaban los sombreros y los organizaban en docenas que amarraban con sogas; luego los envolvían en olán, a continuación en tocuyo que se cosía y enseguida se procedía a enrollar el fardo en 12 o 15 varas de lona. El fardo se envolvía con un cuero de buey que se cosía, cubriendo sus costuras con brea para evitar que la humedad penetre enmoheciendo todo:

> Es absolutamente indispensable tener todos estos cuidados al preparar los fardos cuando se carece de hojalata y carpinteros para hacer cajones como los que protegen los efectos traídos de Europa; pues además de la humedad, se presenta el peligro continuo que ofrecen las frágiles canoas en que se transportan los fardos al Brasil de voltearse al agua.[64]

60. Estella 1964: 164-165.
61. Ibíd, loc. cit.
62. Lister 1973: 187, 189.
63. Ibíd, loc. cit.
64. Raimondi 2005: 89-90.

Se convirtió en algo tan importante para los lugareños la venta de los sombreros de paja que, según Raimondi, se llegó al exceso de abandonar los campos de cultivo para tejer estos sombreros, y obligar inclusive a los niños desde muy tierna edad a dedicarse a esta actividad.[65]

En Lambayeque, Eten, Monsefú y Reque también se confeccionaban sombreros de paja de varias calidades. En principio las tres más conocidas eran "de tarea", que era el sombrero más fino; "de media tarea", menos fino; y "el ordinario", cuyos precios eran de dos reales, un real y medio real, respectivamente, para inicios del siglo XIX. Según Pedro de Estella, estos sombreros se llevaban a Lima, Chile y puertos intermedios, donde tenían gran consumo; otros llegaban hasta Guayaquil y Panamá.[66]

Otra localidad que tejió sombreros de paja en el norte fue Catacaos, perteneciente al partido de Piura. La historia fue similar a la de Maynas: los ahora famosos sombreros de paja toquilla no tuvieron en la época virreinal un comercio tan extenso; solo servían para uso doméstico. Eran también llamados sombreros de mocora por la paja con la que estaban hechos. No se elaboraban todos los años, ni cuando el comercio necesitaba ese renglón, sino cuando los indios de aquel pueblo querían fabricarlos, y en tan bajo número de docenas, que no se dejaba percibir una utilidad conocida.[67] Fue recién en la época republicana cuando los sombreros piuranos traspasaron las fronteras del país y se comercializaron en distintos puntos; el más importante, Panamá.[68]

No sabemos si con el auge de este producto, en Piura también se hizo a trabajadores manuales menores de edad dedicarse con tanta intensidad a esa tarea. Lo cierto es que hay también un tema de naturaleza sociológica, de modificación de estructuras mentales o de comportamiento a partir del *boom* económico de un determinado bien. En Moyobamba, por ejemplo, "hacen solo pocos años que casi no se conocían zapatos, y hasta las principales familias caminaban con los pies desnudos; pero desde que se desarrolló la industria del sombrero, se introdujeron zapatos y algunos artículos de moda".[69] Valdría la pena analizar a qué llama Raimondi "principales familias" en Moyobamba y a qué situaciones concretas cotidianas —¿vida dentro de las casas?— está haciendo alusión. Por el momento, hay que manejar la idea principal de fondo: los cambios económicos, transformaciones en la intensidad de la producción económica, condicionan una nueva mirada social.

---

65. Ibíd, loc. cit.

66. Estella 1964: 175.

67. Helguero 1984 [1802]: 66.

68. El *boom* en la comercialización de los sombreros de paja toquilla piuranos fue en la época de la construcción del canal de Panamá.

69. Raimondi 2005: 90.

La actividad minera

La actividad minera metalera del espacio norte se centraba predominantemente en Hualgayoc; en esta región se ubicaba la mina de plata por excelencia a partir del descubrimiento de una veta en el año 1771 por Rodrigo Torres de Ocaña, en un cerro localizado en la hacienda Apán, en Cajamarca. No fue una mina considerada importante en el contexto hispanoamericano, como afirma Carlos Contreras, pero sí lo fue, junto con otros yacimientos de mediana proyección, para el soporte de esta actividad en el virreinato luego del declive del Alto Perú.[70] También fue significativa en proporción con la producción económica de la región norte. Entre 1774 y 1824, la producción de esta mina mantuvo por periodos un promedio anual de 50.000 marcos, que era aproximadamente 13% o 14% del total del virreinato peruano. El auge se dio entre 1776 y 1800, cuando la producción llegó en Hualgayoc a sobrepasar el millón y medio de marcos (o sea un total anual de aproximadamente 60.000 marcos). En la época de declive —entre 1812 y 1824— se redujo el promedio anual a unos 25.000 marcos.[71] También Humboldt brinda información sobre la producción económica de este yacimiento: "El valor de la plata sacada de las minas en los 32 primeros años, desde 1771 a 1802, excede probablemente en mucho de 32 millones de piastras".[72]

La producción de Hualgayoc conectaba a la región de distintas maneras. En primer lugar, por razones de geografía, con Cajamarca; de esta provincia le venía a Hualgayoc el abastecimiento cercano de los valles y de las estancias agrícolas. Por otro lado, al depender Cajamarca de la jurisdicción de Trujillo, capital de la intendencia del norte, era en esta ciudad donde se realizaba la fundición de la plata, se expendía el azogue y se conseguían los insumos para la actividad extractiva.[73] Esto suponía una minería relacionada con el circuito mercantil de ese espacio; sin embargo, no era una relación fluida debido a la distancia entre la mina y el sitio de fundición del metal. Eso determinaba que haya demoras en asuntos capitales como el ejercicio de la justicia y las comunicaciones.

Por ejemplo, a fines del siglo XVIII, el correo de valles llegaba hasta la ciudad de Cajamarca, y los vecinos y comerciantes de Hualgayoc tenían que enviar encargados a recoger la correspondencia y luego llevarla de vuelta con las respuestas, en un trayecto oneroso para las economías particulares. Tenían que servirse de cañaris para el transporte, pese a carecer muchas veces de recursos

70. Contreras 1995: 20.

71. Ibíd., p. 21.

72. Humboldt 1959: 85.

73. Contreras 1995: 23 y 25.

para ello. Por esta razón, en 1787, los mineros solicitaron al Real Tribunal de Minería que, en virtud de que el correo se quedaba cinco días en Cajamarca, se autorice a que se encamine la carrera hasta Hualgayoc, regresando de ahí con las contestaciones, "allanándose a pagar el porte de sus cartas con el aumento correspondiente a la distancia de 14 leguas en que se halla de dicha Villa, a causa del grande beneficio y comodidad en el manejo de sus negocios y correspondencias que por ello debe resultarles".[74] La Administración de Correos aceptó dar trámite a esta solicitud siempre y cuando se nombre una persona idónea para encargarse de recibir la valija, de formar la lista de las cartas y de enviarlas. Tanto la solicitud de los mineros como la respuesta positiva de Correos suponen que se trataba, en efecto, de un gran problema entre los avecindados, pero al mismo tiempo evidencia una gran falla en la comunicación con un centro metalero de peso para la región.

El panorama minero del norte a fines del virreinato es poco conocido. Esto se debe a que la historiografía —como es lógico— le ha dedicado muchas páginas a los yacimientos que podían representar un gran interés para el Estado. Pero había otros lugares explotados, al parecer, predominantemente para la circulación local. El territorio de la misma provincia de Cajamarca abrigaba más riqueza, aunque no en la proporción del yacimiento que le dio fama. Von Humboldt brinda algunos detalles de la orografía y de lo que se podía hallar en ella:

> Cerca de Micuipampa [...] se encontraron, en una extensión de media legua cuadrada aproximadamente, masas enormes de plata roja antimonial y de plata nativa, bajo figuras de Remolinos, de Clavos y de Vetas manteadas [...]. Háse recogido en la meseta de Choropampa [...] un rico depósito de oro nativo, bordado con hilos de plata [...] .[75]

También el viajero alemán habla de las "célebres minas de plata de Chota".[76]

De la riqueza metalera del norte ha quedado registro en la documentación, aunque de manera poco sistemática. Por lo general, son los científicos viajeros quienes dan un reporte prolijo al respecto. Uno de los referentes más importantes, como vemos, es Humboldt para inicios del siglo XIX. Y, para la segunda mitad de esa centuria, Antonio Raimondi es imprescindible. El sabio italiano nos deja dos tipos de documentos. El primero de ellos, su texto *Los minerales del Perú*, es aporte fundamental al conocimiento mineralógico del

---

74. Archivo General de la Nación del Perú (AGN). TM-AD1. Leg. 1. Doc. 11. 1787. Fol. 1v-2.
75. Humboldt 1959: 96.
76. Ibíd., p. 94.

Perú republicano, y nos sirve para advertir la riqueza mineral que tenía el norte. Al ser Raimondi tan detallista, también en este libro ofrece datos sobre los lugares de extracción, por lo que queda claro con ello que la actividad minera constituía una veta regional bastante significativa (véase Anexo 1, p. 176).

La documentación de la época da varias referencias más. Una muy significativa la tenemos en las instrucciones que los cabildos norteños entregan a sus diputados en Cádiz durante la invasión napoleónica. El representante de Trujillo a las cortes ordinarias de 1813-1814 fue el piurano José Miguel del Castillo. Este hizo extensivo al Consejo de Indias (27 de agosto de 1814) las diferentes gracias que había solicitado el cabildo de Trujillo para algunos pueblos de su jurisdicción, entre las que se incluía que la Corona potencie con 30.000 pesos la actividad minera de Pataz, que se encontraba abandonada.[77] El Consejo de Indias sometió este pedido a estudio. Pataz, en efecto, a fines del siglo XVIII producía oro y plata. En el año 1796, las autoridades locales informaban: "Sus minas de oro rinden 250 libras al año, y las de plata 500 marcos. Valor de uno y otro metal, 35.500 pesos".[78]

Desconocemos si se concretó una respuesta afirmativa y si es que se llegó a inyectar este capital a la actividad; el hecho es que Trujillo estaba solicitando la reactivación de una región muy rica que tal vez por falta de inversiones se había dejado de lado. El comerciante francés Julián Mellet, que recorrió esta parte de la costa en 1815, daba noticia de esta riqueza al afirmar: "Esta serranía [Trujillo], que es muy vasta, tiene gran cantidad de minas de metales preciosos".[79] Pero esta actividad, para los pobladores, es inseparable de las demás, razón por la cual Mellet continúa su narración: "Los habitantes llevan, pues, todos sus productos, que cambian por otros o por plata amonedada, y todo el beneficio de esos cambios y ventas quedan íntegros en Trujillo, de manera que se la puede considerar [...] como una de las ciudades más opulentas del Perú".[80] Y en cuanto a minerales, Cosme Bueno destaca que en Huamachuco hay muchas minas de oro y plata, y también vetas de hierro, azufre y piedra imán.[81]

Era Trujillo una tierra muy rica en metales. La siguiente cita sobre Tayabamba (Pataz, 1860) lo evidencia:

77. AGI. Lima, 613. Año 1814.
78. Puente 1959: 382.
79. Mellet 1971: 95.
80. Ibíd.
81. Valcárcel 1951: 60.

> Parece que estos terrenos tienen alguna cantidad de oro, porque en el mismo pueblo de Tayabamba, cuando llueve un poco fuerte, se encuentra partículas del precioso metal hasta en las acequias que corren por las calles. En tiempo de aguaceros, los muchachos del pueblo van recogiendo este oro que venden a los comerciantes de Tayabamba. Estas partículas de oro generalmente son bastante pequeñas, sin embargo no es raro que se encuentren pepitas del peso de 2 a 3 tominos.[82]

Sin embargo, también es verdad que quienes tenían más posibilidades de ganancias con los metales eran personas con extensas haciendas en la sierra trujillana. Por ejemplo, la hacienda de Llaray, de propiedad de Bernardino Calonge y Ochaita (1859), poseía

> [...] construcciones para el beneficio de los minerales, tales como dos de rastras movidas por ruedas hidráulicas horizontales, un ingenio sutil puesto en movimiento por una rueda hidráulica vertical, seis hornos de quema, entre los cuales [había] uno de reverbero, una máquina de amalgamación, patio para esta máquina, oficina de ensaye, etc.[83]

Esta descripción es fundamental en el análisis socioeconómico del grupo de hacendados-mineros del norte, que constituía también el conjunto de empresarios particulares monopolizadores de las actividades económicas más rentables, situación vivida desde la época colonial. Eran ellos los que tenían el dinero suficiente para implementar el trabajo minero-metalero en todas sus fases.

Para el caso de la provincia de Chachapoyas, se mencionan "minas de oro" en algunos anexos como Santo Tomás, "que tiene minas de oro de las que se sacan bastantes castellanos"; lo mismo ocurre con Las Balsas, "puerto real por donde pasa el Marañón pagando dos reales de flete por cada carga [...] y tiene minas de oro", y con Chinchipe, "en cuyas playas se lava bastante oro de bien subidos quilates que producen sus ricas arenas".[84] Aunque no se especifica con claridad en el *Mercurio Peruano*, hay que tener en cuenta que los metales preciosos en el Perú se hallaban por lo general mezclados con otros de menor valor mercantil. Por otro lado, como se advierte, la actividad metalera en el norte peruano era mucho más amplia porque los lugares de extracción eran de distinta índole y tamaño.

---

82. La Torre e Inglesi 2005: 99.
83. Ibíd., p. 97.
84. Lequanda 1965.

La descripción de esta actividad no estaría completa para el siglo XVIII sin unos párrafos sobre la extracción de la brea. Eran dos los lugares desde donde se conseguía brea o copé en el norte: la Punta de Santa Elena (Ecuador) y Amotape (Tumbes, en ese entonces jurisdicción del partido de Piura). Este último, como sabemos, fue de enorme importancia en la historia republicana por ser el lugar desde donde luego se llevó a cabo la explotación de petróleo a gran escala.[85] La mina de Amotape se encontraba a cinco leguas de distancia del mar. La brea circulaba por todo el virreinato.

Juan y De Ulloa mencionan que el copé es una especie de alquitrán del que se sirven en el Pacífico para preparar las jarcias, "pero tiene el grave defecto de ser tanta su fortaleza que las quema, y para templársela, mezclan mitad de él, mitad de alquitrán del que se lleva de la costa de Nueva España, que es muy bueno".[86] A mediados del siglo XVIII, la brea que llegaba al Callao era sobre todo la extraída de Santa Elena; los comerciantes guayaquileños la exportan al Perú desde el año 1757. El negocio prometía beneficios: en 1769, el copé se valoraba en Guayaquil a 6 pesos por quintal, mientras que por las mismas fechas su precio en el Callao era de 50 o 60 pesos por quintal. La producción de la mina de Amotape era muy inferior a la de Santa Elena, no podía competir con el copé guayaquileño. El visitador Escobedo afirmaba, a su vez, que Amotape solamente producía 1000 quintales al año, cuando en Santa Elena podían sacarse la misma cantidad, si se quisiera, cada día.[87]

Ante esta situación, en 1776-1777, la Junta de Hacienda de Lima propuso a la de Santa Fe que las dos minas se arrendaran juntas con la finalidad de que, en caso bajase la productividad de alguna de las dos, nunca dejase de recolectarse este producto. Santa Fe aceptó, pero, al no conseguir Lima oferta convincente de algún arrendador, a fines de 1781 se decidió el estanco del copé. Empezó, entonces, el Perú a recaudar solo por Amotape; Santa Elena dejó de producir ganancias tanto para la Real Hacienda de Guayaquil como para los particulares. Quizás fue por esta razón que el virrey Abascal indicaba que, a inicios del siglo XIX, la brea de Amotape se utilizaba, predominantemente, para vidriar las botijas de barro de los vinos y aguardientes que se producían en las haciendas de Ica y Pisco, "la cual preparada de ese modo mantiene el caldo sin empego, ni prestarle otro gusto que el que sacó en su destilación. Por estas virtudes propias de esa especie minera, desde su descubrimiento se le ha preferido con especialidad".[88] Abascal insiste en que la brea de Amotape,

85. Sobre la historia del petróleo, véase el capítulo de Edith Aranda en esta misma publicación.
86. Ramos 2002: 532.
87. Laviana 1987: 333.
88. AGI. Lima, 734. Duplicados del virrey. Año 1806, fol. 1.

por la preferencia que le dan los comerciantes, era más rentable que la otra: "la brea de Amotape ha sido siempre preferida por los hacendados de Viña, a la que se extraía de la otra mina de la punta de Santa Elena del distrito de Guayaquil, por el mejor sabor de aquella, y al contrario mal gusto que causaba esta en los empegos".[89]

En 1806, el estanco de Amotape lo tenía el piurano Juan Cristóbal de la Cruz;[90] a él se refiere Abascal cuando explica el costo de venta de la brea a los comerciantes: "El precio de cada quintal puesto por el asentista de su cuenta, costo y riesgo en Reales Almacenes de esta capital, es de 13 pesos cuatro reales según la última contrata, y la Renta lo vende a los hacendados a 25 pesos por punto general".[91] La ganancia para el Estado era evidente. Esta actividad extractiva no contaba con una gran infraestructura y se desarrollaba artesanalmente. Amotape en ese entonces se hallaba en un lugar desolado y aislado.[92]

Se tuvo la iniciativa de abrir más pozos de extracción en parajes más distantes, pero muchos fueron inutilizados por las filtraciones del agua del mar y por los médanos arrastrados por los fuertes vientos del sur que caracterizaban el lugar. Raimondi ratifica esta información con el mapa de Piura y sus yacimientos de petróleo, consignado en *El Perú*, tomo I (figura 1).[93] Este mapa ilustra la riqueza petrolífera del subsuelo piurano. También Amotape contaba, para el siglo XIX, con otras riquezas minerales para explotar. Raimondi encontró, por ejemplo, grandes masas de roca traquítica sulfúrea de las que podía extraerse azufre; halló además abundancia de yeso de estructura lamelar, casi transparente, conocido en el distrito con el nombre de espejuelo.[94]

---

89. Ibíd., loc. cit.

90. Juan Cristóbal de la Cruz fue un comerciante de gran importancia. Se relacionaba, por la brea y la cascarilla, con los grandes mercaderes de Lima y con el Tribunal del Consulado. Aún falta un estudio sobre su capacidad económica, puesto que está presente entre los contactos de distintos comerciantes de dentro y de fuera del virreinato del Perú. Sus informes detallados sobre la economía, la política y la sociedad piuranas llegaron hasta el Consejo de Regencia, sin respuesta.

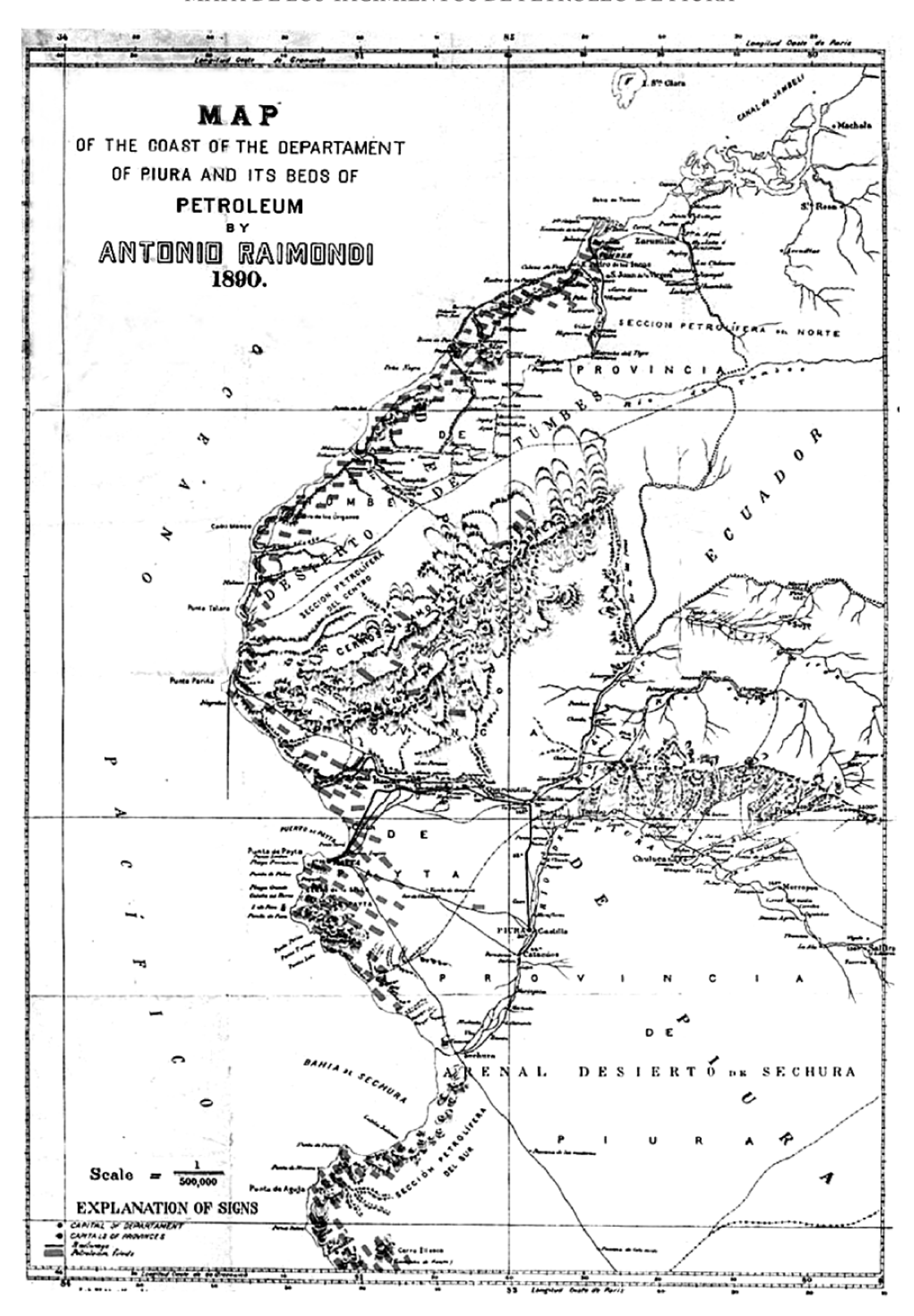
91. AGI. Lima, 734. Duplicados del virrey. Año 1806, fol. 1.

92. "[...] que allí está formada una casa de habitación con 5 piezas y una ramada grande para el abrigo y dormitorio de los jornaleros trabajadores; y como a cuarenta varas de distancia, la oficina con todos los hornos, herramientas y aperos correspondientes, en donde se hace la fundición del copé, que es la primera materia de que se forma la brea, y se recoge de varios pozos o zanjas en número de más de 400" (AGI. Lima, 734. Duplicados del virrey. Año 1806, fol. 2).

93. En este mapa, Raimondi incluye aún a Tumbes dentro del departamento de Piura. Raimondi 2012.

94. Leguía y Martínez 1914: 36.

Figura 1
MAPA DE LOS YACIMIENTOS DE PETRÓLEO DE PIURA



Tomado de: Raimondi 2012.

Finalmente, dentro de la actividad extractiva tenemos las famosas minas de sal. Las más importantes fueron las de Sechura (partido de Piura) y las de Chilliquin (Chachapoyas). El piurano Gregorio Espinosa de los Monteros comercializaba, entre otros productos, la sal que extraía de Sechura, zona baja del río Piura, y la vendía en tierras ecuatorianas.[95] De esta última afirma el *Mercurio Peruano*: "en donde se trabajan unas minas de sal de que se abastecen esta Provincia y las de Cajamarca y Jaén".[96] También hay referencias de salinas en Mórrope (Lambayeque), explotadas y comercializadas por los indios, quienes las llevaban a vender hasta Hualgayoc.[97] Hubo otros territorios de donde la población extraía sal en esta época, nombres que recién en la República empezaron a sonar como posibilidad económica. Así, se afirma que entre Huamán y Mansiche (Trujillo, 1868) se podía aprovechar para excavar pozos en los terrenos con sal y enseguida abastecerlos de agua:

> Esta agua disolvería toda la sal y después de depositada la tierra, se haría salir el agua salada por medio de unas sangraderas, conduciéndolas a otros pozos más abajo; se repetiría esta operación hasta saturar completamente el agua, que se llevaría a otros pozos para hacer cristalizar la sal. De esta manera se aprovecharía toda la sal de la superficie del terreno [...].[98]

La pesca de ballenas

Guayaquil y Paita son los dos puertos fundamentales en el norte para el desarrollo y desenvolvimiento económico de la región. En virtud de ser un espacio cuya costa cuenta con esos dos pilares de comercialización, también la pesca, como actividad menor durante el virreinato en general, forma parte de la historia económica norteña, dada la importancia que llegó a adquirir a finales de la Colonia.

La actividad pesquera-ballenera se venía desarrollando en la costa norte peruana desde, aproximadamente, la segunda mitad del siglo XVIII, pero de manera individual y clandestina. Ello cambió en 1790 con el tratado de San Lorenzo firmado entre España e Inglaterra,[99] por el cual se concedió a los ingleses el permiso de realizar esta pesca. Como era de esperarse, esta autorización abría la puerta al contrabando, comercio ilegal del que dan cuenta siempre los documentos, realizado tanto por embarcaciones británicas como por navíos

95. Archivo Regional de Piura (ARP), Serie: Intendencia. Causas civiles. Leg. 4, exp. 63, año 1787.
96. Lequanda 1965.
97. Estella 1964: 169.
98. La Torre e Inglesi 2005: 379.
99. Flores 2010: 67.

estadounidenses. A fines del siglo XVIII, el virrey Gil de Taboada enviaba un informe a la Corona para dar cuenta de esta problemática, "y desde aquella época no han cesado [los ingleses] de sacar incalculables riquezas, así de este ramo como del contrabando que les ha facilitado él, empleando anualmente un considerable número de buques en reconocer las costas del sur".[100] Por "incalculables riquezas" se está haciendo alusión, según datos de comerciantes de Lima, a un aproximado de 9 millones de pesos fuertes anuales solo de la pesca de ballena en el océano Pacífico, "que es el duplo de lo que producen las minas de oro y plata del virreinato del Perú".[101]

En 1793, el Ministerio de Hacienda autorizó a los balleneros recalar en los puertos peruanos con la condición de pagar todos sus gastos; inclusive se advirtió que se les ayudaría siempre y cuando pagasen en efectivo. Esto equivalía a una política de apaciguamiento respecto a Inglaterra. Las consecuencias no se hicieron esperar. Noticias llegadas de Paita revelaban que, en el transcurso de diez días (entre el 22 y el 31 de mayo de 1793), ingresaron al puerto los barcos balleneros Greenwich, Príncipe Guillermo Enrique, Liebre, Rasper y Príncipe de Gales. Se trataba en su mayoría de fragatas moderadamente grandes, con una media de trescientas toneladas de registro, lo que superaba en promedio el peso de las naves mercantes peruanas.[102] El cura párroco de Paita y Colán, Francisco de Borja Zurita y Vergara, daba cuenta de que este negocio, en efecto, era favorable a los ingleses, entre otras razones porque no se encontraba el puerto de Paita en condiciones defensivas para resistir la afluencia de navíos foráneos ni tampoco en condiciones de competir con ellos:

> Vuestra Señoría, en cumplimiento de su comisión, acaba de inspeccionar el puerto de Paita, y su situación ha reconocido el desamparo en que se hallaba esta llave del Reino [...]. En los tiempos anteriores de guerra con la nación inglesa, las naves han hecho 22 entradas en él desde que nuestra Corte ha concedido a la de Londres la pesca de ballena en estos mares; ningún puerto ha sido más frecuentado que este de las fragatas balleneras.[103]

---

100. Inclusive, Inglaterra encomendó al capitán Colvet [sic] este reconocimiento, publicando este inglés una obra en aquella época: "Viaje al Océano Atlántico Meridional, y doblando el Cabo de Hornos al Océano Pacífico, con el fin de extender la pesca de las ballenas de esperma y otros objetos de comercio, reconociendo y fijando la situación de los puertos, bahías, surgideros y calas de ciertas islas y costas de aquellos mares, en que los buques mercantes ingleses puedan repararse. Por el capitán Colvet de la Marina Real de Londres 1798" (AGI, Lima 641. Correspondencia con los virreyes, fol. 8).
101. AGI, Lima 641. Correspondencia con los virreyes, fol. 1.
102. Flores 2010: 78.
103. AGN.GO-CO2. Leg. 207, exp. 1965, año 1794, fol. 2v-3.

No obstante el problema del contrabando, las autoridades españolas advirtieron la proyección económica de la pesca de ballena. Conocedor seguramente de dos pedidos realizados por el gremio mercantil —Tribunal del Consulado y Compañía de Filipinas—, el protomédico del virreinato, Hipólito Unanue, elaboró, en 1814, un proyecto para el comercio de ballenas que fue aceptado por el Ministerio Universal de Indias. Esta institución, en comunicación al virrey Abascal, sostenía que se debían promover las pesquerías en las que el Rey estaba muy interesado "por las grandes utilidades que producen al estado". Así, el Ministerio Universal de Indias aprobó el proyecto para el comercio de ballenas propuesto por Unanue. Esto significaba que el virrey tenía que implementar varios asuntos: dar premios a los más aventajados en este comercio,[104] cuidar que ninguna autoridad lo entorpezca, exhortar al Consulado de Lima para que por sí, o formando compañías de comercio, promueva esta pesca y le dé toda protección y auxilio, dar autorizaciones para que los balleneros se sitúen en los puertos del Mar del Sur que consideren conveniente y, además, permitir se sirva esta actividad de marineros ingleses, europeos o americanos, que tenían más experiencia en esta pesca. Era tan importante para la Corona la pesca de ballena que, tanto a esta como a la exportación de los aceites, "concede S. M. por ahora absoluta libertad de todo derecho y gabela".[105]

La comercialización del esperma de la ballena continuó casi todo el siglo XIX, cuando, ya en la República, los navíos norteamericanos, sobre todo, acapararon la actividad que tuvo como centro de operaciones el puerto de Paita. Estos últimos llevaban desde aquí la materia prima para, posteriormente, vender las manufacturas, como las velas de esperma, inclusive a los comerciantes locales. En la década de 1820, las importaciones de Trujillo, por ejemplo, incluían mercurio para trabajar las minas, artículos manufacturados y algodón de Inglaterra, muebles y velas de esperma de ballena, principalmente de Norteamérica, y vinos. Esto se entiende porque, para esos años, había algunos comerciantes ingleses y norteamericanos residentes en Trujillo, quienes harían girar en torno a sus países de origen algunos rubros del comercio.[106] Así, mientras la economía peruana decimonónica se sustentaba en la extracción del guano, la costa norte vivía una realidad distinta.[107]

---

104. El virrey Abascal concedió 2000 pesos para empezar a fomentar este ramo.

105. AGI. Lima 641. Correspondencia con los virreyes, fol. 1.

106. Lister 1973: 148.

107. Al respecto, consultar Lofstrom 2002.

El recorrido de las mercancías, caminos y realidad

La fortaleza económica del espacio norte dependía de la producción y de los excedentes de distintas actividades, tanto las de gran alcance como las relacionadas a la mera subsistencia, actividades que enmarcaban la vida cotidiana de las provincias comprendidas en esta región. Por las características geográficas del espacio norte, de una manera muy especial la fuerza económica estaba vinculada a los puertos costeros más importantes en conexión con otros espacios dentro y fuera del Perú. Los grandes y medianos comerciantes hacían su parte en este entramado de intereses económicos, en los que hay también que considerar factores ajenos al control de los experimentados mercaderes lugareños, como podían ser el clima, las guerras o las reformas económicas.

En este recuento de elementos condicionantes de la economía norteña, es imprescindible considerar unas líneas acerca de las rutas, de los caminos por los que pasaban las mercancías hacia sus distintos destinos dentro y fuera de la región. Eran aquellos, normalmente, los mismos que seguía la información oficial y extraoficial de algún evento importante. Es un tema complicado de estudiar de manera separada de la producción económica, pero el intento es valedero para conocer, además, las dificultades que la circulación de bienes tenía en el recorrido dentro del territorio virreinal, así como las preocupaciones cotidianas de los pobladores. Por lo antes enunciado, uno de los puntos de interconexión de mayor peso era el puerto de Paita, de una gran importancia para la administración central del virreinato del Perú.

Paita no solo era un lugar adonde llegaban noticias por el solo hecho de ser puerto y recibir novedades a través de personas que desembarcaban allí. Era uno de los puntos oficiales de recibo de información, tanto por vía terrestre —desde el siglo XVI— como por vía marítima desde el siglo XIX. En virtud de la orden del Consejo de Regencia (2/2/1811),[108] y por las circunstancias revolucionarias en que se encontraba España, el 1 de octubre de 1811 se estableció el correo marítimo Panamá-Paita a través del falucho Volador y del bergantín Fernando Séptimo para el correo oficial que antes se hacía por Cartagena de Indias. Este correo se pagaría, respectivamente, por las administraciones de ambos puertos (Paita y Panamá). Mediante estos barcos quedó establecido que se conduzca al Perú la correspondencia de la Península que se recibía por Portobelo, e igualmente la que venía de Guatemala y de México. Se estableció una administración del correo marítimo en Paita, a cuyo cargo corría el despacho y todo lo referido a los buques. En la práctica, la habilitación de estos dependería solamente de la administración de Paita, puesto que la de Panamá carecía de fondos en esas fechas.

---

108. AGI. Correos 112 B. Año 1813, fol. 3.

Se planteó que el costo del correo marítimo Panamá-Paita[109] no generaría gastos para la renta del virreinato del Perú, "siempre que por ellos se transporten los tabacos del Rey de Panamá a Paita".[110] El tabaco que venía de La Habana se descargaba en el puerto de Portobelo y se trasladaba con arrieros hasta Panamá, lugar desde donde seguía recorrido hasta Paita. Si bien fueron las circunstancias las que determinaron esta propuesta y reforma, lo cierto es que, con seguridad, el tabaco de Cuba se comercializaba extraoficialmente por Paita, hecho del cual solo tenemos referencias indirectas.[111]

Sin embargo, aunque el virrey Abascal vio el tema del correo pagado con tabaco con beneplácito, la realidad de los intereses mercantiles pudo más, en tanto que este traslado hasta Panamá estaba a cargo de dos comerciantes: Andrés Revoredo y Simón Rávago. Este último era secretario de gobernación del virreinato del Perú. A ninguno de los dos mercaderes les convenía la ruta Panamá-Paita-Callao, sino la directa y de toda la vida: Panamá-Callao. No obstante, el correo marítimo que incluía el puerto norteño peruano duró hasta la época de la independencia.

Si bien oficialmente Paita era la imagen del punto fundamental de conexión de varias economías regionales, la realidad del lugar distaba mucho de lo que los viajantes podían asumir al llegar por primera vez a este puerto. Aquí, según algún viajero, lo cotidiano era una eterna sequía. René Lesson nos dice:

> Las arenas que envuelven a este pueblo son ardientes como las del Sahara. Ningún rocío bienhechor, análogo a las garúas de las costas de Lima, viene a refrescar su superficie; y las espesas brumas que se levantan del mar, y que se evaporan, pasan por encima sin detenerse allí, y no llegan a precipitarse en lluvias sino en los bosques de los Andes.[112]

No distaba mucho de la opinión que Manuela Sáenz tenía de este puerto, lugar donde murió en el exilio, cuando afirmó: "ocho años en Paita entorpecen, envilecen y empobrecen".[113]

Y es que la importancia de Paita residía, sobre todo, en ser lugar de contacto entre comerciantes. A pesar de la enorme actividad económica que desde ahí se

---

109. Entre 1811 y 1816, los fletes de esta ruta del correo marítimo ascendieron a 26.079,6 ½ pesos. AGI. Correos 114 A. Año 1811, fol. 2.

110. AGI. Correos 114 A. Año 1811, fol. 1.

111. Como toda actividad ilegal, el comercio de tabacos desde Cuba no tiene registro, pero sí lo tienen las costumbres de los paiteños, que incluían el consumo del tabaco que venía de fuera del Perú. Véase más adelante.

112. Lesson 1971a: 399.

113. Manuela Sáenz. *Epistolario*, p. 140. Citado por Chambers 2003: 326.

promovía, como venimos viendo, las ganancias no redundaban en beneficio del puerto, sino de las familias particulares del lugar, así como de instituciones que velaban por determinados intereses mercantiles.[114] Además, hay que considerar otro elemento: el contrabando. Si bien por su propia naturaleza no deja registro fiable de las entradas y salidas de productos y de las ganancias en sí, se deduce su existencia a partir de todas las referencias, así como su carácter cotidiano en la vida de buena parte de los comerciantes de distintos niveles económicos. En este punto, Pedro de Estella afirmaba que, a excepción de Pacasmayo, Huanchaco, Paita y Guayaquil, en los demás puertos del norte del Perú no existía gran contrabando.[115]

Al correo marítimo oficial por Paita se añadía el correo terrestre que unía costa, sierra y montaña en la región, teniendo como punto principal la capital de la intendencia. De Trujillo se despachaban dos correos ordinarios de travesía para Chachapoyas y Parcoy, capital de Cajamarquilla; estos salían los días 12 y 27 de cada mes, y retornaban los días 6 y 24. Se procuraba que este retorno fuese antes del regreso del correo que venía de Piura a Lima,[116] que era una ruta más larga que formaba parte de la conocida "carrera de valles".

Aunque pareciese que manejarse por la costa era más sencillo que adentrarse en los caminos de la sierra y de la montaña, la realidad golpeaba a quienes tuviesen que recorrerla, pues las dificultades que en ella encontraban incidían en el encarecimiento de los productos del comercio. Gabert, viajero inglés que recorrió la costa piurana, comentaba: "El señor Otoya nos citó varios ejemplos de viajeros perdidos en los desiertos de arena que separan Paita de Piura, quienes murieron víctimas de la imprudencia que habían tenido de poner su confianza en un camino tan móvil como el viento".[117]

Males necesarios en la cotidianidad mercantil, estos caminos conectaban con ciudades de la costa en las que se concentraba el grueso de las mercancías de todo tipo de las que se proveían pobladores y mercaderes. Lequanda sostiene

---

114. Ejemplo de estas instituciones fueron, a inicios de la República, los consulados de España, Colombia, Francia, Inglaterra y Portugal, que resguardaban el comercio ballenero en el puerto. Se afirma que para este año podían verse cuatrocientos barcos de distintas nacionalidades en el mar de Paita (Lofstrom 2002: 10).

115. En concreto sobre Lambayeque afirmaba: "En punto a contrabandos, no es lugar este para que pueda introducirse ninguno, porque no hay puertos buenos, que sus playas no sean muy bravas y desamparadas de abrigo, que barca ninguna pueda llegar a la orilla de su playa [...]. Radas ni caletas donde los puedan esconder hay, con que si hubiese alguno, será tan corto y de poca monta de lo que cada cual traiga consigo que serán frioleras" (Estella 1964: 180).

116. Puente 1959: 378.

117. Lesson 1971a: 365.

que a Trujillo, por ejemplo, llegaban efectos de Castilla para traje y adorno de sus vecinos, y es a esta ciudad "adonde bajan de los más pueblos de las sierras confinantes a surtirse, de quienes logran los comerciantes el mayor consumo".[118] No siendo aquellos pueblos proclives a una adquisición masiva de telas de oro y plata, las transacciones importantes se centraban en "lienzería [sic], lanas, medias de seda, cera, fierro y algunas bujerías de Castilla".[119] Para que este tipo de bienes llegase a Trujillo, tenían primero que almacenarse en Huanchaco, "a dos leguas de Trujillo; por esta razón es el depósito de todas las mercaderías que se envían por mar a esta ciudad".[120] En el territorio de la intendencia de Trujillo se encuentra el pueblo de Guadalupe, muy importante en la época virreinal por la feria que se celebraba anualmente a finales del mes de noviembre e inicios de diciembre, en la que tenían lugar significativas transacciones.[121]

La naturaleza de los caminos encarecían bastante el precio de los productos comercializados, en tanto que, como afirmaban los mercaderes, era necesario servirse de los lugareños que hacían de guías y que, al ser imprescindibles, podían beneficiarse de esa condición. El peninsular Joaquín de Helguero mencionaba que había que alquilar mulas para el transporte de los productos; dentro de la ciudad valía dos pesos, fuera costaba cuatro pesos, pero ello no suponía seguridad, pues los indios y mestizos, que eran quienes mayormente se dedicaban al arrieraje, no eran personas de confianza en todo el trayecto.[122] En otras palabras, los comerciantes se quejaban de que muchas veces, si en el camino se sufría algún percance, los arrieros podían abandonar la carga transportada aunque ya se hubiese pagado por el servicio completo.[123]

Los caminos de la sierra presentaban hermosos y variados paisajes, pero eran surcados por centenares de altos y bajos que ralentizaban la marcha, aun de los viajeros más experimentados. En Cajamarca, a poco más de una legua de Llamas, se pasaba por un peñón en un abismo del que Raimondi afirma: "Este lugar es conocido con el nombre de *Paso del Credo*, porque los que no están acostumbrados a marchar por caminos peligrosos pasan este punto con mucho miedo, como se dice, *con el Credo en la boca*".[124] El camino de Micuipampa a Cajamarca, nos dice Humboldt, "es difícil hasta para los mulos".[125] En la

118. Lequanda 1793a: 95-96.
119. Ibíd., loc. cit.
120. Mellet 1971: 98.
121. Raimondi 2012: 585.
122. Helguero 1984 [1802].
123. Aldana 1988: 53-54.
124. Raimondi 2012: 598.
125. "Alejandro von Humboldt/Viaje a Cajamarca (1802)", en Puente 1959: 97.

provincia de Jaén, "los caminos son tan malos que se marcha con mucha lentitud, de manera que aun andando todo el día se adelanta muy poco".[126] También Raimondi se muestra desanimado al hacer frente a otros puntos de su viaje hacia esta provincia: "El camino que conduce de Charape a San Ignacio es uno de los peores que haya recorrido".[127]

Si de dificultades hablamos, las rutas que llevaban a la selva o montaña no se quedan atrás, las cuales, inclusive las que unían ciudades principales, carecían de paliativos para el transeúnte:

> Desgraciadamente los caminos de la provincia litoral de Loreto son los peores de toda la República, y hasta el principal, el camino que conduce de Chachapoyas a Moyobamba, se halla en tan mal estado que casi es intransitable, de suerte que el viajero que entra a Moyobamba por este camino, a menos de considerarse como una carga y atarse sobre una bestia, es obligado a pasar a pie la mayor parte.[128]

Otra ruta que servía de entrada a la provincia de Maynas, y que la ponía en comunicación con el centro de la república, era la de Huánuco. Este camino era transitado por quienes navegaban por el río Huallaga, y aunque malo, era sin embargo mejor que el de Chachapoyas a Moyobamba, porque en general era bastante seco.[129] Además, existían algunas sendas más o menos transitadas, como, por ejemplo, la que salía de Buldibuyo (Pataz), atravesaba la cadena montañosa que la separaba de Loreto y bajaba al pueblo del Valle cerca del Huallaga. También desde la sierra de Trujillo, en la misma provincia de Pataz, salían otros dos senderos, uno bajaba al pueblo de Tocache y otro al de Pizana, ambos cerca del Huallaga.[130]

---

126. Raimondi 2012: 652.
127. "De un modo general se puede decir que la mayor parte del camino consiste en un profundo lodazal; siendo el terreno de naturaleza arcillosa, con el trajín de las bestias se van excavando poco a poco unos hoyos transversales, los que van profundizándose siempre más mientras dura la estación de las lluvias. Estos hoyos, a manera de camellones, se hallan rellenados de barro líquido, en el que las bestias se hunden hasta la barriga, y si estas son algo pequeñas y los hoyos muy profundos, los pobres animales quedan como acabalgados sobre los lomos de terrenos que separan estos pozos de barro, y sus cascos, no alcanzando el fondo, no hallan apoyo para poder salir de esta especie de trampa; mueven sus patas, intentan en vano dar un brinco, se fatigan, hacen esfuerzos inauditos, levantando con sus movimientos mucho barro, caen de bruces en el lodo. En varias ocasiones mis arrieros han tenido que descargar las bestias, enteramente echadas en el barro, y hacer grandes esfuerzos para sacarlas y ayudarlas a levantarse" (Raimondi 2012: 652-653).
128. Raimondi 1862: 44.
129. Ibíd., p. 46.
130. Ibíd., p. 48.

En cuanto a la comunicación interna de la provincia de Loreto en la República, suponemos que no cambió mucho con respecto al final del virreinato. Por ello vuelve a ser elocuente la descripción de Raimondi (1862). Él afirma que el principal camino que salía de Moyobamba, además del de Chachapoyas, era el que se dirigía al Huallaga, pasando por Lamas y Tarapoto. De Moyobamba a Tarapoto hay como 25 leguas, pero el caso es que el camino era tan complicado que, aunque uno se sirviese de bestias de carga para el transporte, estas más bien dificultaban el recorrido, por lo que era mejor hacer el camino a pie. Una gran parte de este camino se hallaba en medio de atolladeros sobre los que se encontraban tendidos longitudinalmente algunos palos redondos y resbalosos, de manera que era preciso para pasar dichos puntos mantener el equilibrio para no caerse y hundirse en el barro. "De Moyobamba al pueblo de Tabaloso es la parte más molesta del camino [...] los peones con carga emplean a lo menos cinco días para recorrerlo y algunos se tardan también hasta ocho o nueve, andando de tambo en tambo".[131]

Por la cantidad de información que tenemos acerca de las dificultades del viaje se deduce el agobio que producían aquellas en el ánimo de cualquiera, por más experimentado que estuvieran en los recorridos. Lo que quizás también podía pesar en el comprensible cansancio era la impresión certera de que lo que se avanzaba era numéricamente inferior a las horas que se había invertido o a los kilómetros recorridos, pues, evadiendo obstáculos, las distancias se incrementaban: "son tan grandes los rodeos [...] y los giros de los ríos que se encuentran a cada paso, que en un día no se adelantan dos leguas en línea recta aunque se caminen o naveguen más de seis, como lo tengo experimentado".[132]

Además de todo lo que se viene exponiendo, una cuestión que no debe tampoco pasar desapercibida es la inexistencia de mapas; esto se explica porque, en la mayoría de los casos, estos no eran necesarios a gente acostumbrada a viajar observando puntos geográficos de referencia —astronómicos, climáticos, orográficos— a lo largo de todo su recorrido. Este conocimiento experimental de la geografía peruana por parte de los comerciantes o de sus guías es sugerente en la medida en que ellos se constituyeron en una contraparte de la autoridad muy entrada la República. ¿Qué instrumentos cartográficos manejaban los mercaderes cuando se adentraban a puntos que escapaban a la lineal costa norte? Asumimos que ninguno, y si estos no existen, tampoco constan oficialmente para efectos de progreso propiciado por la Superioridad, ni siquiera para lugares que son clave en la economía de una jurisdicción importante:

---

131. Ibíd., p. 49.
132. Sobreviela 1964, fol. 93.

> [...] me vino a la mente el valle de Huayabamba, donde se fabrica el azúcar que se consume en el departamento de Amazonas. Busqué en los mapas y vi que no existía; quise tener datos exactos sobre esta región y tampoco pude obtenerlos; entonces me nació el deseo de visitar esta parte tan desconocida.[133]

En efecto, era desconocida y podía fácilmente pasarse por alto en un recuento rápido de lugares importantes de producción azucarera. Lo que sorprende a Raimondi también impresiona en nuestros días en muchos sentidos. Es un dato anecdótico de gran interés el hecho de que en Santa Rosa, capital del inubicable en los mapas distrito de Huayabamba, los alumnos de la escuela de Cochamal habían sustituido el escaso papel en el que escribían sus apuntes por hojas de plátano, "las que se prestan admirablemente para este uso, habiendo visto hermosas muestras de escritura trazada con tinta sobre esta nueva clase de papel".[134]

El papel no llegaba o no se producía ahí; el comercio de un recurso medular como el azúcar era muy lento, inclusive para la época; algunos pueblos, a pesar de sus producciones económicas, no figuraban en los mapas, ni había muchas referencias de cómo llegar a ellos para alguien que no se dedicara al comercio; los caminos eran complicados como todos los que llevaban a la montaña. Nada nos puede hacer pensar que esta no fue una realidad común tres décadas antes de que Raimondi comience a hacer sus observaciones y notas, y no solo en poblaciones como las últimas mencionadas, que miraban ya a la selva.

Es más que seguro que esta realidad explicaría el que las provincias de montaña se hallasen bastante al margen de una comunicación fluida con la administración central del virreinato y posteriormente del gobierno republicano. Sin embargo, a pesar de todos los escollos, como vemos, la realidad es que lugares tan distantes como Maynas, Moyobamba y Chachapoyas eran tan importantes para la economía de la región que, ya sea por costumbre o por necesidad, conectaron con la costa y la sierra, y construyeron redes de supervivencia y de comercialización extrarregional y extravirreinal.

Importancia económica de la cascarilla y del tabaco dentro y fuera del Perú

La cascarilla,[135] famosa en los siglos pasados por sus cualidades curativas como febrífugo, fue uno de los productos de exportación de la región norte desde el

---

133. Antonio Raimondi. *El Perú,* Tomo I. Citado por La Torre e Inglesi 2005: 390.

134. Ibíd., loc. cit.

135. Al margen de la tradición sobre su descubrimiento, la generalidad concuerda en afirmar que la cascarilla fue descubierta en el corregimiento de Loja, cerca del pueblo de Malacatos (Petitjean y Saint-Geours 1998: 15).

puerto de Guayaquil hacia la metrópoli. Su explotación contaba con dificultades que no se llegaron a eliminar del todo; siempre se trató de un recurso con el que se tuvo que ir con cuidado. En general, los lugares de extracción de la corteza eran "montes fragosos, difíciles de penetrar, de malos temples, lluviosos y llenos de sabandijas venenosas".[136] Superado esto venía la primera selección, "en donde hecha la operación de escogerla, limpiarla y zarandearla para que quede solo en lo que es verdadera cascarilla, se experimenta un 40 a un 50% de merma";[137] aun así, era necesario volver a escogerla, y eso suponía más pérdida en el valor monetario original. Pero no terminaban con esto los problemas. Otro tema lo constituían los intermediarios menores, que eran los que llegaban directamente a la cascarilla. El peninsular Francisco Sánchez Navarrete, para el caso de Ecuador, mencionaba:

> Los tratos en su origen se hacen con las gentes más infelices sin que tengan otra seguridad que la de su palabra, si la cumplen, y la de su vida, si les dura. A estos se les adelanta regularmente todo el importe de aquello que ofrecen poder entregar. Cumplido su término, suelen satisfacer bien la cuarta parte o la mitad, y es necesario hacerles nueva habilitación entrando en mayor riesgo por asegurar el primero. De suerte que es indispensable, y no habrá comerciante alguno que no experimente en estos contratos después de la mucha demora y perjuicio de la suspensión de giro, un quebranto de un 20, 30 y un 50 por ciento.[138]

Otra contrariedad radicaba en no tener criterios claros para seleccionar una u otra corteza, lo cual supuso muchas veces pérdidas en las inversiones, debido a que tarde se podían percatar de la diferencia de las que habían sido empacadas y exportadas. Por otras referencias documentales se advierte que Sánchez Navarrete llevaba razón en la descripción realizada, y todo aquello era una realidad cotidiana en el tráfago de este producto. Fue tan importante en el tratamiento de las enfermedades, que en 1768 se instauró una remesa anual de cascarilla para la Real Botica de Madrid, con la exigencia de que fuese esta extraída siempre de Loja, en la sierra ecuatoriana. Esta medida potenció la comercialización de la cascarilla de un espacio económico que formaba parte de la región norte del virreinato peruano. Ello generó una circulación de energías en distintos niveles, puesto que importaban los que extraían la corteza y los que la transportaban, los grandes comerciantes que la llevaban a España y los de mediana escala que servían de nexo entre los centros de producción y los puertos de la costa del Perú.

---

136. AGI, Quito 246, n.º 48, fol. 8.

137. Ibíd., fol. 9.

138. Ibíd., fol. 9v.

En esta circulación, la cascarilla de la sierra norte de Piura —de Huancabamba y Ayabaca— también se comercializó, aunque en menor proporción por su calidad inferior a la ecuatoriana. A principios de la década de 1780 se puede situar el inicio de los esfuerzos de los habitantes de Huancabamba por explotar la cascarilla con la esperanza de salir de la pobreza que los caracterizaba; se empezó así la exportación de la corteza hacia el puerto del Callao.[139] De esta manera, la cascarilla forma parte de la historia regional del norte en tanto que circuló también hacia el Callao, y, además, los comerciantes norteños participaron de este lucrativo negocio, lo que consolidó las relaciones de parentesco. Por ejemplo, Matías Joseph de Valdivieso, corregidor de Piura en 1779, era hermano del corregidor de Loja, Pedro Javier de Valdivieso, quien además era abastecedor de cascarilla de la Real Botica de Madrid; la compraba de Huancabamba y Ayabaca. Su yerno, Juan Antonio Martínez, era agente comercial de este recurso en Cuenca. Ya antes otro comerciante piurano, Vicente María Fernández de Otero, había tomado la iniciativa de vincularse a uno de los apellidos más importantes de la élite comercial limeña, los Elizalde, familia que tenía también negocios en Cádiz.[140]

Paita fue el principal puerto de salida de la cascarilla hasta que se impuso el acotamiento de los bosques de quina de la Audiencia de Quito en 1783. Piura fue, en este contexto, el principal centro de acopio y procesamiento de la cascarilla movilizada por particulares para su exportación a la metrópoli. La diversidad de lugares de donde provenía la corteza nos habla de un espacio relativamente amplio articulado por este tráfico, circuito que empezaba por los lugares de extracción y culminaba en los dos más importantes puertos de salida de la cascarilla: Guayaquil y Paita.

Los comerciantes piuranos de la cascarilla conformaban un eslabón dentro de todo el negocio; por muy importantes que fueran —como lo fueron dentro de su región— no contaban con la fuerza de capital que sí tuvieron los comerciantes peninsulares de la capital virreinal. Por ello, su labor consistía en participar de la cadena que procedía primordialmente de Lima. Exceptuando muy contados casos, como lo fue el emporio mercantil de los Sánchez Navarrete y Gonzáles de Salazar en Paita —algunos de cuyos miembros negociaban directamente en los puertos—, los comerciantes piuranos hacían de intermediarios tanto de los mercaderes peninsulares como de los capitalinos; sus representantes —parientes o socios— en los centros productores de esta corteza se encargaban de su acopio y avío.

Nicolás Gonzáles de Salazar, peninsular, autoridad en Paita en la primera mitad del siglo XVIII, se hizo de una fortuna considerable con el tráfico desde

139. Gálvez 1998: 128.

140. Hernández 2008: 62.

Paita hasta Lima de negros esclavos que compraba ilegalmente —negros venidos de Panamá— y con el comercio de la cascarilla. Manejaba para el Perú la que se producía en Loja y Cuenca, y se convirtió en principal distribuidor en todo el norte del Perú e intermediario de los grandes comerciantes de la capital. Fue este un monopolio familiar mantenido por su segunda esposa y por su yerno, Francisco Sánchez Navarrete, el cual se había establecido en Guayaquil, para asegurar el control de los negocios.

Francisco era muy importante: figura como uno de los comerciantes habilitados por la Casa de Contratación para hacer negocios con América, y es hasta el momento el único vecino norteño que hemos encontrado con esa prerrogativa. En el año 1758 se hallaba residiendo momentáneamente en Cádiz con dos de sus esclavos, luego de un viaje que los llevó desde Piura por La Habana. Traía mercadería propia y de varios comerciantes, como quedó registrado. En Cádiz residía su cuñado, Celestino Gonzáles de Salazar, quien, si bien estudiaba en el Colegio de Nobles de Madrid, también era comerciante y había acompañado a Francisco aquella vez desde La Habana.[141] Señalamos estos datos porque los viajes a la Península no fueron comunes entre comerciantes de provincia. Así que el hecho de que Francisco y Celestino se hicieran a la mar y residieran en España cobra una gran importancia en el estudio de ese grupo de poder que se había consolidado ya para esa época en el norte del Perú.

En 1741, con ocasión de la invasión del pirata inglés George Anson a Paita, Nicolás Gonzáles protagonizó una escena muy sugerente. Los viajeros españoles Juan y Ulloa nos la relatan:

> El oficial real D. Nicolás Gonzáles de Salazar, que a la sazón era contador de Piura, fue al pequeño fuerte que estaba abandonado, y con la asistencia sola de un negro esclavo suyo disparó dos tiros con unos cañoncitos viejos que había allí. Tal era el estado indefenso del pueblo que no había una bala de cañón en el fuerte, ni metralla alguna, *lo que obligó al contador a cargar los cañones con pesos fuertes* por falta de munición.[142]

A pesar de la importancia de Paita, en efecto, esta no se hallaba bien defendida; pero lo que llama la atención es esa medida de emergencia: cargar los cañones con pesos fuertes por falta de munición. Bien esta anécdota podría ser símbolo de la holgura económica de las familias pudientes de ahí en ese momento concreto.

---

141. AGI. Contratación, 5501, n. 3, r. 35. Expediente de información y licencia de pasajero a Indias de Francisco Sánchez Navarrete, mercader, con su criado Julián Sánchez, natural de Baza, y Juan Navarro, esclavo, natural de Quito, al Mar del Sur. Año 1758.

142. Juan y De Ulloa 1953: 144-145. La cursivas son nuestras.

El tabaco, unido a la cascarilla, constituía un producto de singular importancia en el comercio del norte peruano. El tabaco que llegaba de La Habana por la vía de Paita era el más codiciado, pero el que menos oportunidad abrigaba para el común de los mercaderes, en tanto que dependía de las transacciones de los grandes comerciantes y del propio estado virreinal. En el apartado anterior mencionábamos que, al ser muchas las actividades ilegales realizadas en Paita, la comercialización del tabaco de La Habana podía ser una de ellas, por lo que las referencias indirectas son las que nos pueden llevar a esta consideración. Entre estos datos estarían las noticias sobre las costumbres del puerto paiteño. El viajero René Lesson daba cuenta, en su incursión a Paita, de una costumbre muy arraigada entre la población paiteña, sobre todo en el estamento de privilegio:

> [...] todas las bailarinas, desde la niña más infantil hasta la abuela, sentadas como en tapicería en torno del departamento, exhalan con deleite columnas de humo que ascienden lentamente hasta el cielo. Una atmósfera de tabaco, que impregna con su nauseabundo olor los tejidos, intercepta el rayo visual y embota el olfato [...]. Pero si las muchachas bien educadas no fuman sino veinte [cigarros] al día, las mujeres no se contentan con menos de cuarenta. Estos cigarros, de tabaco bastante dulce, tienen una forma semejante a los de Francia [...] yo he visto a varias damas que la practicaban diariamente, no siendo esta costumbre otra que la de mascar el tabaco en rollo, tal como lo practicaban los marineros europeos, llamándole a esto *chiqué*.[143]

En bloque, los dos grandes centros productores de tabaco en el virreinato peruano a partir de 1780 fueron Saña y Chachapoyas.[144] Siendo más específicos, el tabaco se extraía también de Luya y Jaén en el interior de la región, de la sierra piurana, de la costa de Lambayeque y de la sierra del actual Ecuador. Así como pasaba con la cascarilla, una partida estaba destinada al tabaco sudamericano que iría a la corte de Madrid y que pasaba por Paita como uno de los puertos de traslado. Al escasear el de La Habana, suponemos que se recurriría al de otras partes del virreinato peruano, como podía ser el caso norteño. Por esta razón, Morales Cerón afirma que el tabaco también articulaba el comercio de esta región, en tanto que su comercialización y expendio alcanzaba a Saña para desde ahí extenderse hasta la capital del virreinato del Perú.[145]

La Renta del Tabaco en el Perú, que suponía el monopolio por parte del Estado, quedó consolidada a partir del establecimiento del sistema de intendencias, en la década de 1780, por las gestiones de los visitadores La Riva y Escobedo.

143. Lesson 1971b: 379-380.

144. Hünefeldt 1986: 392.

145. Morales 2013: 147.

Quedó establecida la administración central en Lima, cinco administraciones subalternas en Tarma, Ica, Jauja, Chancay y Huánuco, y otras administraciones generales en Arequipa, Huancavelica, Cuzco y Trujillo.[146] Es evidente que colocar una administración general del tabaco en Trujillo tenía como finalidad el control de la zona productora por excelencia de este producto y más aún en una época de auge.

La documentación y la bibliografía respecto a la costa norte señalan dos lugares de producción de tabaco: Chiclayo y Lambayeque. Chiclayo "tiene otro [comercio] no menos importante de tabaco llamado *desagüe* que igualmente producen sus campos, consumido en gran parte en otras provincias".[147] Aldana describe las haciendas de Lambayeque como dedicadas, por lo general, a la producción de la caña y del tabaco, en lo que fundamentalmente importaba la mano de obra esclava y negra.[148] La producción de Lambayeque justificaba la existencia de una factoría de tabacos unida al real ramo de alcabalas, que conformaban la Administración de Rentas Reales Unidas. Esta administración regulaba la producción para el consumo local y, sobre todo, para fines de exportación. Los cosecheros del tabaco en Lambayeque estaban organizados en gremios. No era una actividad menor para la costa norte la producción de este recurso. Para fines del siglo XVIII, Lequanda es categórico al afirmar que la renta del tabaco de Lambayeque añade al erario virreinal "crecida suma, pues a excepción de 20 mil mazos poco más o menos, que se gastarán o invertirán entre negros de las haciendas de Lima y sus inmediaciones, los restantes se llevan a Chile, a donde el precio establecido vale cuatro reales".[149] El tabaco de Lambayeque podía seguir tanto la ruta terrestre como la marítima. Si era la primera, rumbo a los almacenes de Lima, el transporte costaba 9 pesos el flete de una carga, la piara para pasarla en barca por el río Santa equivalía a 8 reales y el paso del puente de Huaura, 4 reales. Si el tabaco iba por mar, se pagaba 10 reales el flete por carga a la bodega del puerto de Pacasmayo y se embarcaba a Valparaíso con un flete de 20 reales tercio.[150]

Las ganancias por el tabaco estaban relacionadas directamente con las preferencias que se tenían por el de un lugar o el de otro. Así, el que se producía en la zona de Lambayeque (Saña, más precisamente) estaba destinado a la Capitanía General de Chile, mientras que el tabaco bracamoro (producido en Jaén y Chachapoyas) iba al mercado del Perú. Estas preferencias eran anteriores a

146. Hünefeldt 1986: 392.
147. Mellet 1971: 117.
148. Aldana 2006: 319.
149. Lequanda 1966a.
150. Estella 1964: 174.

la creación de la Renta de Tabacos y del monopolio estatal, medida de control que tuvo necesariamente que tomarlas en cuenta.[151] Siendo así las cosas, cabe preguntarse qué tan importante era la producción del tabaco del norte peruano en la economía virreinal. Al parecer era muy significativa, ya que las principales zonas de recolección estaban en esta región. En 1788, las ganancias por el tabaco fueron de 445.662 pesos anuales, es decir, el 10% de los ingresos totales de la Real Hacienda; en 1815, la cifra se incrementó a 548.590 pesos anuales, el 14% de los ingresos totales de la hacienda peruana virreinal. Hünefeldt sustenta que, si esta tendencia en efecto es como la plantea Fisher, se trataría de un auge tardío del monopolio del tabaco en el Perú.[152]

De entre todos los lugares mencionados como de extracción de este recurso, destacaba Chachapoyas, pues producía, casi en su totalidad, el tabaco consumido en el virreinato del Perú. Chachapoyas, en el año 1753, tuvo la primera factoría del tabaco creada en el Perú. Alrededor de este partido existían otros centros tabacaleros también, entre los que se encontraba Moyobamba. Este último tenía al algodón y al tabaco, inclusive, como moneda de intercambio del lugar. Ambos productos eran de vital importancia y regulaban la vida económica de la población:

> [...] empleándose los hombres en los telares y en el cultivo del algodón y del tabaco. De este se solía coger al año, solo en el partido de Moyobamba, 200 cargas de a 200 mazos cada una y en lo restante de la provincia triplicadamente [...] aunque hoy se cultiva menos por estar prohibido su comercio desde que se erigió el estanco del tabaco, por lo que se ha empobrecido mucho esta provincia.[153]

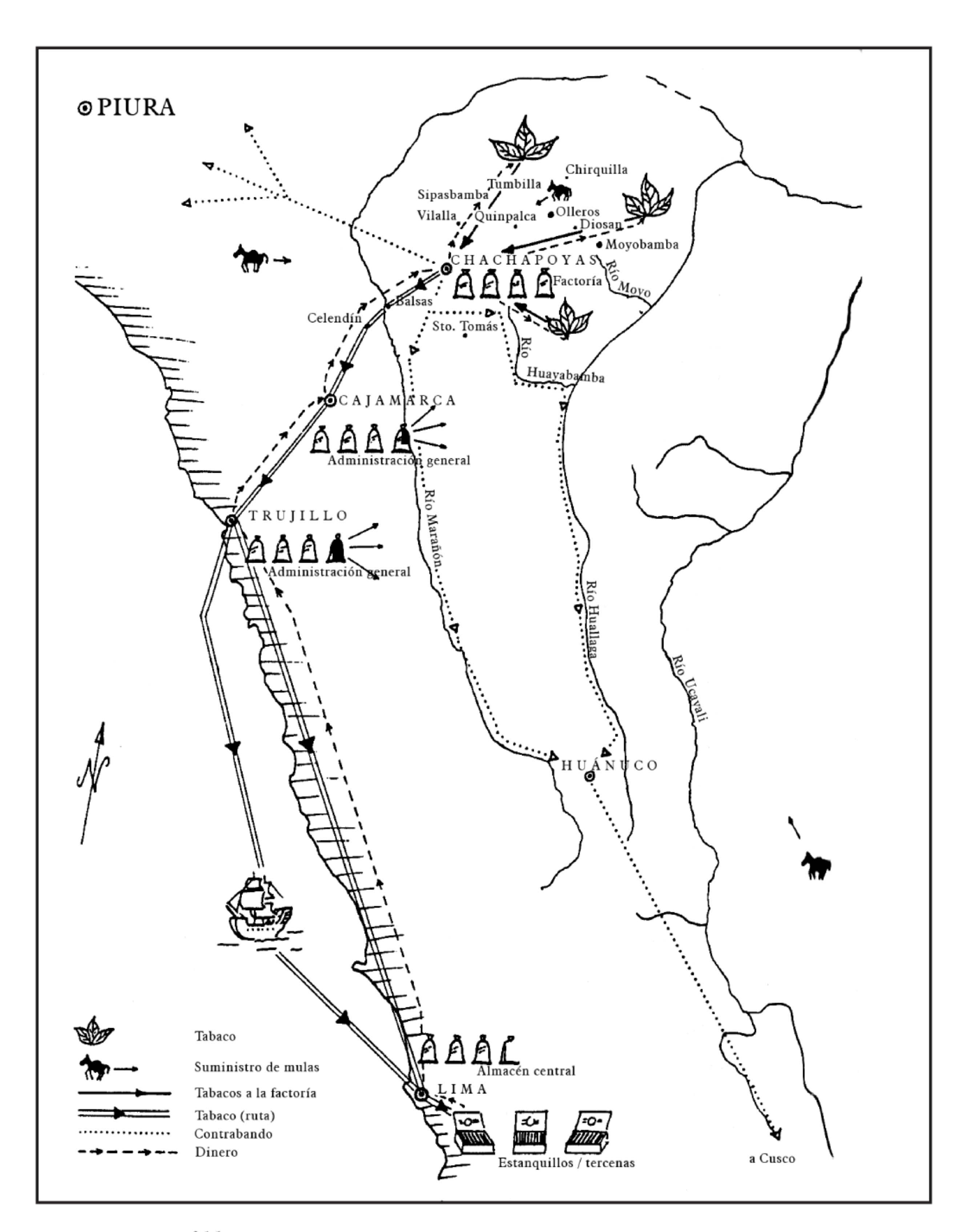
En realidad, a quienes se dedicaban al comercio del tabaco les compensaba muy poco el gran esfuerzo que se requería sobre todo en las primeras fases, que eran la recolección y el expendio. Según Hünefeldt: "el cosechero que plantaba mil matas de tabaco producía 320 mazos, por los que recibía aproximadamente cinco pesos [...] el cultivo de mil matas de tabaco implicaba trabajar por lo menos siete meses al año duramente al sol, aire y aguas". Muchas veces, por la poca rentabilidad para el cosechero, este "perjudicaba" la calidad del tabaco producido al sembrar otras plantas entre las matas. Además, los cosecheros no recibían el valor de sus cosechas en efectivo sino en ropas de la tierra, y eran muchas veces obligados a recibirlas; esto era una especie de reparto forzoso.[154] Esta situación no se solucionó del todo con el establecimiento del estanco, al menos no en todas las circunscripciones tabacaleras.

---

151. Hünefeldt 1986: 392.
152. Ibíd., p. 393.
153. Bueno 1951: 63.
154. Hünefeldt 1986: 397.

Figura 2

LOS CIRCUITOS DEL TABACO DE CHACHAPOYAS DURANTE EL MONOPOLIO



Fuente: Hünefeldt 1986: 390.

Una vez forrado en cuero y marcado, el tabaco enzurronado hacía el recorrido Chachapoyas-Cajamarca-Trujillo-Lima, aproximadamente unos 1200 kilómetros. En todo este trayecto, los arrieros eran los protagonistas, por los consiguientes problemas que siempre se suscitaban con ellos: carencia de mulas, abandono de la carga, amén de estar mal pagados y expuestos a asaltos y a caminos de enorme dificultad.

El transporte se complicó a fines del XVIII con la disminución en la provisión de mulas del Tucumán por la creación del virreinato rioplatense, y a comienzos del siglo XIX, por las sequías en Piura, de donde también se conseguían buenos ejemplares de estas bestias de carga.[155]

Además de Chachapoyas, Jaén de Bracamoros fue también un punto clave en la producción del tabaco y en la conexión de esta región económica con otras más distantes. En la doctrina de Corobamba, confinante con Jaén, se recogía en los campos "mucho tabaco bracamoro", además de frutas, azúcar y aguardientes del beneficio de la caña dulce. Lo mismo acontecía con la doctrina de Santo Tomás, en cuyas haciendas también se recogía tabaco, entre otros recursos.[156] En sí, todos los puntos principales mencionados —costa lambayecana, sierra piurana, Chachapoyas y Jaén— conformaban un espacio territorial emergente que se conectaba comercialmente con Lima, Santiago de Chile y otras ciudades del sur. El intercambio entre las regiones debió ser crucial para el mantenimiento económico de la población.[157]

El gobierno español hizo muchos intentos para que el estanco del tabaco funcionase. Inclusive, en algunos lugares dentro de las rutas de este comercio se construyeron puentes de madera techados y con puertas a ambos lados, específicamente para prevenir el contrabando de tabaco, como fue el caso del pueblo de Sootah, en Chachapoyas.[158] No obstante los esfuerzos, el monopolio del tabaco no funcionó como se esperaba por parte del Estado colonial, aunque la población sí continuó viviendo a través de él o a pesar de él. Las razones pueden ser varias, y ya algunas las hemos ido mencionando. Pero, tal vez, la más importante sea el contrabando y la competencia de los productores y expendedores privados.[159] Y es que, siendo tan rentable, con el tabaco también se comerciaba

155. Ibíd., p. 401. Sin embargo, el comercio trujillano se quejaba de que se carecía en la capital de la intendencia de recuas de mulas, con evidente desmedro de la actividad mercantil, porque una parte de aquellas se ocupaba en la conducción de tabacos para el Rey ("Razón circunstanciada que Dn. Pedro de Estella, diputado del comercio de Lambayeque, produce al Consulado de Lima con relación de los ramos de industria de aquella provincia". En Macera y Márquez 1964: 172-178).

156. Lequanda 1965.

157. Morales 2013: 149.

158. Lister 1973: 167.

159. Christine Hünefeldt (1986) menciona varias más, aunque en relación estrictamente con el tabaco de Chachapoyas.

ilegalmente, y este comercio paralelo lo realizaban personas de distintos sectores sociales, dentro y fuera de la región tabacalera; inclusive los indígenas más alejados de los centros urbanos y recluidos en lo profundo de la selva entraron en ese sistema. Así, por ejemplo, en la visita pastoral que hizo a su diócesis en 1809 el obispo de Maynas, Hipólito Sánchez Rangel, dio cuenta de haber rechazado el traslado que una comunidad realizó hacia otro punto "más cercano" a las montañas, puesto que la intención de los indios —y de los vecinos españoles que estaban con ellos— al hacerlo no era estar más cerca de buenas tierras para la labranza y el ganado, sino irse lo más lejos posible del control de las autoridades para introducir tabaco de contrabando sin ser fiscalizados.[160]

Sin embargo, como en muchos procesos históricos, el monopolio del tabaco también pudo tener otra lectura y traer, más bien, algunas ventajas para la población, tema que requiere mayor profundidad en los estudios.[161] Lo cierto es que el tabaco y la cascarilla, a pesar de todos los obstáculos en su cultivo y recolección, fueron los productos más rentables, y a través de ellos se puede advertir la integración de distintos circuitos y economías locales de la región norte y su proyección intra y extravirreinal, cuyo destino más lejano era la propia Península.

Clima y plantas medicinales en la vida cotidiana

Exceptuando la cascarilla, y en algunos casos el tabaco, las hierbas medicinales con las cuales la población curaba sus dolencias crecían naturalmente en los campos. Por ello, su reconocimiento y extracción forman parte de la vida económica cotidiana de la región, puesto que la circulación de estas plantas se centró en un ámbito local y en un comercio importantísimo, pero de "perfil bajo". Salvo la provincia de Chachapoyas, las demás descripciones que sobre el norte se presentan en el *Mercurio Peruano* son muy extensas; de ellas, la más prolija es aquella referida al partido de Piura.

Al parecer, existe consenso en cuanto al clima benéfico de este espacio. No obstante, se conocían varias enfermedades, como la llamada "enfermedad de los ojos" o la conjuntivitis, pero esta dolencia está más retratada para el siglo XVI, y es este padecimiento uno de los motivos del cambio de sede de la capital en aquella centuria.[162] Para fines del XVIII, René Lesson da una explicación para

---

160. Hernández s. f.

161. Trataremos esta idea en el último epígrafe de este artículo relacionado con la economía del norte y la independencia del Perú.

162. La ciudad de Piura tuvo tres asentamientos (Tangarará, Piura la Vieja y el puerto de Paita) antes de establecerse definitivamente en el lugar que ocupa hasta la actualidad: el Chilcal del Tacalá.

esta enfermedad: "La reverberación del sol en las arenas produce inflamaciones muy vivas en los ojos [...]".[163] Joaquín de Helguero, a inicios del siglo XIX, menciona que los indios utilizan hierbas y raíces medicinales para curar distintas enfermedades como "fiebres malignas y continuas, constipados, tabardillos, indigestiones, picadura de animales, tumores, hinchazones".[164] Según el viajero Gabert le relató a Lesson, los indios de la aldea Rinconada, propiedad de Helguero, en general gozaban de buena salud y se curaban entre ellos; sacaban de la cordillera la chininga y el chuquirao, plantas que les servían de febrífugo y de remedio contra la fiebre amarilla.[165]

Lesson, hablando de Paita, menciona la viruela como enfermedad común que hacía estragos sobre todo entre los niños indígenas porque allí se sentía "gran repugnancia" por la vacuna, la cual tenía acogida en las grandes ciudades y solo entre el grupo español y los descendientes de europeos. No era raro, por tanto, encontrar en Paita niños que habían perdido la vista como consecuencia de la viruela "u otras personas cuyos rasgos son horrorosos por las marcas que esta espantosa enfermedad ha dejado en ellas". De la misma manera, afirma que la enfermedad en Piura que le genera más repulsión es la disentería.[166]

En líneas generales, como afirman testigos de época, el clima de Piura era muy sano[167] y sobre todo benigno para curar el gálico o sífilis. En el siglo XVIII, Cosme Bueno sostenía que el Hospital Betlemítico de Piura estaba bien asistido, "en el que entre otras enfermedades se cura el gálico con menos dificultad que en otras partes por ser el temperamento favorable para esto, por lo que concurren de muchas provincias a curarse los que padecen de aquella dolencia".[168] Esto era conocido en otros espacios. Los médicos recomendaban viajar hacia esta ciudad para recuperar la salud. El año 1806, el cirujano José María Belis, residente en Panamá, recomendaba a su paciente, el gobernador y capitán general Francisco Vallejo, viajar a Piura:

---

163. Lesson 1971b.

164. Helguero 1984 [1802]: 92.

165. Lesson 1971a: 370.

166. Ibíd., pp. 394-395.

167. Juan Cristóbal de la Cruz nos dice, en 1810, que el clima de Piura es muy sano "así en el territorio de la costa, como en el de la serranía, por los benéficos aires que lo bañan" (AGI. Lima 1012, año 1810, fol. 11). Pocos lustros antes, Lequanda había escrito que "el temperamento en unos lugares es muy agradable y benigno; pero en otros contrario a la salud, y desapacible, particularmente en lo que toca a las inmediaciones de la sierra, y por las vegas de los ríos de Morropón y Tangarará" (Lequanda 1793b: 167-168). Raimondi, en el siglo XIX, afirmaba que en la sierra, en Huarmaca, el clima "es malsano, reinando casi continuamente fiebres malignas" (Raimondi 2012: 625).

168. Bueno 1951: 56.

> [...] por lo que hallo por muy adaptable, y por el único oportuno medio, el que se le permita pasar al temperamento de Piura, en el que únicamente podrá curarse radicalmente por concurrir allí las circunstancias más laudables y benéficas a los que padecen este mal [¿sífilis?], en la sequedad de sus aires, y de su suelo, en las aguas zarzales y minerales, y en los alimentos más nobles que presta dicho lugar [...].[169]

A mediados del siglo XIX, la situación era la misma, pues Mateo Paz Soldán, en su *Geografía del Perú*, nos cuenta que: "El clima allí [Piura] es excesivamente cálido, a tal extremo que los sifilíticos sanan sin más que la elevada temperatura, que promueve abundante transpiración. Es sin embargo de los países más sanos de la costa del Perú".[170]

En la provincia de Cajamarquilla o Pataz, que lindaba con la montaña y era de espesos bosques, los indios sacaban varias cosas como el incienso, el cacao, la caraña, el aceite de maría, la sangre de drago y la coca,[171] entre las plantas con efectos medicinales y de curandería. Lequanda elaboró una relación de plantas que eran utilizadas para curar distintas dolencias a fines del siglo XVIII tanto en Piura como en otras ciudades dependientes de la intendencia de Trujillo. Destacamos algunas: quinaquina, buena para fortalecer la cabeza y quitar sus dolores; "la yerba conocida por flor de amores secos [...] se usa para sanar la hidropesía"; la cascarilla, como sabemos, era febrífugo sobre todo contra las tercianas; de otro lado, el palo santo que abunda en la sierra: "Lo usan también para los dolores de cabeza [...]. Su espíritu sacado de ella, de la corteza, o madera quita los paños o manchas de la cara, siendo tanta la fe que tienen en este palo, que hacen cruces de él y las traen colgadas, juzgándolas por preservativo de los hechizos: puesto un palo en la boca mitiga la sed".[172]

Las descripciones de época que se encargan de ilustrar la riqueza medicinal de las provincias del norte no constituyen más que un resumen de las plantas más importantes para la salud de la población, muchas de las cuales tenían que ver con otros fines: subsistencia, intercambio, creencias religiosas. Aunque muy por debajo de las grandes transacciones mercantiles del tabaco y de la cascarilla, las plantas curativas suponían un mercado aparte, más modesto en cuanto a la circulación de monetario, pero quizá más compenetrado con la riqueza de la tierra, con el sentido de conexión con ella y, por ello, más propio de una mirada introspectiva hacia la región. En este nivel, los cambios políticos radicales de

169. AGI. Panamá 262, 1806, fol. 2.

170. Paz Soldán 1862: 192.

171. Bueno 1951: 62.

172. Lequanda 1793b.

las primeras décadas del siglo XIX pudieron ser imperceptibles. Las reformas económicas que venían del siglo XVIII poco perturbarían esta vertiente de la economía local cotidiana bastante al margen de la moneda. Si este "mercado" de conocimientos ancestrales se vio modificado después por el proceso de independencia, no hay estudios que lo confirmen.

Independencia política y economía: una aproximación

El año 1802, el peninsular Joaquín de Helguero, siendo juez diputado del Tribunal del Consulado en Piura, elaboró el famoso *Informe económico de Piura 1802*. Él conocía bastante bien la realidad económica de este espacio por ser, además, uno de los comerciantes más importantes de Piura, de los mejor relacionados y de los que tenían intereses en parte importante de la costa de aquel partido. Helguero hablaba de problemas en la economía a consecuencia de la sequía que asoló tierras piuranas a finales del siglo XVIII.[173] Mencionaba Helguero que las aguas podían escasear por cerca de 11 años. Él se estaba proyectando, pues estaba en el periodo de sequía cuando elevó este informe.[174] No eran peregrinas sus preocupaciones. Esta eventualidad climática tuvo graves consecuencias para la economía piurana. En el año 1803, el cabildo de Piura remitió un oficio al Consejo de Indias para solicitar que el puerto de Paita quede liberado así como lo habían sido los puertos de Pacasmayo y Huanchaco. La razón de este pedido, entre otros, era la ausencia de lluvias:

> Las haciendas más estimables que eran el ornamento de la provincia, en el día no se dejan ver sino como unos campos desolados. Sus capitales consistentes en

---

173. No se ha llegado a determinar con exactitud la fecha de esta sequía. El piurano Santiago Távara, en el siglo XIX, da el lapso 1792-1802; sin embargo, como vemos en la cita que sigue en el texto, para 1803 los hacendados aún están hablando de ausencia de lluvias. También Távara afirma que "Fue año copiosísimo: 1804. Larga esterilidad: año 1814" (Santiago Távara: "Proyecto de irrigación", Lima, 1854, Imprenta de El Comercio. Citado por Mabres, Woodman y Zeta 1993: 397).

174. Entre las consecuencias de la sequía, Helguero menciona: "En esta época triste, que lamenta la ciudad y su provincia no hallan otro arbitrio los hacendados que la componen que girar por distinta suerte para satisfacer las crecidas pensiones que reconocen sus fincas, porque siendo ellas vestidas de ganados, cuyos frutos hacen el todo de su utilidad; se privan de ella; a causa que los pastos, con que se mantienen las crías, y los capitales que las producen faltan enteramente, y los árboles algarrobos, que es el alimento nutritivo y esencial se convierte en un palo seco, desnudo de su verdor y fruto, y con esta penuria son acéfalas las haciendas, y por entonces de ningún modo ventajosas a sus dueños, ni útiles al partido que también carece del dinero que pudiera girar, y de los bastimentos y frutos, y aun de los utensilios necesarios para un descansado sustento" (1984 [1802]: 10).

> ganados cabríos, extinguidos con la falta de pastos, han deteriorado todo su valor; y por consecuencia al mismo paso que han perdido la especie, han cesado también de beneficiar las pieles y fabricar los jabones de que abastecía a muchas provincias de este reino. Todo, todo ha sido una ruina.[175]

Helguero acusa que debido a la escasez de precipitaciones fluviales no pueden hacerse sementeras más que a las orillas de los ríos Tumbes y Chira. El piurano Juan Cristóbal de la Cruz, en 1810, propone a la Regencia la construcción de una obra que traiga las aguas de sus fuentes, "unas lagunas o manantiales que aseguran existen en la serranía inmediata al origen o madre de dicho río [Piura]".[176] Hay preocupación, entonces, por superar las dificultades propiciadas por el clima y la geografía del lugar, pues sin agua moría la producción de las haciendas, el pasto para los animales, decrecían las manufacturas y aminoraban las ganancias en la comercialización, entre otros estragos.

Por otra parte, el libre mercado iniciado por los Borbones y la apertura del puerto de Buenos Aires restringieron los mercados lejanos. Los productores de azúcar se vieron perjudicados, afirmaban, por el contrabando del azúcar brasileño que se hacía por Buenos Aires. El azúcar de Lambayeque no pudo competir y quedó reducido, mayormente, a los mercados de Lima y Chile. Al no vender como antes, los excedentes inundaron el mercado local, y las ganancias ya no eran las mismas.[177] Si a esta política económica le sumamos otros factores (como el clima, la disponibilidad de mano de obra y el incremento de los impuestos) tendremos una economía algo inestable y en proceso de recomposición.

Entonces, cabe preguntarse: ¿hubo crisis a consecuencia de las guerras de independencia? La generalidad de los estudios ha respondido de manera afirmativa, centrando su mirada en los acontecimientos de la capital del Perú, del centro y posiblemente del sur del país, por ser estas regiones los últimos

---

175. Solicitud del cabildo de Piura de privilegios para el puerto de Paita, medio para recuperarse económicamente el partido. AGI. Lima, 727, n.° 40/1803/ Duplicados del virrey.

176. Exposición de Juan Cristóbal de la Cruz sobre situación de Piura, dirigido al primer ministro del despacho de Real Hacienda (AGI. Lima 1012, año 1810, fol. 19). Para 1867, en Amotape ya se habían hecho varios intentos de aprovechar el agua del río Chira, cuyo caudal era constante. Así, la primera bomba de agua fue la de la hacienda Paderones, del señor Woodhouse, en la que también se cultivaba la cochinilla. También en Amotape estaba la segunda máquina plantada por el señor Sterling. En frente de esta, en la otra banda del río, se hallaba otra bomba de agua del señor Blacker, en la hacienda Rinconada, que, hasta 1830, fue propiedad de Helguero. Se usaban para los sembríos de algodón. Pero la de mayor escala fue la instalada en Monteabierto, en tierras de la hacienda Tangarará. En Sullana, en la hacienda Huangalá, se encontraba la otra bomba de agua de gran potencia: 80 caballos de fuerza (Raimondi 2012: 633-634).

177. Ramírez 1991: 239.

reductos de poder del gobierno virreinal. Sin embargo, ¿qué tanto afectaron estas guerras la economía del norte peruano como para producir un quiebre? Aunque sea verdad que el norte estuvo distanciado de zonas convulsionadas políticamente en el Perú en la independencia[178] (a pesar de la contrarrevolución que surgió en Maynas), en el ámbito económico sí hay que intentar profundizar en otras lecturas aunque no se tenga una respuesta definitiva a la interrogante planteada.

Los ejemplos antes mencionados nos sirven para determinar dos líneas de análisis. La primera de ellas se centra en una crisis económica anterior a la independencia. Se trataría de una problemática iniciada varias décadas antes y que agudizó un proceso que venía de tiempo atrás, ya sea por la política borbónica, por los desastres climáticos o por la evolución ideológica de los sujetos económicos. Esta línea se distancia del planteamiento historiográfico que afirma que, para el caso limeño, los mercaderes superaron el inicial desequilibrio de la apertura del libre comercio y la capitalidad de Buenos Aires, y más bien su economía se vino abajo con la independencia.[179]

En este mismo punto conviene ir haciendo diferencias, pues el norte no fue nunca una entidad económico-política y social homogénea. Las restricciones de la Corona española al comercio fueron más resentidas por la parte costeña del activo norte mercantil que por su contraparte serrana, no obstante depender de los mercados y circuitos de la costa para la circulación de sus productos. Al momento de la independencia, las zonas más alejadas de los puertos serían las más conservadoras y reacias al cambio.[180] Bien pudo ser este el caso de Chachapoyas, a camino entre la sierra y la selva, donde el estanco del tabaco en el siglo XVIII fue lo que movió grandemente la capacidad de comercio de este espacio. Y es aquí donde conectamos con la segunda línea de análisis: la posibilidad de que algunos espacios dentro de la región sí se hayan visto afectados significativamente por todo el proceso de escisión política.

A inicios de la República, según datos que manejaba el intendente de Chachapoyas, la ciudad tenía 5083 mujeres y 5093 hombres, lo que hacía un total de 10.176 habitantes, entre blancos e indios. Pero la cifra, en décadas anteriores, había sido de aproximadamente 20.000 habitantes. Esa diferencia se debía, según esta autoridad, al cambio experimentado por el tabaco a consecuencia de la independencia, por dos razones. En primer lugar, porque, con el monopolio

178. El coronel M. Bonilla afirma que podría considerarse el norte fuera de la zona sísmica del terremoto político, y esto atañe al espacio comprendido desde el Guayas hasta el valle de Chancay (Bonilla 1920: 259).

179. Mazzeo 2012, Anna 2003.

180. Aldana 1997: 160.

del gobierno español, algunas personas habían sido nombradas para hacer las compras y llevarlas a la costa; aquellas recibían salarios considerables, por lo que la moneda había entrado en circulación. Cuando cesó el monopolio se produjo una paralización temporal y varias familias afectadas abandonaron el distrito. En segundo lugar, no hay que olvidar que la independencia demandó reclutas en todo el Perú, por lo cual fueron requeridos en momentos concretos hombres provenientes de la montaña, de lugares que no habían sido agotados demográficamente por las guerras. El intendente de Chachapoyas afirmaba "que desde el comienzo de la revolución, 1800 hombres se habían ido de la provincia como soldados".[181] Aunque las cifras no sean exactas —solo tenemos la palabra del intendente al viajero—, ni las de la población total existente ni las de aquellos que se fueron del lugar, es muy significativo para la economía este desplazamiento poblacional, en uno y otro caso, a consecuencia de la guerra de independencia.

A pesar de que las respuestas a los requerimientos de monetario no sean las pruebas más fiables de inexistencia de capital de los vecinos, dan noticias que nos pueden ayudar a pensar más en el proceso en su conjunto. Si a lo largo de estas páginas queda claro que la economía del norte peruano se conectaba con espacios dentro y fuera del Perú —desde Callao hasta Madrid—, la imposibilidad de comerciar con ellos a partir de 1816 sí tuvo que afectar en alguna medida las economías particulares que eran las que movían los grandes capitales. Diego de Escandón —natural de Santiago de Chile y residente en Piura— mencionaba:

> Que son demasiado notorias, y le son constantes las considerables pérdidas que he sufrido en Chile, Paita y el Chocó, invadidos por los enemigos que se han empeñado en nuestro exterminio, y que en el día estoy reducido al pequeño giro que permiten los cortos fondos que la casualidad ha podido salvar.[182]

El peninsular José Joaquín de Iriondo, también vecino piurano, afirmaba: "Mi capital es de muy corta consideración, tan pequeño cual se puede salvar en las precipitadas fugas que hice del Río de la Plata y de la Carrera del Cuzco, el año 1819, que me quedé absolutamente desnudo".[183]

Aquella era la realidad de parte del estamento de privilegio, que pudo sobrevivir holgadamente por su capacidad mercantil y sus negocios con otros puertos, aunque igual tuvieron muchas contrariedades. Pero qué hay de los estratos sociales intermedios que vivían normalmente "al día". Estos sí lo podían estar pasando peor: "Esta ciudad [Piura] y provincia se halla tan pobre porque

---

181. Lister 1973: 170.

182. ARP. Serie: Intendencia. Leg. 43, exp. 890, año 1820, fol. 6.

183. Hernández 2008: 290.

todos los ramos de que se sostenía han caído, y así compadécese ver esta gente pobre en la miseria que se halla, pues andan con sus alhajitas de casa en casa empeñándolas para buscar el pan de cada día".[184] El cura párroco de Tumbes manifestaba por su parte: "Todos suspiran, no se oyen más que ayes".[185]

Y es que luego de proclamada la independencia en las ciudades que conformaban la intendencia de Trujillo, de inmediato vinieron las órdenes de entrega de donativos y cupos para la consumación de la guerra. Si ya existían problemas de inestabilidad económica en los años previos a la llegada de San Martín al Perú por haberse cortado los circuitos comerciales tradicionales (1816-1820), los tiempos que siguieron supondrán exacciones económicas. Paralelamente a este proceso de desequilibrio económico por cualquiera de las razones planteadas, no hay que olvidar la cuestión de la mentalidad. Como afirman Aldana y Diez (1994), para el caso piurano la guerra de independencia no destruyó la infraestructura productiva como sí lo hizo en otras regiones del país; más que los efectos de la guerra, lo que pudo afectar fue la separación ideológica de España. Entre los habitantes de Contumazá, en el Trujillo de 1827, Henry Lister se encontró con una mujer mayor que estaba sorprendida por la presencia de un extranjero en esas tierras: "La anciana estaba evidentemente mucho más sorprendida ante los cambios que se realizaban y todavía seguían sucediendo en el Perú. *El oponerse a la autoridad del rey de España estaba muy lejos de su comprensión* y parecía considerar muy extraño que un oficial británico cruzara a través del país".[186]

Es cierto que en el norte —costa y sierra— no hubo enfrentamientos armados de los ejércitos en lucha, pero los cupos a los hacendados y el expolio de objetos de plata en las iglesias fueron sustanciales para la causa de la independencia,[187] sobre todo a partir de 1823, que es de cuando datan los pedidos monetarios de mayor peso por parte de Simón Bolívar.[188] Es esta la otra mirada a la consideración tradicional del norte patriota que auxilió a la capital del Perú en tiempos revueltos.

Comparativamente al resto del país, el norte sobrevivió a los tiempos de cambio; no se dio un trastoque significativo en las fortunas de las familias que, desde épocas anteriores, habían diversificado su economía. Esta diversificación, junto con el trabajo económico de todo un clan repartido estratégicamente en centros de producción y mercados regionales, pudo sortear tanto

---

184. AGN. Colección Tomás Diéguez (CTD). Caja 2, carpeta 8, año 1823, fol. 1-1v.

185. AGN. CTD. Caja 7, carpeta 25, doc. 76, año 1823, fol. 76.

186. Lister 1973: 153. Las cursivas son nuestras.

187. Aldana y Diez 1994: 86.

188. Hernández 2008: 340-342.

los años de guerra como los que siguieron inmediatamente al establecimiento de la República. Es muy probable, por otro lado, que hayan estrechado más sus vínculos con los comerciantes foráneos que se venían haciendo presentes en las transacciones mercantiles desde fines del siglo XVIII. Ingleses y norteamericanos irrumpieron en los árboles genealógicos de las familias de tradición en el norte, precisamente, porque antes se habían hecho necesarios en el comercio norteño. En esto el norte tomó distancia de la historia económica de la capital; de hecho, San Martín consigue recuperar fuerzas antes de entrar a Lima con recursos y hombres enviados del norte por el marqués de Torre Tagle.[189] Pero esta es solo parte de la historia. Queda indagar a profundidad sobre los efectos concretos en el campo, en los telares, en las industrias y en las minas, que habían sido pilares y que ahora, en una época de incertidumbre política, sufrieron embates.

189. Sánchez 2001.

Anexos

Cuadro 1

MINERALES Y LUGARES DE EXTRACCIÓN EN EL NORTE DEL PERÚ

Departamento de Amazonas		
Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Bongará	Pirita, limonita	Cueva, pueblo de San Carlos
Chachapoyas	Limonita, óxido de manganeso y sílice. Cerusa, galena, dolomita ferruginosa, plomo, tennantita, chacolpirita, turba, cuarzo, óxido de fierro, cuarzo cavernoso aurífero, pirita aurífera, fierro oligisto micáceo, cuarzo y feldespato, oro nativo, cuarzo con talco	Ciudad de Chachapoyas; Vituya; mina cerca a Huancas; Tingo; Soncho; mina cerca a Taullia, veta cerca a Soloco; hacienda Chañico cerca a Utcubamba; valle de Luya; ruinas de Mangallpa frente a Kuélap; veta Enhorabuena cerca a Santo Tomás, filón Chururco, cerro de Santo Tomás
Departamento de Cajamarca		
Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Cajabamba	Galena argentífera, tetraedrita argentífera, calcopirita o gualda, galena antimonial argentífera, cerusa, anglesita argentífera, pirita de fierro, pirita de cobre, bournonita, cuarzo, limonita argentífera, pirita, antimoniato y arseniato de cobre, panabasita argentífera, boulangerita, sulfuro de cobre, antimonio, fierro y plata, sulfuro de plata, limonita terrosa argentífera, antimoniato de fierro, tennantita	Mina de Araqueda; mineral de Cajabamba; hacienda Gualanga; mina Camotera, mina Purgatorio, mina Cerro Blanco y mina Purísima del asiento mineral de Sayapullo
Cajamarca	Anglesita argentífera, antimoniato de plomo argentífero, galena, óxido de fierro, galena granular antimonial, ácido antimonioso, oro nativo, *mispickel* (sulfo-arseniuro de fierro), cuarzo, arseniato de fierro, chalcopirita, pirrotina o pirita magnética, calcita lamelar, blenda, pirita, limonita, cerusa, materia depositada por el agua termal de Cajamarca, blenda ferruginosa, sulfuro de antimonio y plomo, galena antimonial argentífera, carbonato de cobre, carbonato de plomo, arigirosa, bleinierita argentífera, peróxido de fierro, arseniato de fierro, talco sedoso, talco esteatita, axinita con talco clorítico, cloruro de plata, sílice, blenda, *smithsonita* (carbonato de zinc), cuarzo geódico, oxisulfuro de plomo, melanteria, jarosita, filipsita, malaquita, silicato de cobre, pirargirita, jamesonita argentífera, panabasa argentífera y plomífera, pirita blanca, calcita	Mina de San Jorge de Chairamonte, minas del cerro Chirimpata cerca a Asunción, Huayapampa, Pauca cerca a San Jorge, camino entre Pacasmayo y Magdalena, inmediaciones del pueblo de San Pablo, mina Santa Rosa, mina Pilancones, mina San Antonio, mina San Agustín, mina Virginia, mina Murciélagos, mina Esperanza, mina Paredones, mina Progreso, mina Esmeralda, mina Victoria, mina Valenciana y Mina de los Muertos en el cerro de Chilete; mina Olvido en San Luis; mina Dolores, mina Andaluza del asiento de Punre; mineral de Cascabamba en Contumazá, Cayán, mina de la Sola y Yautun en Cutervo, río Doñana entre Chota y Marcopampa

Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Hualgayoc	Sílex-madera fósil, freislebenita o *brongniardita*, pirita, cuarzo, galena argentífera, pirita, anglesita, tetraedrita, arseniato de cobre y fierro, baritina, plata nativa, cuprina, malaquita, brochantita, *marcylita*, chalcosina, panabasa argentífera, blenda, huascolita argentífera, siderosa, filipsita argentífera, limonita argentífera, carbonato y silicato de cobre, argirosa, óxido de fierro, jamesonita argentífera, anglesita, panabasa argentífera, kobellita argentífera, silicato de fierro, fierro oligisto, alumógeno, psaturosa o estefanita, ágata, jaspe	Hacienda Yanacancha, entre Cajamarca y Hualgayoc; mina Barmaneda, mina de los Negros, socavón real del cerro de Hualgayoc; mina El Purgatorio, mina Barbaneda, mina Aranzazu, mina San Isidrito, mina López, mina Santo Cristo, Mina Colorada, mina San Antonio, mina Campanario, mina Granadina, Gordas, bocamina San Francisco, cerro María, mina Santa Lucía, socavón El Milagro, Veta del Pilar, Veta del Rey en asiento mineral de Hualgayoc; Mina del Cisne, mina Oriental, cerca a Hualgayoc; mina Cobre de San José; mina Los Negros; mina Sevillana; Cerrito de la Hacienda Livis; mina del Arco en cerro Cushuri; cueva de los Steatornis de Ninabamba
Departamento de La Libertad		
Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Bolívar	Chalcopirita, cuarzo, calcita, limonita, *epsonita*, galena antimonial, cuarzo ferruginoso aurífero, fierro oligisto	Cerro de Condorsiriman cerca de Cajamarquilla, Cerro de la Nieve llamado Mamatierra, Cerro de Pavillen, cerro Corralen.
Huamachuco	Oro nativo con limonita y cuarzo, calcopirita, malaquita, jamesonita, pirita	Cerro del Toro, cerca a Huamachuco, mina al norte de Huamachuco, hacienda de Calipuy.
Otuzco	Panabasa argentífera y zinquífera, pirita, *mispickel*, cobellina, pirita argentífera, tetraedrita argentífera, limonita, arseniato de fierro, baritina, sulfuro arsénico, galena argentífera, persulfuro de plomo con blenda y pirita, pirita magnética, cuarzo, oro nativo con limonita, cerargirita, cloruro de plata y óxido de manganeso en el cuarzo, atacamita y crisocola, acerdesio con cuarzo y silicato de cobre, sulfuro de plomo y plata, silicato de manganeso negro, buornonita argentífera, plata nativa, cuarzo cristalizado con pirolusita, freislebenita, estibina	Cerro Igor, Mina del Rey del asiento de Malín, mineral de Cospega, mina Esperanza, mina de San José, mina de Pique de Salpito, mina de Carabamba, lugar Milluachaqui del mineral de Salpo
Pacasmayo	Cerusa con azurita, crisocola y malaquita, atacamita, magnetita con pirita	Cerros cerca a la hacienda Talambo, cerro de Puémaque, cerros cerca a Pacasmayo, cerro de Tolón
Pataz	Pirita aurífera, cuarzo y limonita, chalcopirita aurífera con malaquita y cuarzo, oro nativo, antimoniato de fierro y plata, cerusa argentífera con silicato de fierro, galena argentífera	Buldibuyo, mina Los Huntos, mina entre Buldiyo y Huaylillas, mina en Parcoy, mina Gigante; mina Yanacullo, lavaderos en la orilla del río Cajas cerca de Tayabamba
Santiago de Chuco	Bournonita argentífera, limonita terrosa, blenda, chalcopirita, calcita, estibina plomífera y argentífera, pirita, cuarzo	Mineral de Angasmarca, baños termales de Cachicadán, mineral de Quiruvilca, hacienda Porcón; La Palma, cerca de la hacienda de Llaray; mina Santa Rosa, hacienda Calipuy

va...

...viene

Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Trujillo	Cuarzo ferruginoso con cantidad insignificante de oro, fierro oligisto, magnetita, malaquita, cuarzo, anfíbol horneblenda, feldespato *oligoclás*, limonita con roca cuarzosa argentífera, *mispickel*, arseniato de fierro, pirita, galena, sulfuro de cobre, carbonato de cobre terroso, pirita magnética, buornonita argentífera, yeso, siderosa con calcita y limonita	Cerros del puerto de Salaverry, cerros cerca de Simbal, cerro de Avendaño, entre Chicama y la hacienda Menocucho, Mina del Señor Archimbaud en Trujillo, cerros de Trujillo, mina cerca a Huamasiraña, hacienda de Guadalupito, orilla del Santa
	Distrito de Lambayeque	
Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Chiclayo	Anglesita, cerusa, galena, antimoniato de plomo, cuarzo, óxido de fierro	Mineral cerca de Chongoyape
	Departamento de Piura	
Provincia	Minerales	Lugares de extracción
Huancabamba	Galena, cerusa, anglesita, limonita, pirita con cuarzo	Cercanías de Huancabamba, cerro Chihuata en Huancabamba
Paita	Malaquita, atacamita, criscola, cuarzo	Cerros de Amotape
Piura	Alumógeno, escolecita, brea terrosa, alumbre, oro nativo en el cuarzo con pirita y malaquita, limonita con óxido de manganeso	Cerca de Punta Aguja
Tumbes	Madera petrificada	Cercanías de Zorritos

Fuente: Elaboración propia considerando la obra: *Los minerales del Perú*, por Antonio Raimondi. Descripción mineralógica detallada de nuestra República, Tomo II. Publicado por el Supremo Gobierno del Perú, 1939.

Cuadro 2
RELACIÓN DE HIERBAS, UTILIDAD Y USOS MEDICINALES
EN EL PARTIDO DE PIURA

Nombre	Características	Sana
Tamarindo	Se produce en el partido con abundancia. Hacen frecuente uso en las boticas de América.	Útil para purgarse y para refrescar la sangre.
Quinaquina	Propio de los lugares calientes, abunda en la montaña. Su madera es muy sólida y buena para los edificios.	Fortalecer la cabeza y quitar sus dolores, cuando provienen del frío o del aire. Su semilla se toma en agua con miel de caña para los pujos de sangre.
Piñón	Árbol de este territorio, se cría en lugares calientes.	Útil para purgarse y las hojas aplicadas a las apostemas, sanan.
Taya o tara	Se da en los valles. Produce una vainilla que se usa mucho para hacer tinta.	Hoja infundida en agua fría, buena para curar los ojos bañándose con ella.
Molle o mulli	De lugares calientes y templados de sierra. Su semilla es la verdadera pimienta. Indios la echan a la chicha para darle fuerza, aunque les es muy nociva.	Resina aplicada en parches a las sienes. cura el dolor de cabeza que proviene del pasmo o aire. Félix Palacios en su *Farmacopea* dice que es astringente blando y que sirve para los flujos, hemorragias y corroborante del estómago.
Cascarilla	Se consume mucho en Europa y Asia para tintes. Artículo de comercio más abundante de este reino. En este partido, se da en el cerro de Paratón, en la doctrina de Huarmaca; en Sóndor anexo de Huancabamba se produce igualmente.	Febrífugo para las tercianas y otros muchos remedios útiles de la medicina.
Palo santo	Abunda en la sierra. La resina que produce cura enfermedades. Su espíritu sacado de ella, de la corteza o madera, quita los paños o manchas de la cara, siendo tanta la fe que tienen en este palo, que hacen cruces de él y las traen colgadas, juzgándolas por preservativo de los hechizos: puesto un palo en la boca mitiga la sed.	Para curar la sangre lubia, deshecha en agua y bebida. La usan también para dolores de cabeza puesta en parches.
Arrayán	Se da en la parte de la serranía.	Cocida el agua de su hoja, y haciendo enjuagatorios, quita el mal olor de la boca y afirma la dentadura.
Culen	Se da en lugares fríos, y en este partido en el que comprehende a la serranía.	Hojas cocidas en agua curan las indigestiones, y es un sudorífico tomada caliente para curar los resfríos, que son comunes en estos valles.
Cardo-santo	Propio de lugares calientes y templados.	Su hoja frita en cebo, molida y aplicada se usa para madurar incordios y apostemas. La semilla que encierra el botón, así como el de la amapola, es purgante muy activo. La leche que arroja sirve para curar los ojos llagados. Su raíz cocida en agua se toma para curar opilaciones.

va...

...viene

Nombre	Características	Sana
Daco o cagua	Se halla en las inmediaciones de Jaén, que se produce en todos los lugares templados de la sierra. Los niños pobres de Jaén aprenden a escribir en sus hojas con rayados de caña, sin tinta, quedando estampadas las letras de colorado.	Arroja resina semejante al incienso, llamado almáciga; sirve para contener la lipidia; tiene mucho uso en las boticas.
Oberal	Se dan en algunos lugares fríos de sierra y aun de valles. Produce una fruta o grano colorado que sirve de pasto a las pavas del monte.	Sus hojas estrujadas en agua, y bañándose con ella, cura la erisipela, así como también su zumo aplicado en la forma referida sirve al mismo útil fin.
Jazmín de Cartagena	En España la llaman yamela; es muy fragante.	Su cogollo es bueno para curar llagas de la boca que provienen del gálico y calor: sudor blanca refregada sobre los empeines, los quita.
Zarzaparrilla	Se da en los lugares húmedos y cálidos, en algunos partidos de este gobierno.	Se toma particularmente en Piura, donde más abunda para el mal gálico, abriendo por medio el bejuco que también enreda a los árboles, e infundiéndolo en agua hasta el segundo día; y la toman en varias preparaciones y modos.
Calaguala	Propia de lugares fríos, siendo la mejor y la más fina aquella que se cría sobre la piedra y en aquellos pináculos de las Cordilleras.	Se aplica con éxito experimental amartajada, y puesta en infusión en chicha o vino, bebida para extinguir el gálico, y para insolver los incordios, tomada en la misma conformidad, y para evitar apostemas que provengan de algún golpe.
Barbasco	Hierba propia de lugares ardientes.	El zumo mata los gusanos de toda úlcera o llaga sin dañar al paciente.
Achumecaguan	Se da en todos los temperamentos de valles y sierra.	Se tiene por cálida y purgante, usando de ella cocida y bebida por ocho días continuados, y tomando al noveno en polvos su semilla deshecha en agua templada.
Aylampo	Se da en los lugares templados de la sierra. La usan también para dar color encarnado subido a las obleas, y pudiera servir, según la hermosura que tiene, para teñir otras cosas diferentes.	Tomando su cocimiento bebido, se valen de él en muchas partes las mujeres para arrojar las secundinas o pares.
Contrahierba de rabo de zorro	Se da en climas fríos y templados de la sierra.	La dedican con aprecio, cocida y mezclada con manteca y azúcar, para los empachos; y cuando es sola cocida con azúcar, sirve para sudar, y de un modo y de otro, es muy usada por un éxito provechoso que se ha experimentado. [¿?]
Hierba centaura	Se da en los temples.	La aplican generalmente cocida y bebida para extraer los empachos, y sana la ictericia.

Nombre	Características	Sana
Chilca macho	Se da en los lugares calientes.	Se usa para curar los tumores o exuberancias que se crían del frío. Cocida, y dándose con su agua baños, aplicando sus hojas quebrantadas al sitio de la dolencia.
Botoncillo	Se cría en los climas templados al contorno de las acequias.	Hervida en agua, haciendo enjuagatorios, se usa para el dolor de muelas; sana las encías cuando se descarnan de los dientes.
Bledillo	Se da en los lugares templados.	Se administra en cocimiento para los empachos. Tomada por la boca sirve, asimismo, para curar los tabardillos.
Estudesa	Se produce en lugares templados. De esta se vale la gente pobre de la sierra para cubrir los techos de sus casas por el costo en lugar de tejas.	Cocida la raíz, es un método curativo que usan sus naturales en bebida para el dolor de costado.
Contrahierba real	Se cría en temperamentos fríos y en las serranías de este partido.	Para contener y estancar la sangre que viene del pulmón, puesta en emplasto sobre él, y en especial para quitar las tercianas malignas. Singular refrigerante de la sangre, tempera la cólera. Su cocimiento bebido extingue el amargor de la boca. Es contraveneno, y desleída en vinagre, alivia el dolor de las muelas; es olorosa.
Cuchillopihco	Países fríos y templados.	Bebida en cocimiento, sirve de un total alivio para la detención de orina. Se aplican también los polvos que de ella se hacen para sanar las quemaduras.
Chilca	Hierba que sirve para teñir el color verde fino. Su cocimiento hace impresión solo en lo que tiñe. La usan mucho para el color de los zapatos pintados.	Hervidas sus hojas en vino, sirve para dislocaciones, aplicadas a la parte, porque es muy restringente.
Doradilla	Se cría en lo frígido; hay en la parte que toca a la sierra del partido.	Cocida en agua cuanto le dé color, y bebida, es muy saludable para el dolor de costado, y se tiene por desopilativa.
Escobilla	Reputan cálida. Se da esta hierba en los lugares ardientes y templados de esta sierra de Piura.	La acostumbran beber cocida para corregir la cólera.
Escorzonera	Abunda más en los temperamentos fríos que en los cálidos, pero se encuentra en Piura.	La toman generalmente hervida en agua puesta en infusión, y serenada o estrujada en agua fría para refrescar la sangre, el calor del estómago y curar las fiebres.
Flor de amores secos	Se produce en lugares templados.	Se hace uso de ella hervida en agua para sanar la hidropesía.
Guayusa	Se produce en las partes cálidas.	Provechosa para los pasmos, aunque la usan poco; es eficaz para desobstruir y darle el ordinario curso al menstruo.

va...

...viene

Nombre	Características	Sana
Ortiga de león	Abundante en países frígidos.	La beben para purgar los humores gálicos; y cocida su raíz en agua se toma para sujetar y contener la sangre por la boca. Se cree también que es muy proficua para expeler y arrojar las apostemas interiores por el curso.
Huacchapurga	Se produce en lugares calientes. En nuestro idioma significa "purga de pobres".	Guisándola con agua, manteca, cebolla, ajos y pimientos, se tiene por purgante, tomándola en el desayuno.
Huarmi-huarmi	Se da en todo temperamento. Su cocimiento es bueno para el tinte amarillo de que usan en Piura, y más en otros partidos, particularmente en Chachapoyas.	Hervida en agua la beben para la purgación y retenciones de orina.
Ortiga del oso	Se cría en lugares fríos y se halla también en las serranías de este país.	Hervida en agua se tiene por muy buena para curar el gállico.
Hierba blanca	Sirve de alimento a gentes pobres. Hacen de ella ensalada cocida con manteca, que se parece a los yuyos. La dan comúnmente a los cuyes; cómenla también cruda en Piura.	Dicen que sirve para flujos de sangre.
Hierba del toro	Se produce en los lugares templados y fríos.	Cocida en agua y bebida se usa para los afectos del pecho, preserva el dolor de costado, cura las inflamaciones de los testículos y sirve para purgar el humor gálico; deshace prodigiosamente los apostemas interiores, y es también provechosa para evitar los dolores provenidos del molimiento que origina algún viaje o ejercicio violento.
Desflemadera	Abunda en lo más húmedo a orillas de los arroyos.	Buena para quitar los reumas de la cara, de dientes y muelas, pues mascando un poco de su raíz, llena la boca de tanta flema que hace descansar los vehementes dolores de la fluxión.
Hierba del incordio		Se valen de ella para quitar las glándulas que han dimanado del incordio, molida y aplicada a esta parte: también es buena para sanar las tercianas tomándola cocida en agua.
Lengua de vaca	Se cría en lugares fríos.	Puesta por el lado que tiene pelusa, su hoja sirve para abrir apostemas y fuentes. Gasta el callo o las carnosidades viciosas de las llagas. Por el lado que está lisa es de grande provecho para cerrar apostemas y carbuncios.
Lechugilla	Se da en todos los temperamentos.	Sus hojas aplicadas a las llagas las hace purgar, las refresca y fresca. Usan también su cocimiento para curar los tabardillos.

Nombre	Características	Sana
Monadilla	Se produce en los lugares calientes y templados.	Hervida en agua la acostumbran para corregir la sangre. Se tiene por buena para curar la ictericia bebida del mismo modo, pero preparándola antes con algún emético.
Siempreviva	Se halla en los lugares calientes y templados.	Hervida en agua y bebida ataja el flujo de sangre que viene por el curso y sirve para curar el mal de ojos.
Paico	Se cría en todos los temperamentos. Es tenida por la hierba de la fe.	Se usa en poleadas, guisos. Cocida en agua sirve para fortalecer el estómago, destruir las obstrucciones y curar las fiebres intermitentes.
Achupalla/ siempreviva	La llaman achupalla en los valles y siempreviva en las serranías. Se produce en todo temperamento.	El zumo se aplica para el dolor de oídos, y martajada estregando la encía es buena contra el escorbuto.
Perlilla	Se da en los climas templados, se tiene por fresca.	Cocida en agua la beben para aplacar los calores del estómago y refrigerar la sangre en las fiebres ardientes.
Hierba de Juan Alonso	Propia de lugares fríos y templados. La acostumbran mucho en todos los valles.	Es muy buena tomándola cocida en agua para temperar el calor del estómago y de la sangre.
Reimi	Se da en todo lugar templado de la sierra.	Curativa de las fluxiones y corrimientos, estrujándola y sorbiendo su zumo por las narices.
Sierrecilla	Se produce en lugares templados.	Muy usable en las purgaciones, hervida en agua y bebiendo esta.
Suelda con suelda	Propia de lugares frío y templados.	Se tiene por buena martajada y es aplicada a las fracturas para soldarlas.
Quinua colorada y blanca	Es de temperamentos fríos y templados. Su simiente es comestible. Se valen de la quinua colorada para dar color a las obleas.	La acostumbran en todo el reino, bebida su agua, para impedir el que se formen apostemas después de algún golpe que se recibe, y aun para sanar de aquellas. También la aplican para sudoríficos y pectorales, catarros y constipaciones. La usan para emplastos de contusiones y fracturas de huesos. La colorada que sirve para los mismos destinos es útil para vomitorios. Las hojas cocidas de la colorada, dándose baño con su agua, es provechosa contra la gota.
Mosqueta	Se da en algunos lugares calientes; es olorosa.	Sirve como purgante, reducida a jarabe, y la usa comúnmente la gente pobre cuando siente necesidad de este remedio.
Verdolaga	De todo temperamento. Es comestible.	Se tiene por fresca y adecuada para hacer ayudas [enemas] con ella, y curar por su medio los tabardillos.
Culantrillo	Es muy cálida; se bebe caliente después de hervida.	Específicamente el que llama "de pozo", es específico para hacer que venga la menstruación a las mujeres.

Elaboración propia a partir de Lequanda 1793b: 207-212.

Bibliografía

ALDANA, Susana
1988 *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura*. Piura: IFEA, Cipca.

1997 "Un norte diferente para la independencia peruana". *Revista de Indias*, vol. 57, n.º 209: 141-164.

1999 *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte (Piura, 1700-1830)*. Lima: Ediciones Panaca.

2006 "Lambayeque y el norte peruano en un contexto 'mundializado' ". *Revista Investigaciones Sociales*, año 10, n.° 17: 311-324. Lima: UNMSM.

ALDANA, Susana y Alejandro DIEZ
1994 *Balsillas, piajenos y algodón: procesos históricos en Piura y Tumbes*. Piura: Cipca.

ANNA, Timothy
2003 *La caída del gobierno español en el Perú: el dilema de la independencia*. Lima: IEP.

BONILLA, M. C.
1920 "Llampallec. Primer centenario de la independencia patria. Conferencia sustentada en el salón de actos de la Sociedad [Geográfica de Lima], el 27 de diciembre de 1920". *Boletín de la Sociedad Geográfica*, tomo 36, n.º 4: 245-282.

BUENO, Cosme
1951 *Geografía del Perú virreinal (siglo XVIII)*. Daniel Valcárcel (comp). Lima: s. e.

CHAMBERS, Sarah
2003 "Amistades republicanas. La correspondencia de Manuela Sáenz en el exilio (1835-1856)". En Scarlett O'Phelan et ál. (coord.), *Familia y vida cotidiana en América Latina: siglos XVIII-XX*. Lima: PUCP, IRA, IFEA, pp. 315-354.

CONTRERAS, Carlos
1995 *Los mineros y el rey: los Andes del norte: Hualgayoc 1770-1825*. Lima: IEP.

DÍAZ PRETEL, Frank
2014 *Familia, fortuna y poder de un vasco noble: don Tiburcio de Urquiaga y Aguirre 1750-1850*. Trujillo: Editorial Universitaria, Universidad Nacional de Trujillo.

DIEZ HURTADO, Alejandro
1998 *Comunes y haciendas. Procesos de comunalización en la sierra de Piura (siglos XVIII al XX)*. Cuzco: CBC, Cipca.

DOMÍNGUEZ BORDONA, Jesús (ed.)
1936 *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII: dibujos y acuarelas que mandó hacer el Obispo D. Baltasar Jaime*. Madrid: C. Bermejo y Tall. Hauser y Menet.

ESTELLA, Pedro de
1964 "Razón circunstanciada que Dn. Pedro de Estella, diputado del comercio de Lambayeque, produce al Consulado de Lima con relación de los ramos

de industria de aquella provincia". En Pablo Macera y Felipe Márquez, "Informaciones geográficas del Perú Colonial". *Revista del Archivo Nacional del Perú*, número especial, vol. 28, n.os 164-165.

Flores Guzmán, Ramiro
2010 "Los balleneros angloamericanos y la apertura comercial del Pacífico sur a fines de la época colonial (1790-1820)". *Histórica*, vol. 34, n.º 2: 63-98.

Gálvez Peña, Carlos
1998 "En la frontera del reino: apuntes sobre sociedad y economía de un curato en la sierra de Piura (1700-1800)". En Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours (comp.), *El Norte en la historia regional: siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA, Cipca, pp. 95-142.

Helguero, Joaquín de
1964 "Razón circunstanciada que D. Joaquín de Helguero, diputado de comercio de la ciudad de Piura, produce al Consulado de Lima, con relación a los ramos de industria de aquella provincia". En Pablo Macera y Felipe Márquez, "Informaciones geográficas del Perú Colonial". *Revista del Archivo Nacional del Perú*, número especial, vol. 28, n.º 164-165.

Helguero y Gorgoya, Joaquín
1984 [1802] *Informe económico de Piura 1802*. Transcrito por Nadia Carnero, Seminario de Historia Rural Andina, Colección Historia Piurana, n.º 1, Piura.

Hernández García, Elizabeth
s. f. Las doctrinas de indios, los curas y las autoridades eclesiásticas: el caso de Maynas (1802-1824). Inédito.

2008 *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Lima: Universidad de Piura, Instituto Riva-Agüero.

Humboldlt, Alejandro von
1802 "Viaje a Cajamarca". En José Agustín de la Puente (comp.), *La emancipación en sus textos: el Estado del Perú*. Vol: I. Lima: PUCP.

Hünefeldt, Christine
1986 "Etapa final del monopolio en el virreinato del Perú: el tabaco de Chachapoyas". En Nils Jacobsen y Hans-Jürgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru during the Late Colonial Period 1760-1810*. Berlín: Colloquium Verlag, pp 388-417.

Jaramillo, Miguel
1998 "El comercio de la cascarilla en el norte peruano-sur ecuatoriano: evolución e impacto regional de una economía de exportación, 1750-1796". En Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours (comps.), *El Norte en la historia regional: siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA, Cipca, pp. 51-94.

Juan, Jorge y Antonio de Ulloa
1953 *Noticias secretas de América*. Buenos Aires: Ediciones Mar Océano.

JUAN SANTACILIA, Jorge y Antonio DE ULLOA
2002 *Noticias secretas de América*. Luis Ramos Gómez (ed.). Madrid: Dastin.

KLEIN, Herbert S.
1994 *Fiscalidad real y gastos de gobierno: el virreinato del Perú 1680-1809*. Documento de trabajo n.° 66. Lima: IEP.

LA TORRE SILVA, Ricardo y Pompilio INGLESI (comps.)
2005 *Antonio Raimondi. Mirada íntima del Perú: epistolario 1849-1890*. Tomo I. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, BCRP.

LAVIANA CUETOS, María Luisa
1987 *Guayaquil en el siglo XVIII: recursos naturales y desarrollo económico*. Sevilla: EEHA, CSIC.

LEQUANDA, José Ignacio de
1965 "Descripción corográfica de la provincia de Chachapoyas". *Mercurio Peruano* [edición facsimilar], tomo V, n.º 165, 2 de agosto de 1792.

1966a "Descripción del partido de Saña o Lambayeque por Don Joseph Ignacio Lequanda, contador de la Real Aduana de Lima". *Mercurio Peruano* [edición facsimilar], tomo IX, n.º 285, 26 de septiembre de 1793.

1966b "Descripción geográfica del partido de Caxamarca en la Intendencia de Trujillo, por Don Joseph Ignacio Lequanda, contador de la Real Aduana de Lima". *Mercurio Peruano* [edición facsimilar], tomo X, n.º 333, 13 de marzo de 1794.

1793a "Descripción geográfica de la ciudad y partido de Truxillo". *Mercurio Peruano*, tomo VIII, n.º 247, 16 de mayo de 1793.

1793b "Descripción geográfica del partido de Piura perteneciente a la intendencia de Trujillo". En *Mercurio Peruano*, tomo VIII, n.º 263, 11 de julio de 1793.

LEGUÍA Y MARTÍNEZ, Germán
1914 *Diccionario geográfico, histórico, estadístico, etc. del Departamento de Piura*. Volumen 1. Lima: Tipografía "El Lucero".

LESSON, René
1971a "Situación del Perú en 1823". En Estuardo Núñez (comp.), *CDIP*, tomo XXVII, vol. 2. Lima: CNSI.

1971b "Travesía del Callao a Paita". En Estuardo Núñez (comp.), *CDIP*, tomo XXVII, vol. 2: *Relaciones de viajeros*. Lima: CNSI.

LISTER MAW, Henry
1973 "Travesía del Pacífico al Atlántico cruzando los Andes por las Provincias Septentrionales del Perú en 1827". En Estuardo Núñez (comp.), *CDIP*, tomo XXVII, vol. 4. Lima: CNSI.

LOFSTROM, William
2002 *Paita y el impacto de la flota ballenera norteamericana en el norte peruano, 1832-1865.* Piura: Caja Municipal de Ahorro y Crédito.

Mabres, Antonio, Ronald Woodman y Rosa Zeta
1993 "Algunos apuntes históricos adicionales sobre la cronología de El Niño". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 22, n.º 1: 395-406.

Macera Dall' Orso, Pablo y Felipe Márquez Abanto
1964 "Informaciones geográficas del Perú Colonial". *Revista del Archivo Nacional del Perú*, número especial, vol. 28, n.os 1-2.

Martínez Compañón, Baltasar
1978 *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*. Vol. 1. Teresa Armiñán (ed.). Madrid: Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.

Mazzeo De Vivó, Cristina
2012 *Gremios mercantiles en las guerras de independencia: Perú y México en la transición de la Colonia a la República, 1740-1840*. Lima: BCR, IEP.

Mellet, Julián
1971 "Impresiones sobre el Perú en 1815". En Estuardo Núñez (comp.), *CDIP*, tomo XXVII, vol. 1. Lima: CNSI.

Morales Cerón, Carlos Ernesto
2013 "Comercio y mercado del tabaco en la gobernación de Jaén de Bracamoros en la primera mitad del siglo XVIII". *Revista Investigaciones Sociales*, vol. 17, n.° 31: 147-153. Lima: UNMSM.

Núñez, Estuardo (comp.)
1971-1973 *Colección documental de la independencia del Perú*. Tomo XXVII, vols. 1, 2 y 4. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia.

O'Phelan, Scarlett et ál. (coords.)
2003 *Familia y vida cotidiana en América Latina: siglos XVIII-XX*. Lima: PUCP, IRA, IFEA.

O'Phelan Godoy, Scarlett e Yves Saint-Geours (comps.)
1998 *El Norte en la historia regional: siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA, Cipca.

Paz Soldán, Mateo
1862 *Geografía del Perú*. Obra póstuma del d. d. Mateo Paz Soldán, corregida y aumentada por su hermano Mariano Felipe Paz Soldán. Tomo I. París: Librería de Fermín Didot Hermanos, Hijos y Ca., Impresores del Instituto de Francia.

Petitjean, Martine e Yves Saint-Geours
1998 "La economía de la cascarilla en el corregimiento de Loja (segunda mitad del siglo XVIII-principios del siglo XIX)". En Scarlett O'Phelan Godoy e Yves Saint-Geours (comp.), *El Norte en la historia regional: siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA, CIPCA, pp. 15-49.

Puente Candamo, José Agustín de la (comp.)
1959 *La emancipación en sus textos: el estado del Perú*. Vol. I. Lima: PUCP.

Raimondi, Antonio

1862 *Apuntes sobre la provincia litoral de Loreto por Antonio Raimondi, profesor de historia natural de la Facultad de Medicina (publicada a expensas del Gobierno)*. Lima: Tipografía Nacional, por Manuel D. Cortés.

1939 *Los minerales del Perú, por Antonio Raimondi: descripción mineralógica detallada de nuestra República*. Tomo II. Publicado por el Supremo Gobierno del Perú.

1942 *Notas de viaje para su obra El Perú,* vol. I. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

2005 "Marcha a pie de Jeberos a Moyobamba". En Ricardo La Torre Silva y Pompilio Inglesi (comps.), *Antonio Raimondi. Mirada íntima del Perú. Epistolario 1849-1890*. Tomo I. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, BCRP.

2012 *El Perú*. Tomo I. Estudio preliminar de Ricardo La Torre Silva. Lima: UTP.

Ramírez, Susan

1991 *Patriarcas provinciales: la tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*. Madrid: Alianza Editorial.

Ramos Gómez, Luis (ed.)

2002 *Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa/Noticias secretas de América*. Madrid: Dastin.

Reyes Flores, Alejandro

1999 *Hacendados y comerciantes: Piura-Chachapoyas-Moyobamba-Lamas-Maynas (1770-1820).* Lima: UNMSM.

2001 "La clase terrateniente trujillana 1770-1820". *Revista Investigaciones Sociales*, vol. 5, n.º 7: 103-122. Lima: UNMSM.

Sánchez, Susy

2001 "Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la guerra independentista (1817-1826)". En Scarlett O'Phelan Godoy (comp.), *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: PUCP, IRA, pp. 237-264.

Sobreviela, Manuel

1964 "Carta escrita a la sociedad por el Padre Predicador Apostólico Fray Manuel Sobreviela, Guardián del Colegio de Santa Rosa de Ocopa, 9 de octubre de 1791". *Mercurio Peruano* [edición facsimilar], n.º 80: 91-104. Lima: Biblioteca Nacional.

Urquiaga y Aguirre, Tiburcio de

1964 "Razón circunstanciada que Dn Tiburcio de Urquiaga y Aguirre, diputado del Comercio de Trujillo, produce al Consulado de Lima con relación a los ramos de industria de aquella provincia". En Macera Dall' Orso, Pablo y Felipe Márquez Abanto, "Informaciones geográficas del Perú Colonial". *Revista del Archivo Nacional del Perú*, número especial, vol. 28, n.ºs 1-2: 186.

Valcárcel, Daniel (comp.)

1951 *Geografía del Perú virreinal (siglo XVIII)/Cosme Bueno*. Lima.

Capítulo 4

Liberalismo, economía y región: el escenario norteño entre 1840 y 1930

Susana Aldana Rivera

El siglo XIX peruano fue ciertamente épico, pues en él se creó la compleja República de Perú que hoy somos. Poco se ha percibido el titánico esfuerzo que fue pasar de una forma política (monarquía-virreinato) a otra (república) para quienes lo vivieron, por el desorden que supuso y los grandes cambios que comenzaron a presentarse. La república, la gran creación liberal burguesa, se estaba inventando sobre la marcha, con un gran número de elementos nuevos, por completo distintos de lo hasta ese momento conocido, que se comenzaban a desenvolver a la vez y en paralelo a lo habitual. Si las autoridades encargadas de dirigir este nuevo orden apenas entendían las relaciones que lo sustentaban, peor aún el conjunto social. Grandes cambios, en velocidad creciente, que, primero que nada, definieron nuevos agentes sociales que dejaron atrás las viejas formas de realización económica y que impulsaron la nueva forma política, sustentándola y abriéndole camino a como diera lugar y en contra de quien fuera. Los civilistas, que rebasaban lo que luego se conoció como Partido Civil, fueron liberales a la peruana, que se encontraban activos en todo el Perú y no solamente en Lima; negociantes que desde las regiones intentaron desarrollar una industria acorde al momento que vivían, y que, aunque no lo lograron, estuvieron en la carrera. Más aún los norteños, para quienes el algodón era un elemento común y cotidiano de su panorama productivo, que, como todos sabemos, se constituyó en el elemento central de la revolución industrial inicial. Grupos de comerciantes que pensaron su época, su país y su región, fueron actores socioeconómicos y no solo la opción no militar de la sociedad peruana, como generalmente se les percibe por oposición a los caudillos militares, y muchos de ellos trataron de realizarse desde las nuevas tendencias económicas persiguiendo la ganancia individual a través del intercambio

y la circulación de productos fabricados en serie. En el Perú y en la región, estos actores buscaron la libertad y el reconocimiento de derechos mediante la justicia, aunque no necesariamente comprendían el concepto de igualdad en los términos que lo entendemos hoy.[1] Peor aún desde la economía que supone la igualdad de oportunidades en la arena de mercado. Hay un trecho muy grande entre señalar, establecer y reconocer los derechos que en justicia todo ser humano tiene y el admitir y practicar la igualdad. La ideología liberal se decantaba y tomaba forma también en el norte del Perú.

Luego y en segundo lugar, en el mismo momento en que se concretó la república y la sociedad comenzaba la laboriosa tarea de estabilizarse después de los eventos traumáticos de la separación (*c*. 1830), reemergieron progresivamente las formas de vida tradicionales y cotidianas. Es decir, pasada la independencia y en la medida que no se trató todavía de una guerra total sino de acciones parciales, la gente retomó las prácticas sociales y económicas con las que hasta ese momento se habían venido sustentando. Pocos percibieron que, en realidad, un mundo había quedado atrás y que uno nuevo, con otro tipo de realización económica y de vida, se abría ante sus ojos. Nunca antes había pasado algo semejante, y la gente que vivía la etapa tenía poca o ninguna experiencia y apertura hacia los cambios crecientes y cada vez más palpables.[2] Ello quedará plenamente demostrado en las prácticas cotidianas de realización económica tan simples como la costumbre de pagar en especie que se tenía en el norte y el pago en moneda contante y sonante que se vuelve la norma en el Perú decimonónico. O en el hecho de que mientras que para los norteños más valía cuenta que renta, el nuevo orden liberal suponía un juego complejo de inversiones y recuperación de inversiones que rebasaba total y absolutamente los conceptos socioeconómicos que se cimentaban en las experiencias habidas hasta el momento.[3] Y sobre todo, las formas agrícolas, extensivas y de explotación tradicional debieron reconvertirse cada vez

1. Generalmente se habla de burguesía comercial norteña, como lo hace Gómez Cumpa (1989), pero no hay que olvidar que el sueño de los norteños fue industrializarse, e iniciaron esta carrera a fines del siglo XVIII, de manera semejante que en Europa, solo que múltiples elementos coyunturales impidieron su realización; por ejemplo, un "mercado" de apenas un millón de personas, cuya mayoría vivía en comunidades indígenas, o una ardua geografía combinada con distancias enormes, solo vencidas por el constante y continuo tesón de los arrieros.

2. Es interesante anotar este punto. Hoy, experimentando la hipermodernidad, vivimos una vertiginosa rapidez en relación con el pasado, incluso reciente. Quien haya vivido en el campo conoce que los tiempos rurales pueden ser muy diferentes. Sobre la hipermodernidad, véase Lipovetsky 1983.

3. Hago referencia a las formas financieras en uso. Para la etapa virreinal y en el norte, los comerciantes preferían tener cuentas, es decir, deudas impagas que mantenían el dinero circulando y generando intereses pagados ocultamente —porque no era algo bien visto por la Iglesia y, por tanto, la sociedad—. Por el contrario, la renta suponía una cantidad fija que inmovilizaba el capital. Véase Aldana 1999.

más rápidamente para adecuarse a los nuevos tiempos que corrían, con mercados con nuevos tipos de realización mercantil (agroindustria comercial) bajo el impulso liberal de los nuevos agentes burgueses peruanos en interacción con los actores económicos establecidos, dentro y fuera de la región, en la carrera por la construcción de la república, y que debía responder a un libre mercado nacional y sobre todo internacional (suramericano y europeo).

Por último, y sobre todo, está la consolidación de las regiones con élites plenamente conformadas y que, de un modo u otro —tampoco estudiado—, se habían asentado en el nuevo panorama nacional a partir de la retroversión de la soberanía y el espacio que ello permitió para la concreción y realización de los poderes económicos locales. Debe recordarse que un efecto directo de la eliminación del vínculo con el reino (imperio) español y la dilución del virreinato (vicerreino) planteó un problema muy grave en la realidad concreta del Perú: al no ser más el rey el vínculo unificador de la diferencia, los grupos de poder regionales comenzaron a desplegar sus estrategias de supervivencia y reproducción social en la nueva forma política y a competir por el posicionamiento en el nuevo tipo de institucionalización y consecuente burocratización en construcción. Élites regionales y locales que, a diferencia de otros espacios americanos, no eran nuevas, sino que habían reemergido desde un pasado profundo en el tiempo, totalmente matizadas por el proceso virreinal a fines del siglo XVIII, en el mismo momento en que comenzaba el proceso que terminaría por englobarlas bajo nuevas reglas de juego: la república y la nación fueron formas políticas que se decantaron a lo largo del siglo XIX con la llamada modernidad como estadio social, el liberalismo como ideología política y el capitalismo como forma de realización económica. Algunas de ellas eran muy poderosas económicamente hablando, como la élite norteña, eminentemente mercantil e imbuida de las ideas del momento, que financió la independencia y buscaba consolidar sus intereses en el nuevo plano nacional, que ya no virreinal; y tenía sus ideas sobre cómo construir una república, socialmente legítima, políticamente consensuada y sobre todo económicamente viable en el nuevo panorama moderno occidental de base liberal-capitalista.[4] Se trataba de un sistema diferente en construcción que aún no se entendía, pero que se intuía y comprendía conforme se vivía.

---

4. Aunque el sistema republicano se estaba inventando a inicios del siglo XIX, afirmo que los comerciantes norteños sabían políticamente lo que querían, pues buscaban asegurar su realización económica librecambista. Por ejemplo, el prócer Pedro de León comerciaba en Jamaica y el Caribe, donde muy vitalmente circulaban las ideas liberales inglesas y francesas (véase Thibaud 2014). También están los envíos de azúcar a Valparaíso, que conectaban a los comerciantes norteños con el numeroso grupo de franceses allí asentados, y no hay que olvidar a los balleneros norteamericanos y comerciantes cubanos que llegaban a la Little Jamaica (Paita). Además, como hijos de su tiempo, desde su propia cultura y momento histórico, asimismo produjeron ideas semejantes. Toda la armazón mercantil del norte peruano en Aldana 1999.

En este complejo panorama, rápidamente esbozado, se va a perfilar cómo ese impulso liberal reconformó el espacio económico norteño y potenció la emergencia de la región en paralelo a la nación (1840-1880) para que, en un segundo momento, la nación lograra burocratizar el territorio y subyugar a la región (1880-1930). Así, la región emergió con fuerza en el momento mismo en que se creó la república y se configuró con ella, pues este primer momento (1840-1880) se extendió entre dos guerras, la de Confederación (1836-1839) y la del Pacífico (1879-1883), que escondieron el impacto de sendas crisis económicas del sistema liberal en el siglo XIX, cuando la élite norteña se expandió a la burocracia del naciente Estado en busca de la concreción de sus intereses y localmente intentó, con éxito, reconstruir su poderío en los nuevos términos liberales. A la sombra del guano, de las negociaciones estatales de Ramón Castilla y bajo las nuevas reglas liberales que conjugaron el capital, la mano de obra y la explotación de espacio y recursos, los grandes señores, los señores y los demás retomaron la cotidianidad de la producción agropecuaria. El avío colonial va dejando paso a la habilitación republicana[5] en un momento en que fue crítico el acceso a la fundamental mano de obra. El cambio de sistema ha potenciado las autonomías campesinas con poco o ningún interés en participar del nuevo escenario liberal, pues había tierras suficientes y poco crecimiento poblacional vegetativo; la esclavitud negra fue rechazada desde el Estado y totalmente limitada como sistema de trabajo desde Europa; y, finalmente, los chinos y otros inmigrantes —europeos en particular—, traídos como mano de obra, tuvieron un comportamiento altamente problemático en la opinión de los señores locales. Difícil etapa en que las nuevas prácticas económicas generaron múltiples choques sociales locales; primero porque se combinaron con la libertad de realización política que lograron los señores desde los mismos inicios de la independencia y luego porque entraron en conflicto con las tradiciones de libertad de los arrendires y colonos norteños, no percibidas y menos estudiadas, las cuales, además, se entremezclaron con las cosmovisiones y demandas socioeconómicas de los recién llegados.

En una segunda instancia, y en la medida en que se dio el apogeo liberal en Occidente, me interesa trabajar el proceso en el norte del Perú, enmarcado por el de consolidación de la nación peruana (1880-1930). Las crisis de realización económica marcaron interesantes hiatos en la realidad regional del norte y del

---

5. Son formas de mover el capital que tienen connotaciones diferentes históricamente hablando. Una de ellas, por ejemplo, es el riesgo, compartido o no, de la actividad. Por eso en el pasado había compañías y hoy solo empresas. El asunto es muy interesante, y resalta en provincia más que en Lima, porque la actividad rural por excelencia es la agricultura. Con el avío, el aviador proporcionaba un capital al aviado en moneda de cuenta porque, en realidad, entregaba objetos para el cultivo (semillas, fertilizantes, lampas, etc.) por la cantidad señalada; no se movía un solo peso. Se compartía el riesgo (compañía) desde la siembra a la cosecha, y el aviado pagaba en productos al aviador, quien ya tenía incluso negociados los productos (véase Aldana 1999). La habilitación es diferente, y está referida al dinero y el mercado.

Perú, como la crisis de crecimiento de la década de 1870, que perfilará y potenciará el capitalismo a fines del siglo XIX y su ampliación por el planeta en el siglo XX.[6] Desde la fase de alza del capital (1890) con el surgimiento de la República Aristocrática —en donde se desplegó, omnipotente, la gran burguesía liberal peruana, plena de norteños— hasta la gran depresión económica de la civilización occidental bajo impronta norteamericana (1930), se trató de una época en la que, en el caso del norte peruano, se plasmó el capitalismo agrario: una economía capitalista sustentada en el capital agrícola y no industrial; en el movimiento y comercialización de productos agrícolas, fundamentalmente azúcar y algodón hacia afuera, pero arroz y pequeñas producciones de panllevar hacia adentro; con una modernización constante a través de la mejora de cultivos y limitada compra de tecnología, sin buscar la creación de ciencia y la producción de maquinarias; en una habilitación que dio paso a los préstamos donde la facilitación de dinero estará ya totalmente desvinculada de la producción local y, sobre todo, de los productores locales. Es una etapa en que se dio un despegue demográfico que permitió y potenció el enganche y el progresivo asalaramiento no de mano de obra obrera, sino de trabajadores del campo obrero —eufemismo que oculta pequeños productores (campesinos y labradores) desarraigados y proletarizados—, y en la que finalmente, con las repetidas crisis, progresivamente se radicalizaron las prácticas de supervivencia socioeconómicas señoriales con la ampliación y concentración de tierras, la diversificación de productos y la búsqueda de mercados. Por lo mismo, otros agentes sociales perdieron espacios políticos y económicos, y con ello se catapultó la respuesta social, organizada —mediante partidos— pero también violenta. En esta etapa, el azúcar fue el producto clave norteño.

Los estudios bibliográficos sobre el norte son numerosos, pero de calidad académica muy diferenciada, porque la mayoría de las veces los estudiosos locales ponen su corazón al narrar la historia de su región, mas se extraña la academia. Y los que son historiadores académicos generan un saber científico pero que muchas veces no encarna a la región.[7] Quizás la única bibliografía regional del norte sea la realizada por el equipo dirigido por Bruno Revesz desde el Cipca,[8] donde temáticamente se pasa revista a los libros producidos por áreas

6. En la década de 1980, bajo la impronta de la *New Left Review*, las crisis fueron objeto de estudio, pero con una perspectiva más economicista que histórica (véase Bonilla 1986). Solo muy recientemente se está volviendo a dar importancia a la historia económica, pero con peso en la historia. Véase los esfuerzos de la Asociación Peruana de Historia Económica: <http://laaphe.wordpress.com/>.

7. Varias veces he discutido esto. Véase Aldana 2012, 2013.

8. El equipo de Revesz, Aldana, Hurtado y Requena (1996) trabajó en la biblioteca del Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (Cipca), en la que había una sección de historia y cultura regional, cuidadosamente seleccionada y mantenida. En este proyecto bibliográfico, solo se trabajó Piura con 2678 entradas bibliográficas divididas en 35 capítulos.

de interés (economía, agricultura, cultura, literatura, etc.). Allí se percibe que la década de 1970 es particularmente interesante para el Norte: no solo se abre un espacio político para las regiones, sino, sobre todo, un conjunto de importantes estudios económicos, principalmente sobre el azúcar y el sistema de haciendas. Klarén (1976) estudia los orígenes del APRA y sus vínculos con las haciendas cañeras; su eje de análisis también rescata la gran contradicción social entre los hacendados y campesinos que genera la modernización agrícola. Por su parte, Collin Delavaud, desde la geografía, se interesa también por la parte sociohistórica y económica, con la cual configura, desde el espacio, los procesos sociales.[9] Poco después se darían los estudios de Michael Gonzales sobre Cayaltí como plantación de azúcar (problemas de mano de obra, chinos, organización); los de Rory Miller sobre la economía nacional peruana, sustentada y problematizada por una producción de azúcar en un espacio al norte;[10] y, sobre todo, los de Thorp y Bertram,[11] quienes analizan las estadísticas nacionales en la etapa de apogeo liberal peruano, que incluyen la producción agrícola norteña. En San Marcos hubo un grupo de importantes trabajos: desde el clásico de Burga (1976) y su análisis pionero sobre las haciendas del valle de Jequetepeque del siglo XVI al XX, pasando por los numerosos estudios[12] de reforma agraria potenciados por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, y que en San Marcos propició los estudios del Seminario de Historia Rural Andina sobre el norte y el sistema de haciendas cañeras, como el de Macera,[13] hasta compilaciones documentales como la de Huertas.[14]

De algunos productos, así sean centrales dentro de los cultivos agrícolas norteños, como el algodón, poco o casi nada se encuentra; el interés se enfoca en el algodón Tangüis en los alrededores de Ica.[15] Un trabajo recupera menos el algodón norteño que el análisis de un grupo económico destacado del Perú, los Romero.[16] De igual modo, para otros temas significativos, como la minería en el norte, no se cuenta más que con los diagnósticos del ingeniero minero Málaga Santolalla hacia 1906 sobre la minería de Cajamarca, Huamachuco y otros lugares, hoy más fuente de primera mano que análisis socioeconómico.

---

9. En realidad, Collin Delavaud publica un clásico fundamental para entender la economía y la sociedad norteña en 1968, recién traducido en 1984.
10. Michael Gonzales hizo sus estudios doctorales sobre Cayaltí en 1976, y sus trabajos fueron publicados en 1985. Véase, además, Rory Miller 1988, 2011.
11. El original de Thorp y Bertram fue de 1978; la edición que uso es de 1985.
12. Un ejemplo de los numerosos estudios sobre la reforma agraria en Zuñiga s. f.
13. Macera 1973.
14. Huertas 1974, 1986.
15. En este sentido, véase Universidad Nacional Mayor de San Marcos 1982. En el sur, por el contrario, hay bastantes estudios de nacionales y extranjeros, como el de Albert 1976.
16. Véase Reaño 1988.

Porque de la sierra norteña poco hay que sea consistente y medianamente comprensivo desde el campo de la historia económica: algo hay sobre la modernización agraria, los obreros y, en particular, el choque entre ganado, hacienda y minería, típico de Cajamarca, que son el eje de estudios fundamentales como los de Carmen Diana Deere y Lewis Taylor.[17]

El camino del análisis, por tanto, resulta sumamente difícil porque las prácticas socioeconómicas de un hacendado, de un mediano productor o de un colono no cambian sustancialmente de golpe, sino progresivamente. Por tanto, es el análisis el que percibe la diferencia, pero no la gente en la realidad cotidiana. Es decir, un problema en torno a la producción y habilitación para arroz, cultivado desde el siglo XVI, se hace más visible a fines del siglo XIX por la burocratización del Estado de derecho más que porque aparezca en la práctica.[18] La modernidad y el cambio de forma política altera más el marco general de realización que la realidad específica; solo en el tiempo y después de casi dos siglos, el liberalismo realmente caló en lo cotidiano.

La gran región y sus articulaciones (siglo XIX e inicios del siglo XX)

Desde fines del siglo XVIII, la realización socioeconómica del norte del virreinato del Perú traspasó largamente las fronteras del Perú actual. Se trató de un gran espacio que cohesionaba y articulaba desde Cuenca y Guayaquil, cerrando a manera de pinzas sobre Trujillo, que probablemente reeditaba formas prehispánicas de relación-articulación del espacio, pero que, con la impronta comercial hispánica y posterior economicismo del iluminismo, fue repotenciado en nuevos términos a lo largo del periodo virreinal, y que simplemente permitió que el norte emergiera poderoso a fines del siglo XVIII, consciente de las nuevas reglas de juego liberales.[19] A sus amplias pampas costeñas se le contraponían

---

17. Véase Deere 1992, y sobre Taylor y sus ampliamente reconocidos estudios sobre Cajamarca, su trabajo en este mismo libro.

18. Los litigios son característicos y parecieran atemporales: el que avía o habilita entrega semilla o dinero y el aviado o habilitado se compromete a pagar, pero lo hace parcialmente y a lo largo de incluso varias cosechas. Un ejemplo tardío de 1930 nos demuestra la permanencia de la práctica. Antonio García Caballeros, vecino de Mochumí, señala que Andrés Chapoñán solo le ha entregado 14 fanegas y media de arroz de un total de 24 fanegas, y que le faltan 9 y media; un total de S/ 161,50. García lo habilitó con S/ 468 para devolver en arroz y maíz, y Chapoñán señala que efectivamente le debe esas fanegas, pero que García quiere, con ese dinero, adueñarse del producto total de la próxima cosecha. Finalmente transan en que le entregará 8 fanegas de maíz y 8,5 fanegas de arroz blanco chino en la siguiente cosecha, pero a precio de plaza en el momento. Véase Archivo Regional de Lambayeque. Notario Antonio Zapata Barrera, s. n., nov. 1930.

19. Para percibir las complejas situaciones y procesos de las relaciones dentro del mismo espacio, véase el artículo de Hernández en este mismo libro. Utilizo el término de gran región

unas montañas quizás no tan altas y serradas como las del centro, o no tan macizas como las del sur, pero suficientemente altas y cortadas entre ellas como para alejar la sierra y complicar fuertemente la circulación en ella, sobre todo en relación con una economía de mercado liberal. Por eso, en la sierra norte, muchos preferían bajar a la costa y subir nuevamente más adelante. Hasta por avión el asunto es complejo, como bien lo ha demostrado el intento contemporáneo de poner en valor las ruinas de Kuélap en Chachapoyas, ciudad que suena a selvática, pero que es totalmente serrana. Porque en el norte hay relictos de antiguos climas y ecologías respectivas, como los manglares de Tumbes o de ceja de selva como Canchaque. Esta última, por ejemplo, es parte del Alto Piura, y la sensación es que de la costa se sube a la ceja de selva y de allí se continúa a la sierra, situación que se normaliza en la zona de Lambayeque, con su clásica sierra, pero que, sin embargo, presenta el paso más bajo de los Andes, el abra de Porcuya.

Detrás de esta apropiación del territorio estaba la creación y la construcción de una forma política diferente, fundada en una manera de realización económica sustancialmente distinta de la anterior: la república, que surgió mientras el virreinato va quedando atrás. Si políticamente podríamos pasar revista al accionar y a las posiciones políticas norteñas expresadas desde José Bernardo Torre Tagle (1779-1825), Luis José de Orbegoso (1795-1847), Justo Figuerola de Estrada (1771-1854), pasando por Santiago Távara y Andrade (1790-1874) y Fernando Casós (1828-1881), económicamente la riqueza del norte es manifiesta sin mayor escrutinio. Los norteños no solo eran poderosos comerciantes, cuyo espacio de negociación se hacía notorio hasta El Realejo (en Nicaragua), por el norte, y Chiloé (en Chile), por el sur, sino que eran económicamente muy viables, y simbólicamente su poderío se sustentaba en el recuerdo de haber sido una intendencia virreinal y, sobre todo, un importante imperio como los Moche-Chimú. En una sociedad que desde siempre había apostado por la agricultura y el comercio terrestre y marítimo de sus productos: azúcar y algodón, la poderosa élite hacendada y comercial; arroz y crianza de ganados y pesca, los sectores medios y la gente del común; y, en torno a ellos, una multitud de pequeños productos como menestras, leña de algarrobo, zarzaparrilla, tabaco (bracamoro y lambayecano), añil, maíz y frutas, entre otros.

Si bien hubo espacio para la minería, sobre todo por la sierra (como Hualgayoc),[20] su impacto fue colateral y bastante conflictivo, particularmente

---

porque, tal como sostuve anteriormente (Aldana 1999), las relaciones norteñas sobrepasan los espacios local-nacionales.

20. Sobre la minería norteña, véase el trabajo de Contreras (1995) y sobre la población en el centro minero, el trabajo de O'Phelan (1993). Para el periodo que nos ocupa, véase los varios estudios de Málaga Santolalla sobre la minería de la sierra norte, Huamachuco, pero sobre todo Cajamarca. Véase Fermín Málaga Santolalla (1906).

en el siglo XX, como lo demuestran los trabajos de Martínez Allier.[21] Recién de manera contemporánea se puede explotar adecuadamente la inmensa oferta minera que hay en los Andes norteños. En el siglo XIX la accidentada orografía que hoy evidencia la riqueza del norte en lo referido a metales fue percibida como problemática por cuanto no podía desarrollarse una agricultura mercantil ni un comercio liberal de mayores dimensiones por la combinación de distancias y complejidad del territorio. En la medida en que lento pero constante se propagaba el liberalismo, la nueva república tuvo que adecuarse y territorializarse progresivamente de acuerdo con las nuevas reglas de juego.

Las vinculaciones regionales norteñas se fueron construyendo como costeñas desde la época virreinal, pero sobre todo durante el siglo XIX, con la construcción republicana liberal. Sin embargo, no se dejó de aprovechar la territorialización prehispánica, cuyos núcleos de poder generalmente habían estado en la sierra y que extendía uno de sus brazos hacia las zonas serranas de Trujillo donde los *chucos* (Huamachuco, Santiago de Chuco, Huacrachuco) alternaban el espacio con los *caxas* (Cajabamba, Cajas, Cajamarca) y otros grupos étnicos o, más bien, reinos. Durante el virreinato y temprana república, la fuerza económica de los circuitos mercantiles intrarregionales estuvo en las salidas o bajadas a la costa, lo que hoy es Trujillo, y también algo más allá, por San Pedro de Lloc, de donde se expandía el oasis más grande de la costa Pacífico sur, Lambayeque y Chiclayo, ampliado y *construido* merced a los gigantescos canales como el Racarrumi y Taymi, que permitía el uso de amplias tierras agrícolamente muy fértiles.[22] Niepos, por la sierra de Saña, o San Miguel, desde la otra cuenca, eran puntos de entrada a Cajamarca y Jaén; y también Chota, desde Chiclayo hacia Cajamarca, Amazonas y la selva norte. Pasando por Chepén y por el camino del "rodeo" se llegaba a Piura; con ello se evitaba el desierto de Sechura, pues se bordeaba la cadena montañosa de los Andes norteños y se subía hacia el otro brazo serrano, la zona de los guayacundos y huancabamba, y, finalmente, los ayabaca, de donde se transitaba a los fértiles valles lojanos y cuencanos.

El problema, por cierto, era la poca cantidad de transeúntes porque no solamente el volumen de población era limitado, sino que además esta estaba imbuida de una forma distinta de organización socioeconómica (intercambios usando redes familiares y comunales), todo lo cual incidía en la realización económica, más aún si intentaba ser librecambista. Recuérdese que poco más de un millón de personas se repartían en algo más de un millón de kilómetros cuadrados, y el norte del Perú seguía la tendencia nacional, como se ve en el cuadro 1.

21. Martínez Allier 1973.

22. Rondón Salas (1980) señala que es posible que, "con tecnología extraordinaria", para el año 1000 d. C. se lograran unir los cauces de los tres valles y se irrigaran enormes extensiones de las partes media e inferior de sus cuencas.

Cuadro 1
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN ENTRE 1791 Y 1940

PROVINCIA	1791	1836	1850	1860	1876 (Dpto.)	1940 (Dpto.)
Cajamarca	62.196	41.993	46.122	70.683	147.336	494.412
Chota	-	15.438	62.597	77.044	-	-
Lambayeque	35.192	43.202	22.682	27.696	86.738	192.890
Trujillo (La Libertad)	12.032	12.032	7.211	32.025	212.746	383.252
Huamachuco	38.150	43.058	60.845	49.486	-	-
Jaén	6.200	6.706	7.560	11.864	-	.
Chiclayo	-	-	25.133	36.720	-	-
Piura	44.491	53.815	74.372	131.464	135.615	408.605
Total departamental	192.061	216.244	261.533	492.535	582.435	2.284.700*
PERÚ	1.239.197	1.373.736	2.001.123	2.461.936	2.699.106	6.207.967

Fuente: Gootenberg 1995: 8-9.
*Incluye Áncash. Véase <http://repositorio.iep.org.pe/bitstream/IEP/318/1/documentodetrabajo71.pdf>.

Se comprende así que era acuciante la necesidad de mano de obra para la realización económica. En el siglo XIX había tierra, algodón y azúcar, y otros productos; había mercados donde colocarlos, pero faltaban trabajadores para la producción.

Con la llegada de formas de realización económica diferentes a las nativas, lentamente los mecanismos del intercambio fueron variando durante el virreinato, pues se entremezclaron las zonas de producción con los núcleos de dominio. Esta situación definitivamente se definió e incrementó durante el siglo XIX con los decididos y nuevos vientos republicanos, de base liberal: las ciudades, asentadas en las mejores tierras y en la confluencia de caminos, se convirtieron en el eje de la realización económica decimonónica, en el punto de encuentro del mercado, la mano de obra, las industrias y actividades terciarias vinculadas a ellas. Sus redes de comunicaciones (mediante los mercados) y, en particular, los *hinterland* urbanos pasaron a ser un espacio económico medular: los ejidos y las tierras cercanas a las ciudades fueron los abastecedores del mercado local, pero paulatinamente se transformaron en las zonas de expansión de esas mismas ciudades (segunda mitad del siglo XX). Si bien el Qhapaq Ñan o Camino Inca fue —y sigue siendo— una ruta de vinculación regional serrana, poco a poco los ríos y las quebradas se potenciaron como los lógicos espacios de salida

de la sierra en paralelo, pues paulatinamente, desde dentro de la región, se abastecía a la red de ciudades y puertos establecidos. El problema sería para aquellas zonas de sierra profunda, de difícil acceso, con poca gente (mercado) y alejadas de las rutas de salida, que se aislaban por las lluvias hasta nueve meses del año.

Por la costa, las vinculaciones fueron longitudinales al territorio; la "carrera de valles" se complementaba con el comercio de caleteo. Paita fue el único puerto adecuado de salida para la producción local hasta bien entrado el siglo XIX. Y aunque el peso económico portuario al término de la época virreinal estaba en el sur, en torno a Arica principalmente,[23] lentamente el norte se abriría paso: en el marco de la Confederación (1838) se convierte a Paita en puerto de depósito y, poco después, puerto mayor junto con Huanchaco y San José (1859). Definitivamente la importancia del tráfico marítimo y del norte se define cerca de la década de 1830, aunque se hace muy visible para fines del siglo XIX bajo el apogeo liberal, cuando Paita, Pimentel, Eten, Pacasmayo y Salaverry pasaron a ser puertos mayores. Desde 1840 fue común la presencia de barcos de vapor, y ello coadyuvó a la mejora de la realización económica regional. Para 1909, hasta Tumbes tenía Puerto Pizarro para su activo tráfico, con Guayaquil y con el Callao, de productos como leña de algarrobo, madera, hierba de orchilla, tabaco, cueros y cocos. Y los nuevos requerimientos decimonónicos potenciaron otros pequeños puertos como el de Talara y Zorritos, y sus muelles merced al petróleo (1890 y 1905, respectivamente).[24]

El proceso de mejorar las comunicaciones terrestres estallaría en el siglo XX con la madurez del sistema liberal-capitalista, cuando los nuevos ríos fueran las carreteras y cambiaran radicalmente las formas de articulación intrarregional; tan solo la tenacidad de los arrieros vencía el prácticamente inaccesible espacio interno regional norteño. Estas trochas se volvieron carrozables cuando llegaron los automóviles —el primero, a Áncash, en 1900— y luego los camiones. Con Leguía y la conscripción vial se comenzaron a construir varias carreteras de penetración, como la Cumbil-Santa Cruz, pero su caída implicó que se suspendiera. Si bien hubo que esperar al gobierno de Benavides (1933-1939)

---

23. El juego durante el virreinato y la temprana república se mantuvo en función del sur: el mercado humano más importante era ciertamente la región circunlacustre del Titicaca; de allí el peso económico de la Audiencia de Charcas y, por consiguiente, del punto de salida local-regional, Arica. Véase los trabajos de Irurozqui (2000). En el siglo XIX, su importancia radicó en el salitre; con la Guerra del Pacífico, el puerto de Arica pasó a ser territorio de Chile. Véase, por ejemplo, Salas 2010.

24. No deja de ser interesante notar que en 1859 hay más puertos mayores, menores y caletas habilitadas en el sur, mientras que para 1895 el peso marítimo cambió definitivamente hacia el norte a causa de la pérdida de Arica, la creciente exportación de azúcar y los intereses por construir el Canal de Panamá. Véase Flórez 1986 para lo dicho y la información sobre el conjunto de puertos.

para que se lograra la construcción de la Panamericana, soñada desde 1923, se empezaron a generar ramales de carreteras. En la época, ir de Chiclayo a Jaén tomaba una semana, y esas carreteras facilitaron las comunicaciones y, con ello, la presencia cada vez más importante del parque automotor en la economía regional. Señálese, como nota curiosa, que los "limeños" Florez y Elguera —apellidos netamente norteños en una época en que los apellidos eran regionales— se dedicaron a la venta de autos en Lima y que el hacendado de Pátapo (Chiclayo) y Bellavista (Jaén), el español Juan Pardo y Miguel, tenía dos campos de aterrizaje en sus haciendas, y que allí llevó un camión desarmado: primero el motor y luego el chasis; de allí que en Santa Cruz de Succhabamba se le recuerde por sus constantes vuelos entre este pueblo y Chiclayo (1930). Como se ve, ya para los primeros años del siglo XX hubo aviones y avionetas en la región. No es casual que el primer servicio aéreo de pasajeros fuera Lima-Chiclayo-Talara (1928), de la naciente empresa Elmer Faucett, ni tampoco que la primera mujer aviadora fuera piurana, Gabriela García Saona.[25]

La comunicación económica privilegiada: los ferrocarriles

La territorialización del espacio norteño iba de la mano con su nacionalización y la constitución regional: la riqueza se entendía como resultado de la racional explotación de recursos. Y muchos de ellos estaban en la selva, como era visible con el caucho. Desde la nación, el sueño liberal era unir los océanos, como con el Canal de Suez y el, en ese momento en construcción, Canal de Panamá. Unir el Atlántico y el Pacífico, en el Perú, era vencer las inmensas montañas con cintas de acero que permitieran el tráfago del ferrocarril. Y localmente, el asunto pasaba por tender un ferrocarril desde Paita hasta la selva; se buscaba un paso comercial hacia el oriente, hacia el Marañón e Iquitos, para seguir hacia Brasil y finalmente Europa.

Manuel Antonio Mesones Muro descubrió que el cuello de Tulte, en el paso de Porcuya, es el abra más baja de la Cordillera de los Andes, y también que el pongo de Manseriche era navegable: se podía llegar a Iquitos y continuar

25. La información local sobre Pátapo en "El primer camión llegó a Bellavista y lo trajeron en avión", *Semanario ¡Nor Oriente!*, 10 de abril de 2013. En línea: <http://semanarionororiente.blogspot.com/2013/04/el-primer-camion-llego-bellavista-y-lo.html>. Carlos Chirinos Fernández (2003) recuerda cómo el 15 de enero de 1930 aterrizó por primera vez el hacendado Pardo, y que, incluso, llevaba enfermos locales a Chiclayo. Los datos sueltos sobre autos y aviones en el blog de Juan Luis Orrego <http://blog.pucp.edu.pe/?amount=0&blogid=1407&query=aviones>. Agradezco el dato de la aviadora piurana a la doctora Hernández. Véase Saavedra 2008, "Alas norteñas", en *La República*, 6 de diciembre. En línea: <http://www.larepublica.pe/06-12-2008/alas-nortenas>.

fluvialmente el camino a Europa. El *Loco del Marañón*, como le llamaban, fue un interesante personaje perteneciente a las más rancias familias norteñas. Nacido en Ferreñafe (1862) y muerto en Chiclayo (1930), sus padres fueron José Mesones Ubillús de la Cotera Farfán de los Godos y Matilde Muro Niño Ladrón de Guevara, dueños de tierras y grandes haciendas como la de Sangana. A los seis años fue enviado a estudiar a Alemania, donde se convirtió en una suerte de sabio, científico, aventurero y políglota con conocimientos de geografía, historia, arqueología y geología. A su retorno, veinte años después, se casó con Victoria de la Piedra, con quien tuvo 11 hijos y 2 más fuera de ese matrimonio. Desde que retornó a Lambayeque, se dedicó a recorrer la región con ahínco para ver sus características geoecológicas explotables, en un momento en que no había carreteras y buena parte del territorio estaba siendo explorada y redescubierta. El año clave es 1902, pues también logró demostrar que el pongo de Manseriche era navegable. Él sostenía:

> No hay que permitir que las riquezas amazónicas sigan a la deriva el caprichoso curso de los ríos que las lleva al Atlántico. Mi ruta es una ruta transcontinental. El Canal de Panamá puede no llegar a terminarse y, aún cuando se termine, la vía por mi señalada será la gran obra complementaria.[26]

Pero también hubo otras posiciones, como la de Enrique Coronel Zegarra, que rescataba la ruta por Huancabamba y cuyos estudios gozaron de amplia popularidad en Piura. Miembro también de una importante familia norteña, solo que piurana, nació en 1851 y murió en Lima en 1915. Sus padres fueron el político y diplomático Cipriano Coronel Zegarra y Amalia Castro Cortés, y su hermano, Félix Cipriano, fue un reconocido historiador y diplomático. Siguiendo el patrón de las clases altas norteñas, para las que la cultura era sumamente importante, estudió sus primeras letras en el San Miguel, luego en Lima y después en Estados Unidos, donde se graduó de ingeniero civil. A su retorno, trabajó en la construcción de un canal en Chimbote y más tarde ingresó en la empresa ferrocarrilera de Meiggs; emigrado con la guerra, trabajó en el Canal de Panamá y también en la construcción de un ferrocarril en Quito (Ecuador). De nuevo en el Perú, participó de la construcción del ferrocarril Piura-Catacaos

26. En realidad, muy poco se sabe de Mesones Muro. La cita es del hermoso estudio novelado de Mejía Baca (1943: 51), que se limita a narrar, imaginando, cómo debió ser el recorrido y las experiencias de la expedición al Marañón. Luego se cuenta con el artículo de un pariente, Mario López Mesones ("La ruta del Marañón. Aportes de Manuel Antonio Mesones Muro", en el suplemento dominical del diario *La Industria*, Chiclayo, 27 de diciembre de 2013. En línea en: <http://ponce.sdsu.edu/mesones_biografia.html> y la página web del Instituto Educativo que lleva su nombre en Ferreñafe. Véase <http://centenariomesonesmuro.es.tl>). Seguimos, sin embargo, el sólido artículo de Ascensión Martínez Riaza (1998).

y del puente sobre el río Piura (1892). Fue senador por Piura y tuvo una reconocida trayectoria política.[27] Su posición era muy clara: había que cruzar la región de Huancabamba, no por una cuestión de distancias, sino por la cantidad de gente y de recursos que se podían aprovechar en el camino.

Ambos personajes son sumamente interesantes, y también lo son sus propuestas. No solo cumplen un patrón de vida medianamente semejante, típico de las clases muy altas del norte a la cuales pertenecen, sino que, justamente por ello, representan bastante bien los intereses antagónicos de estos grupos de poder subregionales. Como veremos más abajo, el norte es una unidad que esconde una maravillosa diversidad, y, desde dentro, los señores se enfrentan por sus múltiples intereses económicos en juego. En este caso, son dos las grandes obras que desde siempre enfrentaron a los piuranos y lambayecanos: la irrigación de las pampas de Olmos con las aguas del río Huancabamba, como se verá posteriormente, y el ferrocarril —luego carretera— al Marañón y a la selva Bracamora. Al menos, con respecto a esto último, la historia y el tiempo le dieron la razón a Mesones, porque como efectivamente el abra de Porcuya (a 2800 metros de altitud) es el paso más bajo de los Andes peruanos, la ruta más corta y más económica para cruzar al Marañón y la selva es la actual carretera Jaén-Corral Quemado. Desafortunadamente, el ferrocarril hacia esta zona nunca llegó a construirse.

Pero, con la cantidad de nuevas oportunidades económicas en la región, las articulaciones espaciales por tierras bajas no hicieron más que consolidarse, en particular con la importancia que fue tomando el azúcar, producto que necesitaba de medios de traslado medianamente masivos. Se puede hablar de una producción de hasta cincuenta mil toneladas de azúcar que tenían que ser embarcadas por los puertos, sobre todo de Salaverry, Huanchaco, Eten y Pimentel. A diferencia de las reatas de mulas, el ferrocarril movía grandes volúmenes de productos y requería de rutas directas entre la zona de producción y el puerto de exportación más cercano. El ingeniero Henry Melville calculó los costos del ferrocarril Cayaltí-Eten comparando los costos del envío de algodón de la hacienda con carretas y con el ferrocarril. Mientras el costo por tonelada con carretas era de S/ 30,60, si se usaba el ferrocarril los costos disminuían a S/ 4,56, con el añadido de que toda la inversión (de S/ 160.000) sería recuperada en diez años a lo sumo.[28] Las ventajas del ferrocarril eran visibles, aunque no siempre

---

27. Sobre Coronel Zegarra hay una oferta de biografías en Internet, pero tomamos la información de Martínez Riaza (1998), quien resalta el fuerte debate entre ambos personajes, pero no rescata el choque de intereses subregionales que hay detrás; finalmente, no es su eje de análisis. Véase pp. 111, 120 y ss.

28. Ciertamente estamos hablando de la época de apogeo de la producción de azúcar en plena República Aristocrática (1903). En la etapa del ferrocarril, la producción debió ser menor,

ofrecía el mejor servicio a los pasajeros, pues no faltó quien haciendo uso del salero norteño, irónicamente, lo comparara con la oferta eclesiástica, un "servicio [que] no puede ser más católico, es decir más falto de cumplimiento en sus obligaciones para el público".[29]

Fundamental, porque ciertamente el ferrocarril era un instrumento de desarrollo local: transportaba pasajeros, carga, equipaje y "cuanto necesitan los interesados",[30] pero con muchos problemas. Si bien desde 1826 se tiene el sueño de construir un ferrocarril en el Perú, este se completa recién en 1851 con Castilla. Pero, sobre todo, con Balta, presidente chiclayano, la modernización del país a través de los ferrocarriles cala hondo. Para 1908, y según Costa y Laurent, las líneas que funcionaban en el norte eran las de Paita-Piura, Piura-Catacaos, Eten-Chiclayo-Lambayeque-Ferreñafe, Pimentel-Chiclayo, Pacasmayo-Guadalupe-Yonán y Salaverry-Trujillo-Ascope; y también algunos ramales como Chiclayo-Pátapo-Pomalca-Tumán y otras vías férreas como la de Pacasmayo-Chilete, que originalmente era pensada para que llegara a Cajamarca. Y en el límite de inicio del norte estuvo el Ferrocarril del Santa, el cual se extendió por 265 kilómetros, con cuatro estaciones importantes (Suchimán, Patos, Huaraz y Recuay) y subestaciones como Tablones y Huallanca (1924).[31]

La región y la nación: 1840-1880

Las relaciones intrarregionales durante el virreinato incluían la ceja de selva y, de manera tangencial, la selva profunda, más aún entre los norteños, que decididamente, como buenos comerciantes en la carrera industrial, buscaban proyectarse sobre Chachapoyas y la ceja de selva; baste ver las demandas de sus representantes en las Cortes de Cádiz.[32] Pero esos vínculos se fueron perdiendo

---

pero no por eso se dejaba de necesitar trasladar gran cantidad de azúcar. Véase ARLam, *La Tarde*. Publicación interdiaria. Chiclayo, lunes 17 de agosto de 1903. Véase, además, el preciso cálculo que realiza el ingeniero Melville sobre los costos del sistema de carretas y el del ferrocarril en Lambayeque, expuesto por Huertas 1986: 43 y ss.

29. ARLam, *El Eco Popular*. Semanario liberal e independiente. Ferreñafe, 30 de junio de 1901.

30. Véase la referencia ut supra.

31. No deja de ser interesante resaltar que tanto Mesones Muro desde Chiclayo como Coronel Zegarra desde Piura soñaron con llegar al Marañón. Sin embargo, si bien el proyecto ferrocarrilero estuvo a cargo del ingeniero Arthur Koppel y fue impulsado por Leguía, la Gran Guerra acabó con los anhelos de su construcción y lo condenó al olvido. Al respecto, véase el clásico de Costa y Laurent (1908), el libro de Kemp (2002) sobre los ferrocarriles y también, texto más de difusión y de acceso en la nube, Elio Galessio (s. f.) y su blog: <http://ferrocarrilesdelperu.blogspot.com/2013/02/red-ferroviaria-del-departamento-de.html>.

32. Una charla de E. Hernández sobre los cuatro representantes piuranos a las Cortes de Cádiz y sus posiciones y demandas en ella nos presenta cómo los trujillanos Blas Ostolaza y Pedro

progresivamente a lo largo del siglo XIX, por cuanto los productos intercambiados no tenían la misma importancia en una economía crecientemente nacional que, a su vez, comenzaba a insertarse en un mercado internacional naciente con productos de mucha demanda hasta ese momento, como por ejemplo el tabaco Bracamoro, catalogado de droga, y cuya circulación y comercialización, por tanto, estuvo altamente controlada por la burocracia virreinal. Las rondas volantes de Cajamarca controlaban la negociación, de allí que la ruta ilegal saliera por Pimpiticos (hoy Pimpingos) hasta Piura y las caletas cercanas. Otros puntos de acceso a la selva norte, ya sean importantes como Chachapoyas o más bien locales como la Cordillera del Cóndor, también fueron quedando relegados por el Estado nacional. A pesar de que puntos como este último tuvieron gran importancia en el siglo XX en la definición de las fronteras de Perú y Ecuador, para ese momento solo los tumbesinos recordaban que sus ganados se criaban en esa zona, o que por allí era la manera más rápida de pasar a la hoy región Amazonas, como bien lo hace notar el padre Cuesta.[33]

Los traumáticos en cuanto violentos hechos de la separación e independencia quedaron rápidamente atrás y fluyó nuevamente el cotidiano vivir con su forma de reproducirse socioeconómicamente ya para la década de 1830, pero se consolidó hacia 1840. Desde aquí hasta los años ochenta, se abrió lentamente una etapa en que cambió el “mercado” y su realización socioeconómica. Los productos regionales fueron los mismos que se explotaban desde los tiempos virreinales, y emergieron, quizás no del todo, nuevos agentes sociales —pues fueron los señores hacendados y los arrendires y colonos— o nuevas prácticas entre los de arriba y los de abajo. Finalmente, como se dijo anteriormente, merced a la retroversión de la soberanía y la ruptura de los controles políticos, la república fue la oportunidad para que los señores de la tierra tomaran el control directo de los espacios locales sin tener que someterse a nadie; la justificación nunca mencionada pero siempre presente fue el liberalismo.[34] Pero detrás de

---

García Coronel compartieron el mismo espacio político con los piuranos José Antonio Sánchez Navarrete y Miguel del Castillo en ese complicado proceso. Esta autora demuestra el interés por proteger militarmente la entrada a Chachapoyas, el control sobre Zaña (que por Niepos y San Miguel supone la “entrada” a Cajamarca y el control del oasis lambayecano) y el reposicionamiento trujillano en Huamachuco. Con ello perfila la competencia regional entre los piuranos y los trujillanos por el manejo económico del norte, que pasaba por controlar Lambayeque. Véase “El norte peruano y las Cortes de Cádiz: un referente político para las regiones” (charla). En: *Exposición La gesta de los libertadores en sus documentos*. MNAAHP, Lima, 9 de diciembre de 2014.

33. Véase al respecto el primer volumen de la serie del jesuita Cuesta (1984-1989).

34. Recuérdese que, para el Perú, la libertad de la independencia pasa, en realidad, por separarse de España, pero no necesariamente por diluir el sistema estamental y jerarquizado del virreinato/monarquía, ni mucho menos las formas de realización económica, agrícola

la región estaba la nación, y la batalla del siglo XIX fue lograr que la república controlara a esos señores y estableciera el marco general nacional, una república que, al contrario del virreinato, no aceptaba la diferencia ni la negociaba, sino que, a partir de una ciudad capital-mercado, intentó establecer una homogeneidad e igualdad de realizaciones políticas, económicas y sociales fundada en la razón, el reconocimiento de derechos, las leyes y la justicia de su ejercicio en todo lo que, a partir de 1821, se llamó Perú. Fue un proceso de nacionalización del territorio que supuso todo un número de conflictos entre los diversos actores sociales regionales y nacionales, con distintos e importantes intereses políticos, sociales y económicos, y que pasaba por concretar las repúblicas en América y cuál iba a ser el grupo de poder republicano más poderoso en el Pacífico sur —en el caso del Perú— y en las vinculaciones con Europa y el mercado internacional. A la vez, implicaba someter un territorio —conjunto de regiones y localidades conformadas y reconformadas durante el periodo virreinal—: los norteños jugaron en ese quíntuple escenario (el local, el regional, el nacional, el internacional-americano y el internacional europeo-occidental).

Un personaje como el marqués Francisco Javier Fernández de Paredes (1785-1839) y su impresionante actuación social, déspota y autoritaria, armando y desarmando la vida local piurana, permite establecer el patrón-arquetipo de comportamiento de los señores norteños. Primero que nada, su actuación solo puede ser entendida en el primer escenario, el local, con la constitución y reconstitución del poderío de la élite en relación con la región bajo las nuevas formas republicanas que permite imponer. Por más que su presencia local (comandante de milicias de Piura) se proyectó regional (representante del departamento de Trujillo en el Primer Congreso Constituyente del Perú) y nacionalmente, él hizo de su hacienda Tangarará su reino y se cerró por completo a otras situaciones sociopolíticas;[35] y si se vinculó con la escena nacional, es en la medida en que el poder político burocrático le permitió un pleno poder en su pequeño reino. No fue el único, aunque quizás sí el más radical. Talambo también resulta un caso muy llamativo. En un largo juicio entre 1805 y 1850 salieron los problemas en torno al agua que tenía el pueblo de Guadalupe porque, simplemente, Juan Bernuy no la daba, a pesar de haberle prometido al

y hacendaria. Generalmente, la independencia es uno de los temas más trabajados, pero siempre bajo la perspectiva fundacional republicana. Desde el lenguaje político, veáse Chiaramonte 2004. En particular, rescato la visión de una república con un proyecto de élite para la élite de los múltiples trabajos de Irurozqui.

35. Este marqués es un personaje verdaderamente interesante de estudiar. Cuando las autoridades de la naciente república llegaban a su hacienda para cobrar impuestos, simplemente el marqués los corría a latigazos o les echaba los perros. Algo en Aldana (1999), pero, sobre todo, el artículo de Hernández (2007), centrado exclusivamente en el personaje.

gobernador que lo haría. Y hasta Gertrudis Bernuy, madre del susodicho, se queja de que ni siquiera a ella, que se mantiene "labrando un trozo de terreno con auxilio de esclavos y sirvientes [con los que] procura su subsistencia", ha podido conseguirla, y, por el contrario, su hijo la ultrajó por haber enviado esclavos y libres a la acequia madre para obtenerla. Incluso los arroces que tenía en los depósitos de Talambo fueron arrojados a la pampa.[36] Un tercer ejemplo es el de Pedro Arrese, dueño de la hacienda Morropón, que tuvo una multitud de denuncias del pueblo del mismo nombre: uno de sus mayordomos mató a machetazos a un colono, Tomás Moreno, y el otro, Telémaco Pérez, fue acusado de amedrentar y obligar a abandonar el pueblo a Juan Manuel Carnero, juez de paz del distrito de Morropón, quien denunció haber sido despojado de su casa y de su "inverna", valorizadas en ocho y dos mil pesos, respectivamente (1867), todo por cuenta del hacendado. Casualmente, Arrese estuvo casado con Jacinta Fernández de Paredes, hija del marqués de Salinas.[37]

El poderío de los señores locales fue un dolor de cabeza para los propios norteños desde los inicios; todos se oponían entre sí, eliminando la posibilidad de estabilizar la región y su conjunto social.[38] Así, Torre Tagle, el mismo Riva-Agüero y Orbegoso sostuvieron posiciones políticas que los otros no aceptaban. Y peor aún cuando se busca la construcción del segundo escenario, el nacional, donde confluían, conflictivamente, los intereses de distintos grupos regionales: el Perú no era un espacio plano, humanamente hablando, donde estaban emergiendo élites construidas bajo la impronta mercantil del Iluminismo

36. Se percibe que los problemas en torno a San Nicolás de Talambo no son simplemente de 1860, sino de larga trayectoria. Para 1817 muere José Bernuy y Eslava, y se hace necesaria la sucesión de una hacienda con valor cercano a cien mil pesos, y que, como "no admite cómoda división, debe reducirse a numerario para facilitar la división y partición porque suspiran todos sus hijos". La madre y nueve hijos, a los que hay que sumar a Juan de la Torre (1822), que compra, al parecer, una parte porque "manda llamar a los colonos para que lo reconozcan como dueño legítimo", todos en competencia por la propiedad de la tierra y, además, con el pueblo de Guadalupe, por la del agua. Véase Archivo Regional de Lambayeque. Haciendas-Comunidades Talambo-Chepén. Años 1805-1850, leg. 45.

37. Es muy interesante el hecho de que por lo común por el Alto Piura y la sierra se den varios levantamientos populares contra los hacendados, como el de 1867-1868, conocido como las montoneras de Morropón. Véase la información en Maticorena 2014: 47.

38. Uno de los pocos que ha estudiado el conflictivo tema hacendados-colonos es Espinoza (2010: 234). Clayton (2008: 264, nota 14) lo toca tangencialmente al señalar las posiciones de Peter Klarén, que resalta el abuso señorial, y de Arnold Bauer, que señala que los agricultores tenían una capacidad de juego social instalada merced a la necesidad de que eran objeto. La situación intermedia —según Clayton— es la de Gonzales, que recupera ambas posiciones, abuso y capacidad de respuesta del labrador. Sin embargo, y como conozco los textos de los tres autores mencionados, puedo afirmar que ninguno recupera las tradiciones de libertad previas en el comportamiento social norteño.

(como Argentina o Brasil), sino que sus grupos de poder se perdieron en formas políticas y económicas atávicas —como se ha dicho—. En este sentido, Santa Cruz y particularmente Castilla, autocráticamente paternalistas, tuvieron un comportamiento bastante más abierto y democrático que el de otros señores. Sus visiones fueron de mayor envergadura que los norteños mencionados anteriormente: uno, al considerar la unión territorial para la fortaleza político-económica liberal en Hispanoamérica, y el otro, en busca de consolidar la república, potenciando el Estado-nación, y que, por cierto, contaba con el dinero del guano, que le va a permitir posicionar al Perú tanto en el escenario hispanoamericano como en el europeo-occidental. Pero, sobre todo, ambos tuvieron muy clara la necesidad de controlar a los señores. Por su parte, los locales como Orbegoso, y especialmente Salaverry, tuvieron una voluntad más centrada en la autonomía —que no independencia— regional dentro de un marco de consenso-competencia con otros espacios regionales.

La problemática era altamente compleja, y, de crisis en crisis, quienes más sufrieron fueron los otros actores sociales, sustento económico de la región: los pequeños y medianos productores, los campesinos indios, mulatos, libertos y mestizos, entre otros. No se debe olvidar que, en la región, la crisis de la década de 1780 impactó con relativa fuerza,[39] y que, si bien localmente se levantó cabeza con el comercio en la fase de alza de 1790, la crisis climática de 1804 hundió realmente la economía regional, de base agrícola, y finalmente enganchó con el proceso de separación e independencia. Para inicios del siglo XIX, regionalmente se contaba con pocos capitales, escasa mano de obra y mercados por largo tiempo en conflicto. Muchas haciendas se hallaban en diversos estados de ruina, como Pátapo, prácticamente improductiva, que luego liderará el proceso de modernización agrícola de los valles chiclayanos y norteños cuando la producción de azúcar se recupere y se catapulte para el último cuarto del siglo XIX.

Sin embargo, prácticamente hasta hoy, la pequeña y mediana producción intrarregional sí logró capear medianamente bien los temporales, y de allí se puede entender la presión de que fueron objeto los colonos y los arrendatarios para aumentar el pago para con el hacendado: marcando una línea que se convertirá en una práctica regional y nacional, las implicancias y el costo de la crisis se las pasaba el señor a los pequeños y medianos productores rurales; peor aún si el proceso se combinaba con el peso de una mentalidad netamente señorial patriarcal, ejercida por los de arriba y acatada por los de abajo.[40] Nuevamente

39. El impacto de la crisis comercial afectó fundamentalmente a este sector, mas no al agrícola (véase Aldana 1999).

40. De inmediato uno no puede evitar preguntarse por qué la gente aceptaba estos comportamientos. Y la reflexión nunca ha considerado que la tradición de comportamiento hacendario se hunde, en realidad, en el pasado prehispánico, con matices coyunturales propios del

tomando el ejemplo de Fernández de Paredes, a quien se le reprochaba su "procedimiento tiránico" por el "excesivo precio los arriendos, y de otros motivos ilícitos hasta obligarlos a abandonar su trabajo y perder sus frutos".[41]

El asunto es de dimensiones, y nos permite perfilar el comportamiento señorial de los norteños, que establecen prácticas económicas que marcaron el espacio local, presente todo el siglo XIX, y que se extenderá nacionalmente en la vuelta del siglo. Andrés de Santa Cruz, quien estuvo en Piura entre 1821 y 1822, "fue un fidedigno testigo" de los desmanes del marqués de Salinas, y quizás por ello dio un decreto en 1821 que, más que nada, demostraron sus dotes administrativas y su capacidad de entender y comprender la realidad que lo circundaba. Quizás también reflejó su propia realidad como paceño que vivió una poderosa condición señorial. Pero en todo caso, fue llamativo cómo intentó establecer al naciente Estado como solucionador de problemas por la vía legal (justicia) y no por el voluntarismo monárquico-virreinal, pues enfatizó (como cierre del mencionado decreto) que, para cualquier problema, "se puede reclamar al Gobierno, que está pronto a hacer justicia a quien la reclame".[42] Y ciertamente, si volvemos al marqués de Salinas, era necesaria la intervención, pues este cobraba arriendos a "mano armada", amedrentando a sus arrendires con "partidas de negros, que estaban prontos a llevarlos presos a los calabozos de Tangarará, a derribar las casas, y a apoderarse de los ganados", tropelías tan frecuentes hasta su muerte que siempre están señaladas en los libros de historia local y regional.[43]

Para Santa Cruz, "todo hacendado está obligado a respetar la propiedad de sus colonos, como uno de los más sagrados derechos que asegura el de todos". Visiblemente liberal, Santa Cruz sancionaba la propiedad como sagrada, y, al hacerlo, se percibía que, en la realidad local, el señor echaba mano de las tierras de sus colonos cuando le convenía —y quizás a ello se debe la necesidad que

---

virreinato y de la República decimonónica. Véase mis líneas de reflexión en Aldana 2014 (y, en particular, 2007), fruto de investigaciones y conversaciones con los doctores E. Mesclier y J. L. Chaléard, geógrafos; y para este artículo, las conversaciones con Gerald Taylor en el marco del proyecto Térritories et Mondialisation dans le pays de Sud (Chiclayo, Pe. 2002-2004; ene.-abr. 2000), Unité Mixte de Recherche IRD y Ecole Nationale Supérieur (ENS).

41. Por cierto que es el momento de la independencia, y que levantar los excesos y las malas prácticas es una de las maneras de rechazar el comportamiento político del bando contrario monarquista —en el que está nuestro marqués—. Para las citas, véase Hernández 2007: 380.

42. Son muy reveladores la información y los documentos que presenta el célebre historiador piurano Miguel Maticorena Estrada en su libro sobre la comuna de Piura (2014), como el documento que nos ocupa, "El decreto de Andrés de Santa Cruz: colonos y hacendados, igualdad y filantropía". Piura, 28 de noviembre de 1821, pp. 30-31.

43. La cita es de Hernández 2007. Los abusos señoriales a lo largo del siglo XIX son como el sello de agua en la realidad local-regional. Aparecen en muchos libros, desde Mejía Baca (1943) hasta Maticorena (2014).

sustenta este general de contar con un Estado—. Más allá de la simple oposición política a los que no estaban en el bando patriota, esta norma intentó limitar el poder de los señores locales para, quizás, facilitar el control burocrático desde y del Estado; si no, cualquier república o forma política era imposible. En todo caso, fue patente el abuso señorial, pues se estableció que no se podía "expeler por pretexto o motivo alguno" a los colonos mientras no hubieran "formalmente hecho y dispuesto de las cosechas de sus labores", pues fue bastante común en el siglo XIX —y más— que el señor se encargara de la cosecha por completo y no solo de aquella parte que le correspondía. Por supuesto, se estipuló que los colonos no tenían que hacer ningún trabajo "de balde" al hacendado siempre y cuando pagaran su arriendo según lo pactado y convenido con él, y que no era obligatorio que el colono tuviese que venderle su producción a una persona/patrón determinado.[44]

El punto es central porque era muy común que, por el arriendo pactado o por el dinero de un avío o habilitación entregado, el colono tuviera que entregar toda su producción al señor o la persona que lo había aviado o habilitado al precio que este había establecido por quintal, arroba o fanega; el aviado y el aviador (habilitado-habilitador) sabían de antemano los costos y la ganancia. Por un lado, por esta práctica el colono estaba sometido al señor o, peor aún, a los aviadores y habilitadores, sobre todo para la segunda mitad del siglo XIX, cuando esta práctica fue llevada adelante por el hacendado, pero también por el comerciante-habilitador. Por eso, el tema de precios y pagos de avíos o habilitación fue siempre un problema, pues no había librecambismo: era un mercado cerrado, sin libre contratación, y de allí que se exigiese que los hacendados pagasen los precios corrientes por el capital adelantado en el momento que se hiciesen las entregas y devoluciones de avíos o habilitaciones. Como consecuencia hubo numerosos litigios en torno a la producción y pilado de arroz, producción de los pequeños y medianos agricultores desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante. No hay que olvidar que, en la mentalidad de la época, se pensaba que con el sistema del colonato todos ganaban, pues se ampliaban las zonas de producción —y la producción, por tanto— cuando el arrendir ocupaba "tierras de balde", aunque su obligación era decírselo a "su bienhechor" o señor para establecer una "sola" —única— contrata entre hacendados y colonos que no permitiese exigir nada más que lo estipulado en ella.[45]

Poco o nada debe haber logrado Santa Cruz; el decreto en sí recién fue validado en 1823 ante la presión de los colonos. Pero, ciertamente, años más tarde,

---

44. Todas las citas de este párrafo han sido tomadas de "El decreto de Andrés de Santa Cruz: colonos y hacendados, igualdad y filantropía". Piura, 28 de noviembre de 1821, pp. 30-31, publicado en Maticorena 2014.

45. Parafraseo el decreto de Andrés de Santa Cruz de 1821, mencionado anteriormente.

para la etapa de la Confederación (1836), sabría plenamente cómo negociar con los señores norteños. De allí que lograra la aquiescencia y aceptación de Orbegoso, porque, para los años iniciales, hasta los indígenas del común, como los de Lagunas, estaban reclamando el deslinde de sus tierras con las de la hacienda de Ucupe. El motivo de ello es que constantemente sufrían la introducción de ganados y "no se podía introducir la costumbre perniciosa que se ha entablado de años atrás de esta provincia de que las tierras sean de un amo y lo que estas producen sean de otro dueño sin más principio a la arbitrariedad y el capricho". Poco pueden lograr de un primer deslinde "a fuerza de la incivilidad y brabera" de José Antonio Baca, hijo de María del Carmen Fernández de la Cotera, nuevos dueños de la hacienda. Baca, imbuido de la mejor tradición de los hacendados norteños, a pura fuerza introducía ganado para beneficiarse de los pastos de Lagunas. Incluso todavía "permanecen algunos olivos de donde se sacaba el azeite con que se alumbraba el Santísimo Sacramento y las palmas para el día de Ramos". La batalla pasó a mayores por cuanto es "imposible conciliar en Lambayeque", ya que las relaciones familiares de la señora lo impedían: el juez del tribunal era su "compadre espiritual", Francisco Solano Paredes, y el escribano era hijo de la hermana, Matías Delgado. Y a pesar de tener una providencia a su favor enviada desde Lima en 1827, nada se cumplió. Como señaló el párroco de la iglesia, las tierras en litigio eran del pueblo de Mocupe y no de Ucupe, y "muy claro es el derecho de mi Común pero en este lugar vale más la fuerza que la justicia". Para Fernández de la Cotera era claro que el párroco odiaba a su familia y que el pueblo incluso estaba erigido en tierras de su hacienda.[46]

Efectivamente, muchos hacendados querían corregir una mala práctica llevada adelante por el obispo Martínez Compañón a fines del siglo XVIII, cuando comenzó a fundar ciudades en algunas haciendas por tener cantidad de personas, como Sullana (1783). La gente de las reducciones (como se les llamaba a los pueblos enclavados en los latifundios) trataban de lograr los derechos de propiedad por compra, cesión gratuita o invasión; mientras que las tierras de las reducciones les pertenecían a las haciendas, los pueblos estaban totalmente subyugados a los señores.[47] Por eso, para 1850, el célebre piurano Ignacio Escudero habló de los "señores semi-feudales" y de la "opresión de los colonos" como algo

46. El expediente es sumamente rico, y es un litigio que se extiende entre 1734 y 1833. ARLam. Haciendas-comunidades. Mocupe, 1734-1833, leg. 19. La hacienda estaba "concursada" —puesta en venta— desde 1817.

47. Maticorena (2014: 49-50) supone que Ramón Díaz, último prefecto pradista, fue el creador del proyecto (1856) presentado y aprobado en cámaras de diputados por Ignacio Varillas (1868-1869) para fundar el pueblo de Morropón y frenar las montoneras. Los señores Arrese donan el terreno donde estaba asentado el pueblo de Morropón (1872) y, al año siguiente, el de Yapatera (1873).

totalmente vigente, un interesante personaje, poco conocido y menos considerado, liberal hasta la médula y con una percepción muy peculiar de la realidad social y su forma de realización. Nacido en Piura en 1820, fue hijo de Francisco Escudero y Carrión, y de Josefa de Valdiviezo, estudió en el Convictorio de San Carlos (1837-1839) y siguiendo una costumbre muy de sectores hacendados tradicionales, de nivel económicamente alto norteño, fue a Valparaíso para ser licenciado. No concluyó porque debió hacerse cargo de las propiedades de su familia a la muerte de su padre, y se casó primero con Hermelinda de Checa y Valdiviezo, y luego con su hermana, Micaela. Para 1855 formaba parte de la Convención Nacional, y desde allí hasta 1862 estuvo en la política. Ha sido el único político que a su salida del cargo, con Miguel Iglesias como presidente, pidió que se le enjuiciara y se investigara el monto de sus bienes. Poco después moriría en Piura (1866).[48]

En su accionar local y regional, estuvo siempre preocupado de la combinatoria adecuada entre la propiedad y los colonos. Por ello, planteó el primer proyecto de irrigación en el Perú (1856), por cuanto la rentabilidad del capital no estaba en los bancos extranjeros sino "en el banco de la agricultura comercial". Reflejó, con claridad meridiana, la línea de desarrollo norteño: el binomio agua-tierra. En la época, todavía, la realización se hundía en las prácticas virreinales, y una hacienda valía más por cuánto podía producirse en ella que por la cantidad exacta de tierra que poseía. De allí se sigue que en cada hacienda comenzaron a presentarse litigios y conflictos por establecer los linderos. Como decía Escudero, los hacendados no tenían claro los límites de sus haciendas, los "linderos [no existen] por no ser conocidos, o por ser disputados", y por tanto no podían cercar. Además estaba el tema de las irrigaciones, pues si se abría una acequia o un canal, se daban disputas en torno a la toma o el ojo del canal; los disparos y las muertes de los guardianes en las tomas de agua eran lo bastante comunes como para que hasta Mesones Muro lo registrara en sus expediciones. Así, cualquier mejora cerca de los linderos o colocar un colono en los alrededores de esa zona o de una acequia implicaba "reyertas sangrientas" que enfrentaban a los señores,[49] con el añadido de que el límite socioeconómico sustancial en las realizaciones económicas norteñas se centraba en el maltrato cotidiano de los señores sobre sus subordinados. Es el caso de Manuel Salcedo, que, en un cruce de palabras con un español recién inmigrante en su hacienda de Talambo (1863), le cruzó la cara con un fuetazo. La asonada consiguiente supuso la intervención de hombres armados y un muerto; fue la excusa perfecta

48. Información simple y directa sobre Escudero que se presenta en <http://hyr.pe.tripod.com/jcg-2/id2.html>.

49. Para todas las citas de este párrafo, véase Maticorena 2014 y también Mesones Muro, en Mejía Baca 1943.

para que, como represalia, se tomara las islas Chincha —y el guano— por parte de la armada española.[50]

Dos puntos importantes reconocemos en toda esta información: por un lado, las tensiones socioeconómicas locales, que sobrepasaban la simple relación hacendados-colonos que cruzaban, sobre todo, la sierra norteña —y que suelen ser bastante desconocidas en realidad—;[51] y por el otro, la centralidad del agua en la economía rural regional por cuanto, más que ser importante el control directo de la tierra —como sería años más tarde—, lo fundamental era la producción de la tierra. De allí se sigue que, ni bien iniciada la República y a lo largo del siglo XIX, los problemas de límites no fueran solo nacionales.

Los eventos socioeconómicos se desarrollaron en un marco político. Con Castilla y el guano se dio un creciente orden estatal, y con ello, una rápida capitalización en el norte.[52] En este sentido, el gran problema de escasez de mano de obra —constante y continua a lo largo del siglo XIX— fue, si no solucionado, bastante paliado en el norte con la llegada de los chinos culíes; mano de obra que generó grandes expectativas y que jamás se pensó que iba a dejar de llegar tan rápidamente como en 1874. Es muy conocido que los culíes reemplazaron a los negros esclavos, cuya libertad fue comprada por el Estado guanero a los señores propietarios; finalmente, en la época se había calculado que era más rentable el jornal de entre 5 y 6 reales diarios que los 300 o 400 pesos que se pagaba por los negros, a lo cual había que sumarle alimentos, vestidos, medicinas por toda la vida, además de los tiempos improductivos agrícolas (entre sembrío y cosecha). En todo caso, las indemnizaciones por esclavos combinadas con la venta de bonos de deuda de algunos de los señores norteños implicaron una suerte de inyección de capital en las tierras, orden y capital fresco que se potenció con la demanda inglesa por nuestro algodón en la década de 1860 merced a la Guerra de Secesión americana. Se enviaron 3000 quintales de algodón de muestra a Liverpool (1862). Si bien hubo desmotadoras de algodón desde 1834 en Piura, la demanda potenció que en el rico valle del Chira, y en general en todo el norte costeño, se comenzara a desarrollar fuertemente este tipo de

---

50. Sobre Escudero, véase a Maticorena 2014: 22-23, y la anécdota de Talambo verla en cualquier libro sobre historia general del Perú, por ejemplo, Klarén 2004. Una narración indirecta, pero explicativa de sus implicancias, en Clayton 2008: 57.

51. Véase Espinoza Claudio 2010. También está el interesante trabajo de Ruiz Zevallos (2011) sobre el Perú en la época de la Revolución mexicana, pero su perspectiva no se sostiene en la región, sino en entender un proceso de la nación partiendo de la región. Ver, además, Jacobsen y Diez 2003, y particularmente desde fuera de la región, el clásico Bauer 1979.

52. Generalmente los que estudian el periodo del guano se enfocan en la corrida de dinero hacia la agricultura norteña, pero no desde la región sino desde la nación. El más importante, sin ninguna duda, es el clásico Hunt 1973.

cultivo, como es lógico si se considera la coyuntura del mercado internacional en que se desenvolvía una primera fase industrial fundada en el algodón; se podían llegar a producir hasta 6900 toneladas cuando había lluvia. En este momento, hasta Cayaltí fue fundamentalmente algodonero, aunque en la vuelta de siglo ganaría el azúcar.[53]

En las tierras, y sobre todo en el caso de las cañeras, hubo una corrida de inversión, particularmente en Lambayeque, pues los préstamos se dispararon para 1869, justamente con el ascenso del norteño Balta al poder y la fiebre ferrocarrilera concomitante, quizás fundados en las grandes expectativas que levantara este presidente y las percepciones de progreso que supuestamente se abrían a los ojos de los locales. En todo caso, los cañeros se endeudaron fuertemente con los bancos en un momento en que estos también se catapultaban en el escenario nacional; fueron 30 millones de soles de deuda, repartidos de la siguiente manera: 17,5 millones en bancos y 4,5 millones en casas extranjeras, además de lo que se colocaba en casas mercantiles locales. El uso de la banca fue excesivo; hasta ese momento, lo "normal" era que las casas comerciales aviaran —más que prestaran— el dinero necesario para la realización económica. Pero en esos años comenzaron a operar los primeros bancos en Lima y luego en las regiones. En el norte, se creó el Banco de Trujillo (1871), más que seguro respaldado en la producción cañera, como el Banco de Ascope (1873), y compartió el espacio con el Banco de Piura (1872), zona de producción algodonera. De uno u otro modo, los norteños compraron un número excesivo de máquinas, situación que se combinó con la crónica escasez de mano de obra, la sobreexplotación de la tierra en busca de "aprovechar" la coyuntura y finalmente la caída de los precios internacionales, sobre todo para el azúcar, inicialmente de manera progresiva, pero en picada poco después con la crisis de 1872, y peor aún con la Guerra del Pacífico, que simplemente hundió la economía norteña, menos por la guerra en sí que por los cupos y las demandas del tristemente célebre Patricio Lynch.[54]

Tómese nota de que fueron cerca de 90.000 chinos los que llegaron al Perú entre 1847 y 1874, de los cuales cerca de 13.000 se insertaron directamente como mano de obra agrícola en las haciendas norteñas, y si incluimos Áncash, con su producción cañera, la suma se duplica a 26.000.[55] Esta mano de obra "libre" en

53. Los cálculos de deuda son de Torrico (2012: 29), que utiliza a Levin. Huertas (1986) señala que la abolición fue un buen negocio para el hacendado, porque fue indemnizado, pero "el negro libre comenzó un nuevo vía crucis". A partir de los estudios de Quiroz sobre los vales de la consolidación, Gonzales (1989) también lo afirma. Véase, además, Maticorena 2014: 112 y ss.; y, sobre las desmotadoras en Piura, Aldana 1999.

54. Véase Vidaure 1988 para la historia de los bancos regionales y Torrico 2012.

55. Los cuadros de Gonzales (1989: 394) son muy interesantes al respecto, sobre todo porque compara la cantidad local de población con los recién llegados.

realidad reemplazó a los esclavos negros, y se constituyó en el soporte social de la economía hacendaria norteña, siempre tan necesitada de brazos para su realización. Como es muy conocido, los chinos apoyaron a los chilenos durante la guerra; Lynch canalizó todas sus disconformidades y desilusiones en contra de los peruanos. Así, cuando los lambayecanos quisieron esconder la locomotora del ferrocarril de Eten en Calape (Pátapo), fueron los chinos los que descubrieron el hecho; el ferrocarril fue montado y utilizado por el enemigo. Pero también los "cholos", netamente peruanos, al decir de Aspíllaga, le hicieron el juego a los chilenos, porque cuando dicha expedición llegó a Chiclayo y quiso quemar las casas, fueron ellos los que denunciaron "quienes eran los hijos del país que tenían fortuna; en fin todos los trapos sucios de la casa se mostraron".[56]

Es muy interesante cómo la guerra visibiliza las realidades socioeconómicas al catapultar situaciones conflictivas. Por ejemplo, esa necesidad imperiosa de mano de obra y la voluntad de continuar con la vida normal en las haciendas. Ramón Aspíllaga lo tuvo clarísimo: había poquísimos empleados en las haciendas y en nombre de la "patria y el patriotismo" pidieron trabajadores a la gente de las haciendas vecinas. Y si "hay armas y elementos, santo y bueno, pero si no los hay, con formar grupos y un desacierto comprometerán la suerte de estas poblaciones". Más aún, la explotación agrícola debía continuar, y Aspíllaga intentó negociar con Lynch debido a los chinos que lo seguían. Este hacendado le escribió a Adolfo Salmón, prefecto de Trujillo y amigo de este general por su estadía consular en Valparaíso: "Si Ud. pudiera (de un modo reservado) conseguir de Lynch que los vendiera [a los chinos] de nuevo a los hacendados, yo se los podría comprar a precio de oro".[57]

A pesar del decreto de Piérola que señaló que quienes pagaran los cupos de guerra eran traidores a la patria, Chimbote y Huaraz los pagaron porque quienes no lo hacían se enfrentaban a las terribles represalias chilenas. Fue el caso de la hacienda Palo Seco, con 20.000 libras esterlinas de cupo, que fue quemada por no haber llegado a tiempo el dinero que se sabía ya había sido embarcado en Callao. O el fundo San Nicolás, en Áncash, propiedad de Oscar Heeren, valorado en un millón de pesos, que fue quemado hasta sus cimientos por encontrar armas y no haber quien negocie el pago del cupo: el administrador, alemán,

56. Sobre los chinos hay una historiografía sumamente abundante liderada por Isabelle Lausent Herrera, pero también destaca localmente Luis Roca y nacionalmente Wilma Derpich y Humberto Rodríguez Pastor. En este caso, nos basamos en el trabajo de Gonzales (1989) y también en la información que ofrece Huertas 1974, 1986. No deja de ser interesante pensar que, más allá del descontento social, es posible que Lynch, impenitente navegante que había vivido en Asia, haya podido comunicarse con los chinos en su lengua, de allí su aceptación. El resto de la información en Torrico 2012: 94.

57. Torrico 2012: 93-94.

se negó a tomar la responsabilidad y afirmó que los Heeren eran peruanos. El mismo Nemesio Orbegoso, norteño, ministro de Economía de Piérola y refrendador del decreto, puso a salvo su hacienda Mocán. Trujillo tuvo que enfrentar un cupo de 35.000 soles mientras que Lambayeque uno de 15.000 soles y Chiclayo 20.000 soles en plata, cantidad esta última que fue negociada por Francisco Puccio, encargado de la guardia urbana extranjera y que fue reducida a 3250 libras. Pero que hubo gente rica que enfrentó el pago del cupo chileno sin problemas, la hubo. Como el comerciante piurano Manuel Aguila, que, señalándose cuatro mil pesos para los comerciantes y ricos, y cincuenta pesos para el común del pueblo, fue el primero que se apersonó con el dinero "bien trajeado y fumando un aromático puro habano"; por eso, el comandante chileno Pinto le señaló que entregara un segundo cupo y "en el término de la distancia" regresó con la nueva suma.[58]

La capitalización capitalista

La modernización económica de los norteños arrancó para finales de la década de 1860, cuando, sin saberlo, embonaron con la crisis cíclica del capital que supuso una caída en las décadas de 1870 y 1880, y un alza imparable hacia 1890 y la vuelta del siglo. Fue una crisis de crecimiento del capitalismo tal como se la señala en la historia occidental, que, en nuestro caso, se encubrió con una guerra, la del Pacífico. Para el caso de los norteños, esta modernización se viabilizó a través de la compra de maquinarias y, en general, la maquinización de los procesos productivos de las haciendas mediante motores, trapiches e ingenios a vapor para el azúcar y desmotadoras también a vapor para el algodón. Pero fue una modernización epidérmica porque solo se dio en lo económico. En lo social, si bien supuso la recomposición del grupo señorial posguerra, con sectores emergentes en lo económico, no supuso cambios en las prácticas de relación social, sino más bien una profundización y radicalización de las pautas anteriormente presentadas. La continuidad de dichas prácticas quedó manifiesta en el comportamiento de los chinos y las respuestas sociales violentas y no violentas que ofrecieron a las formas de dominio, sobre todo en las haciendas cañeras más que en las algodoneras.

Pátapo, en Lambayeque, fue la primera hacienda en instalar maquinaria e impulsar la tecnificación. El chileno José Tomás Ramos Font, su dueño, fue el primero en modernizar la industria azucarera en el departamento de

58. El interés de Torrico (2012) es el accionar de los cónsules extranjeros durante la Guerra del Pacífico como comerciantes, mediadores, habilitadores y proveedores, entre otras ocupaciones. Sobre Piura, véase Maticorena 2014: 59.

Lambayeque con la compra de maquinaria. Entre 1860 y 1866, se instalaron "trapiches a vapor" que reemplazaron los movidos por bueyes, una tecnología tradicional con la que se obtenía un producto impuro y ordinario, y que desperdiciaba una considerable proporción del jugo de la caña. También se compraron máquinas trilladoras de arroz, despepitadoras, limpiadoras y enrolladoras de algodón, pailas clarificadoras y máquinas de hacer "marquetas de concreto y chancaca". En Batán Grande, Lambayeque, los Delgado intentaron mejorar el ganado introduciendo, en 1866, cabras de Angora, ganado vacuno Durham de cuernos cortos y chanchos ingleses "de los de la cría del Príncipe de Gales"; incluso se pensó en traer camellos por tener despoblados semejantes al norte de África. Es también la época en que los Lama, dueños de la hacienda Máncora, buscan refinar el aceite natural de Zorritos (1863), y se da inicio a la explotación petrolífera y gasífera. Ciertamente, la guerra corta todo el proceso que, sin embargo, se retomará después con muchísima más fuerza bajo la expansión liberal-capitalista.[59]

La fiebre por las máquinas y por capitalizar las haciendas va a generar préstamos excesivos que causarán problemas en la tenencia de las tierras, peor aún cuando aparecen casas comerciales extranjeras y también extranjeros, no solo bancos, dispuestos a aviar localmente a los hacendados. Los extranjeros estuvieron entretejidos en la realidad local, pues hubo ingleses como los Bryce y los Grace en Trujillo; alemanes como los Solf y los Heeren en Lambayeque y los Schaefer en Piura, presentes desde la década de 1850. También llegaron chilenos que compraron tierras y marcaron la modernización agrícola, como José Tomás Ramos Font, dueño de Pátapo, y Ramón Aspíllaga Ferrebú, quien dio inicio a esta importante familia dueña de Cayaltí, o Juan Gildemeister, quien se hizo de Casa Grande. Probablemente contaban con capital fresco de las negociaciones salitreras y la experiencia técnica de la maquinaria de su explotación. Pero los modos de realización hacendaria de los extranjeros, sobre todo de los europeos y norteamericanos, eran diferentes a los de los locales, y, de hecho, sus vínculos para con el mercado externo potenciaron sus actividades y sus beneficios. Como lo reconoció en 1923 Rafael Larco Herrera, hubo muy fuertes vínculos entre Chiclín (y, en general, de los Larco) con la casa Graham, Rowe & Co., pues ella siempre aportaba "capital en momento de crisis" y "medios de distribución para nuestras cosechas de azúcar a través de sus establecimientos en Liverpool, Valparaíso y Nueva York". Asimismo en Piura, y para la negociación de algodón, aunque también de productos locales (café, tabaco, cueros), se instaló la casa Duncan Fox (1872), con un capital de 300.000 soles; fue esta la década en que

---

59. Seguimos la documentación publicada por Huertas (1974) y su análisis (1986). Además, véase Bachman 1921: 142.

comenzó a expandirse el capital norteamericano por América del Sur, incluido el Perú y el norte peruano.[60]

La Casa Grace fue un buen ejemplo de esa expansión capitalista norteamericana.[61] William Grace llegó al Perú en 1854, y poco después ya había logrado enriquecerse como abastecedor y provisionista de barcos u otros. Millonario ya para 1865, se asoció con su hermano Michael Grace, formaron la Bryce, Grace & Co. (1865), y William estableció la sede de la negociación en Nueva York. Desde allí negociaron y se asociaron con la casa Flint de Nueva York con el fin de conseguir maquinaria para la producción de azúcar, por un total nada despreciable de 168 millones de dólares, destinada a la hacienda de Francis Bryce, uno de los socios de la casa Bryce, Grace & Co. Desde 1870, los Grace tuvieron fuertes intereses en la costa norte del Perú y abastecieron con los productos norteamericanos que trajeron, máquinas de coser, manteca y cubos de madera; su éxito se sustentó en vínculos con sus connacionales: la casa se sirvió de los vapores norteamericanos Fabri & Chauncey, que le ofrecían tarifas reducidas. En el norte sus negocios como abastecedores entroncaron con la tradición de avío local, pues prestaban dinero a los dueños de haciendas cañeras para la compra de maquinaria, como se ha visto. Pero el problema era las formas de realización económica por completo distintas: solo a veces recibían partidas de azúcar como pago, pues su exigencia era el pago en moneda.[62]

Cuando comenzaron a sentirse los primeros efectos de la crisis de la década de 1870, rápidamente tomaron sus precauciones; como en el año 1872, que reconocieron que "ha sido el peor que el comercio ha visto en años", y cuando, de inmediato, buscaron reducir el stock de mercancías. Pero por esos años entraron en el negocio "justo" de adelantar dinero a algunos dueños de haciendas azucareras y, para 1873, se felicitaban de haber "logrado la consignación de Enrique Canaval y Guillermo Alzamora y confiamos en obtener [...] las de Emilio Llona o la de las haciendas de Mr. J Bryce". Pero en esos años de crisis muchos se vieron afectados. La casa Bryce, Grace & Co. entró en liquidación

60. La información se recoge de varias fuentes: Bachmann 1921, Moscol 1991, Torrico 2012 y, específicamente sobre los Grace, Clayton 2008: 262. En torno a la capitalización salitrera de Gildemeister y la experiencia técnica, la fuente es una comunicación personal de la doctora Milagros Martínez (2014), historiadora interesada en la presencia austriaca y alemana en el Perú.

61. La referencia indudable es el texto de Lawrence Clayton (2008), quien nos presenta el espectro de vida de dicha compañía. Desde el avío a la islas Chinchas por un barco-almacén en que vivía el joven William Grace con su familia, pasando por la facilitación de armas durante la Guerra, su gestión para la paz con Chile y el Contrato Grace, hasta las industrias azucarera y textil, sus haciendas de Cartavio y Paramonga e, incluso, la Grace Line, compañía de vapores, y la Panagra (Pan American Grace Airways).

62. Clayton 2008.

en 1875; sus negociaciones habían ido progresivamente decayendo hasta que finalmente Michael Grace asumió la compañía (1875). Establecidas las cuentas se encontró un total de 246.244 soles en stock de productos y 1.174.156 soles en préstamos no cancelados. De ello, 817.534 soles eran adeudados por Canaval, Alzamora y Llona, y 305.601 estaban invertidos en bonos del ferrocarril Paita-Piura. Formada la nueva compañía, Casa Grace & Co. (1875), con cerca de 1.768.532 soles, se posesionaron de Cartavio, propiedad de los Llona, con 1200 fanegas de producción y poca producción de azúcar. La guerra no hizo más que profundizar la crisis, pues los grandes hacendados, sobre todo, buscaron cómo salvar sus haciendas de los cupos y otras exacciones.[63]

Ahora bien, como no hay mal que por bien no venga, dado que había haciendas hipotecadas a extranjeros, muchas serán respetadas, e incluso muchas veces los mismos hacendados lograron que los extranjeros presionen para que se respeten las propiedades. Los chilenos no tocan, por ejemplo, la hacienda de Pomalca del súbdito español Visconte Gutiérrez o Casa Grande en Trujillo, propiedad del alemán Luis Albrecht. La casa Prevost y Co. se señaló dueña de Tumán, y en último momento también se reclamó propietaria de Cayaltí; los Aspillaga no pagaron así las dos mil libras que le había asignado el cupo. No fue tan fácil con el ferrocarril y los productos encontrados en sus bodegas, porque las estratagemas no siempre se lograban; y ya se ha señalado cómo la hacienda San Nicolás en Áncash fue quemada durante la ocupación. Después de ello, el panorama agrícola norteño cambió con una rapidez absoluta.

La nación en la región: el apogeo liberal (1880-1930)

Para esta etapa, las haciendas más importantes en Lambayeque eran —y son— Pomalca, Tumán, Pátapo, Pucalá y Cayaltí, un espacio que algún extranjero llamó "la huerta del mundo" por la riqueza y variedad agrícola: arroz de mayo a agosto con 180.000 fanegas en épocas malas y 240.000 en buenas épocas. La caña de azúcar tenía una buena producción todo el año y el algodón se producía en zonas escasas de agua como Mochumí, Mórrope, Jayanca y Olmos. Además, se cultivaba cacao en Pucalá y Tumán, donde también había café (como en Cayaltí). La papa se encontraba en Salas y el maíz por todo Motupe, ambos productos en manos indígenas. Las frutas, comunes por todo el valle, eran de muy buena calidad. Para principios de siglo, la Sociedad Agrícola Pomalca incluía Collud y Samán, y la Negociación Tumán consideraba también a Calupe. La hacienda Chacupe (Reque), que la municipalidad tenía arrendada a Pedro

63. Seguimos a Torrico 2012: 77 y ss., pero también Clayton valoriza la deuda de Alzamora en 283.000 libras (2008: 262).

Baca, contaba con 3900 hectáreas, de las cuales 1800 tenían producción de maíz y arroz: un millón de kilos de arroz en cáscara. Bachmann (1921), a quien seguimos, presenta el perfil de toda la localidad, distrito a distrito, y señala que hay poca producción ganadera. En Piura, Tangarará y Somate fueron las más importantes, aunque hubo 16 haciendas por una banda y 10 por la otra, además de cerca de 35 por la sierra: las exportaciones llegaron a 1.712.373 soles.[64]

Las cabras y el ganado menor fueron lo característico de la economía mediana y popular norteña. Y si de la hacienda se trataba, parte del jornal estaba constituido por carne y arroz; los señores compraban la carne a 26 centavos y la vendían a sus servidores a 15 centavos subsidiándola parcialmente. Desde el periodo virreinal, la utilización de ese ganado había sido principalmente para la producción de jabón a partir de la grasa, en Lambayeque y sobre todo en Piura, y a fines de esta etapa se convirtió en un signo de la vitalidad económica regional, pues la demanda de cueros era proporcional al movimiento mercantil de la zona. Ocurría igual con la producción de alfalfa, pues las mulas y los caballos, reatas de arriba o de abajo, consumían este cultivo; su producción y demanda da una idea del volumen de comercio que se daba en la zona. En general, tanto en Cuenca como en Cajamarca se criaba y se engordaba al ganado mayor; y, en el siglo XIX, las haciendas de sierra generalmente abastecían con productos y alimentos a las de la costa, como el caso de la hacienda Udima. Propiedad de la Sociedad Agrícola Pomalca Limitada y Viuda de la Piedra e Hijos, con múltiples haciendas por la costa, como Pomalca (con 4584 hectáreas cultivadas), Udima tenía nada menos que 145.000 hectáreas fundamentalmente de pasto, en donde se criaban 10.000 vacunos y algunos millares de lanares.[65]

La tendencia después de la Guerra del Pacífico fue a concentrar tierras y a que se creeran las sociedades y las negociaciones agrícolas: una persona, el hijo mayor por lo general, era el que tomaba a cargo la administración de los bienes de familia, aunque el bien en sí era de propiedad individual. Es posible que se buscara mantener unido el capital o que, simplemente, copiando a los extranjeros, se separara la propiedad de la tierra de la compañía que explotaba las haciendas.[66] Pero las que pusieron la nota inicial fueron tres grandes negociaciones agrarias que marcaron la historia del norte, particularmente Trujillo: los Larco con Roma, muy queridos por la filantropía de Víctor Larco Herrera; los Gildemeister con Casa Grande, rechazados por la constante expansión sobre las

64. Véase Bachman 1921 y, sobre Piura, Moscol 1991: 162 y ss.

65. Propaganda a página completa de la Sociedad Viuda de Piedra e Hijos en la *Revista Centenaria*, de Chiclayo (1935), editada por Echeandía, Bracamonte y De la Fuente.

66. Véase Portocarrero 2007, a quien le interesa justamente analizar las redes económicas de los Pardo. Por supuesto que los norteños aparecen constante y continuamente en ellas.

tierras; y, finalmente, la Casa Grace, anteriormente señalada y más recordada por su representación de la Peruvian Corporation y el control de los ferrocarriles merced al conocido Contrato Grace. Las sociedades y negociaciones serán las formas típicas de explotación agromercantil del tránsito del siglo XIX al XX.

La concentración de tierras fue fundamentalmente la oportunidad para los extranjeros que tenían capital fresco, al no haber sido afectados por la guerra, como los italianos Andrés y Rafael Larco, que, habiendo llegado al Perú en 1835 desde Cerdeña, se encontraron en Trujillo para los años de 1850 y 1860, y se convirtieron primero en dueños de Chiquitoy (1872) y muy rápidamente de Tulape y Cepeda, devenidas en Roma (1878); arrendaron también el fundo Mocollope y establecieron la compañía Larco Hermanos, que, a la muerte de Rafael Larco (1888), fue convertida en la negociación Viuda de Larco e Hijos, y dirigida por Víctor Larco Herrera. Nacido en Trujillo (1866), el hijo de Rafael Larco Bruno y de Josefina Herrera Medina tuvo un interesante devenir, pues, además de ser guardamarina y comerciante, se convirtió en un importante filántropo. Sus estudios en Lima fueron, primero, con los jesuitas en el Colegio de la Inmaculada y luego en el Instituto de Lima, dirigido por alemanes. Graduado en la Escuela Naval, a partir de 1888 se convirtió en el administrador de los bienes de la familia. Bastante bueno en el rubro, administró Chiquitoy y fue aprovechando la progresiva caída de la demanda del azúcar de remolacha para ir expandiendo sus actividades. Lentamente, la negociación se fue ampliando, primero con la compra del molino de Bracamonte y Chiclín (1901), y luego de Roma a su tío Andrés. Progresivamente se expandirá así sobre un total de 24 haciendas del valle de Chicama, con las que intentó una modernización profunda de la agricultura: tecnificó y maquinizó la producción cañera en sus haciendas, pero también se preocupó por elevar el nivel de vida de sus trabajadores y en general de la localidad. Con el auge del azúcar a causa de la Gran Guerra —que sancionó su expansión económica— aumentó en 33% el salario de sus obreros y para apoyar a la Beneficencia de Trujillo se comprometió a entregar un centavo por cada saco de azúcar que salía de su hacienda. Muestra del interés por la cultura es el Museo Larco Hoyle, fundado por su hijo Rafael Larco Hoyle, primero en Chiclín (1926) y luego traído a Lima (1950). Don Víctor estaba abierto a los problemas sociales y contribuyó con la construcción del local de la Liga Progresista de Artesanos y de la Liga de Artesanos y Obreros del Perú, ubicada en la calle Colón de Trujillo, donde también funcionó la primera universidad popular de la ciudad.[67]

67. Tómese nota de que el azúcar que se consumía normalmente en Europa entre 1852 y 1875 (el azúcar de betarraga) aumentó 600% su valor, mientras que la de caña tan solo 60%. Véase Zúñiga Trelles s. f.: 21 y ss. Es bastante buena la pequeña biografía del portal institucional

Los problemas, sin embargo, no tardaron en llegar. Al término de la guerra, la situación se hizo muy difícil, pues se recuperó el mercado del azúcar de remolacha, hubo una mayor presión para el cobro de deudas desde una Europa que buscaba reconstruirse y Larco tuvo que cortar las mejoras salariales y sus obras de beneficencia. En los valles de Chicama y en los de la costa, todos tuvieron que enfrentar el descontento social hijo de la crisis, y al filántropo no le quedó más que vender su gran hacienda Roma (1927) en Lp 500.000.[68] La compró Enrique Gildemeister, sobrino de Johan Gildemeister, el primero de la línea que había llegado de Bremen (Alemania) como marino mercante a Brasil (1843). Este comerciante, con la experiencia de la Liga Hanseática en sus venas, compró una goleta para carga de madera y se trasladó a Valparaíso. Gracias a los negocios en esa ciudad y vinculado a las negociaciones de salitre, llegó a Lima (1848) y, después de la Guerra del Pacífico, compró la hacienda Casa Grande (1888) de otro alemán, Luis Albrecht. Como los Larco, la modernizó y tecnificó, y se dedicó a comprar las pequeñas tierras y chacras de alrededor; un total de 26 pasaron a ser parte de su hacienda.

Pero aquí termina la comparación, pues las actividades económicas de los Gildemeister causaron un fuerte rechazo local. Para 1910, la hacienda Casa Grande tuvo que enfrentar todo un conjunto de protestas que implicaron la captura del tambo y luego del almacén de la hacienda; dos años después (1912), quemaron los cañaverales y saquearon las bodegas. La Negociación Agrícola Chicama Ltda. nació en 1915 y tomó a su cargo los bienes vinculados a la hacienda; consiguió un puerto para uso exclusivo, el puerto Malabrigo —hoy Puerto Chicama—, gracias al presidente Benavides, a cambio de 44.000 libras esterlinas; y, finalmente, construyó el ferrocarril directo entre la hacienda y el puerto. Nadie pudo competir con esta negociación, pues los que usaban el puerto de Salaverry tenían que pagar impuestos. Recuérdese además que, como muchos grandes hacendados, los Gildemeister controlaban la producción de Chicama por la costa y la abastecían de productos de la sierra, particularmente de la hacienda de Sunchubamba, con lo cual marcaban el ritmo de vida de la sierra. El descontento campeó y se expresó sociopolíticamente a través de los partidos.[69]

Un caso épico en su época por la formidable expansión capitalista, que marcará la historia del Perú, fue el de Herbert Tweddle con la London Pacific Petroleum Co. Este inglés compró las haciendas de La Brea y Pariñas a Genaro

---

de la Municipalidad Distrital Víctor Larco Herrera (disponible en: <http://munivictorlarco.gob.pe/portal/?page_id=636>).

68. Thorp y Bertram (1985) señalan, además, que se vendió Paramonga en Lp 600.000 y que, sin embargo, este dinero (Roma y Paramonga) no tuvo ningún impacto nacionalmente, sino que es probable que fuera remitido al exterior.

69. Véase Zúñiga Trelles s. f.: 21 y ss., y también Klarén 1976, Introducción.

Helguero, quien ese mismo año acababa de hacer la regulación de dominio merced a la prospección petrolera realizada en sus tierras (1888) por 18.000 libras esterlinas, propiedad que contaba, supuestamente, con 10 pertenencias mineras. Al año siguiente, vendió la mitad de la hacienda en 30.000 libras esterlinas a William Keswick y fundó la London Pacific Petroleum, con un capital social de 250.000 libras esterlinas, de las cuales 50.000 se ofertaron al público. Los condóminos alquilaron La Brea y Pariñas a la London Pacific Petroleum por 99 años. Finalmente, Tweddle le vendió su parte a Keswick y quedó este como dueño de las haciendas y la London como compañía explotadora de petróleo, responsabilidades totalmente separadas. Surgieron entonces el tema de los impuestos por las ganancias que se lograban. A pesar de los intentos de medir las pertenencias explotadas, recién en 1913 se logró hacerlo, y se encontró que la compañía explotaba un total de 41.614 pertenencias, pero pagaba impuestos solo por 10 pertenencias: las tierras quedaban liberadas de la responsabilidad de la London. Es decir, debiendo pagar 1.200.000 soles, no pagaba más que 300. Pero siguiendo la línea de los dueños originales, justamente cuando se dio la remensura y se organizó el pago de lo adeudado (en 1914), la London cedió sus derechos a la International Petroleum Company, poderosa compañía norteamericana que se vio envuelta en una truculenta historia que no terminó hasta 1968 con la toma de Talara por parte del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada.[70] Las múltiples explotaciones y negociaciones en torno al petróleo de Zorritos, Negritos, Lobitos y la misma Talara tuvieron un enorme impacto regional, pues redefinieron los circuitos humano-comerciales: Talara se convirtió en la meca de mucha mano de obra ayabaquina a inicios del siglo XX y el peso económico portuario se desplazó, por volúmenes de negociación, hacia este puerto.

Hay que tomar en cuenta que para los extranjeros eran cruciales los vínculos con sus países, pues ello les permitía conocer la situación del mercado externo y la colocación en ellos. Esta era una ventaja que no tenían los norteños y fue, en realidad, el fundamento de su riqueza, porque los extranjeros compraban directamente a los medianos y pequeños productores —cuyas posibilidades de conectarse con el mercado externo eran nulas en ese momento— a precios de

70. En la Pontificia Universidad Católica del Perú se encuentra un buen número de boletines y panfletos de época sobre el tema, que en algún momento trabajé. Por ejemplo, los "Documentos justificativos de los derechos de The London and Pacific Petroleum Company, Limited y opiniones de los doctores Víctor Eguiguren, Luis Felipe Villarán, Alejandro Arenas, Augusto S. Albarracín, Manuel Pablo Olaechea, Estanislao Pardo Figueroa, Domingo M. Almenara y Luciano Benjamín Cisneros", presentados por Williamos Manners (Lima: Gil, 1895), que continúan en "Documentos que don William Manners se olvidó de presentar a los abogados a quienes consultó sobre algunas cuestiones sucitadas entre la London and Pacific Petroleum Company Limited y Herbert Tweddle (San Petersburgo 1883); o sobre las posiciones del Congreso acerca del impuesto al petróleo (1916). Desde lo académico, véase Guerra 2008.

mercado local y lo vendían en el extranjero a precio internacional. Este fue el caso de Calixto Santos Romero Hernández, español llegado al Perú como agente de la casa Hernaíz, encargado de comprar y vender sombreros de paja, en plena moda en Europa en esos momentos. Instalado en Catacaos, se entroncó con una artesana de sombreros, que le abrió las puertas de la producción local. Gracias a ello y a su experiencia, montó C. Romero y Cía. (1888), que habilitaba materia prima a decenas de artesanos y les compraba su trabajo a precio vil y luego lo exportaba, con "pingües utilidades", a varios países latinoamericanos y Europa.[71]

En todo caso, hay que destacar dos procesos que se convirtieron en un patrón común y que se diferenciaron de lo que había hasta en ese momento: por un lado, la concentración de la tierra con la justificación de la modernización productiva y, por el otro, la separación entre la propiedad del inmueble y su explotación.[72] Ambas situaciones se combinaron en las mencionadas sociedades y negociaciones agrarias. Tomemos, por ejemplo, el caso de los Izaga. En 1853, Juana Arbulú de Izaga había cedido a sus hijos Rosendo y Manuel María Izaga los fundos de Pucalá y Las Tabernas, los cuales, en 1873, solo suman 32 hectáreas de caña y 62 braceros. En 1902, los hermanos separaron las haciendas, quedando cada una en manos de cada uno, y fundaron la Sociedad Agraria Pucalá (1908) con el 31% de capital extranjero. Lento pero seguro se expandieron sobre Pátapo, Tulipe o Tulape y el anexo San José de Cuculi (1924) —propiedades compradas a Josefina Ugaz y Gonzáles de Gayoso—, y también sobre Huaca Blanca y Tablazos. Finalmente, Batán Grande o Sicán también fue incorporado a la sociedad, y, de ese modo, los Aurich, sus dueños, se hicieron con el 50% de la sociedad en 1943: Pucalá llegó a tener 61.835 hectáreas y 3521 trabajadores para 1968.

71. Jorge Moscol Urbina (Conocido localmente como JEMU, 1916-2002), gran estudioso de la historia de Piura, me comentó alguna vez que la unión de Romero con esa señora cataquense fue la que signó su destino. Ella era una suerte de jefa-curaca local que le abrió las puertas de los sombrereros, una línea que nadie ha estudiado, pues todos se centran en las capacidades comerciales de Romero, verídicas por cierto, pero que logró entroncar con la mejor tradición señorial indígena en paralelo a la criolla, vigente aún para finales del siglo XIX. Sus probados conocimientos sobre Piura y Romero, en Moscol 1991: 365; vaya mi homenaje a este gran estudioso local. La información económica en Malpica 1990 y también en el diálogo con Durand (Sánchez León y Paredes 2010).

72. El grueso de la historiografía y más aún la sociología del siglo XX sobre el norte se centra en las haciendas cañeras y las explotaciones del sistema de haciendas, sobre todo en la década de 1970, bajo el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Sin embargo, la mayoría se interesa por el tipo de economía desarrollada, sin buscar entender los juegos sociales y políticos locales. El trabajo de Burga (1976) es una buena muestra de ese interés mencionado; aquí nos apoyamos fundamentalmente en Huertas 1974, 1986 y Gómez Cumpa 1989. Este último demuestra, además, cuán amplia es la bibliografía disponible en su trabajo "Fuentes para un estudio urbano-regional: Chiclayo y el norte del Perú" (Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos35/chiclayo-estudio-urbano/chiclayo-estudio-urbano.shtml>).

Quizás la más importante en Lambayeque y una de las más importantes del norte fue la Sociedad Vda. de la Piedra e Hijos, fundada en 1904 tras la muerte del esposo y padre, Ricardo de la Piedra, por un término de cinco años, renovable año a año y con el pago mil libras peruanas para el aumento de capital y para comercializar abastos y compraventa de artículos del país (como azúcar y alcohol de Pomalca, arroz de sus haciendas y de terceros, chocolate, fruta seca y al jugo de las mejores marcas de Chile, maderas —nacionales y extranjeras—, alambres de diferente tipo, clavos, calaminas, pinturas, fierro enlozado, jabón, etc.). La sociedad rápidamente amplió su producción con la fábrica de chocolate, pero el fuerte fue el molino de arroz y la aserradora de madera que tenían en su Ingenio Santa Rosa; sus haciendas de explotación fueron Udima, Pampa Grande, Saltur, Naranjas y El Espinar, entre otras, y también sirvió de representante a la Casa Milne, a la agencia de la Compañía Internacional de Seguros del Perú y al Banco Popular del Perú. Con agencia en el puerto de Pimentel desde 1912, contaba con 11 lanchas con capacidad para 550 toneladas de carga, dos remolcadores a petróleo y uno a gasolina, además de un astillero para reparar embarcaciones y también para construirlas, además de 180 lancheros jornaleros y 20 en muelle en total.[73]

El género es muy importante en las realizaciones económicas norteñas.[74] Desde lo más profundo del virreinato, las mujeres son el pivote sobre el cual giran las relaciones comerciales. Ellas son las que se quedaban en casa mientras los maridos negociaban a lo largo y ancho de la región, una costumbre que no se perdió en el siglo XIX e incluso el XX: anteriormente vimos cómo María del Carmen Fernández de la Cotera, en la persona de su hijo, Pedro Baca, quería expulsar al pueblo de Mocupe de sus tierras. Y en el tránsito del siglo XIX al XX, vemos cuán activa es la Sociedad Viuda de la Piedra. Pero también estaba la Sociedad Viuda de Dall'Orso, que siguió con las numerosas negociaciones de este italiano radicado en el Perú e incluso las amplió. En muchos casos, aparecieron los apellidos masculinos y pareciera que los negocios fueran una actividad vedada para las mujeres. Parcialmente esto es cierto, pero las norteñas desde siempre fueron activas mercaderes y empresarias, como Juana Bonilla, comerciante de Querocoto (Chota), que terminó siendo esposa nada menos que de Juan Aurich, dueño de Batán Grande. Y cuanto más arriba de la escala social se estaba, eran las mujeres las dueñas del capital o las que lo precautelan para sus hijos; ellas unían los troncos familiares.

---

73. Véase la *Revista Centenaria*, 1935, de Chiclayo, publicada por Echeandía, Bracamonte y Nicanor de la Fuente (NIXA).

74. Quizás la única que tiene esta perspectiva de género en sus enfoques es Carmen Diana Deere en sus trabajos sobre Cajamarca (1992).

Por eso, no hay nada más importante que la prosopografía para entender la realización económica de los norteños; finalmente y como siempre, los vínculos familiares serán el soporte del esquema señorial radicalizado durante el civilismo y la República Aristocrática. Tómese el caso de la Sociedad Salcedo y Aurich, que, en 1899, arrendó Batán Grande. Primero que nada hay que hacer notar que esta hacienda fue San Nicolás de Sicán hasta 1860, propiedad de Clara Fernández de la Cotera y Durán, casada con don José Andrés Delgado Gardeazábal y Tóvar, un abogado quiteño residente en Cuenca.[75] Esteban Montero y Zelada, socio de Juan Aurich Pastor, compró la hacienda de Batán Grande y la Viña de Sancarranco (1885); la primera era propiedad de Rafael y Antonio Delgado y Moreno, nietos de la mencionada dueña de Sicán. Al morir Montero, su viuda, Daría Balta, hija del expresidente Balta y Montero, y casada luego en segundas nupcias con Oyague y Soyer, quedó como dueña de la hacienda. Desde París, entre las múltiples ofertas de venta, decidió favorecer a Juan Aurich Pastor con las tierras de Batán Grande, señalándoles un costo de 67.000 libras esterlinas o 70.215 libras peruanas (en 1915). De ese modo, se formará la Sociedad con acceso a los "bosques secos más densos del Pacífico Sur"[76] y a un buen número de construcciones prehispánicas llenas de objetos de oro y plata.[77]

Ciertamente, los señores tenían un uso suntuario del dinero —lo que más de una vez les implicó problemas, sobre todo en épocas de crisis—, como se ha visto con la guerra, pero eran sectores sociales instruidos, educados y

75. Era cosa común la interrelación de los grupos familiares desde Trujillo hasta Cuenca; por ejemplo, los Delgado, de Cuenca, o los Montero y Zelada (más que probablemente piuranos) con los Balta, chiclayanos. Aldana (1999) los estudia principalmente para el virreinato, pero también en la temprana República. Justamente para mediados de siglo XIX, los vínculos regionales comienzan a debilitarse en la medida que se refuerzan los nacionales.

76. La información de José Maeda Ascencio se ha recuperado de: <http://www.monografias.com/trabajos38/juan-aurich-pastor/juan-aurich-pastor2.shtml>. Nótese que, afortunadamente, ahora los estudiosos locales pueden colocar sus estudios en Internet, lo cual permite, al menos parcialmente, remontar la eterna dificultad de acceder a los trabajos históricos del interior del país.

77. Como excurso señalemos que también fue común, en la región, la "minería de huaca", como en Trujillo con la Huaca del Sol y de la Luna. Consideradas como inútiles, simplemente se las destruye. Incluso en 1835, en la *Revista Centenaria*, se felicita a Dall'Orso porque este italiano "sentía que el pueblo se asfixiaba" y emprendió la "grandiosa obra de liberar a Chiclayo de las huacas que lo rodea[ba]n", "reducto de badulaques y guarida de malhechores"; eran los basurales de la ciudad. Una primera obra de engrandecimiento ya había sido llevada en el gobierno de Balta, dicho sea de paso, y que utilizó todo el regimiento acantonado para esa función. Por tanto, era práctica común de los hacendados el huaquear, y los Aurich no fueron la excepción. Las malas lenguas chiclayanas señalan que la riqueza de este señor venía de la venta de objetos prehispánicos de lo hoy conocido como Sicán, con maravillosas producciones de oro y plata.

profesionalizados con lo último del conocimiento científico; desde fines incluso del siglo XVIII, las clases altas iban a estudiar a Europa (España primero, luego Francia y algo a Inglaterra) y posteriormente a Estados Unidos.[78] Sabían que el "gasto" para con "su" gente forma parte del paquete de comportamiento señorial; una suerte de "inversión social" —si tomamos los términos actuales— que les suponía un poder simbólico que les aseguraba la realización económica y que lentamente se iba a ir perdiendo conforme se modernizaban las pautas de relación social: los patronos dejaron de serlo para convertirse en directores de compañías; de vivir en Chiclayo, Piura o Trujillo, pasaron a vivir en Lima, nunca más alejados de sus colonos y arrendires; la relación con el obrero fue totalmente indirecta y mediatizada por administradores: los señores ya no sabían, ni les interesaba, la enfermedad de la ahijada o la muerte de la esposa de un arrendir.[79] Pocos señores tenían una relación directa con el conjunto social, y por eso se dice que Juan Aurich Pastor fue un caso singular de la convivencia entre el hacendado y la gente del común: en las esperadas fiestas de carnavales, don Juan acostumbraba a salir de la casa hacienda para bailar marinera debajo de la "yunza" con las señoras Jesús Arrunátegui y Fernanda Relaiza, madre de su capataz, don Moisés Díaz.[80]

Si el poder señorial norteño se anclaba en relaciones simbólicas de poder fundadas en el dinero y la sangre —en ese orden—, y no solo en la sangre —como en el sur—, el ordenamiento social se fue diluyendo y reconformando a lo largo del siglo XX conforme se establecía la modernización agraria. Este proceso se combinó con la ruptura progresiva de esos vínculos socioeconómicos de la gran región construidos durante el virreinato que iban desde Trujillo a Cuenca; paulatinamente, de la mano con la construcción del Estado nacional, se comenzaba

78. La discusión sobre las "oligarquías" es enorme, y toma cuerpo particularmente en torno a la década de 1970 a la sombra del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, cuando se conocen los trabajos de Bravo Bressani (1966), Bourricaud (1969) y, desde una enfoque más indigenista, Henry Favre (1967), textos compilados que, sumado al de Jean Piel, conformarán el libro *La oligarquía en el Perú* (Bourricaud et ál. 1969). Después está el ahora clásico de Flores-Galindo y Burga (1981). Rescato los intentos de teorizar culturalmente la oligarquía de Portocarrero 1998: 219-259.

79. Sostengo lo dicho a partir de conversaciones realizadas con viejos obreros de Cayaltí en el marco del proyecto Térritories et Mondialisation dans le Pays de Sud (Chiclayo, Pe. 2002-2004; ene.- abr. 2000), Unité Mixte de Recherche IRD y Ecole Nationale Supérieur (ENS).

80. Hay que reconocer con José Maeda que este hacendado era bastante especial, porque, por ejemplo, se casó por amor con una joven sin estirpe, de una familia de comerciantes de Querecoto (Chota), Juana Bonilla Villalobos (Maeda s. f.). El punto, sin embargo, es que no sabemos cuán especial es Aurich o, simplemente, a lo mejor sus ideas eran bastante más democráticas de lo que se piensa. Este es un aspecto relevante: la diferencia de comportamiento de los *grandes* señores y los señores. Pero todo esto está aún por estudiarse.

a diluir la presencia de gente como Montero y Zelada, eminentes apellidos piurano-ayabaquinos, o como los Delgado, que procedían del Ecuador, fuera de su espacio local. El colofón de esta modernización económica fueron los múltiples enfrentamientos señoriales por la poca claridad de los linderos entre las haciendas, que incluso se transmitían de generación en generación: "odios tan profundos y tan eternos como las tierras mismas". Para Escudero, esto saltaba a la política y era la causa de que los señores se afiliaran a partidos distintos e intentaran el apoyo político nacional para sus intereses individuales. De allí, por ejemplo, se derivaron los conocidos enfrentamientos de los piuranos Seminario y Echeandía con los Seminario y Vascones, primos, que rebasaron los hechos de la Comuna (1883), o entre los Salcedo y Taforó y los Aurich Salcedo, con disputas por el agua en Mochumí y Mayascón (Chota) —litigio continuado por Alfredo Salcedo Pastor y Francisco Salcedo— entre 1905 y 1923, que llegaron a utilizar como árbitro nada más ni nada menos que a Augusto B. Leguía, presidente del Perú en uno de los momentos del juicio y pariente de los mencionados.[81]

Para 1900, entonces, las viejas y nuevas formas se han combinado socialmente y se insertaron en lo económico. La apropiación directa de la producción a través del avío o los vínculos familiares como soporte del tejido económico (que se mantuvieron a lo largo del siglo XIX) se combinaron, sin mayor problema, con nuevas formas de producción que, primero que nada, controlaron directamente las tierras —y ya no solo la producción—, que, perteneciendo a diferentes miembros de la familia o arrendadas a terceros, fueron explotadas a través de las sociedades o negociaciones que tercerizan la explotación. La demanda del azúcar se disparó y la situación evolucionó bastante rápido a lo largo de la primera mitad del siglo XX por los cambios súbitos del mercado; las compañías formadas, sobre todo, después de la Gran Guerra comenzarán una carrera por la concentración de tierras apoyadas en una maquinización intensiva. Los sueños en torno a ello darán pie, incluso, a que nacionalmente se buscara establecer el modelo importador-exportador: las máquinas eran necesarias para mejorar la producción, lograr las irrigaciones y, en general, conseguir la modernización socioeconómica de la actividad. Desde los grandes a los pequeños, todos buscan acceder a maquinaria, y como no todos podían comprarlas directamente a los extranjeros, la idea que emergió fue producirlas aquí y venderlas: el sueño del progreso en su apogeo que se tradujo en el llamado modelo importador-exportador. Pero el panorama nacional e internacional comenzó a ser crecientemente inestable en la primera década del siglo XX, y para 1925 ya

81. La información sobre Escudero se encuentra en Maticorena 2014, quien ha recogido su labor como político. Las apreciaciones generales están construidas a partir de Aldana 1999. El pleito entre los Salcedo y Aurich, en ARLb, Haciendas-comunidades. Mayascón 1905, leg. 26.

estaban señalando que había una crisis mundial de azúcar —que en realidad era simplemente un primer reflejo de la gran crisis del 30.[82]

El azúcar como realización agrícola se fundamentó, además de la tecnificación y en la concentración de tierras, en la proletarización de los campesinos y su conversión progresiva en obreros del campo. Como todo liberal en un momento en que estos están en pleno apogeo en Occidente, los norteños buscaron conquistar nuevas tierras para mover el capital y ampliar su base económica, y si bien se siguió utilizando a los arrendires y a los colonos, poco a poco se pretendió asalariarlos; las ganancias ciertamente eran enormes y la plusvalía, galopante. Los barones del azúcar emergían poderosos, y no le iban a la zaga los algodoneros piuranos. Con ellos, se consolidó el tristemente célebre sistema de haciendas, sinónimo de explotación y abuso: se dice que los cercos caminaban, y de allí que los latifundios se ampliaran continuamente. Pero, por eso, también los colonos, arrendires y, en general, los pequeños productores se interesaron en las ideologías del momento: socialismo, anarquismo y marxismo. Maticorena (2014) nos demuestra cómo en Piura hubo un rico vocabulario político no muy bien delimitado en lo teórico, pues era común oír del "anarquismo" como sinónimo de "comunistas", socialismo, rojismo o Frente Único de Trabajadores, e incluso este autor señala que el político Escudero reconocía tener ideas proudonistas.

Puede entenderse la violencia social que rodea a la realización hacendaria: los colonos y arrendires (que comenzaron a tener problemas ante la concreción de una primera modernización liberal a fines del siglo XVIII bajo impronta inglesa) lucharon más pasiva que violentamente y lograron encontrar y mantener un espacio socioeconómico, aunque las comunas estuvieran presentes. Pero a lo largo del siglo XIX y particularmente en el cambio de siglo, las ruedas de la economía liberal habían profundizando las trochas de su camino industrial, y primero lento y luego muy rápidamente hizo a un costado a los pequeños e incluso medianos labradores ofreciéndoles solamente una posibilidad: la proletarización o la nada. Los comunes indígenas, que a inicios del siglo XIX se habían licuado y cuyas tierras se habían municipalizado, se recompusieron para la segunda mitad de este mismo siglo XIX en una suerte de protección socioeconómica y emergieron, felices, ante el reconocimiento que el presidente Leguía les dio para inicios del siglo XX: tuvieron la posibilidad de defender sus tierras de la nueva oleada modernizadora, esta vez sí industrial capitalista y de impronta norteamericana.

82. Entre los numerosos documentos publicados por Huertas (1974: 38) sobre el norte, encontramos esta frase: "La industria del azúcar se halla en crisis en el mundo […] y por consiguiente, lo está en el Perú". Pero también hay varios informes agrícolas generados por locales que demuestran que tenían una claridad meridiana de lo que sucedía y que se sentían limitados porque sus soluciones —unas radicales, casi neoliberales, y las otras totalmente socialistas— se topaban con el Estado nacional.

Por otro lado, la fundamental mano de obra: a falta de esclavos y chinos, pivotes fundamentales de la capitalización hacendaria en la primera etapa republicana, se permitió la llegada de más europeos, pero, sobre todo, se trajeron japoneses (1898). Sin embargo, estos no aceptaban las malas condiciones de trabajo como los chinos y eran considerados un "germen del mal ejemplo y deploramos el fiasco que se ha tenido con ellos".[83] No eran grupos humanos que aceptaran el trato tradicional para con el peón norteño. Por tanto, en busca de brazos para la "Venus de Milo norteña",[84] se pretenderá y se implementará el enganche, un sistema de trabajo de la tierra por el cual el señor contrataba a un enganchador, quien recibía un "socorro", cantidad de dinero que debía utilizar para reclutar peones. El enganchador se valía de las fiestas y de las celebraciones locales para enganchar al campesino dándole dinero mediante adelanto y haciéndole firmar "un contrato de locación de servicios personales". Mientras que dicho dinero, dado por adelantado, no fuera pagado, el campesino se sometía "a la competencia de la autoridad que designe mi acreedor".[85] Los abusos consiguientes son sumamente conocidos.

El agua, la competencia local con los señores

El gran catalizador socioeconómico en el norte fue, sin ninguna duda, el agua. De los tres millones de acres que se cultivan en el Perú, 1.125.000 eran irrigados, y solamente donde está irrigado es "donde la producción se hace más intensa y donde el transporte es adecuado". Además, de los 63 millones de libras peruanas invertidas en agricultura, las haciendas irrigadas absorbían el 60% del total del capital, 39 millones. De ello se deduce que donde la tierra era irrigada "es más grande el monto de energía humana que se requiere y más grande el espíritu de empresa que se manifiesta". En la época (1925), las haciendas irrigadas en la renta anual nacional suponían en rendimiento "una vez y media más que las haciendas no irrigadas, tres veces más que la minería, cinco veces más que la industria ganadera, ocho más que la propiedad urbana, trece más que el capital movible y diez y seis veces más que los ferrocarriles".[86] Como se ha dicho, lo

---

83. Véase Huertas 1986: 48, quien consigna una cita en la que se señala cuán malos como trabajadores eran los japoneses.

84. La anécdota es conocida: los hacendados norteños decían que las tierras eran como la Venus de Milo, bella, apetitosa y prometedora, pero sin brazos. De poco o nada servían entonces. Véase Aldana 1999.

85. Véase el ítem "Tópicos regionales. 1928", publicado en Huertas 1974: 57, donde se denuncia cómo "el infeliz socorrido" queda atrapado por el sistema y condenado a sufrir todo tipo de humillaciones.

86. Todas las citas de este párrafo han sido tomadas del artículo de Oscar Salomón, en diario *El Tiempo*, Chiclayo. En Huertas 1974: 40. Aquí se considera que un acre es igual a 0,4046 ha.

tenían muy claro: en el norte, no había actividad económica en la región que se pudiera sustentar si faltaba el líquido elemento, el cual, peor aún que la mano de obra, podía haber en exceso y destruir todo a su paso. O por el contrario, ser sumamente escasa y secar la región. Y con respecto a las haciendas, el valor de la propiedad estaba en relación directa con la cantidad de agua disponible.

En el norte, se ha dado —y se da— un progresivo proceso de desecamiento de las tierras. Vegas y jagüeyes son comunes en las tierras piuranas, y se sabe que en Lambayeque, a fines del siglo XIX, había todavía muchas pequeñas lagunas por múltiples sitios, como la de Boró en Pomalca, hoy un reservorio, y la que todavía queda en Pósope Alto, que localmente llaman La Laguna Perdida del Inca (Pátapo). De algunas, como la que quedaba al norte de la acequia de Mochumí, otra llamada El Teñidero y, finalmente, muy cerca, La Adobera, no queda el menor vestigio. Y si en el siglo XIX el río Chancay desembocaba por tres brazos, hoy solo queda uno que muy pocas veces conduce agua hacia el mar. Hoy es normal un aforo de 15 m^3/s, mientras que, supuestamente, en el siglo pasado el agua de los ríos de Lambayeque llegaba a 300 m^3/s en promedio y, con El Niño de 1925, el río Chancay aforó más de 1000 m^3/s.[87] Como hoy se sabe, el fenómeno de El Niño es un evento mundial que ocurre cíclicamente y causa lluvias muy fuertes en el norte del Perú, que se combina con sequías en la sierra. Terribles lluvias fueron las de 1828, 1876, 1891 y 1925, si consideramos la etapa de interés de este artículo, pero también las sequías afectaron fuertemente, como la de 1848 en Cajamarca, que se expresó en heladas en Arequipa. La sequía de dos años fue de tal dimensión en Cajamarca que se dio una hambruna terrible; cuando la prefectura distribuyó cebada (1849), la gente, desesperada, se peleaba por ella. Y bastante después de 1925, se suspendieron temporalmente los impuestos a los exportadores de azúcar.[88] La conversación cotidiana entre los agricultores y hacendados giraba siempre en torno al agua; sobre si iba a llover o si habría sequía, y las bocatomas de agua fueron siempre puntos neurálgicos de enfrentamiento.

La voluntad de irrigar se hizo patente a lo largo del siglo XIX: el proyecto Chira-Piura fue pensado desde la época del presidente Balta (1868), más aún en el cambio de siglo, cuando se buscó tecnificar y modernizar. Incluso, como se ha

---

87. Véase Rondón 1980: 76. El aforo o cantidad de agua que corre en el río es un indicativo económico valioso para los norteños. En 2011, el aforo fue de tan solo 5 m^3/s, mientras que lo normal es 15 m^3/s. Véase <http://www.rpp.com.pe/2011-11-02-lambayeque-reduccion-del-caudal-del-rio-chancay-pone-en-riesgo-el-agro-noticia_418683.html>. Si a eso se suman las desglaciaciones, la situación es realmente muy preocupante.

88. La información se encuentra en Silva-Santisteban 2002. Nicolás Cueva (s. f.) resalta esa suspensión en el marco de una protesta de las chicheras por el alza del impuesto a la chicha de 1924; esto podría leerse como la eterna batalla del Estado peruano por la formalización del trabajo informal, aunque da a entender el mayor interés y protección para con los grandes contribuyentes.

visto, hasta las sociedades obreras de Chiclayo pedían la intervención del Estado en relación con el reservorio Playa Seca. Si bien la caña demanda agua todo el año y el arroz solo la exige en su debido tiempo, cuando consiguen agua es en enero o febrero, y la siembra se da de octubre a diciembre. Pero para ese momento las chacras estaban casi agotadas o con gusaneras; por eso, había malos resultados en las cosechas; y, de ello, se derivó que el reservorio fuera necesario para los chiclayanos, con el fin de que no sufriera el pequeño agricultor. El Estado debía intervenir.[89] Para 1929 se llevó a cabo el Primer Congreso de Irrigación y Colonización del Norte como resultado del impacto de las terribles lluvias de 1925 y 1926, con la voluntad de enfrentar las necesidades del agro costeño, que implicaban, por ejemplo, la construcción del reservorio de Carhuaquero —que recién se hizo en 1980—, la construcción de los túneles para derivar el Huancabamba al río Olmos —que recién en 2014 se está concretando— y, en general, plantear cómo unir los ríos Cascajal, Olmos, Huancabamba, Chotoque, Motupe, La Leche y Chancay para lograr la irrigación de las tierras útiles lambayecanas. Finalmente, los grandes sueños nacionales de irrigación fueron el Proyecto Pampas Imperial (Cañete) y Pampas de Olmos (Lambayeque). Recordemos que durante el gobierno de Leguía el ingeniero norteamericano Charles Sutton fue inspector de la Dirección de Aguas e Irrigación del Ministerio de Fomento, y siempre buscó desarrollar proyectos de irrigación en todo el Perú, aunque su punto preferente de habilitación fue, sin ninguna duda, Lambayeque.

Un sueño de los lambayecanos fue lograr desviar las aguas del río Huancabamba para irrigar sus tierras; por supuesto, en competencia con los piuranos, que querían las aguas de "su" río para cubrir sus propias necesidades. Tómese nota que también en Piura había carencia de agua y que de ella dependía la productividad de la tierra. En 1863, por ejemplo, se proyectó la irrigación de Pabur, propiedad en ese momento de los Seminario y Váscones, con el río Piura, que se secaba nueve meses del año, porque se daba el extraño fenómeno de que la madre del río estaba seca, pero los canales corrían con agua permanente, de modo que las haciendas podían tomar los excedentes de agua directamente sin servidumbres a partir de Sechura. Este fue un proyecto fuertemente rechazado por los locales porque beneficiaba fundamentalmente las tierras de una hacienda y no más.[90] De manera que la necesidad de agua no fue más que creciendo conforme pasaba el tiempo: se incrementaba la productividad liberal y aumentaba la demanda de azúcar y algodón; peor aún para fines de siglo XIX, cuando se definió el capitalismo agrario y saltó la demanda con la Primera Guerra Mundial. Por eso, la irrigación de las Pampas de Olmos pasó a convertirse en un proyecto nacional con el lambayecano Leguía como presidente. Y cuando las lluvias de

89. Huertas 1974: 33-34.

90. Moscol 1991: 213.

1925 golpearon particularmente en Lambayeque, inundando la ciudad y la localidad, justamente Charles Sutton se encargó de la compostura de canales y una serie de labores de drenaje, así como de abrir, reparar y conservar los caminos. La meta era llevar adelante el proyecto de irrigación de la Pampa de Olmos: primero 60.000 hectáreas y luego 75.000 hectáreas más, o sea, 135.000 hectáreas en total. Pero la caída de Leguía detuvo todo y, además, fue canalizada localmente por Sutton, que sufrió la indignación local y fue llevado ante la ley acusado de malversaciones.

Por supuesto, el problema del uso de agua afloraba constantemente. Jorge Mesones Piedra se preguntó, entonces, "¿a quién pertenece?". Eran los agricultores, en general, quienes tenían que afrontar múltiples problemas en el agro, y lidiar con los grandes hacendados era también uno de ellos. No solo los sectores campesinos y "populares" del campo resintieron las formas de tenencia de tierras, pues si bien las tierras de las comunidades dejaron de ser comunales, "¿legítimamente las aguas podían dejar de ser tales (colectivas)?". "Salta a la vista que el derecho a las aguas y el de propiedad de la tierra son separables", pues el agua no le puede pertenecer "única y exclusivamente a los propietarios de las tierras"; un problema, dicho sea de paso, que no se limitaba a las haciendas, sino a las antiguas comunidades de indios que se disolveron para el siglo XIX, y "cada cultivador de una parcela ejerce sobre ella verdadero dominio, pudiendo venderla, o disponer de ellas libremente", mientras "compañías extranjeras o grandes terratenientes gozan de las regalías establecidas durante el coloniaje, para la raza autóctona". Téngase en cuenta que, con el Código General de Aguas (1902), estas se consideraban no como un bien colectivo, sino como un bien económico objeto de derechos y, por tanto, su control podía recaer en personas naturales o jurídicas, públicas o privadas. Los problemas fueron tantos que se llegó a una primera solución, el nombramiento de jueces privativos de aguas, pero estos "aportaron a la cuestión de aguas más que ilustración técnica, un papelucheo temerario, envuelto en el desconocimiento absoluto de la función que se había puesto en sus manos".[91] Los jueces delegaron así sus funciones en los inspectores de tomas y ríos, quienes, debido a sus míseros sueldos, cayeron bajo el influjo de los halagos y sobornos de los grandes hacendados.[92]

---

91. Para las primeras afirmaciones, véase Mesones Piedra, "El problema agrícola en los pueblos del departamento de Lambayeque, 1920", una excelente radiografía del agro lambayecano en la época. Publicado originalmente en periódico *El Tiempo* de Chiclayo (27 de diciembre de 1920), el artículo también salió como folleto, y es recuperado por Huertas 1974: 2. Véase también "Una historia en pocas palabras", en diario *El Tiempo*, 3 de agosto de 1928, compilado por Huertas 1974: 52.

92. Véase Huertas 1974: 52. Para tener un panorama general sobre los diferentes códigos y leyes de agua, véase también *Legislación peruana de recursos hídricos 1969-2003* (Lima: Gestión Social del Agua y el Ambiente en Cuencas (GSAAC), 2003). Resáltese que se intentó cambiar

Como un nuevo intento de solución, se crearon los sindicatos de regantes, en los que podían inscribirse los pequeños agricultores con más de diez fanegas de terrenos. Para que tuvieran una aplicación imparcial, se puso la administración y reparto de aguas de regadío en manos de la Comisión de Irrigación de los departamentos de Piura y Lambayeque, la cual se apresuró a crear un departamento de regadío, un registro de regantes y comités agrarios, como bases de apoyo —con lo que, por cierto, se acusó a esta comisión de "bolcheviquista"—. Pérez Santisteban, quien se señala como "entrañable" amigo de Sutton, expone el ideario de este autor de la siguiente manera:

> Irrigar nuestras tierras eriazas para entregarlas a las masas campesinas peruanas, a nuestros cholos y a nuestros indios, implantar un tipo de pequeña agricultura de producción intensiva y diversificada, imprimir función social a la tierra, despojándola de su carácter mercantilista, reemplazar la actual agricultura de exportación por una agricultura destinada al consumo de nuestras poblaciones, en una palabra, socializar la tierra peruana [...].[93]

Estas ideas no solo fueron recogidas en los anales del I Congreso de Irrigación y Colonización del Norte, celebrado en 1929; estaban flotando en el ambiente, rarificando y densificándolo: campesinos, pero también hacendados, pugnaban con los grandes señores por el uso del agua y la tenencia de la tierra. Desde 1890, Mesones Muro también soñaba con que si se lograba irrigar, las tierras ganadas se utilizarían no para arroz, sino en sembríos de panllevar con "granjas modelos, con limpios establos, florecerá la pequeña propiedad y el más sano de los cooperativismos agrícolas; las tierras no serán monopolizadas, se distribuirán sabia y equitativamente"; es más, no se volverían a escuchar nunca disparos en las tomas y tampoco morirían los guardianes de ellas luchando por el agua del patrón. Con el desvío, habría agua en abundancia para todos (para grandes y pequeños; para hombres, bestias y plantas) y, de ese modo, atrás quedarían los cooperativismos, las comunidades. El problema era que todos están de acuerdo mientras la sequía estaba presente, pero, en el momento en que se recuperaban de ella, poco o ningún interés se tenía en lo dicho.[94]

Eran también sueños compartidos desde el Estado, pues este "no se ha limitado a la ejecución de nuevas irrigaciones, sino que ha dictado medidas para obtener el mayor rendimiento de los recursos acuíferos" gracias a la nueva

---

el Código de Aguas de 1902 en 1928, pero recién se concretó ese cambio con el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, en 1969.

93. Véase Víctor Pérez Santisteban: Sutton y la irrigación de Olmos. La información se ha recuperado de <http://augustobleguia.org.pe/libros/perfiles%20bibliograficos.pdf>.

94. Ibídem. Sobre Mesones Muro, véase Mejía Baca 1943: 61.

distribución de aguas (1928), mientras que antes "eran solo los fundos superiores los que aprovechaban los caudales de agua de los ríos, impidiendo en años escasos como el actual que tierras inferiores de los indios y propiedades de pequeños agricultores pudieran regarse". E incluso hasta la forma de publicar este decreto por el diario *El Tiempo* es muy interesante: "Habla el Presidente de la República. Mi gobierno está realizando práctica y sistemáticamente la verdadera revolución social, en virtud de lo cual en el Perú ya no habrán privilegios ni la riqueza será don exclusivo de unos cuantos sino patrimonio de todos los peruanos".[95] Expresión que cobra sentido debido a que los hacendados, los chacareros y hasta todo un pueblo podían sufrir las afrentas de las grandes negociaciones con el agua; como cuando en Santiago de Cao, en el rico valle de Ascope, la hacienda Cartavio abrió el pozo n.º 1 en paralelo al pozo que abastecía al pueblo, cuyo dueño no había querido venderlo, y que implicó el uso restrictivo del agua tan solo para la hacienda. El pueblo y el resto de productores agrícolas solo tenían acceso a dos meses de agua, en las avenidas; en ese momento, "se acabó el mundo" para Santiago de Cao, y muchos, sin posibilidades, vendieron sus tierras, como la familia de Manuel Arévalo, famoso sindicalista aprista, que tuvo que vender la parcela de Colpán a la hacienda.[96]

La producción para el mercado

Si bien hasta ese momento el algodón había sido el producto más cultivado en el norte (con sus más de 40.000 quintales enviados principalmente a Inglaterra durante la década de 1860), el azúcar se dispararía después de la guerra, cuando ya se lograban mayores cosechas merced a las mejoras en las plantas. Para 1905, se tenían 8000 hectáreas dedicadas al algodón en Piura, frente a las 54.000 hectáreas de caña en Lambayeque. Aunque para 1918 las hectáreas de algodón se habían más que duplicado, pues alcanzaban las 19.732 hectáreas, este producto no tuvo la demanda del azúcar. Entonces, las sociedades obreras de Chiclayo enviaron a Leguía, presidente de la República, un memorial sobre la necesidad de las obras del reservorio Playa Seca[97] para favorecer la agricultura del departamento, que aumentó en gran cantidad entre 1902 y 1923, como se ve en el cuadro 2.

---

95. Véase el memorial a Leguía publicado en el diario *El Tiempo*, 1 de agosto de 1928, compilado por Huertas 1974: 54. Nótese, sin embargo, que todos los esfuerzos de Leguía por lograr un uso igualitario —que no colectivo, ni comunitario— del agua quedaron en nada. Solo en 1969 se reformó el Código de Aguas de 1902, como se ha dicho.

96. Véase Castañeda y Gálvez 2002.

97. Mencionado anteriormente, me remito a la información que ofrece "La labor de nuestras clases obreras. 1923", compilado por Huertas 1974: 33-34.

Cuadro 2
INCREMENTO DE HECTÁREAS CULTIVADAS EN LAMBAYEQUE

	Caña	Algodón
1902	3.000 ha	23.384
1918	7.950 ha	38.448
1923	9.000 ha	50.000 y más

Fuente: Huertas 1974: 33-34.

Incluso algunas fuentes señalan que grandes cantidades de montes que antes estaban dedicados a la cría de ganado en las haciendas de Pomalca, Tumán y Pátapo se han convertido en sembríos de caña, y que quizás Capote, con 1200 hectáreas, y Pampa Grade, con 3250 hectáreas de arroz, también se conviertan a dicho cultivo.[98] Garland nos señala que el capital fijo de las haciendas de la costa era de 31,9 millones de soles y que el capital-trabajo estaba alrededor de los 2,5 millones. La expansión es visible incluso desde la nación: para 1896 se habían invertido 40 millones de soles, y para 1900, 50 millones; de allí que se cree una Escuela Nacional de Agricultura (1902) y también una estación experimental de agricultura (1996). Incluso en las haciendas, como Cartavio, se trajo a técnicos para mejorar la molienda y se invirtió en maquinaria: la producción de azúcar estuvo alrededor de 5000 kilos por hectárea en 1894 y 6750 en 1901.[99]

En el cuadro del clásico de Thorp y Bertram sobre producción de azúcar en el Perú se ve claramente cómo el norte lidera dicha producción (cuadro 3). Valga señalar que estos autores incluyen en la costa norte a Áncash, más vinculada al norte chico de Lima.

Cuadro 3
DISTRIBUCIÓN REGIONAL DE LA PRODUCCIÓN AZUCARERA (PORCENTAJES)

	Costa norte	Costa central	Costa sur	Sierra
1894	49,9	41,5	5,9	2,8
1912	66,8	29,4	1,1	2,7
1916	70,0	27,2	1,2	1,6
1922	73,4	23,7	1,6	1,3
1927	76,8	20,3	1,8	1,2
1932	83,0	16,6	2,3	2,0
1937	88,4	6,9	2,1	2,6
1941	90,0	5,6	1,7	2,6

Fuente: Thorp y Bertram 1985: 61.

98. La información se basa en Cleaves y Scurrah 1980 y Huertas 1974: 33-34.

99. Toda la información de Garland tomada de Thorp y Bertram 1985: 63.

La fiebre azucarera, sin embargo, poco o ningún impacto tuvo en el escenario agrícola de los pequeños y medianos productores norteños en los inicios del siglo XX, a pesar de las irrigaciones y de la modernización catapultada por la enorme revolución económica producida por la Gran Guerra y el alza "estupenda de los artículos de consumo", al decir de Jorge Mesones Piedra.[100] Si bien hubo una fuerte expansión azucarera en la escena nacional, no la hubo en el mercado nacional, pues este ni se amplió ni buscó la diversificación de productos.[101] "Con muy pocas excepciones han conseguido sacudirse del yugo de una precaria y miserable situación", porque, si bien hubo una demanda enorme de arroz, el alza nada significó para los agricultores que lo trabajaban, pues tenían que recibir el dinero a precios fijados de antemano para cada fanega de arroz. Los "protectores" entregaban el dinero no a los agricultores, sino a los "subprotectores", que eran los que obtenían descomunales ganancias; no eran los grandes capitalistas los que estaban en el juego usurario. Los subprotectores eran los que habían "comprado", mediante entrega de capital adelantado, el arroz a 15 o 16 soles, mientras que en el mercado el arroz se vendió hasta en 30 soles la fanega. Hubo quien cosechó hasta mil fanegas de arroz con un precio contratado de 12 soles y quedó adeudado, mientras que el habilitador fue el gran beneficiado. El problema de la habilitación de capitales y de los habilitadores es un punto medular, por lo que "mientras no se resuelva de algún modo por medio de alguna reglamentación especial o por medio del establecimiento del Banco Agrícola, las ganancias de los agricultores en el ejercicio de su industria serán solo para los que proporcionan capitales".[102]

Tómese nota que, en la agricultura, siempre se necesita capital para la siembra, que se devenga y paga al momento de la cosecha. La costumbre fue siempre, como se vio, que las grandes casas aviaran y luego habilitaran el dinero, pero consignando un precio de antemano para lo producido, que era la medida del pago en productos. Así, se prestaba dinero considerando la futura paga de la fanega de arroz con el valor del precio de mercado en el momento de la habilitación y no para el de la cosecha —un semestre o un año después—, cuando el precio de la fanega podía haber cambiado radicalmente, como lo señala Mesones Piedra. De librecambio, nada; por el contrario, se mantuvo una forma de realización económica propia del periodo virreinal —ni siquie-

---

100. Véase el ya mencionado texto de Mesones Piedra en los documentos reunidos por Huertas 1974.

101. Véase las aseveraciones de Thorp y Bertram 1985, en particular su nota 53 y sus páginas 67 y siguientes.

102. El denso estudio de Jorge Mesones Piedra, "El problema agrícola en los pueblos del departamento de Lambayeque, 1920", es una excelente radiografía del agro lambayecano en la época. Publicado originalmente en periódico *El Tiempo* de Chiclayo (27 de diciembre de 1920), también salió como folleto, y es recuperado por Huertas 1974: 2.

ra decimonónica temprana—, que no consideraba el libre juego del mercado, propio de la República, ni las modernas realizaciones económicas. De allí, la crítica por la habilitación de dinero sin un banco agrícola ni un marco estatal que protegiera al agricultor, que además sufría la concentración de tierras, con el añadido de que los arriendos, cual era la costumbre, no sobrepasaban el año, y eran específicamente para el sembrío de arroz. Sin embargo, había una alta movilidad en el arriendo porque, por un lado, los dueños estaban a la espera de la mejor propuesta, y por otro, la realidad era que esas tierras no conocían cultivos intensivos por estar semiagotadas por la repetición de cultivos.

Los problemas socioeconómicos emergieron entonces. En la década de 1920 apareció Augusto B. Leguía y estableció nacionalmente un modelo sociopolítico que los norteños conocían muy bien. Señor de señores, se convirtió en dictador y, quizás como en el pasado, intentó limitar el poder de los grandes señores de la tierra y ponerlos bajo control, que los señores acataran un poder por encima de ellos y que los unificase: el Estado. Desde la nación, siempre se ha señalado el odio que Leguía —hacendado, banquero y representante de las "clases medias" liberales— tuvo para con los civilistas, a quienes convirtió en "enemigos" y persiguió como una forma de cohesionar ideológicamente a sus partidarios. Pero desde la región, la perspectiva podía ser diferente. Si pensamos en los términos de clase que se generan en cualquier espacio liberal, en el campo norteño esta fue reemplazando al estamento, y las clases medias rurales —por decir, los hacendados a secas— no compartieron la vida ni las expectativas económicas de las clases altas hacendarias. Es decir, los barones del azúcar y del algodón dominaban a los de abajo, obreros del campo y pequeños productores, pero competían económicamente y pugnaban políticamente con los sectores medios y medios altos rurales (los cuales no eran tan fáciles de eliminar: no se les podía pasar el ejército por encima sin explicaciones ni mayores consecuencias), sectores con casa en las plazas de armas y parques principales, y no en grandes casas-hacienda, que se fueron progresivamente profesionalizando y tecnificando, y competían por el mismo espacio económico que los grandes hacendados.

Como Leguía, la clase media alta de Lambayeque en realidad, pero también aquellos que representa Ignacio Escudero y hasta los que están con Charles Sutton, medianos y grandes hacendados —pero no señores—, buscaban el conveniente equilibrio socioeconómico en el desarrollo del país, un espacio para realizarse ellos, pero también para otros más pequeños que ellos. Como liberales que terminaban donde se inicia el socialismo, y no solo librecambistas, como el grueso de los barones, se inclinaban por la libertad, ya no solo como reconocimiento de derechos, sino como el ejercicio de la igualdad de oportunidades. Se trataba de una vitalidad política que se combinaba con una tradición de libertad o autonomía política que emergía desde abajo, desde los comunes de indígenas, arrendires y colonos, y que pasaba por el acceso al general sustento

del bien común, a la tierra y al agua, que permitía su usufructo. Es entendible así que en esta época no habían hecho más que empezar los choques entre comunidades, campesinos y pequeños, medianos y grandes agricultores en contra de los grandes señores o barones que buscaban ampliar y concentrar tierras, y, en general, establecer una realización económica en el sistema de hacienda que les fuera ventajosa. De ello, se sigue la vitalidad política regional en todos los sectores sociales, con respuestas violentas y no violentas, desorganizadas —montoneras— u organizadas —partidos políticos.

Inicialmente, las respuestas a la presión de los señores fueron siempre "pasivas" e incidían sobre todo en la realización económica. El caso más visible se expresó siempre en el trato con los arrieros. Como ya dije alguna vez, los arrieros eran el dolor de cabeza de los hacendados, patrón que se siguió cumpliendo a lo largo del siglo XIX.[103] El arriero Patricio Amaya fue preso por no haber entregado una carga de cincuenta sacos de harina y varias botijas de aguardiente a José María Becerra en Motupe luego de recogerlas de la estación del ferrocarril; pero dicho arriero señalaba que había cumplido con la voluntad de Becerra, pues entregó 30 sacos y todas las botijas, mientras mantuvo el resto en su casa de Jayanca para entregarlo más adelante. El problema fue que, cuando Becerra le solicitó la entrega, estaba ocupado "con carga para su patrón", y luego, con las lluvias, le fue imposible hacerlo. Afirma, sin embargo, que mientras tanto, le había prestado cuatro sacos a una doña Mariana; los otros seis los vendió en Jayanca al "Chiclayano" e invirtió el dinero en un negocio de maíz, y Pedro Bernuy Panta vendió lo restante para reponerlos posteriormente.[104]

Pero también hubo respuestas eminentemente violentas a las presiones del sistema de hacienda, una suerte de furores campesinos, pero que, en el siglo XIX, enmarcaban más respuestas individuales que de grupo, con la quema de cañaverales, el saqueo de casas-hacienda —símbolo de la explotación señorial— y hasta la muerte de administradores. Estas situaciones se fueron radicalizando de la mano con la imposición liberal y la opresiva modernización del sistema de tenencia de tierras; se trataba de "métodos vandálicos" —al decir de Tafur y Cordano (1984)— que finalmente fueron canalizados con la formación de sindicatos y partidos políticos. En Ferreñafe (1910), dos personas controlaban 8050 hectáreas; 4 personas, 2530 hectáreas; y 454 personas, 920 hectáreas. El cura Chumán recorría la zona reclamando la reforma agraria y postulando "la tierra [es] para quien la trabaja".[105] El "indio" José Mercedes Cachay era un buen

103. Véase mis trabajos sobre historia de Piura y el norte, sobre todo Aldana 1989.

104. El juicio se queda en nada, probablemente porque se entrega el producto o se le paga a Becerra (ARLam cc. 1891, juez de paz de Jayanca). Sobre los arrieros, Aldana 1989.

105. Sobre Chumán, véase el artículo de Sevilla Exebio (1995).

ejemplo de los "métodos vandálicos" porque él fue quien, en 1913, se opuso y enfrentó a Baldomero Aspíllaga. Este hacendado se había expandido abiertamente sobre los remanentes de tierras de la ciudad de Saña, antiguos ejidos y otros alrededor. Primero, desvió el curso del río para aprovecharse de las aguas a favor de su hacienda, luego usurpó algunas tierras y, finalmente, llegó a cerrar el camino de salida de la ciudad. Más aún, comenzó a cobrar hasta dos soles por derecho de uso de agua por cabeza de animal, y a pesar de las quejas ante las autoridades provinciales y múltiples denuncias periodísticas, poco se podía hacer para enfrentarlo, por cuanto Aspíllaga financiaba los sueldos de la policía local.[106]

Desde la primera modernización económica a inicios del siglo XIX hasta la década de 1860, se habían dejado sentir fuertemente las respuestas violentas. Incluso el elevamiento de Morropón a distrito en 1857 fue percibido como una ganancia política de los colonos partícipes de la Comuna de Chalaco. Y en el marco de la rebelión baltista, se dieron las montoneras hacia Paita, La Huaca, Sullana, Colán y, finalmente, Piura, así como también ocurrieron la de Morropón y la Comuna de Chalaco. Además, desde esa época y de manera creciente hacia fines de siglo, se hicieron cada vez más presentes una gran cantidad de bandidos, como Sambambé, Isidoro Plata, Tomás Becerra, Luis Larco y Froilán Alama. Y en las mismas haciendas hubo estallidos de violencia, pues se sintió el cambio súbito de relación obrero-patronal. Ejemplo de ello fue el caso de Pomalca en 1917, donde se produjo una refriega que tuvo como saldo 8 muertos, a causa de las ventas usureras del tambo y el aumento injustificado de 4 tareas diarias de 150 brazas a 5 tareas de 300 brazas. A veces, el asunto se trataba de una lucha contra el Estado, como el caso de Eleodoro Benel, de quien señala Aspíllaga en una carta a su hermano que está por Chota (1925) haciendo daño al Gobierno con una tropa de más de 400 hombres; ellos se batían "al estilo de los moros con guerrillas y embotellándolos en las quebradas", pero afortunadamente no hubo repercusiones en el ganado y subsistencias que venían de la zona.[107]

Tampoco era casual que en el norte peruano hayan nacido y crecido los partidos políticos más reconocidos: ellos eran, en realidad, la canalización del descontento, más que de sectores populares, de las clases medias de las pequeñas ciudades y también del medio rural. Tómese de muestra el Partido Socialista Peruano del paiteño Luciano Castillo (1930), del que también participó el ayabaquino Hildebrando Castro Pozo; sus actividades políticas fueron construidas desde Trujillo y se expandieron hasta Lima, donde llegaron a la Universidad de

106. Rocca Torres 1993.

107. El caso de Pomalca y del bandido Benel en Huertas 1976: 38. Sobre Morropón, véase Espinoza 2010, Dawe y Taylor 1994 y también Huertas 1974.

San Marcos en la misma época que Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui; sus ideas, sin embargo, han sido totalmente dejadas de lado, sobre todo las de Castillo. Por su parte, Sánchez Cerro fue un militar nacido en Piura que canalizó la tensión de los sectores medios emergentes militarmente profesionalizados y, sobre todo, de las pujantes clases medias altas trujillanas, chiclayanas y piuranas. Estas, inicialmente, apoyaron a Leguía, pero luego se inclinaron hacia mantener el orden establecido a medida que el dictador ampliaba su base social con la dación de leyes y mejoras populares. Como bien dice Klarén (1976: 217), mientras Leguía no cayó en desgracia, el APRA no pudo consolidarse, y es muy conocido que el grueso de sus líderes fueron universitarios norteños, desde Haya de la Torre, Antenor Orrego y Alcides Spelucín hasta Luis Alva. No olvidemos que detrás de estos políticos representantes de sectores medios hacia abajo se encontraban los intereses de los golpeados por la crisis del azúcar de la década de 1920.

Conclusiones

Las tierras han sido desde siempre la base de la economía del norte del Perú, y a lo largo del siglo XIX se ha visto cómo se extendía el liberalismo con la creación e imposición del llamado capitalismo agrario, fundamento parcial pero medular de la economía de la república peruana. Desde el término de las guerras de independencia hasta el apogeo de la etapa republicana, 1900, paulatinamente se fue construyendo un nuevo orden económico, capitalista, que fue borrando el orden virreinal, mas no señorial. A veces de manera progresiva, como entre 1830 y 1850, y otras de golpe y por súbito cambio coyuntural de las estructuras económicas en formación, merced a crisis del sistema —reflejadas como guerras— cuyos impactos fueron cada vez más profundos en la región. La experiencia piurana fue importante para que el liberal Santa Cruz entendiera la tenencia de la tierra y el juego económico de los señores norteños en su constante búsqueda de realización económica en esas décadas centrales del siglo XIX, cuando el algodón estaba en el pico de su demanda por cuanto potenciaba al mercado industrial internacional en formación. Localmente, por ejemplo, se requería alinderar de forma clara y burocráticamente reconocida las haciendas, lo que permitiría el reconocimiento del valor de las tierras en el mercado liberal en función de su tamaño y no tan solo de su producción, como antaño.

Más importante aún, como efecto de la Guerra del Pacífico, se recompondrá y repotenciará la élite local y regional, que catapultará formas plenamente capitalistas de realización económica, como la concentración de tierras, el uso individual de aguas, el uso de capital-dinero, la banca y las finanzas, así como la proletarización del colono y del arrendir. En paralelo, se mantendrán

las formas económicas preexistentes, como el uso de las redes familiares para la producción y el intercambio, la presencia de la mujer como el fundamento del comercio y de la socialización económica, el ejercicio de poder simbólico sobre la mano de obra y la capitalización a partir de avíos y de habilitaciones, entre otras. Se trata de una combinación de elementos que marcaron las pautas del sistema de tenencia de tierras del norte del Perú y de las relaciones socioeconómicas internas en el sistema de haciendas; peor aún cuando la vinculación con el mercado exterior se vio potenciada con la Gran Guerra, que signó definitivamente la existencia de un mercado internacional que se enseñoró sobre cualquier otra realidad, como la del Perú y, a través de él, del norte peruano.

Esto no es algo nuevo, porque los hombres de la época —locales— sabían cómo estaba el escenario, aunque no pudieran darle la profundidad de comprensión de aquellos que, desde su futuro, vemos el desenvolvimiento del tiempo. Desde Ignacio Escudero y su voluntad de lograr un equilibrio en el desarrollo socioeconómico local que no solo favoreciera a los de arriba, pasando por el Loco del Marañón, hasta Mesones Muro y su intención de llegar a la selva para explotar las riquezas que se sabía que había y conseguir nuevas tierras para los pequeños agricultores; o el Coronel Zegarra y la necesidad de un ferrocarril al Marañón para contactar el espacio de selva con la costa; o Mesones Piedra, estableciendo un panorama económico de Lambayeque, oasis agrícola del norte; hasta López Albújar y la radiografía socioeconómica de su literatura.[108]

Primero la demanda por algodón, luego por el arroz y finalmente el *boom* del azúcar propiciaron un crecimiento tal en las haciendas que generó una fuerte desigualdad económica —pero no social—. La demanda en incremento del mercado nacional y sobre todo internacional aumentó la necesidad de tierras y fomentó, en un primer momento, la expansión de los señores sobre la producción de los arrendires y, en un segundo momento, la búsqueda del control directo de la tierra a través de la concentración y desplazamiento de colonos y arrendires mediante la proletarización. Todo ello fomentó el hambre de tierras y el continuo resentimiento de los labradores hacia la élite local, un resentimiento que se desenvuelve en una sociedad con un pasado largo y denso de dominio que, gracias a la experiencia virreinal, pudo sentar las bases de una tradición de libertad de organización colectiva traída por los españoles y reconocida y aceptada socialmente. Fueron tradiciones de libertad que se explayarán con la república y harán que, por ejemplo, los bandoleros fueran una suerte de héroes locales, a pesar de ser proscritos por la estructura de poder local, regional y nacional. Mientras la economía costeña, fundada en la agricultura mercantil algodonera y cañera, se vinculó con el mercado nacional y, a través de él, con el

108. Véase aquí el interesante trabajo de Dawe y Taylor (1994).

internacional, la sierra se mantuvo en el marco de una agricultura tradicional, de subsistencia y de abastecimiento para las haciendas de la costa. Ganado caballar y vacuno, pero también frejoles, yuca, papa y hasta frutas fueron provistos por la pequeña y mediana propiedad que se extendió desde las partes altas de la costa (Alto Piura, Olmos, Oyotún) hacia la sierra.

No hay que olvidar, sin embargo, que los salarios fijos generaron también una forma diferente de pensar; por tanto, emergió una conciencia de clase en paralelo a la modernización hacendaria, un nuevo tipo de pueblo donde obreros y proletarios del campo marcaron la nota través de la herencia y recomposición de esas tradiciones de libertad que venían desde lo profundo de la república, si no del virreinato. La mentalidad popular norteña era muy difícil de perfilar. Allí se mezclaba la experiencia de ser "nada" en la época de los señores prehispánicos, pasando por los fundamentos socioeconómicos de la esclavitud o su remedo decimonónico, los culíes. Poco se sabe acerca de que numerosos chinos, así como japoneses, formaron parte de la realidad socioeconómica urbana y rural norteña sin haber pasado por la experiencia culí; por el contrario, se insertaron en pequeñas y medianas actividades urbanas y rurales: desde la venta al por menor hasta la producción con molinos de arroz en Oyotún, por ejemplo. Sin embargo, la demanda de mano de obra fue central en la relación señor-siervo en la sierra y patrón-obrero en la costa, aunque con bastantes reminiscencias del comportamiento señorial. La necesidad imperiosa de mano de obra potenció el enganche, que canalizó las necesidades señoriales y patronales para llevar adelante su economía hacendaria, pero también las expectativas sociales de sectores rurales en expansión, en un momento en que la norma era la concentración de tierras —no solo por parte de los señores, sino también de las ahora comunidades—, además de que las ciudades —por la modernización y oportunidades que ellas suponen— se fueron convirtiendo en un polo de atracción humana. No es casual que el sistema de enganche se diluyera cuando el aumento demográfico invalidó su razón de ser. También aquí encontramos el sustento de la vitalidad política del norte.

Agua y mano de obra para el cultivo de azúcar y de algodón fueron el sustento de la explotación económica de las tierras norteñas; a su sombra, se realizó económicamente todo el conjunto humano regional. Los grandes señores realizan una economía cañera dirigida fundamentalmente hacia el exterior, que si bien repercutió en el interior de la región, en especial socialmente mediante el sistema de haciendas, pocas implicancias locales tuvo en lo económico. Más bien, el arroz tomó progresiva importancia de la mano de la consolidación de un mercado regional-nacional, que era el espacio para los hacendados y medianos productores: los primeros, con tierras para producción de arroz y molinos para pilarlo; y los segundos, con parcelas y chacras de arroz que era pilado en el molino del hacendado. Un creciente sector medio rural con atributos

urbanos (profesionalización, educación, consumo de arte, etc.) vio con horror el desplazamiento y el desarraigo de que fueron objeto los pequeños agricultores, arrendires y colonos, con los cuales simpatizaban, sea por una percepción más democrática e igualitaria de la sociedad, por las concepciones morales religiosas cristianas o, finalmente, porque intuían la amenaza que las posiciones de los grandes señores suponían para ellos mismos. Buen número de los bandoleros provenían de estos grupos humanos y eran aceptados en la casas urbanas de parientes y relacionados, como Benel. Asimismo, miembros de la revueltas como los Seminario y Vascones participaban de los sectores más altos de la sociedad norteña. No es casual que hubiera partidos socialistas que nacieran y se anclaran por la sierra norteña y en Talara, recogiendo los intereses de los sectores populares, y que el APRA se convirtiera en una seudorreligión por el nivel de aceptación entre las clases medias norteñas, profesionales o no.

Destaquemos, además, que el sector medio rural también se vio afectado por la expansión del capitalismo en el cambio del siglo XX. No solo podían sufrir el abuso de las grandes haciendas cañeras que conseguían, sin mayor problema, quitarle el agua a todo un pueblo —como Santiago de Cao con Cartavio— o cerrar el camino de acceso a otro —como Saña con Cayaltí—, sino que también resentían la competencia de las sociedades y negociaciones que progresivamente se expandieron sobre la producción y el pilado del arroz. Mientras, la producción que ellos lograban de azúcar y de algodón era canalizada y vendida a la sombra de lo producido por los señores. Y fue peor aún en la sierra, donde ese proyecto de señores para señores, que en el caso del Perú implicó la creación republicana, potenció una realidad manejada de manera autocrática por los señores merced a la combinación de las dificultades de comunicación y acceso con la poca voluntad señorial de agilizar los contactos más allá de los económicos que a ellos les interesaban. El resultado de ello era poca educación, pues se evitaban los colegios; poca información, pues se prohibían los periódicos; y poco conocimiento, pues no se alentó ningún tipo de investigación: no hubo así desde los señores un interés real en apoyar los desarrollos locales. De ello se deriva esa simpatía ya señalada de los sectores medios, no tanto por las revueltas, que eran temidas por todos —incluidos los arrendires—, sino por los bandoleros, romantizados como Robin Hoods norteños.

Finalmente es necesario señalar que, en paralelo al norte, hubo otros espacios regionales cuyos intereses mercantiles tenían una perspectiva muy distinta y con los cuales el poderoso norte entró en pugna. Al fin y al cabo, en el norte había élites cultas, profesionalizadas, con grandes capitales diversificados en tierra, banca y en las pocas industrias nacionales e insertados en el mercado internacional con productos de fuerte demanda (algodón, azúcar, petróleo, polimetálicos). Este grupo regional se enfrentaba particularmente con la élite arequipeña —vinculada con la antigua Audiencia de Charcas, pero ahora

independiente de ella—, que a su vez desarrollaba sus propias estrategias de realización local y regional que quería llevar al espacio estatal republicano peruano.[109] También encontramos otras élites regionales y locales (Huamanga, Cuzco, Puno, Cajamarca, etc.), con sus propias preferencias socioeconómicas, bajo un ideal republicano de Estado en el que no se percibía siquiera la nación: las pugnas entre regiones y élites por la captura del poder ciertamente se acentuaron bajo el sueño común de viabilizar una república. Los norteños poco o nada conciliaban cuando se trataba de cómo realizarse económicamente, pues su esencia y su supervivencia se jugaba allí. Peor aún fue cuando los intereses opuestos se hicieron visibles dentro y fuera del Perú en el marco de dos guerras. Allí estallaron, de manera combinada, las tensiones por las definiciones de poder en el espacio peruano, en el Pacífico Sur y en Hispanoamérica sur como conjunto, bajo las presiones interesadas de un Occidente de claro predominio europeo para configurar lo que sería el imperialismo.

Para inicios del siglo XX, entonces, el escenario norteño fue plenamente liberal. Sus grupos de poder se extendieron sobre la nación, y desde allí controlaron la región y entraron en combinación con los intereses de otros espacios regionales; la negociación era incuestionable. Económicamente, el interés saltó del escenario local y regional al nacional, y, a lo largo del siglo XX, Lima fue la ciudad que concitó el interés y el encuentro de los diferentes sectores económicos, de clase, regionales y étnicos. El desarrollo del capitalismo centró su interés cada vez más en la minería y cada vez menos en la agricultura. El petróleo fue central, mientras que el algodón dejó de ser un negocio para mediados del siglo XX. Más recientemente, la pesca y minería desplazaron el interés que antes había sobre el azúcar, aunque este fuera siempre un producto con demanda y mercado. Las radicalizaciones y profundizaciones del sistema capitalista se perciben en un solo vistazo en el salto del burgués al empresario y con la aceptación o el rechazo de la presencia del Estado. Sin embargo, las connotaciones de estas simples palabras son enormes, y los juegos económicos de los señores, particularmente de los norteños, reacomodados y reconformados, se centraron en el Estado nacional. Las reglas de juego, con todo y a pesar de todo, se desenvolvieron en un panorama de muy largo aliento, aquel que hemos presentado en este escenario norteño del siglo XIX.

---

109. Un estudio interesantísimo para entender la realidad nacional peruana podría establecer las formas diferenciadas de realización socioeconómica de estos grupos de poder regional, un punto que salta a la vista para el historiador regional y que se plasma en la política nacional.

Bibliografía

Albert, Bill

1976 *An Essay on the Peruvian Sugar Industry 1880-1920 and the Letters of Ronald Gordon, Administrator of the British Sugar Company in the Cañete Valley, 1914-1919.* Londres: s. e.

Aldana Rivera, Susana

1989 *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura.* Piura: Cipca, IFEA.

1999 *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte (Piura, 1700-1830).* Lima: Panaca.

2007 "Lambayeque y el norte peruano en un contexto 'mundializado'". *Investigaciones sociales. Revista de la UNMSM,* n.º 17: 311-335.

2012 "Pensando la región. Una reflexión sobre el cambio y la diversidad, al todo y a las partes". *Nueva coronica. Revista cibernética de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM*, n.º 1: 296-313 Disponible en: <http://sociales.unmsm.edu.pe/ftp/eap%20historia/nc2013%201.pdf>.

2013 "La región, hay que pensarla y no sólo sentirla". *Revista del Archivo General de la Nación*, n.º 28: 225-240.

2014 "La vigencia del mundo andino: la larga trayectoria desde el prehispánico a nuestros días" [revisado]. *Apostilla. Revista crítica de lecturas históricas*, vol. 1, n.º 1: 7-11.

Bachmann, Carlos

1921 *Departamento de Lambayeque: monografía histórico-geográfica*. Lima: Torres Aguirre.

Bauer, Arnold

1979 "Rural Workers in Spanish America: Problems of Peonage and Oppression". *HAHR*, vol. 59, n.º 1: 34-63.

Bonilla, Heraclio (ed.)

1986 *Las crisis económicas en la historia del Perú*. Lima: Centro Latinoamericano de Historia Económica y Social, Fundación Friedrich Ebert.

Bourricaud, François

1969 *La oligarquía en el Perú*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bourricaud, François et ál.

1969 *La oligarquía en el Perú: 3 ensayos y una polémica.* Lima: Moncloa Editores, IEP.

Bravo Bressani, Jorge

1966 *Mito y realidad de la oligarquía peruana*. Lima: IEP.

Burga, Manuel

1976 *De la encomienda a la hacienda capitalista: el valle del Jequetepeque del siglo XVI al XX.* Lima: IEP.

Castañeda, Juan y Cesar Gálvez
2002 *Santiago de Cao: aporte cultural. Indagaciones sobre su historia*. Santiago de Cao: Municipalidad de Santiago de Cao.

Chiaramonte, José Carlos
2004 *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Sudamericana.

Chirinos Fernández, Carlos
2003 *Presencia históricas de la provincia de Santa Cruz de Sukchubamba*. Santa Cruz: s. e.

Clayton, Lawrence A.
2008 *W.R. Grace & Co: los años formativos, 1850-1930*. Lima: Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana.

Cleaves, Peter y Martin Scurrah
1980 *Agriculture, Bureaucracy and Military Government in Peru.* Ithaca: Cornell University Press.

Congreso de la República
1916 *Impuesto al petróleo: documentos parlamentarios*. Lima: s. e.

Contreras, Carlos
1995 *Los mineros y el Rey: los Andes del norte, Hualgayoc 1770-1825*. Lima: IEP.

Costa y Laurent, Federico
1908 *Reseña histórica de los ferrocarriles del Perú*. Lima: Tip. Carlos Fabbri.

Cuesta, José Martín, S. J.
1984-1989 *Jaén de Bracamoros*. 5 vol. Lima: Studium.

Cueva, Nicolás
s. f. "Impuesto a la chicha. La protesta de las Chicheras". Manuscrito.

Dawe, John y Lewis Taylor
1994 "Enrique López Albújar y el estudio del bandolerismo peruano". *Debate Agrario*, n.º 19: 135-172.

Deere, Carmen Diana
1992 *Familia y relaciones de clase: el campesinado y los terratenientes en la sierra norte del Perú, 1900-1980*. Lima: IEP.

Delavaud, Collin
1968 *Les régions cotiéres du Pérou Septentrional: occupation du sol, aménagement régional*. Trad. en 1984. Lima: IFEA.

Diez H., Alejandro
1998 *Comunes y haciendas: procesos de comunalización en la sierra de Piura, siglos XIX-XX*. Cuzco: Cipca, CBC.

Echeandía, Francisco, José Bracamonte y Nicanor de la Fuente

1935 *La Revista Centenaria: homenaje a Chiclayo en la primera centuria de su vida política, como ciudad*. 15 de abril.

Espinoza Claudio, César

2010 "República, pueblos y municipios en Piura, siglo XIX. La experiencia política de Morropón y Chulucanas". *Investigaciones sociales*, vol. 14, n.º 24: 223-244.

Favre, Henry

1967 *La hacienda en el Perú*. Lima: IEP.

Fernández Alvarado, Julio César

2004 *Sinto: señorío e identidad en la costa norte lambayecana*. Chiclayo: Coprotur.

Flores-Galindo, Alberto y Manuel Burga

1981 *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Rickchay Peru.

Flórez Nobesell, Miguel

1986 "Los puertos del Perú". En *Historia marítima del Perú*. Serie Monografía, tomo I. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú.

Galessio, Elio

s. f. *Breve reseña histórica de los ferrocarriles en el Perú*. Disponible en: <www.peruecologico.com.pe/esp_ferrocarrilesperu_historia.doc> (última consulta 23/03/16).

Gómez Cumpa, José

1989 *Capitalismo y formación regional: Chiclayo entre los siglos XIX y XX*. Lima: Población y Desarrollo.

Gonzales, Michael

1985 *Plantation Agriculture and Social Control in Northern Peru, 1875-1933*. Austin: University of Texas Press [hay traducción al español como *Azúcar y trabajo: la transformación de las haciendas en el norte del Perú, 1860-1933* (Lima: BCRP-IEP, 2016)].

1989 "Chinese Plantation Workers and Social Conflict in Peru in the late Nineteenth Century". *Journal of Latin American Studies*, vol. 21, n.º 3: 385-424.

Gootenberg, Paul

1995 *Población y etnicidad en el Perú republicano (siglo XIX): algunas revisiones*. Documento de Trabajo, 71. Serie Historia, 14. Lima: IEP.

Guerra, Margarita (ed.)

2008 *La historia del petróleo en el Perú*. Lima: Instituto Riva-Agüero.

Hernández García, Elizabeth

2007 "El marqués de Salinas, Francisco Javier Fernández de Paredes, y su permanencia en la clase dirigente piurana a inicios de la República (1785-1839)". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 36, n.º 3: 361-391.

2008 *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república: 1750-1824.* Lima: PUCP; UDEP, Facultad de Ciencias de la Educación.

Huertas Vallejos, Lorenzo

1974 *Capital burocrático y lucha de clases en el sector agrario (Lambayeque, Perú, 1920-1950)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

1986 "Lambayeque, 1850-1920: semifeudalidad y desarrollo capitalista". *Alternativa,* n.º 4: 40-57. Chiclayo: CES Solidaridad.

Hunt, Shane

1973 *Growth and Guano in Nineteenth Century Perú.* Princeton: Princeton University Press.

Irurozqui, Marta

2000 *A bala, piedra y palo: la construcción de la ciudadanía política en Bolivia, 1826-1952.* Sevilla: Diputación de Sevilla.

Jacobsen, Nils y Alejandro Diez Hurtado

2003 "De Sambambé a la Comuna de Chalaco: la multivocalidad de montoneros piuranos durante el tardío siglo XIX". *Revista Andina*, n.º 37: 137-180.

Kemp, Klaus

2002 *El desarrollo de los ferrocarriles en el Perú*. Lima: UNI.

Klarén, Peter

1976 *La formación de las haciendas azucareras y orígenes del Apra*. Lima: IEP [segunda edición ampliada: Lima, IEP, 2016].

2003 *Legislación peruana de recursos hídricos 1969-2003.* Lima: Gestión Social del Agua y el Ambiente en Cuencas.

2004 *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.

Lipovetsky, Giles

1983 *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo.* Barcelona: Anagrama.

Macera, Pablo

1973 *Cayaltí 1875-1920. Organización del trabajo en una plantación azucarera del Perú.* Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

Maeda Ascencio, José

s. f. "Don Juan Aurich Pastor: entre la historia y la leyenda". Disponible en: <http://www.monografias.com/trabajos38/juan-aurich-pastor/juan-aurich-pastor2.shtml#ixzz3LzIMBabQ> (última visita: 23/03/16).

Málaga Santolalla, Fermín

1906 *Descripciones de Cajamarca: monografía geográfico-estadística*. Lima: Imprenta y Librería de San Pedro.

Malpica, Carlos
1990 *Los dueños de la Región Grau*. Lima: s. e.

Martínez Alier, Juan
1973 *Los huacchilleros del Perú: dos estudios de formaciones sociales agrarias*. París: IEP, Ruedo Ibérico.

Martínez Riaza, Ascensión
1998 "La incorporación de Loreto al Estado-nación peruano. El discurso modernizador de la Sociedad Geográfica de Lima (1891-1919)". En Pilar García Jordán y Nuria Sala y Vila, *La nacionalización de la Amazonía*. Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 99-126.

Maticorena Estrada, Miguel
2014 *La comuna de Piura y Chalaco: montoneras 1883*. Lima: Petróleos del Perú.

Mejía Baca, José
1943 *El hombre del Marañón: vida de Manuel Antonio Mesones Muro*. Lima: Librería e Imprenta San Martí.

Mesones Piedra, Jorge
1974 "El problema agrícola en los pueblos del departamento de Lambayeque, 1920". En Lorenzo Huertas Vallejos, *Capital burocrático y lucha de clases en el sector agrario (Lambayeque, Perú, 1920-1950)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

Miller, Rory
1988 "La oligarquía costera y la República Aristocrática en el Perú, 1895-1919". *Revista de Indias*, vol. 48, n.os 182-183: 551-566.

2011 *Empresas británicas, economía y política en el Perú 1850-1934.* Lima: BCRP, IEP.

Moscol Urbina, Jorge
1991 *De los vicus al siglo XX*. Piura: Cámara de Comercio de Piura.

O'Phelan, Scarlett
1993 "Vivir y morir en el mineral de Hualgayoc a fines de la colonia". *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas-Anuario de Historia de America Latina*, vol. 30: 75-128.

Pérez Santisteban, Víctor
1980 *Sutton y la irrigación de Olmos*. Lima: s. e.

Portocarrero Maisch, Gonzalo
1998 "El fundamento invisible: función y lugar de las ideas racistas en la República Aristocrática". En Aldo Panfichi y Felipe Portocarrero (eds.), *Mundos interiores: Lima 1850-1950.* Lima: CIUP, pp. 219-259.

Portocarrero Suárez, Felipe
2007 *El Imperio Prado: 1890-1970.* Lima: CIUP.

Ramírez, Susan
1991 *Patriarcas provinciales: la tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial*. Madrid: Alianza.

Reaño Álvarez, Germán
1988 *El Grupo Romero: del algodón a la banca*. Lima: CIUP.

Revesz, Bruno et ál.
1996 *Piura, región y sociedad (derrotero bibliográfico)*. Lima: Cipca, CBC.

Rocca Torres, Luis
1993 *De la multitud a la soledad: la vida de José Mercedes Cachay, líder popular lambayecano*. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad.

Rondón Salas, Jorge
1980 "Panorama arqueológico de Lambayeque". En Giesela Plenge Cuglievan, *Libro de oro de Lambayeque*. Lima: Sagsa, pp. 74-78.

Ruiz Zevallos, Augusto
2011 *Movilización sin revolución: el Perú en tiempos de la revolución mexicana*. Documento de Trabajo, 162. Serie Historia, 29. Lima: IEP.

Salas Olivari, Miriam
2010 "El salitre en la vida de los puertos del sur del Perú 1810-1877: ausencia y riqueza en la aridez del desierto" En Actas del VIII Simposio de Historia Marítima y Naval Iberoamericana, 9-13 de noviembre de 2009. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, pp. 37-107.

Sánchez León, Abelardo y Martín Paredes
2010 "Los grandes acomodos de la derecha: una entrevista a Francisco Durand". *Quehacer*, n.º 178: 9-28.

Sevilla Exebio, Julio César
1995 "La montonera del Cura Chuman. Ferreñafe 1910". *Utopía norteña,* n.º 1: 147-161.

Silva-Santisteban, Fernando
2002 *Cajamarca, historia y paisaje*. Lima: Minera Yanacocha.

Tafur Morán, Manuel y Diana Cordano Gallegos
1984 "Los sindicatos en las cooperativas azucareras: el caso de Lambayeque". Ponencia presentada en I Seminario de Investigaciones Sociales en la Región Norte, Trujillo.

Thibaud, Clément
2014 "La invención de la república en Tierra Firme: el problema de los 'precursores'". Ponencia presentada en el coloquio internacional "Las independencias antes de la independencia", Lima, 7-9 de agosto.

Thorp, Rosemary y Geoffrey Bertram
1985 *Perú: 1890-1977: crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul, Friedrich Ebert, Universidad del Pacífico.

Torrico Lapoint, Alan
2012 *Nuestros gringos: historia del cuerpo consular norteamericano en la costa norte del Perú durante la Guerra del Pacífico*. Lima: ICPNA.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Dirección de Programas Académicos de Ciencia Social
1982 *El problema agrario en el valle del Chira Piura*. Lima: UNMSM.

Vidaurre, Pedro
1988 "Teoría y política monetaria en Peru" *La nueva economía*, vol. 1, n.º 1: 7-92. Disponible en: <http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/nueva_economia/v1_1988/a08.pdf> (última consulta: 23/03/16).

Zúñiga Trelles, Washington
s. f. *Las empresas azucareras y la reforma agraria.* Lima: Brasa.

Capítulo 5

La región norte del Perú, 1930-2014: un caso clásico de desarrollo combinado y desigual[1]

Lewis Taylor

(Traducción del inglés por Alexandra Hibbett)

Una instantánea de los departamentos del norte del Perú a fines de la década de 1920 nos muestra una sociedad que seguía siendo predominantemente rural, cuyas áreas más avanzadas en términos económicos y tecnológicos se ubicaban en sectores de exportación claves. El cultivo del azúcar y, en menor medida, del algodón constituían el motor de la economía regional, pero estas actividades no correspondían con un modelo clásico de enclave, pues generaban vínculos con diversas iniciativas de producción y comercio dedicadas a abastecer al mercado interno. La agricultura comercial del arroz emprendida en los valles de la costa demostró ser importante en este sentido, mientras que la demanda de ganado y productos alimenticios misceláneos que emanaba de las

1. Escoger los límites con los cuales demarcar una "región" invariablemente deviene en materia de controversia y debate. Para los fines de este estudio, la "región norte" consta de los departamentos de Amazonas, Cajamarca, La Libertad, Lambayeque, Piura y Tumbes. Desde fines del siglo XIX, estas jurisdicciones han experimentado niveles cada vez más profundos de integración en relación con los mercados de materia prima y de trabajo, flujos de capital, conexiones de transporte y otras infraestructuras, como instalaciones de riego y electrificación. Además de asuntos económicos, estos departamentos poseen similitudes culturales importantes que los diferencian de las regiones centrales y del sur del Perú: en su gran mayoría poblados por mestizos hispanohablantes, albergan a solo unos cuantos poblados de quechuahablantes. Concomitantemente, hay una ausencia relativa de comunidades campesinas en comparación con otras regiones, y la mayor parte de la población rural se compone de pequeños tenedores de tierras independientes. Se puede encontrar una excelente discusión de la plasticidad que rodea el concepto de "región" y los problemas del análisis regional en la introducción de Eric van Young (1992).

plantaciones de azúcar mantenía rutas comerciales que llegaban a las profundidades de los departamentos andinos aledaños, atravesando el río Marañón e introduciéndose en Amazonas. Las empresas agrícolas costeñas también crearon oportunidades laborales considerables para los habitantes de la región.

Dentro de este panorama general, ocurrieron ajustes importantes en la posición del sector azucarero, tanto a escala nacional como regional. Entre 1920 y 1930, la contribución de este cultivo a las exportaciones totales del Perú disminuyó en valor de alrededor de 42% a 11%, una tendencia que reflejaba una caída en los precios mundiales luego de varios años de *boom* causados por la guerra en Europa (1914-1918). Los precios bajos estimulaban una creciente concentración de cultivo en La Libertad y en Lambayeque, pues haciendas ubicadas en la costa central y en el sur chico (Cañete e Ica) dejaban la caña en favor de la agricultura más rentable del algodón. Mientras que los dos departamentos del norte representaban el 70% de la producción nacional en 1916, para 1932 esta porción había alcanzado 83%. Pese a los bajos precios internacionales, la producción subió notablemente, de 314.000 toneladas métricas en 1920 a 400.000 toneladas métricas en 1930.

La debilidad de la demanda causada por el exceso de oferta en el mercado mundial llevó, sin embargo, a mayor concentración en una industria que ya para 1920 se caracterizaba por el dominio de un número pequeño de empresas a gran escala. Un participante activo en la "danza de los millones" de la posguerra, Víctor Larco Herrera, se extralimitó en cuanto a sus compromisos financieros y tuvo que declararse en bancarrota luego de emprender fuertes inversiones en su plantación en Roma, lo cual forzó la venta de la propiedad a la Empresa Agrícola Chicama Ltda. a un precio de saldo en enero de 1927. Esta compra reforzó la posición de la familia Gildemeister, cuya empresa —centrada en la plantación de Casa Grande en el valle Chicama— se consolidó como el productor más grande y eficiente del Perú.[2] Se podían observar tendencias similares que surgían como consecuencia de débiles precios internacionales en relación con el sector algodonero. Entre 1920 y 1930, el valor del total de las exportaciones que provenían de esta actividad cayó de 30% a 18%, mientras que, paradójicamente, aumentaban las plantaciones y la producción creció de 38.396 a 58.695 toneladas métricas. Aun así, en cuanto a la estructura agraria y los principales sistemas de trabajo utilizados, existían importantes contrastes con respecto a las plantaciones de azúcar: en los valles donde predominaba el algodón, eran más numerosos los hacendados pequeños y medianos, mientras que el arreglo laboral preferido era el yanaconaje más que el trabajo asalariado.

2. Para mayor información sobre tendencias similares, pero menos pronunciadas, hacia la concentración de tierras en relación con las plantaciones de azúcar en Lambayeque durante las primeras décadas del siglo XX, consultar Gómez Cumpa 1989.

Al experimentar dificultades en dos de sus principales sectores agrícolas, debido a condiciones internacionales adversas durante la década de 1920, el área más dinámica de actividad económica de la región norte estaba centrada en la industria petrolera ubicada en Negritos y Lobitos, en Piura. Luego de la aprobación de una ley petrolera en 1922 que proporcionaba a los inversionistas (principalmente Standard Oil of New Jersey) garantías abiertamente generosas en lo concerniente a la propiedad y la repatriación de los beneficios, la producción creció significativamente, de 2.825.000 barriles de petróleo crudo en 1920 a 12.533.000 barriles en 1930. Este desarrollo aumentó las exportaciones de petróleo en cuanto a su valor de 5% en 1920 a 30% en 1930. El otro sector extractivo importante para la nación, la minería, tuvo un rol relativamente marginal en la economía regional, comparado con el centro y el sur del Perú. La única empresa digna de mención, Northern Peru Mining and Smelting Company, les compró concesiones en Quiruvilca (sierra de La Libertad) a los Gildemeister en 1921 e invirtió en una nueva fundición de cobre (1927). En otro lugar, Hualgayoc —que fue importante hacia el final del periodo colonial—, un grupo de pequeñas operaciones mal financiadas producía una cantidad limitada de metal, así como también lo hacían algunas empresas familiares de funcionamiento intermitente que se ubicaban dentro de los límites de las haciendas, como en la hacienda Araqueda, adyacente a Cajabamba, propiedad de la familia Orbegoso. ¿Cómo, entonces, fue conmocionada esta compleja mezcla por la caída financiera de 1929 y la depresión mundial de la década de 1930?

De la Gran Depresión a la Segunda Guerra Mundial, 1930-1945

Como era de esperar, la depresión ocasionó una profunda conmoción en la economía peruana, que tradicionalmente había sido una de las más abiertas de América Latina. Para 1932, el valor en dólares de las exportaciones había caído 72% desde los niveles de 1929, lo cual creó una crisis de saldos, a la que el Gobierno peruano respondió con una mezcla de medidas ortodoxas: entre 1929 y 1930, los gastos públicos fueron cortados en 27% comparados con los del promedio de 1926-1928, no se cumplió con la deuda externa, se abandonó el patrón oro y se devaluó el sol.[3] Como en la década de 1920, los emprendedores agrícolas involucrados en los principales sectores de exportación se esforzaban por compensar la caída en los precios de las materias primas mediante el cambio de cultivos y la expansión de la producción. Aunque el área de cultivo de caña de azúcar permanecía relativamente estable, desde mediados de los años veinte hasta mediados de los años treinta (tomando en consideración las fluctuaciones anuales de pluviosidad en la sierra y la capacidad de riego en la costa), esta

3. Véase Thorp y Londoño 1984: 92-95.

tendencia fue más notoria cuando se le contrastaba con el de algodón (cuadro 1). La mayor parte del crecimiento del sector algodonero, no obstante, estaba centrada en Lima e Ica. Piura figuraba como el tercer productor más importante, y en 1929 representaba alrededor del 11% de la superficie sembrada y cosechaba 4877 toneladas métricas, que era aproximadamente el 7,5% de la producción nacional.[4]

Cuadro 1
CAÑA Y ALGODÓN A ESCALA NACIONAL:
EXTENSIÓN SEMBRADA Y PRECIOS, 1920-1921 A 1935-1936

Años	Extensión sembrada (ha)			Precio medio anual del azúcar de 960 Cif. Liverpool (chelines por qq)	Precio medio anual del algodón Middling Americano (soles oro)	Precio medio anual de la £ a 90 d/v
	Caña	Algodón	Total			
1920-21	50.847	108.356	159.203	65,8¼	25,31	8,00
1925-26	53.194	127.863	181.057	12,90	13,76	11,90
1928-29	77.987	126.883	204.870	11,7½	11,18	12,11
1929-30	53.050	133.688	186.738	9,0½	10,54	12,00
1930-31	50.311	126.890	177.201	6,70	9,09	13,76
1931-32	50.064	123.065	173.129	6,3¾	5,69	16,15
1932-33	60.308	130.481	190.789	5,9½	4,83	16,25
1933-34	51.453	148.517	199.970	5,30	5,62	21,91
1934-35	52.841	162.088	214.929	4,8¾	6,01	21,82
1935-36	-	-	-	4,8¼	7,15	20,47

Fuente: Sociedad Nacional Agraria, julio de 1937.

Un informe sobre la industria azucarera peruana publicado por la Sociedad Nacional Agraria (SNA) en agosto de 1941 observó que el "azúcar se produce casi en su totalidad en la región norte de la costa" y proporcionó detalles sobre la extensión sembrada y los niveles de producción (cuadro 2). La producción tuvo un aumento de alrededor de 21% durante los últimos años de la década de

4. Tomo las cifras de Pinto 1972: 63-64. Situada en 0,35 TM por hectárea, la productividad piurana estaba por debajo de la de Lima (0,51 TM) e Ica (0,57 TM) (Pinto 1972: 81). El estudio de Pinto constituye una fuente valiosa que cubre un periodo para el que las estadísticas fidedignas eran difíciles de conseguir. Las cifras, por tanto, deben ser tratadas con precaución. Con respecto a gran parte de la información estadística utilizada en este capítulo, es oportuno recordar el juicioso consejo del eminente historiador Jorge Basadre: "En el caso del Perú, no debe olvidarse nunca que las cifras estadísticas necesitan ser analizadas, en buena parte de los casos, con reservas" (Basadre 1971: 15).

1930 debido a la adopción de una variedad de caña que tenía mayor rendimiento (POJ2878) y a mejores condiciones climáticas: después de severas sequías en los años agrícolas de 1935-1936 y 1937-1938, hacia el final de la década la pluviosidad aumentó. El informe de la SNA también observó que "las exportaciones a Gran Bretaña, que siempre fue el mayor consumidor de los azúcares peruanos, han disminuido considerablemente" a causa de la Segunda Guerra Mundial; estas cayeron de 154.706 toneladas métricas en 1935 a 33.148 en 1940, un cambio que solo se compensó en parte con un incremento de las exportaciones a Chile, que crecieron de 117.512 a 141.024 toneladas métricas durante el mismo periodo (en 1940, Chile recibía el 47% del total de las exportaciones de azúcar). Durante los años restantes de la guerra, las exportaciones a los Estados Unidos mostraron una expansión significativa.

Cuadro 2
PRODUCCIÓN AZUCARERA COSTEÑA, 1935-1940:
ÁREA CULTIVADA Y PRODUCCIÓN

Año	Área sembrada (ha)	Producción (TM)
1935	52.617	389.046
1936	53.850	431.668
1937	52.610	489.080
1938	52.880	355.962
1939	53.805	403.546
1940	54.933	470.524

Fuente: *Memorandum sobre la industria azucarera peruana*, SNA, Lima, 27 de agosto de 1941. Las cifras remiten a los totales costeños para todo el Perú.

¿Cuáles fueron los impactos de las tendencias en el cultivo de azúcar y algodón a lo largo de la costa norte a principios del siglo XX? Hay desacuerdo respecto a los beneficios que daban las materias primas en relación con el crecimiento económico. En su decisivo estudio de la historia económica peruana, al examinar el periodo entre 1900 y 1930, Thorp y Bertram sostuvieron que las inversiones de peso en el sector azucarero "resultaron ser un error catastrófico", ya que consumieron cantidades significativas de capital, y argumentaron que "a la larga, el crecimiento del sector no llevó fácilmente a un incremento en la demanda local".[5] Además, sistemas de producción que dependían de mucho capital evidenciaron que "casi no se expandió el empleo en absoluto [...] se mantuvo fijo el salario real y la participación del gobierno a través del sistema fiscal

5. Thorp y Bertram 1978: 47, 49-50.

se mantuvo baja. Esto significó que el sector fue un generador relativamente ineficiente de estímulos positivos para la demanda en la economía local".[6] Se contrastó esta evaluación más que nada negativa con el sector algodonero, el cual según ellos mostraba "de lejos el mayor impacto duradero en el nivel de la demanda interna", permanecía bajo control local, requería menos importaciones de costosos bienes de capital y demandaba más mano de obra; el algodón también generaba mayores recaudaciones fiscales y creaba importantes concatenaciones con la industria textil con base en Lima, de modo que representaba "un 'motor' eficiente para mantener boyante la demanda local".[7] El mencionado memorándum de la SNA de agosto 1941 ofrecía, no obstante, otra evaluación:

> El azúcar es uno de los productos de mayor importancia para la economía nacional peruana. Aun cuando el azúcar se produce en grandes haciendas y podría creerse por ese motivo que la situación económica de la industria no afecta tan intensamente a la economía pública como es el caso de otros productos agrícolas que son producidos por agricultores medianos y pequeños, constituye, sin embargo, el principal producto agrícola en dos de las regiones más importantes del norte del país, y, por consiguiente, la economía de esas zonas sigue los vaivenes de esa industria. Los grandes centros productores pagan sumas muy considerables en sueldos y jornales. La industria azucarera es la que en el Perú da ocupación a mayor número de brazos por hectárea; la que requiere mayor proporción de obreros especializados y de artesanos, así como gran número de técnicos y de empleados. El suministro de víveres a esos centros de trabajo, así como el de toda clase de productos necesarios para la vida, determina gran actividad agrícola, industrial y comercial alrededor de las haciendas azucareras. La influencia económica del azúcar se extiende mucho más allá de la población simplemente dedicada a su producción.

¿Qué posición tiene mayor validez con respecto a la región norte? Aunque el algodón sin duda desempeñó un papel "multiplicador" crucial en las economías desde Lima hacia el sur, la producción azucarera demostró ser central para el bienestar económico en los departamentos de La Libertad y Lambayeque. Solo en Piura el sector algodonero sobrepasó al azucarero en importancia. Es más, cuando se mira desde la perspectiva de la sierra del norte, la evaluación desfavorable del sector azucarero comparado con el algodonero también requiere revaluación. Con la mayoría del cultivo algodonero realizándose a través del yanaconaje, familias aparceras producían alimentos en su parcela para ayudarse a cumplir con sus necesidades de subsistencia. Los aparceros algodoneros solían ser más sedentarios; entraban a contratos anuales renovables y operaban la misma parcela durante varios años. En contraste, la gran mayoría de

6. Ibíd., p. 50.
7. Ibíd., p. 62.

productores directos, cuando eran empleados en las plantaciones de azúcar, constituían proletarios asalariados, quienes recibían una ración diaria de carne y alimentos como parte de su paquete de beneficios (a principios de la década de 1930, esto típicamente venía a ser media libra de carne y libra y media de arroz). Muchos obreros que se dedicaban a cortar y cargar caña, además de otras tareas no especializadas, se contrataban a través de un sistema de enganche y migraban entre la sierra y la costa según las estaciones. Como consecuencia, la industria azucarera permitía a miles de unidades familiares campesinas andinas que pasaban por un proceso de creación de minifundios conservar sus propiedades e inyectaba cantidades valiosas de dinero en la economía serrana. La competencia creciente en los mercados laborales locales también llevó a la extensión de pagos en efectivo a lo largo de los Andes, incluyendo las haciendas.

De forma adicional, las plantaciones azucareras costeñas proveían una importante demanda de productos agrícolas en toda la región interior andina. Esto finalmente estimuló la innovación agraria. Los propietarios serranos, muy interesados en responder a las nuevas oportunidades comerciales, comenzaron a adaptar la organización de sus haciendas, los regímenes de trabajo y se esforzaron por modernizar sus sistemas de agricultura. Ya se podían observar estas tendencias en la década de 1910, que cobraron impulso durante las décadas de 1920 y 1930, y eran especialmente notables en la cría de ganado, por la importación de ganado de pedigrí vacuno y ovino. Simultáneamente, se intentaron mejorar las prácticas veterinarias, cercar pastos, importar nuevas variedades de hierba y extender sistemas de irrigación.[8] Inicialmente, un grupo pequeño de hacendados peruanos figuraban como pioneros de la mejora agrícola en Cajamarca, tal como Alejandro Castro (hacienda La Colpa), Pio Rossell (hacienda Jocos, en Cajabamba) y Manuel Cacho (hacienda Polloc), mientras que el ímpetu para el cambio ganó un estímulo adicional cuando, en 1916 y 1919, la Empresa Agrícola Chicama Ltda. compró dos haciendas contiguas —Huacraruco y Sunchubamba, que juntas cubrían más de 60.000 hectáreas— y procedió a capitalizar sus propiedades durante la década de 1920. Hubo compras posteriores en la sierra de La Libertad: después de que la compañía se hizo cargo de la hacienda azucarera Laredo en 1937, el grupo Gildemeister compró varias haciendas andinas para formar la Empresa Andina San Leonardo, que comprendía 75.000 hectáreas. Como en el caso de sus haciendas cajamarquinas, comenzó inmediatamente un proceso de inversión que tenía como objetivo abastecer de carne y de otros productos alimenticios a Casa Grande y Laredo.[9] Aunque la

8. Detalles adicionales sobre estas tendencias están disponibles en Taylor 1994, caps. IV, V.

9. Se puede encontrar una discusión del proceso de capitalización en las haciendas Huacraruco y Sunchubamba en Taylor 1994, cap. VI. Sobre la Empresa Andina San Leonardo, véase Taylor 2006: 51-52.

demanda de mano de obra y de productos alimenticios surgió entre las haciendas algodoneras y el interior de Piura, de forma reveladora, las haciendas andinas en las provincias de Ayabaca y Huancabamba nunca se modernizaron a un nivel comparable a las de la sierra de Cajamarca y La Libertad.[10]

Un reportaje de la SNA del 21 de junio 1946 que respondía a la aprobación parlamentaria de la creación de un "Servicio Nacional de Irrigación" mantuvo que "la alteración de los derechos tradicionales de riego introduce un elemento de incertidumbre e inestabilidad en la agricultura" y que "el sistema de reparto que se pretende introducir es impracticable". También se consideraba innecesario porque

> [e]l crecimiento de la producción agrícola de la costa se debe tanto a un aumento de las áreas como a un aumento de los rendimientos unitarios; es decir, a un mejor aprovechamiento de las aguas, a la vez, en extensión y en intensidad. Las áreas han crecido porque la mejor utilización de las aguas ha permitido poner bajo cultivo continuo tierras antes en cultivo discontinuo, así como tierras que habían permanecido abandonadas no obstante estar bajo riego. Los rendimientos unitarios han crecido, como consecuencia de una agricultura más intensiva y un mejor aprovechamiento de los recursos naturales, en especial del agua.[11]

Para apoyar su argumento, la SNA proporcionó estadísticas para los tres principales cultivos de la costa. Mostraban que (en promedios anuales en los

---

10. Con respecto a las haciendas de la sierra de Piura, consultar Castro Pozo 1947: 7-14, 88-97; y Apel 1996, cap. 1.

11. SNA 1946. Este documento de la SNA también observaba que "[d]urante los últimos veinticinco años la producción de todos los cultivos de la costa ha crecido en volumen. Generalmente se cree que este aumento ha tenido lugar sólo en los cultivos de exportación; pero la verdad es que la producción de la mayor parte de los artículos alimenticios de consumo nacional ha crecido aún más; así, la producción de arroz se ha triplicado entre los años 1920 y 1945 [...] debido al aumento de la población y a la elevación del nivel de vida, todos los consumos nacionales de que tenemos estadísticas se han duplicado en el período considerado, y podemos justificadamente suponer que igual ha acontecido con aquellos de que carecemos de datos. No obstante este hecho, el valor de las importaciones alimenticias se mantiene casi al mismo nivel, si exceptuamos el quinquenio de la guerra, no obstante la baja considerable del valor de la moneda peruana" (SNA 1946). La asignación de agua era motivo de gran preocupación para la SNA, la principal organización lobista que representaba a los grandes terratenientes costeños. Se habían exacerbado las tensiones entre los cultivadores de azúcar y el gobierno de Leguía, especialmente durante su fase "populista" (1919-1923), y luego entre 1928 y 1939, cuando una disputa importante envolvía el proyecto de irrigación de Olmos. Asimismo, surgió oposición de parte de Cayaltí y otras plantaciones debido a los intentos de cambiar las cuotas de distribución habituales, a escándalos de corrupción (que también rodeaban a miembros del círculo más cercano de Leguía) y al carácter corrosivo de Charles Sutton, un ingeniero estadounidense a cargo del proyecto. Con respecto a estos asuntos, consultar *La vida agrícola*, octubre y diciembre de 1930, y junio de 1932.

quinquenios), entre 1920-1924 y 1940-1944, las plantaciones de algodón crecieron de 110.700 hectáreas a 151.300 (37%), mientras que la producción subió de 42.900 a 69.600 toneladas métricas (62%) y el rendimiento por hectárea aumentó de 388 a 460 kilos (cuadro 3). La mayor parte de esto ocurrió en los valles contiguos a Lima y en el sur chico. Con respecto al azúcar, la superficie sembrada se redujo de 52.000 hectáreas en 1920-1924 a alrededor de 50.900 en 1940-1944, pero a pesar de esta reducción la producción aumentó de 307.800 a 441.800 toneladas métricas durante el segundo cuarto del siglo (incremento de 44%), mientras que el rendimiento por hectárea casi se duplicó, pasando de 5919 a 8679 kilos (incremento de 47%). El comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1939 acentuó los incentivos para intensificar la producción de azúcar y de algodón, pues aumentó los precios mundiales y permitió al Perú negociar mejores acuerdos comerciales con los gobiernos de los Estados Unidos y el Reino Unido. Las crecidas ganancias de los productores, sin embargo, fueron parcialmente contrarrestadas por mayores derechos de exportación introducidos por la administración de Prado y por la creación de un sistema de cuotas diseñado para asegurar un suministro adecuado de azúcar por debajo de los precios internacionales para consumidores domésticos, particularmente en las políticamente sensibles ciudades costeñas. Pese a tales restricciones, la contribución del azúcar y del algodón a las ganancias por exportación del Perú creció en valor de 28,5% en 1930 a 52,9% en 1945.[12]

La comparación con los datos de producción de arroz (la cual durante la década de 1940 estaba muy concentrada en valles ubicados en la provincia de Pacasmayo y en el departamento de Lambayeque) resulta aún más impresionante.[13] Se sembraron un promedio de 31.300 hectáreas durante 1920-1924 y 53.400 en el quinquenio 1940-1944; mientras la producción general se disparó de 32.800 a 85.500 toneladas métricas (161%). Un crecimiento significativo del área sembrada (con la creación de aproximadamente 100.000 hectáreas de nuevos terrenos de regadío a lo largo de la costa entre 1929 y 1944) no fue el único factor que contribuyó a esto: la producción promedio por hectárea subió de 1047 kilos entre 1920 y 1924 a 1601 kilos en 1940-1944, aproximadamente 53% (cuadro 3). Luego de la introducción de la protección arancelaria en 1928, el cultivo de arroz se volvió más atractivo, y varios agricultores se sintieron animados a cambiarse de sembríos de azúcar y algodón; también se entusiasmaron por la creciente demanda doméstica debido a la expansión demográfica de Lima, Trujillo, Chiclayo y de asentamientos urbanos de mediano tamaño a lo largo del litoral, como Guadalupe y Casma. Los hábitos alimenticios cambiantes

12. Thorp y Bertram 1978: 153.

13. Según Pinto, el área sembrada con arroz en Lambayeque en 1929 cubría 22.504 hectáreas, seguida en importancia por La Libertad (10.806), Piura (4.252) y Cajamarca (3.185). Estos departamentos suponían 86% del área total dedicada al arroz y 90% de la producción nacional. Véase Pinto 1972: 34.

en la población serrana, tanto urbana como rural, también ensancharon las oportunidades comerciales y potenciales ganancias, mientras que hubo mejoras en la producción gracias a avances en las prácticas agrícolas. Sembrar arroz en terrenos especialmente preparados antes de su trasplante no solo ahorraba agua, sino que reducía los costos de escardar, intensificaba el ritmo de la germinación (lo cual permitía usar menos semillas) y adelantaba el ciclo de crecimiento para aprovechar los suministros de agua y contrarrestar algunos de los riesgos de sequía. Estas mejoras, que aumentaron la productividad por hectárea en 12%, se introdujeron exitosamente en Lambayeque en 1933 antes de ser rápidamente adoptadas en los valles aledaños, primero por empresas de gran escala e inmediatamente después por productores de pequeña y mediana escala. Los productores de arroz también figuraban entre los beneficiarios iniciales de nuevas oportunidades de crédito cuando se creó el Banco Agrícola (1931), aunque para mediados de la década de 1930 esta institución se había vuelto una fuente clave de financiamiento para productores de algodón.[14]

La Empresa Agrícola Chicama desempeñó un rol importante en la promoción de avances tecnológicos en el cultivo del arroz y el impulso de la producción. El 22 de octubre de 1931, luego de adquirir las haciendas de Limoncarro, Faclo Chico, Chafán Grande y Chafán Chico, se creó la Negociación Agrícola Jequetepeque. Se amalgamaron así las haciendas en una unidad que cubría casi 3700 hectáreas de tierra fértil en la parte baja del valle del Jequetepeque. Así como en el caso de sus propiedades en la sierra de Cajamarca y La Libertad, inversiones considerables pronto convirtieron a la empresa en un modelo que hacendados aledaños podían observar y copiar en la escala y con la rapidez que permitieran sus bolsillos. Según el balance fechado a 31 de diciembre de 1935, el valor de las tierras de la Negociación Agrícola Jequetepeque era de S/ 1.199.000 y su ganancia anual sumaba S/ 298.590,97; las ventas de arroz con cáscara alcanzaban los S/ 29.510,28 y de arroz pilado los S/ 551.158,87, la mayor parte de las cuales estaban destinadas a abastecer la mano de obra de Casa Grande y pueblos de la vecindad (lo cual era un requerimiento decretado por el Gobierno).[15] Según el inventario de 1935, la hacienda poseía seis tractores y otros implementos necesarios (máquinas para sembrar y para trillar, etc.), pero aún mantenía 259 toros para el arado. Durante los siguientes 25 años, la mecanización (que involucraba, particularmente, operaciones de nivelación y de arado) continuaba a un ritmo rápido en Limoncarro y en otras haciendas situadas en el valle del

14. La cantidad de préstamos a los productores de arroz en el valle del Jequetepeque se incrementó de S/ 416.071 durante el año agrícola 1930-1931 a S/ 741.300 para el de 1945-1946. Véase Burga 1976: 216.

15. La empresa también regentaba un molino en Sausal, un anexo del complejo Casa Grande, que pelaba el arroz producido en sus terrenos en el valle de Chicama y en secciones bajas de la hacienda Sunchubamba.

Jequetepeque; esto era una tendencia visible en los valles productores de arroz a lo largo de la costa del norte en esta coyuntura.

Cuadro 3
DESARROLLO DE LOS TRES PRINCIPALES CULTIVOS DE LA COSTA, 1920-1944
(PROMEDIOS ANUALES POR QUINQUENIOS)

Años	Área sembrada (miles de ha)	Producción (miles de TM)	Rendimiento (kilos por HA)	Aumento relativo (%)
		Algodón		
1920-1924	110,7	42,9	388	100
1925-1929	123,1	53,3	432	111
1930-1934	132,5	59,3	447	115
1935-1939	170,6	83,6	490	126
1940-1944	151,3	69,6	460	118
		Arroz		
1920-1924	31,3	32,8	1047	100
1925-1929	33,1	30,9	927	87
1930-1934	50,7	63,4	1250	119
1935-1939	42,9	53,4	1244	119
1940-1944	53,4	85,5	1601	153
		Azúcar		
1920-1924	52,0	307,8	5919	100
1925-1929	58,9	363,3	6166	104
1930-1934	53,0	400,0	7547	127
1935-1939	53,1	391,4	7369	124
1940-1944	50,9	441,8	8679	147

Fuente: SNA, *La agricultura nacional y los derechos de riego,* Lima, 21 de junio de 1946.

Tan notable expansión e intensificación del cultivo de los principales productos agrícolas de la región norte obviamente tuvo consecuencias para los salarios y los regímenes de trabajo. En respuesta a la crisis de 1929-1930, los dueños de las plantaciones de azúcar intentaron adaptarse a las cambiantes condiciones de mercado mediante una reducción de los salarios (típicamente entre 10% y 20%) y la disminución de los gastos operativos, especialmente las raciones diarias de comida y otras concesiones tales como la vestimenta gratuita.[16]

16. Con respecto a las reducciones salariales en el valle de Chicama y en las haciendas del área de Lima-Callao, con menciones específicas del trato acordado en Casa Grande, consultar *La vida agrícola* de julio de 1932. Aunque el Perú se recuperó de manera relativamente rápida de la crisis de 1929-1930 en comparación con otras naciones de América Latina,

Aunque el área total de cultivo de caña bajó durante la década de 1930, la combinación de cosechas significativamente mayores por hectárea con avances relativamente lentos en la mecanización de operaciones de campo intensivas en mano de obra, tales como cortar y cargar y descargar, estimuló la demanda de mano de obra, que había permanecido relativamente estática durante la década de 1920. En el complejo de Casa Grande, por ejemplo, el 28 de febrero de 1925 había 2887 obreros (2070 en Casa Grande, 817 en Sausal); el 28 de febrero de 1945 esta cifra había aumentado 44%, llegando a 4158 (3255 en Casa Grande, 903 en Sausal), con 1834 adicionales trabajando en la hacienda vecina, Roma. Mientras tanto, el número total de brazos empleados en el cultivo de arroz se disparó, pasando de 10.951 en 1926 a 32.433 en 1931, y a 41.215 en 1944; la mayoría de los empleos se generaron a lo largo de la costa del norte.[17]

Tradicionalmente, los migrantes serranos empleados en los campos arroceros se contrataban mediante el sistema del enganche, que entró en un declive gradual luego de 1935, cuando los cajamarquinos comenzaron a dirigirse a los valles de manera independiente. Con una demanda intensificada de mano de obra debido a la expansión significativa de la superficie sembrada, en la década de 1930 era común ver en los valles arroceros a grupos de obreros "golondrinos", de entre 50 y 200 miembros, viajando hacia el sur desde Mórrope y Catacaos durante los momentos intensos del ciclo productivo. Después de 1930, se podía notar otra tendencia en los procesos de trabajo en las haciendas más grandes, a saber, un abandono progresivo de los arreglos de aparcería, de la mano del uso más difundido de contratos de puro trabajo asalariado. Un mayor uso de los tractores impulsó este cambio, aunque no fue una tendencia lineal. Ante la incertidumbre en los precios y la necesidad de minimizar el gasto, la aparcería ofrecía ciertos beneficios a los hacendados: proveía a los productores directos de un incentivo para maximizar la producción y se emprendía a través de la movilización de familias como mano de obra, con lo que se reducía los costos de la supervisión. La descentralización de la toma de decisiones permitía flexibilidad a la hora de programar la preparación de la tierra y el sembrío. También repartía el riesgo bajo

esta tuvo repercusiones políticas significativas, como el aumento de la insatisfacción con el statu quo y las exigencias de reformas económicas y políticas. Con esta turbulencia como telón de fondo, el APRA surgió como la fuerza política dominante en la región norte. En Piura, el Partido Socialista (fundado en 1930 con el respaldo de Hildebrando Castro Pozo) pudo acopiar apoyo de base entre los yanaconas que trabajaban en las haciendas arroceras y algodoneras costeñas, así como mediante la defensa de los derechos de los arrendatarios de las haciendas en la sierra (provincias de Ayabaca y Huancabamba). Sobre el nacimiento del APRA en Amazonas y Cajamarca, véase, respectivamente, Nugent 1997 y Taylor 2000: 39-62. El análisis más completo de las revueltas del APRA durante los primeros años de la década de 1930 es Giesecke 1993. Sobre hechos similares en la sierra, véase Iberico y Guerrero 1990 y Ledesma 2004.

17. Sulmont 1975: 255.

circunstancias donde el suministro de agua variaba de año en año y las lluvias de las alturas podían llegar tarde, lo cual volvía impredecibles las cosechas. La mecanización y la mejor administración del agua ulteriormente abordarían estos asuntos, pero durante las décadas de 1930 y 1940, los riesgos involucrados en comprometer desembolsos sustanciales en salarios en efectivo significaban que la aparcería seguía siendo una opción más prudente para los hacendados.

Había un contraste entre el dinamismo de la agricultura costeña entre 1930 y 1945 y el cambio socioeconómico más aletargado en los asentamientos urbanos de la región norte. Mientras que la población en Trujillo, Chiclayo, Piura y asentamientos secundarios a lo largo del litoral aumentó constantemente durante la primera mitad del siglo XX, siguieron siendo pueblos preindustriales; se trataba de manera casi exclusiva de centros administrativos y comerciales en lugar de núcleos para la producción de bienes manufacturados.[18] Esto reflejaba el predominio de los intereses agrícolas entre las élites regionales y el desinterés de sucesivos gobiernos centrales —profundamente comprometidos con los principios liberales— por elaborar una estrategia de industrialización coherente o en proveer préstamos o protección arancelaria para empresas nuevas, a pesar de que se aprobó una Ley de Promoción Industrial en 1940. Las actividades de manufactura, por lo tanto, exhibían poco dinamismo (el Perú se estaba quedando muy atrás de Brasil, Argentina y México en cuanto a producción industrial), y el sector principal, el textil, se concentraba en Lima. Para las ciudades del norte, las empresas más tecnológicamente avanzadas se dedicaban a los alimentos procesados; la fundación de una planta de leche por la Corporación Nestlé en Chiclayo en 1942 representó un buen augurio para el desarrollo futuro. En consecuencia, dominaban la escena urbana las empresas a pequeña y mediana escala que utilizaban poca tecnología y empleaban pocos brazos.[19] Concomitantemente, la clase artesanal constituía una fuerza con influencia sobre la política municipal.[20]

---

18. En 1927, la ciudad de Trujillo alojaba a un aproximado de 30.000 habitantes, y la población de Chiclayo y Piura se calculaba en 35.000 y 20.000, respectivamente. Véase *Revista de economía y finanzas* (julio de 1937, p. 20). El Censo nacional de 1940 da muestras de una disparidad entre ciudad y campo en la costa norteña en cuanto a vigor económico. Mientras que la población de Trujillo se encontraba en 36.958, la de Casa Grande (haciendas Casa Grande, Sausal, Jagüey y Chiclín) sumaba 14.978, es decir, 40% de la población residente en la capital del departamento.

19. Aunque los mariscos constituían una pieza integral de la dieta de la población costeña, durante la década de 1930, el sector pesquero seguía siendo artesanal y no constituía una fuente importante de empleo. En el censo de 1940, el número de individuos que declaraban la pesca como su ocupación principal en Piura, Lambayeque y La Libertad era de 1979, 579 y 377, respectivamente, aunque la actividad pesquera ocasional sin duda tenía un rol importante en las estrategias de supervivencia de muchas unidades familiares.

20. Con respecto a la naturaleza de la producción artesanal (específicamente carpinteros y sastres) en Chachapoyas entre 1930 y 1985, consultar Nugent 1988.

Las tendencias en los proyectos extractivos resultaron ser algo más prometedoras. Condiciones desfavorables en el mercado internacional cortaban el crecimiento en el sector minero de la región durante la década de 1930, una situación que continuó en la década siguiente cuando el Gobierno de Estados Unidos congeló los precios en dólares de los metales durante la Segunda Guerra Mundial. Como consecuencia, los precios de la mayoría de los minerales no lograron llegar a sus niveles de 1929 hasta 1946-1947, siendo el cobre la materia prima más afectada. A pesar de esto, el norte del Perú reanudó la producción de concentrados de cobre en Quiruvilca en 1940, que había cerrado sus operaciones en cobre y plata en septiembre de 1931, el momento más crítico de la depresión. Esta decisión, tomada por la empresa más grande de la región, estuvo influenciada por mala infraestructura y excesivos costos de transportación, pero, durante la década de 1930, mejoras en la carretera al puerto Salaverry, junto con la introducción de equipos más eficientes para extraer y para moler, hizo que fuera viable la explotación de las reservas de Quiruvilca. El oro figuró como el único mineral que escapó a la quiebra de 1929-1939 y mantuvo un valor firme hasta 1945. La región norte pudo, por tanto, cosechar los beneficios de haber adquirido varias pequeñas minas de oro cerca de Pataz en 1924, lo cual permitió que se expandiera la producción para llegar a un punto máximo en 1941. Aun así, el empleo de menos de dos mil obreros adicionales no pudo tener mucho impacto sobre el creciente desempleo rural.

Mientras tanto, más al norte el sector petrolero tenía una fortuna fluctuante. Una expansión significativa en la producción tuvo lugar a lo largo de la década de 1930 (pasando el promedio anual de 12,4 millones de barriles entre 1930 y 1934 a 16,3 millones entre 1935 y 1939), mientras que crecieron las exportaciones de 9,2 millones a 11,0 millones cuando el gobierno de Benavides se esforzó por abordar la crisis en las finanzas estatales a través de la maximización de los impuestos de exportación, aunque la tasa predominante seguía siendo sumamente baja. La IPC, que dominaba el sector, poseía un interés equivalente en maximizar la producción en esta coyuntura porque su contrato de veinte años expiraba en 1942, cuando probablemente aumentaran los impuestos, dado que los términos contractuales favorables de la multinacional y sus altas ganancias se habían vuelto el blanco de críticas vehementes a lo largo y ancho del espectro político, con el APRA a la cabeza. Tal entrelazamiento de intereses significó que la producción en La Brea-Pariñas fuera llevada a sus límites, llegando a un punto máximo de 15 millones de barriles en 1936, aunque decayó a 10 millones en 1940, cuando mermaron las reservas en este campo clave. La producción total posteriormente se estancó cuando la oposición política interna entorpeció la formulación de una estrategia coherente para expandir el sector. Factores políticos llevaron a los gobiernos de Pardo y Bustamante a vetar las concesiones a compañías internacionales, lo cual resultó en menos exploración, que a su vez, cuando se combinó con el

consumo doméstico creciente, redujo la capacidad de exportación: las ventas en el extranjero promediaban los 10,1 millones de barriles entre 1940 y 1944, pero fueron solo alrededor de 6,4 millones de barriles durante 1945 y 1949.[21]

El *boom* de la posguerra, 1945-1968

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el Perú experimentó dos décadas de crecimiento sostenido, estimulado por una economía mundial en expansión y los precios boyantes de los productos básicos, lo cual permitía que el volumen de exportaciones aumentara en un promedio anual de 6% entre 1948 y 1951, de 10% durante la década de 1950 y de 21% entre 1959 y 1962. Un impulso en las exportaciones permitió que el PNB creciera 4,7% por año entre 1950 y 1959, y que suba a 8,8% por año entre 1960 y 1962, lo cual dio lugar a mejoras en los ingresos per cápita, antes de que tanto el crecimiento del PNB como el aumento de los ingresos se relajaran a partir de 1963. No obstante, este tipo de indicadores positivos en cuanto al desempeño económico esconden cambios significativos que tenían lugar dentro de los principales sectores productivos de la región. Tampoco se beneficiaban en igual medida todos los grupos sociales.

A escala nacional, el sector minero hizo una contribución considerable a las ganancias por exportaciones durante las décadas de 1950 y 1960, debido a grandes inversiones (predominantemente extranjeras) en operaciones a gran escala en Toquepala, Cerro, Casapalca y Marcona, que se especializaban en el cobre y el hierro; asimismo, creció la producción de plata, plomo y zinc (donde los empresarios peruanos tenían un mayor involucramiento) a un paso más modesto. Con estos cambios producidos en el centro y el sur andino, la participación de la región norte se redujo de marginal a mínima.[22] Tampoco constituía un estímulo importante a la economía regional el sector petrolero. Luego de la promulgación en 1952 de una legislación dirigida a animar la exploración, hubo un impulso de nuevas búsquedas hasta el final de la década, pero no hubo descubrimientos sustanciosos en Piura. Como resultado, la producción creciente en Lobitos fue en gran medida contrarrestada por el agotamiento de reservas en el yacimiento de La Brea-Pariñas.

---

21. Aunque hubo algunos desarrollos, como la inauguración de una refinería de US$ 1,5 millones cerca de Zorritos (1940) y el descubrimiento de un yacimiento en Los Órganos (1943), consideraciones políticas producían estancamientos en el diseño de políticas y bloqueaban maniobras que intentaban establecer una participación bien pensada del Estado en el sector. Para mayor información sobre estos asuntos y otros relacionados, consultar Thorp y Bertram 1978: 163-169.

22. La participación de la minería del norte en la producción total de metales en el Perú cayó de 6% en 1959 a 2% en 1970, a pesar de la apertura de una nueva mina en Chilete (Thorp y Bertram 1978: 212). Según el Censo económico de minería de 1963, solo estaban empleados 1518 mineros en el departamento de Cajamarca.

El resultado fue que la agricultura mantuvo su posición como el impulso principal de la economía regional y fuente de sustento. Las empresas agrícolas a lo largo de la costa norte recibieron un empujón importante cuando el gobierno de Odría recomenzó la inversión en sistemas de irrigación a gran escala, una política abandonada desde el fin del periodo de Leguía y los escándalos alrededor del proyecto de Olmos. El proyecto más grande se centraba en gestionar el río Quiroz en San Lorenzo, Piura. Cuando se completó la primera etapa de esta inversión, en 1953, a un precio de 11 millones de dólares americanos —según se informaba—, abastecía 31.000 hectáreas, en su mayor parte dedicadas al cultivo del algodón.[23] Con la ayuda de una ampliación en la frontera agrícola, el área de cultivo del algodón creció de un promedio de 151.000 hectáreas en 1940-1944 a 255.000 en 1962; la superficie sembrada con caña creció de 51.000 a 74.000 hectáreas en el mismo periodo. Los cultivadores de azúcar en La Libertad y Lambayeque se beneficiaron de una continuación del alza de precios de los tiempos de guerra hasta el fin del conflicto en Corea, y los niveles de rentabilidad fueron protegidos después de 1953 por un consumo doméstico en rápida expansión. Pronto estaban en condiciones de sacar provecho de una cuota para abastecer al mercado estadounidense a precios favorables luego de que Washington impusiera un embargo sobre Cuba. Durante la década de 1950, avances tecnológicos en relación con operaciones en el campo (la carga mecánica, el reemplazo de la red ferroviaria ligera por tractores y remolques, y, luego de 1955, cosechadoras mecánicas) aplastaron los costos de producción y mantuvieron la rentabilidad. Las cosechas de caña por hectárea aumentaron de un promedio de 122,8 toneladas entre 1945 y 1949 a 151,4 toneladas durante el quinquenio 1965-1969. A escala nacional, se incrementaron los niveles de producción de un promedio de 428.000 toneladas a 740.000 a fines de la década de 1960, y los de exportación, de 300.000 toneladas a 399.000.[24] Entre 1965 y 1969, el consumo anual interno de azúcar promediaba en 349.000 toneladas, cuando para el periodo de 1945-1949 había sido de 147.000.

23. Los proyectos de irrigación a menudo se volvían el foco de la competencia, la intriga y la manipulación políticas. Según Revesz: "Se había previsto poner 45.000 hectáreas en servicio en San Lorenzo gracias a la derivación de las aguas del Quiroz; esta obra fue terminada en 1959, nueve años antes de la instalación de la colonización, y estas aguas fueron aprovechadas por el Bajo Piura, que pudo así casi doblar su área cultivada; cuando empezó la colonización, la presión de los hacendados del Bajo Piura exigió en 1964 el mantenimiento de la dotación de agua que le había prestado temporalmente y empezó en 1966 a limitar la colonización a 21.000 hectáreas en lugar de las 45.000 proyectadas al inicio" (1982: 24-25).

24. Véase el cuadro 4 sobre tendencias en la producción de caña de azúcar en La Libertad y Lambayeque.

Cuadro 4

AZÚCAR: ÁREA COSECHADA, RENDIMIENTO Y PRODUCCIÓN: LA LIBERTAD Y LAMBAYEQUE, 1962-2013 (PROMEDIOS ANUALES POR QUINQUENIOS)

Años	La Libertad			Lambayeque		
	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)
1962-1964	20.351	165.489	3.369.463	21.162	138.620	2.928.980
1965-1969	20.220	154.400	3.236.060	21.320	146.200	3.104.380
1970-1974	20.793	185.989	3.299.547	21.247	155.675	3.299.547
1975-1979	23.381	156.555	3.667.180	22.672	145.139	3.288.401
1980-1984	16.982	132.512	2.268.581	21.332	123.672	2.631.948
1985-1989	18.236	148.338	2.708.158	31.312	113.070	2.402.621
1990-1994	19.559	96.268	1.878.716	21.679	110.377	2.390.033
1995-1999	25.340	101.383	2.514.014	21.225	108.857	2.127.127
2000-2004	26.013	120.982	3.299.244	22.664	91.406	2.055.058
2005-2009	28.410	133.381	3.817.296	21.129	99.431	2.138.531
2010-2013	35.394	142.549	5.130.523	26.638	106.910	2.846.652

Cuadro 5

ALGODÓN: ÁREA COSECHADA, RENDIMIENTO Y PRODUCCIÓN: PIURA, 1950-2013 (PROMEDIOS ANUALES POR QUINQUENIOS)

Años	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)
1950-1954	36.538	1.032	34.400
1955-1959	54.761	1.342	73.737
1960-1964	63.703	1.823	115.789
1965-1969	68.200	1.427	97.085
1970-1974	53.374	1.556	83.033
1975-1979	46.340	1.408	64.685
1980-1984	27.276	1.508	47.396
1985-1989	51.127	1.494	74.549
1990-1994	32.062	1.342	42.621
1995-1999	22.705	1.654	41.203
2000-2004	14.633	1.589	23.626
2005-2009	12.154	2.358	27.571
2010-2013	4.061	2.165	6.811

Fuentes de cuadros 4 y 5: Elaborado a partir de Ministerio de Agricultura, Lima, Series Históricas de Producción Agrícola-Compendio estadístico, <www.minag.gob.pe/sisca>. En el momento de la elaboración, las estadísticas estaban disponibles hasta 2013.

Por su parte, los precios internacionales del algodón fluctuaron bruscamente durante la década de 1950, inicialmente llegando a un nivel alto debido a la Guerra de Corea, antes de un desplazamiento desde la escasez hasta una saturación en el abastecimiento global, seguido de una tendencia a la baja generada por Estados Unidos al soltar acciones en el mercado mundial. Sin embargo, los agricultores peruanos estaban en cierta medida protegidos de tales caprichos, ya que eran productores de variedades que durante largo tiempo habían sido básicas, dotadas de precios inflados y más capaces de competir con los productos sintéticos. Como consecuencia, el cultivo aumentó exponencialmente, lo cual causó que la producción de algodón en bruto alcance un récord de 400.000 toneladas en 1962-1963. A partir de entonces, una combinación de exceso de oferta, incertidumbre motivada por la decisión del Gobierno de Estados Unidos de nuevamente almacenar su producción y, lo que es más importante, crecientes costos de producción y mayores márgenes de beneficios acumulados del cultivo de alimentos llevaron a una marcada reducción en la superficie sembrada y en la producción general.[25] El resultado fue que la participación del algodón y del azúcar en el total de exportaciones se redujo significativamente, de 52,9% en 1945 a 18,6% en 1965, repitiendo así lo que sucedió durante la década de 1920.[26]

Mientras tanto, el sector agrícola orientado hacia el mercado doméstico experimentó tanto un crecimiento significativo como un estancamiento. La única sección de la producción de alimentos que gozaba de apoyo a sus precios, el cultivo de arroz, sostuvo las tendencias positivas que se observaban desde 1930. Teniendo en cuenta las pronunciadas fluctuaciones anuales debidas a sequías o a inundaciones causadas por El Niño, durante dos décadas enteras a partir de 1950, registraron un incremento notable los niveles de superficie sembrada, de cosecha por hectárea y de producción total (cuadro 6). Se trataba del resultado de nuevos proyectos de riego costeños a gran escala financiados por el Estado (el trabajo en Tinajones, iniciado en 1963 y operativo desde 1968), de una expansión rápida del cultivo de arroz en la ceja de selva (en particular en Bagua, Jaén y provincias adyacentes) y de la adopción de nuevas variedades de semillas más productivas. También impulsó la productividad el uso más intenso de guano durante la década de 1950, suplementado por fertilizantes sintéticos importados (en especial la urea) a partir de 1960, lo cual permitió que se acortaran los periodos improductivos.[27] Las mejoras fueron facilitadas por créditos

25. Véase el cuadro 5, donde se detallan tendencias en la producción de algodón en el departamento de Piura.

26. Thorp y Bertram 1978: 209, 233.

27. La década de 1970 sería testigo de la adopción de paquetes de "Revolución Verde", lo cual llevó a la difusión de semillas desarrolladas originalmente en el Instituto Internacional de Investigación del Arroz en Filipinas, que fueron cruzadas con variedades ya establecidas en la

Cuadro 6

ARROZ: ÁREA COSECHADA, RENDIMIENTO Y PRODUCCIÓN, DEPARTAMENTOS DEL NORTE, 1950-2012
(PROMEDIOS ANUALES POR QUINQUENIOS)

Años	Amazonas			Cajamarca			La Libertad			Lambayeque			Piura		
	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)
1950-1954	1.004	3.129	2.874	2.117	4.327	9.203	16.860	4.867	84.109	18.438	3.292	62.510	5.284	4.160	22.174
1955-1959	655	4.493	3.001	2.971	4.440	13.264	19.967	4.668	92.624	21.978	3.459	76.130	7.495	4.254	31.978
1960-1964	2.318	5.125	11.899	6.347	4.845	30.723	22.220	4.873	109.353	19.085	3.666	70.885	11.723	5.015	58.471
1965-1969	6.422	4.844	31.381	10.400	4.941	51.446	18.121	4.544	86.152	18.538	3.668	69.433	10.633	5.431	58.671
1970-1974	12.018	4.740	56.910	11.016	4.858	53.651	22.679	4.759	107.959	26.820	4.572	122.708	16.640	4.828	81.521
1975-1979	11.204	4.574	51.264	11.091	4.630	51.406	19.205	5.094	99.803	30.195	4.589	138.387	17.337	5.041	87.378
1980-1984	14.776	5.075	74.935	13.640	4.910	67.136	19.080	5.054	100.502	27.635	5.309	147.740	25.187	5.353	136.803
1985-1989	19.605	4.831	94.785	14.531	5.324	77.375	20.234	5.859	120.255	32.640	5.946	193.727	25.815	6.045	155.985
1990-1994	16.519	4.932	79.599	13.714	5.052	69.304	21.332	6.153	133.138	22.477	5.730	139.347	27.008	6.525	175.942
1995-1999	20.279	5.854	199.990	17.453	5.704	100.579	25.967	7.665	200.146	42.599	6.395	279.301	29.735	6.648	194.233
2000-2004	27.168	6.249	169.892	20.966	6.330	133.014	27.648	9.392	259.251	47.589	7.709	378.097	37.748	7.704	291.513
2005-2009	36.411	7.066	258.531	27.694	7.532	208.779	30.352	9.272	282.401	44.855	8.385	376.292	49.282	9.061	447.653
2010-2012	39.818	7.466	279.096	28.243	7.663	216.386	31.798	10.090	320.694	45.758	8.071	370.336	54.969	9.001	497.002

Fuente: Elaborado a partir de Ministerio de Agricultura, Lima, *Series históricas de producción agrícola-Compendio estadístico*, <www.minag.gob.pe/sisca>.
Las cifras han sido redondeadas al número entero más próximo.

subvencionados por el Banco Agrario y por la ampliación técnica brindada por el Programa Nacional de Arroz.

En la sierra norte, algunos sectores de la economía rural registraron avances importantes, a pesar de la discriminadora política "de sesgo urbano", impulsada por Bustamante (1945-1948) y gobiernos posteriores, que dificultaba la acumulación de capital entre los agricultores, particularmente en zonas de altura. Con respecto a esto merece especial atención la cría de ganado. Dando sus primeros pasos hacia la modernización de la industria lechera durante las décadas de 1920 y 1930, el sector recibió un impulso importante cuando —después de hacer estudios exploratorios sobre el potencial de la leche en cuanto a producción, suministro y costos— la Compañía Peruana de Alimentos Lácteos (Perulac) comenzó la recolección diaria de leche en Cajamarca en 1947. Ya que los agricultores de la vecindad de Chiclayo no lograban producir suficiente leche para hacer funcionar la fábrica en toda su capacidad productiva, la compañía comenzó a buscar proveedores más alejados. Una vez que se verificó su viabilidad, comenzó en 1949 la construcción de una planta de condensación de leche ubicada en Los Baños del Inca, con una capacidad diaria de 80.000 litros. Para los productores, esto proporcionó fácil acceso a un mercado nacional creciente y resolvió las dificultades de transporte a los principales centros de consumo ubicados en la costa.[28] Inicialmente, alrededor de 20 agricultores asentados en el valle de Cajamarca o cerca de él firmaron contratos con Perulac, un número que creció rápidamente mientras la compañía extendía sus rutas de recolección a provincias vecinas: en 1947, alrededor de 20 agricultores vendieron 1.222.355 litros a Nestlé; en 1968, un promedio de 560 agricultores entregaron 14.270.401 litros a la multinacional. Para fines de la década de 1950, el abanico de proveedores de Perulac se había ampliado y pasado de estar constituido solo por hacendados a gran escala y agricultores a mediana escala para incluir un número cada vez mayor de empresas campesinas prósperas. Para animar a más agricultores a entrar en una relación comercial, y así aumentar la cantidad de leche que pasaba por las puertas de su

---

cosa norteña (tales como Inti, Naylamp y Viflor). Entre 1961 y 1972, la población de la provincia de Jaén aumentó de 75.625 a 94.186 (25%). Cuando se toman en cuenta los habitantes de la provincia recientemente creada de San Ignacio (57.591 en 1972), la población de esta subregión creció 50% en solo once años, y esto se explica por el aumento en el cultivo de arroz.

28. Inicialmente, la extensión del comercio y de los mercados no se aprobaba universalmente entre la población serrana y no estuvo exenta de oposición. En noviembre de 1940, la Municipalidad de Chachapoyas prohibió la transferencia de ganado a Balsas para ser vendido a comerciantes ubicados en Celendín, que comerciaban ganado a mercados en la costa norteña, especialmente las plantaciones de azúcar. Temores similares con respecto a suministros locales de alimentos llevaron, en noviembre 1946, a partes de la población del pueblo de Cajamarca a bloquear carreteras y atacar los camiones de Nestlé que iban en ruta a la fábrica de Chiclayo, acciones que recibieron el respaldo de las autoridades municipales apristas.

fábrica, Perulac proveía de una variedad de asistencias financieras y técnicas. Mejores semillas (principalmente alfalfa y raigrás) se distribuían gratuitamente. Ganado de pedigrí (Pardo suizo y Holstein) se importaba desde Estados Unidos y Europa para ser distribuido a precios subsidiados entre ganaderos, quienes recibían también apoyo veterinario (inseminación artificial, control de brucelosis, etc.).[29] Con la misma finalidad, Perulac invertía en mejorar la red viaria interprovincial para que sus rutas de recolección de leche pudieran extenderse y mantenerse abiertas durante la temporada de lluvias.

La llegada de Perulac generó modificaciones importantes en la estructura agraria de Cajamarca. Un proceso de parcelación rápidamente cobró impulso a fines de la década de 1950 y durante la de 1960, cuando se dividieron y vendieron aproximadamente 400.000 hectáreas.[30] Los hacendados, ansiosos por sacar provecho de las nuevas oportunidades comerciales, tuvieron que asumir inversiones costosas en ganado de pedigrí, la mejora de pastos y de redes de irrigación, asegurar cercas, construir nuevos establos e invertir en otros aspectos asociados con un sistema agrícola tecnológicamente más sofisticado. La mayoría carecía del financiamiento necesario, pero se podía adquirir capital para la inversión a través de la venta de terrenos más marginales, antes de concentrar el gasto en la construcción de una unidad de producción más pequeña pero más intensivamente explotada, usualmente ubicada en la sección más fértil de su propiedad. Una consecuencia ya observable durante la década de 1960 fue la consolidación de haciendas de mediana escala dentro de la estructura agraria de las provincias en las que tenían mayor presencia empresas modernas de lácteos, mientras que deshacerse del terreno “excedente” de las haciendas también tuvo el efecto de fortalecer una clase de unidades familiares campesinas relativamente acomodadas que poseían los medios para adquirir terrenos adicionales cuando los hacendados los ponían a la venta.[31] Muchas de

29. En diciembre de 1967, este programa tuvo una base más institucional con la formación del Fondo de Desarrollo de la Ganadería Lechera de Cajamarca (Fongal), que creó un fondo común para desarrollar la industria. Un monto fijo (S/ 0,20) por cada litro que entraba a la fábrica de Perulac se restaba del sueldo de los agricultores y se guardaba en una cuenta en el Banco de Fomento Agropecuario para ser gastado en la importación de ganado, semen, mejores semillas para pasto y la provisión de servicios veterinarios.

30. Otros factores que contribuyeron a esta tendencia fueron la creciente demanda doméstica de productos comestibles (lo cual constituía un estímulo para la modernización) y, lo que es más importante, cada vez más especulaciones sobre la reforma agraria. Aunque movimientos similares estaban ocurriendo en las provincias andinas de los departamentos vecinos, el proceso llegó a su máxima intensidad en Cajamarca.

31. La Asociación de Agricultores y Ganaderos de Cajamarca se afilió a la SNA el 13 de enero de 1958. Para 1968, poco tiempo antes de la reforma agraria del gobierno militar, la organización tenía 598 miembros. Su presidente (Alex Bisiak), su vicepresidente (José Quezola) y su secretario (Justo Vásquez) eran agricultores vaqueros de mediana escala. En

estas unidades campesinas orientadas hacia el mercado se especializaban cada vez más en la vaquería (aprovisionando a Perulac) y el cultivo de la papa, los dos productos agrícolas más rentables.

No obstante, solo una pequeña minoría de unidades familiares campesinas pudo alcanzar la riqueza. A pesar de una significativa contracción de las fronteras de las haciendas, un rápido aumento demográfico, junto con divisiones hereditarias, llevaron a la fragmentación de las economías de unidades familiares campesinas, así como a un número cada vez mayor de minifundistas que no podían alcanzar sus necesidades básicas de subsistencia. Según el Censo de 1961, el 80% de las unidades agrícolas en Cajamarca tenían menos de 5 hectáreas, y el tamaño promedio era de apenas 1,87 hectáreas. En las provincias andinas de Piura y La Libertad, se podía observar un grado similar de minifundización.[32] El empobrecimiento campesino a tan gran escala obligó a miles de serranos a buscar empleo fuera de las haciendas, lo cual llevó a la migración de población rural a los centros urbanos de las alturas e, involucrando a números aún mayores, al movimiento desde los Andes a la costa y a departamentos selváticos vecinos.[33] Durante décadas, el destino principal para los migrantes de las tierras altas de La Libertad y de Cajamarca habían sido las haciendas costeñas de azúcar y de arroz en la sección vecina del litoral; a su vez, en Piura, para las provincias de Ayabaca y Huancabamba, lo eran las empresas costeñas de algodón y arroz. Mientras que la expansión del cultivo de arroz entre 1950 y 1970 en toda la región norte siguió proporcionando oportunidades de trabajo de temporada, la mecanización de operaciones intensivas en mano de obra en las plantaciones de azúcar luego de 1955 redujo sus necesidades de trabajadores. Por consiguiente, otros núcleos de población empezaron a "jalar" a los migrantes, de modo que, en 1961, la conurbación Lima-Callao constituía el destino principal para los migrantes andinos, seguido en importancia por las ciudades costeñas del norte.

---

comparación, en este momento la Asociación Agropecuaria de Trujillo, también afiliada a la SNA, tenía un número mucho menor de miembros (280).

32. La distorsionada propiedad de tierras que combinaba la concentración con la extensiva minifundización era característica de la estructura agraria en los Andes. El Censo agrario para Lambayeque en 1961 registró que 73,5% de unidades agrícolas eran de menos de 5 hectáreas, lo cual constituía solo el 9,9% del territorio cultivado del departamento. En el otro extremo, 33 haciendas que abarcaban 500 hectáreas constituían el 80,7% del terreno agrícola y el 61% del área cultivada. Ocho empresas grandes controlaban 41,1% del terreno cultivado de Lambayeque. Era igualmente pronunciada la concentración de la tierra en las provincias costeñas de La Libertad y Piura.

33. Se calcula que entre los censos de 1961 y 1972 aproximadamente 150.000 personas salieron permanentemente de Cajamarca hacia otros lugares del Perú. La emigración neta ya había aumentado de 8,8% en 1940 a 15,3% en 1961. La mayoría de los migrantes venían de las filas de los pobres de áreas rurales.

Cuadro 7
EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN CENSADA SEGÚN DEPARTAMENTO, 1940-2007

Departamento	1940	1961	1972	1981	1993	2007
Amazonas	65.137	118.439	194.472	254.560	336.665	375.993
Cajamarca	482.431	731.256	902.912	1.026.444	1.259.808	1.387.809
La Libertad	395.233	597.925	799.977	982.074	1.270.261	1.617.050
Lambayeque	199.890	342.446	514.602	674.442	950.795	1.112.868
Piura	408.605	668.941	854.972	1.125.865	1.388.264	1.676.315
Tumbes	25.709	55.812	76.515	103.839	155.521	200.306

Fuente: INEI, *Censos nacionales de población y vivienda 1940, 1961, 1972, 1981, 1993 y 2007.*

Un factor que atraía a las poblaciones a Lima en esta coyuntura era el desarrollo de la industria manufacturera. La mayor parte del crecimiento industrial a inicios de la década de 1950 giraba alrededor de actividades de apoyo a la exportación (por ejemplo, el procesamiento de alimentos), pero la promulgación de la Ley General de Industrias en 1959, que otorgaba generosos incentivos arancelarios y tributarios a los inversores, era indicativo de un interés creciente de parte de las élites en las industrias manufactureras mientras buscaban diversificar sus activos fuera de la agricultura. Con este estímulo, el sector industrial del Perú creció 9% por año entre 1960 y 1965. Al expandirse la producción industrial hasta alcanzar actividades incluidas en la política de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), la contribución de la industria manufacturera al PNB creció de 17% en 1960 a 20% en 1968. Mientras tanto, el empleo en el sector industrial a escala nacional creció de 13,2% de los trabajadores en 1961 a 14,5% en 1970, a pesar de los altos niveles de capital que suelen requerir las empresas recientemente creadas.[34] El sector también se caracterizaba por una alta concentración en la propiedad y por una concentración espacial en Lima-Callao, particularmente en cuanto al sector más dinámico, el de bienes de consumo (bienes domésticos duraderos, ensamblaje de vehículos, etc.). Aun así, además de los usuales negocios de procesamiento de alimentos, en la región norte se constituyeron empresas manufactureras, entre las cuales un ejemplo notable fue Cementos Pacasmayo, fundada en 1949 por el empresario peruano Mauricio Hochschild y sus asociados, entre los cuales estaba Romero, quienes se unieron para formar el Grupo Hochschild. La planta comenzó a producir en 1957. Después, con una fuerte demanda de su producto alimentada por la

34. Thorp y Bertram 1978: 269, 272. El índice de empleo en industrias manufactureras creció de una base de 100 en 1955 a 156 en 1970. En el mismo periodo, el índice de producción (que en 1955 era 100) creció a 283, el de productividad a 181 y el de la tasa de salarios reales a 120. Véase Fitzgerald 1979: 271.

explosión demográfica de las grandes ciudades, se abrieron instalaciones satélites en Trujillo, Chiclayo y Piura, que suministraban concreto premezclado proveniente de su planta principal.[35]

Entre las otras inversiones con similares concatenaciones regresivas y progresivas estaban las desmotadoras de algodón y las fábricas de textiles constituidas en Sullana y Piura por Calixto Romero y el grupo La Fabril. En 1965, estas dos empresas suponían 70% del algodón desmotado peruano, una cifra que creció al 80% en 1970.[36] Durante las décadas de 1940 y 1950, estas desmotadoras de algodón también proporcionaban aceites y grasas esenciales al mercado doméstico (por ejemplo, la fábrica del Grupo Romero en San Jacinto, colindante con Piura y Catacaos). No obstante, dejando al margen esta evolución, a fines de la década de 1960, la gran mayoría de la PEA regional siguió ganándose la vida a través de actividades de los sectores primario y terciario. La mayor parte de los productos manufacturados procedían de talleres de artesanía a pequeña y mediana escala que empleaban a menos de veinte personas. Las dos décadas posteriores a 1945 también fueron testigos de una alteración importante en el mercado laboral regional, desde una situación de escasez de mano de obra característica de la década de 1920 a una de mano de obra excedente, una transformación que produjo desempleo y subempleo generalizados, a la par que una expansión implacable del sector informal. A fines de la década de 1960, el desempleo y el subempleo afectaban a más del 30% de la fuerza laboral regional, lo cual causaba profundas privaciones. De forma reveladora, la economía campesina en los Andes del norte ya no tenía la misma capacidad para absorber mano de obra y actuar como amortiguador durante años de recesión, como había sido el caso hasta la década de 1930.

---

35. Durante la segunda mitad del siglo XX, las principales ciudades en el litoral del norte experimentaron un rápido crecimiento demográfico, impulsado por la migración rural-urbana y de sierra a costa, así como por altas tasas de natalidad y la caída de las tasas de mortalidad infantil. Trujillo registró el incremento más notable (de 36.958 habitantes en 1940 a 792.355 en 2007), seguido de Chiclayo (de 31.539 en 1940 a 524.442 en 2007) y Piura (de 19.027 en 1940 a 377.496 en 2007). Otros mostraban tendencias similares; un claro ejemplo de ello es Tumbes (de 6172 en 1940 a 94.751 en 2007). Su crecimiento exponencial se debía en gran medida al comercio transfronterizo. A lo largo de las décadas, Cajamarca consolidó su posición como la ciudad más grande de la sierra norteña (pasó de 14.290 habitantes en 1940 a 188.363 en 2007). En contraste, los pueblos más remotos del interior, aislados hasta tiempos recientes de los polos dinámicos de la vida económica regional y nacional debido a insuficientes conexiones de transporte, crecieron a un ritmo más lento (por ejemplo, Chachapoyas, que pasó de 5145 habitantes en 1940 a 23.202 en 2007). Sobre el crecimiento poblacional general a escala departamental entre 1940 y 2007, véase el cuadro 7.

36. Revesz 1982: 116. Con respecto a la expansión de las empresas algodoneras del Grupo Romero en Piura luego de la compra de la hacienda Mallares en 1930 hasta el impacto de la reforma agraria, consultar Mayer 2009: 173-176, 179-181, 186-189.

El docenio militar, 1968-1980

Aunque la economía peruana crecía a un ritmo saludable durante las décadas de 1950 y 1960, a mediados de los años sesenta una desaceleración de los principales sectores de exportación, junto con la disminución de la formación de capital y de inversión, presagiaban problemas crecientes, reflejados por dificultades en la balanza de pagos. Se incrementaron los déficits presupuestarios, así como el costo de amortizar la deuda nacional, y esto constituía una concatenación de circunstancias adversas que finalmente llevó a una devaluación del sol en 42% en agosto de 1967. Peor aún, sectores de la población tradicionalmente excluidos (especialmente en la sierra) daban muestras de una mayor voluntad de movilizarse y expresar su descontento con el sistema político "oligárquico" predominante, así como con las desigualdades socioeconómicas profundamente arraigadas.[37] Los miembros progresistas de las clases medias urbanas también se volvieron más vehementes en sus demandas de transformación estructural. El fracaso de los intentos de Fernando Belaunde de realizar una reforma creó como consecuencia una "crisis de hegemonía" (Quijano), que el gobierno militar de Juan Velasco, que tomó el poder el 3 de octubre de 1968, se proponía resolver a través de una sólida política de "keynesianismo militar" y de incorporar (aunque de forma jerárquica) a las clases hasta entonces marginadas de la vida política nacional. Se esperaba, en primer lugar, que seguir un modelo "capitalista estatal" corporativista que abordara las preocupaciones generalizadas sobre el excesivo control extranjero de sectores claves de la economía peruana restauraría el dinamismo económico y, en segundo lugar, que mayor intervención estatal reduciría "la dependencia" y ayudaría a superar lo que se percibían como las insuficiencias históricas de una "burguesía nacional" débil y compradora que claramente estaba comprometida con intereses foráneos.

De la amplia gama de políticas adoptadas por el gobierno militar, aquellas que ejercían mayor impacto socioeconómico en la región norte estaban relacionadas con la agricultura, la pesca y el petróleo. Inmediatamente después de promulgar la Ley de Reforma Agraria (D. L. 17716) en junio de 1969, el gobierno de Velasco dio señas de la seriedad de sus intenciones a través de ocupar físicamente los 12 grandes complejos azucareros agroindustriales, 11 de los cuales estaban ubicados en la costa del norte. Bajo la nueva legislación, la "eficacia" ya no serviría como justificación para burlar la expropiación, como había sido el caso de la ley de reforma agraria de Belaunde. Durante la década de 1970, se pudieron observar dos fases en la implementación de la reforma agraria: el periodo 1970-1975 fue testigo de la creación de cooperativas, seguida de intentos de "consolidarlas" entre

37. Consúltese Cotler 1978, cap. 7.

1975 y 1979, aunque el ritmo y la meticulosidad de la implementación variaba según su ubicación y niveles de movilización social.

La promulgación del decreto 17716, como es lógico, dio paso a un incremento repentino en la fragmentación de haciendas. Los hacendados se apresuraron a dividir sus propiedades entre familiares. Aprovechando las ansias de tierras que tenían los campesinos, especialmente en la sierra, también vendieron lotes a quienquiera que expresara un interés en comprar tierras, ya fueran aparceros existentes o "foráneos" minifundistas independientes asentados en caseríos cercanos. A la par, realizaron maniobras para descapitalizar sus empresas, vendiendo maquinaria y ganado, talando árboles y deshaciéndose de otros activos movibles. Estos cambios generaron respuestas variadas. Primero, proletarios rurales empleados en haciendas costeñas se movilizaron para exigir la detención de las parcelaciones privadas y de los desalojos, y exigían la expropiación total de las empresas, pedidos que llevaron a la radicalización de la política agraria de los militares. La intención original (excluyendo a las enormes plantaciones de azúcar) había sido permitir a los hacendados un "mínimo inafectable" que correspondía a 150 hectáreas de tierra regada en la costa y 50 hectáreas en la sierra. Se esperaba que esto reforzara la agricultura comercial mediante el aumento de las filas de productores de mediana escala que tuvieran los medios para invertir en sus propiedades, modernizar las prácticas agrícolas e intensificar la producción. Por medio del incremento de los ingresos de la población rural, los responsables de estas políticas esperaban ampliar el mercado para los bienes manufacturados. También esperaban que aumentaran los cultivos alimentarios destinados al mercado doméstico y que eso ayudara a abordar el asunto apremiante del crecimiento anual del gasto de divisa fuerte en importaciones de alimentos. La presión creciente desde abajo obligó al Gobierno a acceder a los pedidos de las bases, lo cual resultó en la aceleración de la implementación de la reforma agraria y en que esta tomara un cariz más colectivista. Los trabajadores de las haciendas ubicadas en la costa lograron una reducción en el mínimo inafectable a 50 hectáreas (D. L. 20135 y D. L. 21333), aunque en muchas instancias ocurrió una expropiación completa de empresas, especialmente en los casos en que los hacendados abandonaban sus propiedades. Además, se decidió formar cooperativas de trabajadores, que llevaron a la creación de Cooperativas Agrarias de Producción (CAP) y de Sociedades Agrarias de Interés Social (SAIS), estas últimas confinadas a las zonas altas.[38]

Con este telón de fondo, las expropiaciones en la región norte estuvieron centradas en un inicio en las propiedades comerciales ubicadas principalmente

38. Un caso emblemático que fue afectado por estos cambios en el programa de la reforma agraria de los militares fue Huando, una hacienda naranjera ubicada en el valle de Chancay. Al respecto, consultar Burenius 2001.

en el litoral, pero en 1973-1974 se hizo evidente en la sierra la urgencia de realizar el programa.[39] Los eventos ocurridos en Lambayeque ilustran cómo se desarrolló este proceso. Las plantaciones de azúcar a gran escala del departamento fueron tomadas en el acto, lo cual llevó a la creación de cuatro importantes cooperativas agroindustriales (Pomalca, Tumán, Pucalá y Cayaltí), y esto significó la erosión del poder tradicionalmente ejercido por la élite oligárquica local (las familias Aspíllaga, De la Piedra, Izaga y Pardo). Luego se adjudicaron las haciendas intermedias, propiedades del estrato medio-superior de la burguesía agraria lambayecana, y los años 1972 y 1973 supusieron el periodo más intensivo de expropiación. Para constituir las cooperativas, era común que varias de estas haciendas se fusionaran, con la intención de recoger los beneficios de las economías de escala. De esta manera, alrededor de 150 propiedades formaron la base de 38 CAP (o un total de 42 cuando se toman en cuenta las plantaciones de azúcar). Hubo algunas adjudicaciones individuales que involucraban a agricultores encontrados "en posesión" de tierras que legalmente estaban a nombre de propietarios ausentes; algunos minifundistas también fueron reubicados para facilitar la creación de las CAP. Cuando concluyeron las expropiaciones en Lambayeque, las 42 cooperativas del departamento abarcaron 129.772 hectáreas con 16.901 socios; alrededor de 15 grupos campesinos que tenían 1673 unidades familiares habían recibido 43.555 hectáreas y a una comunidad campesina de 360 unidades familiares le fueron asignadas 15.708 hectáreas. Otras 22.076 hectáreas habían sido redistribuidas según acuerdos individuales, y 3843 unidades familiares se beneficiaron de esta medida.[40]

La situación del valle de Chancay ofrece una imagen más detallada de la nueva realidad que se apreciaba en muchos valles costeños del norte a fines de la década de 1970. Allí, 26 cooperativas —que albergaban a 13.916 socios y controlaban 47.592 hectáreas (51% del terreno agrícola)— dominaban el campo. En la cima estaban los tres complejos azucareros de Pomalca, Tumán y Pucalá (pues Cayaltí estaba ubicado en el valle de Zaña), que tenían en su posesión 30.092 hectáreas o 32,5% de la tierra cultivada. Otras 23 CAP adicionales con un tamaño promedio de 750 hectáreas, especializadas principalmente en el cultivo de arroz y situadas en las partes más bajas del valle, sostenían a 2200 socios y gozaban de los títulos del 18,5% de la tierra cultivada. A pesar de que seguían predominando las grandes unidades agrícolas dentro del marco cooperativo, unidades a pequeña y mediana escala seguían teniendo una presencia

39. Dada su importancia en relación con el azúcar y la producción de alimentos destinados para el mercado doméstico, la costa norteña figuraba de manera desproporcionada durante la primera fase de la reforma agraria. Del total de beneficiarios reconocidos formalmente a escala nacional entre 1969 y 1971, 25% estaban en Lambayeque y 8% en La Libertad.

40. Jobling 2001: 129-138.

importante: 14.366 propiedades, que sumaban el 40,9% del total de unidades agrícolas registradas en el valle, tenían menos de 3 hectáreas; otras 6173 (17,5% del total) poseían una extensión de entre 3 y 10 hectáreas. Juntas, estas empresas —pequeñas, pero profundamente integradas en el mercado— de menos de 10 hectáreas constituían el 35,5% de las tierras agrícolas del valle de Chancay-Lambayeque, aunque las CAP a gran escala gozaban de la propiedad de las tierras más fértiles y seguían teniendo una posición privilegiada con respecto a derechos de riego. Es interesante notar que alrededor de 75 empresas manejadas individualmente de más de 50 hectáreas lograron evitar la expropiación.

Dada la decisión racional de priorizar la implementación del D. L. 17716 en la zona de la costa, los hacendados de la sierra se beneficiaron de un tiempo adicional para descapitalizar sus haciendas. Antes de 1974, solo unas cuantas propiedades habían completado el proceso laberíntico de adjudicación; las más grandes de estas eran de importancia simbólica, como las de la Empresa Agrícola Chicama en la sierra de La Libertad y Cajamarca.[41] La demora también dio la oportunidad para organizar una oposición a la reforma, que inicialmente fue promovida por la SNA (que se disolvió en mayo de 1972), y cuya fachada pública fue la Asociación por la Defensa de la Pequeña y Mediana Propiedad. En septiembre de 1972, los agricultores de arroz a pequeña escala de Paiján participaron en una marcha de protesta a Trujillo, y, el 7 de junio de 1973, representantes de movimientos de base de Tumbes, Lambayeque, La Libertad y Cajamarca realizaron una reunión conjunta y llevaron a cabo una manifestación pública en Pacasmayo. A principios de junio de 1973, hubo una manifestación de varios cientos de agricultores en la plaza de armas de Cajamarca. El movimiento fue liderado por ganaderos locales prominentes, incluyendo a Manuel y Gonzalo Pajares, Horacio Silva, Jaime Valera y Manuel Noriega. Estas movilizaciones llegaron a su apogeo en 1973 y a principios de 1974, pero no pudieron detener el aluvión de expropiaciones: en mayo de 1976 se habían adjudicado alrededor de 550 haciendas en el departamento de Cajamarca, que abarcaban 369.357 hectáreas, en su mayor parte distribuidas entre las recientemente creadas CAP y SAIS. No obstante, la implementación resultó ser desigual. En la provincia de Jaén, para esta fecha solo 754 hectáreas habían completado su adjudicación, mientras que alrededor de 309 haciendas, que cubrían 399.028 hectáreas, aún se empeñaban en avanzar a través de los numerosos obstáculos burocráticos, y hubo demoras en las provincias de Bagua, San Ignacio y Rodríguez de Mendoza.

41. En octubre de 1972, se tomó posesión de las haciendas Huacraruco, Sunchubamba y anexos para crear la SAIS José Carlos Mariátegui. Esta entidad abarcaba 59.735 hectáreas y tenía 722 socios, además de 1047 unidades familiares asentadas en siete comunidades vecinas. La deuda agraria de las cooperativas sumaba a S/ 119.492.232. Es significativo que estas empresas fueran adjudicadas por la Oficina de Reforma Agraria en Trujillo.

Cuando el gobierno militar entró a su "segunda fase", menguó el entusiasmo por la reforma agraria y muchas de estas empresas escaparon a la expropiación. Esta situación se apreció en varias localidades del norte del Perú, especialmente en zonas altas y de ceja de selva.

¿Cuáles fueron los efectos a corto plazo de la reforma agraria en la productividad agrícola y la producción durante el docenio militar? Se puede observar un patrón común tanto en la costa como en la sierra: un estallido de entusiasmo inicial entre los beneficiarios luego de la adjudicación llevó a un incremento de la productividad y, en algunos casos, de la producción, o, por lo menos, a su mantenimiento, antes de que ocurriera un declive inexorable. El momento y la intensidad de estos cambios, sin embargo, variaron según las distintas actividades agrícolas. A pesar de la inevitable conmoción que acompañó a la reforma agraria, la productividad por hectárea de las CAP azucareras en La Libertad y Lambayeque mejoró ligeramente respecto al promedio de 1965-1969, lo cual, cuando se articuló con una expansión en la plantación de caña en ambos departamentos (particularmente en La Libertad), permitió que la producción general de azúcar durante la década de 1970 superara la registrada durante la década anterior (cuadro 4). Con respecto al algodón, las tendencias en Piura daban muestras de una trayectoria diferente. Luego de plantaciones históricas entre 1965 y 1969, el área cultivada descendió abruptamente durante la siguiente década. Varios factores explican la reversión de un ciclo expansivo que había sido claramente visible desde mediados de la década de 1950. Severas inundaciones destruyeron cosechas en miles de hectáreas en 1972, y aunque tanto las CAP como los productores individuales se beneficiaron de precios internacionales muy favorables en 1973-1974, esto solo proporcionó un alivio pasajero. La adhesión del gobierno de Velasco a las políticas de posguerra "de sesgo urbano" significó que los precios domésticos se mantuvieran reducidos entre 1975 y 1980, ya que se daba prioridad a subsidiar la industria textil, una política que también se aplicaba a grasas y aceites, y que no cambió cuando la Empresa Nacional de Comercialización de Insumos (ENCI) asumió la responsabilidad de comercializar el algodón en diciembre de 1978. Peor aún, los productores de algodón se encontraron ante costos de producción cada vez mayores, que eran consecuencia de la subida de precios de la OPEP de 1973, la cual no solo tuvo un impacto en la preparación del suelo y los gastos de la cosecha, sino también sobre el precio del fertilizante, de los pesticidas, de las semillas y de otras materias. La crisis de rentabilidad resultante animó a los agricultores a salirse del sector algodonero y concentrarse en cosechas más lucrativas: primero sorgo y luego arroz en Bajo Piura desde fines de la década de 1970. Luego de 1980, se dedicaban extensiones cada vez más grandes de tierras regadas a sectores agrícolas no tradicionales de exportación. Así, con los niveles de productividad relativamente estables entre 1965 y 1980, el declive pronunciado en la

producción algodonera piurana a lo largo de los años fue reflejo de los cambios en el área cultivada (cuadro 5).

La historia de la producción del arroz durante la década de 1970 brinda aún otra narrativa. Mientras que Amazonas y Cajamarca experimentaron un aumento significativo del área cultivada durante la década de 1960, este impulso se estancó a lo largo de la siguiente década; La Libertad fue testigo de la disminución de sembríos de arroz hacia fines de la década de 1970. Estas tendencias fueron contrarrestadas por la expansión sustanciosa de las plantaciones de Lambayeque gracias a la reserva de Tinajones, que permitió a los productores enmendar las marcadas fluctuaciones anuales en la provisión de agua y sostener los niveles de productividad, evitando de esta manera las dificultades experimentadas en las zonas de producción de arroz ubicadas en los departamentos circundantes. Una situación similar a la de Lambayeque se daba en Piura, donde ocurrió un incremento estable en las hectáreas sembradas con arroz debido a las vicisitudes anteriormente mencionadas ante las que se encontraban los agricultores de algodón y también gracias a los sistemas de irrigación de Quiroz y Chira-Piura.[42] Ya que no se materializó ningún colapso en los niveles de productividad, la producción total en estos cinco departamentos aumentó en 44% comparada con la del quinquenio inmediatamente anterior a la reforma agraria: en 1965-1969 fue de 297.383 toneladas y en 1975-1979, de 428.241 (cuadro 6).[43]

También se observaban tendencias contrastantes en la sierra del norte, pues la reforma agraria produjo ganadores y perdedores. Algunas de las empresas más capitalizadas sufrieron una caída catastrófica en la producción, facilitada por la lenta implementación de la reforma y la descapitalización que conllevó, y entre las que fueron particularmente afectadas las actividades ganaderas

42. El general Velasco declaró que el proyecto Chira-Piura era una prioridad nacional. El trabajo en este comenzó en 1971. La primera fase se volvió operativa en 1976, cuando se terminó de construir la reserva de Poechos y 452 kilómetros de canales de irrigación. Entre 1981 y 1989, se completó la segunda fase, y la tercera se inició en 1988. En total, 25.000 hectáreas de nuevas tierras fueron incorporadas al cultivo, y el suministro mejorado de agua llegó a 115.000 adicionales. La implementación del proyecto fue objeto de serios contratiempos como consecuencia de El Niño en 1971 y 1983. Ya que el cultivo de arroz requería de mucho consumo de agua, estas mejoras ayudaron a paliar lo que había sido un gran obstáculo.

43. Aunque tales incrementos de producción dentro de un marco temporal tan reducido son dignos de mención, es necesario ser conscientes de que, dado el rápido crecimiento demográfico, las cifras de producción per cápita fueron menos impresionantes. En un sentido real, la producción doméstica de alimentos estaba paralizándose (como hoy). El arroz y el trigo eran productos especialmente sensibles. La importación de arroz blanco era de 91.912 toneladas en 1965, y se redujo a cero a partir de 1971, antes de nuevamente aumentar para llegar a 255.816 toneladas en 1980 (su nivel más alto en el periodo 1950-1992), un año de cosecha particularmente pobre (441.233 toneladas) debido a factores climáticos.

(los animales son fáciles de vender o de reubicar). La hacienda La Pauca, por ejemplo, había estado abasteciendo a Perulac con 1000 litros de leche diarios en 1967; en 1973, esta cifra se había reducido a un promedio de solo 155 litros. En 1970 y 1971 se comerciaban numerosos ganados vacunos y ganado de lidia, a pesar de las prohibiciones legales. De modo similar, la hacienda La Colpa vendió un promedio de 2500 litros por día a Perulac en 1967, pero en 1973 las ventas habían caído a solo 400 litros. Las mejores vacas lecheras habían sido "evacuadas" de la propiedad junto con la mayoría de los implementos agrícolas. Como respuesta a estos hechos, Perulac se esforzó en abrir nuevas rutas de recolección de leche y expandir su base de provisión, de modo que el número promedio de empresas con contratos firmados con la compañía se incrementó de 560 en 1968 a 1200 en 1975. Todos estos nuevos contratos fueron firmados con agricultores de mediana y pequeña escala, una parte de los cuales estaban ubicados en la jalca.[44] A través de esta política proactiva, la cantidad de leche fresca que entraba a la planta de procesamiento Baños del Inca subió de 14.720.401 litros en 1968 a 19.473.500 en 1974.

Este resultado quizá inesperado (y frecuentemente ignorado) señala una consecuencia socioeconómica importante de la reforma agraria que tenía lugar de manera cada vez más acelerada a lo largo de la sierra norte durante el docenio militar y después de él: un fortalecimiento constante de la posición en el campo de los agricultores a mediana escala y de los agricultores campesinos prósperos. Esto estuvo acompañado por una intensificación en la integración del mercado y un lento (pero implacable) proceso de adopción de tecnología mejorada. Mientras que estas tendencias eran más visibles en lo referido a unidades familiares de campesinos ricos, los cambios en las prácticas agrícolas se filtrarían lentamente hasta alcanzar otros estratos campesinos, aun cuando los beneficiarios de la reforma agraria constituían una minoría de la población rural, mientras que la gran mayoría sufría una minifundización creciente acompañada por las privaciones concomitantes.[45] La adopción de tecnologías dentro de

44. El número real de agricultores que vendían leche a Perulac era mucho mayor como consecuencia del sistema de "cabeza de porongo". A través de este mecanismo, en 1973, alrededor de cuatro mil empresas campesinas fueron integradas a la cadena de recursos de la compañía lechera.

45. Junto con la fragmentación de minifundios y la acentuación de las ansias de tierra, las condiciones de comercio adversas entre pueblo y área rural incrementaron la pobreza rural durante la década de 1970, y eso desencadenó una ola de crimen en el campo. Como respuesta, las rondas campesinas se desplegaron a lo largo de la sierra norteña a fines de la década de 1970 y durante la de 1980. Para mayor información sobre la formación de las rondas en Cajamarca, véase Gitlitz y Rojas 1983: 163-97. Para mayor detalle sobre la sierra de Piura, consultar Huber 1995 y Starn 1999. Para obtener información sobre cambios recientes consultar Gitlitz 2013.

unidades familiares campesinas luego de 1970 tuvo un patrón similar: primero el uso de fertilizantes químicos, seguido de la compra de pesticidas (empleando el aparato apropiado) y, finalmente, el gasto en semillas mejoradas.

Además de ampliar proyectos existentes y de iniciar nuevos proyectos de riego a gran escala, el gobierno militar se enrumbó en un proyecto importante de inversiones en industrias claves del sector extractivo que apuntalarían el desarrollo regional en décadas subsiguientes. Muchos estaban centrados en Piura, el lugar de nacimiento de Velasco. El ejército ocupó las instalaciones de la IPC en Talara el 9 de octubre de 1968 y su proyecto de desarrollo Plan Perú imaginó la construcción de un complejo industrial centrado en el pueblo y construido alrededor del petróleo y de manufacturas derivadas. Los primeros años del docenio fueron testigos de cambios importantes en el sector petrolero local cuando la producción en tierra firme se redujo drásticamente debido al agotamiento de reservas, una tendencia que fue compensada por la explotación de nuevos yacimientos en alta mar.[46] Se dieron pasos para modernizar y expandir la refinería de Talara: en 1972, se aprobó que una nueva planta produjera combustible de aeronaves de alto octanaje (un ejemplo clásico de ISI, pues anteriormente tenía que ser importado), la cual empezó a funcionar en 1975 con una capacidad de 16.000 barriles por día. En 1975, se abrió una fábrica de fertilizantes con un costo de US$ 78 millones; otras instalaciones de fabricación para productos derivados del petróleo entraron en funcionamiento a mediados de la década de 1970. Luego del descubrimiento de petróleo en la selva norte en 1970-1972, una inversión crucial (US$ 800 millones) conllevaba la construcción del Oleoducto Norperuano, que tenía como objetivo conducir petróleo crudo alrededor de 850 kilómetros desde San José de Saramuro en el Marañón hasta la costa en Bayóvar, donde fueron instalados 14 depósitos de 130.000 barriles de capacidad. El petróleo fluyó a Bayóvar por primera vez en mayo de 1977 y, con esto, culminó un intenso ciclo de exploración, evidente desde 1970. Complementariamente, hubo esfuerzos por mejorar la electricidad a través de la construcción de una central térmica en Talara capaz de generar 120 megavatios y de abastecer al complejo industrial local y los pueblos cercanos, así como de interconectarse para cubrir las necesidades de Chiclayo y sus inmediaciones.

El auge de la pesca peruana, que databa de fines de la década de 1950 y que tenía como núcleo a Chimbote, se había concentrado en la exportación de harina de pescado, particularmente a mercados europeos. Su rápida expansión terminó abruptamente en 1972 como consecuencia de un insostenible exceso de capacidad en el sector (tanto en las bolicheras como en la planta de

---

46. En 1967, la producción en tierra firme llegó a 21.230.000 barriles, la cual se redujo a 12.689.000 barriles en 1972. La producción en alta mar se incrementó de 1.796.000 a 10.169.000 durante el mismo periodo.

procesamiento) y de la sobreexplotación no regulada de recursos pesqueros. El Niño de 1972 solo aceleró el colapso inevitable de las reservas de anchovetas, poniendo fin a la bonanza. En medio de la crisis, la ley pesquera de marzo 1971 otorgó el dominio sobre la comercialización al Estado, y, a fines de 1973, la nacionalización se extendió al procesamiento y a la mercadotecnia. Tras grandes pérdidas en todo el sector, se reprivatizó la flota pesquera en 1976 y se proporcionaron incentivos para retirar barcos obsoletos del servicio y renovar la flota. También se alentó a los pescadores a ampliar sus actividades más allá de la harina de pescado y a invertir en líneas de mayor valor agregado, como productos enlatados y pescado congelado, además de pescar especies más rentables (por ejemplo el atún). Este reenfoque durante las décadas de 1970 y 1980 permitió a la industria abastecer a boyantes mercados de exportación en América del Norte y Europa, y cubrir la demanda doméstica creciente. Con esto como telón de fondo, una terminal marítima reconstruida comenzó a operar en Paita en octubre de 1968, y poco tiempo después fue expandida bajo el gobierno militar (1975), lo cual proporcionó una plataforma sólida para el crecimiento futuro de la industria local y permitió a Paita consolidar su posición como el principal puerto pesquero del norte del Perú.[47] El ciclo de auge-crisis-resurgimiento también generó concatenaciones regresivas y progresivas: además de oportunidades de empleo, el crecimiento en el enlatado y en el procesamiento de pescado congelado impulsó la actividad en la cadena de suministro (latas, productos de papel y cartón, aceites, etc.), mientras que proveía de estímulos a la construcción de barcos y empresas de ingeniería ligera (usualmente a mediana y pequeña escala) que se dedicaban a reparaciones y mantenimiento.

A pesar de las intenciones y las esperanzas del gobierno militar, el sector manufacturero en la región norte mostró poco dinamismo; el crecimiento en el sector se encontraba obstaculizado por un clima de inversión incierto, generado por la comunidad industrial y por la recesión posterior a 1975. Aunque fueron establecidas algunas nuevas operaciones (por ejemplo, la Industria Textil Piura por el Grupo Romero en 1972, utilizando bonos de la deuda agraria, operativa desde 1975), la mayor parte de la manufactura siguió estando centrada en el procesamiento de alimentos o en actividades bajas en tecnología, tales como el trabajo de metal para producir electrodomésticos básicos de cocina y la construcción de fábricas de calzado Bata-Rímac en Trujillo. Por razones ya discutidas con relación al petróleo y a la pesca, Piura fue el único departamento en la región norte en registrar un aumento en su participación en el PBI generado por manufactura (1970: 4,0%; 1980: 7,0%). A pesar de que La Libertad se había

47. La importancia del sector pesquero siguió siendo relativamente escasa dentro del perfil económico general de La Libertad y constituía solo el 1,3% del PBI en 1970, el 0,32% en 1980 y el 0,16% en 1992.

beneficiado de la afluencia de capital resultante del auge pesquero de Chimbote, la participación del valor agregado de la industria manufacturera en el PBI departamental se redujo de 37,6% en 1970 a 35,7% en 1980 (que representaba solo 8,2% del total nacional en 1970 y 6,5% en 1980). Por consiguiente, el empleo en talleres relativamente pequeños de estilo artesanal o la participación en el pequeño comercio siguieron proporcionando a una gran mayoría de citadinos los medios para ganarse el sustento. Sin embargo, cubrir las necesidades se volvió cada vez más problemático debido a dificultades económicas crecientes luego de 1975, y la situación iba a empeorar en la siguiente década.

La década perdida, 1980-1990

El retorno al gobierno democráticamente elegido en mayo de 1980, cuando Fernando Belaunde fue hecho presidente, coincidió con la irrupción de una profunda recesión global, de la mano de desorbitadas tasas de interés resultantes de las políticas monetaristas seguidas por Thatcher y Reagan. Tasas de interés históricas desencadenaron una profunda crisis de la deuda en toda América Latina, y el Perú no fue inmune a este fenómeno continental: la deuda nacional creció de US$ 6000 millones en 1980 a US$ 10.000 millones en 1985; el PBI se redujo en 11,3% en el mismo periodo, mientras que el desempleo oficial se disparó de 8% a 18%. Peor aún, la inflación subió vertiginosamente, de 110% en 1984 a 250% en 1985, y el resultado de esto, para la mayoría de ciudadanos, fue una reducción drástica de los salarios reales, recortes severos de los ingresos de las unidades familiares y niveles de pobreza en rápida expansión. Luego de que Alan García ganara las elecciones en 1985, mejoraron los indicadores económicos momentáneamente en 1985-1986, cuando la estrategia poco ortodoxa del APRA parecía estar protegiendo al Perú de tendencias mundiales negativas, pero resultó ser una ilusión. Después de 1987, la economía peruana se sumió en una profunda recesión, causando inflación desorbitada, desindustrialización, desempleo masivo y desplome en las condiciones de vida y niveles de privación no vistos desde la gran depresión de 1930.[48] ¿Qué repercusiones tuvo esta crisis sísmica, etiquetada por comentaristas informados como el peor desastre sufrido en el Perú desde la Guerra del Pacífico, en la economía de la región norte y las maneras en que se ganaban la vida sus habitantes?

La agricultura comercial salió a la superficie como uno de los primeros sectores en verse negativamente afectados, y fue uno de los más golpeados debido a una caída en los precios de las mercancías a escala mundial, un cambio que resaltó algunas de las debilidades inherentes a las estructuras cooperativas

48. Para mayor información, consultar Crabtree 1992.

constituidas por los militares. Además de bajos precios, otros factores externos contribuyeron a las crecientes dificultades financieras ante las que se encontraban las CAP y las SAIS a inicios de la década de 1980: subidas muy marcadas en el precio del petróleo en 1973 y 1979 forzaron la subida del precio del fertilizante, el pesticida y otras materias, mientras que el gobierno de Belaunde (de ninguna manera amigo del sector reformado) restringió los créditos que otorgaba el Banco Agrario. Varios defectos internos también contribuyeron de manera importante a socavar su viabilidad económica, incluyendo una administración insuficiente y una carencia de conocimientos técnicos especializados y la corrupción de los administradores impuestos por el Ministerio de Agricultura para manejar las cooperativas, así como actos de corrupción entre los líderes nombrados por los socios. Hubo un desgaste notable en la disciplina laboral cuando comenzó a imperar el síndrome del "parasitismo", lo cual llevó a una mayor dependencia de la explotación de trabajadores eventuales, una opción que no lograba resolver el asunto de la caída de la productividad. Una sequía severa en el año agrícola 1979-1980 fue seguida poco después por un poderoso fenómeno de El Niño en 1982-1983, lo cual causó inundaciones masivas a lo largo de la costa del norte (y maremotos en Piura), contribuyendo así a las penurias de las CAP.

El efecto combinado de estas desventuras —algunas autoinfligidas, otras más allá del control inmediato de los miembros de la cooperativa— se evidenció en el sector azucarero. Mientras que el área cultivada promedio en La Libertad y Lambayeque tuvo 46.053 hectáreas entre 1975 y 1979, durante el siguiente quinquenio la siembra disminuyó hasta 38.314 hectáreas (casi 17%). Además de la mala gestión y los problemas de disciplina laboral, las restricciones financieras experimentadas por las cooperativas azucareras, unidas a los elevados costos del fertilizante, llevaron a este declive. Esto, junto con reducciones notorias en la productividad por hectárea, tuvo como resultado que el volumen total de producción disminuyera en casi 30% comparado con la del promedio de 1975-1979. La situación no había cambiado de manera significativa al final de la década de 1980 (cuadro 4). Podían observarse tendencias similares en el sector algodonero. Entre 1980 y 1984, el promedio de siembra de algodón en Piura descendió en un enorme 41% en relación con el nivel de 1975-1979, y aunque la productividad logró mantenerse en niveles razonables, el volumen total de producción se desplomó en 27%. A fines de la década de 1980, la superficie sembrada se recuperó, principalmente gracias a amplias extensiones de tierra virgen que quedaron disponibles como resultado del proyecto de irrigación Chira-Piura (cuadro 5). Sin embargo, la viabilidad económica de las CAP que producían algodón de Piura, así como los ingresos de los granjeros individuales, peligraron nuevamente por las múltiples ineficiencias que afectaron las operaciones de ENCI. Los pagos por las ventas de algodón sufrieron frecuentes

retrasos (en ocasiones, los cheques incluso rebotaban debido a la ausencia de fondos en la cuenta del organismo estatal de comercialización). Como consecuencia, los socios de las CAP podían pasar de 10 a 12 semanas sin recibir sus salarios, mientras que la cooperativa no poseía suficientes fondos para preparar el suelo de cultivo, lo cual generaba una situación imposible que propagó la desilusión entre los socios e incrementó las demandas de parcelación individual. Tales dificultades también alentaron las invasiones de tierras, encabezadas por "intrusos" asentados en comunidades vecinas que no se habían beneficiado con la reforma agraria.

Al especializarse en una cosecha destinada a la provisión de consumidores domésticos, el bienestar económico de los agricultores arroceros dependía menos de los caprichos del mercado internacional. Aunque las asociaciones de productores a menudo se quejaban de los intentos oficiales por mantener los precios, estas disfrutaron de una creciente demanda de su producto debido al incremento demográfico y, contra el telón de fondo de una caída vertiginosa en las rentas disponibles, de un cambio en los patrones de consumo: ahora las unidades familiares sustituían el gasto en artículos comestibles relativamente costosos (vegetales, frutas, lácteos, etc.) por compras en productos menos costosos (pero menos nutritivos) que sirvieran para "llenar la barriga". Por tanto, a pesar de una economía nacional convaleciente, la trayectoria de la producción del arroz destaca en marcado contraste con lo que ocurría en los sectores del azúcar y del algodón durante "la década perdida". Creció el área cultivada en los cinco departamentos del norte a causa de un continuo cambio de otros productos por arroz (en el caso de Piura), así como por la entrada de nueva tierra en la producción (en el caso de Amazonas) y la mejora de la provisión de irrigación: la primera etapa del proyecto Gallito Ciego en el productivo valle del Jequetepeque, por ejemplo, entró en funcionamiento en 1987, regulando el suministro de agua de 36.000 hectáreas y permitiendo que 6189 hectáreas de tierras eriazas fueran puestas bajo el arado, lo cual propulsó la producción en Cajamarca y La Libertad. Con la excepción de Amazonas, los niveles de productividad por hectárea también registraron notables incrementos durante la década de 1980 (cuadro 6).

Estos indicadores favorables, sin embargo, esconden una realidad más compleja, particularmente en lo que respecta a la situación hallada en el sector cooperativo. En la CAP Fala, en Lambayeque, la campaña de 1979-1980 resultó desastrosa, pues no se pudo cosechar el arroz luego de que se echara a perder la tierra de siembra debido a la falta de irrigación. Este contratiempo exacerbó las fisuras internas entre los socios, alimentando los descontentos existentes y erosionando el compromiso con la cooperativa, lo cual se expresó a través del reducido esfuerzo en el trabajo y un descenso en la productividad. Consecuentemente, en agosto de 1981, una asamblea de los miembros de Fala votó a favor

de disolver a la CAP, proceso facilitado por el establecimiento, en diciembre de 1980 y en 1982 por parte de la administración de Belaunde, de un marco legal. El resultado fue, en octubre de 1982, la división de Fala en 153 parcelas, distribuidas entre los miembros después de echar suertes, y cada parcelero recibió un promedio de 8,5 hectáreas. Una secuencia similar de eventos ocurrió a lo largo de la costa norte, de modo que para el final de 1980 prácticamente todas las CAP no productoras de azúcar habían dejado de existir. Las parcelaciones y la proliferación de unidades agrícolas familiares en una escala tan extensiva revirtieron —momentáneamente— la tendencia histórica hacia la concentración de tierras que se daba en el litoral desde el siglo XIX.[49] Pese a la considerable alteración, es destacable que no ocurriera ninguna reducción sustancial en la productividad por hectárea durante la década de 1980. En realidad, con la excepción del departamento de Amazonas, la productividad mejoró como consecuencia de un esfuerzo laboral más intenso por parte de las unidades agrícolas familiares, que compensaba cualquier reducción en las economías de escala y la continua adopción de la tecnología de "revolución verde" (cuadro 6).[50]

Un proceso paralelo de disolución cooperativa ocurrió en la sierra norte a fines de la década de 1970 y durante la de 1980, en tanto que los socios optaron por trabajar parcelas familiares independientes, fomentados por el declive económico que resultaba de la combinación de los defectos ya mencionados para las CAP costeñas.[51] En la SAIS La Pauca, por ejemplo, se aceleraron las parcelaciones privadas después de 1975, cuando la producción y las rentas sufrieron fuertes declives, lo cual dio lugar a una ola de asedio interno y externo. En este turbulento contexto, líderes inescrupulosos de la cooperativa lograron apropiarse de propiedades de 50 a 100 hectáreas, pero la mayoría de socios recibieron parcelas de menos de 5 hectáreas. En cuanto a la exhacienda La Colpa, el ya mencionado desplome en la producción fue un factor importante en la desintegración de la cooperativa y la división de la hacienda en parcelas familiares de entre 5 y 6 hectáreas. En las SAIS de la sierra de Cajamarca y La Libertad que habían sido de la Empresa Agrícola Chicama, la cual alguna vez se encontró entre las mejor administradas y más técnicamente avanzadas de los Andes peruanos, después de 1980 cayeron la cantidad de ganado y el volumen de producción. Pese a que estas propiedades aún son reconocidas legalmente como

49. Sobre estos hechos, véase Torre y Gonzales 1985 y Jobling 2001.

50. El rendimiento promedio en las CAP de Lambayeque entre 1975 y 1983 se calculó en alrededor de 5324 kilos por hectárea, mientras que el promedio parcelero se registró en 6048 kilos. Véase Melmed y Carter 1991: 195.

51. Además de las fallas ya mencionadas en relación con las CAP costeñas, los ataques realizados por Sendero Luminoso aceleraron el deceso de las cooperativas en Cajabamba-Huamachuco. Véase Taylor 2006: 119-125.

cooperativas, en la práctica las familias dedican la mayor parte de su esfuerzo a trabajar parcelas individuales, y abundan las rivalidades interfamiliares. El contraste con la época anterior a la reforma agraria es tan fuerte y el desencanto con el actual estado de cosas tan endémico que muchos socios desearían que la familia Gildemeister pudiera retomar el control, reconstruir la capacidad productiva y restablecer el "orden", reprimiendo al mismo tiempo la corrupción.[52]

Aunque la mayoría de agricultores andinos sufrían términos adversos en el comercio campo-ciudad y la desproporcionada inflación de finales de la década de 1980, consiguieron algo de alivio en medio del desastre económico a través de su habilidad para consumir cosechas producidas en la unidad agrícola familiar. Este "refugio" no era accesible para la mayoría de habitantes de la ciudad, quienes sufrieron un colapso traumático de su renta disponible y sus estándares de vida. Tras el paquetazo anunciado por el gobierno de García en septiembre de 1988, la mayor parte de los trabajadores administrativos en el sector público y los trabajadores de oficina contratados por empresas privadas vieron su salario mensual reducido a US$ 30 o US$ 40, un descenso de al menos 60% en los salarios reales con respecto al nivel de 1985. Incluso los empleados estatales de cierto rango ganaban menos de US$ 100 mensuales. El predecible resultado fue una significativa contracción en la demanda, que provocó el cierre de las empresas del sector formal (por ejemplo, las fábricas de zapatos recientemente inauguradas en Trujillo) y recortes en la producción de los negocios que lograron sobrevivir a la crisis (por ejemplo, Cementos Pacasmayo). Las empresas artesanales también experimentaron una catastrófica reducción en la demanda de sus servicios. Como consecuencia, hubo olas de despidos en todos los sectores económicos, y un grupo cada vez más grande de la población trabajadora se veía obligado a tolerar el "emprendedurismo forzado":[53] la fuerza de trabajo, tanto en el ámbito nacional como regional, experimentó tercerización, lo cual queda demostrado por una explosión en el sector informal en tándem con una caída en el empleo formal.[54] El crecimiento negativo o muy bajo indicado en el cuadro 8, en conjunción con el incremento poblacional promedio entre 1972 y 1993 de 2,9% en Lambayeque y de 3,5% en Piura (donde la población urbana se incrementó en 3,8% anualmente en el mismo periodo), trajeron una expansión significativa en la población en edad laboral, lo que conllevó a una fuerte reducción en los niveles de ingreso per cápita.

---

52. De acuerdo con el Mapa de pobreza publicado por el BCR a mediados de 1982, de las 148 provincias estudiadas, 45 se hallaban en la categoría de "las más pobres"; de estas, 7 se encontraban en Cajamarca, 4 en Amazonas y 1 en la sierra de La Libertad. La reforma agraria claramente no había logrado enfrentar la larga privación económica padecida por la mayoría de campesinos en los Andes del norte.

53. Portes y Hoffman 2003.

54. Esto representa un fenómeno continental. Consúltese Portes y Hoffman 2003: 42-82.

Cuadro 8
TASA DE CRECIMIENTO DEL PBI SEGÚN DEPARTAMENTOS, 1970-1992

Años	Amazonas	Cajamarca	La Libertad	Lambayeque	Piura	Tumbes
1970-1975	11,6	7,3	3,5	4,2	1,2	4,9
1975-1980	1,8	-0,2	-0,5	-0,7	2,6	4,4
1980-1985	2,1	0,0	0,7	4,6	-0,6	0,9
1985-1990	0,6	-1,0	1,3	0,8	-1,8	3,0
1990-1992	-4,6	0,0	-1,0	1,2	-2,9	-8,6

Fuente: INEI, <www.inei.gob.pe/media/menurecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib0018/cap.34003.htm>.

Neoliberalismo, globalización y exportaciones no tradicionales, 1990-2014

Con una inflación que en 1990 llegaba a un récord de 7649% y el PBI contrayéndose en 11,7%, el gobierno recientemente elegido de Alberto Fujimori actuó rápidamente para estabilizar la economía en crisis a través de la implementación de un doloroso programa de ajuste estructural a mediados del año. Como parte del paquete denominado "fujishock", se decretaron masivos incrementos de precio para bienes esenciales (agua, electricidad, etc.); junto con la eliminación de subsidios, la desregulación de precios y la reducción de aranceles. También se actuó para contraer y "rediseñar" el Estado, lo que llevó a recortar el número de empleados públicos de 470.000 a 210.000, junto con una simplificación del sistema de impuestos y esfuerzos por aumentar los ingresos del Estado.[55] En febrero de 1991 se promulgó una ley de privatización que sentó el marco legal para la venta de 173 de las 183 compañías estatales para 1995. En el corto plazo, estas drásticas medidas profundizaron el empobrecimiento: a escala nacional, aumentó la proporción de desempleo y subempleo de la fuerza de trabajo de un (ya de por sí triste) 81,4% en 1990 a 87,3% en 1993. Para diciembre de 1992, la inflación había disminuido en 55%, y en 1993 se reanudó el crecimiento económico después de cinco años de descenso ininterrumpido.

Este cambio radical en la política económica, favorecido por una mejora gradual en la actividad económica mundial, llevó a un cambio en la suerte de los sectores productivos claves de la región norte y abrió nuevas oportunidades de negocio, especialmente en el sector agrícola. Sin embargo, en los niveles

55. Véase Cameron y Mauceri 1997. El número de empleados públicos había estado aumentando desde 1940, pero creció de manera insostenible durante los gobiernos de Belaunde y García, en gran parte debido a nombramientos políticos que no estaban relacionados con la competencia administrativa.

de empleo e ingresos el impacto positivo se materializó de manera más lenta. Después de llegar a un punto bajo en la década de 1980 (particularmente en La Libertad), desde mediados de 1990 las plantaciones de caña de azúcar comenzaron a expandirse rápidamente (1985-1989: 39.548 hectáreas, 2010-2013: 62.032 hectáreas). Las mejoras también se registraron en la productividad por hectárea en La Libertad a partir del quinquenio 1990-1994, aunque entre los años 2010 y 2013 se mantuvo por debajo de la media anual de 1965-1969 en ambos departamentos (Lambayeque y La Libertad) (cuadro 4). En consecuencia, durante la primera década de 2000 en La Libertad y Lambayeque, la producción total de azúcar no logró alcanzar los niveles previos a la reforma agraria (1965-1969: 6.340.440 toneladas, 2005-2009: 5.955.827 toneladas). Solo recientemente —favorecida por una notable expansión de la superficie cultivada desde 2010, sobre todo en Lambayeque— la producción media anual ha superado las cifras de los años 1965-1969, y por un margen significativo (2010-2013: 7.977.175 toneladas).

Estas cifras, sin embargo, ocultan transformaciones importantes que ocurrían en el sector. La parcelación privada de las plantaciones resultó ser poco práctica en comparación con las CAP no productoras de azúcar, pues era necesaria una gestión centralizada de la toma de decisiones, para así mantener los molinos trabajando a un alto nivel de eficiencia y aprovechar las ventajas de la economía de escala. Por lo tanto, estas fueron algunas de las privatizaciones más complicadas que enfrentó el gobierno de Fujimori. Aun así, el capital privado aumentó constantemente su participación durante la década de 1990, un desarrollo que cobró impulso en la década siguiente, cuando el Grupo Gloria (propiedad de la familia Rodríguez Banda) surgió como un actor importante en el sector. En enero de 2006, este conglomerado adquirió el 45% de las acciones de Casa Grande (29.383 hectáreas), lo que, al añadirse al 12% que ya poseía, le dio a la compañía el control accionarial. Esta inversión fue seguida poco después (en marzo de 2006) por la adquisición de Chiquitoy (3200 hectáreas). En 2007, el Grupo Gloria se convirtió en el accionista mayoritario (52%) de Cartavio (11.000 hectáreas) y compró el 60% de las acciones de Sintuco (1414 hectáreas, de las que 1285 eran cultivables). Con estas adquisiciones, Gloria logró controlar más de 45.000 hectáreas en el valle de Chicama y se constituyó como un "imperio" azucarero comparable al de los Gildemeister antes de 1969.[56] Otras compañías también realizaron compras en el sector. En 2004, el Grupo Oviedo

56. En 2009, la finca San Jacinto (de 12.337 hectáreas), situada en el valle de Nepeña, entró también en la cartera del grupo. Algunas de estas compras se realizaron a través de empresas subsidiarias con el fin de eludir las restricciones legales destinadas a evitar el control monopólico. Sin embargo, Gloria llegó rápidamente a dominar más de 50% del mercado azucarero del Perú.

compró una participación mayoritaria en Pomalca (12.500 hectáreas), seguida luego por Tumán (12.311 hectáreas) en 2006.

Estas empresas comenzaron a realizar inversiones en sus recién adquiridas propiedades. Estos gastos lograron apuntalar el crecimiento de la superficie sembrada y de la productividad. Mientras que el complejo de Casa Grande cultivó 11.685 hectáreas de caña en 2005, las plantaciones se elevaron hasta 18.960 hectáreas en el año 2009. El Grupo Gloria se embarcó en un programa de inversión de US$ 54 millones en su propiedad, con el fin de renovar equipos de molienda y comprar máquinas para aumentar la eficiencia del trabajo en el campo, así como para mejorar la infraestructura de riego con miras a la conservación del agua.

En contraste con el proceso de recuperación que se observa en el sector azucarero, el cultivo de algodón en el norte del Perú ha seguido reduciéndose desde la década de 1970. Esta tendencia se vio influenciada por la debilidad de los precios internacionales de los productos básicos, por una floja demanda interna en la industria textil durante los peores años de la crisis de los años 1988-1993 y por las importaciones de ropa china barata durante la década de 1990. En el quinquenio 2005-2009, el promedio de las plantaciones de algodón en Piura se contrajo 62% respecto a los niveles alcanzados entre los años 1990 y 1994, y aunque los avances tecnológicos (semillas y utilización del agua mejoradas) llevaron a un aumento en la productividad después de 2005, la producción global se mantuvo muy por debajo de las cosechas anteriores a 1990 y ha ido colapsando desde 2010 (cuadro 5). Esto refleja un abandono del cultivo de algodón de preferencia por el de arroz y demuestra, a partir de 1990, una creciente popularidad de exportaciones agrícolas no tradicionales. De hecho, el cultivo de arroz en el norte del Perú durante los últimos 25 años ha seguido una fuerte curva expansiva que se inició en la década de 1950. Debido a la disponibilidad de un paquete tecnológico comprobado, al acceso a crédito por fuentes formales o informales, al constante crecimiento de la demanda interna y a la solución de problemas del suministro de agua mediante la implementación de proyectos de riego a gran escala, el cultivo de arroz ha sido siempre el elegido por los agricultores del norte.[57] Esto se vio evidenciado

57. Tras el cierre del Banco Agrario en 1991, la mayoría de los agricultores obtienen crédito de prestamistas informales. En el caso de los productores de arroz, por lo general son los propietarios de las instalaciones de molienda y los comerciantes locales los que emplean su poder oligopólico para imponer condiciones favorables respecto a la fijación de precios en valores que estén por debajo de los niveles del mercado; los contratos a menudo estipulan restricciones en la venta de las cosechas. Las instituciones bancarias formales prefieren restringir sus préstamos a medianos y grandes productores. Para los productores de pequeña escala, esto trae incertidumbre, tasas altas (y a menudo exorbitantes) de interés y mayor vulnerabilidad, que, en ocasiones, conducen a la ejecución y la pérdida de la propiedad. Véase Jobling 2001: 262-273. Para un resumen de la situación nacional, véase Alvarado 2012.

por el rápido crecimiento de la superficie cultivada desde 1950: en 1950-1954, 43.703 hectáreas; en 1970-1974, 89.173 hectáreas; en 2000-2004, 161.119 hectáreas, y en 2010-2012, 200.585 hectáreas. Dado que en los últimos 15 años se dieron importantes mejoras en la productividad por hectárea en los cinco departamentos, la producción aumentó: habiendo logrado un promedio de 642.127 toneladas durante el quinquenio 1985-1989, en 2010-2012 las cosechas alcanzaron 1.680.513 toneladas, lo que significó un aumento del 162% (cuadro 6). No cabe duda de que esto representa un logro notable; sin embargo, es necesario hacer dos observaciones. Primero, se debe anotar que el aumento de la población (sobre todo urbana) lógicamente afecta la demanda interna de productos alimenticios, lo que resulta en un crecimiento continuo y rápido de las importaciones. En segundo lugar, los avances en la mecanización de las últimas décadas significan que la expansión inédita del cultivo del arroz no ha conducido a un aumento concomitante de las oportunidades de empleo (esta desconexión se aplica también a otras ramas de la agricultura costeña), lo que representa un problema constante para los pobres de áreas rurales.

Si el cultivo del algodón ha entrado en declive en el largo plazo, desde 1990 otras dos ramas de la economía rural de la región han experimentado una suerte mejor. Durante la última década, el café ha superado al espárrago, y se ha logrado posicionar como el producto de agroexportación con mayor valor en el Perú, al generar US$ 1550 millones en el mercado de divisas en 2011. En el ámbito nacional, aproximadamente 165.000 unidades agrícolas familiares, en su mayoría a pequeña escala, se dedican a esta actividad, y es Cajamarca el departamento que alberga el mayor número de productores. En 1994, alrededor de 26.168 unidades agrarias cultivaban café en el departamento, principalmente en las provincias de Jaén y San Ignacio; para 2012, esta cifra ya se había más que duplicado, hasta llegar a 58.379. El tamaño medio de una plantación de café es de 1,25 hectáreas. Los últimos 25 años también han sido testigos de un fuerte crecimiento en las plantaciones y las mejoras en la productividad. Tendencias similares son observables en la provincia vecina de Uctubamba (departamento de Amazonas) y en la provincia de Rodríguez de Mendoza (Amazonas, donde también se ha extendido el cultivo de café, pero a un ritmo más lento). Como resultado, en poco más de dos décadas la producción en los dos departamentos ha aumentado en 83%; el promedio anual de producción ha pasado de 60.272 toneladas (entre 1985-1989) a 110.075 toneladas (entre 2010 y 2012) (cuadro 9).

Curiosamente, el impulso expansivo, ilustrado en el cuadro 9, se mantuvo a pesar de la caída de los precios mundiales durante la década de 1990 (que alcanzó su punto más bajo en septiembre de 2001), la cual había sido consecuencia de las exportaciones a granel procedentes de Vietnam y Brasil, que contribuyeron al colapso del Acuerdo Internacional del Café. Luego de 2005, sin embargo,

los precios mundiales comenzaron una trayectoria ascendente, favorecida por el aumento del consumo en Rusia y China, así como por las malas cosechas entre los productores africanos y asiáticos. Existen varios factores que explican el crecimiento ininterrumpido de la producción cafetera peruana, incluidos Amazonas y Cajamarca. El apoyo financiero de donantes internacionales ha ayudado al Gobierno central y a los regionales a fomentar el cultivo del café como sustituto de los arbustos de coca (en particular en Junín); asimismo, el incentivo del café ha sido un mecanismo para disuadir a los agricultores de entrar en el comercio de la coca. Es importante destacar que el cultivo del café es una fuente viable y valiosa de ingresos en efectivo para las familias minifundistas. La asistencia técnica y el crédito también han sido remitidos por las organizaciones no gubernamentales internacionales interesadas en apoyar a los pequeños agricultores, dado que estos han logrado acceder a un nicho en el mercado internacional a través del desarrollo de una variedad que crece orgánicamente, a la sombra de los árboles y que no es dañina para las aves. Las ONG también han impulsado la creación de cooperativas de productores con el fin de contrarrestar el poder oligopólico generalmente ejercido por los comerciantes locales. A través de vínculos con organizaciones de comercio ético, los productores peruanos han logrado construir una reputación positiva, lo que les ha permitido alcanzar un precio superior en el comercio mundial. La expansión del sector se ha visto facilitada por tendencias globalizantes (como los acuerdos de TLC, que ampliaron las oportunidades de mercado); asimismo, las mejoras en la red de transporte por carretera a la costa efectuadas a partir de 1990 y las mejoras en las instalaciones portuarias redujeron costos y aliviaron las dificultades de acceso a los consumidores nacionales e internacionales.[58]

Los frutos tropicales son otro sector agroexportador que ha demostrado un gran dinamismo en las últimas dos décadas. El cultivo de espárragos entró en declive en Piura durante la década de 1990, debido a que las empresas cambiaron a otras líneas más rentables.[59] Entre 1999 y 2012, las plantaciones de mango se elevaron de 6309 a 17.039 hectáreas, mientras que la producción creció de 28.662 toneladas en 1987 a 120.985 toneladas en 1999 y a 349.970 toneladas en 2013. El área dedicada al limón también se amplió de 11.576 hectáreas en 1999 a 15.169 hectáreas en 2012. En 1987, la cosecha de limón en Piura alcanzó las 64.576 toneladas, pero casi se duplicó hasta alcanzar las

58. Sobre la experiencia de los productores de café y mango a pequeña escala en los distritos de Motupe y La Florida (ubicados en la zona ecológica marítima yunga de los departamentos de Lambayeque y Cajamarca), véase Mesclier y Chaléard 2008: 89-104.

59. Para más información sobre una tendencia similar en lo que respecta al cultivo de espárragos y los problemas que enfrentan los agricultores contratados de pequeña escala en La Libertad, véase Caro 2000: 117-154.

122.336 toneladas en 1999. En 2013, las cosechas departamentales se elevaron solo marginalmente a 126.258 toneladas (tras haber alcanzado 170.335 toneladas en 2007), a pesar de la continua expansión de la superficie cultivada, como resultado de una mala cosecha (el rendimiento por hectárea registró su nivel más bajo en 15 años). Asimismo, aumentaron los volúmenes de verduras de alto valor para venta a granel (ajíes, pimiento, etc.), además de cultivos exóticos: la producción de caléndula (con cuyas flores se elabora un colorante natural para el sector textil) aumentó de 2730 toneladas en 1987 a 15.560 en 1999.[60]

Aunque hay pequeños y medianos productores que se dedican al sector agroexportador de frutas y hortalizas, este se caracteriza por una mayor presencia de grandes empresas, a diferencia del sector cafetero. Para establecer una unidad de producción lo suficientemente grande como para aprovechar la economía de escala, se requieren significativas cantidades de capital de inversión (las empresas suelen utilizar la última tecnología, incluyendo riego por goteo regulado por computadoras). Como estrategia corporativa alternativa, las empresas agropecuarias no se involucran directamente en el cultivo, sino que explotan su poder de mercado sobre la comercialización de productos básicos para hacer que los acuerdos con los agricultores contribuyan a su propio beneficio económico.[61] Esta relación de "cultivo por contrato" caracteriza a otra rama de la escena agraria de Piura: el plátano orgánico. Centrado en el valle del Chira, la producción de esta fruta se situó en 167.431 toneladas en 2000 y llegó a 247.240 toneladas en 2009. La exportación se encuentra dominada por la empresa multinacional Dole Corporation, que compra más de la mitad de las cosechas y proporciona a los agricultores (en su mayoría a pequeña escala) asistencia técnica, insumos apropiados y un mercado seguro (las exportaciones se destinan principalmente a América del Norte y Europa). A través del control que ejerce sobre el componente comercial de la cadena mercantil, Dole es capaz

60. Los salarios y las condiciones laborales en las empresas agroexportadoras han sido motivo de polémica. Véase SOMO 2011.

61. La expansión de la industria agropecuaria de frutas y hortalizas de alto valor también ha repercutido en los mercados de trabajo locales, pues los trabajadores adquieren experiencia y se especializan en el cultivo y cosecha de cultivos particulares. Sin embargo, si bien la rápida extensión de los monocultivos intensivos a lo largo de la costa norte desde la década de 1990 ha traído consigo una modernización significativa en las prácticas agrícolas, mejoras en la productividad y un aumento en las exportaciones agrícolas, esta modernización no ha sido un escenario enteramente positivo, pues ha generado consecuencias ambientales adversas, tanto actuales como proyectadas. Los problemas involucran aspectos tales como la reducción de la biodiversidad, la salinización y la degeneración del suelo, así como la contaminación del suministro de agua como consecuencia de la fuerte utilización de fertilizantes y pesticidas.

de diseñar contratos que determinan los precios, la calidad y la cantidad que imponen a los agricultores.[62]

La fuerte inversión realizada por la industria agropecuaria ha marcado una clara tendencia en la agricultura costeña (especialmente visible en la región norte), que ya se encontraba en marcha desde mediados de la década de 1990; esto constituye una vuelta a los patrones de concentración de la tierra, característicos de la estructura agraria previa a 1969. A principios de la década de 2010, 13 empresas en La Libertad habían adquirido más de 100.000 hectáreas; en Lambayeque 2 empresas poseen 28.300 hectáreas; mientras que, en Piura, 7 empresas controlan más de 31.800 hectáreas. Como se ha señalado, la concentración de tierras ha solido ser especialmente acusada en la industria azucarera, pero también se extiende a otros sectores con una participación significativa de industrias agropecuarias. Esta concentración también se ha visto estimulada por una reciente amplificación de los sistemas de riego financiados por el Estado y por una política gubernamental que favorece a las grandes empresas agroexportadoras. En 2011, por ejemplo, cuando anunció una subasta de 38.000 hectáreas en Olmos, el Estado decretó una compra mínima de 250 hectáreas a un precio objetivo de US$ 4250 por hectárea o una inversión de más de US$ 1 millón, lo que se encuentra claramente fuera del alcance, incluso, de los agricultores a mediana escala.[63] Una situación similar está ocurriendo con el masivo proyecto Chavimochic, donde solo 11 empresas han adquirido casi 44.000 hectáreas en los valles de Chao, Virú, Moche y Chicama.

---

62. En un esfuerzo por promover las buenas prácticas agrícolas y defender sus intereses, los agricultores dedicados al limón, al mango y al plátano establecieron varias asociaciones de productores en 2003 y 2005.

63. En diciembre de 2011, el Grupo Gloria adquirió 15.600 hectáreas en Olmos. Además de los cultivos de agroexportación, el apoyo del Gobierno a la producción de etanol ha aumentado la concentración de tierras: la multinacional estadounidense Maple adquirió más de 10.000 hectáreas de tierras eriazas del Gobierno Regional de Piura, que recibirían agua de una extensión del río Chira. La tierra debía ser sembrada con caña de azúcar y requería una inversión proyectada de US$ 120 millones. Asimismo, el Grupo Romero compró 8000 hectáreas en el Valle del Chira. A fines de 2007, la Stratos Renewables Corporation también comenzó a comprar tierras eriazas, con el objetivo de acceder, a la larga, a más de 54.000 hectáreas de tierra cultivable, ya sea a través de la compra o el arrendamiento. En 2009, la empresa se hizo cargo del trapiche la Estrella del Norte, que fue modernizado posteriormente. Su objetivo era producir 182 millones de galones de etanol por año. En julio de 2010, el gobierno de Alan García bloqueó las propuestas del Congreso que postulaban ponerle un tope a la concentración de la propiedad de la tierra, ya sea de 10.000 hectáreas o 40.000. Sobre el tema de la concentración de la tierra, véase *La Revista Agrícola*, n.º 107 (mayo de 2009).

Cuadro 9
CAFÉ: ÁREA COSECHADA, RENDIMIENTO Y PRODUCCIÓN. AMAZONAS Y CAJAMARCA, 1950-2012 (PROMEDIOS ANUALES EN LOS QUINQUENIOS)

Años	Amazonas			Cajamarca		
	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)	Área cosechada (ha)	Rendimiento (kg/ha)	Producción (tm)
1950-1954	809	691	1.471	1.080	718	1.785
1955-1959	2.580	672	4.064	3.510	620	5.836
1960-1964	3.914	417	9.400	7.415	520	14.262
1965-1969	3.094	505	6.075	7.430	480	15.480
1970-1974	5.246	570	9.187	11.489	526	22.161
1975-1979	9.947	646	14.592	17.895	558	31.856
1980-1984	11.694	576	20.324	21.632	544	39.756
1985-1989	10.792	504	21.407	21.457	552	38.865
1990-1994	7.691	568	13.683	19.139	579	32.971
1995-1999	12.200	644	18.865	24.915	665	37.310
2000-2004	23.940	740	32.325	41.655	755	55.177
2005-2009	30.931	740	41.767	54.671	898	60.813
2010-2012	36.303	787	46.121	62.991	984	63.954

Fuente: Elaborado a partir de Ministerio de Agricultura, Lima, Series históricas de producción agrícola-Compendio estadístico, <www.minag.gob.pe/sisca>.

En la sierra norte, la participación de la industria agropecuaria y la agricultura de contrato aún se encuentran en sus albores y son mucho menos frecuentes que en los Andes ecuatorianos. Aunque existe un considerable potencial, hasta la fecha tan solo un puñado de empresas que producen flores de corte para los mercados nacionales e internacionales se han establecido en el valle de Cajamarca, mientras que una granja de chirimoya cercana a Chachapoyas se especializa en la exportación de fruta de alta calidad. Asimismo, hay planes en marcha para desarrollar el cultivo de brócoli orgánico en Incahuasi (sierra de Lambayeque). En lo que se refiere a la gran mayoría de la población rural andina, sin embargo, la gran variedad de problemas históricamente asociados con el minifundismo —la escasez de tierras, la falta de oportunidades de trabajo, los bajos ingresos y el acceso a los servicios públicos básicos, etc.— continúa

limitando su bienestar y sus opciones de vida.[64] Según el censo nacional agropecuario de 2012, el 87% de las unidades agrarias en Cajamarca y en las provincias de la sierra de La Libertad y de Piura ocupan menos de 5 hectáreas. Esta fragmentación es resultado de la división hereditaria de la tierra.[65] Además, las crisis de subsistencia (indicada por estas cifras) que durante muchos años han afligido a los agricultores andinos a pequeña escala han alimentado la sustancial migración de la sierra a la costa y de las zonas rurales a las urbanas, observable desde mediados del siglo XX, y han contribido a cambios masivos en la distribución residencial. En 1940, por ejemplo, el 64,4% de la población de Piura habitaba en las zonas rurales; esta porción, sin embargo, disminuyó a 38,1% en 1981 y a 25,8% en 2007. La misma tendencia se produjo en todos los departamentos del norte: entre los censos de 1981 y 2007, la población urbana de Lambayeque ascendió del 76,9% al 79,5%.

Aunque persistan problemas graves y aparentemente insolubles, no quiere decir que no se hayan producido importantes cambios socioeconómicos en el campo andino desde 1960. La integración del mercado se ha profundizado, por lo que incluso los agricultores más pequeños son sensibles a los precios. Han aumentado los niveles de alfabetización y de educación en general, y la división entre ciudad y campo se ha hecho cada vez más difusa debido al movimiento constante de la población, facilitado por mejoras notables en la red de transporte interprovincial que une la costa y la sierra. Durante el docenio militar, se ampliaron y asfaltaron los caminos estratégicos que unían los principales centros de la población de la sierra a la Panamericana Norte. Después de un grave deterioro a finales de la década de 1980, se hizo una inversión significativa que proveyó de pistas resistentes a todo tipo de clima a las capitales provinciales y de distrito a lo largo de los Andes; esto redujo los tiempos de viaje considerablemente y facilitó el movimiento de bienes y personas, especialmente durante la temporada de lluvias.[66] La carretera que

64. Algunas comunidades de la sierra se han esforzado por compensar la caída de los ingresos de la agricultura a pequeña escala mediante el desarrollo del potencial turístico. Sobre el caso del pueblo de Cocachimba, en Amazonas, véase Raftopoulos 2013. En ciertas localidades costeñas favorecidas se da una situación similar, por ejemplo, las adyacentes a Sipán, Chan Chan, etc.

65. Desde 1960, los problemas de la escasez de tierras en el nicho ecológico quechua a lo largo de la sierra del norte han impulsado a los campesinos a migrar a la jalca, en donde desarrollan productos lácteos y cultivan papas (Rodríguez 1994: 179-185).

66. Para un estudio de caso de un aumento de la especialización y la integración de los mercados de los agricultores de pequeña escala como consecuencia de las mejoras en las comunicaciones por carretera (que en este caso involucra la venta de productos lácteos en Chiclayo y alrededores), véase Mesclier y Chaléard 2008-2009: 260-339.

conecta los asentamientos en el departamento de Amazonas con Chiclayo y Tarapoto también fue un importante estímulo para el comercio (por ejemplo, en Pedro Ruíz). Además, en 2013 se amplió y asfaltó la ruta Cajamarca-Celendín-Balzas-Leimebamba-Chachapoyas. En un patrón que es visible en muchas localidades, tanto en la sierra como en pueblos pequeños del flanco oriental de los Andes, la mejora en las comunicaciones ha llevado a un florecimiento de mercados rurales semanales a lo largo del valle del río Utcubamba, como el de Yerba Buena. Del mismo modo, en Bagua Grande se ha expandido exponencialmente la actividad. El programa de electrificación rural, iniciado durante el gobierno de Fujimori, continúa mejorando las condiciones de vida y ampliando los horizontes de cada vez más personas del campo. Asimismo, los avances tecnológicos en las comunicaciones (de las radios de la década de 1970 a los teléfonos móviles y el uso del Internet de hoy) han ayudado a generar una mayor conciencia respecto al panorama sociopolítico nacional e internacional, tendencias que han facilitado la movilización de las poblaciones rurales a lo largo de los Andes y la ceja de selva.[67]

Al igual que la agricultura de la costa norte, la industria pesquera regional (fuertemente concentrada en Piura) ha experimentado un crecimiento y una transformación significativa desde 1980. Teniendo en cuenta los cambios anuales de las condiciones marítimas, las cuales ejercen un impacto sustancial tanto en el volumen de los desembarques como en las especies capturadas, la participación de Piura en la producción nacional se elevó del 7,3% en 1979 al 16,1% en 2008. Se pueden identificar ciertas tendencias dentro de este cuadro general. La producción de conservas de pescado se ha estancado tanto en cuanto a su volumen como en cuanto a la cuota de mercado; esta representó el 13,7% de la producción nacional en 1979, pero 12,9% en 2008. Por otro lado, después de contraerse a principios de 1980, la producción de pescado congelado se elevó sustancialmente tanto en volumen como en el porcentaje de la producción nacional: 1979, 24,7%; 2008, 63,9% (en volumen, véase el cuadro 10). Las cantidades de pescado fresco destinado a abastecer el mercado interno se han mantenido, luego de registrar un marcado aumento entre 1985 y 1989. A partir de una producción baja entre 1980 y 1984, la harina de pescado (mayoritariamente concentrada en Bayóvar-Paita, que se especializa en productos pesqueros para el consumo humano) experimentó una notable expansión durante la década de 1990, impulsada por una fuerte demanda de China y Japón. Desde el año 2000, sin embargo, la tasa de crecimiento ha disminuido y se ha visto eclipsada por el aumento de abastecimiento del mercado con pescado fresco y congelado (de

67. Uno de estos casos se analiza en Taylor 2011: 420-439.

mayor valor). Dentro de la categoría de consumo humano directo, la producción de mariscos y moluscos merece una mención especial. Debido al desarrollo de la acuicultura, impulsada por una alta demanda en el mercado asiático, la producción de mariscos y moluscos aumentó de 5955 toneladas en 1998 a 452.787 toneladas en 2009; además, sobre todo desde el año 2013, se han producido incrementos exponenciales en cosechas de calamares, conchas de abanico, langostinos y pota. La producción de aceite de pescado para el consumo humano fluctúa de acuerdo con el volumen de las capturas y las especies capturadas, sin embargo, se puede afirmar que ha aumentado de manera constante desde el promedio que alcanzó entre 1985 y 1989 (cuadro 10). En general, la industria pesquera en la región de Piura (que está dominada por siete empresas de procesamiento) generó ventas por US$ 81,90 millones en 1990 y US$ 588,11 millones en 2008.

Cuadro 10
REGIÓN PIURA: PRODUCCIÓN DE PESCADO PROCESADO, PROMEDIOS ANUALES POR QUINQUENIOS 1980-2009 (TONELADAS)

Años	Enlatado	Congelado	Fresco	Harina	Aceite
1980-1984	15.063	11.470	27.872	14.632	6.204
1985-1989	20.027	9.493	82.384	61.694	8.982
1990-1994	8.753	21.275	60.672	83.625	13.874
1995-1999	17.308	40.876	101.319	274.342	54.824
2000-2004	18.767	56.154	61.215	244.735	37.632
2005-2009	13.261	152.758	86.827	111.658	21.776

Fuente: Elaborado a partir de Ministerio de la Producción, Dirección Regional Piura, *Región Piura: compendio estadístico 2010*, p. 263. Disponible en <www.inei.gob.pe/publicaciones-digitales/Est/Lib0972/Piura-compendioestadistico2010>.

Una de las más notorias liberalizaciones emprendidas por el régimen de Fujimori fue la del petróleo, que comenzó en 1991-1992 y se aceleró en 1993, cuando la ley de hidrocarburos introdujo la desregulación del mercado en el sector. La refinería más grande del Perú fue desnacionalizada en 1996, y el acceso a lotes para exploración fue puesto a disposición de las empresas privadas. Estas medidas de liberalización, sin embargo, no lograron aumentar la producción en la región norte. En Piura, la producción de petróleo disminuyó de 16.849.000 a 14.878.000 barriles entre 1990 y 2009; esta reducción fue registrada tanto en yacimientos de la costa como del mar. La producción de gas natural aumentó (1990: 35.875 millones de pies cúbicos, 2009: 39.769 millones

de pies cúbicos); sin embargo, ha disminuido drásticamente en los últimos cuarenta años (1970: 74.818 millones de pies cúbicos) debido al agotamiento de las fuentes de alta mar.[68]

Mientras que el sector petrolero centrado en Piura se ha visto estancado en las últimas décadas, otra actividad extractiva —la minería— ha registrado una rápida expansión, tras haber sido una práctica de marginal importancia en la economía regional durante la mayor parte del siglo XX. De hecho, el auge de la minería contemporánea le permitió al Perú lograr tasas de crecimiento récord (alrededor del 8% anual) en la primera década del siglo, e hizo una crucial contribución a la balanza de pagos. Entre 1993 y 2003, el volumen promedio de las exportaciones aumentó 8,8% anual y 10,4% en términos de valor. Entre 2003 y 2009, el volumen aumentó 7,1% anual; sin embargo, impulsado por la subida de los precios internacionales del oro, la plata y el cobre, se disparó su valor hasta alcanzar una cifra sin precedentes: 19,8% anual. Como consecuencia de esta coyuntura extremadamente favorable, a mediados de la década de 2000, los minerales generaron más del 60% de los ingresos por exportación. Más recientemente, en 2011, a pesar de la recesión mundial de otoño de 2008 y de un debilitamiento de los precios de los productos básicos, las exportaciones de minerales representaron aún el 59% de las divisas.

Los cambios legislativos introducidos a principios de 1990 facilitaron la aprobación oficial de las concesiones otorgadas y la dotación de generosos incentivos fiscales a las empresas multinacionales con el fin de atraer la inversión extranjera directa; fueron medidas aplaudidas por el Banco Mundial y el FMI. Entre 1992 y 2000, más de doscientas empresas estatales fueron privatizadas, lo que aportó US$ 1200 millones al erario nacional. La Minera Yanacocha (MYSA) representa un ejemplo emblemático de esta nueva era, caracterizada por un trabajo a tajo abierto gigantesco operado por corporaciones multinacionales. En el año 1992, en asociación con Minas Buenaventura S. A., MYSA inició sus excavaciones a 35 km de Cajamarca, extrayendo 60.000 onzas en su primer año de producción. La inversión de más de US$ 2700 millones entre 1992 y 2000 convirtió a Yanacocha en la mayor mina de oro de América Latina, lo que la llevó a generar un excedente de más de 14 millones de onzas durante estos años. La producción alcanzó su punto máximo en 2005, cuando se extrajeron 3,33 millones de onzas.[69] No obstante, debido a una bajada de las reservas en la concesión

68. Los esfuerzos para intensificar la exploración en la ceja de selva y la selva han producido numerosos choques con las comunidades locales; el caso más notorio es Bagua (en junio de 2009).

69. La MYSA también proporcionó un importante estímulo para el comercio local y ejerció un impacto clave en el mercado de trabajo local, como el empleo (ya sea directa o indirectamente) de más de 7000 personas en el año 2000. También contribuyó a un auge de la construcción que produjo una “chimbotización” del paisaje urbano.

original y a las dificultades para extender las operaciones a las áreas circundantes debido a la intensa oposición local, la producción empezó a disminuir de manera constante: cayó a 1,56 millones de onzas en 2010 y a 1,47 millones en 2011 (aunque la tendencia a la baja se vio compensada por una cotización récord en el precio internacional del oro). Está programado que la extracción cese en 2017, con una producción proyectada de 30.000 onzas.[70]

A pesar de las múltiples problemáticas que rodean a la extracción minera, el sector ha seguido floreciendo, de modo que después de 2000 la participación de las regiones del norte en la producción nacional (en más del 20% en un año normal) fue considerablemente mayor que en décadas pasadas. Aunque Cajamarca mantuvo su posición como el principal productor de la región en cuanto a su valor, desde el año 2005 la contribución de La Libertad ha crecido de manera significativa gracias a la mayor intensidad de trabajo en torno a Quiruvilca, posiblemente debido a una combinación de los altos precios de las materias primas y la utilización de tecnología moderna para reducir costos. Se pueden observar tendencias expansivas similares en Piura (cuadro 11). Asimismo, la inversión en empresas mineras ha aumentado en toda la región, y son Cajamarca y La Libertad los departamentos que atraen la mayoría de los flujos de capital. Durante el quinquenio 2009-2013, la inversión anual en Cajamarca (que había sumado US$ 158.910.600 en el quinquenio 2004-2008) alcanzó un promedio de US$ 831.545.800; y en La Libertad, durante el mismo periodo, los gastos se elevaron de US$ 81.223.600 a US$ 437.275.400 anuales. Los departamentos vecinos pasaron por una experiencia similar, aunque a una menor escala. En 2008, la inversión minera en Amazonas fue de US$ 819.000, y subió a un promedio de US$ 7.778.000 anuales entre 2009 y 2013. En Piura, un nivel de inversión de US$ 1.504.000 en 2008 ascendió vertiginosamente a un promedio de US$ 155.317.600 anuales durante los años 2009-2013, mientras que en Lambayeque la inversión subió aceleradamente de US$ 219.000 en 2008 a US$ 2279 millones en 2013.

70. Los proyectos mineros (tanto operacionales como programados) han incitado una gran cantidad de conflictos en la región norte, movilizaciones organizadas por poblaciones temerosas del impacto de esta actividad en sus medios de vida y suministro de agua. Además, estas poblaciones tienen poca fe en la voluntad o capacidad del Estado para hacer cumplir las normas ambientales adecuadas a las poderosas corporaciones, dado que estas contribuyen sustancialmente al erario nacional. Para una excelente aproximación al tema, véase Arellano-Yanguas 2008. Sobre MYSA, véase capítulos 2 y 6 de Bury 2007. Sobre Tambogrande y Majaz (Piura), véase De Echave et ál. 2009. Sobre Miski Mayo (Cajamarca), véase Taylor 2011: 420-439. Sobre Conga, véase Ji-hyun Seo 2015.

Cuadro 11
VALOR AGREGADO BRUTO DE MINERÍA, 2001-2011
(MILES DE NUEVOS SOLES)

Año	Amazonas	Cajamarca	Tumbes	Piura	Lambayeque	La Libertad	% Total nacional
2001	2.592	1.236.116	797	507.739	47.396	362.022	23,2
2002	3.141	1.687.294	958	526.316	56.034	439.472	24,8
2003	3.560	2.319.705	1.092	645.098	63.353	510.700	27,4
2004	3.789	2.622.657	1.189	834.656	69.357	604.091	22,7
2005	4.273	3.060.641	1.352	1.237.052	78.636	1.168.728	24,0
2006	5.088	3.384.442	1.586	1.502.758	92.920	2.409.549	21,0
2007	6.088	1.815.238	1.887	1.596.924	110.997	2.047.405	14,5
2008	7.958	2.849.555	2.390	2.519.949	150.208	2.854.971	21,4
2009	8.341	4.420.881	2.409	2.063.476	166.721	3.341.682	26,8
2010	9.803	4.059.163	2.822	2.566.103	197.889	3.579.386	22,4
2011	10.146	4.926.338	2.945	3.048.665	211.096	4.525.909	22,6

Fuente: INEI, Cuentas nacionales, <www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones-digitales/Est/Lib1104/index.html>, tabla 46. Año base 1994. Estas cifras excluyen la minería informal ilegal. Durante los últimos quince años se ha hecho cada vez más frecuente en todo Cajabamba y vecinas provincias de La Libertad, desencadenando todos los problemas ambientales y sociales esperables.

Si bien la minería tuvo un auge durante la década de 1990, el sector manufacturero de la región norte no tuvo un buen desempeño debido a las drásticas medidas de ajuste estructural implementadas por el gobierno de Fujimori, que diezmaron la demanda. La reducción de los aranceles también significó una mayor competencia de productos importados a bajo precio, especialmente de China. En La Libertad, por ejemplo, el sector se contrajo 9,5% en 1996; la mayor contracción se registró en los bienes de consumo, bebidas y ropa. Habiendo llegado a alcanzar el 37,6% en 1970, la contribución del sector manufacturero al PBI del departamento había caído a 28,3% en 1995. Algunos subsectores de la región norte, como la molienda de arroz (amortiguada por una demanda interna relativamente estable) y la pesca (impulsada por la expansión de las exportaciones) lograron romper la tendencia.

Aunque el sector manufacturero del norte sigue estando enfocado en el procesamiento de productos agrícolas y marítimos, el fuerte crecimiento económico y el aumento del ingreso después del año 2000 condujeron a un cambio radical en su suerte. Durante el quinquenio 2006-2010, los seis departamentos registraron un aumento de actividad, tendencia especialmente evidente en los dos centros

más importantes: La Libertad y Piura (cuadro 12). Los negocios en estas jurisdicciones se beneficiaron de la continua expansión de la industria pesquera y de las tendencias favorables en la producción agrícola (crecimiento en el sector del azúcar y mayores cosechas de arroz). La evolución de las exportaciones agrícolas también impulsó la producción manufacturera, incluyendo el procesamiento de frutas para suministrar jugo a los mercados internos y externos (mango), así como para fines industriales (limón), lo que permitió que el sector manufacturero contribuyera al PBI de Piura hasta en 20,6% en 2009. Asimismo, la fabricación de cemento se benefició considerablemente del rápido crecimiento económico, ya que el aumento de ingresos disponibles provocó un auge de la construcción en la región norte. El más sorprendente aumento de consumo se produjo en el departamento de Amazonas, donde las ventas de cemento alcanzaron 342 toneladas en 2000, pero ascendieron a 245.914 toneladas en 2013, lo que significó una tasa de crecimiento que superó, incluso, las ventas en Lambayeque (2000: 183.334 toneladas, 2013: 505.207 toneladas) y todos los departamentos vecinos.[71]

Cuadro 12
VALOR AGREGADO BRUTO DE MANUFACTURA, 2001-2012
(MILES DE NUEVOS SOLES)

Año	Amazonas	Cajamarca	La Libertad	Lambayeque	Piura	Tumbes
2001-2005	121.084	612.690	1.729.559	669.135	1.935.664	54.313
2006-2010	167.259	876.517	2.804.688	972.738	3.129.343	78.350
2011	198.165	1.074.047	3.833.061	1.357.005	3.876.212	102.880
2012	203.185	1.055.950	4.032.470	1.415.833	4.172.701	102.303

Fuente: INEI, Cuentas nacionales. Disponible en: <www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib1104/index.html>, tabla 49. Cifras redondeadas al valor aproximado. En el año 2012, la información era preliminar.

A pesar de que la mayoría de las inversiones eran intensivas en capital y de las cifras en constante expansión de las personas que ingresaron al mercado de trabajo, la recuperación del sector manufacturero no conllevó un incremento significativo en la proporción de la población en edad de trabajar empleada en el sector (cuadro 13). El norte tampoco fortaleció su posición en relación con las otras regiones: mientras que, en 2013, el porcentaje de empleo en el sector manufacturero en todo el país se situó en 10,14%, solo La Libertad superó esta cifra (2013: 12,60%). En consecuencia, y a pesar del fuerte crecimiento económico registrado desde 2000, una abrumadora mayoría de los hogares continúa

71. En Cajamarca, semillero del auge de la minería y de la expansión urbana masiva, las ventas de cemento aumentaron de 59.731 toneladas en 2000 a 212.406 toneladas en 2013.

ganándose la vida mediante actividades del sector informal. Después de haber aumentado del 21,8% en 1961 al 36,9% de la PEA de la región norte en 1981, en el apogeo de la recesión en 1993 el INEI calculó que las actividades laborales informales representaron alrededor del 75% de la PEA urbana en Trujillo, Chiclayo y Piura. Los pueblos del interior que poseían poca o ninguna base manufacturera registraron niveles aún más altos (por ejemplo, en Chachapoyas era 81%). De hecho, los niveles de informalidad aumentaron en todos los ámbitos. En 2012, la incidencia de la informalidad por departamento estaba distribuida de la siguiente manera: Amazonas: 87,2%; Cajamarca: 87,4%; La Libertad: 76,5%; Lambayeque: 80,3%; Piura: 81,0%; y Tumbes: 78,2%.

Cuadro 13
LA PEA OCUPADA EN MANUFACTURA, 2004-2013 (%)

Año	Amazonas	Cajamarca	La Libertad	Lambayeque	Piura	Tumbes
2004	4,73	8,42	12,62	9,56	7,60	8,24
2005	5,81	8,36	10,02	8,99	6,98	9,29
2006	4,74	8,96	10,42	9,66	10,20	5,97
2007	5,09	9,12	11,42	11,19	10,30	5,82
2008	3,77	9,89	10,93	9,99	10,06	7,68
2009	4,13	8,79	11,50	11,05	10,67	5,42
2010	4,53	8,18	12,37	11,03	9,89	7,18
2011	3,80	7,25	12,64	10,17	9,06	6,72
2012	4,19	6,91	12,86	9,04	8,54	5,95
2013	3,63	8,89	12,60	9,34	9,05	7,24

Fuente: INEI, Sistema de Información Regional para la Toma de Decisiones, a partir de la Encuesta Nacional de Hogares. Disponible en: <http://webinei.inei.gob.pe:8080/SIRTOD>.

Si bien la magnitud de la informalidad sigue siendo una característica principal de la estructura del empleo en el Perú, el auge económico posterior al año 2000 ha ejercido un impacto positivo en los niveles de subempleo y el desempleo, que, unido a una década de inflación baja, ayudó a elevar los ingresos y el nivel de vida. En 2001, en el departamento de Amazonas, el subempleo afectó al 84,9% de la fuerza laboral, cifra que se redujo al 66,1% en 2012. Similares reducciones se dieron en Cajamarca (en donde el subempleo bajó del 88,3% al 67,8%), en La Libertad (que pasó del 75,4% al 51,8%), en Lambayeque (del 68,8% al 55,6%), en Piura (del 74,4% al 54,1%) y en Tumbes (del 70,3% al 40,7%). La reducción del subempleo en este último departamento refleja un aumento en el comercio transfronterizo. El censo de 1993 también reveló un desempleo abierto sustancial en las ciudades costeñas y andinas: Tumbes (11,5%), Piura

(14,0%), Sullana (12,7%), Talara (12,6%), Trujillo (10,4%), Chiclayo (11,5%) y Cajamarca (9,7%). Sin embargo, la última década vio una reducción en el desempleo abierto. Según los cálculos del INEI a partir de la Encuesta Nacional de Hogares, la tasa de desempleo en Amazonas ascendió a 1,7% en 2013. En 2013, la tasa de desempleo en Cajamarca era del 2,7%; en La Libertad, del 4,9%; en Lambayeque, del 4,7%; y en Piura y Tumbes, del 5,3% y 5,4%, respectivamente. Aunque estas estadísticas sin duda subestiman el desempleo real, subrayan, no obstante, una mejora significativa en los últimos años en los mercados de trabajo locales. Asimismo, mejores oportunidades de empleo dieron lugar a un aumento sostenido de los ingresos en efectivo (cuadro 14). Estos aumentaron en un promedio anual de 9,0% en el departamento de Amazonas entre 2004 y 2012, y muestran un sustancial crecimiento año a año. Durante el mismo periodo, se registró la misma tendencia en Cajamarca (8,7%), La Libertad (7,2%), Lambayeque (6,0%), Piura (8,4%) y Tumbes (6,6%).

Cuadro 14
INGRESO PROMEDIO MENSUAL PROVENIENTE DEL TRABAJO, 2004-2013
(EN SOLES)

Año	Amazonas	Cajamarca	La Libertad	Lambayeque	Piura	Tumbes
2004	429,7	410,7	572,6	530,9	465,3	668,1
2005	372,7	430,2	589,4	499,2	448,8	739,6
2006	450,6	457,3	596,1	536,5	524,9	754,8
2007	542,3	474,0	732,9	594,2	549,6	873,2
2008	643,3	552,1	764,0	642,0	621,4	782,7
2009	718,7	650,5	923,5	679,3	741,4	857,2
2010	725,6	724,5	889,8	716,4	742,4	910,8
2011	784,1	793,6	895,4	757,6	843,5	1.035,3
2012	858,8	797,8	1001,0	843,5	886,3	1.117,8
2013	823,0	838,4	1040,9	835,8	881,4	1.105,8

Fuente: INEI, Sistema de Información Regional para la Toma de Decisiones. Disponible en: <http://webinei.gob.pe:8080/SIRTOD>. Con fines comparativos, podemos mencionar que, en 2012, las cifras en Lima Metropolitana eran de S/. 1508,8, habiendo estado en S/. 994,3 el año 2004.

Esta afortunada conjunción de altos niveles de empleo, disminución del subempleo, estabilidad cambiaria y de precios, y el aumento de los ingresos tuvo consecuencias positivas para la reducción de la pobreza. Aun así, la pobreza y la desigualdad, históricamente arraigadas en el país, persistieron. El auge económico que vivió el Perú desde el año 2000 benefició más a la población costeña que a los habitantes de los departamentos andinos; asimismo, los

niveles de vida urbanos siguieron siendo considerablemente más altos que los alcanzados por la población rural. A lo largo del Perú, los niveles de pobreza disminuyeron de 42,4% de la población en 2007 a 27,8% en 2011 y a 23,9% en 2013, un logro digno de elogio. Sin embargo, en las zonas rurales andinas fueron de 52,9% en 2013, a pesar de haber disminuido desde 71% en 2009, en gran parte gracias a los programas sociales del gobierno como Juntos, Pensión 65, Bono Gas y Beca 18.

Sin embargo, según el censo de 2007, la proporción de los habitantes que vive en la extrema pobreza ascendió al 55% en Amazonas y al 64,5% en Cajamarca. El porcentaje de los residentes en estos departamentos con al menos una necesidad básica insatisfecha (NBI) era de 57,6% y 53,7%, respectivamente. Este nivel de indigencia contrasta con la situación encontrada en los departamentos costeros: en 2007, el 12,4% de la población de La Libertad soportó condiciones de extrema pobreza, mientras que el 23,2% adolecía de al menos una NBI. Paradójicamente, a pesar de estar en el epicentro de la reciente “fiebre del oro”, en 2013 Cajamarca se ubicó como el departamento (junto con Ayacucho) que poseía el nivel más alto de pobreza en el Perú (52,9%) y también registró la mayor incidencia de pobreza extrema (27% de la población), frente a un nivel nacional de 4,7% (5,9% de la población rural de la costa).[72] A partir de una serie de indicadores sociales —la esperanza de vida, servicios de salud, acceso a la educación, la alfabetización, etc.—, se puede reconocer que los habitantes de la sierra del norte ocupan una posición de desventaja. En suma, a pesar de que se han dado mejoras sin precedentes en el nivel de vida desde el siglo XXI, persisten los altos niveles de pobreza socioeconómica y la exclusión, que siguen planteando un reto para las instituciones del Estado y la clase política del Perú.

Conclusión

Tras el inicio de la gran depresión, se produjeron importantes transformaciones socioeconómicas en todos los departamentos. En relación con el sector agrícola, los sistemas de riego de gran escala permitieron una ampliación sustancial de la tierra cultivable en la costa del norte; nuevas áreas estuvieron así disponibles para la agricultura, lo que cobró especial importancia a partir de 1970. Las plantaciones de algodón se contrajeron fuertemente desde 1950.

---

72. Aunque los gobiernos regionales y municipales han recibido cantidades sin precedentes de dinero a través del canon minero y otras fuentes en los últimos años, en su mayoría se han mostrado incapaces de diseñar e implementar de manera eficiente proyectos que beneficien a los miembros necesitados de la sociedad. Las grandes sumas involucradas también han fomentado la corrupción, que ha generado una concatenación de factores que propician la propagación de la anomia y el descontento.

Sin embargo, el área dedicada al cultivo de arroz se ha expandido continua y exponencialmente en las últimas ocho décadas. La trayectoria del tercer líder de los cultivos del litoral, el azúcar, resulta más compleja. Después de una suspensión entre 1969 y 1975, causada por la reforma agraria, la industria azucarera entró en otra fase de expansión en la década de 1990. En un contexto de globalización de los mercados mundiales de alimentos y la liberalización del comercio durante el último cuarto de siglo, el sector agrícola de exportación no tradicional que suministraba frutas y verduras tropicales a los consumidores del hemisferio norte se disparó. Este proceso se inició en Piura durante la década de 1980, pero se extendió pronto a otras provincias costeñas como Lambayeque y La Libertad. Este desarrollo estuvo acompañado por importantes inversiones por parte de empresas agropecuarias nacionales e internacionales que han ayudado a promover la innovación tecnológica y a aumentar la productividad. Controversialmente, su creciente presencia también ha dado lugar a una reconcentración de la propiedad de tierras en algunos valles de la costa, que ahora supera los niveles previos a la reforma agraria.

Lejos del litoral, determinadas ramas de actividad agrícola experimentaron una notable expansión, sobre todo los nichos ecológicos de la ceja de selva. El cultivo de café ha registrado un crecimiento considerable en Amazonas y Cajamarca desde 1980, y está siendo adoptado por un cada vez mayor número de productores a pequeña escala en Piura. El cultivo del arroz en las zonas bajas de Amazonas y Cajamarca ha demostrado una tendencia similar. Es importante destacar que la economía agraria en la sierra no se ha caracterizado por la inmutabilidad. Ya durante la década de 1930, los terratenientes progresistas comenzaron a modernizar sus propiedades, tendencia particularmente observable en la producción lechera y actividades pecuarias relacionadas. En general, en el último medio siglo, ha habido una mayor integración en el mercado de los agricultores andinos a escala local, regional y nacional, lo que ha incentivado la especialización. Esto ha ocurrido en todos los estratos de la agricultura, aunque el ritmo y la profundidad de la adopción de nuevas tecnologías varían en función de los recursos financieros y perspectivas (*weltanschauung*) de los productores individuales. Para la inmensa mayoría de los agricultores andinos, sin embargo, la capacidad de modernizar sus sistemas de cultivo, aumentar la producción de sus chacras y mejorar su bienestar sigue estando, en gran medida, limitada por la escasez de tierras. La crisis de subsistencia, ya visible entre los campesinos andinos en la década de 1930, se ha agravado durante las últimas décadas y ha desencadenado un proceso de proletarización que la reforma agraria de Velasco se mostró incapaz de desacelerar. El resultado ha sido niveles de pobreza y privación muy por encima de la media nacional.

El empobrecimiento rural generó una migración a gran escala desde 1940, lo que llevó a una fuerte urbanización. Dado que las principales ramas de

manufactura (textiles, productos farmacéuticos, electrodomésticos, etc.) siguen encontrándose centradas en Lima, las actividades manufactureras de la región norte continuaron siendo dominadas por la transformación de productos agrícolas y marítimos; y aunque estas se han ampliado desde el año 2000, no han tenido un impacto significativo en el mercado de trabajo. En el panorama económico urbano predominan los talleres artesanales a pequeña o mediana escala, así como actividades del sector informal —que se han multiplicado vertiginosamente desde 1970— que juegan un papel crucial para que un sector importante de la población urbana se gane la vida. Una minoría afortunada tiene la posibilidad de participar en emprendimientos que permiten cierta acumulación; sin embargo, la gran mayoría se encuentra en una situación vulnerable y precaria que busca el modo de subsistir día a día sin empleo ni seguridad de ingresos.[73]

En cuanto a las actividades extractivas, la contribución de Piura al estratégicamente crucial sector petrolero se ha estancado en las últimas décadas como consecuencia de la disminución de las reservas. La industria pesquera del departamento, por el contrario, ha experimentado un crecimiento rápido y diversificado desde 1990, como lo demuestra la propagación de la acuicultura. Impulsados por una creciente demanda interna, la apertura de nuevos mercados de exportación y un mayor énfasis prestado al valor agregado, en los últimos veinte años, la producción, las exportaciones y todos los ingresos se han incrementado considerablemente. Durante este tiempo, el principal motor del crecimiento económico (tanto a escala regional como nacional) ha sido el sector minero, que en el ámbito local ha ejercido un impacto importante en las oportunidades de empleo, en la mejora de ingresos y ha inyectado demanda a la economía. Su contribución a los ingresos fiscales ayudó a financiar programas que contribuyeron a reducir la pobreza. Sin embargo, así como en las regiones del centro y sur del Perú, en la región norte perduran antiguos contrastes entre la costa y la sierra, y entre las zonas urbanas y el campo, a pesar de su alto grado de conectividad. Por una cruel paradoja, las operaciones mineras (tanto en funcionamiento como las proyectadas) se ubican entre aquellas con los habitantes más necesitados de la región, un contraste que alimenta un ciclo de alienación que el Estado peruano ha encontrado difícil de abordar.

---

73. Desde el inicio de la crisis económica de 2008 se ha puesto de moda entre los economistas del Banco Mundial y de los medios de comunicación occidentales ver la migración de vuelta al campo como un "amortiguador para tiempos difíciles […] volver al pueblo rural tradicional y propio es una especie de red de seguridad social". La aguda escasez de tierras y la falta de otras formas de capital dentro de la economía campesina contemporánea de los Andes del norte del Perú hacen de esta estrategia de afrontamiento una opción insostenible para la gran mayoría de los pobres que residen en las barriadas urbanas que rodean las principales ciudades de la región. Véanse las afirmaciones hechas por el funcionario del Banco Asiático de Desarrollo, Thomas Fuller (2009).

Bibliografía

ALVARADO, Javier
2012 "Financiamiento agropecuario: la revolución silenciosa". *La Revista Agraria*, n.º 141: 13.

APEL, Karin
1996 *De la hacienda a la comunidad: la sierra de Piura.* Lima: IFEA.

ARELLANO-YANGUAS, Javier
2008 *A Thoroughly Modern Resource Curse? The New Natural Resource Policy Agenda and the Mining Revival in Peru*. Brighton: Institute of Development Studies, University of Sussex, Working Paper 300.

BASADRE, Jorge
1971 *Introducción a las bases documentales para la historia de la república del Perú con algunas reflexiones.* Lima: P. L. Villanueva.

BURENIUS, Charlotte
2001 *Testimonio de un fracaso, Huando: habla el sindicalista Zózimo Torres*. Lima: IEP.

BURGA, Manuel
1976 *De la encomienda a la hacienda capitalista: el valle del Jequetepeque del siglo XVI al XX.* Lima: IEP.

BURY, Jeffrey
2007a "Minería, migración y transformaciones en los medios de subsistencia en Cajamarca, Perú". En Anthony Bebbington (ed.), *Minería, movimientos sociales y respuestas campesinas*. Lima: IEP, Cepes, pp. 231-278.

2007b "Neoliberalismo, minería y cambios rurales en Cajamarca». En Anthony Bebbington (ed.), *Minería, movimientos sociales y respuestas campesinas.* Lima: IEP, Cepes, pp. 49-81.

CAMERON, Maxwell A. y Philip MAUCERI (eds.)
1997 *The Peruvian Labyrinth. Polity, Society, Economy.* Pennsilvania: Pennsylvania State University Press.

CARO, Carlos
2000 "La articulación de la agroindustria y la pequeña agricultura de los valles de Chao y Virú". En *Perú: el problema agrario en debate. SEPIA VIII*. Lima: ITDG, pp. 117-154.

CASTRO POZO, Hildebrando
1947 *El yanaconaje en las haciendas piuranas*. Lima: Cía. de Impresiones y Publicidad.

COTLER, Julio
1978 *Clases, Estado y nación en el Perú.* Lima: IEP.

Crabtree, John
1992 *Peru Under García: An Opportunity Lost*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

De Echave, José et ál. (eds.)
2009 *Minería y conflicto social*. Lima: IEP.

Fitzgerald, E. V. K.
1979 *The Political Economy of Peru 1956-1978.* Cambridge: Cambridge University Press. [Versión en español publicada por el IEP].

Fuller, Thomas
2009 "In Southeast Asia, Unemployed Abandon Cities for their Villages". *International Herald Tribune*, 28 de febrero.

Giesecke, Margarita
1993 "The Trujillo Insurrection, the APRA Party and the Making of Modern Peruvian Politics". Tesis doctoral, Universidad de Londres.

Gitlitz, John
2013 *Administrando justicia al margen del Estado: las rondas campesinas de Cajamarca*. Lima: IEP.

Gitlitz John y Telmo Rojas
1983 "Peasant Vigilante Committees in Northern Peru". *Journal of Latin American Studies*, vol. 15, n.º 1: 163-197.

Gómez Cumpa, José
1989 *Capitalismo y formación regional: Chiclayo entre los siglos XIX y XX*. Chiclayo: Población y Desarrollo Instituto de Investigación y Capacitación.

Huber, Ludwig
1995 "Después de Dios y la Virgen está la ronda". En *Las rondas campesinas de Piura.* Lima: IEP, IFEA.

Iberico, Luis y Enrique Guerrero
1990 *La revolución del 6 de enero o la biografía de una gesta popular*. Cajamarca: Los Andes.

Jobling, Andrew
2001 "Agrarian Change on Peru's Northern Coast in the Late Twentieth Century: A Case of Rice Farming in Ferrenafe". Tesis doctoral, Universidad de Liverpool.

Ledesma, Genaro
2004 *El parto de Gloriabamba*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.

Mayer, Enrique
2009 *Cuentos feos de la reforma agraria peruana*. Lima: Cepes, IEP.

Melmed, Jolyne S. y Michael Carter
1991 "The Economic Viability and Stability of 'Capitalised Family Farming': An Analysis of Agricultural Decollectivisation in Peru". *Journal of Development Studies,* vol. 27, n.º 2: 190-210.

Mesclier, Evelyne y Jean-Louis Chaléard
2008 "¿Quiénes son los pequeños productores que tienen éxito? Dos casos de territorios vinculados a los Mercados Mundiales en el Perú". *Debate Agrario*, n.º 43: 89-104.

2008-2009 "Especialización productiva y ordenamiento territorial en la sierra del Perú: el caso de Niepos". *Anuario Americanista Europeo*, n.ᵒˢ 6-7: 239-260.

Nugent, David
1988 *Tendencias hacia la producción capitalista en la sierra norte del Perú.* Documento de trabajo n.º 22. Lima: IEP.

1997 *Modernity at the Edge of Empire: State, Individual and Nation in the Northern Peruvian Andes.* Stanford: Stanford University Press.

Pinto, Honorio
1972 *El primer censo agropecuario del Perú (1929)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

Portes, Alejandro y Kelly Hoffman
2003 "Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era". *Latin American Research Review,* vol. 38, n.º 1: 42-82.

Raftopoulos, Malayna
2013 *Questioning the Principles of Sustainable Tourism Development: A Case Study of Cocachimba, Peru.* Tesis doctoral, Universidad de Liverpool.

Revesz, Bruno
1982 *Estado, algodón y productores agrarios*. Piura: Cipca.

Rodríguez, José
1994 "Cambios en la sociedad rural de Cajamarca". *Debate Agrario*, n.º 19: 179-185.

Seo, Ji-hyun
2015 "Neoliberal Extractivism and Rural Resistance: The Anti-mining Movement in the Peruvian Northern Highlands, Cajamarca (2011-2013)". Tesis doctoral, Universidad de Liverpool.

SNA
1946 *La agricultura nacional y los derechos de riego*, 21 de junio.

SOMO
2011 *Socio-economic Issues in the Peruvian Mango Supply Chain of EU Supermarkets*. Ámsterdam: SOMO.

Starn, Orin
1999 *Nightwatch. The Politics of Protest in the Andes*. Durham: Duke University Press.

Sulmont, Denis
1975 *El movimiento obrero en el Perú, 1900-1956*. Lima: PUCP.

Taylor, Lewis
1994 *Estructuras agrarias y cambios sociales en Cajamarca, siglos XIX-XX*. Cajamarca: Asociación Obispo Martínez Compañón.

2000 "Los orígenes del Partido Aprista Peruano en Cajamarca, 1928-1935". *Debate Agrario*, n.º 31: 39-62.

2006 *Shining Path: Guerrilla War in Peru's Northern Highlands, 1980-1997*. Liverpool: Liverpool University Press.

2011 "Environmentalism and Social Protest: The Contemporary Anti-mining Mobilization in the Province of San Marcos and the Condebamba Valley, Peru". *Journal of Agrarian Change*, vol. 11, n.º 3: 420-439.

Thorp, Rosemary y Geoffrey Bertram
1978 *Peru 1890-1977: Growth and Policy in an Open Economy*. Londres: Macmillan Press.

Thorp, Rosemary y Carlos Londoño
1984 "The Effect of the Great Depression on the Economies of Peru and Colombia". En Rosemary Thorp (ed.), *Latin America in the 1930s: the Role of the Periphery in World Crisis*. Londres: Macmillan Press, pp. 81-116.

Torre, Germán y Alberto Gonzales (eds.)
1985 *Las parcelaciones de las cooperativas agrarias del Perú*. Chiclayo: Centro de Estudios Sociales Solidaridad.

Young, Eric Van (ed.)
1992 *Mexican Regions: Comparative History and Development*. San Diego: Center for U. S.-Mexican Studies, UCSD.

Capítulo 6

Esclavitud y mano de obra en la costa norte del virreinato peruano, 1700-1814

Julissa Gutiérrez Rivas

Espacio geográfico y población

La geografía de la costa norte

La costa norte peruana es una zona seca; eso significa que, por lo general, no llueve durante gran parte del año. Su extensión territorial corresponde a una franja desértica que se ensancha a la altura de Sechura y está surcada por varios ríos estacionales de ancho caudal. Desde tiempos ancestrales estos ríos han sido canalizados y utilizados por el hombre para desarrollar una agricultura extensiva. Hacia el este se encuentra el piedemonte, las secas y duras tierras yungas, y, a mayor altura, las lomas, donde hay suficiente humedad durante buena parte del año como para producir una exuberante vegetación y pasto para animales. Más arriba, en las altas laderas del páramo andino (sobre los 3500 metros de altitud) se encuentran lagunas y cabeceras de cuencas que se benefician de las lluvias de estación, y aseguran así el agua para la agricultura.

En el distrito de La Brea (provincia de Talara) se encuentra Punta Balcones, el punto más occidental de América del Sur. Aquí se observa la confluencia de dos corrientes marinas: la corriente de Humboldt, de aguas frías, la cual se aleja de la costa con dirección oeste, y la corriente de El Niño, de aguas cálidas, que eleva la temperatura general y trae el aire más húmedo. Sin embargo, este patrón climático algunas veces se ve alterado cuando la corriente de El Niño sufre una inesperada elevación térmica, que impacta negativamente a lo largo de la costa y ocasiona un drástico fenómeno atmosférico (Fenómeno El Niño o FEN)

que origina aguaceros torrenciales, el aumento desproporcionado del caudal de los ríos, la destrucción de los sembríos y la aparición de plagas de insectos, lo que supone un gran efecto destructivo para la región. Este fenómeno es cíclico. Ya Joaquín Helguero, en 1802, observó que el territorio, tras un periodo de constantes lluvias que oscilaba entre 1 y 3 años, sufría un periodo de sequía que podía durar entre 8 y 11 años. Según el autor, esto afectaba notablemente a la crianza del ganado, pues el "algarrobo que es el alimento nutritivo, se convierte en un palo seco, desnudo de su verdor y su fruto".[1] Como se ve, entre el inicio de un ciclo y otro pueden pasar largos periodos de tiempo. Para el siglo XVIII se tiene noticias del impacto que ocasionó el fenómeno en los años 1701, 1720 y, especialmente, el de 1728, así como anotaciones sobre los eventos de 1747 y 1791.[2]

Hasta 1783, año de creación del sistema de intendencias, los territorios de Trujillo, Saña y Piura estaban constituidos en corregimientos, jurisdicción civil y penal ejercida de manera independiente sobre un territorio determinado; sobre esta demarcación se superpuso la administración eclesiástica, que, por el contrario, imponía una dependencia directa a la figura del obispo.[3] De este modo, Trujillo, Saña y Piura, junto con los corregimientos de Cajamarca, Pataz (o Cajamarquilla), Huamachuco, Chachapoyas y Luya, conformaron el obispado de Trujillo.[4] Con la creación de la intendencia de Trujillo (1784), se reorganizó el territorio en lo civil siguiendo la demarcación eclesiástica. Los antiguos corregimientos pasaron a denominarse partidos, manteniendo —en líneas generales— su inicial extensión. La nueva configuración de la intendencia trujillana estuvo compuesta por los partidos de Trujillo, Piura, Saña, Cajamarca, Chachapoyas, Pataz y Huamachuco, a la que se sumó Huambos (1787). Así, a fines del siglo XVIII, Trujillo abarcaba casi todo el norte del Perú, vale decir, un tercio del área total del virreinato.

En esta época era común denominar a los territorios de los corregimientos de Piura, Saña y Trujillo bajo el término de "valles", puesto que a la ubicación geográfica se sumaban características culturales bastante similares. Los *valles* llegaron a ocupar una superficie aproximada de 55.200 km^2. En cuanto a la sierra, es la zona que está atravesada de sur a norte por la Cordillera de los Andes,

---

1. Helguero 1984: 10.
2. Sobre el tema revisar Macharé y Ortlieb 1993.
3. Restrepo 1992: 212.
4. Los corregimientos de Trujillo, Saña y Piura pertenecían a la diócesis de Trujillo, erigida el 15 de abril de 1577; esta comprendía los territorios segregados de la sede metropolitana de Lima y englobaban un número determinado de pueblos, parroquias, doctrinas y áreas de misión, algunos aún sin evangelizar y esparcidos por la parte norte del entonces extenso virreinato peruano.

que, a diferencia de los Andes meridionales, no alcanzan alturas superiores a los 5000 metros, ya que las cumbres más altas oscilan entre los 4000 y 4500 metros.

Características geográficas de los *valles*

Piura corresponde al territorio más septentrional de los valles y es el más desértico. Esta característica de aridez se debe a la presencia del desierto de Sechura o "desierto del Pacífico", que se extiende 320 kilómetros de sur a norte, desde Lambayeque hasta Cabo Blanco, con una anchura este-oeste promedio de 30 a 60 kilómetros, con cotas de 100 kilómetros (de Paita a Chulucanas) y 150 kilómetros (de Illescas a Olmos). La altura varía desde el nivel del mar hasta los 1000 metros.

El desierto piurano posee accidentes topográficos poco notables. Sin embargo, desde la época virreinal, se encuentran al menos dos subsectores: el *despoblado,* término con que comúnmente se identificó a los territorios que circundaban (al este y sudeste) la ruta entre Paita y Piura (La Huaca, Congorá, Vega del Negro, Cardo Mocho y Pabur, entre otros), un largo camino de 32 leguas (130 km, aproximadamente); y las *pampas, lomas* y *lomadas* (voces con que se denominó a la vasta región de Sechura), donde abundan las salinas, yerba conocida con el nombre de lito, y que fue utilizada por los habitantes de Piura y Lambayeque para hacer cenizas de las lejías.

La costa de Piura es atravesada por tres ríos: el estacional Piura, el siempre caudaloso Chira y, más al norte, el pequeño Tumbes. A pesar de ser ríos de diferente régimen, tanto el Piura como el Chira concentraron a ambos lados de sus orillas parte significativa de la población del territorio piurano en el siglo XVIII, de tal manera que constituyeron el punto de partida de las actividades económicas más importantes de la región. La cabecera del partido estaba en la villa de San Miguel del Villar (1588), también conocida como San Miguel de Piura. El valle del Chira concentraba las tierras más fértiles de la costa piurana, fertilidad que fue determinante en su elección para el establecimiento de haciendas y estancias, y en la concentración de riquezas.[5]

El litoral piurano tiene una gran bahía en Paita, que fue considerada la mejor de la costa peruana por tratarse de una bahía amplia, segura, muy accesible, profunda y con buen fondo. Su playa es de arena gruesa y se encuentra rodeada por un tablazo arenoso de 50 metros de altura, que va ascendiendo gradualmente hacia las estribaciones de los Andes. Un viento constante sopla en todas direcciones llevando arena y polvo.[6] Todas estas características ayudaron a que Paita fuese considerada en la época virreinal como un buen puerto donde las

5. Hernández 2008a: 26-27.

6. Lofstrom 2002: 4.

embarcaciones podían anclar a poca distancia de la orilla. Por ello, la mayoría de las naves provenientes del norte con destino al Callao u otros puertos ubicados al sur preferían desembarcar las mercancías y pasajeros en Paita para realizar el último tramo del viaje por la ruta terrestre. R. Walter, compañero de viaje del corsario George Anson (que atacó Paita en 1741), comentaba al respecto:

> [el puerto de Paita] es bastante concurrido por todos los navíos que vienen de los países situados al norte; y no hay otro puerto donde puedan tocar todos los buques que van al Callao desde Acapulco, Sonsonate, Realejo y Panamá. La dilatación de estos viajes, que en la mayor parte del año no pueden hacerse sino a contraviento, obliga a todos los navíos a tomar allí descanso.[7]

Piura tenía otros dos puertos de menor importancia, Sechura y Tumbes. En ellos se realizó, en esta época, un tráfico meramente local, y estaban habitados por indígenas que se dedicaban a la pesca.

El siguiente territorio en dirección al sur fue Saña (también identificado como Lambayeque). Aunque de menor extensión que Piura (14.213 km^2), su relieve es más llano, con pequeñas lomas y pampas desérticas (Olmos, Mórrope, Cayaltí y Cerro Colorado) que son cortadas por extensos valles de ríos caudalosos cuyas nacientes se encuentran en los cercanos contrafuertes andinos. Es un territorio propiamente costero, de clima templado, con escasas lluvias. En tiempos virreinales tuvo por cabecera a la villa de Santiago de Miraflores de Saña (1563); sin embargo, tras la catástrofe ocasionada por el FEN de 1728, la capital pasó al pueblo de indios de Lambayeque, que quedó como asiento de españoles.

La extraordinaria posición del territorio, punto de conexión con la sierra y la montaña (Cajamarca y Chachapoyas) y con Trujillo al sur, y su cercanía al océano Pacífico le facilitaron aglutinar toda la actividad comercial y política de la provincia.

En esta provincia —como en Trujillo— la cercanía de la sierra influyó en el abundante caudal de sus ríos (La Leche, Motupe, Saña y Jequetepeque), que permitió la formación de valles muy fértiles y una gran concentración de población, tal vez la más grande de la costa norte. Cabe señalar que cada valle tenía su propio sistema de riego, las *acequias,* muchas de las cuales provenían incluso de épocas prehispánicas. Asimismo, este territorio poseía una de las mayores extensiones de bosque seco tropical (el bosque de Pomac), del cual sus pobladores obtenían muchos productos aprovechables.[8]

Este partido tenía varios puertos, entre ellos Pacasmayo, Santa Rosa, Puerto Nuevo y Chérrepe. A este último solo arribaban los barcos "en caso de

7. Walter 1833: 30.

8. Lequanda 1793a: 55.

necesidad por lo riesgoso de su costa y mal fondeadero".[9] El de Pacasmayo, ubicado a dos leguas del pueblo de San Pedro, era el más famoso porque en él se detenían las embarcaciones para adquirir los tabacos que dirigían a la factoría para el Reino de Chile.

El corregimiento de Trujillo era el más importante de los tres. Limitaba al sur con la provincia de Santa, perteneciente al arzobispado de Lima, al este con la de Cajamarca, al oeste con el océano Pacífico y al norte con Saña. Ocupaba aproximadamente lo que hoy forma la provincia de Trujillo (del actual departamento de La Libertad); tenía unos 7000 km^2 de superficie. Su capital, entonces como ahora, era la ciudad de Trujillo. La cercanía de su territorio con la sierra determinó que el número de ríos fuera mayor y su caudal más abundante, formando valles conocidos por su fertilidad: Chicama, Moche, Virú y Chao. En ellos se producía trigo, ganado, maíz, menestras, verduras, azúcar, vino, aceite y diversidad de frutas —tanto de las oriundas de Europa como de las del país—, entre las que sobresalían las chirimoyas.[10]

Este territorio destacó por sus tres puertos —Malabrigo, Huanchaco y Guañape—, que más eran importantes como poblados pesqueros que como puertos comerciales, aunque el de Huanchaco era considerado el principal. Estos puertos (según Lequanda) eran poco frecuentados por la poca seguridad que brindaban y porque eran poco propicios para el fondeado de barcos. En los tres abundaba el pescado con el que auxiliaban a la ciudad y que, además, servía para comercializar.

Demografía de la costa norte

El derrumbe de la población indígena en el siglo XVI se puede explicar a partir de causas relacionadas con la conquista hispánica (enfermedades epidémicas que afectaron a las poblaciones costeras —frente a la inmunidad de la población serrana gracias a su clima) y las guerras entre grupos indígenas antes y después del arribo de los europeos en el contexto de la guerra civil inca.[11] Esta situación afectó especialmente a la población indígena de la costa norte porque esta, al tener asentamientos más densamente habitados y desarrollar una convivencia en sociedad, estuvo a merced de una cadena de epidemias y mortandad que dejó algunos lugares prácticamente despoblados.[12] Esta caída se detuvo en el siglo XVII, cuando la población indígena se empezó a concentrar en el interior,

9. Ibíd., p. 55.
10. Bueno 1951: 50.
11. Cook 2010: 182-184.
12. Glave 2009: 315.

en tierras de mayor altura, lo que significó, según Cook, que la costa quedara prácticamente privada de población aborigen, poniendo en riesgo el desarrollo de la productividad de sus campos.

Pero ¿cómo estaba distribuida la población en los valles? Para explicar la distribución demográfica en los corregimientos de Piura, Saña y Trujillo se dispone de fuentes importantes, como los informes que preparó José Ignacio de Lequanda, contador interino de la Real Aduana de Lima, miembro de la Sociedad Amantes del País, y que fueron publicados en los tomos VIII y IX del *Mercurio Peruano* (1793). Además, para el caso de Piura se cuenta con el censo ordenado por el virrey José de Abascal en 1814 con ocasión de la solicitud de las Cortes de Cádiz, en la que se le pide que se realice un conteo general de la población del reino para determinar el número de jueces de letras a colocarse en cada jurisdicción, y aunque en el entonces partido de Piura no se realizó censo o al menos no se le envía al virrey, Abascal elaboró un aproximado de la población piurana. Para el caso de Trujillo contamos con la información dada por el corregidor Miguel Feijoo de Sosa para el año 1760.

Para el caso de Piura, en el siglo XVI, el número de tributarios cayó de poco más de 20.000 a menos de 6000 y disminuyó la población total de 77.000 a 23.000 aproximadamente.[13] Este despoblamiento tuvo, entrado ya el siglo XVIII, tres consecuencias que marcarán las características económicas de la región: la metamorfosis de extensas zonas agrícolas en pastizales y el aumento del bosque seco tropical (bosque de algarrobo), situación que —según Aldana— facilitó la concentración ganadera y la especialización agrícola; la especialización del movimiento mercantil piurano sobre la base de la comercialización de productos y subproductos agropecuarios; y el que, para el siglo XVIII, la población nativa del corregimiento de Piura fuera proporcionalmente la más baja si se compara con la de los valles de Lambayeque y Trujillo, muy a pesar de la extensión de su territorio. De ese modo, la mayor concentración demográfica indígena se dio en los territorios serranos de Huancabamba y Ayabaca, así como en la ciudad de Piura. Esta última y el puerto de Paita fueron los asientos poblacionales existentes en la costa.[14]

Para fines del siglo XVIII e inicios del XIX, la población del partido piurano se encuentra distribuida como se aprecia en los cuadros 1 y 2.

---

13. Aunque las fechas de los censos de Piura son imprecisas, el número de tributarios cayó de aproximadamente 14.250 en 1545 a 6000 en 1560, 2400 en 1575 y, por último, 1500 en 1600. La caída de Piura fue alrededor del 90% en aproximadamente 55 años (Cook 2000: 182-184).

14. Aldana 1988: 20.

Cuadro 1
POBLACIÓN DEL PARTIDO DE PIURA, 1793

Estado	Españoles	Indios	Mestizos	Pardos	Negros	Total
Eclesiásticos	81	3	1			85
Casados	966	10.512	3.252	1.646	244	16.620
Solteros	916	4.854	3606	1814	439	11.629
Viudos	233	1.768	574	309	62	2.946
Párvulos	759	7.663	3.222	1.434	139	13.217
Total	2.955	24.800	10.655	5.203	884	44.497

Fuente: Lequanda 1793, VIII: f. 173.

Cuadro 2
POBLACIÓN DEL PARTIDO DE PIURA, 1814

	Blancos	Indios	Mestizos	Libertos	Esclavos	Total
Hombres	1.612	14.828	5.572	3.350	564	25.926
Mujeres	1.912	16.722	6.344	3.839	688	27.785
Total	3.524	31.550	11.916	7.189	1.252	53.711

Fuente: Abascal al Secretario de Estado de la Gobernación de Ultramar. AGI, Lima 747. N. 67. Año 1814. F. 25. En Hernández 2008a: 41.

Si se comparan las estadísticas de 1793 con las de 1814, hay un incremento significativo de la población en todos los sectores sociales, especialmente en los que son minoría. Para el caso de los indios, de 55,7% en que se sitúan según Lequanda se pasa a casi un 57%. La gente de color se ubica en 12,9% y los esclavos en 2,2%. Por el contrario los mestizos —al igual que los españoles— van en disminución, en comparación con el total de habitantes (21,4%).[15] Sin embargo —como anota Chocano—, el aumento demográfico estuvo marcado por el fenómeno de la esclavitud: frente a 884 esclavos (1793) se pasó a 1252 (1814), es decir, se registra un aumento del 41,62%. Esta situación lleva a Chocano a concluir que, pese a que la población india muestra una tendencia de crecimiento más vigorosa que el colectivo mestizo, ambos se ven superados por el crecimiento de la población de origen africano, libre o esclava. Ello indudablemente se debe a la vinculación entre el trabajo esclavo y la agricultura comercial desarrollada en esos momentos, basada principalmente en la producción de algodón.[16]

15 Hernández 2008a: 12.

16. Chocano 2010: 31.

Para el caso del territorio de Saña-Lambayeque, siguiendo a Cook, se puede afirmar que el despoblamiento no fue tan pronunciado como en Piura. A ello contribuyó el hecho de que la población indígena, relativamente grande, logró adaptar sus patrones económicos tradicionales a las condiciones coloniales. De este modo, pasó de tener una población de 38.000 personas en 1575 a 22.545 en 1600, con un estimado de población total para la costa norte de 40.000 personas. A pesar de las catástrofes naturales que se dieron en 1698 (terremoto), 1720 y 1728 (inundaciones), el siglo XVIII se considera un periodo de expansión poblacional en este territorio, tanto así "que la población a través de sus caciques, exigen al gobierno colonial la asignación de tierras que, en última instancia, eran antigua posesión prehispánica".[17]

A fines del siglo XVIII, la población total del partido era de 32.221 personas, de las cuales 19.754 eran indios, siendo los demás españoles, mestizos, negros y de otras castas (cuadro 3).

Cuadro 3
POBLACIÓN DEL PARTIDO DE SAÑA, 1793

Estado	Españoles	Indios	Mestizos	Pardos	Negros	Total
Eclesiásticos	84	3	1	1		89
Casados	650	7.640	1.400	786	370	10.849
Solteros	1.055	4.688	1.652	1.267	756	9.418
Viudos	323	1.882	563	347	185	3.300
Párvulos	565	5.541	1.258	752	449	8.565
Total	2.677	19.754	4.874	3.153	1.760	32.221

Fuente: Lequanda 1793, IX: f. 59.

Como ocurría en el resto del virreinato peruano, la casta indígena fue la más abundante (49% de la población total). Existía para 1712 una población de 1134 indios varones originarios, de los cuales 596 eran tributarios.[18] Con gran diferencia, la segunda casta fue la española, conformada por peninsulares y criollos, quienes comprendían el 12,6% de la población total. Los mestizos eran pocos; según Lequanda, esto se debía a dos razones: en primer lugar, por el rechazo de los indígenas y, en segundo lugar, por la imposibilidad de acceder a la propiedad de tierras, debido a que estas ya tenían dueños españoles. Esto los

17. Gómez 1995.
18. Gómez 2002: 58.

condicionaba a que se dedicaran al arrieraje, la artesanía y la agricultura. Finalmente, la población esclava representaba un 7,4% de la población total y estaba concentrada en la fabricación de jabón, azúcar y panllevar, como también en el servicio doméstico.

Para terminar, se analiza el caso del partido de Trujillo. Aunque no se conoce bien su temprano desarrollo demográfico debido a la ausencia de fuentes, Castañeda (1996) consigna para 1604 las siguientes cantidades: españoles y mestizos, 925; negros y mulatos, 1073; e indios, 1194. Las poblaciones española y mestiza habían sufrido un descenso de casi el 50% en relación con las cifras de 1575. "Este fenómeno se debería a la atracción que ejercía la ciudad de Saña, al ofrecer mejores perspectivas económicas".[19] Con respecto a la población indígena, fue inferior en número a la de Saña y Piura debido a que durante los primeros cincuenta años Trujillo no tuvo barrios indígenas, y los indios que vivían en la ciudad eran de condición forasteros. La población negra fue en su mayoría esclava y se dedicaba al servicio doméstico.[20]

Para el siglo XVIII contamos con información proveniente del corregidor Miguel Feijoo de Sosa (1760) y del contador Joseph Ignacio de Lequanda (1793). En 1760, Feijoo de Sosa estimó una población de 9289 habitantes repartidos de la siguiente manera: 3050 españoles, 3650 esclavos negros y mulatos, 2300 indios y 289 mestizos. El corregidor señaló que, durante los doscientos años que llevaban de gobierno virreinal, la población indígena se había reducido paulatina pero sostenidamente.[21] Diversas explicaciones se expusieron: a las ya consabidas de los desastres naturales, se añaden las frecuentes incursiones de piratas y corsarios en los asentamientos costeros, y que tenían como su ruina. Esto llevó a una migración de población española a haciendas y obrajes serranos como Huamachuco y Cajamarca; incluso los amos de trapiches transfirieron población esclava hacia esos lugares más rentables.

Los datos consignados por Feijoo (1984[1760]) son bastante reveladores. Ejemplo de ello es el caso del pueblo María Magdalena de Cao. En 1560 se cifraba la población indígena en unos 3000 habitantes; para mediados del XVIII, solo se contaba 69. Lo preocupante era que el pueblo tenía asignadas 947 fanegas de tierra, de las que solo utilizaba 161. Trujillo fue, a decir de Lavallé,

19. Castañeda 1996.

20. Ibíd.

21. Cabe mencionar que, tal como lo aclara el corregidor, esta población hace alusión a los habitantes de la ciudad de Trujillo o del valle del Chimú; es decir, no considera en estos datos a los valles del Virú y de Chicama. Consideramos que esta ausencia afecta en gran proporción los datos de la población esclava, teniendo en cuenta que la mayor parte de las haciendas se establecieron en el valle del Chicama dada su extensión. Cfr. Feijoo 1984: 28.

la zona de la costa que más se afectó por los desastres naturales; así, el cabildo, que solía reunirse unas 15 veces al año a comienzos del siglo anterior, solo tuvo ocho sesiones anuales entre 1755 y 1777, y en repetidas ocasiones las autoridades se quejaban de la carencia de fondos para obras públicas (1999: 48). Un dato interesante proporcionado por Haenke es que, hacia fines de siglo, el valor de la producción agrícola y comercial anual de Trujillo era escasamente de 32.000 pesos (1790: 234), mientras que en las vecinas Lambayeque y Piura alcanzaba 30.800 y 73.000 respectivamente.[22]

Lequanda ensaya, de modo general, algunas otras razones que explican la disminución de la población indígena: el consumo de aguardiente, que causa estragos en la salud de los indios; el trabajo penoso en las minas por medio de las mitas; la opresión de los jueces y el desprecio con que los han tratado los españoles; y, la más importante razón, la peste del siglo XVIII, que causó tal mortandad que los numerosos pueblos de millones de indios quedaron asolados.[23]

Coleman —citada por Lavallé (1999)— ha recopilado datos que le permiten establecer la cantidad de población para los años 1760 y 1784 (cuadro 4).

Cuadro 4

POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE TRUJILLO, 1760, 1784

	Españoles	Mestizos	Indios	Pardos	Negros	Total
1760	5.050 (30,6%)	3.154 (19,1%)	2.939 (17,8%)	5.326 (32,3%)		16.468
1784	1.767 (14,7%)	1.549 (11,9%)	4.577 (38%)	2.557 (21,2%)	1.582 (13,1%)	12.032

En este cuadro se puede observar la disminución considerable de blancos, la que de hecho es aún superior, dado que muchos miembros del grupo de los mestizos empiezan a ser adscritos al grupo de los blancos. Esta baja se debería a los perjuicios que trajeron consigo los fenómenos climáticos, lo que condujo a que muchos españoles —y blancos en general— emigraran principalmente a Lima. De este modo, lo que ocurría en los valles norteños había dejado de ser para ellos una preocupación fundamental. A la inversa, los

22. El alto valor de la producción anual de Piura se debería —según Haenke— al cultivo y comercialización de algodón, el cual se extraía en crecidas cantidades que tenían como destino Quito, Lima y Chile, así como a la extracción y comercialización de cascarilla (Haenke 2001 [1790]: 240).

23. Lequanda 1793b: 48.

pardos y negros pasaron de constituir un poco más del tercio de la población a más de la mitad.[24]

Cuadro 5
POBLACIÓN DEL PARTIDO DE TRUJILLO, 1793

Estado	Españoles	Indios	Mestizos	Pardos	Negros	Total
Eclesiásticos	414	10	9	1		443
Casados	342	1.999	430	492	374	3.530
Solteros	642	1.068	615	1.254	774	4.353
Viudos	114	236	95	68	125	638
Párvulos	235	1.281	409	843	309	3.063
Total	1.747	4.587	1.558	2.558	1.582	12.032

Fuente: Lequanda 1793b: f. 46.

En el análisis, Lequanda (1793a) señala acerca de los indios trujillanos que “son gobernados por sus alcaldes y demás justicias [...]. Son sus Repúblicas las mejor regidas, a que también contribuye el ser los más civilizados que hay en estos Valles y en la Sierra. Son muy dóciles y obedientes, propensos al obsequio y al servicio”.

Un breve análisis señala que los indios de Trujillo ascendían a 38,12% de la población censada, seguidos —de lejos— por las castas: 21,25% (pardos), 13,14% (negros) y 12,94% (mestizos). Lo interesante es que en esta ciudad, a diferencia de lo que ocurría en Saña y Piura, la población blanca constituyó un grupo importante (14,51%), hecho que podría atribuirse, siguiendo a Lequanda, “a las cualidades del aire, de los bastimentos con que se nutren, o a la situación de la tierra más o menos privilegiada”.[25]

El ingreso de negros por Paita y la mano de obra esclava

Después de la debacle demográfica indígena en la costa norte del virreinato peruano, debido a epidemias y guerras diversas durante la conquista, la instauración del régimen virreinal y del nuevo orden económico productivo de las haciendas y estancias acarreó la necesidad de cubrir la demanda de mano de obra no cualificada. Por esta razón, se optó por la introducción del trabajo esclavo.

24. Lavallé 1999: 48-50.
25. Lequanda 1793b: 46.

El esclavismo fue una práctica habitual en el Antiguo Régimen. A raíz de la encarnizada defensa que hiciera Bartolomé de Las Casas del indio americano y de su dignidad, la Corona promulgó las *Leyes nuevas* (1542), una serie de disposiciones para proteger a este grupo que se encargaba del trabajo forzoso en las minas, obrajes, plantaciones y haciendas, razón por la cual se vio necesario suplir esta mano de obra por la africana. Se podría decir que esta fue la razón que motivó la trata negrera, la cual se dará, a través de diversas modalidades, en los tres siglos de la época virreinal. Según Carlos Aguirre, cerca de quince millones de negros fueron traídos a este continente: la mayoría con destino al trabajo de las plantaciones de diversas ciudades de Brasil, Estados Unidos y el Caribe, mientras que una fracción relativamente pequeña llegó al virreinato peruano.[26]

Las castas de esclavos estaban constituidas por negros, zambos y mulatos; es decir, los descendientes de negros mezclados con otras razas. La población negra era considerada como la más baja de la sociedad y se les atribuía ser gente "díscola y de malas costumbres", como lo manifiesta Lequanda.[27] Sin embargo, a diferencia de los indígenas, su propia condición —al margen de la sociedad— les confirió una cierta indiferencia que les permitía actuar de forma más desahogada que los indios. Por otra parte, su estrecha vinculación con los blancos —mediante el servicio doméstico en las ciudades— los asimilaba más a este grupo que a los propios indios.[28]

El papel que tuvieron los negros en las estructuras económicas y sociales del Perú del siglo XVIII fue importante. El censo de 1795 arrojó una población negra equivalente al 7,4% de la población total del virreinato, dividida entre esclavos (40.385) y libertos (41.004). Si bien este porcentaje es pequeño en comparación con los otros sectores de la sociedad, lo notorio es que su concentración se dio en zonas claves de las costas del Perú, a diferencia, por ejemplo, de la clase indígena (que estaba distribuida por todo el territorio). Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1763) describieron la costa peruana como una zona dominada por negros. A finales del siglo XVIII, el virreinato del Perú tenía un total de 40.347 esclavos repartidos a lo largo de sus siete intendencias (cuadro 6).

---

26. Aguirre 2000: 64.
27. Lequanda 1793c: 176.
28. Restrepo 1992: 52.

Cuadro 6
POBLACIÓN ESCLAVA DEL VIRREINATO DEL PERÚ, 1791

Intendencias	Esclavos	Porcentaje
Lima	29.763	73,7
Tarma	236	0,5
Trujillo	4.725	11,7
Arequipa	5.268	13,0
Huancavelica	41	0,1
Huamanga	30	0,0
Cuzco	284	0,7
TOTAL	40.347	100,0

Fuentes: AGI, Estado, Legs. 73 y 38. Flores-Galindo 1984: 100.

En la ciudad de Lima, de una población total de 63.000 personas, había un aproximado de 28.000 negros, entre esclavos y libertos. En Arequipa se hallaban 12.000, 4000 en la capital y otros 8000 distribuidos de modo bastante uniforme en los lugares especializados en la producción de vino y aguardiente. La otra gran concentración de negros, entre esclavos y libertos, se encontraba en la intendencia de Trujillo, sobre todo en los partidos costeños de Lambayeque (5000), Piura (6000) y Trujillo (4000).[29] De ella, la población esclava estuvo distribuida según se muestra en el cuadro 7.

Cuadro 7
DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN ESCLAVA, SIGLO XVIII

Partidos	Esclavos	Partidos	Esclavos
Trujillo	1582	Chota	s.d.
Lambayeque	1831	Huamachuco	79
Piura	884	Pataz	8
Cajamarca	328	Chachapoyas	13
Total de población esclava: 4725			

Fuente: Contreras 2010: 388.

29. Fisher 2000: 147.

No se cuenta con datos estadísticos sobre población esclava para inicios del siglo XIX; Fisher cita dos fuentes, de las cuales una afirma que hay 50.000 esclavos en 1824 y otra 89.000 en 1812. Sin embargo, para este autor, esas diferencias no son tan incongruentes, dado que el comercio de esclavos se dio hasta 1812 y que un número considerable de esclavos fue reclutado por San Martín en 1820 para reforzar al ejército enviado desde Valparaíso, a cambio de su libertad.[30]

El ingreso de esclavos por Paita

Un aspecto importante a estudiar en el tema de la esclavitud, poco trabajado hasta ahora, es el que corresponde al tráfico negrero. Está bastante generalizada la idea de que en el periodo virreinal tardío el comercio de esclavos entre Panamá y el Perú (por la vía del puerto de Paita) fue mínimo. Esta se sustenta en dos comprobaciones: primero, la crisis agrícola que azotó las haciendas de la costa norte a fines del XVII e inicios del XVIII; y segundo, la estrategia comercial borbónica de abrir una ruta alternativa a Panamá, la vía Buenos Aires-Potosí-Lima (1777), con el consiguiente cierre de las ferias de Portobelo (1597-1737).

Un análisis más detenido, como aquí se hace, permite afirmar que, pese a los desastres naturales (terremoto de 1687 y FEN 1720 y 1728), la situación crítica de las haciendas norteñas no supuso la caída total de la producción. Como se ha señalado antes, lo que sucedió fue un proceso de sustitución y recomposición de la economía regional. Así, en Saña-Lambayeque se sustituyó la producción de caña de azúcar por la crianza de ganado y la industria tinera; en Trujillo se inició la producción de azúcar en las haciendas; y en Piura derivó al cultivo de algodón y la recolección y empacamiento de cascarilla. En cualquier caso, lo que se necesitaba era mano de obra. Visto de este modo, es posible afirmar que el problema central no estuvo en la ausencia de tráfico negrero, sino en la incapacidad del sistema para abastecer de esa mano de obra a las necesitadas haciendas.

Con respecto al segundo planteamiento, referido al debilitamiento de la ruta Panamá-Paita-Callao como consecuencia de la guerra entre España e Inglaterra, los documentos consultados demuestran que la ruta de Panamá se debilitó pero no desapareció por diversas razones: la principal, porque el tránsito por el istmo era inevitable y tuvo una importancia esencial para la economía del virreinato peruano; entre Lima y Trujillo, para esta época, se había constituido un sólido grupo de comerciantes dedicados al tráfico de todo tipo de mercancías empleando esta vía. Asimismo, en Portobelo, un grupo de señores de la feria no se resignaron a perder las ganancias que obtenían con la venta de

30. Ibíd., p. 149.

la mercadería destinada al Perú. Así, lograron que para el tráfico esclavo y la restante importación no fuese habilitado el puerto de Buenos Aires sino muy tardíamente.[31]

También es cierto que esta ruta se vio afectada por el contrabando de esclavos que ingresaban por la vía de Buenos Aires, lo que significó una fuerte competencia para la ruta del Pacífico, reflejada en los reclamos de los negreros de Cartagena, quienes se quejaban no solo por el fraude en sí, sino también porque se vendía a más bajo precio (una suerte de competencia desleal), lo que motivaba, lógicamente, que los comerciantes prefirieran ir a comprarlos a Buenos Aires antes que a Panamá.

Por todo lo expuesto se puede afirmar que, si bien ya no con la misma asiduidad de los siglos anteriores, por el puerto de Paita siguieron ingresando cantidades considerables de esclavos; muchos de ellos tenían como destino final las haciendas de Piura, Lambayeque y Trujillo.

El arribo al puerto y el destino a las haciendas de los valles

Como ya se ha mencionado, el tráfico de esclavos con destino al norte del virreinato del Perú se hacía a través de la ruta de Panamá. Desde el siglo XVI se establecieron los puntos de desembarque y conexión en la gran ruta del comercio atlántico de esclavos africanos. El primero de esos puntos fue Cartagena de Indias, en donde desembarcaban los navíos negreros que cruzaban el océano Atlántico procedentes de los territorios de Senegambia, Costa de Oro, Sierra Leona, el Congo y Angola.

En Cartagena eran reembarcados para Portobelo, desde donde se dirigían a Panamá a través de un camino terrestre que tardaba cinco días en ser recorrido. Ya en el océano Pacífico, de Panamá se embarcaban con destino a Paita. En este punto se separaban los que iban a ser vendidos en las distintas haciendas costeras, a través de la ruta terrestre (entre 18 y 20 días de viaje), y los que iban al Callao a través de la ruta marítima, viaje no exento de peligros que podía tomar de 30 a 40 días.

Se tiene noticias de las condiciones de viaje en el trayecto Panamá-Paita. Los esclavos se transportaban en navíos de distinto tipo, incluso fragatas o balsas, bajo pésimas condiciones materiales, tanto de infraestructura de las embarcaciones como de salubridad. Muchos morían en la travesía e incluso en el lugar al que arribaban. Los comerciantes norteños, como Matheo de Urdapileta (que se proveía de mano de obra para sus minas de copé de Amotape), transportaban a sus esclavos en balsas conducidas por indios.

31. Martínez 1977: 53.

El viaje terrestre también tenía sus particularidades. Los esclavos (también llamados *piezas*) se ponían a la venta en el puerto de Paita. Luego, eran conducidos a la ciudad de Piura, donde se guardaban por uno o dos días, a fin de que el comerciante entregase encargos recibidos. El resto emprendía el camino a Lima, siguiendo la "carrera real". El transporte estaba a cargo de los mismos comerciantes o de agentes que a su vez contrataban los servicios de peones y arrieros, quienes se encargaban de trasladar y vigilar a los negros. En algunos casos acompañaba a la comitiva un indio o mestizo barbero que hacía de "médico", por si algún esclavo enfermaba.

La ruta terrestre hacia Lima desde Piura se bifurcaba en dos. Una, la llamada *de valles,* cruzaba el desierto de Sechura. El tramo era cansado, por el suelo arenoso y las enormes distancias sin agua; por ello, era necesario llevar provisión sobre todo para los esclavos y las mulas (que, además, transportaban mercaderías). Saliendo del desierto, el primer pueblo al que se llegaba era Mórrope, a cuatro leguas se encontraba Lambayeque y el camino seguía con dirección a Monsefú, Las Lagunas y Paiján, primer pueblo de la jurisdicción de Trujillo. En esta última se entregaba una cantidad considerable de esclavos, porque no solo se atendían necesidades de las haciendas de Trujillo, sino también las de Cajamarca o de otras provincias del corregimiento: Huamachuco y Huamboso, y los pueblos de Jaén, Saña, Cruz, Chachapoyas y Moyobamba, con quienes realizaban un intenso comercio.[32]

Luego de Trujillo se ingresaba a Chócope, San Pedro, Moche, Virú y Tambo de Chao; de aquí se seguía camino hasta las orillas del Santa, ingresando a la villa del mismo nombre; luego a Guacatambo, Manchán, Casma La Baja, Huarmey, Callejones, Guamanmayo y Pativilca, último pueblo de la jurisdicción del corregimiento de Santa o Guarmey. De Barranca se pasaba a la villa de Chancay, luego a Pasamayo, Tambo del Inca, entrando finalmente a Lima.

Cabe anotar que era peligroso vadear tanto el río Santa como el Barranca, por lo que se necesitaba del auxilio de *chimbadores*. Los comerciantes no se hacían cargo de este peligro, como lo demuestra el compromiso firmado por el comerciante panameño Francisco Sáez y Merino (1717), quien, debiendo conducir una porción de negros a entregar en Lima, manifestó que se

32. Cajamarca se proveía de esclavos, así como de otro tipo de mercancías, únicamente a través de la ruta terrestre. Esta salía desde los diferentes puertos (Paita, Eten, Malabrigo, Huanchaco y el Callao). Es importante mencionar que el número de esclavos vendidos en la villa de Cajamarca fue de 147 (en el periodo 1700-1750), mientras que para la década 1751-1761 no se registra venta alguna, ni mercaderes venidos de fuera. Los propios vecinos del lugar no parecen estar interesados en esta mercancía. Entre los años 1762 y 1800 la trata de negros arroja una venta de 831 esclavos, lo que significa un aumento que se deja sentir de una manera considerable a partir de 1794. Cfr. Álvarez 2007: 454.

responsabilizaba por los pagos de los fletes, cargadores, arrieros y más, pero no "del riesgo de los ríos de Santa y la Barranca".[33]

La segunda ruta era llamada *del rodeo,* porque evitaba cruzar el desierto de Sechura. Esta tenía una mayor longitud que la ruta de valles en el primer tramo (Piura-Mórrope), punto en donde se unía a la otra ruta. Los pueblos que se encontraban eran menos, pero se utilizaba cuando debían entregar esclavos en las haciendas del Alto Piura o en Lambayeque. El camino se alejaba de Piura en dirección este, haciendo un alto en el paraje vicus (también llamado Río de la Negra); luego, siempre bordeando el desierto, seguía con dirección a Olmos, tras sortear una peligrosa cuesta llamada Ñaupe.

No cabe duda de los beneficios que traían estas rutas para los comerciantes: ahorro de tiempo en el trayecto a Lima (respecto a la ruta marítima) y la posibilidad de vender las piezas en las haciendas y estancias distribuidas a la vera del camino a través de la venta directa. Sin embargo, no fueron ni mucho menos viajes tranquilos o exentos de riesgo, sobre todo porque, debido al trajín y al cansancio, varios esclavos morían en el intento por llegar a su destino; así, se consigna el caso referido por el comerciante Francisco López de la Flor, vecino de Guayaquil, según el cual, tras el penoso camino por medio del desierto sechurano, la partida de esclavos llegó a Lambayeque con señas de enfermedad y cansancio extremo. López de la Flor tenía que entregar la partida en Chancay a Francisco Lazarte, dueño de la hacienda Rette. Sin embargo, al verlos enfermos, el comerciante guayaquileño tuvo que vender especialmente a los jóvenes y niños (muleques) ante el temor de que pudieran morir "debido al cansancio del camino". Es así como López de la Flor solo entregó a Lazarte veinte esclavos de la partida inicial.[34] Otro riesgo, aunque muy esporádico, fue el intento de los esclavos de escapar de sus dueños, causando, incluso, la muerte de estos. Tal es lo que le ocurrió al comerciante Alonso Benites Niño, quien conducía una partida de 44 esclavos por la ruta del rodeo, pero en su intento de entregar piezas

---

33. Archivo Regional de Piura (ARP). Serie Notarial. Notario: Isidro de la Peña. Año: 1717. Al respecto Del Busto nos dice que: "Al de Santa se le podía llamar el valle de las sepulturas, por la cantidad de tumbas antiguas e indios desaparecidos desde el arribo de los españoles [...]. Para pasar una persona utilizaban la frágil balsilla de calabazos que remolcaban a nado con increíble habilidad, pero para transportar las mulas y fardaje usaban otras de madera que guiaban con varas alargadas que apoyaban en el fondo pedregoso de las aguas. Solo en verano, cuando éstas no venían tan crecidas, se vadeaban a caballo. No se prescindía por esto de la ayuda y experiencia de los indios, que asidos entre sí y formando una cadena humana de orilla a orilla, impedían que los españoles fueran arrastrados" (Del Busto 2004: 486-487).

34. La información no indica el número de esclavos transportados inicialmente por Francisco López de la Flor. ARP, Serie Notarial: Mathias de Valdivieso, leg. 1, prot. 1, 11 de mayo de 1750.

en las haciendas del Alto Piura, él y su capataz hallaron la muerte a manos de sus propios esclavos.[35]

Aproximación al número de esclavos ingresados

Los cuatro primeros decenios (1703-1739)

El siglo XVIII empieza para la monarquía hispánica con la llegada de los Borbones al poder; esto significó el fin de la compañía portuguesa y el comienzo del monopolio francés en la América Hispana en manos de la Compañía Real de Guinea de Francia. Este monopolio francés duró desde 1700 (aunque para el caso peruano recién en 1703 ingresó la primera embarcación) hasta 1710, cuando la compañía asumió que no le era posible cumplir con el compromiso establecido con la Corona hispana de abastecer los territorios americanos de esclavos, y dos años antes del cumplimiento del contrato se declaró en bancarrota. Esto abrió el camino a los ingleses, que desde hacía mucho intentaban intervenir en el comercio de las Indias, ya sea legal o ilegalmente.

Para lograr un estimado aproximado del número de esclavos que ingresaron por el puerto de Paita para este periodo (1703-1713) se procuraron analizar, sin éxito, los datos de los cuadernos de almojarifazgo —impuesto aduanero que se cobraba por el tránsito de mercaderías entre los puertos del reino español—; sin embargo, al estudiar los contratos de compraventa, se ha podido conseguir una cifra aproximativa de ingresos de esclavos, de 455, entre esclavos adultos y niños (muleques). La mayoría de estos esclavos tenían como destino las haciendas del valle de Saña, en pleno *boom* azucarero y con grandes necesidades de mano de obra. Tal fue el caso de Cayaltí, que, de 22 esclavos que tenía en el siglo XVII, pasó, en 1705, a poseer 54. Lógicamente, esto debió influir en el aumento de la producción de azúcar de esa hacienda, que pasó de 30% a 50%.[36]

La necesidad de mano de obra esclava fue tan importante que los hacendados lambayecanos costearon viajes a sus comisionados a Tierra Firme o a Lima para adquirir grandes lotes de hasta 58 piezas. En haciendas como Calupe o Cayaltí, el número de esclavos se duplicó o triplicó. Sin embargo, estas importaciones no bastaron para cubrir las necesidades de la región, dada la rápida expansión de la industria azucarera. Los hacendados, ante la imposibilidad de cubrir con esclavos sus requerimientos de trabajo, según Ramírez, echaron mano de la población indígena y de castas, de diversas condiciones y capacidades.[37]

---

35. Gutiérrez 2011: 67-79.
36. Ramírez 1991: 188.
37. Ibíd., p. 179.

Entre 1715 y 1739 el ingreso de esclavos al Perú estuvo a cargo de la South Sea Company, también conocida en España como la Compañía de Inglaterra, que fue la empresa elegida para el desarrollo del asiento de esclavos negros y que gozaría de todos los derechos del asiento inglés.[38]

Pese a los buenos augurios, el comercio en este periodo no fue constante, marcado principalmente por los continuos conflictos entre España e Inglaterra. Así, se tienen registros discontinuos en volumen y periodicidad: en algunos años el ingreso fue considerable (1717, 399 piezas; 1724, 230) y otros años, magro (1716, 18 piezas; 1725, 1). Del mismo modo, se tienen periodos de mucho tráfico, como el de 1722-1727, en el que se registró el ingreso de 383 esclavos. En este último año, 1727, una nueva declaratoria de guerra a Inglaterra por parte de la Corona suprimió la concesión del asiento. En marzo de 1728 se volvió a suscribir el acuerdo, por lo que se reanudó el comercio. Se puede afirmar que esto marcó lo que se sería el periodo de auge (1729-1739).[39]

Se pueden esbozar algunas razones que expliquen este auge comercial. En primer lugar, está la crisis que sufrió, consecuencia de la declaratoria de guerra de 1727, el puerto del Río de la Plata, lo que redujo la introducción de esclavos por esa ruta. Segundo, el hecho de que los oficiales reales impusieran a los compradores de esclavos una tasa de 50 a 60 pesos por cabeza de esclavo comprado en Buenos Aires, lo que encarecía la compra y la hacía menos rentable. A estas dos razones se une una tercera de carácter regional: el desarrollo de la producción de algodón en Piura y la sustitución de la alicaída producción de trigo en Trujillo por la cañera. En efecto, el desarrollo de la agricultura en Piura y en Trujillo implicó la necesidad de una creciente mano de obra esclava. Hay que mencionar, además, que la producción de azúcar en Trujillo hizo que entre 1710 y 1763 aumente el número de trapiches: de 10 a 24. La nueva orientación cañera de la economía trujillana no resolvió los problemas económicos de la región, pues en todos los valles de la costa norte por aquellos años la caña se convirtió en el cultivo principal, a veces casi único; de allí, los inevitables problemas de competencia, superproducción y baja de los precios.[40]

---

38. Otra de las aspirantes fue la Royal African Company, pero, debido a su estado precario en las finanzas, se recelaba de que pudiera reunir capital suficiente para emprender ese nuevo comercio. La South Sea Company empezaría sus operaciones en mayo de 1713, pero no fue sino hasta 1715 cuando se empieza a dar el tráfico tanto por Panamá como por Buenos Aires.

39. La primera carga negrera que ingresó por Paita, finalizado el conflicto, fue traída por el comerciante trujillano Pedro Joseph de Iriarte (1729) y estuvo compuesta por 33 esclavos: 10 hombres, 18 mujeres y 5 muleques. Cfr. ARP. Protocolo Notarial, Sebastián Jiménez Zarco, protocolo 7, 1729.

40. Lavallé 1999: 47-48.

Cuadro 8
CANTIDAD DE ESCLAVOS INTRODUCIDOS POR PAITA, 1729-1739

Año	Piezas de Indias*	Muleques	Total
1729	31	5	36
1730	100	12	112
1731	185	150	335
1732	62	50	112
1733	300	40	340
1734	391	160	551
1735	609	240	849
1736	308	260	568
1737	114	22	136
1738	331	110	441
1739	112	57	169
Totales	2543	1106	3649

Fuente: Elaboración propia sobre la base de documentos de los archivos: Regional de Piura (ARP), General de la Nación (AGN) y de Límites y Relaciones Exteriores (ALRE).[41]
* "Piezas de Indias" hace referencia a los esclavos adultos, es decir, de 18 años (aprox.) a más.

La South Sea Company adujo, en 1733, que la situación en Río de la Plata le generaba pérdidas en su contrato con la Corona, por lo que estaban dispuestos a renunciar a él; no obstante, España ordenó su continuidad, aduciendo que la compañía no poseía facultades para disponer de las concesiones y de los privilegios que se le habían otorgado. Ante esto, decidió recuperarse de las pérdidas ocasionadas por las interrupciones del comercio durante las guerras e inició un periodo de gran actividad que duró hasta 1739, fecha de inicio de una nueva guerra hispano-anglosajona. Sin embargo, a pesar del elevado número de compras realizadas por comerciantes peruanos a la South Sea Company durante la década de 1730, de ningún modo supuso la recuperación económica de la compañía.

Las razones expuestas, desarrolladas en el contexto de una competencia entre puertos (Buenos Aires-Panamá) en el marco de las reformas borbónicas que buscaban promover por un comercio más intenso, provocó, al menos para

41. Las cantidades mencionadas, en algunos casos, han variado con respecto a las consignadas en un trabajo nuestro publicado en el año 2010. Esto se debe a que en aquella oportunidad aún no habíamos revisado la documentación existente en el Archivo de Límites y Relaciones Exteriores. Cfr. Gutiérrez 2010: 493-516.

el norte del Perú, lo que Aldana ha denominado como "cambio en los polos económicos regionales".[42] En este contexto, siguiendo a Jaramillo, el comercio a través de Paita experimentó un franco crecimiento a partir de la segunda década del siglo XVIII; la subida se aceleró "a fines de esa década y continuó a lo largo de las tres siguientes, solo para ser interrumpida por un quinquenio de declive causado por la guerra en Europa [primera mitad de la década de 1740]".[43]

Es precisamente en este periodo en el que se encuentran más evidencias de contrabando de esclavos, actividad desarrollada en estrecha complicidad por los funcionarios de las cajas reales y los comerciantes. Fueron diversas las modalidades de comerciar ilícitamente las "piezas de Indias", entre las cuales se puede mencionar las guías contrahechas, carencia de despachos y partidas de registros, consignación de número menor de piezas en las partidas de registros, despachos fingidos y evasión de cobro por derechos de almojarifazgo. El contador Nicolás Gonzales de Salazar realizó en frecuentes ocasiones esta actividad, lo que en tres oportunidades le costó la pérdida de la libertad. A Gonzales de Salazar, además, lo encontramos como consignatario o apoderado de grandes comerciantes panameños, para lo cual recibió amplios poderes con el fin de vender "piezas de Indias" al contado o al fiado;[44] comercializó, además, cascarilla y se convirtió en uno de los muchos intermediarios locales de los que se servían los grandes mercaderes para hacerse de este recurso.[45]

Entre 1739 y 1743 no se ha encontrado registro del ingreso de esclavos por Paita. Es recién en mayo de 1744 cuando Santiago de Arrunátegui reanuda el comercio esclavista, con la entrada en la fragata Nuestra Señora de Chiquinquirá y la Misericordia de 45 piezas de Indias y 30 muleques, todos de casta carabalís. Estos esclavos habían sido adquiridos al asentista Julien de Barboteau de Arrunátegui.[46]

El ingreso de esclavos por Paita entre 1750 y 1787

El año 1750 representa un hito importante en la historia del tráfico esclavista en el Perú: finalmente, libre de la tutela ejercida por la South Sea Company, la Corona pudo aplicar su propia política en materia comercial. Si bien esta no constituyó ninguna novedad, pues se retomó la práctica de conceder asientos

42. Aldana 1992: 83.
43. Jaramillo 1999: 50-51.
44. ARP. Protocolos Notariales, Joseph Narciso de Nivardo, leg. 2, prot. 1, 1733.
45. Hernández 2008b: 188.
46. Archivo General de la Nación (AGN), Serie Cuadernos de Almojarifazgo, Paita 19 de mayo de 1744.

de negros a comerciantes particulares, la principal diferencia estuvo en que las autoridades prefirieron contar con empresarios españoles, lo que expresaría la intención de "nacionalizar" el tráfico en la medida de lo posible. Cierto o no, lo que es evidente es que estos mercaderes actuaban como meros intermediarios entre las Indias y los traficantes extranjeros en el África.[47]

Uno de los autorizados con licencia para exportar esclavos de Panamá al Perú fue Matheo de Izaguirre, Conde de Santa Ana, quien entre 1753 y 1765 amasó una de las grandes fortunas de Panamá. Desde marzo de 1753 se tiene noticias de su actividad comercial, al otorgar poderes a Mathias de la Vega y Diego de Noriega para que ingresaran por Paita lotes nada despreciables de esclavos.

El caso del Conde de Santa Ana permite observar la estrategia desplegada por estos grandes comerciantes de esclavos, quienes establecieron una red mercantil amplia a partir de su vínculo con cierto número de individuos, de agentes que conectaban el mercado interno y externo. Estos agentes estaban situados en varios puntos de un circuito, y el comercio de esclavos que realizaban vivía de estos enlaces que se multiplicaban según las necesidades. Era, pues, una variedad de personas las que actuaban de consignatarios, cuyo papel era recibir las mercaderías que en algunos casos les daba Izaguirre personalmente en Panamá y ocuparse de la venta de ellas; en otros casos, estas mismas mercancías se entregaban, en los puertos de Paita y del Callao, a vecinos que se encargaban de venderlas. En Panamá, personas de confianza fueron Diego de Noriega y Pedro Joseph Gómez; en Paita, las hermanas María Ignacia y María Antonia Márquez Caballero,[48] el capitán Joseph Gutiérrez Fajardo y Ramón Henriquez; y en Lima, Thomas de Querejazu y Thomas de la Cuadra. Para que las embarcaciones no realizaran vacías el tornaviaje desde Paita, Izaguirre dispuso a sus apoderados que embarcaran productos "propios de la tierra"; los más frecuentes eran harinas y azúcares.[49]

Pese a la aparente seguridad que daba el despliegue de una estrategia como la explicada antes, el negocio esclavista en manos de estos grandes comerciantes no estaba exento de riesgos y peligros derivados de las características que tenía el comercio y aun de la tecnología de la época. Esto se desprende de los modos en que se celebraban los contratos de compraventa, en los que el comprador hacía

---

47. Flores 2003: 15.

48. Las hermanas María Antonia y María Ignacia Márquez Caballero, naturales del puerto de Paita, fueron hijas legítimas de Sebastián Márquez Caballero y de Barthola de Góngora y Santoyo. María Antonia fue esposa del contador oficial Nicolás Gonzales de Salazar y María Ignacia, del tesorero Joseph Gómez Moreno, a quien también en alguna ocasión encontramos recibiendo poderes de Diego de Noriega para que venda piezas de esclavos. Ellas, a diferencia de otros comerciantes que realizaban sus transacciones en Paita y vivían en Piura, fijaron residencia en Paita.

49. ARP. Serie Notarial, Fernando de Lazúregui, prot. 2, leg. 36, 1767.

una promesa de pago a futuro y pactaba con el vendedor las fechas de cumplimiento. Del mismo modo, entre los principales riesgos que tenía el envío de los lotes de esclavos estaban el naufragio de las embarcaciones y las epidemias que podía contraer la "mercancía" durante el viaje debido a las condiciones insalubres.

En el caso del Conde de Santa Ana, se tiene noticias de los apremios que tenía por la venta de un lote de doscientos esclavos, que fue comprado bajo promesa de pago en el asiento de Panamá, para cuya venta envió a su agente Thomas de la Cuadra. En 1757, tuvo que enfrentar una situación comercial que le hizo replantearse su continuidad en el negocio, puesto que, de un lote de esclavos enviados desde Panamá ese año en sus embarcaciones, 86 murieron, víctimas de la viruela.[50]

Se puede deducir que los pagos pendientes de su compra anterior obligaron a Matheo de Izaguirre a permanecer en este comercio (al parecer ya en contra de sus intereses y deseos), puesto que en 1758 remitía un cargamento de esclavos a Paita con carta poder a las hermanas Márquez Caballero, en la que indicaba expresamente que afronten los gastos incurridos en el viaje (comida, flete, pagos por riesgo de mar) y las autorizaba a vender al contado o al fiado ciertas cantidades de esclavos; incluso a María Antonia solicitó "cobrar las antecedentes partidas" por un monto de 2220 pesos.[51]

En las décadas de 1750 y 1760, se hizo notoria la escasez de esclavos en las haciendas de la costa del virreinato, pero no por falta de metálico. Comerciantes como Matheo de Izaguirre sintieron también esta escasez. Una misiva dirigida a su consignatario Querejazu transmite su preocupación ante el retraso en el envío de un pedido hecho con meses de anticipación. Ello le imponía reducir la carga de las embarcaciones dirigidas al Perú o buscar mercaderías sustitutas para colmatar sus bodegas.[52] En otra ocasión debió hacer una compra directa en Costa de Oro, asumiendo el costo del transporte de 80 esclavos, lo que le significó un sobreprecio de 40 pesos por cabeza.[53]

Una nueva guerra contra Inglaterra (1762) trajo consigo un cambio en el sistema de la trata negrera. En efecto, al haber caído La Habana en manos de los ingleses, se dio la apertura de la ciudad al comercio libre durante unos meses, lo que fue una experiencia buena para sus autoridades y comerciantes, que desde

50. AGN. Colección Francisco Moreyra y Matute. Correspondencia de Mateo de Izaguirre a Antonio Hermenegildo Querejazu y Mollinedo. Panamá, 27 de junio de 1757.

51. AGN. Colección Francisco Moreyra y Matute. Correspondencia de Matheo de Izaguirre a varios sujetos de Piura, Paita y Lambayeque, Panamá, 21 de junio de 1758.

52. Ejemplo de ello es que, en marzo de 1758, envió a Diego de Noriega una fragata de solo cien esclavos y un poco de tabaco de hoja en rama.

53. AGN. Colección Francisco Moreyra y Matute. Correspondencia de Matheo de Izaguirre a Antonio Hermenegildo Querejazu y Mollinedo. Panamá, 21 de junio de 1758.

entonces no dejaron de solicitar la libertad del comercio negrero. Sin embargo, la Corona no consintió en su pedido y mantuvo el monopolio a través de una nueva compañía; así, por real cédula del 14 de junio de 1765, otorgó asiento a la Compañía Gaditana de Negros, la primera sociedad mercantil española, conformada por los socios Miguel de Uriarte, Francisco de Aguirre y Lorenzo de Aristegui. Esta realizó operaciones desde 1765 hasta 1772, cuando se declararon en quiebra. En 1779 se disolvió.

La compañía tuvo un movimiento mercantil intenso en Paita. Entre los años 1765 y 1772 logró ingresar un total de 1570 esclavos, de los cuales 811 eran piezas de Indias y 759 muleques.[54] El comerciante Matheo de Izaguirre, Conde de Santa Ana, obtuvo licencia como agente en la mencionada compañía. En esta nueva situación, se observa cómo en solo dos años (1770 y 1771) ingresó 270 y 447 esclavos, respectivamente.[55]

En 1772, al producirse la quiebra de Miguel de Uriarte, la prórroga del asiento fue concedida a los otros dos socios capitalistas, Francisco de Aguirre y Lorenzo de Aristegui, a quienes se les facultó para introducir 1500 esclavos anualmente por los puertos de Portobelo y Cartagena, con el fin de abastecer la demanda de Nueva Granada y el Perú. Los cargamentos destinados al virreinato peruano fueron registrados por cuenta del factor Andrés de Gaviria en Panamá, para luego remitirlos a consignación de los comerciantes Andrés Remón en Paita y Antonio López Escudero en Lima.[56] Hacia 1780, López Escudero reconocía que las cabezas de negros que se podrían destinar a los valles desde Paita a Nasca eran de 800 a 1000 el primer año, 500 a 600 el segundo y 300 a 400 los sucesivos. Sin embargo, la efectividad en el ingreso no se logró, puesto que, en los 11 años de duración del contrato, solo se ingresaron 2048 negros, es decir, algo menos de 186 cabezas por año.

Cabe mencionar que, en 1761, Francisca de Miranda, Marquesa de Valdehoyos, consigue que el virrey de La Zerda le otorgue licencia para introducir 1000 negros esclavos y 2000 barriles de harina.[57] Ello demuestra que las mujeres no estuvieron exentas de participar directamente en este tipo de comercio. La licencia se vio interrumpida por la guerra entre la metrópoli e Inglaterra, y se reanudó entre 1763 y 1766. La Marquesa de Valdehoyos hizo del puerto de Paita su centro de operaciones en cuanto a los negros destinados al Perú; por ello, una de las medidas que adoptó fue nombrar como apoderados suyos, en Paita, a

54. AGN. Cuadernos de Almojarifazgo, ARP. Protocolos Notariales.

55. ARP. Serie Notarial. Fernando Lazúregui y Landa, 1770-1171.

56. AGN. c.16, 1184, registro n.° 6, 1779.

57. ALRE, PIN-23. Registro de escrituras públicas otorgadas ante Juan de Dios Ruidías y Fernando Lazúregui. Caja 437.

Luis Díaz de Tejada y Luis de la Barrera y Dávila, a quienes da poder para que en su nombre vendan piezas de Indias.[58] Es abundante la información de contratos de venta al por mayor o al menor efectuados por ambos apoderados.

La crisis del tráfico de esclavos en el último cuarto del siglo XVIII

La incapacidad de abastecer de mano de obra esclava al virreinato por parte de la firma Aguirre, Aristegui y Compañía derivó en la conclusión definitiva del asiento en 1779. Esto demostró el fracaso del sistema de asientos generales como forma de explotación de la trata negrera. Por ello, la Corona se vio obligada a instaurar otro sistema, que consistía en permitir a cualquier súbdito español importar esclavos desde España o de cualquiera de los territorios de los países neutrales, excepto Río de la Plata, Chile y Perú. De este modo, se iniciaba otro periodo de la trata negrera, que poco a poco fue conduciendo a la liberalización del comercio.[59]

Estas medidas liberalizadoras del tráfico favorecieron el nivel de entrada de esclavos por el Callao procedentes del Río de la Plata; la frecuencia de esta ruta empieza a crecer lentamente frente a la notable reducción de la importación de esclavos procedente del Caribe. Ello condujo a que, durante los últimos 25 años del siglo XVIII, la navegación por la ruta Panamá-Paita fuese muy reducida, tanto así que empezaron a pasar temporadas de cinco meses o más sin recibir noticias.

Flores anota, para el periodo 1770-1801, el ingreso de 1660 esclavos por Paita frente a 6744 piezas que se introdujeron por el Callao. Un fenómeno que percibe el autor es que el 88% de los registros de importación de esclavos ingresados por Paita y el Callao fueron por uno o dos esclavos, que, además, llegaban con destino fijo; así, menciona el caso del barco San Francisco de Asís, que llegó a Paita en marzo de 1788 procedente de Panamá con un cargamento de 52 esclavos comprados a cuenta y consignación de 17 personas de Piura, Lambayeque y Lima. Si bien estas cifras son parciales, reflejan el predominio que adquiere el Callao como puerta de entrada de esclavos negros.[60]

En todo este periodo, uno de los mayores registros de ingresos de esclavos por Paita fue de 41 piezas, introducidas en marzo de 1787 en el barco San Francisco de Asís, consistente en 26 piezas (entre bozales y criollos) y 15 muleques.[61] Otro fue el de 15 piezas de esclavos, traídos por la Real Compañía de Filipinas en octubre de 1789, en el navío El Rosario. Las piezas correspondían a la Compañía de los Cinco Gremios Mayores de Lima.

---

58. Ibíd.
59. Flores 2003: 15.
60. Ibíd., p. 19.
61. AGN. c. 16, 1201, registro n.º 6, 1787.

Consecuencia directa de esta carencia fue que muchos hacendados norteños se vieron en la obligación de adquirir al menudeo esclavos criollos, lo que a partir de entonces se convirtió en una constante. Los criollos eran traídos de Panamá o de cualquier otro puerto cercano y costaban menos que los negros bozales. En parte, esto se debió a que aquellos estaban exentos del pago de impuestos. Otro fenómeno que se suscitó fue la movilización de esclavos de una hacienda a otra, como se verá en Piura, donde los dueños vendían sus esclavos a otros hacendados del mismo partido; y, para el caso de Trujillo, los negros eran enviados a las haciendas y obrajes cajamarquinos o huamachucanos en pleno auge, dada la demanda minera.

En mayo de 1795, con la liberalización de la trata negrera en el Perú, se designó a Paita y al Callao como puertos receptores de esclavos introducidos mediante el uso de barcos españoles. Dicho decreto consignó la libertad de comercio negrero por un periodo de cuatro años, pero fue prorrogado en 1798, 1800, 1804 y 1805. En teoría, para inicios del siglo XIX, toda la América hispana disfrutaba de la libertad de la trata negrera.

Lamentablemente, para ese periodo solo se cuenta con algunos datos consignados por Cajavilca (1999) sobre el ingreso de esclavos por el puerto norteño, lo que no nos permite llegar a conclusión alguna; sin embargo, hay dos factores que queremos resaltar. El primero es que en estas fechas no solo se introducen esclavos provenientes del norte del virreinato, sino también del sur; así, en 1810, en la fragata El Águila ingresaron, por Paita, 33 piezas, procedentes del puerto de Valparaíso en Chile. Esto es interesante dado que, entre 1799 y 1810, por la vía de Buenos Aires y Chile entraron 1500 esclavos anualmente al Perú.[62] El segundo factor es la reducción considerable del costo de los esclavos criollos. Si para fines del siglo XVIII los precios de estos fluctuaban entre 350 y 450 pesos, a inicios del XIX varios eran vendidos entre 200 y 250 pesos; así, el presbítero Gaspar José Adrianzén vendió 41 a Roque Raygada en 9500 pesos, lo que equivale a aproximadamente 232 pesos cada pieza.[63]

Esclavos e indios: principal fuente de mano de obra

Las principales actividades productivas de la costa norte del virreinato peruano en el siglo XVIII, como ya se ha dejado ver, tuvieron en la mano de obra de indios y, en mayor proporción, de negros su capital principal.

La mayor cantidad de población esclava que ingresó al Perú fue empleada en la agricultura, y aunque su presencia no fue uniforme en los distintos

62. Fisher 2000: 149.

63. Cajavilca 1999: 216.

ámbitos rurales del virreinato peruano, sí es cierto que fue en la agricultura de la costa donde el recurso a la mano de obra esclava fue masivo y duradero.[64] Destacan, como parte importante de la fuerza de trabajo rural en la costa peruana, los esclavos que laboraban en las haciendas de los jesuitas, quienes en 1767 empleaban a 5224 esclavos, de los cuales 62% estaba destinado a las plantaciones de caña y 30% a los viñedos. En Piura no hubo haciendas en manos de esta orden, pero sí las hubo en Lambayeque y en Trujillo. En el primer caso destacan las haciendas de caña de San Nicolás de Sicán y Chongoyape; para el segundo, las haciendas azucareras de Tumán, del Carmen y de Guañape.

Poseer esclavos en el mundo colonial constituyó un símbolo de estatus económico y social, pues al adquirir uno se estaba adquiriendo un "bien" que pasaría a formar parte del propio capital. Esta consideración se aprecia en varias acciones donde se ve perfectamente al esclavo como un bien movible: en la venta de casas-tina, por lo general, se incluía como bien mueble tasado a los esclavos; era común que el dueño alquilara la fuerza de trabajo de sus esclavos a terceros, percibiendo un dinero por ello; y, en una transacción comercial, el dueño podía poner a los esclavos como prenda de garantía de préstamos e incluso podía llegar a perderlos si no honraba las deudas o compromisos de pago adquiridos.

Indios y negros en la agricultura y la ganadería

Hasta las primeras décadas del siglo XVIII se estableció el número de mitayos que correspondían a las haciendas. En Piura, los indígenas de Catacaos y de Olmos mitaron en las haciendas de la costa, mientras que en las haciendas de la sierra se valieron de la mano de obra mitaya de los comunes de indígenas de Ayabaca y Huancabamba. En la costa, dada la importancia del ganado en la economía, la mita fue más de carácter ganadero que agrícola, y los indígenas fueron empleados como pastores de los animales. Y ya a inicios del siglo XIX, a semejanza de los hacendados de Lambayeque ante la abolición de las mitas agrícola y ganadera, los piuranos deben de haber tratado de obtener mercedes reales que les permitieran conservar a los mitayos. En este trabajo también se empleó mano de obra mestiza, que cuidaba muy bien al ganado, más por su experiencia que por la aplicación de alguna técnica.[65]

El trabajo de los esclavos en las haciendas superaba el mero trabajo agrícola, pues llegaron a desempeñar distintas funciones, ya que, como dice Aguirre (2005: 59), no había una "esclavatura" homogénea gracias a la especialización del trabajo: la mayoría de hombres y un alto porcentaje de mujeres laboraban los campos de cultivo, otros cuidaban el ganado, hacían trabajos de carpintería,

64. Aguirre 2005a: 49.

65. Aldana 1988: 24.

limpieza, transporte y, finalmente, servicio doméstico. El ejercicio de estas tareas estaba estrechamente vinculado a la existencia de jerarquías en la población esclava, basadas en distinciones de género, edad, color, origen (bozal o criollo), calificaciones y grado de obediencia y disciplina.

La concentración de esclavos en las haciendas trajo consigo la creación de zonas afroamericanas en los diversos valles. Comparativamente, la mayor cantidad de esclavos se concentró en algunas zonas de Trujillo, principalmente en el valle de Chicama, donde se encontraban las principales haciendas-trapiche de este corregimiento. Por ejemplo, en 1760, en la hacienda Moyocape había 76 esclavos; en la de La Concepción, hacia la misma fecha, 80 esclavos. En el Alto Piura, desde el siglo XVI se crearon zonas de presencia negra, que llegó a su máximo apogeo en el siglo XVIII en haciendas como Sáncor, Yapatera, Charanal, Morropón y Bigote; en la mayoría de ellas, el promedio de esclavos oscilaba entre 20 y 30 (hacia mediados del siglo XVIII, Sáncor poseía 28 esclavos). Un caso excepcional es el de Yapatera, que en su máximo apogeo, en 1789, consigna 60 esclavos, de los cuales 27 eran mujeres.[66]

Característica saltante fue la presencia dominante del sexo femenino, ya que las mujeres no solo eran más útiles para el trabajo doméstico, sino también para la reproducción.[67] No podemos dejar de mencionar el establecimiento de una gran cantidad de población negra en la misma ciudad de Piura, donde organizarán el barrio de la "mangachería", en el sector norte, vecino a las tinas y curtidurías.

Para el caso de Lambayeque, las haciendas en las que se concentró gran cantidad de negros fueron Saña, Cayaltí, la Otra Banda, Capote, Jayanca, Santa Lucía, Los Ingenios, Ferreñafe, Luya y Tumán.

Otra actividad importante fue la recolección de cascarilla. Esta, al no estar ligada a hacienda alguna y al darse solo en la sierra, fue realizada en su mayoría por indígenas, por lo que la dedicación de esclavos fue mínima. Los indígenas poseían fortaleza física y cierta destreza, puesto que debía desprenderse del árbol exclusivamente la corteza ("una corteza con pedazos de tronco tendía a perder su color interior y con él su aprecio").[68] El hecho de que poco a poco los hacendados fuesen comprando los territorios donde había cascarilla para explotarla condujo a que los indígenas ya no se puedan valer de este producto para sacarlo y venderlo, sino que se reducían entonces a simples peones trabajando por un jornal, que se les daba contra entrega por cada arroba de cascarilla. El pago era de medio real por arroba.[69] Sin embargo, a fines del siglo XVIII, como ya hemos visto, la escasez

66. Schlüpmann 1993: 246.

67. Espinoza 1985: 9.

68. Jaramillo 1998.

69. Ibíd., p. 79.

de mano de obra en la región no fue solucionada ni con la introducción de esclavos ni con el pago de salarios a indios forasteros, mestizos y mulatos libres. A inicios del siglo XIX, Helguero señalaba la escasez de trabajadores como la causa de "falta de giro" del comercio (1984 [1802]: 81).

Negros e indios en la industria

Además de los campos de cultivo, los negros, los indios y, en menor proporción, los mestizos se dedicaban a la industria de las casas-tina; igualmente, la división del trabajo se hacía con criterios raciales. De este modo, tanto en las fábricas de Piura como de Lambayeque y Trujillo los hacendados preferían a los indios para las faenas pesadas, ahorrándoselas a los negros; finalmente, sustituir a un indio por otro indio les costaba mucho menos que comprar un esclavo.[70] De este modo, los esclavos eran los encargados de mezclar los insumos para el procesamiento del sebo: la buena o mala calidad del jabón dependía del maestro jabonero, que era el esclavo principal, y debía conocer el momento justo para agregar los ingredientes a la tinada. Otra especialización fue la del maestro hornero, que, como su nombre lo dice, era el esclavo encargado de atizar el fuego de los hornos sobre los que se cocía el jabón.

Otras tareas realizadas por esclavos en las casas-tina eran vaciar los zurrones de sebo en los fondos de tina, empetacar el producto, separar la grasa, cortar y cargar la leña y guardar los pellejos. En las casas-tina piuranas, en el periodo 1650-1820, existieron entre 2 y 14 esclavos,[71] aunque cabe aclarar que las fábricas de jabón tenían más demanda por temporadas, por ejemplo en el mes de diciembre, que era tiempo de matanzas. Esta mano de obra se conseguía en las haciendas, en las casas o arrendando esclavos, y, en el siglo XVII costaba 3 reales diarios.

En cuanto al trabajo de mestizos e indios (trabajadores asalariados), se creó entre ellos y el tinero y su fábrica una doble relación; por un lado, estaban los que se vinculaban a la tina por la existencia de la hacienda, y, por el otro, los que abastecían a la tina con su producción lejiera.

Respecto a esto último, cabe señalar que para la elaboración de lejía se utilizaba como materia prima el lito existente en los despoblados piuranos.[72] Era una actividad desarrollada por indígenas, principalmente morropeños y sechuranos, determinando entre ellos una estrategia para evitar tener que competir entre sí: valiéndose de su ubicación geográfica, establecieron un tácito acuerdo de mercado por el cual los primeros abastecían a Piura y los segundos,

70. Ramírez 1991: 183.
71. Aldana 1988: 132-133.
72. Ibíd., p. 129.

a Lambayeque. Sin embargo, Aldana manifiesta que no fueron pocas las quejas del común de Mórrope contra los indios de Sechura por la irrupción de estos en su mercado. Finalmente, los indígenas tuvieron la "exclusividad del transporte balsero", utilizado para llevar el jabón de Piura a Guayaquil.[73]

Otra industria fue el trapiche, en el que claramente se distinguió entre el trabajo de los negros y el de los indios. Los negros se entrenaban para realizar determinados trabajos en la manufactura de azúcar, pues el procesamiento de este producto era tan complejo que se precisaba de mano de obra especializada. La primera parte del proceso era conocida como la molienda, y a los esclavos dedicados a atender las operaciones de esta etapa se les conocía como molineros o trapicheros.

La extracción del jugo, que era la siguiente fase, correspondía también al trabajo esclavo o a los bueyes, ya que los hubo en haciendas como la de Tumán en Lambayeque. La siguiente fase de la conversión del jugo de la caña en azúcar se realizaba en la llamada mesa de pailas, donde se cocinaban los caldos hasta que tomen su punto; aquí se encontraba el esclavo importante de la hacienda, conocido como "el azucarero", quien señalaba el instante preciso en que los caldos tomaban punto. De su pericia dependía que el azúcar saliese de buena calidad, el punto preciso para las mieles y el temple suficiente de las melazas. En él se juntaban habilidad, pericia y experiencia, pero a veces también fallaba, por lo que se corría el riesgo de que el azúcar saliese de mala calidad.

El azucarero era asistido por otros esclavos, que concurrían a mantener el fuego a punto, a remover el caldo en las pailas o a sacar las espumas del caldo, conocidas como "cachazas", las cuales eran juntadas en una paila especial. El trabajo aquí era el más riesgoso, y muchas fueron las veces en que los esclavos sufrieron quemaduras salpicados por los caldos hirvientes. El siguiente tramo del proceso continuaba en la casa de purga, donde los caldos a punto eran vaciados en unas hormas de barro hasta que cuajaran.[74] De esta manera se obtenían los panes de azúcar.

Otras actividades

Los negros esclavos e indígenas también participaron en otras actividades:

a) En las minas: para el caso de Piura tenemos la explotación de copé o alquitrán, mineral muy apreciado desde los inicios de la conquista, que servía para carenar navíos y alquitranar jarcias. Aunque en el siglo

73. Ibíd., loc. cit.

74. Vega 2003: 83.

ilustrado fue reemplazado por la brea, el copé se siguió explotando, pues era magnífico para impermeabilizar botijas de aguardiente y vino.[75]

En Lambayeque, hasta mediados del siglo XVIII, se explotó el salitral Julupe o Fulupe, ubicado a una legua de la hacienda San Nicolás de Sicán, del cual se llegaron a explotar 110 quintales al año. A mediados del XVIII este salitral fue sustituido por el salitral La Soledad, anexo de la hacienda de Sicán. Al estar ubicados estos salitres dentro de las haciendas, los esclavos eran destinados para ambas actividades: minería y agricultura.[76]

b) En el comercio: más que participar en la actividad comercial en sí, los mestizos e indígenas costeños aprovecharon el comercio marítimo y terrestre para desarrollar una serie de actividades, como el carenaje de los barcos, en el que jugaron un gran papel los pobladores de Colán (Paita), quienes, a través de balsas elaboradas para este fin, conducían agua y tollo salado hasta las embarcaciones que atracaban muy cerca de la playa. Asimismo, las proveían de bizcochos u otros alimentos traídos de Amotape.

Fue inevitable el que los indios participaran indirectamente del tráfico ilícito, pues al proveer a estas embarcaciones con agua y comida, también cargaban las mercaderías de estas embarcaciones para conducirlas hasta la playa; por ello, las ordenanzas de prohibición del contrabando fueron muy específicas en establecer los castigos a los que se sometería a los indígenas que proveyeran de productos a los contrabandistas, aunque estos "pretexten urgente necesidad".[77]

El *arrieraje* y la *balsería* fueron actividades vinculadas al comercio que permitieron a los indígenas, especialmente de Colán, Catacaos, Sechura, Mórrope y Chicama, trabajar muy de cerca con las embarcaciones españolas. Su conocimiento práctico de la geografía lugareña y de las rutas de navegación les significó también participar como ayudantes en las embarcaciones, pues, de otro modo, estas peligrarían por la alteración de las olas que ocasionan la barra de peñascos y arena, como en el puerto de Huanchaco.[78] Se dedicaron, además, al manejo de balsas que llegaban hasta Guayaquil por el norte y el Callao por el sur. Los indios que habitaban las inmediaciones del mar, por ejemplo, los del puerto de Huanchaco, para los que constituía un ramo principal de su industria, salaban el pescado y lo vendían a la sierra. También calafateaban las embarcaciones con copé traído de los yacimientos de brea de Amotape.

---

75. Laviana 2003: 328.
76. Bonilla 2005: 54.
77. Gutiérrez 2005: 129.
78. Miguel de Feijoo 1984: 83.

c) En el trabajo doméstico: los esclavos fueron destinados al trabajo en las casas, en los monasterios, en las comunidades y en los hospitales, donde eran considerados una necesidad para el desempeño de actividades como la preparación de la comida, lavado de ropa, limpieza de las viviendas, cuidado de los niños y cualquier otra necesidad que tuvieran los amos.[79] La mayoría de estos esclavos permanecían hasta su muerte, y a veces por varias generaciones, al servicio de una casa o institución; sin embargo, una minoría era vendida a otras personas, lo que en ocasiones significaba cambiar de lugar. En estos casos, lo notorio y frecuente es ver la participación de mujeres en los contratos de compraventa, ya que, al quedar viudas o huérfanas, realizaban ventas al menudeo para poder subsistir. Es el caso de Josepha, Isabel, Jerónima y Antonia López Morato, quienes, al morir sus padres Jerónimo López Morato y Jacinta Navarro, decidieron vender al presbítero Diego Bonifacio Montero un mulatillo a 160 pesos, como ellas mismas lo manifiestan, "por cuanto tienen necesidad para su manutención".[80]

Hacia fines del siglo XVIII, en Inglaterra y otros países europeos se inició un movimiento político que buscaba poner fin al tráfico de esclavos, el cual logró abolir la trata de negros en los territorios ingleses en 1808, y, a partir de allí, continuó con una agresiva campaña para conseguir su abolición en el resto del mundo atlántico. En 1810, un tratado con Portugal restringió la trata entre la metrópoli y sus colonias, y, en 1815, otro tratado puso fin al tráfico de esclavos en todos los territorios ubicados por encima de la línea ecuatorial. Poco a poco, las potencias europeas acordaron la abolición completa del tráfico de esclavos, y presionaron a aquellas que aún no la realizaban, Francia y España. Años más tarde, en 1820, tras una suerte de presión internacional, España firmó un tratado con Inglaterra por el cual ponía fin al tráfico de esclavos negros en sus territorios.[81]

Por estos mismos años, el Perú, en pleno proceso independentista, tuvo en José de San Martín al primer abolicionista. Como se sabe, el general San Martín ofreció la libertad a todos los esclavos que decidieran unirse a la causa patriótica. Esto motivó que muchos esclavos se plegaran al ejército libertador. Es bien sabido que el 12 de agosto de 1821 el Libertador declaró la libertad de los esclavos nacidos luego del 28 de julio de 1821, así como de los que se enrolasen en su ejército. Sin embargo, a pesar de esta libertad y del número considerable de esclavos reclutados por San Martín para reforzar el ejército, la institución

79. Aguirre 2005: 75.

80. ARP. Serie Notarial, Antonio Rodríguez de las Varillas, prot. 16, leg. 47, 1718.

81. Aguirre 2005: 160-161.

esclavista tenía demasiada importancia para la élite costeña, por lo que no estuvo dispuesta a prescindir de ella. Incluso tres décadas después del final del dominio español, a muchos señores los vemos haciendo vanos esfuerzos para que se dé el restablecimiento del tráfico.[82]

Comentarios finales

La economía de la costa norte del Perú virreinal (partidos de Piura, Saña y Trujillo) tuvo un desempeño desigual a lo largo del periodo que se ha analizado (1700-1814). Esto se explica por la presencia de factores externos, internos y amenazas naturales que afectaron el desarrollo que venía dándose en la producción agropecuaria de la zona durante la centuria anterior.

Entre las principales amenazas naturales deben mencionarse los efectos devastadores de fenómenos El Niño (1720, 1728) sobre el agro de la zona, que obligó a un cambio en las dinámicas productivas. Piura debió dejar a Saña el sitial en la producción *estanciera* (agrícola-ganadera) y potenciar una economía extractiva (cascarilla) y productiva mediana (tinas de jabón). Trujillo, por su parte, se consolidó como zona agrícola de caña por excelencia, hasta llegar incluso a competir con Lima.

Estos cambios mantuvieron, si no incrementaron, la demanda de mano de obra esclava para atender las nacientes (y crecientes) necesidades, lo que obligó a continuar con la política de introducción de población esclava a través del puerto de Paita, a pesar de que ha sido señalado por diversos autores como un puerto sin presencia comercial en ese siglo. Sin embargo, es necesario matizar esta afirmación. Por un lado, como se ha visto, el siglo XVIII fue un periodo inestable para el comercio internacional de esclavos. Las fallidas fórmulas utilizadas por la Corona para la introducción de las *piezas de Indias* así lo demuestran; basta recordar las constantes interrupciones ocurridas a lo largo de 45 años de trato comercial con Inglaterra a través de la South Sea Company, motivadas principalmente por la guerra. Esto llevó a que los comerciantes buscaran otros modos de aprovisionamiento, como fue el caso de Matheo de Izaguirre (quien, ante la imposibilidad de conseguir esclavos en Panamá dada la escasez y frente a una demanda insistente por parte de los hacendados costeños, optó por realizar compras directas en Costa de Oro, poniendo en riesgo su empresa).

A este factor externo debe añadirse otro de carácter interno. El reordenamiento económico a raíz de los fenómenos naturales llevó a un declive de la producción de caña de azúcar en las haciendas de Saña y Lambayeque, y permitió el surgimiento de la hacienda trujillana. Esto supuso una competencia

82. Fisher 2000: 149.

no antes vista entre Trujillo y Lima por la producción de caña. Por ejemplo, Ramírez ha señalado que, a mediados del siglo XVIII, la Compañía de Jesús era propietaria de al menos 13 grandes haciendas azucareras distribuidas en los valles de Santa, Huaura, Chancay, Rímac, Chincha, Pisco e Ilo.[83] Este panorama hace ver que las haciendas norteñas demandaron grandes cantidades de mano de obra, la cual en su mayoría pasa a ser satisfecha por los esclavos provenientes de Río de la Plata, como lo ha demostrado Flores; sin embargo, en un porcentaje menor fue cubierta por esclavos introducidos por Paita. Asimismo, la data consignada por Feijoo, Martínez Compañón y Lequanda demuestra que se dio un aumento del número de miembros de las castas criollas (pardos y mulatos, entre otros). En efecto, un examen más detallado demuestra que, en comparación con la casta de los pardos, la población negra oriunda estaba decreciendo. Para el caso de Piura, al comparar los datos procedentes de Martínez Compañón-Lequanda (1785-1793) y el censo (1814) se tiene un crecimiento de la población esclava del orden del 29% (de 884 piezas a 1252). Ahora, si se analiza el cuadro de Lequanda (1793), al comparar las castas negra y parda, se tiene que el 85% de la población esclava de Piura eran pardos (5203), mientras que solo el 14% corresponde a negros esclavos (884). Un escenario similar se observa en el caso de Saña-Lambayeque. Pese a no haber cifras comparativas por años, se tiene el dato de Lequanda (1793), que indica para ese año 64% de pardos (3153) y 36% de negros (1760).

El cuadro de Lequanda también muestra porcentajes similares para el caso de Trujillo: 61% pardos (2558) y 39% negros (1582). Además, se advierte en las cifras un crecimiento, si bien es cierto que Feijoo (1760) solo anota el total del volumen de negros y pardos para ese año (3650) frente a Martínez Compañón-Lequanda (1785-1793), que lo desagregan (total 4140 esclavos, de los cuales 2558 son pardos y 1582, negros); esto arroja un crecimiento porcentual del 11,8% entre un periodo y otro.

¿Qué nos dice todo esto? En primer lugar, que el ingreso de esclavos por Paita no se interrumpió, salvo en periodos de guerra con Inglaterra; ello pese a la apertura del puerto de Buenos Aires, dado el giro atlántico del comercio internacional. Segundo, que las transformaciones suscitadas en la economía regional significaron un reordenamiento de las actividades productivas; se potenció así la agricultura especializada y la ganadería como recursos de industrias secundarias (tinas de jabón), lo que implicó la demanda de mano de obra esclava. Finalmente, que ante la inestabilidad del comercio negrero internacional, los hacendados norteños echaron mano de la población criolla, lo que motivó su crecimiento demográfico, y se fomentó el mestizaje (racial y cultural) con la población local.

83. Ramírez 1991: 238.

Bibliografía

Aguirre, Carlos

1993 *Agentes de su propia libertad: los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud 1821-1854.* Lima: Fondo Editorial PUCP.

2000 "La población de origen africano en el Perú: de la esclavitud a la libertad". En Carlos Aguirre (ed.), *Lo africano en la cultura criolla.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 63-74.

2005 *Breve historia de la esclavitud en el Perú: una herida que no deja de sangrar*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Alcedo, Antonio

1967 *Diccionario geográfico de las Indias Occidentales o América.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, Atlas.

Aldana, Susana

1988 *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura.* Colección Historia Regional I. Piura: Cipca, IFEA.

1992 *Antiguo gran espacio: la unidad económica surecuatoriana-norperuana.* Piura: Cámara de Comercio y Producción de Piura.

1999 *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte (Piura, 1700-1830).* Lima: Panaca.

Aldana, Susana y Alejandro Diez-Hurtado

1994 *Balsillas, piajenos y algodón: procesos históricos en Piura y Tumbes.* Piura: Cipca.

Álvarez, Flaminio

2007 "Los africanos en Cajamarca, 1600-1855". En *Actas del congreso Pueblos, provincias y regiones en la Historia del Perú.* Lima: Academia Nacional de la Historia.

Bonilla González, Elena

2005 "La minería en Lambayeque colonial. Siglo XVIII". *Revista FACHSE*, año 5, n.os 9-10: 52-57.

2013 "Encomiendas, haciendas y minería en Lambayeque en la época colonial. El caso de la minería en la hacienda San Nicolás de Sicán durante el siglo XVIII". *Revista Nueva Corónica*, n.o 1: 1-29.

Bueno, Cosme

1951 *Geografía del Perú Virreinal, siglo XVIII*. Editado por Daniel Valcárcel. Lima.

Cajavilca, Luis

1999 *Esclavitud en Piura, siglos XVII-XIX. Lima: investigaciones sociales*, año III, n.o 3: 213-222.

Castañeda, Juan
1996 "Notas para una historia de la ciudad de Trujillo del Perú en el siglo XVII". En Hiroyasu Tomoeda y Luis Millones (eds.), *La tradición andina en tiempos modernos.* Osaka: National Museum of Ethnology, pp. 159-190. Disponible en: <http://ir.minpaku.ac.jp/dspace/bitstream/10502/1167/1/SER05_008.pdf>.

Chocano, Magdalena
2010 "Población, producción agraria y mercado interno, 1700-1824". En Carlos Contreras (ed.), *Economía del periodo colonial tardío*. Lima: BCRP, IEP, pp. 19-96.

Contreras, Carlos (ed.)
2010 *Economía del periodo colonial tardío*. Lima: BCRP, IEP.

Cook, Noble
2000 *La catástrofe demográfica andina, Perú 1520-1620*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Crespo, Alberto
1977 *Esclavos negros en Bolivia.* La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.

Del Busto, José Antonio (dir.)
2004 *Historia de Piura.* Piura: Universidad de Piura, Municipalidad de Piura.

Diez Hurtado, Alejandro
1998 *Comunes y haciendas: procesos de comunalización en la sierra de Piura: siglos XVIII al XX.* Piura, Cuzco: Cipca, CBC.

Espinoza, César
1985 *Geografía, población y comercio en la costa norte: Piura, siglo XVIII.* Lima: UNMSM, Facultad de Ciencias Sociales.

Feijoo de Sosa, Miguel
1984 [1760] *Relación descriptiva de la ciudad y provincia de Trujillo.* Lima: Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú, facsímil.

Fisher, John
2000 *El Perú Borbónico 1750-1824.* Lima: IEP.

Flores, Ramiro
2003 "Asientos, compañías, rutas, mercados y clientes: estructura del tráfico de esclavos a fines de la época colonial (1770-1801)". En *Etnicidad y discriminación racial en la Historia del Perú*. Tomo II. Lima: PUCP, Instituto Riva-Agüero, Programa Sociedad Civil Banco Mundial, pp. 11-42.

Flores-Galindo, Alberto
1984 *Aristocracia y plebe: Lima 1760-1830*. Lima: Mosca Azul.

Glave, Luis Miguel
2009 "Propiedad de la tierra, agricultura y comercio, 1570-1700: El gran despojo". En Carlos Contreras (ed.), *Compendio de historia económica del*

Perú. Tomo 2, *Economía del periodo colonial temprano*. Lima: BCRP, IEP, pp. 313-446.

Gómez, José
1995 "El común de indios de Lambayeque, siglos XVI-XVIII". *Utopía Norteña. Revista de la Facultad de Ciencias Histórico Sociales y Educación*, vol. 1, n.º 1: 125-145. Disponible en: <http://portal.fachse.edu.pe/sites/default/files/UN1-%20Gom%C3%A9z.pdf>. (última consulta: 05/11/14).

2002 "Una economía regional en el norte del Perú: el Obispado de Truxillo del Perú entre los siglos XVI-XVIII". En *Umbral, Revista de Educación, Cultura y Sociedad*, año 2, n.º 3.

Gutiérrez, Julissa
2005 "Paita, una 'puerta de entrada' del contrabando en el virreinato peruano (1700-1750)". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, n.º 32: 127-142.

2010 "El ingreso de esclavos por Paita durante el asiento de la South Sea Company (1713-1750)". En Cristina Mazzeo, *Guerra, finanzas y regiones en la Historia del Perú*. Lima: BCRP, IEP, pp. 493-517.

2011 "Disconformes con su destino: una revuelta de esclavos en el paraje vicus (Piura, 1707)". *Mercurio Peruano,* n.º 524: 67-79. Piura: Universidad de Piura

Haenke, Tadeo
2001 [1790] *Descripción del Perú*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Helguero, Joaquín de
1984 [1802] *Informe económico de Piura, 1802.* Piura: UNMSM, Seminario de Historia Rural Andina, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado.

Hernández, Elizabeth
2008a *La élite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)*. Lima: Universidad de Piura, Instituto Riva-Agüero.

2008b "Los Sánchez Navarrete y Gonzales de Salazar: una poderosa familia en el puerto de Paita en la segunda mitad del siglo XVIII". *Revista Complutense de Historia de América,* vol. 34: 183-207.

Jaramillo, Miguel
1998 "El comercio de la cascarilla en el norte peruano-sur ecuatoriano: evolución e impacto regional de una economía de exportación, 1750- 1796". En Scarlett O'Phelan (comp.), *El norte en la historia regional: siglo XVIII*. Lima: IFEA, Cipca.

1999 "Comercio y ciclos económicos regionales a fines del periodo colonial. Piura, 1770-1830". En Scarlett O'Phelan (comp.), *El Perú en el siglo XVIII: la era borbónica.* Lima: Instituto Riva-Agüero.

Juan, Jorge y Antonio de Ulloa
1918 *Noticias secretas de América: siglo XVIII*. Madrid: América.

LAVALLÉ, Bernard

1997 "Violence esclavagiste et marronnage á Trujillo (Pérou) au XVII siécle". En Jean-Paul Duviols y Annie Molinié-Bertrand, *La violence en Espagne et en Amérique Latine (XVe-XIXe siécles)*. París: Presses de l'université de Paris-Sorbone, pp. 271-290.

1999 "Crisis agraria y cambios en la relación esclavista: Trujillo (Perú) durante el siglo colonial". En Bernard Lavallé, *Amor y opresión en los Andes coloniales*. Lima: IFEA, IEP, pp. 166-204.

LAVIANA, María Luisa

2003 *Guayaquil en el siglo XVIII: recursos renovables y desarrollo económico* (3.ª ed.). Guayaquil: Talleres Gráficos del Archivo Histórico de Guayas.

LEQUANDA, Joseph Ignacio de

1793a "Continuación de la descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo". *Mercurio Peruano,* tomo 8, n.º 248, 1793b, edic. facsimilar. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

1793b "Continuación de la descripción geográfica del partido de Piura, perteneciente a la intendencia de Trujillo". *Mercurio Peruano,* tomo 8, n.º 248, 1793c, edic. facsimilar.

1793c "Descripción del partido de Saña o Lambayeque". *Mercurio Peruano* n.º 285, edic. facsimilar, del día 26 de septiembre.

1965 "Descripción geográfica de la ciudad y partido de Trujillo". *Mercurio Peruano*, tomo 8, n.º 247, 1793a, edic. facsimilar. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

LOFSTROM, William

2002 *Paita y el impacto de la flota ballenera norteamericana en el norte peruano, 1832-1865*. Piura: caja Municipal de Ahorro y Crédito de Piura, Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana.

LOHMANN, Guillermo

s. f. *Historia marítima del Perú. Siglos XVII-XVIII.* Tomo IV. Lima: Ausania.

MACHARÉ, José y Luc ORTLIEB

1993 "Registros del fenómeno El Niño en el Perú". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos,* vol. 22, n.º 1: 35-52.

MARTÍNEZ, Luz María (coord.)

1993 *Presencia africana en Centroamérica*. México D. F.: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

MORENO CEBRIÁN, Alfredo

1977 *El corregidor de Indias en la economía peruana del siglo XVIII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

PALOMEQUE, Silvia
1979 "Historia económica de Cuenca y sus relaciones regionales. Desde fines del siglo XVIII a principios del XIX". *Revista del Archivo Nacional de Historia,* tomo II, pp. 104-149.

RAMÍREZ, Susan
1991 *Patriarcas provinciales: la tenencia de la tierra y la economía del poder en el Perú colonial.* Madrid: Alianza Editorial.

RESTREPO, Daniel
1992 *Sociedad y religión en Trujillo (Perú). 1780-1790.* Tomo I. Bilbao: Servicio Central de Publicaciones del País Vasco.

REYES, Alejandro
1999 *Hacendados y comerciantes: Piura, Chachapoyas, Moyobamba, Lamas, Maynas: 1770-1820.* Lima: Juan Brito.

SCHLÜPMANN, Jacob
1993 "Commerce et navigation dans l'Amérique Espagnole Coloniale: le port de Paita et le Pacifique au XVIIIème siècle". *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, vol. 22, n.º 2:. 521-549.

1993-1994 *La structure agraire et le développement d'une sociéte régionale au nord du Pérou Piura: 1588-1854.* París: Université Paris.

VEGA LOYOLA, José Javier
2003 "El galpón, la pampa y el trapiche: vida cotidiana de los esclavos de la hacienda Tumán, Lambayeque, siglo XVIII". En *Etnicidad y discriminación racial en la Historia del Perú*. Tomo II. Lima: PUCP, Instituto Riva-Agüero, Programa Sociedad Civil Banco Mundial, pp. 59-96.

WALTER, Richard y George ANSON
1833 *Viaje alrededor del mundo hecho en los años desde 1740 al 1744 por George Anson*. Traducido al castellano por Lorenzo Alemany. Madrid: s. e.

Capítulo 7

La articulación de un espacio económico: formación de la economía regional de Piura

Miguel Jaramillo Baanante

Los estudios regionales son desde hace ya varias décadas una parte importante de la producción historiográfica de América Latina y particularmente del Perú. Las ventajas de este enfoque son diversas, pero especialmente el foco en un espacio acotado nos ha permitido entender en mayor detalle dinámicas económicas, sociales y políticas. Una característica significativa de esta historiografía es que típicamente las regiones son asumidas como exógenas al análisis, y, con frecuencia, están determinadas por límites administrativos. Esto es, pocos de estos estudios problematizan las dimensiones espaciales de sus análisis. Pueden enfocarse en un valle, un conjunto de valles, un centro minero o una ciudad y su *hinterland*, y a estos espacios se les define implícitamente como regiones. Rara vez se nos muestra por qué se habla de región y no, por ejemplo, de un valle que es parte de una región más grande o de una ciudad que es parte de una red de centros urbanos, por mencionar solamente algunas posibilidades.

En este artículo se opta por el enfoque alternativo: se toma a la región de Piura como una hipótesis y se hace un esfuerzo por mostrar que a fines del periodo colonial existía una región en el extremo norte peruano que cubría un área un tanto mayor que las actuales regiones políticas de Piura y Tumbes, y se extendía hacia la sierra surecuatoriana. Este estudio define la región de manera funcional, como una red de relaciones de intercambio.[1] Así, delinear la región de Piura ha involucrado la reconstrucción de redes de intercambio tanto internas como externas. Definir así la región enfatiza la naturaleza dinámica del

1. Véase Smith 1976: 6.

concepto; conforme la extensión de estas redes varía en el tiempo, también lo hace el espacio regional.[2] Así, por ejemplo, a fines del periodo colonial las actuales provincias ecuatorianas de Cuenca y Loja estaban mejor articuladas con la costa piurana que con cualquier otra área costera. Con el tiempo, sin embargo, la importancia de los intercambios con estas provincias como parte del comercio regional ha disminuido.

Al abordar de esta manera nuestro tema, tratamos distintos posibles puntos de partida para establecer un espacio regional: geografía, cultura y, finalmente, redes de intercambio comercial nos permiten definir la región de Piura. Así, en la siguiente sección discutimos el espacio físico, cultural y económico. Luego reconstruimos la demografía de este espacio durante el periodo colonial. Finalmente, partiendo de una definición de región como una red de relaciones de intercambio comercial, se reconstruyen los circuitos comerciales, tanto internos como externos. El resultado es que, a fines del periodo colonial, la costa y la sierra piuranas se complementaban para conformar una región comercialmente muy dinámica, articulando un espacio que abarcaba desde el puerto de Paita hasta las actuales provincias del sur ecuatoriano, Loja y Cuenca, y con un dinámico comercio con el resto del virreinato peruano, a pesar de su localización lejana a los centros mineros dinamizadores de la economía colonial.

Piura: el hombre y el medio ambiente

La monumental cadena de montañas llamada Cordillera de los Andes ha sido un elemento determinante en la historia de una gran parte de Sudamérica. Si bien el extremo septentrional de los Andes peruanos no muestra variaciones físicas y climáticas tan extremas como en su extremo meridional, sí comparte la diversidad ecológica que es característica de esta cordillera. La sección piurana de los Andes se eleva desde la planicie costeña a picos que alcanzan casi los 4000 msnm. No obstante, el grueso de la sierra está bajo los 3000 metros. A diferencia de los restantes 1900 kilómetros de la costa peruana, que consiste en una faja que llega apenas a los 50 kilómetros de ancho, en Piura la llanura desértica se extiende hasta unos 200 kilómetros en el interior, haciendo de Piura el área costera más ancha del país. La actual región de Piura ocupa un área de 36.400 kilómetros cuadrados, de los cuales aproximadamente 26.500 son costa y el resto sierra.[3] No solo las geografías de estas dos áreas (costa y sierra) están en marcado contraste, sino que también han diferido sus modelos de población y sus

---

2. Para una discusión más detallada véase Jaramillo 1995.
3. Romero 1961: 11, Bernex y Revesz 1988: 8.

respectivos recursos de tierra agrícola y agua, tan íntimamente vinculados. Así, la cuestión de si es apropiado hablar de un espacio que comprenda estas dos áreas juntas como una región no es trivial ni retórica. De allí que este capítulo problematice si hay una base geográfica, cultural o económica para hablar de Piura como una región.

Piura: ¿una región?

A pesar de que hay razones para pensar en la región política de Piura como una unidad geográfica coherente, si bien heterogénea, la historia nos recuerda que mientras que la geografía cambia muy lentamente, de modo casi imperceptible, la organización de cualquier espacio dado depende de la agencia humana y, por ello, está sujeta también a cambios lentos pero perceptibles.[4] El riesgo, entonces, de ver a Piura, o para el caso a cualquier región, como un paisaje unificado es que se puede creer que la región siempre ha estado allí. Sin embargo, las regiones no son entidades inamovibles, sino el producto de procesos históricos. La geografía solo establece los límites y las posibilidades del ambiente que el hombre crea. La pregunta es, pues, ¿hasta qué punto la geografía ha podido delinear la región Piura? Piura ha estado delimitada por el océano Pacífico en la parte occidental, mientras que por el sur los *despoblados* (desiertos) de Sechura y Olmos han creado una frontera natural duradera entre Piura y el *partido* (término colonial para la actual región) de Lambayeque. Juntos, los dos despoblados comprenden 9500 kilómetros cuadrados de tierra, en la cual no se dispone de agua excepto durante ocasionales episodios de excepcional pluviosidad, cuando el agua desciende de la sierra por dos o tres pasos de montaña. Estas tierras están desprovistas de cursos naturales de agua y tampoco son regadas por lluvias periódicas.[5] Así, dos formidables barreras al oeste y al sur (océano y desiertos, respectivamente) han definido los límites de la región.[6]

Es más difícil encontrar tan marcadas discontinuidades geográficas que establezcan los límites de la región en sus bordes oriental y septentrional. Al este, el departamento termina aproximadamente donde comienzan las vertientes orientales de los Andes. Sin embargo, la relativamente baja altitud de las montañas permite la circulación de nubes de lluvia, de modo que los patrones de precipitación, y consecuentemente de vegetación, son similares en ambos

4. Braudel 1972: 20, Fox 1971: 23.

5. Romero 1961: 150

6. En el caso de los desiertos, su contenido subyacente puede cambiar completamente su rol económico, como en el caso del petróleo en el Medio Oriente o, para no ir tan lejos, el desierto de Atacama en el norte chileno, sur peruano.

lados de la cordillera.[7] Así, pues, no se pueden encontrar límites naturales fijos en esta área. Finalmente, por el norte, el río Macará establece una línea de separación conveniente, si bien arbitraria, con la vecina República del Ecuador, a través de la cadena montañosa, mientras que el río Tumbes cumple una similar función en una gran extensión de la planicie. Es la voluntad política de las dos naciones la que le ha dado forma a esta frontera, ya que no hay nada natural acerca de estos límites. Así, mientras que la geografía ha establecido ciertos límites a la región Piura, definirla exclusivamente en términos geográficos es inadecuado, dado que al menos las fronteras norte y este parecen haber sido flexibles, y, ciertamente, han sido delineadas por la acción humana.

Históricamente, el área tampoco ha conformado nunca una sola unidad cultural. La distinción entre la planicie costeña y la sierra no es la única relevante en este caso, dado que ambas áreas comprenden poblaciones étnicamente distintas. En las áreas costeras, por ejemplo, no obstante que las poblaciones nativas han sido agrupadas juntas bajo el nombre de yungas o tallanes, la evidencia lingüística sugiere la existencia de por lo menos tres grupos distintos solo dentro del valle Piura: colanes, sechuras y catacaos.[8] Los cronistas del siglo XVI, tales como Cabello de Valboa, dieron a conocer la opinión, supuestamente recogida de los mismos nativos ("como ellos lo confiessan"), de que los yungas eran originarios de las alturas, pero no hay evidencia arqueológica que sustente tal hipótesis.[9] En las alturas, los pueblos preínca se distribuían más o menos a lo largo de la división provincial implementada muchos siglos después, en 1865, que contemplaba dos provincias: Huancabamba y Ayabaca. Los habitantes de estas dos provincias, huancapampas y guayacundos, respectivamente, diferían en sus orígenes y en otros aspectos. Mientras que los huancapampas eran realmente varios grupos con estructuras sociopolíticas débiles relacionados con los pueblos amazónicos de Jaén y Bagua, los guayacundos eran una confederación de grupos étnicos de origen jíbaro con vínculos en territorios que ahora son parte de la sierra ecuatoriana y sierra sur colombiana. Si bien estos grupos costeños y serranos fueron conquistados por los incas a mediados del siglo XV, el dominio inca nunca duró mucho tiempo, ni significó cambios radicales en las estructuras ideológicas y políticas de los grupos conquistados, pues tanto sus deidades tradicionales como las autoridades fueron respetadas. Así, no hay homogeneidad cultural en cuya base definir la región Piura.

---

7. Hocquenghem 1989: 102.
8. Rostworowski 1989: 175-176.
9. Hocquenghem 1989: 149; Cabello de Valboa 1951 [1638]: cap. 17, tomado de loc. cit.

Donde sí podemos encontrar una base adecuada para definir la región es en lo material. Esto no significa que la organización económica fuera similar entre la planicie costeña y la sierra, sino más bien que estas economías se complementaban entre sí. De este modo, la región se desarrolló como una red de intercambios entre diferentes áreas. Por tanto, una mirada a la organización económica prehispánica de estas áreas nos puede revelar la extensión en la cual se estaba desarrollando una región. Más aún, el perfil de esta cambió a lo largo del tiempo a medida que la intensidad de las relaciones comerciales con áreas de su periferia física, tales como las provincias de la sierra sur ecuatoriana, fue aumentando o disminuyendo, y estas áreas fueron incorporadas o excluidas como actores significativos en el ámbito económico regional. Enfoquémonos ahora en los orígenes de las redes de intercambio de la región.

La pesca y la agricultura eran las actividades productivas dominantes a lo largo de la costa norteña peruana prehispánica, donde los excedentes se intercambiaban por productos de la sierra. Antes de la conquista española ya se había desarrollado una división del trabajo que involucraba a los pescadores, agricultores, artesanos y comerciantes especializados, lo cual revela la importancia de los intercambios tanto dentro de la costa como entre esta y la sierra.[10] Los comerciantes especializados no poseían tierras ni agua, y su comercio consistía en productos tales como "tela de lana, chaquira (para hacer collares y otros ornamentos), algodón, frejoles, pescado y otras cosas".[11] La comunicación acuática con otras poblaciones costeras se aseguraba mediante balsas, particularmente con las áreas alrededor de La Puna y Guayaquil, donde se adquiría la madera para la construcción de estas balsas. De Caxas, en las alturas piuranas, se traían a la costa sogas de henequén, también utilizadas para la construcción de estas balsas.[12] Y en la costa norte de Tumbes se recolectaba el codiciado *mullu*, una concha de excepcional valor ceremonial para la gente de la sierra sur.[13]

El grado en que el comercio generó una clase de comerciantes ha sido ilustrado por la evidencia sobre las actividades de un curaca de Colán de fines del siglo XVI. Don Luis de Colán declaraba en su fabulosamente rico testamento que él conducía el comercio "a modo de indios". Su comercio incluía productos locales tales como sal de las salinas de Colán, pescado seco y productos importados tales como sedas de China, tejidos de México y joyería de oro de Milán. Su

---

10. Cuenca 1975 [1560]: 126-54; Rostworowski 1988: 221, 273-274; Diez 1988: 13.

11. Rostworowski 1988: 273.

12. Alrededor de 1678, las comunidades del área de Caxas, tales como Cumbicus, todavía pagaban su tributo en sogas, cuyo valor comercial se incrementaba sin duda debido a la demanda del sector transporte (AGN, H-3, 1. 61, L. N. 224a, f. 18).

13. Rostworowski 1988: 271, Murra 1975: 255-267.

red comercial se extendía por el norte hasta Quito, e incluía Guayaquil y otras áreas de Piura.[14] A pesar de que entró en sociedad comercial con el español Hernando Troche de Buitrago, quien pertenecía a una familia encomendera, para la crianza de ganado caprino y ovino, Luis de Colán no estaba interesado en poseer tierras. En vez de eso, invirtió en propiedad urbana: poseía siete casas en Paita al momento de escribir su testamento. Visto a la luz de hallazgos etnohistóricos, su falta de interés en las actividades agrícolas, la concentración de sus inversiones en propiedad urbana y su gran sentido comercial indican que podría haber algo más que aculturación detrás del comportamiento de don Luis, y que podría haber formado parte de una clase prehispánica de comerciantes especializados.

En la sierra no se desarrolló una división del trabajo similar antes de la conquista española. Los huancapampas vivían en pequeños grupos, practicando la agricultura de tala y quema, la caza y la recolección. Probablemente, las esposas y los bienes constituían una fuente principal de conflicto entre diferentes grupos, pues Garcilaso los describió como una multitud de grupos constantemente en guerra, cuyo trofeo mayor eran las mujeres.[15] Dado el estado más bien primitivo de estos pueblos, los incas no encontraron mayor resistencia entre ellos; muchos huían hacia las faldas orientales de los Andes, mientras que otros, como lo habría dicho Garcilaso, eran civilizados e integrados en colonias de *mitmaq* (individuos reubicados de otras áreas) establecidas allí. Los guayacundos abarcaban tres grupos étnicos políticamente más desarrollados que los huancapampas: caxas (asentados en los actuales distritos de Frías, Chalaco y Cumbicus), calvas (justo al sur de Loja) y ayabaca. Cada uno de estos grupos estaba dividido en subgrupos, a su vez organizados en unidades domésticas extendidas, cada una de las cuales tenía acceso independiente a los diferentes nichos ecológicos en forma de tierra a diferentes altitudes.[16] En contraste con el patrón en las sierras centro y sur, donde el modelo era el de un archipiélago de parcelas de tierra a diferentes altitudes trabajadas por gente de diferentes ayllus bajo el control de grupos macroétnicos, a lo largo de la costa norte el control de tierra era continuo y los nichos ecológicos no eran compartidos por grupos diferentes.[17] El resultado fue un alto grado de autosuficiencia en el nivel doméstico y una limitada dependencia en el intercambio de bienes, excepto en el caso de productos de los yungas. Sin embargo, eran frecuentes las guerras entre

---

14. Rostworowski 1989: 175-209, que incluye el testamento escrito en 1622.

15. Garcilaso, *Comentarios reales*, vol. II, libro VIII, cap. IV, pp. 191-192; tomado de Ramírez 1966.

16. Hocquenghem 1989: 45-48, 130-134, 156-157.

17. Murra 1975: 59-115

distintos grupos, conforme se revela por la existencia de fortificaciones militares, así como de un jefe de guerra en cada grupo, cuya autoridad solo se ejercía en periodos de conflicto.[18] En contraste con los huancapampas, la resistencia de los guayacundos a la conquista inca fue larga y sostenida, al costo de un gran número de vidas humanas.

La conquista inca comenzó un proceso de reorganización de los sistemas de producción entre esos grupos. Se introdujeron nuevas técnicas de agricultura, tales como el uso de la *chaquitaclla* (arado de mano) y la construcción de andenes y obras de irrigación, y se mejoraron los sistemas viales. El pago de tributos también forzó a estas poblaciones al trabajo comunal, pero, además, los mitmas fueron reubicados de las alturas del centro y del sur a territorio huancapampa y guayacundo como una forma de transferir la tecnología de trabajo intensivo en mano de obra prevaleciente en aquellas áreas. Los quechua ya se habían introducido entre los años 600 y 1000 d. C., lo que significó un primer periodo de influencia de los Andes centrales. El dominio inca no duró mucho, sin embargo, y la conquista española interrumpió tal reorganización. Una consecuencia de esto fue que las comunidades indígenas de la sierra piurana no fueron tan institucional y culturalmente desarrolladas como aquellas de los Andes del sur. De hecho, las comunidades indígenas más fuertes en Piura son las de las áreas costeñas, Catacaos y Sechura.[19]

Si bien divididas por límites culturales y diferentes modelos de organización económica, la planicie costeña y la sierra estaban conectadas a través de redes de intercambio a lo largo de líneas verticales. Los primeros contactos (600-1000 d. C.) con la sierra central ya habían involucrado a todas las áreas culturales de la región y habían expandido sus redes de intercambio. Se estableció un camino que unía la sierra central peruana con Loja (en el actual país de Ecuador), pasando por Cajamarca y el valle de Huancabamba.[20] La ruptura de dichos lazos alrededor del año 1000 d. C. probablemente fue seguida por un retorno a los modelos de autosubsistencia en la sierra, mientras que las comunidades costeras fueron subyugadas por los chimu, señores de Chan Chan, quienes reforzaron sistemas de intercambios a lo largo de la costa. Aun así, los intercambios costa-sierra prosiguieron, dado que la producción de cada sistema ecológico era complementada con la del otro. Para la época de la conquista inca ya habían existido por siglos las redes de intercambio entre los habitantes yungas y de la sierra, si bien limitadas por el incipiente desarrollo de estructuras políticas en la sierra. De modo que para los piuranos nativos, y particularmente para las comunidades costeñas, no era

18. Hocquenghem 1989: 130-134.

19. Sobre esto véase Hocquenghem 1989: 158-160.

20. Hocquenghem 1989: 143.

extraño el comercio antes de la conquista española, un factor que sin duda influyó en el establecimiento de la costa de Piura como un área comercial y sus habitantes nativos como comerciantes y arrieros de larga distancia. Finalmente, esta evidencia también sugiere que, si hubo una incipiente unidad precolonial en la región, esta se dio por las redes de intercambio que vinculaban la costa y la sierra. La base para dichos intercambios era la presencia de múltiples nichos ecológicos, cada uno con capacidades productivas limitadas a un pequeño rango de productos.

La geografía regional: planicie y sierra

Se puede proponer muchas divisiones de la región de acuerdo con las características climáticas, altitudinales, biológicas y del suelo.[21] Una zonificación simple pero útil podría incluir cuatro grandes áreas: la costa, el bosque seco ecuatorial, la sierra templada y el páramo altiplánico. El paisaje costeño de Piura difiere del resto del litoral peruano no solo en su extensión, sino también en sus patrones climáticos. En efecto, las temperaturas más cálidas de la costa piurana y el patrón de lluvias se diferencian de los desiertos del sur, más fríos y secos. El típico patrón de lluvia en la zona costeña de Piura es de cinco a diez años sin lluvia seguidos por uno o dos de precipitación extrema.[22] El científico italiano del siglo XIX Antonio Raimondi sugirió que eran los vientos alisios que venían de las costas del Atlántico y cruzaban los Andes, de baja altitud de esta zona, los que causaban las infrecuentes pero recurrentes lluvias fuertes en la región. Sin embargo, hacia fines del siglo XIX, el científico piurano Víctor Eguiguren hizo una compilación detallada de datos sobre las precipitaciones lluviosas para todo el siglo anterior (1791-1890), observando que los años de lluvia más bien coincidían con vientos del noroeste. Más acorde con la opinión aceptada actualmente, propuso que era la presencia de la corriente de El Niño la que determinaba las lluvias.[23] Estudios científicos contemporáneos tienden a ver las peculiaridades climáticas de la costa norte peruana como el resultado de la circulación atmosférica que a su vez afecta las corrientes oceánicas. Más específicamente, es el anticiclón del Pacífico Sur el que determina la fuerza de los vientos alisios del sudeste, que a su vez fijan la relativa fuerza de la corriente de Humboldt. Es a lo largo del litoral piurano donde la corriente de Humboldt (llamada Corriente Peruana por el austero científico alemán), que fluye desde el sur, se encuentra

21. Véase Bernex y Revesz 1988: 48-49, 56-57, 63, 72-73, 81-82; Delavaud 1984: 30-39.

22. Los datos sobre precipitaciones para 1791-1890 se encuentran en Eguiguren 1894b: 251; sin embargo, este no es un tratamiento cuantitativo, sino más bien involucra una clasificación de años en cinco categorías, desde seco a extraordinariamente lluvioso. Los datos sobre el volumen de las precipitaciones están disponibles para el periodo 1926-1947 en Woodman 1948.

23. Véase Eguiguren 1894b: 241-258, particularmente 244-248.

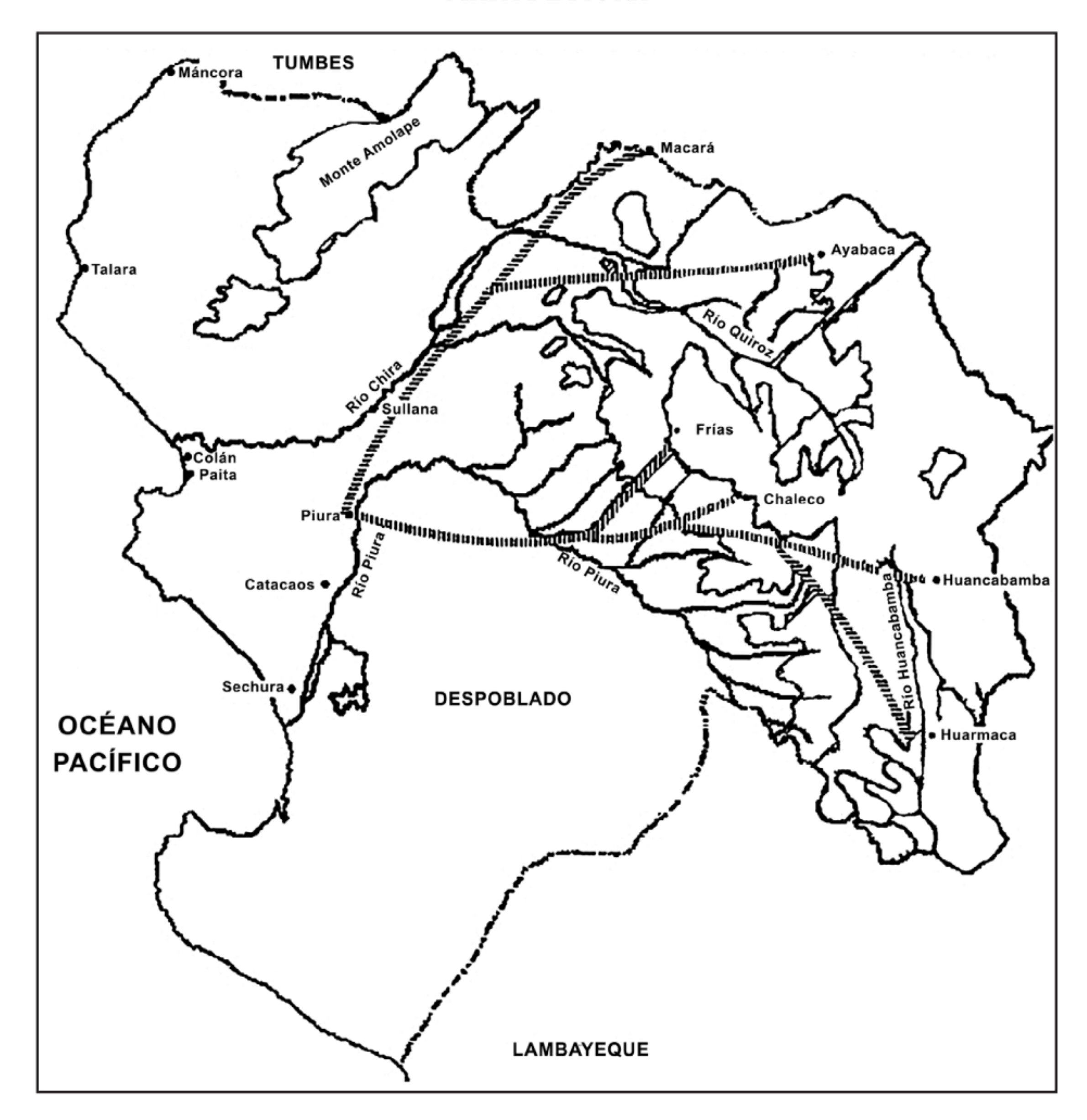
con una rama de la contracorriente cálida ecuatorial, mejor conocida como la corriente de El Niño, que viene del norte. Cuando los vientos alisios son débiles, la corriente de Humboldt pierde ímpetu más cerca de la costa central peruana y la contracorriente de El Niño continúa avanzando hacia el sur. Así, la fuerza relativa de estas corrientes en cualquier año dado puede ser el mejor predictor del clima en Piura y, al mismo tiempo, en una larga franja de la costa peruana, pero no es la causa original de este. La mayor fuerza de la corriente de Humboldt se correlaciona con temperaturas más bajas, volviendo el clima más similar al de la costa al sur, mientras que el mayor avance de la contracorriente está correlacionada con temperaturas más altas y un patrón de precipitaciones que no es característico de la parte meridional de la costa.[24]

Como consecuencia del patrón irregular de precipitaciones, y en ausencia de una significativa infraestructura de irrigación, la agricultura estaba confinada a áreas cercanas a los ríos. Los dos principales ríos en la costa de Piura son el Piura y el Chira, cada uno de los cuales forma un valle homónimo. Mientras que el río Chira lleva agua todo el año, el río Piura es estacional (como la mayoría de ríos de la costa peruana), y solo excepcionalmente tiene agua todo el año.[25] Por otro lado, durante una gran parte de su curso, el Chira está significativamente debajo del nivel del terreno, de modo que el agua, si bien abundante, no está fácilmente disponible para la irrigación de tierras agrícolas sin un sistema para bombearla o canalizarla, o ambas cosas. Además de estos dos ríos principales, una serie de ríos más pequeños sirven a la tierra cultivable en la parte interior de la costa (véase figura 1). Sin embargo, la cantidad de tierra cultivable disponible en la planicie costeña de Piura es solo una pequeña porción del total hasta hoy. En 1960 solo 87.000 de 2,6 millones de hectáreas de tierra estaban bajo irrigación.[26] La carencia de tierras irrigadas se ilustra muy bien por la métrica usada para la medición de la extensión de la propiedades hacia finales del siglo XIX, y presumiblemente desde los tiempos coloniales: la tierra se dividía respecto de la longitud de su frente a lo largo de un río medido en cuadras (1 cuadra = 100 metros). Cada cuadra, a su vez, tenía una profundidad de dos leguas (1 legua = 4,83 kilómetros), que se extendían desde el río hacia una frontera interior. Así, una persona que rentaba una cuadra de tierra tendría una parcela de aproximadamente 100 metros por 10 kilometros.[27] El modelo de asentamiento en la costa piurana seguía la localización de la tierra agrícola y se concentraba en los lechos de los ríos.

---

24. Véase Delavaud 1984: 17-28.
25. Entre 1875 y 1947 esto ocurrió solo ocho veces, esto es uno de cada nueve años: 1877, 1878, 1885, 1926, 1927, 1933, 1940, 1942 (Woodman 1948).
26. Cifras de Romero 1966: 62, 174 (tomadas de Cook 1981: 21, tabla 3) y nota al pie 1 más arriba.
27. Eguiguren 1894a: 145.

Figura 1
MAPA DE PIURA



El despoblado, un tramo amplio de tierra desértica salpicada por bosques de algarrobo, ocupa una gran parte de la costa de Piura, dando paso, hacia el este, a los bosques secos ecuatoriales del piedemonte andino. Además del algarrobo, los ocasionales árboles de zapote y faique (*Capparis angulata* y *Acacia macracantha*, respectivamente), vichayos (cuyas hojas son muy apreciadas por las cabras), yuca de caballo y yuca de monte (cuyas raíces acuosas son buscadas por asnos silvestres que andan por el despoblado) constituyen la vegetación más prominente. Un aspecto saltante en esta área es que el pasto crece muy rápida y densamente después de la ocurrencia de la lluvia, transformando

rápidamente el desierto en una alfombra de pastos.[28] La buena calidad de estos pastos proporciona condiciones particularmente propicias para la crianza de ganado, el cual se traía de las alturas para ser criado en estas áreas siempre que la lluvia lo permitía. Sin embargo, antes de la conquista española la fauna potencialmente ganadera estaba en gran medida ausente del paisaje costeño, excepto por los camélidos andinos (llamas y alpacas), que eran usados para el transporte, y venados silvestres. Esto permitió, ocurrida la invasión europea, la introducción masiva de ganado europeo para sacar provecho de los bosques de algarrobos. En efecto, hacia el periodo colonial tardío (aunque sin duda desde mucho más temprano), los vacunos, los caballos, las mulas y principalmente las cabras se volvieron parte significativa del paisaje costeño y un elemento crucial en la economía del área.

En ciertos aspectos, toda la cordillera de la sierra piurana tiene características similares. La menor altitud de los Andes facilita la entrada de vientos del este, que se traducen en patrones de lluvias similares en ambas laderas de la cordillera andina. De hecho, la misma iglesia del pueblo de Huarmaca sirve como divisoria de aguas entre las laderas oriental y occidental de los Andes —la lluvia que cae en el lado occidental de su techo va a alimentar los ríos que fluyen a la costa, hacia el río Piura; mientras que la que cae en la parte oriental del techo fluye hacia el río Amazonas—.[29] Este patrón contrasta con el del resto de los Andes, donde las vertientes orientales reciben mayores y más regulares cantidades de lluvia que las vertientes occidentales. También difiere marcadamente del patrón de precipitaciones de la costa de Piura por su mayor regularidad, y muestra menor volatilidad en volúmenes de año a año.[30] Así, mientras que en la planicie escasea el agua, en la sierra abunda.

La sierra piurana goza de un ambiente más diverso que su costa, pues los microclimas pueden variar en un espacio reducido. Empezando con las tierras más cálidas, conocidas como los bosques secos ecuatoriales, donde los cactus dominan el paisaje, la vegetación cambia conforme uno asciende a mayores altitudes. Las montañas templadas intermedias comprenden una variedad de ambientes entre 1000 y 3400 msnm, que permiten una producción diversa, desde frutas y vegetales en los valles interandinos bajos hasta granos y tubérculos en altitudes mayores. Sobre los 3500 metros, el frío páramo altiplánico (o jalca) es esencialmente una fuente de pastizales, donde los camélidos andinos (llamas, alpacas, etc.) fueron domesticados antes de la conquista española.

---

28. En tres semanas los pastos pueden crecer hasta cinco y medio pies; sobre la vegetación del despoblado véase Delavaud 1984: 33.
29. Raimondi 1901 [1868]: 127-128.
30. Bernex y Revesz 1988: 59.

El modo en que se manejaba esta diversidad ecológica seguía el patrón generalizado de sacar ventaja del mayor número de zonas ecológicas, como lo ha subrayado John Murra.[31] Sin embargo, las variaciones regionales de este modelo son muchas, como lo ha señalado María Rostworowski.[32] En las alturas altiplánicas del sur, grupos macroétnicos controlaban el acceso a los diferentes y espacialmente discontinuos nichos ecológicos, asignando gente de diferentes ayllus (unidades de parentesco extenso) para trabajarlos.[33] Dado que las distancias eran considerables, se desarrollaron asentamientos permanentes en estas áreas. En la sierra central, cerca del actual departamento de Lima, el modelo difería en que las distancias entre los nichos ecológicos no eran tan grandes, de modo que más bien se desarrollaban asentamientos permanentes, rotando equipos de trabajadores de diferentes ayllus que componían el grupo étnico, los cuales se ubicaban en diferentes áreas de modo temporal para llevar a cabo tareas agrícolas particulares.[34] En el caso de la Piura preínca, la agricultura en la sierra estuvo menos desarrollada. Como se mencionó arriba, mientras que los huancapampas todavía practicaban la agricultura de tala y quema, los grupos de los guayacundos tenían la tierra divida por unidad familiar, de modo que todos tuvieran acceso a nichos en altitudes diferentes. Una consecuencia de esto fue que los intercambios dentro de la misma sierra eran limitados. Más aún, la organización social era mucho menos cohesiva, dado que no se requería de una entidad suprafamiliar para regular los intercambios o para planificar la producción centralizada. Por otro lado, eran comunes los conflictos entre diferentes hogares, ya que no había una entidad fuerte para hacer respetar la propiedad o usufructuar de los derechos. En este contexto, los intercambios entre la costa y la sierra no siguieron el planeamiento/control centralizado, característico de las estructuras políticas andinas del centro y del sur, sino que estaban más bien organizados de manera descentralizada. Más aún, antes de la conquista inca, tanto la densidad poblacional como el volumen de intercambios en la sierra sin duda estaban limitados por el incipiente estado de la tecnología agrícola.

Los incas introdujeron técnicas agrícolas que redundaban en un incremento de la productividad, lo que sin duda expandía el volumen y gama de intercambios. Aunque, al igual que en el México de la preconquista, se usaba la energía humana en el transporte de bienes, en contraste con Mesoamérica,

---

31. Murra 1975: 59-115.
32. Rostworowski 1988: 261-282.
33. Murra 1975: 71-80.
34. Rostworowski 1988: 263-264, 1989b: 7-13.

el área andina tuvo fácil disponibilidad de animales de carga bien adaptados al difícil medio ambiente.[35] Los camélidos americanos domesticados, particularmente las llamas, facilitaron los primeros contactos entre las alturas del norte y del centro antes de la conquista inca. Las jalcas piuranas (páramo altiplánico) proporcionaban áreas para la cría de los camélidos, labor en la cual los pastores guayacundos adquirieron tal destreza que, cuando fueron conquistados por los incas, fueron enviados como *mitmaq* a otras áreas para cuidar los rebaños del inca.[36] Con la conquista española, los camélidos fueron progresivamente reemplazados por ganado europeo. Mulas, caballos y ganado vacuno se convirtieron en el principal interés de los españoles, quienes (a través de una mezcla de coerción e incentivos pecuniarios, de medios legales y extralegales —tal como ha sido documentado para otras áreas de América Latina) procedieron a apoderarse de las tierras que quedaban disponibles debido al rápido descenso de la población indígena. Dado que la geografía económica de Piura, reflejada por su red de intercambios, ha sido producto de agencia humana, el análisis de la trayectoria demográfica de la región y los patrones de asentamiento puede dar luces sobre la conformación del espacio regional.

La demografía regional

La parte más septentrional del Perú fue la primera zona del Imperio incaico en sufrir el impacto de la invasión europea, lo que significó, como en toda América, una catastrófica reducción de su población. El impacto general fue tal que el 90% de la población nativa desapareció antes del final del siglo XVI.[37] Lo que tal vez haya comprendido una población regional de hasta 150.000 personas en 1520 no llegaba a 10.000 hacia 1610. El principal recurso de la región, su gente, fue rápidamente reducido con un consecuente impacto en la organización de la vida económica. En efecto, la escasez de trabajo se convirtió en una condición permanente en Piura hasta bien entrado el siglo XX.

La asignación de *repartimientos* indígenas hecha por La Gasca a finales de la década de 1540 nos da una idea del tamaño de la población nativa luego de una década de presencia hispánica en el área, mientras que las cifras dadas por López de Velasco, el virrey Toledo y Vásquez de Espinosa nos permiten trazar

---

35. Sobre el sistema de transporte en el México antes y después de la conquista y su impacto en el comercio, véase Hassig 1985; sobre el uso de espaldas humanas para el transporte, véase Murra 1975: 139.

36. Hocquenghem 1989: 115-116.

37. Cook 1981: 128.

su evolución alrededor del primer siglo de dominación europea.[38] El cuadro 1 resume estos datos. Antes de referirnos a ellos, se requiere señalar sus limitaciones. Primero, hay dudas sobre la exhaustividad e integridad del conjunto de datos. Por ejemplo, no hay registro para el importante distrito de Ayabaca en la lista de repartimientos de La Gasca. Más aún, esta lista difiere de la presentada por López de Velasco en 1560 y, de manera obvia, tanto de la lista de reducciones del virrey Toledo de 1570 como de la de Vásquez de Espinosa para 1610.[39] Segundo, hay algunas discrepancias entre los límites administrativos coloniales y los que definen la región bajo análisis. Por ejemplo, unas cuantas poblaciones, en la parte de Lambayeque, del despoblado entre Sechura y Olmos, se incluían en estos conteos, tales como los de Penachis, Copiz, Motupe y el mismo Olmos. Es imposible establecer el balance entre las ausencias y las inclusiones inapropiadas, pero en aras de la simplicidad se asumirá que se emparejan. Finalmente, las cifras son del número de tributantes. Se desconoce exactamente qué proporción de la población total eran estos. La revisión efectuada por C. T. Smith de la ratio de 1:5 antes establecida por John Rowe arrojó una media de 1:4,75 para 1570, aunque las cifras variaban significativamente de región a región.[40] Smith también halló que en Chucuito la ratio entre la población total y tributante bajó de 9 en 1520 a 4 en 1560. Si bien estas cifras son controversiales, es claro que la presión tributaria subía conforme declinaba la población, particularmente después de la visita general de Toledo.[41] Hocquenghem ha hallado que para el periodo 1581-1583 la proporción era de un tributante por cada tres indios en la sierra piurana.[42] Asumiendo las moderadas ratios de 1:5 y 1:4 para las cifras tributarias pretoledanas y postoledanas, respectivamente, se puede afirmar que la población del área no era menor a 70.000 personas en 1540, y descendió rápidamente hasta alrededor de 6000 para 1610. Para completar la imagen (cuadro 1), si la tasa de despoblación entre 1540 y 1560 se extrapola hacia atrás, lo que vemos es que la población del área antes de la llegada de los españoles no podía haber sido menor de 150.000 personas y puede haber alcanzado la marca de 170.000, niveles no recuperados sino hasta muy avanzado el siglo XIX.

38. Los datos han sido tomados de Cook 1981: 126-127, tabla 28; 128, tabla 29; 129, tabla 30.

39. La discrepancia entre Toledo y Vásquez de Espinosa tiene que ver con la política de las reducciones de Toledo, que involucraba juntar dos o más pueblos en uno. En este proceso muchos pueblos desaparecieron, incluyendo el importante centro prehispánico de Caxas (Hocquenghem 1989: 94).

40. Rowe 1946-1959, vol. 2: 183-330; Smith 1970: 453-464.

41. Véase la discusión de Cook de estas cifras en 1981: 48-49.

42. Hocquenghem 1989: 93.

Cuadro 1
POBLACIÓN DE PIURA

Décadas	Piura		Costa		Sierra	
	Tributarios(b)	Población	Tributarios	Población	Tributarios	Población
1540(a)	14.250	71.250	8.650	43.250	5.600	28.000
1560	6.000	30.000				
1570	2.398	9.592	1.474	5.896	924	3.696
1610	1.500	6.000	731	2.924	769	3.076

Fuentes: Los datos para costa y sierra se basan en Cook 1981: 126-29, tablas 28-30.
Notas: (a) Para la década de 1540 la población tributaria de repartimientos con población de costa (7) y sierra (6) se repartió por mitades a cada área. (b) Todos los estimados asumen ratios de tributarios a población total similares para cada área.

Como en el resto de América hispana, el descenso de la población afectó en diversos grados a distintas áreas. La elevación de la mortalidad tuvo un impacto más drástico en las áreas costeñas, donde los microbios recientemente importados se podían reproducir con mayor facilidad. El efecto de esto fue la inversión de la importancia relativa de la costa y la sierra durante el primer siglo siguiente al arribo europeo. Antes de la conquista española, la población costeña era mayor que la de la sierra; solo dos quintos de la población regional vivía en las alturas en 1540.[43] Sin embargo, con el cambio del siglo, la mayor parte de la población regional estaba en la sierra. Con toda probabilidad esta tendencia continuó durante las siguientes décadas, lo que incrementó más la importancia relativa de la sierra dentro de la economía regional. Se carece de datos para trazar los cambios demográficos para el resto del siglo.

La primera fecha posterior al conteo de Vásquez de Espinosa (*ca.* 1610) para la cual hay datos completos de la población regional es a fines del siglo XVIII. Antes de eso hay apenas datos indirectos para ilustrar las tendencias poblacionales, uno de los cuales es el ingreso por tributo indio. Además del problema de la cambiante ratio de la población de tributarios sobre el total subrayado arriba, el uso de estos datos conlleva otras complicaciones. Aunque los tributos estaban calculados a una tasa plana en pesos per cápita, los datos pueden no reflejar los cambios en la población tributaria, sino otros dos factores: mejoras en la eficiencia de la recaudación y cambios en las tasas de cálculo. Estos factores tienen que tomarse en cuenta al interpretar la figura 2, la cual conjuga los datos de la recaudación de tributos desde fines del siglo XVII

43. Esto se debió, por lo menos parcialmente, a la tremenda pérdida de vidas que ocasionó la conquista inca del área, debido a la resistencia de los guayacundos nativos. El relato clásico de esta conquista es el de Garcilaso de la Vega (véase nota al pie 15).

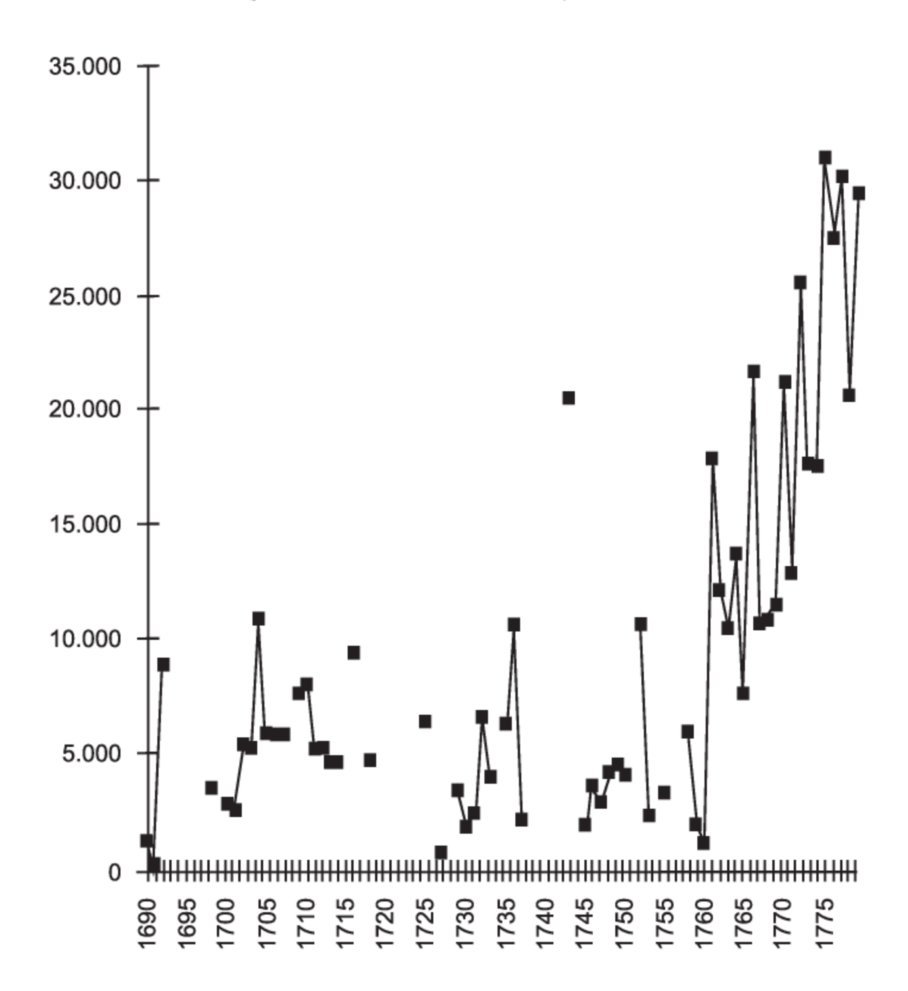
hasta 1779. Se pueden distinguir claramente dos fases. La primera mitad del siglo muestra altas y bajas alrededor de un nivel muy estable de cerca de 5000 pesos por año, lo que sugiere una base tributaria bastante estable, aunque de irregular cumplimiento. La segunda mitad del siglo muestra un sorprendente crecimiento en la recaudación de tributos, que aumentaron más de cinco veces en dos décadas y media. La tasa anual de crecimiento de la recaudación entre los periodos 1746-1759 y 1775-1779 fue 6,8%, un aumento de productividad de la burocracia colonial española poco probable, incluso bajo el influjo reformista borbónico. Sin embargo, los datos de la sierra sur de Puno indican un modelo similar, no obstante que el mayor incremento vino en 1780. Jacobsen asocia este modelo con mejoras en los métodos de recaudación que empezaron en 1750 y culminaron con el reemplazo de los curacas por subdelegados o recaudadores de tributos después de la rebelión de Túpac Amaru.[44] La eficiencia en la recaudación podría haber sido mejorada de dos formas: incorporando al conjunto tributario a individuos previamente exentos o asegurándose de que aquellos que se suponía debían pagar lo hicieran realmente. Hay poca evidencia para asumir que haya habido cambios dramáticos en cualquiera de estas dos formas. Sin embargo, de haber ocurrido, dichas mejoras deberían reflejarse en la figura 2 como un incremento en el nivel, posiblemente extendido a través de una cantidad de años, pero no como una tendencia duradera por al menos dos décadas.[45] No obstante, incluso concediendo al impulso reformista borbónico un rol sustancial en el incremento de las recaudaciones, estas cifras sugieren que había comenzado a elevarse alrededor de 1740 y continuó a lo largo de la década de 1770. Es más difícil sugerir una tasa de crecimiento aproximada, pero una conjetura razonable sería que la población creció a no menos del 2% anual durante el periodo 1740-1780, un ritmo bastante notable para una sociedad preindustrial.[46] Parece improbable que este ritmo de crecimiento se mantuviera por mucho más tiempo, y, de hecho, otra evidencia indica que, si bien continuó el crecimiento, lo hizo a tasas más modestas.

44. Jacobsen 1993: 103-104.

45. Un incremento en las tasas aparecería en el gráfico como un salto a un nivel más alto, no como un incremento continuo.

46. A partir de los datos de Cipolla sobre estimados mínimos y máximos de la población mundial, Europa (incluyendo Rusia) creció a una tasa promedio de 1% entre 1750 y 1800, y Latinoamérica alrededor de 1,35% (1993: 229, tabla 9.8). Por supuesto, había regiones que crecían más rápido que otras dentro de esas áreas. Sin embargo, el punto sigue siendo que Piura tuvo un vigoroso crecimiento de la población.

FIGURA 2
TRIBUTO QUE INGRESA EN LA CAJA REAL DE PIURA



Se puede rastrear la composición étnica de la población colonial tardía de Piura a través de los datos de la *visita* de Martínez de Compañón de 1786, resumida en el cuadro 2. De ahí se desprenden varios hechos significativos. La proporción de indígenas en la población total de Piura estuvo ligeramente debajo del nivel virreinal (58,2% para la última), mientras que la proporción de la población española era solamente la mitad que para el virreinato en su conjunto. En contraste, la proporción de mestizos (24,2%), negros y mulatos (13,9%) en Piura era mayor que en el virreinato en su conjunto (21,9 y 7,3%, respectivamente). Mientras que no sorprende lo significativo del peso de los negros y mulatos en la población total del virreinato peruano (debido a que estos se concentraban en la costa, y el área costeña de Piura era comparativamente grande), causa extrañeza la relativamente alta presencia de mestizos. De hecho, la proporción de mestizos era dos veces la del virreinato de México.[47] ¿Qué

47. Para Perú véase Fisher 1970: 253; para México, Aguirre Beltrán 1972: 234.

explicaría esta característica regional algo peculiar? Aunque se sabe que era costumbre para los indios el tratar de pasar por mestizos para evitar el pago de tributos, y que algunos de ellos lo lograban, la naturaleza eclesiástica (no fiscal) del censo hace que esta ocurrencia sea menos probable. En vez de eso, parecería que tanto su posición más bien marginal (comparada con el área comprendida entre Potosí y Lima, que era la mayor productora de riqueza y la más atractiva comercialmente) como la brutal reducción de la población nativa durante el siglo XVI hicieron de Piura un área sin atractivo para la mayoría de españoles. Como resultado de ello, no solo la población del área permaneció pequeña, sino que también muchos de aquellos que allí se asentaron eran de orígenes o ambiciones (o ambos) más humildes y estaban más dispuestos a mezclarse con la población india y producir mestizos.

Cuadro 2
POBLACIÓN DE PIURA POR PARROQUIAS, 1786

	Españoles	%	Indios	%	Mestizos	%	Pardos	%	Negros	%	Total
Costa	1.673	7,3	10.904	47,7	5.084	22,3	4.559	19,9	630	2,8	22.848
Piura	1.425		3.984		3.838		3.066		537		12.850
Sechura	2		1.682				19		8		1.711
Catacaos	1		1.789								1.790
Paita	169		3.084		722		655		78		4.706
Tumbes	76		365		524		819		7		1.791
Sierra	1.045	5,4	12.516	64,5	5.133	26,5	484	2,5	215	1,1	19.393
Huancabamba	401		4.035		2.644		303		48		7.431
Frias	3		2.014		238						2.255
Ayabaca	345		3.998		1.793		134		148		6.418
Huarmaca	296		2.469		458		47		19		3.289
Total	2.718	6,4	23.420	55,4	10.217	24,2	5.043		845	2,1	42.241

Fuente: Martínez de Compañón 1978 [1786], vol. 1.

Una comparación de la composición étnica de la planicie costeña y de la sierra para el periodo colonial tardío indica que la mayoría de los indios y mestizos estaban en la sierra, aunque la diferencia numérica entre las subregiones era pequeña. La importancia relativa de la población indígena en la sierra, por la ausencia de negros y mulatos, era significativamente mayor que la de la costa, donde negros y mulatos conformaban un quinto de la población. Por otro lado, la mayor parte de la población española vivía en la costa, aunque su tamaño

relativo era pequeño en ambos casos. Así, no solo la población regional estaba dividida de manera pareja entre costa y sierra, sino que también las diferencias en la estructura étnica de estas dos áreas eran fundamentalmente cuestión de grado, lo cual refuerza la idea de un espacio mayormente indiferenciado en el ámbito económico.

En suma, el modelo poblacional que surge de los datos disponibles sugiere tres fases: descenso (1530-1640), estancamiento (1640-1740) y rápida recuperación (1740-1780). La primera fase estuvo marcada por el catastrófico descenso que empezó con la llegada de los europeos (1530) y continuó a través de las primeras décadas del siglo XVII. Posiblemente hacia mediados del siglo XVII la población se estabilizó en un nivel extremadamente bajo, y esencialmente continuó estancado a lo largo del siglo siguiente. Hacia mediados del siglo XVIII comenzó a recuperar su ritmo hasta 1780, y subsecuentemente creció a tasas modestas luego de las primeras décadas del siglo XIX. La coyuntura del cambio del siglo XVIII parece particularmente interesante para analizar la relación entre fluctuaciones demográficas y crecimiento económico. La crisis económica generada hacia mediados de 1790, que duró aproximadamente hasta 1800, se debió a una severa sequía. El crecimiento de la población, que había sido rápido desde 1750, pareció estancarse o posiblemente declinar. ¿Cuál fue la variable causal aquí? Tanto el alto en el crecimiento de la población como la crisis económica estuvieron relacionadas con el factor climático. La baja (o estancamiento) de la población fue causada por la crisis económica, dado que los precios de los alimentos se incrementaron dramáticamente y la mera subsistencia se hizo más difícil que de costumbre, pero a su vez también afectó las condiciones económicas, al limitar la cantidad de trabajo disponible. En cualquier caso, las dos variables eran claramente interdependientes y se retroalimentaban entre sí.

La estructura económica regional a fines de la Colonia

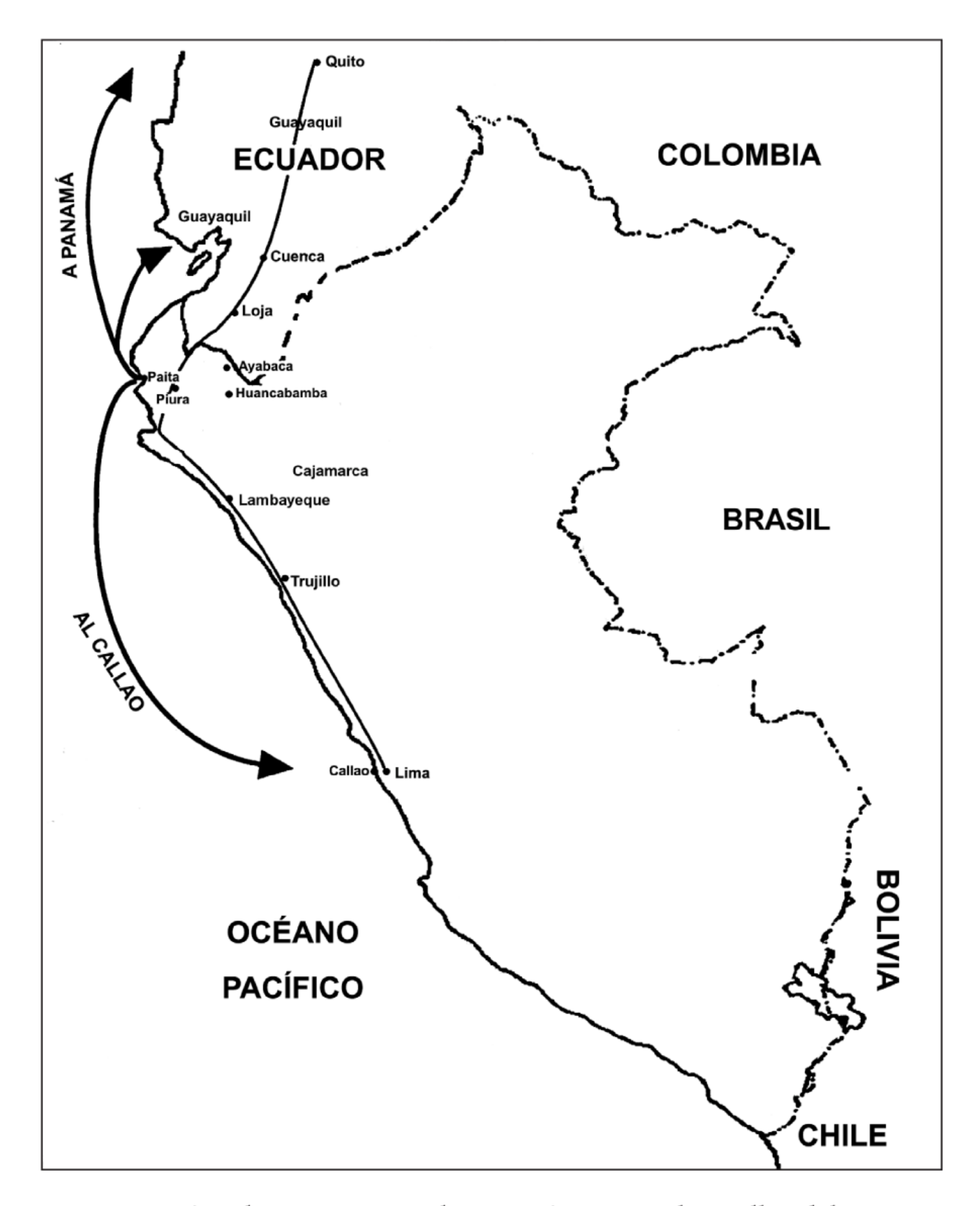
Las redes de intercambio han jugado un rol crucial al perfilar el espacio regional. Se pueden detectar cuatro etapas en la historia prenacional de estas redes, separadas por tres hitos principales: los contactos iniciales con la población de la sierra central, la conquista inca y la conquista española. La primera etapa comprendía el comercio a corta distancia tanto entre la costa y la sierra, como a lo largo de la costa hacia el norte por lo menos hasta Guayaquil (y posiblemente más allá, dado que era factible la navegación), y más tarde con el reino Mochica. En la segunda etapa el comercio se expandió hacia los Andes centrales, lo que marcó un primer periodo de influencia de esa zona. Estas conexiones parecen haber declinado hacia el año 1000 d. C., cuando el señorío Chimú dominó esa área. La derrota de los chimús y un poco después la subyugación

de los huancapampas y guayacundos por el ejército de Túpac Yupanqui (a mediados del siglo XV) desembocaron en una tercera fase, en la cual se renovaron y expandieron los intercambios a través de todos los Andes, desde Cuzco hasta Loja, y tanto entre la costa norte y las sierras centro y sur, así como dentro de los Andes del norte a lo largo de líneas de costa a sierra.

En la cuarta etapa, la conquista española reorientó significativamente las redes de intercambio existentes al abrir una nueva y más importante ruta comercial, aquella con Europa. De ahí en adelante, los puertos de la costa adquirieron nueva importancia. En el nivel macrorregional, Lima y Callao se convirtieron en el centro del comercio internacional controlado por los españoles y las minas de plata de Potosí en las dominantes y abrumadoras productoras de mercancía de exportación. Emergió una red de intercambios asociada con ambos centros individualmente, tanto con la ruta de uno a otro como con centros de producción que respondían a la fuerte demanda de la industria minera. Dentro de esta estructura, el auge del complejo textil de Quito, que llegó a ser uno de los principales abastecedores de textiles (paños de Quito*)* al virreinato peruano, dinamizó una nueva ruta comercial. La ruta, llamada *carrera de Lima,* desde Quito seguía a lo largo de la cordillera andina, a través de las provincias sureñas de Quito, Riobamba, Ambato, Cuenca y Loja, y después de bajar a Piura atravesaba los valles costeños hasta Lima (véase figura 3). Piura jugó un importante rol a lo largo de esta ruta como el punto que unía los valles de la costa peruana con las alturas del reino de Quito. Más aún, tanto la costa como la sierra piuranas eran importantes productores de mulas de alta calidad, el principal medio de transporte de entonces. Los pueblos indígenas de la costa, familiarizados con las actividades comerciales, tales como Sechura y Colán, se especializaron en el negocio de transporte, adquiriendo reputación de expertos arrieros.[48] Además de esta ruta terrestre, Piura colonial estaba conectada con mercados extrarregionales a través de una ruta marítima. El puerto de Paita era el punto de acceso de la región a la ruta trasatlántica que discurría desde Cádiz a Panamá y de ahí a la costa del océano Pacífico, y, en un grado menor, a la que venía de Europa a través del Cabo de Hornos en el extremo sur del continente. Esta ruta marítima también conectaba la región con todos los diversos puertos a lo largo de las costas occidentales de Chile, Nueva Granada y Perú.

48. Lequanda, 1861 [1793]: 234, Helguero 1984 [1804]: 48, 64-65, Aldana 1987: 108-129.

Figura 3
MAPA DE LAS RUTAS DE INTERCAMBIO



La cercanía a la ruta principal que unía Lima y los valles del norte con Quito hizo de Ayabaca un área importante para la agricultura comercial. Hacia el periodo colonial tardío había en este distrito 36 haciendas de propietarios españoles y un número significativo de fincas de propiedad de mestizos, además de las tierras pertenecientes a las comunidades indígenas formadas por el virrey

Toledo.[49] Resulta significativo que la producción de las haciendas españolas fuera primordialmente ganado y caña de azúcar (que requerían tierras de alta y baja altitud, respectivamente) mientras que los mestizos e indios cultivaban una variedad de productos agrícolas y "algo de ganado" (típico de las tierras quechua).[50] Los primeros eran bienes eminentemente comerciales, mientras que los últimos incluían una variedad de productos tanto para el autoconsumo como para comercializar. La otra área importante de las alturas, Huancabamba, no estaba tan cerca de la ruta a Quito. En contraste con Ayabaca, hacia el periodo colonial tardío predominaban aquí las tierras de indígenas, sin embargo, la producción era similar en ambas áreas.[51] El comercio era más limitado, con excepción de aquel relacionado al negocio de cascarilla peruana (quina), que generaba una fuerte conexión con la ciudad de Piura y el puerto de Paita en la costa, así como con áreas en las vertientes orientales de los Andes, tales como Jaén, Bagua y Chachapoyas.[52] La otra peculiaridad del área de Huancabamba era una mayor presencia de ovejas y de obrajes textiles, de propiedad tanto de los españoles como de las comunidades indígenas, cuya producción, en su mayor parte, era consumida localmente. Así pues, la ubicación de Ayabaca a lo largo de una importante ruta comercial parece haber sido el factor determinante para generar mayor interés de los españoles en esa área.

Los caminos intrarregionales conectaban las áreas de la costa y la sierra, integrando verticalmente la región. Un itinerario de caminos diligentemente elaborado en 1847 por el entonces mayor del Ejército Miguel Saturnino Zavala nos permite delinear esas rutas, básicamente las mismas en uso durante el periodo colonial.[53] Como lo ilustra la figura 3, dos caminos principales partían de la ciudad de Piura hacia la sierra. Uno se dirigía al norte a lo largo de la ruta a Quito. Desde allí, el camino a Ayabaca se desvía hacia el este a un punto llamado Las Lomas, continuando a lo largo del río Quiroz antes de cruzarlo y

---

49. Helguero 1984 [1804]: 19-21. Helguero estima en 60.000 pesos anuales el valor de bienes vendidos por las haciendas españolas y en 30.000 pesos lo correspondiente a las tierras de indios y mestizos. No obstante todo el escepticismo que estos números suscitan, sugieren una presencia significativa de un sector comercial indio/mestizo, consignado no accidentalmente en las estadísticas de Helguero.

50. Helguero 1984 [1804]: 20.

51. Ibíd., pp. 35-36.

52. Para mayor detalle de este comercio y sus implicancias regionales, véase Jaramillo 1998.

53. El manuscrito de la relación de Zavala está en BN, D4705. Recientemente la Cámara de Comercio y Producción de Piura ha publicado una transcripción del historiador Miguel A. Seminario; mis referencias se basan en esta edición debido a su fácil disponibilidad. El peruanista italiano Raimondi también dejó un itinerario de caminos en la región (1901 [1868]). Sin embargo, es más fácil seguir el de Zavala, debido a que todas las rutas que describe parten de la ciudad de Piura.

gradualmente apartarse hacia la sierra. El camino a Quito iba a través de los distritos piuranos de Suyo y Macará, sobre la actual frontera entre Perú y Ecuador, antes de continuar hacia Cariamanga y Loja. El otro camino principal se dirigía al este desde la ciudad de Piura y se dividía en tres después de alcanzar Carrasquillo en las márgenes de la sección oriental del río Piura. Uno de esos tres caminos se dirigía al noreste hacia el serrano distrito de Frías; el segundo continuaba hacia el este y ligeramente hacia el norte, a los distritos de Chalaco, Pacaipampa y Cumbicus; el tercero iba al este y ligeramente hacia el sur, hacia Serrán, Canchaque y Huancabamba, de donde bajaba por la vertiente oriental a Jaén. Un camino se desviaba cinco leguas al sudeste más allá de Serrán y continuaba hacia Huarmaca. Además de estos caminos principales, varios otros unían poblaciones más pequeñas de la sierra, configurando así una compleja red de intercambio.

Comercio y economía regional[54]

Hacia el último cuarto del siglo XVIII, Piura había consolidado su posición como zona comercial dentro del virreinato peruano. Su localización estratégica la puso en la intersección de diferentes rutas de importancia significativa. Por un lado, como se ha visto, Piura era parada obligada en la ruta Lima-Quito, la llamada "carrera de Lima", y era el último centro urbano costeño de alguna importancia a lo largo de la sección llamada "de valles" de dicha carrera. Un sector de servicios de transporte dominado por arrieros de los pueblos de Sechura y Colán floreció, ganando fama a lo largo del virreinato. También las mulas piuranas adquirieron amplio reconocimiento por sus cualidades. Por otro lado, el puerto de Paita se convirtió en vital para las comunicaciones entre Europa y Lima a través de la ruta de Panamá, en parte por condiciones geográficas —la navegación hacia el sur de Paita era difícil y riesgosa— y en parte por las cualidades de su bahía. La mayoría de embarcaciones procedentes de Panamá descargaban su mercadería en este puerto para luego enviarla a Lima por vía terrestre. Era Piura, pues, parte de dinámicos circuitos comerciales interregionales e internacionales.

En el interior de la región, los intercambios entre costa y sierra fueron también importantes. En la base de estos intercambios estaban complementariedades ecológicas entre diferentes áreas de la variada geografía piurana. Productos de la sierra tales como la cascarilla, el trigo y el azúcar eran exportados a través de Paita, a la vez que se abastecía a la costa de alimentos. Las zonas costeras, por su parte, proveían a la sierra de sal, pescado y algunas manufacturas de

54. La presente sección se basa en Jaramillo 1995: cap. 2.

algodón, tales como el pabilo, esencial para la fabricación de velas, entre otros productos locales, así como de productos importados que llegaban a través de Paita o de la carrera de Lima. Una clase comerciante regional con diversificados intereses participó activamente de circuitos comerciales intra e interregionales. La estructura económica regional resultante se caracterizó, entonces, por sus significativos niveles de autosuficiencia regional y ser, al mismo tiempo, un dinámico sector externo.

La evidencia cuantitativa más fuerte que permite establecer la estructura del comercio exterior de la región es el *Libro de guías* de la Administración de Alcabalas de Piura para 1787.[55] Este documento contiene información de todas las salidas de productos por cada ruta y del destino final de cada lote de mercadería.[56] Los estimados no incluyen el comercio de productos europeos que pasan por Piura. En consecuencia, lo que tenemos son estimados de exportaciones de productos de la región.

El cuadro 3 resume los hallazgos en esta dirección. El primer y más impactante resultado es que las rutas terrestres fueron sustancialmente más importantes que las marítimas y representan casi cuatro quintos del valor total de las exportaciones regionales en 1787. Se pueden notar por lo menos tres resultados adicionales de interés. El primero es que, dentro de la ruta terrestre, el comercio hacia el norte con el reino de Quito fue ligeramente más importante que el sureño con Lima. Esto es tanto más destacable puesto que no incluye los productos europeos que representaban una porción importante del comercio entre Piura y Quito. Este resultado subraya la relativa independencia del comercio de Piura en relación con Lima aun antes de la reorientación hacia Panamá de comienzos del siglo XIX. En segundo lugar, a lo largo de la ruta marítima, el Callao aún mantenía la primacía como punto de destino, pero esto se debe casi exclusivamente al comercio de la cascarilla, que representaba el 84 por ciento del valor de los bienes embarcados en esa dirección. Finalmente, también a lo largo de la ruta marítima, pero en este caso hacia el norte, los intercambios con Guayaquil eran parte regular de las actividades en el puerto de Paita a lo largo del periodo de estudio. En contraste, Panamá no tenía en 1787 la importancia que alcanzó durante la guerra de 1780-1783 y que habría de recobrar nuevamente en las dos últimas décadas del periodo colonial.

---

55. AGN, RA, l. 1413, c. 143.

56. Las guías contienen información sobre los volúmenes de los productos. Para llegar a los valores, única manera de hacer una comparación global, se obtuvieron datos de precios de las valuaciones hechas por la Real Administración de Aduanas de Paita para cobrar el derecho de almojarifazgo entre 1779 y 1783. Véase AGN, RA, l. 1184, c. 8; l. 1187, c. 43; l. 1191, c. 82 y l. 1192, c. 87.

Cuadro 3
RESUMEN DE LAS EXPORTACIONES VÍA LAS DIFERENTES RUTAS COMERCIALES

	Reales	Pesos	%
Por mar:	475.321	59.415,1	21,85
Al norte:	170.327	21.290,9	35,83
Guayaquil	92.851	11.606,4	19,53
Panamá	77.476	9.684,5	16,30
Al sur:	30.4994	38.124,3	64,17
Callao	30.4994	38.124,3	64,17

¿Qué productos componían estos diferentes circuitos comerciales? ¿Participaban los mismos productos en todas las rutas o había circuitos comerciales específicos por producto? La mayor parte de productos eran transportados tanto por tierra como por mar; la cascarilla era la excepción. Su empaque extremadamente pesado elevaba el costo del transporte terrestre significativamente, además de no ser muy adecuado para las espaldas de las mulas. Por lo demás, este producto seguía viaje de Callao a Cádiz. El nivel de elaboración de la cascarilla para su exportación era muy limitado.[57] Esencialmente era una economía de recolección, que usaba tecnología más bien rudimentaria —machetes para limpiar los agrestes accesos de la sierra tropical piurana, cuchillos para desprender la corteza y sacos para cargar el producto— e intensiva en mano de obra. Su organización seguía un patrón común en la América hispana: el capital comercial financiaba la producción a través del crédito.[58] Comerciantes regionales actuaban como factores de pares en la Península. Autoridades políticas locales jugaban un rol importante en la cadena como intermediarios que facilitaban (o dificultaban, según su interés) el acceso a la mercancía. El trabajo mismo que demandaba era por demás arduo, dada la dispersión de los bosques que la albergaban. Este trabajo lo hacían o peones de haciendas o trabajadores independientes, a los que se les adelantaba una pequeña porción del precio del producto.

El artículo con mayor presencia era el cuero de chivo, sin duda la mayor industria de la región y con mercados en casi cualquier dirección. Otro importante subproducto de la industria caprina era el jabón, que era exportado tanto a las provincias de Quito, donde era usado en abundancia por la industria textil,

57. En Jaramillo (1997) se puede encontrar una descripción bastante detallada de los procesos y riesgos que involucraba este comercio, incluyendo sus costos, desde la extracción hasta su acondicionamiento y empaque para la exportación. La actividad guarda algunas similitudes con la de extracción de caucho, sin haberse hecho acreedora a similar leyenda negra.

58. Véase Brading 1971: 99 y Hamnett 1971: 7, 103.

como a Lima. El bajo consumo de agua de los caprinos y la extensión de bosques de algarrobo hacían de la cría de estos animales la actividad más adecuada al inmenso despoblado piurano.[59] Algunas haciendas poseían sus propias tinas de producción de jabón, mientras que otras llevaban su ganado a Lambayeque, donde era procesado. En efecto, la producción ganadera fue la actividad central de las haciendas piuranas de la costa a fines del siglo XVIII. La relativa abundancia de tierra y escasez de mano de obra explican esta propensión. Así, también era significativa la exportación de grandes rebaños de mulas que serían luego empleadas en diferentes áreas del virreinato y que representaban la cuarta parte de las exportaciones a Lima. Estas mulas eran, por razones obvias, conducidas por tierra.

Entre los productos de ruta específica, era significativo, aunque no tanto como algunos autores han considerado, el intercambio circular de algodón en rama por textiles cuencanos.[60] Nuestras estimaciones muestran que la mayor parte del algodón producido en la región era transformado antes de ser exportado en la forma de pabilo (esencial para hacer velas) y lonas, o era consumido localmente por las familias que manufacturaban sus propios textiles. Este resultado alerta sobre una significativa protoindustria de derivados de algodón, dispersa en un gran número de pequeños productores, que transformaban el algodón en pabilos, lonas y sacos. Estas microempresas familiares, fundamentalmente de indígenas y mestizos, eran manejadas mayormente por mujeres y permitían al hogar la dedicación simultánea a actividades agrícolas, a la vez que eran suficientemente lucrativas como para participar en el mercado laboral de la fuerza de trabajo doméstica.[61]

El comercio con Panamá involucraba no solo cueros de chivo y sebo, sino también zapatos hechos de cuero de chivo.[62] Trigo, harinas, ajos y cebollas eran también importantes componentes de esta ruta comercial. Otros alimentos, tales como alverjas y menestras, eran enviados a Guayaquil en volúmenes mayores a los representados en el cuadro, ya que solo se registraban a partir de cierto volumen, por lo que mucho tráfico de pequeñas proporciones —tal como el realizado por las balsas de indígenas— no era registrado. Finalmente, azúcar y raspaduras, provenientes de valles cálidos de la sierra piurana, especialmente de las haciendas de Ayabaca, eran también exportados a Panamá.

59. En años de buenas lluvias y abundante pasto hasta 100.000 cabras se sacrificaban o se enviaban al vecino Lambayeque (Lequanda 1861 [1793]: 233).

60. Véase Palomeque 1983: 45-52, 1993: 9-10; Aldana 1988: 49.

61. Para una discusión detallada de este punto, incluyendo una estimación de la distribución de la producción entre exportaciones y consumo local, véase Jaramillo 1995: 90-92, 98-99.

62. Lequanda 1861 [1793]: 265; Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (en adelante, AMRREE), LEA-12-52, caja 31.

En cuanto al comercio de corta distancia, los productos alimenticios eran el componente más relevante. En efecto, Lambayeque y la sierra del sur quiteño eran un mercado importante para el pescado piurano —especialmente el tollo—, extraído por indios de las comunidades costeras de Sechura, Yasila y Colán. Eran los indios de Sechura quienes dominaban el comercio con Lambayeque, ya que incluso tenían sus propias recuas de mulas y arrieros especializados. Ellos también dominaban el comercio del maíz. En 1804, don Pedro de Estella, oficial del consulado de Lambayeque, remarcaba que "solo a ellos les tienen cuenta, porque los llevan en sus jumentos, dejando aquí la fuerza de plata que sacan de la pesca, del peje salado que vienen a vender".[63] Arroz, frejoles y garbanzos eran a su vez traídos de Lambayeque para complementar la oferta regional, especialmente en periodos de escasas lluvias. El renglón más importante del comercio con esta área, sin embargo, era sin duda el de ganado caprino, basado en la extensa oferta de pastos e importante infraestructura para el procesamiento de cueros y sebo que Lambayeque poseía.

Comercio intrarregional

El comercio intrarregional es prácticamente imposible de cuantificar; sin embargo, los circuitos e intercambios comerciales pueden ser reconstruidos a partir de una variedad de fuentes, de informes de funcionarios públicos en litigios de comerciantes por el ocasional registro de impuestos. Algunos aspectos pueden también detectarse a través de la estructura de las exportaciones, para productos que además de ser exportados tenían una importante demanda dentro de la región. Este es, por ejemplo, el caso del trigo, componente importante de la dieta regional, cuyos excedentes eran enviados a Guayaquil y Panamá. El modelo que emerge del análisis de la diversa evidencia sugiere que la complementariedad productiva de las diferentes zonas ecológicas que la región comprendía hizo posible un patrón de consumo (y de intercambio, por supuesto) muy diversificado, con diferentes roles para áreas costeras y serranas, donde, como un contemporáneo lo pondría, "lo que falta en los valles bajos es producido en las serranías, suplementándose así mutuamente".[64] La mayor parte del comercio intrarregional estaba compuesto por productos agrícolas, y en cuanto a estos, Piura era mayormente autosuficiente. Las importaciones de alimentos registradas totalizaron 1822 pesos en 1782.[65] Aun considerando que esta cifra no incluye el comercio que realizaban los indígenas, el monto es más bien reducido.

63. Estella 1964 [1804]: 168-169.

64. Lequanda 1861 [1793]: 229.

65. AGN, C-16, l. 1404, c. 50, Manual de Reales Alcabalas de Frutos Comestibles.

Desde pescado y mariscos, a carne de res y caprinos, pasando por arroz, maíz, verduras y menestras, las áreas costeras de Piura proveían una parte importante de la oferta de alimentos, además de proveer la mayor parte de los productos de exportación. La sierra, por otra parte, surtía la mayor parte de la dieta regional con su producción de trigo, cebada, frejoles, garbanzos, alverjas, cebollas, ajos, carne de res y de puerco, queso, quinua, legumbres y frutas, así como azúcar y sus derivados; algunos de ellos con excedentes colocados en mercados extrarregionales tan lejanos como Panamá.

En las áreas costeñas, tenuemente pobladas a lo largo del periodo colonial, con muy limitada infraestructura de irrigación —solo 4 de las 26 haciendas de los contornos del río Piura tenían alguna infraestructura de este tipo— y con vastas áreas del milagroso árbol del desierto, el algarrobo, que proveía una parte sustancial de la dieta del ganado, la ganadería era la actividad productiva más adecuada a las condiciones demográficas y ecológicas del área.[66] La cría de caprinos era la actividad central tanto para haciendas como para comunidades campesinas. Para los campesinos, las cabras eran la principal fuente de proteínas y calorías a través de su carne, leche y derivados, tales como cecinas, quesos y natillas. Su rol era crítico para la economía campesina de la costa. Tal como lo expresaba el alcalde de la comunidad indígena de Querocotillo, "este es el que apaga el hambre mía, de mi muger, hijos y familia con la leche de quasi todo el año, los quesillos y la carne y biste la desnudes de todos con la venta anual de las cabezas que ya no sirven para el próximo".[67]

La ecología de la sierra piurana involucra una variedad de microclimas mucho mayor que la de la costa, y, por tanto, podía sostener una producción agrícola más diversa. Diferentes productos se asociaban con diferentes zonas de producción. La caña de azúcar era el producto de los cálidos valles bajos, donde era transformada en azúcar, raspaduras y alcohol en rudimentarios trapiches. El alcohol ha sido y es aún un elemento importante en las redes de intercambio intrarregionales. Una gran variedad de frutas y verduras eran también producidas en estos valles. A mayores alturas, la producción de granos y la ganadería de vacunos, equinos y mulares eran las principales actividades. Trigo y maíz eran los principales productos agrícolas; el primero, esencial para la dieta española, mientras que el segundo lo era para la población indígena. Vacunos y mulares eran criados en costa y sierra, con esta abasteciendo a aquella cuando las periódicas sequías mermaban los rebaños.

Intercambios entre estas diferentes zonas ecológicas hicieron a Piura esencialmente autosuficiente en cuanto a provisión de alimentos. Más aún, estos

66. Helguero 1984 [1804]: 15.

67. ADP, Int., CC, l. 28, exp. 522-A (1807). Tomado de Aldana 1988: 27.

intercambios crearon importantes circuitos comerciales verticales desde diferentes zonas de la sierra a la costa, en particular a la ciudad de Piura. Debe notarse también que estos intercambios verticales no fueron exclusivos de los circuitos costa-sierra, sino que también ocurrieron entre diferentes “nichos ecológicos” dentro de la sierra, lo que permitió así una gran diversidad en el consumo. Algunos de estos circuitos, como el de intercambio de alcohol de caña de los valles bajos por papas o granos de zonas más altas, están aún vigentes hoy en día.

Estimaciones preliminares (con un método ad hoc y bastante rudimentario) arrojan que las exportaciones representaban no menos del 35% del producto regional.[68] Esto sugiere, por un lado, que la economía regional se caracterizó por tener un sector de exportación con un peso significativo en la economía regional. Piura tenía una estructura de exportaciones muy diversa; diferente, en este sentido, de Yucatán (dominado por el henequen), o de Puno (dominado por la lana), o Morelos (dominado por el azúcar).[69] A fines del periodo colonial, tres eran los principales productos de la región: algodón y sus derivados, productos de la ganadería de caprinos y la cascarilla. Cada uno de estos formó circuitos comerciales diferenciados; por tanto, no hubo un solo circuito comercial, sino una variedad de ellos. Por otro lado, congregaba un espacio regional razonablemente bien articulado en cuanto a complementariedades entre diferentes zonas ecológicas, en particular costa y sierra, que se tradujo en un grado significativo de autosuficiencia respecto de la oferta de alimentos y otros bienes esenciales. Por lo demás, intercambios entre la costa y la sierra fueron fomentados tanto por el comercio de la cascarilla como por el de mulas, así como por una multitud de intercambios de alimentos y manufacturas. Esto resultó en un alto grado de articulación intrarregional.

Conclusiones

La historiografía latinoamericana ha identificado dos tipos de modelos para describir los patrones de organización regional: un modelo solar, asociado a economías cerradas, donde la demanda se concentra en una jerarquía de lugares centrales en el interior de la región, a veces truncado en forma de una ciudad principal; y un modelo dendrítico, relacionado con economías orientadas al exterior, en donde la demanda externa juega el rol central en la organización económica regional.[70] Ejemplos del primer modelo son las regiones

---

68. Jaramillo 1995: 111-113.

69. Sobre Yucatán, véase Patch 1993 y Wells 1985; para Morelos, Martin 1985; y para Puno, Appleby 1976a y Jacobsen 1993.

70. Van Young 1987, 1992; Pérez-Herrero 1992.

de Guadalajara o Michoacán en México colonial, mientras que Puno (con su producción de lana) o Yucatán (con el henequén en el siglo XIX) son ejemplos del segundo.

Piura a fines del periodo colonial no parece conformar ninguno de estos dos modelos. Por un lado, tiene una estructura de exportaciones diversa, con tres productos destacados: algodón y derivados, cueros y otros derivados de la crianza de caprinos, y la quina o cascarilla; los dos primeros se ubicaban en la costa mientras que la tercera provenía de la sierra. Además, los servicios de transporte, que requerían también articulación entre costa y sierra para la crianza de mulas, no solo eran una importante actividad en sí misma, al proveer a mercados intra y extrarregionales, sino también crucial al comercio de exportación, dada la importancia de las rutas terrestres. La mayor parte del algodón era transformado en paños o hilo, para su venta en la región o en Lima, Guayaquil o Panamá. Por otra parte, el algodón crudo era exportado a Cuenca. La actividad de transformación del ganado caprino atendía tanto mercados internos como externos (Lima, Quito y Panamá) con jabón, cueros y calzado. Por tanto, el sector exportador no produjo una sola, sino una diversidad de redes mercantiles.

Los intercambios entre costa y sierra fueron impulsados tanto por el negocio de la cascarilla como por el de las mulas, así como por una multitud de mercados más limitados —azúcar y alcohol entre los más importantes—, pero, sobre todo, por la oferta de alimentos de la sierra a la costa. Así, como se ha notado, Piura era esencialmente autosuficiente en cuanto a oferta de alimentos: trigo, cebada, maíz, frejoles, papas, camotes legumbres y frutas bajaban de la sierra, a veces en volúmenes tales que permitían la exportación. El tráfico de ganado vacuno y mular también fue importante. Estos intercambios crearon significativas redes verticales de comercio entre costa y sierra, particularmente hacia la ciudad de Piura, así como entre diferentes nichos ecológicos de la sierra (por ejemplo, el intercambio de azúcar y alcohol de valles bajos por granos de zonas altoandinas, aún vivo hoy en día).

Para concluir, tanto el contexto ambiental como el demográfico jugaron un rol significativo en la formación de la economía regional piurana. Condiciones ambientales, tales como la escasez de agua en las áreas costeñas, perfilaron los límites de la actividad agrícola en esa área. Por otro lado, su localización en la ruta entre Lima y Quito contribuyó a reforzar su vocación comercial. Más aún, la variada geografía de Piura proporcionó la base para relaciones de intercambio entre la costa y la sierra, que a su vez delinearon la región. El considerable crecimiento poblacional, por su parte, parece un buen reflejo del dinamismo económico regional en la segunda mitad del siglo XVIII.

Una pregunta que queda para el análisis es qué tan común es la estructura descrita en este texto a otras áreas del norte peruano de fines de la Colonia. Invitado a la especulación, uno pensaría que un dinámico y diverso mercado intrarregional, en relación con el (creciente) volumen de población que soportaba, combinado con una significativa actividad de exportación también diversa, podría ser una caracterización acertada de espacios regionales como los que Lambayeque y Trujillo habrían articulado. En estas dos, sin embargo, a diferencia de Piura, hubo actividad minera en la sierra; al menos una de importancia considerable, Hualgayoc, sin duda con reverberaciones en la actividad económica de los dos espacios, hasta el momento de magnitud incierta. Un análisis detallado de ambos espacios podría no solo proveer un contraste, o tal vez solo un matiz, relevante frente al modelo del extremo norte, sino también dar luces sobre un tema central de la historiografía colonial latinoamericana, como es la organización económica y los roles del comercio interno y externo en su configuración.

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo.
1972 *La población negra de México*. Mexico D. F.: SepSetentas.

Aldana, Susana
1987 "Esbozo de un eje de integración: el comercio Piura-Loja-Cuenca". Trabajo presentado al Primer Seminario Internacional de Historia Latinoamericana, organizado por el Consejo de Integración Cultural Latinoamericano.

1988 *Empresas coloniales: las tinas de jabón en Piura.* Piura: Cipca.

Appleby, Gordon
1976a "Export Monoculture and Regional Social Structure in Puno, Peru". En Carol A. Smith (ed.), *Regional Analysis.* Nueva York: Academic Press.

1976b "The Role of Urban Food Needs in Regional Development, Puno, Peru". En Carol A. Smith (ed.), *Regional Analysis.* Nueva York: Academic Press.

Armytage, Frances
1953 *The Free Port System in the British West Indies: A Study in Comparative Commercial Policy 1766-1822.* Londres: Longmans.

Bell, William S.
1985 *An Essay on the Peruvian Cotton Industry, 1825-1920.* Liverpool: University of Liverpool, Center for Latin American Studies.

Bernex, Nicole y Bruno Revesz
1988 *Atlas regional de Piura*. Lima: PUCP, Cipca.

Bijleveld, C. J. Catrien y Ouweneel Arij
1989 "The Economic Cycle in Bourbon Central Mexico: A Critique of the *Recaudación del diezmo líqido en pesos*". *Hispanic American Historical Review*, vol. 69 n.º 3: 479-530.

Bonilla, Heraclio (ed.)
1975 *Informes de los cónsules británicos.* Vol. 1. Lima: IEP.

1980 *Un siglo a la deriva.* Lima: IEP.

Brading, David
1971 *Miners and Merchants in Bourbon Mexico 1763-1810*. Cambridge: Cambridge University Press.

Braudel, Fernand
1972 *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II.* Vol. 1. Nueva York: Harper & Row.

Brown, Kendall W.
1990 "Price Movements in Eighteenth Century Peru: Arequipa". En Lyman Johnson y Enrique Tandeter (eds.), *Essays on the Price History of Eighteenth-Century Latin America.* Alburquerque: University of New Mexico Press.

CIPOLLA, Carlo
1993 *Before the Industrial Revolution: European Society and Economy 1900-1910.* Nueva York: W.W Norton.

COATSWORTH, John
1986 "The Mexican Mining Industry in the Eighteenth Century". En Nils Jacobsen y Jurgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810.* Berlín: Colloquium Verlag, pp. 26-45.

COOK, Noble David
1981 *Demographic Collapse: Indian Peru 1520-1620.* Cambridge: Cambridge University Press.

COTLER, Julio
1978 *Clases, Estado y nación.* Lima: IEP.

CUENCA, Gregorio G.
1975 [1560] "Ordenanzas de los indios". *Historia y Cultura*, n.º 9: 126-154.

CUENCA ESTEBAN, Javier
1981 "Statistics of Spain's Colonial Trade, 1792-1820: Consular Duties, Cargo Inventories, and Balances of Trade". *Hispanic American Historical Review*, vol. 61, n.º 3: 381-428.

DANCUART, Emilio
1887 *Memoria presentada por el Director General de Aduanas D. P. Emilio Dancuart al Señor Ministro de Estado en el Despacho de Hacienda y Comercio.* Lima: Imprenta Torres Aguirre.

1905 *Anales de la Hacienda Pública del Perú.* Tomo 1. Lima: Librería e Imprenta Gil.

DELAVAUD, Claude Collin
1984 *Las regiones costeñas del Perú septentrional.* Lima: PUCP, Cipca.

DEUSTUA, Carlos (ed.)
1989 *Informe del Real Tribunal del Consulado sobre el comercio de este virreynato del 22 de diciembre de 1790.* Lima: Concytec.

DIEZ, Alejandro
1988 *Pueblos y caciques de Piura, siglos XVI y XVII.* Piura: Cipca.

1992 *Las comunidades indígenas del bajo Piura: Catacaos y Sechura siglo XIX.* Piura: Cipca.

EGUIGUREN, Víctor
1894a "Estudios sobre la riqueza territorial de la provincia de Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 1-3: 143-176.

1894b "Las lluvias en Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 7-9: 241-258.

Estella, Pedro de
1964 [1804] "Razón Circunstanciada que Don Pedro de Estella Diputado del Comercio de Lambayeque Produce al Consulado de Lima con Relación de los Ramos de Industria de Aquella Provincia". *Revista del Archivo Nacional del Perú*, vol. 28, n.os 1-2: 163-180.

Figueroa, Adolfo
1984 *Capitalist Development and the Peasant Economy in Peru*. Nueva York: Cambridge University Press.

Fisher, John
1970 *Government and Society in Colonial Peru*. Londres: University of London.

1976 *Minas y mineros en el Perú colonial*. Lima: IEP.

1985 "The Imperial Response to 'Free Trade': Spanish Imports from Spanish America, 1778-1796". *Journal of Latin American Studies*, n.º 17: 35-78.

1986 "Mining and the Peruvian Economy in the Late Colonial Period". En Nils Jacobsen y Jurgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810*. Berlín: Colloquium Verlag, pp. 46-60.

García-Baquero, Antonio
1972 *Comercio colonial y guerras revolucionarias.* Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

1976 *Cádiz y el Atlántico (1717-1778)*. 2 vols. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

García Rossell, Ricardo
1907 "Departamento de Piura". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 21, n.º 2: 187-205.

Gootemberg, Paul
1985 "Merchants, Foreigners and the State: The Origins of Trade Policy in Post-Independence Peru". Ph. D. dissertation, University of Chicago.

1990 "*Carneros y chuño*: Price Levels in Nineteenth Century Peru". *Hispanic American Historical Review*, vol. 70 n.º 1: 1-56.

Haitin, Marcel
1986 "Urban Market and Agrarian Hinterland: Lima in the Late Colonial Period". En Nils Jacobsen y Jurgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810*. Berlín: Colloquium Verlag, pp. 281-298

Hamnett, Brian
1971 *Politics and Trade in Southern Mexico 1750-1821*. Cambridge: Cambridge University Press.

HASSIG, Ross
1985 *Trade, Tribute, and Transportation: The Sixteenth-Century Political Economy of the Valley of Mexico*. Norman: University of Oklahoma Press.

HELGUERO, Joaquín de
1984 [1804] *Informe económico de Piura 1802.* Lima: UNMSM, Seminario de Historia Rural Andina-Piura, Cipca.

HOCQUENGHEM, Anne Marie
1989 *Los guayacundos de Caxas y la sierra piurana: siglos XV y XVI.* Piura, Lima: Cipca, IFEA.

JACOBSEN, Nils
1993 *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano, 1780-1930.* Berkeley: University of California Press [hay traducción al español: *Ilusiones de la transición: el Altiplano peruano, 1780-1930* (Lima: BCRP-IEP, 2013)].

JACOBSEN, Nils y Jurgen PUHLE (eds.)
1986 *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810.* Berlín: Colloquium Verlag.

JARAMILLO, Miguel
1995 "Growth and Underdevelopment: Trade and Regional Articulation in Northern Peru, 1750-1930". Ph. D. dissertation, Universidad de California, San Diego.

1997 "El comercio de la cascarilla en el norte peruano-sur ecuatoriano: evolución e impacto regional de una economía de exportación, 1750-1796". En Scarlett O'Phelan e Yves Saint-Geours (eds.), *El norte en la historia regional, siglos XVIII-XIX*. Lima: IFEA, Cipca, pp. 51-94.

JUAN, Jorge y Antonio DE ULLOA
1991 [1748] *Noticias secretas de América.* Madrid: Historia 16.

LEQUANDA, Ignacio
1861 [1793] "Descripción geográfica del partido de Piura, perteneciente a la Intendencia de Trujillo". En Manuel A. Fuentes (ed.), *Biblioteca Peruana de Historia, Ciencias y Literatura.* Tomo II: *Antiguo Mercurio Peruano.* Lima: Felipe Bailly.

MACERA, Pablo
1977 "Las plantaciones azucareras andinas". En Pablo Macera, *Trabajos de Historia.* Vol. 4. Lima: Instituto Nacional de Cultura, pp. 9-317.

MANRIQUE, Nelson
1987 *Mercado interno y región: la sierra central 1820-1930.* Lima: Desco.

MARKHAM, Clements
1880 *Peru*. Londres: Sampson Low, Marston, Searle & Rivington.

Martin, Cheryl E.
1985 *Rural Life in Colonial Morelos*. Alburquerque: University of New Mexico Press.

MArtínez de Compañón, Baltazar
1978 *Trujillo del Perú.* Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación.

Moreno, Federico
1894 "Informe que presenta al supremo gobierno el comisionado don Federico Moreno sobre los yacimientos de petróleo en el departamento de Piura, su actual explotación y otras riquezas minerales que contiene ese departamento". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, vol. 4, n.os 7-9: 283-325.

Murra, John V.
1975 "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En John V. Murra (ed.), *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: IEP, pp. 59-115.

North, Douglass
1971 "Sources of Productivity Change in Ocean Shipping, 1600-1850". En R. W. Fogel y S. Engerman (eds.), *The Reinterpretation of Economic History*. Nueva York: Harper & Row, pp. 163-174.

Palomeque, Silvia
1983 "Loja en el mercado interno colonial". *HISLA*, n.º 2: 33-45.

1990 *Cuenca en el siglo XIX*. Quito: Flacso, Abya-Yala.

Patch, Robert W.
1993 *Maya and Spaniard in Yucatan, 1648-1812.* Berkeley: University of California Press.

Peloso, Vincent
1985 "Succulence and Sustenance: Region, Class, and Diet in Nineteenth-Century Peru". En John C. Super y Thomas C. Wright (eds.), *Food, Politics and Society in Latin America.* Lincoln, Londres: University of Nebraska Press.

Pennano, Guido
1975 "Desarrollo regional y ferrocarriles en el Perú, 1850-1879". *Apuntes*, n.º 9: 131-147.

Pereira, Próspero
1862 "Memoria geográfica sobre el departamento de Lima". *La Revista de Lima*, vol 6: 161-328.

Pérez Herrero, Pedro
1992 "Regional Conformation in Mexico, 1700-1850: Models and Hypotheses". Eric Van Young (ed.), *Mexico's Regions: Comparative History and Development*. La Jolla: Center for US-Mexican Studies.

RAIMONDI, Antonio
1901 [1868] "Itinerario de viajes en el Perú. Catacaos, Paita, Amotape, Etc.- Monte Abierto y Huangalá". *Boletín de la Sociedad Geográfica del Perú*, vol. 11, n.os 1-12.

RAMÍREZ, Miguel J.
1966 *Huancabamba: su historia, su geografía, su folklore*. Lima: Imprenta del Ministerio de Hacienda y Comercio.

ROMERO, Emilio
1961 *Geografía económica del Perú* (3ª ed.). Lima: UNMSM.

ROSTWOROWSKI, María
1988 *Historia del Tawantinsuyu.* Lima: IEP.

1989 *Costa peruana prehispánica*. Lima: IEP.

SLAYFER, Henry K.
1980 "Los enclaves de exportación y la agricultura alimenticia en el Perú de los años 1820-1920: a propósito de las tesis de R. Thorp y G. Bertram". *Histórica*, vol. 4, n.º 2: 243-254.

SMITH, Adam
1902 [1776] *The Wealth of Nations:* Nueva York: Collier and Son.

SMITH, Carol A.
1976 "Introduction". En Carol Smith (ed.), *Regional Analysis*. Nueva York: Academic Press.

TANDETER, Enrique
1992 *Coacción y mercado: la minería de plata en el Potosí colonial, 1629-1826.* Cuzco: CBC.

TANDETER, Enrique y Nathan WACHTEL
1990 "Prices and Agricultural Production: Potosí and Charcas in the Eighteenth Century". En Lyman Johnson y Enrique Tandeter (eds.), *Essays on the Price History of Eighteenth-Century Latin America.* Alburquerque: University of New Mexico Press.

TEPASKE, John
1986 "General Tendencies and Secular Trends in the Economies of Mexico and Peru, 1750-1810". En Nils Jacobsen y Jurgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810.* Berlín: Colloquium Verlag, pp. 316-339.

ULLOA, Antonio de
1990 [1748] *Viaje a la América Meridional.* Madrid: Historia 16.

VAN YOUNG, Eric
1986a "The Age of Paradox: Mexican Agriculture at the End of the Colonial Period". En Nils Jacobsen y Jurgen Puhle (eds.), *The Economies of Mexico and Peru During the Late Colonial Period, 1760-1810.* Berlín: Colloquium Verlag, pp. 64-90.

1986b "The Rich Get Richer and the Poor Gets Skewed: Real Wages and Popular Living Standards in Late Colonial Mexico". Trabajo presentado a All UC Conference on Economic History, Los Ángeles.

1987 "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas". *Anuario del IEHS/Tandil*, n.º 2: 255-282.

1992 "Introduction: Are Regions Good to Think?". En Eric Van Young (ed.), *Mexico's Regions: Comparative History and Development.* La Jolla: Center for US-Mexican Studies.

Wells, Allen

1985 *Yucatan's Gilded Age: Haciendas, Henequen and International Harvester.* Alburquerque: University of New Mexico Press.

Woodman, Arturo

1948 *Breves apuntes sobre fechas de llegada y descargas anuales del río Piura*. Piura: A. Woodman e hijos.

Yepes Del Castillo, Ernesto

1972 *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista.* Lima: IEP.

Zavala, Miguel Zaturnino

1993 [1847] *Caminos y pueblos de la antigüedad. Piura, 1847*. Piura: Margue Impresores.

Capítulo 8

Talara: ciudad petrolera de la región norte del Perú

Edith Aranda Dioses

El presente ensayo trata sobre la historia de la ciudad de Talara, vinculada estrechamente con el desarrollo de la industria petrolera. Asimismo, la evolución urbana de la ciudad está relacionada con los cambios que experimentó la actividad petrolera en la costa noroeste de la región Piura.

Haremos referencia a la explotación de hidrocarburos desde la época prehispánica hasta llegar a la República, etapa en la que se despliega la modernización de esta actividad incorporando nueva tecnología a la industrialización (refinación) del petróleo. En este contexto, la ciudad de Talara experimenta transformaciones directamente ligadas al impacto de la dinámica socioeconómica que genera la industria petrolera, que se manifiestan en la morfología urbana de la ciudad y en las condiciones de vida de sus habitantes.

Los hidrocarburos en el Perú antiguo

En el Perú antiguo fue conocida una sustancia que manaba del suelo llamada *copé,*[1] viscosa y de color oscuro, que no tuvo en aquel tiempo un uso extendido. Desde entonces uno de los yacimientos más importantes de petróleo y gas natural se ubica en el litoral noroeste peruano, en los actuales departamentos de Piura y Tumbes. Asimismo, se registran datos de pequeños "manantiales" en el centro y el sur del territorio nacional, en lugares como Parinacochas, Jauja, Ica y Huancavelica en el centro, y en el sur en Canas, Lampa, Azángaro y Huancané.[2]

---

1. Los cronistas incorporan este término en sus textos como un vocablo quechua que designaba un betún que manaba del suelo de manera natural.

2. Espinoza 1999: 84.

Los pobladores prehispánicos al norte del río Chira (actual Piura) habrían conocido y usado el copé. El cronista José de Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias* publicada en 1590 hace referencia al "manantial de brea", y señala que el producto tenía diversos usos, por ejemplo, untar el rostro en ciertos ritos, alumbrar sus cultos e impermeabilizar vasijas. En esta época, según Juan José Vega,[3] estas tierras fueron habitadas por los tallanes, quienes se dedicaban a la pesca, la navegación y la agricultura.

Sin embargo, no se tiene evidencia empírica de que la brea fuera utilizada de manera generalizada. El petróleo, tal como lo conocemos ahora, no fue para los habitantes del Perú antiguo una alternativa como fuente de energía; para producir fuego, luz y calor, hicieron uso de la leña, el estiércol y el sebo.

La brea en la Colonia

En el virreinato existían dos zonas productoras de brea: la punta de Santa Elena (al norte del golfo de Guayaquil, en el territorio del actual Ecuador), donde se ubicaba el yacimiento más importante de esta etapa, y el cerro de Amotape (en el actual departamento de Piura, perteneciente entonces a la intendencia de Trujillo).[4]

La brea servía entonces para el calafateo[5] de las embarcaciones y el revestimiento de los barriles de vino y aguardiente. El historiador Eduardo Torres[6] menciona acerca de las breas testimonios de algunos cronistas, entre los cuales se puede mencionar a Pedro Cieza de León, quien señala la existencia de este betún, parecido al alquitrán, durante su estadía hacia 1550 en la punta de Santa Elena (actual Ecuador). Otro observador agudo, el padre Bernabé Cobo, hace una descripción detallada de las breas de Santa Elena, en la que destaca sus propiedades curativas y su utilidad para el mantenimiento de los buques.

Los yacimientos de brea de Amotape se ubicaban en la falda de la cordillera denominada Cerro Prieto, a cinco leguas del mar, cerca de los pueblos de Colán, Pariñas, Catacaos y Amotape; su explotación se inició, según Pablo Macera, a finales del siglo XVII. Este autor señala que la brea de esta zona solo debió de ser utilizada a pequeña escala durante esta centuria.[7]

---

3. Vega 1988: 3.
4. Al hacer referencia a la brea durante la conquista y el virreinato en el Perú estamos aludiendo a una sustancia que es una mezcla de diversos hidrocarburos que tiene como principal componente el petróleo.
5. El calafateo era la técnica de cerrar las juntas de las maderas de las embarcaciones: para evitar que entre el agua, se sellaban con una mezcla de brea, sebo y aceite de pescado.
6. Torres 2008: 77.
7. Macera 1963: 12. Al respecto Pablo Macera consigna un informe administrativo de la época: "en cuantas partes se hacen excavaciones desde los altos de la ensenada de Talara

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, las minas de Amotape y Santa Elena fueron explotadas por arrendatarios, y después pasaron al rey de España en virtud de un decreto del 24 de noviembre de 1781 bajo la modalidad que se conocía como estanco.[8] El estanco de la brea fue ofrecido por la monarquía al mejor postor; así se sucedieron varios asentistas, lo que produjo tensiones entre ellos y la Corona debido al interés de cada una de las partes por obtener mayores ganancias. La explotación de los yacimientos de Santa Elena mantuvo su preponderancia durante el virreinato hasta el surgimiento de las luchas por lograr la independencia, y más adelante se produjo un auge en la producción de la brea de Amotape.

La actividad petrolera en la República

La Brea y Pariñas a inicios de la República

En el territorio de La Brea y Pariñas, en la costa norte del Perú, se encuentran los yacimientos petroleros que van a ser explotados desde inicios de la República. La polémica que en la escena económica y política nacional ocasionó su explotación tiene antecedentes en los diversos sucesos que en relación con la propiedad de este territorio se desarrollaron durante el siglo XIX.

Esta extensa área petrolera se localiza geográficamente entre el río Tumbes por el norte (actual departamento de Tumbes) y el río Chira por el sur (actual departamento de Piura). En el lugar existían distintas haciendas, entre las que destacan la hacienda Máncora y su anexo, la hacienda Pariñas, que se extendía hasta el sur de la quebrada del mismo nombre; y la hacienda La Brea, en la que se encontraba la mina La Brea (conocida como Amotape durante la Colonia), en la parte occidental de Cerro Prieto.

En septiembre de 1826, el Estado peruano adjudicó a José Antonio de la Quintana la mina La Brea para pagar una deuda que el Estado había contraído con él por haber aportado financieramente en las luchas por la independencia. En marzo de 1827, José de Lama, propietario de la hacienda Máncora, compró a De la Quintana la mina La Brea, que limitaba con el territorio de su hacienda. Al fallecer José de Lama, en 1850, el área de su propiedad se dividió entre sus herederos. A Josefa de Lama (su hija) le correspondió una sección de la hacienda Máncora con la mina de brea, que en lo sucesivo se conoció como la hacienda La Brea, y a doña Luisa Godos (viuda de Lama), el sector de

---

hasta Máncora, Órganos o Cabo Blanco, diez o doce leguas al norte de Cerro Prieto se halla el copé en más o menos abundancia".

8. Macera 1963: 14. El estanco es un monopolio en la producción o venta de un determinado bien que asumía el Estado.

la hacienda Máncora que estaba al norte de La Brea y que colindaba con esta, conocido como la hacienda Pariñas. A la muerte de doña Luisa Godos, heredó los dos sectores Josefa de Lama, por lo que se unificó la propiedad y pasó a denominarse a partir de entonces hacienda La Brea y Pariñas.[9]

Cuando falleció Josefa de Lama (en 1872), la mencionada hacienda donde se ubicaban los yacimientos petroleros fue adjudicada a sus parientes Juan Helguero e hijos; uno de ellos, Genaro Helguero, en julio de 1873, adquirió el conjunto de esta propiedad. En diciembre de 1887, cuando era representante de Piura en el Congreso, Genaro Helguero consiguió la exclusividad de la explotación del subsuelo de su propiedad, hecho que generó discrepancias en la política nacional, y dio lugar al litigio sobre los derechos de explotación de La Brea y Pariñas que caracterizará una etapa importante de la historia del petróleo peruano, habida cuenta de que el Estado peruano tiene los derechos de propiedad sobre los recursos naturales que se encuentran en el subsuelo.

En 1875, Genaro Helguero realizó un viaje a Estados Unidos con el propósito de contratar personal técnico e importar tecnología para desarrollar la explotación petrolera. Sin embargo, las inversiones que demandaban las operaciones eran muy costosas, lo que lo llevó a tomar la decisión en 1888 de vender la hacienda La Brea y Pariñas, transfiriendo junto con esta propiedad los derechos sobre el subsuelo al ciudadano inglés Herbert Tweddle. Este se asoció con William Keswich, y ambos fundaron en Londres la compañía The London and Pacific Petroleum Company Limited en 1889. Esta empresa arrendó La Brea y Pariñas por un periodo de 99 años.[10]

Inicios de la actividad petrolera en la costa norte: 1860-1890

Al iniciarse la década de 1860, varios personajes exploraron la costa norte motivados por la mayor demanda de petróleo. Entre ellos se encontraba el peruano Diego de Lama, quien se asoció con el estadounidense A. Rudens, comerciante de Paita, cónsul de Estados Unidos en ese puerto y agente comercial de la hacienda Máncora. A ellos se unió el escocés Farrier y el ingeniero estadounidense Prentice. Se importaron materiales de Estados Unidos y el 2 de noviembre de 1863, en la localidad de Zorritos (actual departamento de Tumbes), se empezó a perforar el primer pozo con la tecnología de la época, y se logró extraer petróleo. El pozo número 4 ha sido considerado el primer pozo perforado en América Latina.[11] En la etapa inicial de la explotación se utilizaron castillos y poleas de madera, sogas, así como acémilas (mulas y caballos) para el acarreo de

9. Basadre 1963: 184.

10. Flores 2008: 115.

11. Jochamowitz 2001: 50-52.

materiales y para el recorrido de pozos. Sin embargo, en esa época no se logró todavía la producción de crudo en cantidades comerciales.

En cuanto a la producción de Zorritos, existen registros recién a partir de 1884. Estos yacimientos habían pasado (tras sucesivas transferencias) a ser propiedad en 1878 de los socios Faustino Piaggio y Henry Smith. Después de la muerte de Smith, en 1883, Piaggio[12] fundó el Establecimiento Industrial de Zorritos (de la firma F. G. Piaggio & Co.) para desarrollar la explotación. Esta fue la primera empresa que logró producir petróleo crudo en cantidades comerciales. Precisamente, el éxito de esta actividad en Zorritos propició la llegada de capitales extranjeros a la zona petrolera de la costa norte.[13]

Con Faustino Piaggio, la explotación y comercialización alcanzó una escala mayor en comparación a la etapa anterior, y la refinería de Zorritos logró destacar por la calidad del petróleo refinado y sus derivados, en particular el querosene y, posteriormente, la gasolina. La compañía que fundó fue una de las pocas del sector que continuó funcionando hasta el siglo XX; finalizó sus operaciones en 1939, cuando el Estado peruano adquirió los yacimientos que explotaba en la zona de Zorritos. Estos yacimientos pasaron a ser administrados por el Departamento de Petróleo del Cuerpo de Ingenieros de Minas, creado por el Estado peruano el 9 de marzo de 1934 para encargarse de la exploración y explotación de zonas petroleras controladas por el Estado.[14] Es entonces que empezó a consolidarse la presencia activa del Estado en el sector petrolero. Más adelante, en 1948, el Departamento de Petróleo recibió la denominación de Empresa Petrolera Fiscal (EPF), que se constituyó como la primera empresa petrolera estatal del Perú.

La evolución de la actividad petrolera fue interrumpida por la Guerra del Pacífico (1879-1883), que prácticamente paralizó las operaciones. Entre 1860 y 1879 se llevaron a cabo las primeras explotaciones con el fin de obtener productos derivados, como el querosene. El despliegue industrial y el auge comercial del crudo se dio en la etapa posterior a la guerra con Chile, hacia finales del siglo XIX, en un contexto de especial interés por aprovechar las potencialidades de los recursos naturales como una forma de evitar repetir la experiencia del guano, con la vista puesta en que la modernización del país impulsaría en el mercado una mayor demanda de la gasolina como combustible.[15]

---

12. Comerciante genovés que llega al Perú en 1862 y se instala en el Callao para dedicarse a la actividad empresarial.

13. Deustua 1921: 46-65.

14. Candela 2008: 181-183.

15. Al respecto cabe destacar la contribución al conocimiento científico y tecnológico de la Escuela Nacional de Ingenieros fundada en 1876 (actual Universidad Nacional de Ingeniería), que fue reorganizada después de la Guerra del Pacífico. A partir de 1885 la Escuela de

La explotación industrial de La Brea y Pariñas se inició a fines del siglo XIX. Mientras tanto, las principales actividades de explotación y producción se habían concentrado en Zorritos y Negritos, asentamientos ubicados al norte y sur de Talara, respectivamente. Las operaciones petroleras tenían resultados positivos, pero la guerra con Chile motivó la destrucción de las instalaciones y la maquinaria en las zonas de producción. Después del conflicto bélico, la industria petrolera se fue recuperando lentamente.

El desarrollo urbano-industrial de Talara en el contexto de la región norte

La ocupación del territorio y el proceso fundacional de Talara: 1850-1914

Una de las primeras formas de asentamiento en el lugar donde se ubica Talara fue una pascana de pescadores,[16] que mantenía una estrecha relación con las caletas de Colán, Sechura y Máncora —pertenecientes a la jurisdicción de la denominada Provincia del Litoral (actual Paita), departamento de Piura—. A mediados del siglo XIX, se asentaron en este sitio un conjunto de pescadores en una agrupación de viviendas rudimentarias tipo rancho que constituían la caleta de Talara. Se registró también la presencia de campesinos que se dedicaban al pastoreo de ganado caprino en el bosque de Pariñas y aprovechaban los frutos del algarrobo para alimentar a su ganado. Asimismo, se utilizaba el carbón de palo del bosque seco tropical.

Como ya se ha mencionado, en 1889 la compañía The London and Pacific Petroleum Company asumió el control de la industria petrolera en La Brea y Pariñas, donde llevó a cabo una intensa explotación. En la zona, durante la etapa inicial de la actividad petrolera, los técnicos y los obreros se alojaban en carpas de lona en los lugares de producción, cerca de los equipos empleados para desarrollar las operaciones. Cuando la compañía consideraba rentable la inversión realizada, se incorporaba la infraestructura necesaria para ampliar la explotación. Como resultado de este proceso, se constituían los anexos o centros poblados donde se concentraban entre 800 y 2000 habitantes. Estos asentamientos tenían una organización administrativa establecida por la compañía.[17]

Ingenieros publicó el *Boletín de Minas, Industria y Construcciones*, en el que se incluían investigaciones valiosas para la industria petrolera. Además, el Gobierno auspició numerosas comisiones para explorar los territorios de la costa norte. En enero de 1891, el ingeniero Teodoro Elmore fue comisionado para realizar estudios de reconocimiento de los campos petrolíferos de Talara, con el fin de evaluar la mejor forma de explotarlos (Flores 2008: 121).

16. Lugar donde los pescadores permanecían por algunos días, mientras se dedicaban a la pesca en esta parte del litoral norteño, alojados en pequeñas chozas (véase Lesson 1973 [1824]).

17. Deustua 1921.

Talara, progresivamente, se convirtió en una importante zona industrial petrolera, a partir de la última década del siglo XIX. La London Pacific Petroleum Company desarrolló sus actividades no solamente en este lugar, sino también en otros anexos o centros poblados localizados en La Brea y Pariñas, como Negritos, Lagunitos, El Alto, Verdún y Lobitos, zonas donde existían pozos de producción petrolera.[18] Destacaban entre ellos Negritos y Talara, donde residían en 1920 aproximadamente siete mil habitantes. Al ser las inversiones de alto riesgo y demandar elevado capital, se procedió a concentrar la explotación de los campos de la costa norte, por lo que se redujo el número de concesionarios. La London Pacific Petroleum Company se consolidó como la empresa más importante por la envergadura de sus operaciones, bajo la administración de la Casa Duncan Fox.[19]

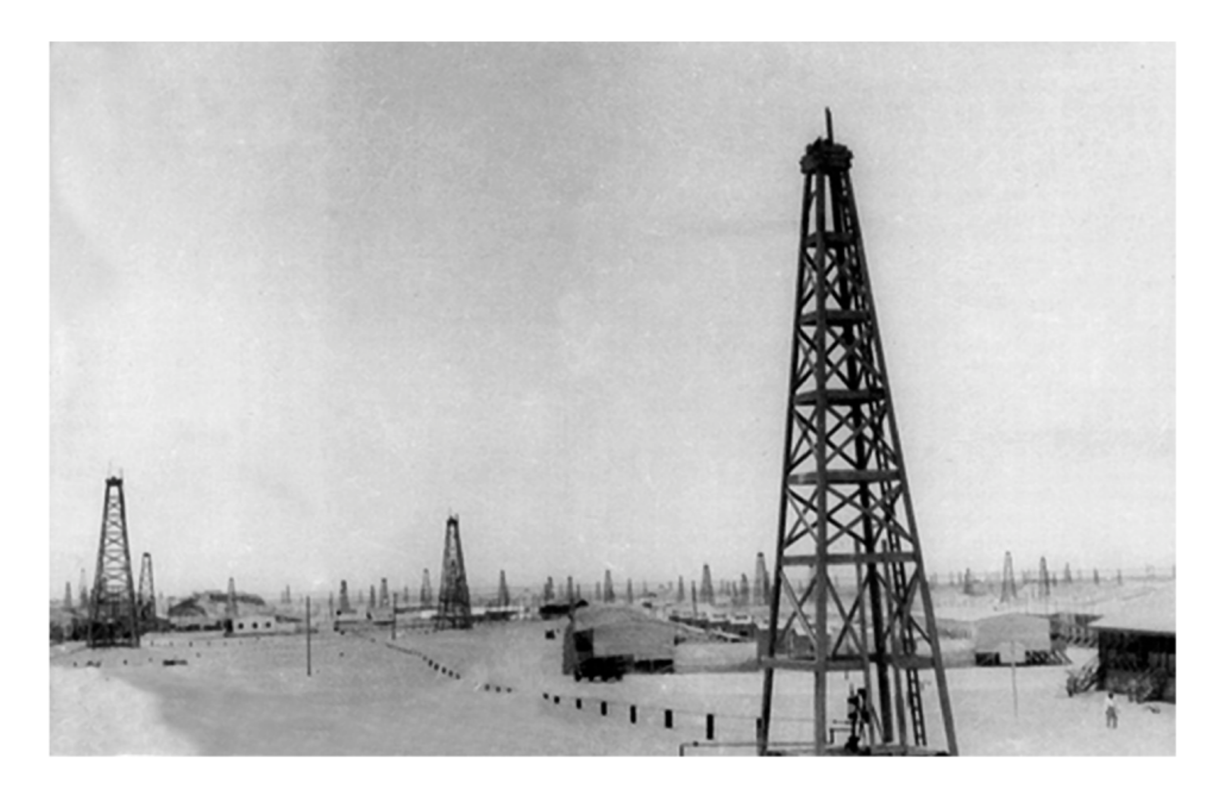


Figura 1. Campo petrolero de Lagunitos (Talara), 1928.
Fuente: Estudio Colán.

18. Los resultados obtenidos en Zorritos y Negritos incentivaron exploraciones con éxito en lugares vecinos como Lobitos, zona explotada desde 1901 por la empresa inglesa The Peruvian Petroleum Syndicate, que en 1908 cedió sus derechos a la empresa Lobitos Oilfields Ltd., establecida en Londres (Deustua 1921).

19. Deustua 1921.

La refinería se encontraba en Talara; asimismo, existía un muelle para la salida del petróleo y sus derivados, de tal manera que allí se concentraba la fuerza laboral dedicada al procesamiento industrial. Mientras tanto, el anexo de Negritos era habitado básicamente por los trabajadores encargados de la producción petrolera, pues era el centro de operaciones de la London Pacific Petroleum Company, y luego de la International Petroleum Company, durante los primeros años de actividad de esta compañía, hasta que Talara se convirtió en el centro de operaciones petroleras más importante de la costa norte.[20]

En 1915, la IPC instaló una línea de ferrocarril que conectaba diferentes anexos o centros poblados, entre los cuales estaban Negritos, Lagunitos, Lobitos, Verdún y Talara. Esta vía férrea servía para trasladar personal y para el transporte de la producción que llegaba también a la refinería y al puerto por medio de oleoductos. Hacia 1948 se concentró en Talara la actividad industrial y administrativa; por su parte, Negritos continuó siendo básicamente una zona de producción. A medida que se desarrollaba la industria petrolera, se fue construyendo en esta ciudad la infraestructura industrial y el equipamiento urbano necesario. Es decir, resulta evidente la relación directa entre la evolución de la actividad petrolera y el desarrollo de este centro urbano como campamento primero y más adelante como ciudad.[21]

La morfología urbana inicial: el campamento de madera (1914-1940)

Desde las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX, en ciertos lugares del Perú el establecimiento de la inversión extranjera para la explotación de recursos naturales como los minerales y el petróleo hizo posible la emergencia de ciudades-campamento. Precisamente uno de estos centros residenciales (organizado a partir de la jerarquización y la segregación) es el campamento petrolero de Talara. Una experiencia similar ocurrió en la sierra central en el caso del campamento minero de La Oroya, cuyo desarrollo urbano estuvo vinculado a la construcción de la fundición por la compañía Cerro de Pasco Corporation en la segunda mitad de la década de 1910.[22]

---

20. El 11 de noviembre de 1908, por la Ley 818, se creó el distrito de Máncora bajo la jurisdicción de la provincia de Paita, y se establece como su capital Talara. Este distrito comprendía Negritos, Lobitos y Talara. El 31 de octubre de 1932, por la Ley 7632, se divide el distrito de Máncora en tres nuevos distritos: Pariñas, con su capital Talara; La Brea, con su capital Negritos; y Máncora, con su capital Lobitos, siempre bajo la jurisdicción de la provincia de Paita. El 17 de marzo de 1955, por la Ley 12217, el distrito de Máncora es nuevamente dividido en tres distritos, Máncora, Lobitos y El Alto, pertenecientes a la provincia de Paita. Finalmente, el 16 de marzo de 1956, se dio la Ley 12649, por la que se crea la provincia de Talara, conformada por los siguientes distritos: Pariñas, La Brea, Máncora, El Alto, Lobitos y Los Órganos (Suyón 1987: 47).

21. Aranda 1998: 46.

22. Contreras 1986: 23.

Al respecto, hay que diferenciar los procesos de urbanización surgidos por el establecimiento de industrias en zonas cercanas a las materias primas (pero alejadas de asentamientos consolidados) de aquellos en los cuales la urbanización derivó de la instalación de industrias en ciudades ya existentes. El primer caso corresponde a los campamentos (*company towns*); en ellos, la división del trabajo en el interior de la empresa se reproduce de alguna manera en la organización social del espacio de habitación. El segundo caso se refiere a "ciudades y metrópolis proletarias", donde se superponen espacios históricamente conformados, hecho que hace posible una mayor dinámica de reapropiación social y política del espacio por sus habitantes.[23]

Al darse inicio a la actividad petrolera en Talara, se produjo la transformación de esta caleta de pescadores en un centro poblado donde se emplazaron los trabajadores del nuevo sector, la mayoría de los cuales eran migrantes: campesinos, artesanos oriundos de los valles del Chira y Piura, y también pescadores de las caletas cercanas del litoral norteño. El desarrollo de la industria petrolera fue un factor de atracción de la mano de obra migrante que llegó libremente al lugar para incorporarse al trabajo: en Talara no se practicó el "enganche" como ocurrió en los centros mineros de la sierra peruana.[24] La población de la zona, en la etapa inicial de explotación del petróleo, ocupó viviendas hechas de madera, denominadas "palomares", que eran espacios reducidos, de condiciones deficientes, sin acceso a agua potable ni a energía eléctrica.[25]

La London Pacific Petroleum Co., durante la etapa que operó en la zona, se dedicó sobre todo a desarrollar la infraestructura industrial, llevando a cabo la construcción de una planta de procesamiento del petróleo (refinería) y el equipamiento del puerto. Sin embargo, prácticamente no hizo mejoras en las instalaciones de Talara, específicamente las viviendas y los servicios, que hubieran permitido brindar condiciones de vida favorables al personal y sus familias.

En 1911, la Standard Oil, al perder sus concesiones en California, necesitaba petróleo para abastecer su mercado del Lejano Oriente, y puso sus miras en el Perú, que se ubicaba en un área estratégica cerca de China y de California. En 1913, Walter C. Teagle, funcionario de la Standard Oil, convenció al presidente de dicha empresa para que negociara la compra de la London Pacific Petroleum, utilizando para esta operación la filial canadiense de la Standard Oil.[26] En 1914,

---

23. La mencionada tipología de ciudades es planteada por Teresa Rojo (1981).

24. Según Carlos Contreras (1986: 9), el enganche "consistía en comprometer el concurso del trabajador a través del adelanto o la totalidad del salario, antes de que inicie efectivamente su trabajo [...]. Generalmente realizaban in situ el adelanto a cambio de una garantía (una parcela de tierra por ejemplo) y costeaban los gastos del traslado del trabajador a la mina".

25. Al respecto existen testimonios de obreros petroleros de la época registrados por Martínez de la Torre (1974: 155).

26. Orrego 2008: 162. La International Petroleum Company Ltd. se fundó en Toronto, Canadá, en 1914, como subsidiaria de la Imperial Oil Limited con el objetivo de adquirir, en el

la London Pacific Petroleum Company transfirió la concesión de los yacimientos de La Brea y Pariñas a la International Petroleum Company (IPC). Este hecho se enmarcó en el proceso de desplazamiento del capital británico por el capital estadounidense en la economía nacional, a partir de la Primera Guerra Mundial, por lo que este último consolida su hegemonía en las inversiones de capital extranjero en el Perú.

Cuando la IPC inicia sus operaciones en Talara, llevó a cabo la construcción de inmuebles e instaló equipamiento urbano para impulsar el desarrollo del campamento petrolero.[27] Las casas y otros edificios eran módulos prefabricados de madera de Oregón importados de Estados Unidos. Las viviendas contaban con energía eléctrica y estaban conectadas a una red de gas para cocinar, y existían en el espacio público pilones de uso común para el abastecimiento de agua. Las casas-habitación formaban parte de un diseño urbano que comprendía amplias avenidas asfaltadas y empleaba mechones de gas que se encendían al anochecer para el alumbrado público. En 1920 en Talara residían cuatro mil habitantes, de los cuales mil quinientos eran trabajadores petroleros (cuadro 1).

Cuadro 1
POBLACIÓN TOTAL DE TALARA (DISTRITO DE PARIÑAS)
Y TRABAJADORES PETROLEROS

Años	Población total	Trabajadores petroleros	%
1920(*)	4.000	1.500	37,50
1940(**)	13.551	3.000	22,14
1961	28.271	5.500	19,45

Fuente: Censos nacionales de población y vivienda 1940, 1961.
* Deústua 1921.
** Boletines IPC 1940 y 1961 (datos de trabajadores petroleros).

Perú, las acciones de la London Pacific Petroleum Co. A su vez, la Imperial Oil era una empresa canadiense subsidiaria de la Standard Oil Co. de New Yersey (Estados Unidos). Esta última empresa no podía adquirir directamente las acciones de la London Pacific Petroleum Co. porque el Gobierno norteamericano le había aplicado desde 1912 la ley antitrust. Sin embargo, más adelante, al perder vigencia la mencionada ley, la IPC pasó a ser una subsidiaria de la Standard Oil Company (Aranda 1998: 48).

27. La experiencia peruana al respecto se remonta a las primeras “colonias obreras” de la dominación inglesa (campamentos en las grandes haciendas de la costa peruana) y a los *company towns* o campamentos mineros resultado de la expansión del capital extranjero de origen norteamericano (Ludeña 1983: 30).

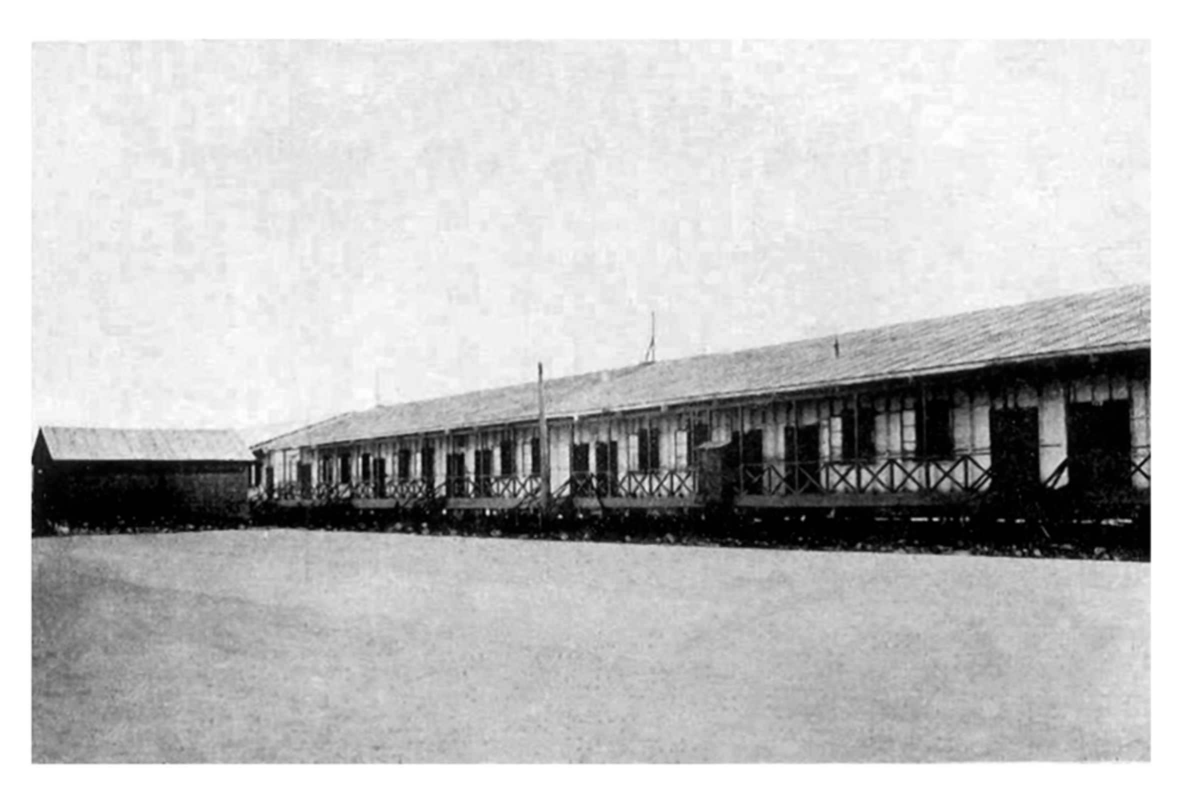


Figura 2. “Canchones” de madera del campamento de Talara.
Fuente: Tomado de Moya 2009.

La IPC, además de encargarse de la actividad empresarial propiamente dicha, asumió la gestión urbana del campamento. Por lo tanto, demandaba diversos tipos de trabajadores: no solamente obreros para realizar labores en los pozos o en la refinería, sino también personal para los servicios urbanos (seguridad, limpieza) que brindaba a su población dependiente, maestros para las escuelas de los hijos de los trabajadores, mozos para los clubes, trabajadores para el departamento de sanidad encargado del mantenimiento de los espacios públicos y otros servicios como el abastecimiento de agua potable en el campamento.

La mano de obra migrante que llegó a Talara —integrada por artesanos, campesinos, pescadores y extrabajadores portuarios— en su mayoría tenía un bajo nivel de educación; por consiguiente, carecía de calificación especializada. La política laboral de la IPC se caracterizó por contratar fuerza laboral joven y sin experiencia, que era capacitada sobre la marcha para convertirla en un recurso humano calificado.[28] Los trabajadores que se asentaron en el lugar iban a desarrollar una carrera laboral en la empresa, y cuando se jubilaban, debían desalojar la vivienda que ocupaban en el campamento. Un grupo

28. Aranda 1998: 48.

considerable de ellos optó por abandonar la ciudad y residir en otras ciudades de la región como Sullana, Piura y Chiclayo. La experiencia de esta fuerza laboral en el campamento petrolero será distinta a la de los trabajadores mineros de la zona andina del país, que se caracterizaba por tener una suerte de condición mixta: campesino y obrero minero (por ejemplo, al incorporarse al trabajo en las minas conservaban sus tierras, para luego volver a sus comunidades de origen). La empresa petrolera invertía en la capacitación de los trabajadores, los entrenaba y concientizaba para hacerlos permanecer en la zona, objetivo que logró alcanzar.

Los avatares de la vida en el campamento de madera estaban vinculados a la ubicación de las viviendas en barrios jerarquizados de acuerdo con el estatus socioeconómico de sus habitantes, determinado por la función que desempeñaban en la compañía.[29] A partir de este criterio se distribuía a las familias del personal que laboraba en la empresa en las siguientes áreas urbanas:

a. Planta Alta, barrio de residencia del *staff*.[30]
b. Planta Baja, comprendía las calles de la 100 a la 400, habitadas por el personal peruano con formación profesional: geólogos, ingenieros, médicos, etc.
c. Barrio obrero o "canchones": Chorrillos, morada de los obreros y empleados de bajo rango en la estructura empresarial.

Además, existían sectores en el campamento que eran habitados por población que no laboraba en la compañía, como la caleta de pescadores San Pedro, el barrio magisterial, el barrio militar y el barrio policial.

La calidad de las viviendas y las instalaciones de las que disponían tenía directa relación con la pertenencia a estratos sociales diferenciados de sus ocupantes. En Planta Alta eran extensas, tenían amplios jardines y acceso a los servicios necesarios. El tránsito por este sector residencial era controlado y restringido; el recinto estaba cercado por una malla de alambre que lo separaba del resto de los barrios del campamento. En Planta Baja existían confortables *bungalows* que contaban con condiciones adecuadas para habitar.

Por su parte, los obreros y empleados (que estaban en las categorías subalternas en la compañía) ocupaban los "canchones", que comprendían dos o tres compartimientos de reducido tamaño. Cada uno de ellos era la vivienda de una familia, y en algunos casos existían problemas de hacinamiento. La población

---

29. Ibíd., p. 50.
30. El *staff* estaba integrado por los ejecutivos extranjeros de la IPC que ocupaban cargos directivos.

que residía en este barrio obrero no disponía de jardines, utilizaba servicios higiénicos públicos, accedía a un servicio racionado de luz eléctrica y se abastecía de agua en los pilones situados en la calle.



Figura 3. Talara, 1945: barrio de Chorrillos, la iglesia y los "canchones".
Fuente: Estudio Ramos.

El campamento petrolero de Talara, tal como lo hemos señalado, fue parte de una experiencia urbana que se desarrolló también en otras sociedades de América Latina, cuando la inversión extranjera se estableció bajo la forma de enclave en actividades extractivo-exportadoras como minería y petróleo, para las que era necesaria la creación de campamentos. En este contexto, los Estados incorporaban en su normativa la categoría de "sitios de excepción", es decir, reconocían que las empresas que habían creado los campamentos eran responsables de demarcar, construir y equipar el área urbana.[31] En Talara, este carácter de excepción se hacía evidente por la cerca de alambre que rodeaba su territorio y por la garita de control instalada en un lugar conocido como Santa Lucía, con el fin de vigilar la entrada y salida de las personas del campamento por los "guachimanes" (*watchmen*) de la compañía y la policía.

Hay que tener presente que la compañía controlaba el espacio que ocupaba el campamento como si fuera parte de su patrimonio; en este sentido, era un territorio de excepción para el uso prácticamente exclusivo del personal que

31. De Chene 1969: 12.

laboraba en la entidad empresarial. La compañía extranjera fiscalizaba la vida cotidiana de los trabajadores y sus familias, particularmente en aspectos relativos a la vivienda, educación, salud y recreación. Inclusive, ejercía control en la zona sobre la actividad comercial, las autoridades locales y la policía, como una forma de ostentación de su poder. Para vigilar y supervisar a su población dependiente, la compañía contaba con la administración civil del campamento denominada Gerencia del Pueblo, a cargo de un funcionario extranjero.[32] Asimismo, la IPC administraba el desarrollo urbano del campamento. Los alcaldes de la localidad no ejercían una efectiva autoridad, y sus acciones estaban circunscritas a los asuntos relativos al Registro Civil. Al respecto, resulta interesante destacar que, entre 1917 y 1938,[33] la mayoría de alcaldes de la ciudad fueron ejecutivos extranjeros de la compañía.[34]

En las primeras décadas del siglo XX, la industria petrolera experimentó un proceso de consolidación. La IPC amplió sus inversiones e incorporó tecnología más sofisticada en las distintas fases de esta actividad productiva. Se inició en 1917 el proceso de modernización de la refinería de Talara, con la puesta en servicio de una batería de cuatro alambiques de destilación, cuya capacidad de producción era de diez mil barriles diarios.[35] El 2 de julio de 1917, cuando empezó a funcionar esta innovación tecnológica, fue considerada la fecha de fundación de la refinería de Talara. Sin embargo, hay que tener presente que entre fines del siglo XIX y los primeros años del siglo XX la London Pacific Petroleum también instaló una refinería en la zona, acorde con el nivel tecnológico de la época. Además, en 1926 se agregaron a la refinería de Talara cuatro unidades más de craqueo térmico (que era lo más moderno por entonces). En 1929 se instaló la planta de destilación de lubricantes, lo que permitió el ingreso a ese mercado, y en 1938 se construyó la planta de asfaltos.[36]

Tanto la producción como la exportación de petróleo se incrementaron: esta última representó, en 1915, el 10% de las exportaciones totales peruanas, y se elevó al 24% en 1925 y al 30% en 1930, con lo que el petróleo se convirtió en el principal producto de exportación, como se aprecia en el cuadro 2.

---

32. Aranda 1998: 55.

33. En el periodo 1917-1938 fueron alcaldes de Talara: 1917, Arturo Wuest; 1918, Fernando Acedo; 1921, Alberto Tobiasson; 1924, Alberto Guevara; 1929, León Max Stoni; 1929, Rogelio Guistain; 1930, Juan Mc Farlane; 1931, Marcos Saldarriaga; 1932, Guillermo Abad; 1933, David Deeks; 1938 y Juvenal Llanos; 1938.

34. Registro de alcaldes de la Municipalidad de Talara 1995.

35. Véase <http://www.petroperu.com.pe/pmrt/refineria-talara-celebra-aniversario-recordando-sus-logros/>.

36. Ibíd.

Cuadro 2
PARTICIPACIÓN PORCENTUAL DE LAS EXPORTACIONES PERUANAS POR VALOR, 1910-1930

Año	Azúcar	Algodón	Lana	Plata	Cobre	Caucho	Petróleo
1910	20	14	7	10	18	18	2
1915	26	11	5	5	17	5	10
1920	42	30	2	5	7	1	5
1925	11	32	4	10	8	1	24
1930	11	18	3	4	10	--	30

Fuente: Thorp y Bertram 1985: 54.

En este contexto, tal como señalan Thorp y Bertram (1985), la industria petrolera funcionaba como una economía de enclave, es decir, más vinculada al exterior, al mercado internacional, que a la economía nacional, con un valor de retorno muy limitado. Entre 1916 y 1934 la contribución de la IPC en divisas extranjeras a la economía nacional fue muy escasa, mientras que sus ganancias llegaron al 70%, los costos laborales al 8%, los pagos al Gobierno al 6% y los insumos importados al 15%. Esta situación se explica porque la IPC disfrutaba de una serie de beneficios tributarios obtenidos en el laudo de 1922, celebrado durante el gobierno de Augusto B. Leguía, por el cual la mencionada empresa estaba exonerada del pago del impuesto a la exportación hasta 1942, año de su vencimiento.[37] El mencionado laudo se firmó el 2 de marzo de 1922 como un "acuerdo" entre el embajador de Gran Bretaña y dos representantes "oficiosos" del gobierno de Leguía, tal como señala Juan Luis Orrego,[38] lo que trasgredía, debido a la presión diplomática, la Ley 3016 (1917), que había sometido el tema a un tribunal arbitral. Contradiciendo toda jurisprudencia peruana, según el mencionado autor, el acuerdo establecía, entre otros puntos, lo siguiente:

37. El 30 de diciembre de 1941, el gobierno de Manuel Prado (1939-1945) aprobó la Ley 9485, que establecía nuevos gravámenes a la explotación del petróleo y sus derivados. De acuerdo con esta ley, a partir del 1 de marzo de 1942 se debía pagar como derecho de exportación una tasa del 33% sobre la cotización del petróleo crudo de mayor precio en el grupo Mid Continent de Estados Unidos. Asimismo, a los productores que entregaban el 10% de regalía se les deduciría del monto de los derechos de exportación el importe de esta. A la IPC (que no pagaba la regalía por los beneficios que había tenido desde 1922) tal deducción no le correspondía, y, por lo tanto, debía abonar al Estado el íntegro del nuevo impuesto decretado (Candela 2008: 195).

38. Orrego (2008: 164-165).

1. La propiedad de La Brea y Pariñas abarcaba el suelo y el subsuelo y zona mineralizada.
2. Liberaba a la operadora IPC por cincuenta años de pagar todos los impuestos del canon de producción, regalías y otras contribuciones o impuestos.
3. Liberaba por veinte años de impuestos a la exportación de los derivados del petróleo (solo debía pagar un impuesto de 25 centavos de dólar por barril).

Después de la firma de este acuerdo, ocurrió un hecho sorprendente: un tribunal de arbitraje reunido en París el 24 de abril de 1924, sin dar a conocer un pronunciamiento ni formular un juicio, consideró el acuerdo como si fuera un dictamen definitivo.

La actividad petrolera tuvo cierto impacto en la generación de empleo, que atrajo población migrante, y un efecto multiplicador en actividades como el comercio y los servicios para atender la demanda de la población de Talara. Esto ocurría, por ejemplo, con el abastecimiento de alimentos que provenían de los valles del rio Chira y del río Piura (de pueblos como Miramar, Vichayal, Tamarindo, Amotape y Sullana). La industria petrolera estableció vínculos con la economía peruana a través de las remuneraciones que otorgaba la empresa a su reducido personal y el pago de impuestos al Estado peruano. Cabe señalar que el petróleo era el principal combustible para la industria y el transporte en el país; asimismo, el querosene era el combustible de mayor uso doméstico para cocinar. El mercado interno consumía aproximadamente el 10% de la producción. Hay que tomar en cuenta que el precio del petróleo estaba fijado por parámetros internacionales, de tal manera que los consumidores locales pagaban por el combustible el mismo precio que en Estados Unidos y Europa. Por lo tanto, la industria petrolera era muy rentable en la costa norte.[39]

En el campamento, el comportamiento de la población combinaba probablemente actitudes de adecuación y aceptación con relación a los modelos de conducta que trataban de ser impuestos por la compañía. Sin embargo, se daban también manifestaciones de disconformidad por la interferencia de la compañía en su vida cotidiana. En este escenario, durante los primeros años del siglo XX, los trabajadores petroleros no habían logrado constituir una organización gremial. En mayo de 1913, con el fin de lograr mejores condiciones de vida y trabajo, los trabajadores nombraron a sus representantes para dialogar con la empresa y tratar de solucionar los problemas de calidad de vida,

39. Orrego 2008b: 156.

pero no fueron recibidos por la London Pacific Petroleum. Entonces se inició la primera huelga de los trabajadores petroleros, y la policía reprimió a los huelguistas. Ante estos acontecimientos, la compañía decidió llegar a un acuerdo con los trabajadores: incrementar el jornal diario en 20 centavos, pagar a los obreros que fueran afectados por accidentes de trabajo sus salarios normales y brindar asistencia médica y medicamentos a las esposas, padres e hijos de los trabajadores. Sin embargo, no todo lo pactado se cumplió.[40]

El 21 de abril de 1916 se inició otra huelga en Negritos. Uno de los líderes de esta acción reivindicativa fue el dirigente sindical Martín Chumo. Como consecuencia de la represión por parte de las fuerzas policiales, hubo varios heridos y fueron detenidos decenas de trabajadores. Este movimiento sindical reivindicó en la época, como lo hicieron también otros sectores de trabajadores en el Perú, la jornada de ocho horas de trabajo (que fue reconocida el 15 de enero de 1919). En el pliego de reclamos de 1916, los petroleros demandaron el tránsito libre por Talara, pero la IPC se opuso a esta solicitud, argumentando que era una zona industrial reservada.[41]

Los trabajadores constituyeron en 1929 la primera comisión sindical. Hubo una clara influencia del Partido Socialista de Luciano Castillo y del APRA en la fundación de los sindicatos petroleros.[42] A fines de 1930, el sindicato de los petroleros de Talara tenía como secretario general a Pedro Miguel Arrese y como subsecretario a Alejandro Taboada, ambos jóvenes obreros. El primero, nacido en 1912 en Piura, era compositor, intérprete y guitarrista. El segundo era un obrero pocero que había nacido en Catacaos en 1910.[43]

Los trabajadores, liderados por estos jóvenes dirigentes, presentaron un pliego de reclamos, cuya primera demanda planteaba el reconocimiento por parte de la empresa de la “peruanidad del suelo de Talara y el acatamiento de todas las leyes de la República”. El resto de reclamos se referían al incremento de salarios y mejoras en las condiciones de vida. La IPC rechazó el pliego argumentando que en el primer punto se había incorporado un asunto que no era de carácter laboral. Dicha demanda era una manifestación de la corriente nacionalista que vivía el Perú y que había influido en el movimiento sindical petrolero durante el gobierno de Sánchez Cerro.

Los dirigentes sindicales fueron asesorados por Luciano Castillo, y, con la intervención del ministro de Gobierno de Sánchez Cerro, se consiguió que la

40. Aldana 1972: 10.

41. Martínez de la Torre 1974: 145.

42. Aldana 1972: 14.

43. Los sucesos relativos al movimiento sindical petrolero entre 1930 y 1931 son registrados en los estudios de Juan Aldana (1972), Dilma Dávila (1976) y Reynaldo Moya (2008).

IPC aceptara firmar el primer pliego de reclamos. Sin embargo, el 1 de marzo de 1931, Sánchez Cerro dejó el poder y fue reemplazado por David Samanez Ocampo. La IPC, aprovechándose de la complicada coyuntura política, no cumplió con la mayor parte de los puntos del pliego sobre el cual había llegado a un acuerdo.

Frente a esta situación, los trabajadores iniciaron una huelga en abril de 1931, que fue declarada ilegal por el gobierno de Samanez Ocampo al considerar que se trataba de un movimiento politizado. Fueron suspendidas las garantías constitucionales en Talara y se encargó que el prefecto de Piura, coronel Carlos de la Jara, enviara fuerzas policiales a la ciudad petrolera para garantizar el orden y reprimir el movimiento sindical.

El 13 de junio de 1931, según relata Moya (2008), la directiva del sindicato se reunió en el barrio Chorrillos. La cita fue delatada ante el teniente Marcial Talavera, responsable del control policial en la zona. Alejandro Taboada fue capturado y torturado, y posteriormente asesinado. A partir de entonces fue reconocido como mártir del movimiento sindical petrolero. Como resultado de la fuerte represión de la huelga de 1931, que ocasionó la muerte y encarcelamiento de líderes sindicales, se debilitó el movimiento sindical. El sindicato, sin directiva, dejó de actuar y los obreros paulatinamente fueron retornando al trabajo.

Juan Aldana (1972) y Dilma Dávila (1976) coinciden en señalar que los trabajadores no tenían adecuadas condiciones de trabajo y de vida en el campamento. En las primeras décadas del siglo XX, la industria petrolera estaba en proceso de consolidación y los salarios eran muy bajos. Precisamente como resultado de esta difícil situación se desencadena la huelga de 1931, que dio lugar a una enérgica represión de la policía y el ejército contra los trabajadores petroleros. Este acontecimiento representó un hito en la memoria colectiva de los talareños, y en particular en la historia del movimiento sindical petrolero. Desde entonces una reivindicación central de estos trabajadores fue la nacionalización del petróleo. Como consecuencia de la huelga de 1931, se desactivó la organización gremial de los petroleros, y no será hasta 1945 que se constituyan nuevamente sindicatos petroleros en Talara.[44]

44. En el estudio de Dilma Dávila (1976) se analizan las condiciones de vida y la dinámica sindical de los trabajadores petroleros en los primeros años del siglo XX, con énfasis en el análisis en la huelga de 1931.



Figura 4. Trabajadores petroleros saliendo de la refinería de Talara, 1937.
Fuente: International Petroleum Company Ltd.
(Tomado de: <http://images-02.delcampe-static.net/img_large/auction/000/089/140/003_001.jpg>).

Mientras tanto, el Perú logró recuperarse de la crisis económica de inicios de la década de 1930 y equilibró su balanza de pagos al incrementarse las exportaciones de algunos productos como el algodón y el petróleo. Estos productos encabezaron las exportaciones peruanas en el periodo 1926-1945. El petróleo representó el 33,6% del total de las exportaciones en el periodo 1935-1939 y el algodón, el 22,9%. Destacaron también otros productos, como el cobre, el azúcar y las lanas.[45] Durante la década de 1930, la IPC experimentó el auge de su actividad productiva y exportadora en nuestro país. Como hemos señalado, en la refinería de Talara había empezado a operar, en 1929, la planta de destilación de lubricantes que producía los aceites conocidos en el mercado peruano con la marca Petrolube. En 1938, se puso en funcionamiento la planta de asfaltos, que operó hasta el año 2001.

El apogeo de la producción petrolera en la década de 1930 no logró mantenerse en la década de 1940; más bien se dio un estancamiento frente a una tendencia creciente de la demanda de petróleo y sus derivados. Esta situación se explica por una serie de factores, entre los que se puede mencionar el inicio de la Segunda Guerra Mundial, que afectó negativamente las exportaciones petroleras. Otro hecho importante fue la decisión del Estado de modificar la tributación de las empresas petroleras. Específicamente, la IPC perdió, en 1942, la exoneración del pago del impuesto a la exportación que tenía como producto

45. Basadre 2005: 81.

del laudo de 1922.[46] Al mismo tiempo, el consumo interno de los combustibles se incrementaba de manera constante, impulsado por el proceso de modernización del país, que se manifestaba en el surgimiento de algunas industrias que utilizaban combustible como fuente de energía, y la ampliación del parque automotor, que llevó a una mayor demanda de gasolina y otros derivados del petróleo.

Aproximadamente a partir de 1945, el diseño urbano del campamento de Talara experimentó transformaciones, entre las cuales se debe mencionar la construcción de la zona residencial de Punta Arenas para el *staff* extranjero y peruano. Se trató de un área exclusiva, ubicada detrás de la refinería, donde existía una garita para controlar el acceso de las personas. En esta etapa, según el censo de 1940, la población de Talara era de 13.551 habitantes, cifra que triplicaba la población existente en 1920, y formaban parte de ella alrededor de tres mil trabajadores petroleros (véase el cuadro 1).

La transición del campamento de madera a la ciudad-empresa, 1940-1968

Al transcurrir el tiempo, las instalaciones del campamento de madera (viviendas, mobiliario urbano, espacios públicos) fueron estropeándose, lo que iba en desmedro de las condiciones de vida. El incendio de la iglesia de madera en 1947 suscitó entre la población residente temor y malestar por el riesgo que corrían al ocupar viviendas de madera contiguas a una refinería de petróleo. La compañía optó por construir una nueva ciudad-empresa de material noble, llevando a cabo un proyecto urbano moderno.

La IPC contrató en 1945 al estudio Dammert & Morales Arquitectos para realizar el planeamiento urbano.[47] Los urbanistas evaluaron el área disponible para decidir el emplazamiento de la ciudad y eligieron el sitio ubicado hacia el este y sur del campamento de madera como el más adecuado. Entre otros aspectos, se tomaron en cuenta las condiciones de salubridad de este lugar y la cercanía de las zonas de residencia de los trabajadores a su centro de trabajo. Respecto de la zona residencial del campamento de madera, solamente se mantendrían una o dos calles, el resto desaparecería, es decir, la morfología de Talara experimentó cambios notables.

Los planos elaborados por Dammert & Morales Arquitectos fueron aprobados por la empresa. Al proyecto se le introdujeron ligeros cambios que no alteraron el diseño urbano de la nueva ciudad de Talara.[48] El urbanista Luis

46. Candela 2008: 186.

47. Integraban el mencionado estudio los arquitectos Alfredo Dammert, Carlos Morales Machiavello, Manuel Valega Sayán, Luis Dorich, Eugenio Montagne y Juan Benites. Varios de ellos se habían formado en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Nacional de Ingeniería.

48. Como el policlínico, que fue diseñado por Crow Lewis & Wick Arquitectos, de Nueva York.

Dorich informó a la compañía sobre el diseño del plan principal. Este incluía cinco distritos: dos para viviendas de los trabajadores de la IPC, uno para el centro comercial, uno para viviendas de empleados del Gobierno que trabajaban en Talara y, finalmente, uno para negocios particulares y residencias. En el espacio que abarcaban los distritos, el área ocupada por los edificios no debería exceder el 20% del área disponible y el 80% restante sería para avenidas, parques, senderos y caminos de acceso a las casas.[49]

A partir de 1948 se avanzó gradualmente en la construcción de la ciudad moderna. La primera área construida se ubicó al este del terreno elegido; asimismo, se procedió a la demolición de la antigua infraestructura del campamento de madera. La ciudad-empresa fue construida por la empresa Gramonvel, integrada por los accionistas Graña, Montero y Velarde. Los ingenieros encargados de dirigir las obras fueron Luis Noriega, Camilo Miranda y Ernesto Gilardi, egresados de la Escuela de Ingenieros de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Los procedimientos constructivos fueron supervisados por el ingeniero inspector de la IPC George J. Jhonsen.[50]

En la historia urbana de esta ciudad representó un hito la demolición del antiguo barrio obrero de Chorrillos, que en la memoria colectiva de los talareños es un referente significativo de los imaginarios urbanos acerca de esta etapa inicial del desarrollo urbano. Este barrio fue siendo derribado conforme Gramonvel iba construyendo la infraestructura de la nueva ciudad. El proceso, concluido a inicios de la década de 1950, representó para los habitantes de Talara el fin de una etapa cuyo símbolo urbano fue el campamento de madera y la transición a una nueva experiencia urbana en la ciudad-empresa.

El diseño urbano de la nueva Talara se caracterizó por contar con amplias avenidas denominadas por letras (de la A a la H) y caminos paralelos a las avenidas para acceder a los parques designados por números (del 1 al 82). Las avenidas y los parques eran áreas de residencia de los trabajadores petroleros, que ocupaban viviendas con amplios jardines. Las viviendas de las avenidas eran habitadas básicamente por los empleados administrativos y los "sobrestantes" (capataces o jefes de cuadrillas de obreros), que residían también en parques próximos al Centro Cívico, lugar central de la ciudad. En los parques la mayoría de los habitantes eran familias del personal obrero. Por otro lado, Punta Arenas permaneció como una zona segmentada en el espacio urbano; fue el barrio de los altos ejecutivos de la compañía. Se conservaron en la ciudad-empresa algunas zonas de residencia del campamento de madera: Planta Baja, el barrio de pescadores, el barrio magisterial y el barrio policial. En la década de 1960, los dos últimos barrios desaparecieron.

---

49. En la revista *El Arquitecto Peruano*, n.º 126, de 1948, se encuentra el informe "El planeamiento de Talara", que incluye el proyecto y los planos generales de la nueva ciudad.

50. Fanal 1949: 4.

Además de las viviendas, se instalaron nuevos servicios de agua potable, luz eléctrica y gas abastecido por medio de tuberías a cada casa. La habilitación urbana incluía edificaciones de uso público: escuelas, cines, iglesia, mercado, hospital, policlínico y un centro cívico con áreas verdes y locales para el comercio y diversos servicios, como la actividad bancaria. El conjunto de este equipamiento urbano era propiedad de la compañía, que se encargaba de su administración y mantenimiento.

En la ciudad-empresa la jerarquización en la ocupación del espacio social, de acuerdo con sectores sociales diferenciados, ya no era tan rígida como en la etapa anterior. Observamos que en los parques y avenidas coexistían empleados y obreros, y se desarrollaban relaciones fluidas de vecindad entre los habitantes de estas áreas. De esta manera, se constituyó una comunidad urbana, cuyos miembros prácticamente se conocían entre sí, lo que contribuía a fortalecer la cohesión social. Hay que tomar en cuenta que los trabajadores petroleros compartían identidades étnicas, pues la mayoría de ellos procedían de pueblos de la costa norte del país. En Talara, los miembros de la comunidad de parques y avenidas participaban en redes sociales compartiendo intereses comunes, como parte de clubes deportivos, cofradías religiosas y sindicatos.[51]



Figura 5. Residentes en la nueva ciudad de Talara, 1951.
Fuente: Estudio Ramos.

51. Aranda 1998: 63.

Al desaparecer el campamento de madera y la cerca de alambre que lo limitaba, la IPC en 1954 consideró formalmente a Talara como "ciudad abierta", consintiendo el libre tránsito por la ciudad. Sin embargo, en la garita ubicada en el sector Santa Lucía continuaba el control policial que informa a la compañía de la entrada y salida de personas y mercancías, dado que la gestión urbana permanece bajo la tutela de la IPC. Como parte del proceso de consolidación urbana de la ciudad cabe destacar la creación político-administrativa de la provincia de Talara el 16 de marzo de 1956 (Ley 12649), y la instalación del primer Consejo Provincial, presidido por el alcalde Francisco Seminario.

Se produjeron cambios significativos en el escenario urbano, y la población residente trató de adaptarse a las nuevas condiciones de vida en Talara. No obstante, permaneció la "lógica de campamento", es decir, la experiencia urbana giraba en torno a la explotación de un recurso natural: el petróleo. Continuó siendo una entidad empresarial la que planificaba, gestionaba y establecía las pautas del desarrollo urbano.

Si bien la producción de la IPC a lo largo de la década de 1940 se mantuvo prácticamente constante, sin lograr el incremento que necesitaba para atender la demanda en crecimiento, esta compañía llevó a cabo diversas inversiones en la perforación de nuevos pozos y en la distribución en Lima de gas propano "embotellado", y construyó una planta para su almacenamiento en el Callao para garantizar el abastecimiento de gas doméstico en la capital. Asimismo, emprendió la modernización de Talara como ciudad-empresa, para brindar mejores condiciones de vida a sus trabajadores, con el objetivo generar una corriente de opinión pública a su favor en un contexto en el cual era necesario encontrar nuevos yacimientos para revertir el estancamiento con tendencia al descenso de la producción, hecho que contribuía a incentivar en la escena política nacional el debate sobre la cuestión del petróleo.[52]

La compañía en la ciudad-empresa intentó la racionalización del conjunto de la vida individual y colectiva, proceso que según Max Weber es propio de la modernidad.[53] Los habitantes reaccionaron frente a esta experiencia mediante la adecuación de acuerdo con sus intereses, dando paso a una racionalización parcial, en la medida en que no abandonaron sus propias pautas culturales. La IPC pretendió regular la vida cotidiana en la ciudad-empresa renovando los mecanismos que había creado para tal fin: la Gerencia del Pueblo (que era la

52. En 1946, el Estado intentó firmar con la IPC el contrato de Sechura con el objetivo de explorar el desierto de Sechura (Piura), pero nunca llegó a votarse su aprobación porque un sector del Congreso se opuso radicalmente. El debate duró varios meses, hasta el receso parlamentario de 1947 y más adelante, en octubre de 1948, cuando el golpe del general Manuel Odría (Candela 2008: 200).

53. Weber 1971: 35.

encargada de supervisar la vida de la población en el campamento de madera) fue reemplazada por la Superintendencia Administrativa y el Departamento de Asistencia Social de la empresa, que aplicaron nuevas estrategias para lograr la integración social de su personal de acuerdo con los intereses de esta organización.[54]

El desarrollo de la industria petrolera impulsó el proceso de modernización de la ciudad-empresa y constituyó un factor de atracción de la migración que provenía de localidades cercanas: Sullana, Piura, Paita, Chiclayo y Tumbes. Se trataba de mano de obra que tenía la expectativa de incorporarse al trabajo en el sector por los altos salarios que se percibían en comparación con otras actividades económicas en la región. Asimismo, conseguir un empleo en la industria petrolera implicaba acceder a una vivienda y a servicios de educación y salud para sus familias en la ciudad-empresa. Este movimiento migratorio fue moderado, en comparación con aquel que se dio a inicios del siglo XX; a la vez, se reprodujo en gran medida el patrón de lazos de parentesco y redes amicales como mecanismo de contacto con los habitantes ya establecidos en el lugar. Al finalizar la década de 1940 y durante los primeros años de la de 1950, ingresaron a laborar los hijos y parientes de la generación que habitó el campamento de madera, considerada la generación fundadora de la ciudad.[55]

Los yacimientos del norte del país habían sido explotados intensamente por más de cuarenta años, razón por la cual la crisis que empezaba a sentirse en la industria petrolera se debía en gran medida a la falta de exploración y explotación de otras zonas que tuvieran condiciones para la extracción del petróleo.[56] Precisamente, con la dación de la nueva ley del petróleo en 1952 se abrió una etapa favorable para realizar trabajos exploratorios en nuestro país.[57]

---

54. Aranda 1998: 67.

55. Ibíd., p. 25.

56. Lo señalado es una de las conclusiones de la Comisión de Política Petrolera, creada el 29 de agosto de 1945 por el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948) para evaluar la actividad petrolera peruana. Dicha comisión estuvo integrada por expertos que recomendaron una legislación apropiada en materia de concesiones para incentivar los trabajos de exploración de las compañías extranjeras. En el corto plazo, previendo que la nueva legislación demoraría en ser aprobada, recomendaron suscribir contratos para explorar y explotar zonas reservadas que el Estado poseía. Consideraban también que la explotación más conveniente para el Estado era la de la selva, tomando en cuenta su gran extensión (Candela 2008: 193).

57. El 12 de marzo de 1952 se promulgó la nueva ley del petróleo (Ley 11780). Esta ley autorizaba al Gobierno a otorgar nuevas concesiones de exploración y producción, brindando condiciones favorables, con el propósito de atraer la inversión del capital privado nacional y extranjero. Se eliminaron las reservas estatales existentes y se abrieron a denuncios, aunque el gobierno podía decidir declarar la reserva de determinadas zonas. Con relación a la tributación, se eliminaron el sistema de impuesto a la exportación y las

Se iniciaron así a partir de 1959 una serie de proyectos de exploración en el zócalo continental ubicado en el mar de la costa noroeste del país, zona de operaciones de la Belco Petroleum Corporation of Peru. Asimismo, en 1954 entró en funcionamiento, en la refinería de Talara, la Unidad de Destilación Primaria (UDP), con una capacidad de procesamiento de 45.000 barriles diarios, ampliada a 62.000 barriles diarios en 1962.[58]

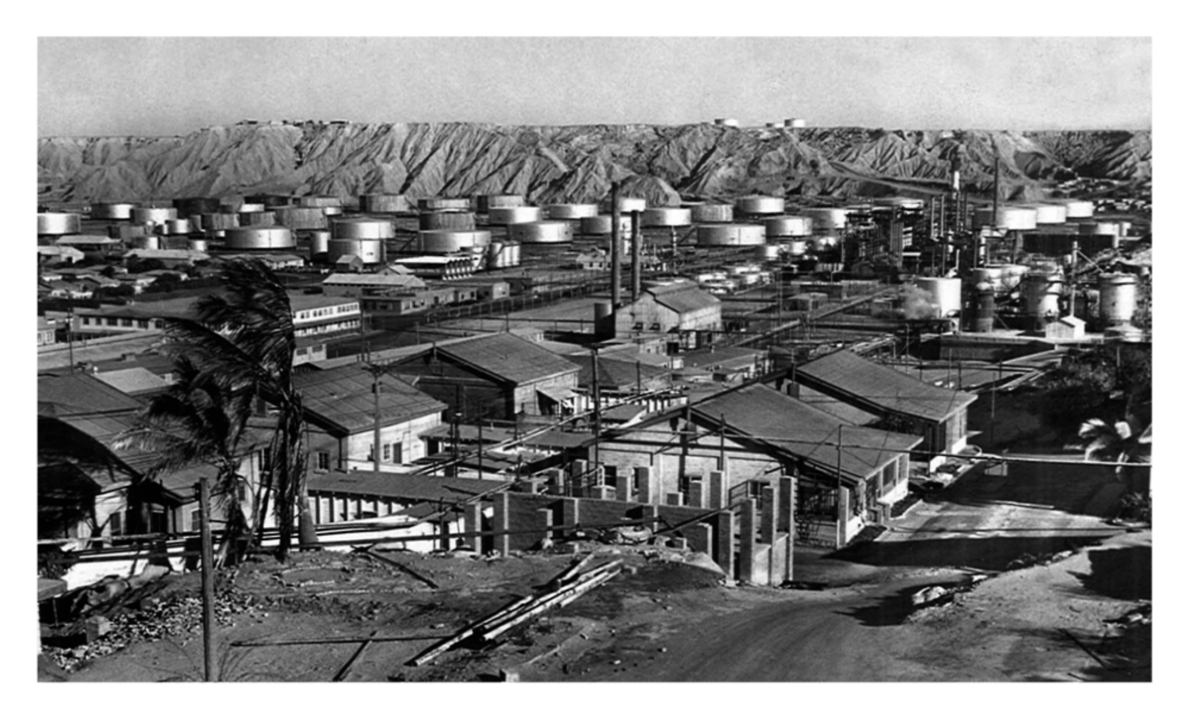


Figura 6. Refinería de Talara, 1954.
Fuente: Swiss Foto, International Petroleum Co. Oil Centre.
Tomado de: <https://pabadal.files.wordpress.com/2014/07/talara.jpg>.

Sin embargo, la actividad exploratoria no encontró los yacimientos necesarios para aumentar la producción. Mientras tanto, se reducía la producción de la principal reserva, la de La Brea y Pariñas, y el petróleo dejó de ser importante en el conjunto de las exportaciones, básicamente porque la mayor parte de la producción estaba destinada a abastecer la demanda interna.[59] En este panorama, las empresas presionaron al Estado para que elevara el precio de los combustibles, argumentando que la inversión realizada debía obtener las utilidades necesarias para desarrollar más actividades de exploración, perforación y

regalías de producción, que fueron reemplazadas por un sistema de impuestos al ingreso para las empresas petroleras (Candela 2008: 202).

58. Véase <http://www.petroperu.com.pe/pmrt/refineria-talara-celebra-aniversario-recordando-sus-logros/>.

59. Thorp y Bertram 1985: 342-343.

explotación. En julio de 1959 se produjo un incremento sustancial, al triplicarse el precio de los combustibles, de tal manera que se desencadenó en la escena política del país una confrontación entre los sectores nacionalistas y la IPC. Este hecho tuvo importantes repercusiones en la historia del petróleo en el Perú.

En el contexto de los vaivenes que experimentaba la industria petrolera, los habitantes que residían en la ciudad-empresa se diferenciaban del resto de la población de la región norte porque gozaban de condiciones de vida favorables, como una estrategia de la política laboral de la compañía para asegurar la permanencia de su fuerza laboral en la zona. Cabe señalar que ciertos servicios vinculados a la salud y educación se habían conseguido debido a la acción reivindicativa del movimiento sindical petrolero. En la ciudad-empresa este sector de trabajadores y sus familias logran una mejor calidad de vida en comparación con la etapa del campamento de madera. Al compartir la vida cotidiana en este lugar, los pobladores construían identidades que tenían como referentes claves su experiencia como trabajadores petroleros y habitantes de la ciudad-empresa. En 1961, existían en Talara 27.957 habitantes, es decir, la población se había duplicado en relación con la de 1940, y formaban parte de esta aproximadamente 5500 trabajadores petroleros (véase cuadro 1). Se aprecia entonces cómo la proporción de trabajadores petroleros en relación con la población total de Talara se redujo a la mitad entre 1920 y 1961.

La década de 1960 estuvo marcada por el conflicto entre la IPC y el Estado peruano respecto a la legalidad de las concesiones explotadas por la empresa y la divergencia acerca del pago de tributos por aquella, que el Estado había dejado de recaudar. La situación del sector se complicó también por asuntos de carácter técnico: desde 1962 se dio un déficit en la producción, por lo cual se tuvo que importar petróleo, y eso significó para el Perú la pérdida de su capacidad de autoabastecimiento. El déficit productivo provocó también el descenso de las exportaciones de petróleo crudo porque la mayor parte de la producción estaba orientada al consumo interno.

Si bien el problema con la IPC estaba pendiente, participaron nuevas compañías extranjeras en la actividad petrolera, entre las que se puede mencionar, en la costa norte, Belco Petroleum Corporation, que —como hemos señalado— desarrolló actividades de exploración desde 1959. Esta empresa logró aumentar su producción a partir de 1967, cuando el Estado le entregó una importante concesión por veinte años para la exploración y explotación de las reservas del zócalo continental, y se convirtió en el principal productor en esta zona.[60]

A partir de la década de 1950, los países de América Latina atravesaron por una experiencia de modernización que desencadenó procesos de

60. Candela 2008: 221.

industrialización, migración y urbanización, hecho que implicó una serie de cambios sociales, económicos, culturales y políticos. En este escenario, progresivamente las ciudades-empresa instaladas en zonas productoras de recursos naturales perdieron su condición de territorios de excepción y se produjo una adecuación al nuevo entorno en la dinámica laboral y en las condiciones de vida en estos centros urbanos. El caso peruano se inscribió en este contexto: en 1968 fue nacionalizada la industria petrolera por el gobierno militar y se generó las condiciones para la transición de Talara de ciudad-empresa a ciudad abierta. Sin embargo, continuó vigente la lógica de la explotación del recurso como el eje que determinaba el desarrollo urbano de la ciudad abierta.

La nacionalización del petróleo en 1968

A inicios de la década de 1960 volvió a la actualidad, en la dinámica política del país, el tema de la nacionalización del petróleo, y se desarrollaron a lo largo de esta década una serie de negociaciones entre la IPC y el Estado peruano para llegar a un acuerdo. Sectores representativos de la política y de la opinión pública se pronunciaron a favor de la nacionalización; lo mismo ocurrió con los trabajadores organizados en los sindicatos de Talara. Mientras tanto, en 1962, el Perú perdió su condición de exportador de petróleo, situación que incentivó el debate sobre la cuestión del petróleo.

Como hemos señalado, durante el periodo 1960-1968 continuó el conflicto entre la IPC y el Estado peruano. Esta divergencia remitió al laudo de 1922, cuestionado por los sectores nacionalistas de la política en el país. El antecedente más inmediato fue la denuncia en el Congreso, presentada por el diputado Alfonso Benavides Correa en 1959, por la ilegalidad de la concesión otorgada a la IPC mediante el laudo arbitral de 1922.[61]

Cuando el 28 de julio de 1963 se inició el gobierno del arquitecto Fernando Belaunde, en su mensaje a la nación anunció su determinación para solucionar en noventa días el conflicto con la IPC por la explotación de los yacimientos de La Brea y Pariñas. En Talara se formó una comisión de dirigentes sindicales para participar, en defensa de sus intereses, en las negociaciones entre el Gobierno y la IPC. Por su parte, el Gobierno de Estados Unidos condicionó la asistencia económica al Perú, otorgada a través de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), al acuerdo al que el Gobierno peruano llegase con la compañía estadounidense. En el proceso de negociación se dieron varias medidas legales, entre las cuales destacamos el decreto supremo 7-F del 25 de enero de 1968, por el cual el Gobierno encargó a la Empresa Petrolera Fiscal (EPF), empresa estatal

61. Ibíd., pp. 215-216.

fundada en 1948, la representación del Estado en todas las acciones relativas a los yacimientos explotados por la IPC, y que eran propiedad de la nación. Esta empresa estatal estableció nuevas negociaciones en la ciudad de Talara y logró un acuerdo con la IPC el 13 de agosto de 1968, conocido como el Acta de Talara.[62]

El presidente Belaunde había dado a conocer al país el 28 de julio de 1968 el acuerdo final con la IPC señalando que el Perú recuperaría sus yacimientos sin pagar ninguna compensación, es decir, se reconocía la propiedad del Estado peruano del suelo y el subsuelo de esta zona petrolera. El centro de la polémica había girado en torno al precio del crudo que el Estado cobraría a la IPC, al otorgarle el Estado una concesión por la cual esta compañía iba a continuar operando la refinería de Talara por cuarenta años y el sistema de distribución del crudo y el gas por seis años. Finalmente, se acordó el precio que la EPF cobraría a la IPC por la venta del crudo y del gas.

No obstante, el 10 de septiembre de 1968 el presidente de la EPF, Carlos Loret de Mola, denunció la pérdida de la página 11 del Acta de Talara, en la cual, según declaró, se precisaba el precio de venta del crudo, lo que desencadenó una profunda crisis política con graves consecuencias para el país. Se generó una fuerte corriente de opinión pública de rechazo al acuerdo celebrado con la IPC en una difícil coyuntura de inestabilidad política.

La defensa de los intereses nacionales en torno a la cuestión del petróleo fue un factor determinante en la decisión de realizar el golpe militar el 3 de octubre de 1968, por el cual se implantó una Junta de Gobierno conformada por los comandantes del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea, encabezada por el general Juan Velasco Alvarado en su condición de jefe del Comando Conjunto de la Fuerza Armada. Para la corriente nacionalista del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, resolver el problema con la IPC se convirtió en una prioridad. El 9 de octubre de 1968, el gobierno militar llevó a cabo la expropiación del complejo petrolero de la IPC en Talara (Decreto Ley 17066).[63] Las instalaciones fueron ocupadas por miembros del Ejército acantonados en Lobitos y se firmó una nueva Acta de Talara, en la cual se establecía la transferencia de la propiedad del complejo industrial al Estado peruano y se precisaba que se tomaría en cuenta su valor para cancelar las deudas tributarias de la IPC. El gobierno militar declaró el 9 de octubre "Día de la Dignidad Nacional",

62. Ibíd., pp. 228-229.

63. Cuando se produce la nacionalización de la IPC era alcalde de Talara Juan Blume García (1967-1969). Asimismo, en 1968 se funda la Fenatrapp (Federación Nacional de Trabajadores Petroleros del Perú), y su primer secretario general es Luis Núñez Taíman, quien fue dos veces alcalde de Talara en los periodos 1964-1966 y 1975-1980 (Registro de alcaldes, Municipalidad Provincial de Talara).

que siguió conmemorándose hasta el segundo gobierno de Fernando Belaunde (1980-1985), cuando se derogó el decreto que lo establecía (Aranda 1983: 21).

La nacionalización del petróleo abrió una nueva etapa para la industria, que desde entonces será gestionada por la empresa estatal Petróleos del Perú (Petroperú).[64] Sin embargo, en la zona petrolera del zócalo continental permaneció la inversión extranjera; la empresa norteamericana Belco Petroleum Corporation continuó las operaciones de exploración iniciadas a fines de la década de 1950. Asimismo, a partir de 1978, el consorcio Occidental Petroleum-Bridas (compuesto por inversionistas norteamericanos y argentinos) inició la recuperación secundaria de los yacimientos de La Brea y Pariñas en el distrito de Los Órganos.[65]

En Talara, el desarrollo de la industria petrolera en esta etapa propició la instalación de empresas subcontratistas extranjeras y nacionales que brindaban servicios técnicos especializados a las principales empresas que operaban en la zona.[66] Hubo además un incremento de la demanda de personal por parte de las empresas petroleras, básicamente bajo la modalidad de subcontratación. Sin embargo, no se generaron los suficientes puestos de trabajo frente a una creciente demanda laboral impulsada por el movimiento migratorio hacia esta ciudad (véase cuadro 3).

Cuadro 3

PERSONAL OCUPADO EN LAS PRINCIPALES EMPRESAS PETROLERAS EN TALARA

Empresas	1970	1972	1973	1974
Belco Petroleum Corporation	326	349	433	465
Petroperú	5414	5309	6105	6904

Fuente: Ministerio de Energía y Minas, estadísticas petroleras de 1970, 1972, 1973, 1974.

Si bien Petroperú asumió un rol clave en la gestión empresarial del Estado controlando todas las fases de la industria petrolera, el gobierno militar reconoció la necesidad de recursos técnicos y financieros para la exploración y explotación del petróleo. Por consiguiente, se buscó promover la inversión

64. Petroperú fue creada por D. L. 17753 el 24 de julio de 1969, sobre la base de las propiedades de la Empresa Petrolera Fiscal (EPF) y los bienes expropiados de la IPC con la finalidad de realizar todas las operaciones petroleras en el territorio nacional.

65. La recuperación secundaria es el proceso de extracción de petróleo mediante la inyección de agua o gas en los pozos para devolverles la energía perdida y posibilitar la recuperación de nuevos volúmenes de petróleo.

66. Aranda 1983: 34.

extranjera en el sector hidrocarburos a partir de una nueva forma de relación entre el Estado, Petroperú y las empresas extranjeras, regulada por los Contratos Modelo Perú.[67] En este contexto, la intensa actividad de exploración en la selva tuvo un notable impacto en la economía de la región, en especial entre la población indígena asentada en las zonas petroleras.

La evolución urbana de Talara de ciudad-empresa a ciudad abierta, 1970-1980

Al asumir Petroperú, después de la nacionalización, el control de la actividad petrolera, se hizo cargo también de la gestión urbana de Talara. Así, la municipalidad local enfrentaba limitaciones para emprender obras y ofrecer servicios comunales. En la ciudad residía un amplio sector de pobladores que no laboraban en la empresa pública; sin embargo, utilizaban los servicios públicos que la empresa proporcionaba a sus trabajadores.[68] Petroperú decidió que no era rentable dedicarse a asuntos urbanos y optó por concentrarse en su actividad productiva.

Se inició, en febrero de 1972, la implementación del Plan Talara Ciudad Abierta, regulado por el Decreto Ley 19243 (28/12/71), que facultaba a Petroperú a vender a sus trabajadores las viviendas que habitaban, y la R. S. 387-71 EM/DS (28/12/71), que permitía la transferencia de los servicios públicos a las instituciones correspondientes. A partir de entonces los talareños se involucraron de manera distinta en los problemas del desarrollo urbano.[69]

---

67. Los Contratos Modelo Perú se celebraban entre Petroperú y una compañía petrolera extranjera. Esta última financiaba todos los gastos necesarios para la exploración de un lote designado por la empresa estatal. En el zócalo continental, las concesiones tenían un plazo de cuatro años; en los lotes de la selva, el periodo era de siete. Si las empresas no encontraban petróleo comercialmente explotable, la concesión revertía a Petroperú. En el caso de que las operaciones fueran exitosas, la empresa extranjera tomaba la concesión por un periodo que variaba entre 30 años en el zócalo y 35 en la selva. El petróleo extraído era dividido a partes iguales entre el contratista y Petroperú. La empresa estatal pagaba los impuestos de la contratista (impuesto a la renta y aranceles por las importaciones de equipos) (Torres 2008: 244).

68. Al respecto, en el documento "Talara Ciudad Abierta" se señala: "está comprobado que por cada trabajador petrolero se genera alrededor de tres subempleos: sastres, comerciantes, personal de servicio [...]. Para Petroperú es económicamente perjudicial asumir las funciones de administración de la ciudad, no sólo para los 4.000 trabajadores y sus familias que suman un total de 30.000, sino también adicionalmente para 45.000 personas que nada tienen que ver con la empresa" (compilación de documentos sobre el Plan Talara Ciudad Abierta, Archivo de la Federación Nacional de Trabajadores Petroleros, Talara, 1974).

69. Aranda 1998: 73.

Debido a que la población talareña, por un largo periodo que abarcó más de cincuenta años, había residido en una ciudad gestionada por una entidad empresarial, Petroperú desarrolló una campaña de sensibilización para dar a conocer las ventajas del Plan Talara Ciudad Abierta. Efectivamente, los cambios que ocasionaba este plan afectaban las condiciones de vida en temas como educación, salud y acceso a servicios públicos, que eran parte de los "beneficios indirectos" dados por la compañía a su población dependiente. Al cortarse estos beneficios, se redujo su nivel de ingreso.

Como parte de la estrategia empresarial, se decidió atender una reivindicación importante de los trabajadores petroleros: la venta de las casas que ocupaban. Estos trabajadores lograron adquirir estas viviendas a cuenta de su indemnización por tiempo de servicios. Hay que tomar en cuenta que en las etapas de campamento y ciudad-empresa, cuando los trabajadores dejaban de laborar en la compañía, debían desocupar la vivienda que habitaban, mudarse a barrios que no pertenecían a la empresa o emigrar de la ciudad.

El crecimiento urbano de Talara como ciudad abierta ocasionó el incremento de la demanda de viviendas. Los sindicatos petroleros negociaron con las empresas para encontrar una solución a esta problemática. En 1971, Belco Petroleum Corporation —a través de la Asociación Mutual de Vivienda de Piura— financió la construcción de urbanizaciones en Negritos y Talara, y el personal de Petroperú constituyó la Asociación Pro-Vivienda de Servidores de Petroperú (Aproviser) para la construcción de viviendas.[70]

El desarrollo de la actividad petrolera en una ciudad abierta fue un factor de atracción para la migración de mano de obra hacia Talara, pero el sector petróleo generó limitados puestos de trabajo. Proliferaron entonces los empleos en el sector terciario, la mayoría en la informalidad, aunque se generaron también problemas de desempleo. En la morfología urbana se observó la pérdida de los patrones de diseño urbano original de la ciudad, lo que dio paso a un desarrollo urbano caótico y desordenado, que presentó rasgos comunes con otras ciudades del país y América Latina. Surgieron en la periferia de la ciudad formas de asentamiento como las barriadas, que hasta entonces no eran parte del paisaje urbano, donde se concentraba población de sectores populares urbanos que hicieron sentir su presencia en la escena urbana.

Precisaremos los cambios más relevantes que se produjeron en Talara en la etapa de ciudad abierta:

70. Ibíd., p. 74.

1. Cambios en la gestión urbana:

- Transferencia a la municipalidad respectiva de los terrenos libres, parques, plazas, mercados y espacios ocupados por el sector privado dentro de la ciudad-empresa.
- Venta de las casas que fueron propiedad de la IPC a los trabajadores petroleros.
- Transferencia al Ministerio de Educación de las escuelas e instalaciones deportivas administradas por la IPC.
- La administración de los servicios de agua, electricidad, sanidad urbana, etc., fue asumida por las instituciones correspondientes en la región.
- Petroperú continuó administrando el hospital y el policlínico que pertenecieron a la IPC.[71]

2. Cambios socioeconómicos y culturales:

- Diversificación de la actividad económica local y crecimiento del sector terciario con predominio de las actividades informales.
- Participación de organizaciones de la sociedad civil para enfrentar los problemas urbanos.
- Transformación de la configuración urbana: surgimiento de urbanizaciones convencionales y ocupación informal del suelo (barriadas).
- Los habitantes de la ciudad abierta experimentaron cambios en sus formas de sociabilidad y en la construcción de sus identidades e imaginarios urbanos.

Los actores sociales intentaron adecuarse a esta nueva experiencia urbana, en la medida en que al evolucionar Talara a ciudad abierta se perdió la concepción de ciudad orgánica caracterizada por una forma única y ordenada, y surgió una imagen urbana abigarrada y fragmentada. Precisamente este es uno de los desafíos que tendrán que enfrentar los sucesivos gobiernos locales de la ciudad abierta para resolver los graves problemas que había traído consigo el crecimiento urbano informal y desordenado, con el fin de mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

---

71. En la década del 1990 se cierra el hospital de Talara; y los médicos y personal técnico de salud fueron reubicados por Petroperú en el policlínico, que siguió bajo el control de la empresa hasta que pasó a ser administrado por el Ministerio de Salud en el segundo gobierno de Alberto Fujimori (1995-2000).

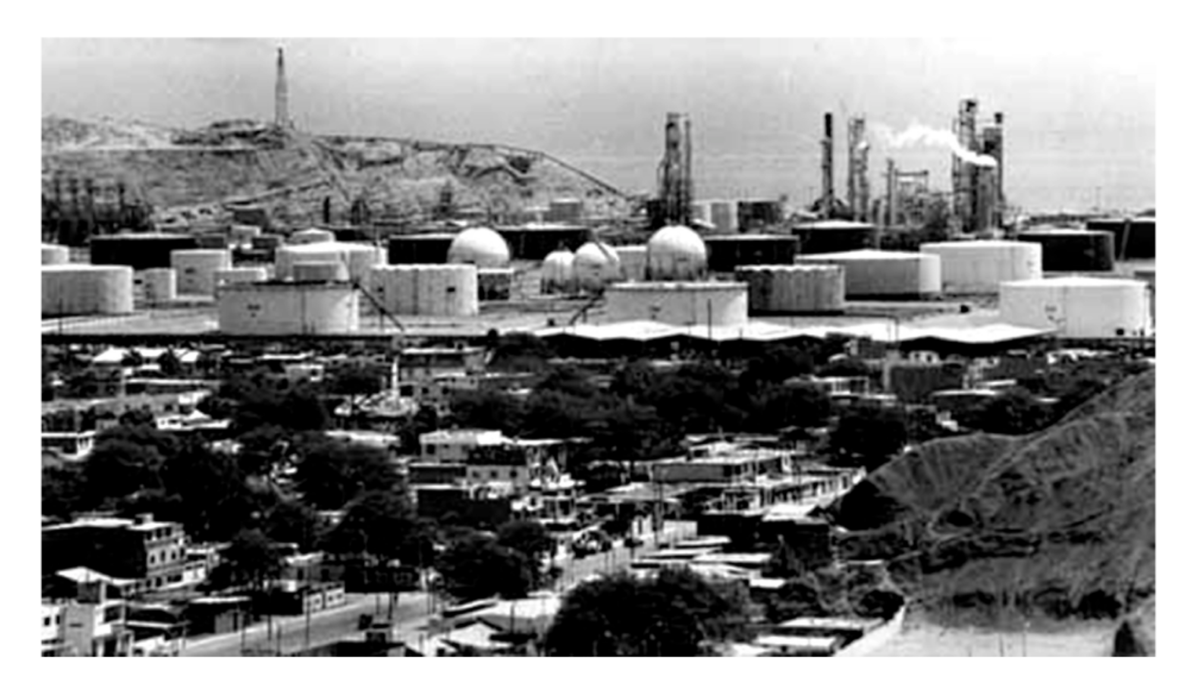


Figura 7. Ciudad de Talara y refinería de petróleo.
Tomado de: Revista *Caretas*, 1 de febrero 1996, n.º 1399
(<www.caretas.com.pe/1399/petroperu/petroperu.html>).

Mientras en la escena local los cambios en la industria petrolera tuvieron un significativo impacto socioeconómico y cultural, a escala internacional se generaba una crisis por el alza del precio del barril, que se cuadruplicó (de 3 a 12 dólares), acordado por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en 1973. En el Perú, las consecuencias de esta crisis fueron negativas: el país era importador neto y las grandes inversiones en la selva norte y en el Oleoducto Norperuano todavía no lograban los resultados esperados. El Gobierno, para atenuar los efectos negativos, implementó una política de racionamiento en el consumo de gasolina, pero esta medida no tuvo éxito, dado que a la vez se subsidiaba los combustibles.[72] Se agravaron los problemas en la economía nacional, lo que generó descontento social, mientras que en el interior del régimen militar se agudizaban las discrepancias acerca de la línea política que se debía seguir. Estos hechos contribuyeron al derrocamiento del general Juan Velasco por el general Francisco Morales-Bermúdez el 29 de agosto de 1975.

En la segunda fase del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada se trataron de revertir algunas medidas de la primera fase y de crear las condiciones para la transferencia del poder a los civiles y la recuperación del sistema democrático. Con relación al sector de hidrocarburos, se dieron incrementos

72. Torres 2008: 256.

progresivos en los precios de los combustibles, con el propósito de disminuir los subsidios. Cuando empezaron a dar frutos las grandes inversiones realizadas en la primera fase (como la conclusión del Oleoducto Norperuano), se abrió una etapa favorable para la actividad petrolera. Entre 1977 y 1979 la producción se incrementó de forma significativa, hasta colocarse por encima de la demanda interna, por lo que el Perú recuperó la condición de país exportador. Los hidrocarburos aumentaron su participación sobre el total de las exportaciones peruanas: de 0,6% del total de exportaciones en 1970 a 20% en 1980.[73]

Si bien se lograron importantes beneficios para el Estado peruano con las nuevas condiciones contractuales para las empresas extranjeras, Petroperú resultó perjudicada. Debido al Contrato Modelo Perú, la empresa estatal asumía el pago de los impuestos de los contratistas extranjeros. Al aumentar el precio del petróleo y las ganancias de las contratistas, el monto de lo que Petroperú tenía que pagar al fisco se elevó. Además el costo de los subsidios recaía sobre la empresa estatal, que no recibía ninguna transferencia por este concepto del Gobierno. Frente a tal situación, Petroperú presentaba un creciente déficit en sus operaciones, no obstante el crecimiento de la producción petrolera y de sus precios.[74]

Luego de un proceso de negociación, se modificó el Contrato Modelo Perú. El 6 de diciembre de 1979 se promulgaron las Bases generales para contratos petroleros (Decreto Ley 22774) y las Normas tributarias para operaciones petroleras (Decreto Ley 22775). De esta forma, el Estado y Petroperú lograron una proporción mayor de los ingresos de las empresas extranjeras, que, al pasar al régimen tributario común, pagarían una tasa de impuesto a la renta de 68,5%. Petroperú continuaba pagando los aranceles por importaciones de equipos y los impuestos a la exportación de petróleo de las empresas extranjeras. Asimismo, se liberalizó la regulación sobre los montos de divisas que estas empresas podían sacar del país.

Durante el régimen militar se intentó consolidar el rol de Petroperú en el sector, con el fin de que controlara todas las actividades relacionadas con los hidrocarburos. Esta decisión de fortalecer a la empresa estatal para participar de manera integral en las fases de exploración, explotación, refinación y comercialización de hidrocarburos no se ha repetido en la política petrolera del país. En la década de 1980, la grave crisis económica afectó la actividad de Petroperú en el sector. En 1985, Belco Petroleum Corporation dio por finalizadas sus operaciones en el zócalo continental de la costa noroeste después de veinte años de haber tenido la concesión de esta zona. La empresa tomó esta decisión al no llegar a un acuerdo en la renegociación con el Estado peruano, y el entonces presidente Alan García anunció que todos los activos de la compañía pasaban a ser controlados por el Estado.

---

73. BCR 1993: 44, citado por Torres 2008: 263.

74. Ibíd., p. 263.

En la década de 1990, la influencia del neoliberalismo en la política económica descartó cualquier orientación proestatista y pronacionalista, por lo que el gobierno de Alberto Fujimori inició un proceso de privatización indiscriminada de las empresas públicas del que no pudo escapar Petroperú.[75] Desde entonces la actividad petrolera, que había sido gestionada en sus distintas fases por la empresa estatal Petroperú, se fragmentó y se distribuyó el control de las distintas operaciones entre Petroperú y Perúpetro, empresas estatales de derecho privado.

El mencionado proceso de privatización de Petroperú[76] es descrito por Jaime Quijandría,[77] quien señaló, entre otros aspectos, lo siguiente:

> A mediados de 1990, Petroperú era una empresa petrolera integrada que realizaba directamente casi todas las actividades, principales y secundarias, requeridas. Todo ello lleva a que la empresa desarrolle un plan de privatización que fomenta la participación del sector privado en todas las actividades de la industria petrolera, permite el funcionamiento de un mercado de libre competencia, transfiere al sector privado tanto sus filiales como las actividades no esenciales a sus objetivos societarios básicos, debiendo actuar Petroperú en las mismas condiciones con que actuaría una empresa privada.

Características demográficas y socioeconómicas de la ciudad abierta en el contexto de la región norte, 1990-2000

Características demográficas

Talara tiene una población de 88.108 habitantes y concentra el 68% del total de la población de la provincia del mismo nombre.[78]

---

75. A partir de la privatización, Petroperú se dedica a la refinación, distribución, comercialización y transporte de combustibles y otros productos derivados del petróleo. Por su parte, Perúpetro (Ley Orgánica de Hidrocarburos n.º 26221, del 18 de noviembre de 1993), en representación del Estado, se encarga de promocionar, negociar, suscribir y supervisar contratos para la exploración y explotación de hidrocarburos en el Perú.
76. Petroperú transfiere al sector privado, con los equipos necesarios, la perforación de pozos, el servicio de pozos y el transporte terrestre y fluvial de combustibles y carga seca, entre otras actividades. En el marco del plan de privatización se produce la venta al sector privado de las refinerías Conchán, Pucallpa y Marsella, y de las plantas de ventas del interior. Asimismo, se efectúa la racionalización de la planilla de personal estable mediante la aplicación de un programa de retiros con incentivos, lo que permitió reducir en cerca del 30% el tamaño de la planilla de la empresa (Quijandría 1993).
77. Quijandría (1993: 7).
78. INEI 2007.

La población de la provincia de Talara es predominantemente urbana: 98,04%.[79] En el cuadro 4 presentamos la distribución por distritos de la población de la provincia de Talara en el periodo 1940-2007.

Cuadro 4
POBLACIÓN TOTAL DE LA PROVINCIA DE TALARA Y DISTRITOS

Distrito	1940	1961	1972	1981	1993	2007
Pariñas *	13.551	28.271	29.911	60.351	82.455	88.108
El Alto	0	9.077	4.585	5.630	7.082	7.137
La Brea	15.195	15.847	18.835	12.579	13.404	12.486
Lobitos	0	3.113	2.676	3.020	1.245	1.506
Los Órganos	0	0	4.685	7.457	9.709	9.612
Máncora	10.870	8.630	4.731	6.509	7.009	10.547
Provincia Talara	39.616	64.938	65.423	95.546	120.804	129.396

* El distrito de Pariñas corresponde a la ciudad de Talara.
Fuente: INEI, Censos nacionales de población y vivienda de 1940, 1961, 1972, 1981, 1993 y 2007.

Analizaremos la evolución de la población de Talara considerando los periodos intercensales 1940-1961, 1961-1972, 1972-1981, 1981-1993 y 1993-2007 para destacar aquellos rasgos que son referentes de los cambios que ha experimentado la ciudad. Con este propósito tomaremos en cuenta la tasa de crecimiento poblacional que aparece en el cuadro 5.

En el periodo intercensal 1940-1961, la población de esta ciudad se incrementó en 3,7%. Este comportamiento demográfico se explica por el crecimiento urbano de la ciudad-empresa desde la década del 1940, proceso que está acompañado por la expansión de la industria petrolera, que atrajo población migrante, sobre todo de la región norte. Mientras, en la etapa siguiente (1961-1972), el crecimiento poblacional fue de solo 0,6%, lo que manifiesta cierta estabilidad de la población asentada en esta ciudad, como una evidencia del control sobre el desarrollo urbano realizado por la IPC.

En el periodo que transcurre entre 1972 y 1981, se observó un incremento significativo de la población (8,1%). Dicho periodo correspondió a una nueva etapa en la historia de la ciudad petrolera: la ciudad abierta. Entonces se produjo una masiva migración hacia Talara, que en su mayoría no logró un puesto de trabajo en el sector petróleo, sino que se incorporó a ocupaciones en el comercio y los servicios, caracterizadas básicamente por la informalidad. En la etapa

79. Censo nacional de población y vivienda 2007.

que abarca desde 1981 a 1993, la población se incrementó en 2,6%, por lo que continuó el proceso migratorio hacia esta ciudad, que entonces será uno de los destinos elegidos por un conjunto importante de pobladores damnificados por el fenómeno de El Niño ocurrido en 1983, que trajo consigo un alto impacto negativo en la dinámica socioeconómica de la región norte.

Cuadro 5
DISTRITO DE PARIÑAS: ASPECTOS DE OCUPACIÓN DEL ÁREA, 2007

	Periodo	Población	Tasa de crecimiento poblacional	Características
1	1940-1961	12.985-27.957	3,7%	Fenómeno demográfico relacionado con la expansión de la actividad petrolera.
2	1961-1972	27.957-29.911	0,6%	Este bajo crecimiento se debe al control ejercido por la Internacional Petroleum Company en el desarrollo urbano.
3	1972-1981	29.911-60.351	8,1%	Proceso migratorio que se presenta cuando Talara es declarada ciudad abierta.
4	1981-1993	60.351-82.455	2,6%	Talara brinda oportunidades de trabajo y el fenómeno migratorio hacia esta ciudad continúa. Fenómeno de El Niño.
5	1993-2007	82.455-88.108	0,5%	La tasa de crecimiento poblacional disminuye debido a la emigración, por la reducción de fuentes de trabajo producto de las privatizaciones.

Fuente: Plan Integral de Desarrollo Local Sostenible del Distrito Pariñas al 2015. Municipalidad Provincial de Talara, 2004; INEI 2007.
Elaboración: Walsh Perú.

En el periodo que corresponde a los censos de 1993 y 2007, la población de la ciudad de Talara se incrementó solamente en 0,5%. Esta etapa corresponde a la privatización de la empresa estatal Petroperú durante el gobierno de Alberto Fujimori y al descenso de la producción petrolera en la zona norte, donde gran parte de los lotes que hasta entonces habían sido operados por Petroperú fueron dados en concesión a empresas privadas nacionales y extranjeras. En la evolución de la tasa de crecimiento de la población de Talara, destaca la etapa que corresponde al tránsito a ciudad abierta (1972-1981), en el que se produjo el mayor crecimiento poblacional. Al analizar el comportamiento poblacional en Talara, observamos que, en los periodos intercensales, el crecimiento demográfico ha sido irregular y marcado por acontecimientos que constituyen hitos en la historia de la ciudad.

En relación con la migración, de acuerdo con el Censo nacional de población y vivienda de 1981, predominaron los flujos migratorios de localidades del departamento de Piura hacia Talara, que en conjunto representaban el 62,7% de la inmigración; estos procedían principalmente de las provincias de Piura (31%) y Sullana (26%); por su parte, la proporción de inmigrantes de las provincias de la sierra piurana, como Ayabaca (3,3%) y Huancabamba (0,8%), fue marginal. El resto (37,3%) se trasladó a Talara de diferentes departamentos, entre los que prevalecían Tumbes, Lambayeque, Lima y Cajamarca. Según los datos sobre migración del censo de 1993, continuaron sobresaliendo, en cuanto a la procedencia de los inmigrantes, las provincias de los departamentos de Piura y de Tumbes. Asimismo, se observó cierto incremento de contingentes migratorios provenientes de La Libertad, Arequipa y Lima.

En la década de 1990, un amplio sector de habitantes de Talara se vieron obligados a emigrar debido a la falta de oportunidades laborales, producto de la privatización de los lotes petroleros. Las principales ciudades de destino fueron Piura, Chiclayo, Trujillo y Lima. Esta situación se manifestó de manera notoria en el despoblamiento de barrios como Punta Arenas (Talara) y Laguna Zapotal (Negritos), lugares de residencia del personal ejecutivo de Petroperú, la empresa petrolera más importante de la ciudad.

De acuerdo con el censo de 2007, más del 80% de la población de la ciudad de Talara declaró vivir en el área en los últimos cinco años (menos del 10% señaló lo contrario). Según esta información, el flujo de migración en el lugar fue reducido. Tres cuartas partes de la población de la ciudad de Talara tenía ascendencia familiar en el mismo distrito.[80]

Cuadro 6
CIUDAD DE TALARA: INDICADORES DE INMIGRACIÓN, 2007

Área Geográfica	En los últimos cinco años usted vivía en:			Cuando usted nació su madre vivía en:	
	Sí	No	No había nacido	Sí	No
Perú	78%	12%	10%	64%	36%
Región Piura	83%	6%	11%	81%	19%
Provincia Talara	81%	9%	10%	73%	27%
Ciudad de Talara	83%	7%	10%	75%	25%

Fuente: INEI 2007.
Elaboración: Walsh Perú.

80. Walsh Perú 2008.

La evolución de la población talareña es una prueba empírica del proceso de cambio que significó la transición de ciudad-empresa a ciudad abierta en la historia de esta ciudad. Esta experiencia implicó un antes y un después con relación a la presencia de la compañía IPC y su impacto en la dinámica socioeconómica y cultural de este centro urbano.

Aspectos socioeconómicos

En la provincia de Talara[81] se pueden distinguir determinadas áreas a partir de la principal actividad económica que se desarrolla en ellas:

a) Centro polivalente: la ciudad de Talara, que concentra actividades principales de la industria petrolera (producción y refinación), actividades administrativas, comerciales y de servicios.
b) Centros de producción petrolera: los distritos de Los Órganos, El Alto, Lobitos y Negritos, donde se desarrolla la explotación y labores administrativas de la industria petrolera. Estos distritos constituyen, además, el lugar de residencia de sectores de la población laboral.
c) Centros pesqueros: destacan el distrito de Máncora, las caletas de San Pedro (Pariñas), Cabo Blanco (El Alto), El Ñuro (Los Órganos) y San Pablo (La Brea). También se desarrolla la pesca artesanal en Lobitos.
d) Centros turísticos: Máncora (playas de Máncora y Las Pocitas), Los Órganos (playas El Ñuro, Punta Veleros, Santa Rosa, Vichayito), Cabo Blanco y Lobitos. Otro lugar que es un atractivo turístico es Punta Balcones, que es la punta más occidental de América del Sur, ubicada en el distrito de La Brea.

En el ámbito de la provincia de Talara hay escasa presencia de productores agrícolas. En el caso específico del distrito de Pariñas (Talara), la actividad agrícola se desarrolla en los centros poblados de Jabonillal, Piedritas y Casas Negras, asentados a lo largo del Bosque Pariñas, donde no se encuentran más de diez productores agrícolas. En estos centros poblados, la actividad pecuaria tiene una mayor dinámica; las familias tienen pequeños hatos de ganado caprino y porcino, y además se dedican a la crianza doméstica de aves de corral. No obstante, no cuentan con parcelas agrícolas y son denominados "productores agropecuarios sin tierra".[82]

---

81. Se ha actualizado la clasificación hecha por Timaná 1985.
82. IV Censo nacional agropecuario 2012.

Características de la PEA ocupada en Talara

La población económicamente activa (PEA) del distrito de Pariñas, distribuida por ramas de actividad económica (cuadro 7), se concentra en actividades del sector terciario como el comercio y reparación de vehículos (18%) y transporte, almacenamiento y comunicaciones (11,8%). Luego destaca la pesca, con 10% de la PEA ocupada; le sigue la actividad inmobiliaria, con 8,4%. En la industria manufacturera, que incluye la refinación del petróleo, se encuentra laborando el 6,5% de la PEA del distrito, y en la explotación de minas y canteras, que incluye la explotación de hidrocarburos, trabaja el 5,3% de la PEA. Ambas actividades (la explotación y refinación del petróleo) son el eje de la dinámica económica en Talara y generan un efecto multiplicador en el resto de actividades económicas. El sector terciario (comercio y servicios), que concentra la mayor cantidad de la PEA ocupada, depende directamente de los vaivenes de la industria petrolera.

Cuadro 7
POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA DE SEIS AÑOS Y MÁS
POR RAMAS DE ACTIVIDAD ECONÓMICA, DISTRITO PARIÑAS, 2007

Distrito/ramas de actividad económica	Total	%
Pariñas	30.996	100
Agricultura, caza, silvicultura	284	0,9
Pesca	3.130	10,0
Industria manufacturera	2.018	6,5
Explot. de minas y canteras	1.648	5,3
Electricidad, gas y agua	125	0,4
Construcción	2.129	6,8
Comercio, reparación vehículos	5.588	18,0
Hoteles, restaurantes	1.451	4,6
Transporte, almacenam., comunicaciones	3.668	11,8
Intermediac. financiera	160	0,5
Activ. inmobiliaria	2.612	8,4
Adminis. pública, defensa	1.111	3,5
Enseñanza	1.271	4,1
Servicios de salud	437	1,4
Otras activ., serv., común. soc. personales	1.084	3,4
Hogares privados con servic. doméstico	609	1,9
Actividad económ. no especificada	870	2,8
Desocupado	2.801	9,0

Fuente: Censo nacional de población y vivienda 2007.
Elaboración propia.

Industria de refinación de petróleo

La ciudad de Talara cuenta con la refinería pionera y emblemática del país. Esta instalación industrial, propiedad de Petroperú, "genera utilidades operativas del orden de 530 millones de nuevos soles anuales, brinda empleo directo a 589 e indirecto a más de 1.000 personas. Además, forma parte de la Corporación que genera la mayor contribución de tributos en el país".[83]

Actualmente, Petroperú ha iniciado el Proyecto Modernización de la Refinería Talara (PMRT), que abarca la ampliación y modernización de sus componentes operativos, con el objetivo de producir combustibles de acuerdo con las nuevas tendencias de calidad y de protección del ambiente. El PMRT incrementará en más de 45% la capacidad de producción de la refinería, es decir, pasará de producir 65.000 a 95.000 barriles por día. Este proyecto demanda una inversión de US$ 3500 millones, de los cuales US$ 2700 millones deberán ser cubiertos por Petroperú. En la construcción de la nueva refinería participará la empresa Técnicas Reunidas de España.[84]

Entre la población talareña predomina una percepción positiva acerca del PMRT, debido principalmente a la expectativa de generación de puestos de trabajo y otros aspectos que beneficiarían a la comunidad, como es la construcción de infraestructura que contribuya a mejorar el desarrollo urbano caótico e informal que ha experimentado la ciudad en las últimas décadas. Sin embargo, entre algunos pobladores existe el temor de que en el mediano o largo plazo se generen efectos acumulativos negativos en la salud de los pobladores, como la posible contaminación en el aire y el agua. También existe preocupación porque se considera que el proyecto no cubriría la oferta de mano de obra con personal local.[85]

El PMRT es uno de los más importantes megaproyectos energéticos del país, cuya repercusión en la dinámica socioeconómica de la ciudad, y en particular en su desarrollo urbano, marcará un hito en la historia de Talara, vinculada estrechamente, como hemos observado, al devenir de la industria petrolera, cuyo impacto ha significado abrir y cerrar ciclos en la trayectoria vital de los habitantes de la ciudad.

83. Petroperú 2012: 2.
84. Petroperú 2014.
85. Walsh 2008: 523.

Bibliografía

Aldana, Juan
1972 *Historia del sindicalismo petrolero.* Lima: Sinamos.

Aranda, Edith
1983 "Los petroleros de Talara después de la nacionalización: 1968-1979". Tesis de Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú.

1998 *Del proyecto urbano moderno a la imagen trizada: Talara 1950-1990.* Lima: Fondo Editorial de la PUCP, Universidad Nacional de Ingeniería.

Basadre, Jorge
1963 *Historia de la República del Perú.* Tomo IX. Lima: Editorial Universitaria.

2005 *Historia de la República del Perú.* Editada por Raul Palacios y Héctor López Martínez. Historia de la República (1933-2000). Vol. 18. Lima: El Comercio.

Candela, Emilio
2008 "Los hidrocarburos en el Perú (1931-1968)". En Margarita Guerra (ed.), *Historia del petróleo en el Perú.* Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú, pp. 169-230.

Contreras, Carlos
1986 *La fuerza laboral minera y sus condiciones de funcionamiento: Cerro de Pasco, siglo XIX.* Lima: IEP.

Dávila, Dilma
1976 "Talara, los petroleros y la huelga de 1931". Memoria de Bachiller en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú.

De Chene, André
1969 *La transformación de las comunidades petroleras.* Caracas: Ediciones de la Biblioteca.

Deustua, Ricardo A.
1921 *El petróleo en el Perú.* Lima: Imprenta Americana.

Espinoza Soriano, Waldemar
1999 "El petróleo en el Tahuantinsuyo, Virreynato e Independencia". *Historia y Cultura. Revista del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú*, n.° 23: 83-143.

Fanal
1949 "Nace una ciudad". *Fanal,* n.º 19: 2-5.

Federación Nacional de Trabajadores Petroleros del Perú (Fenatrapp)
1974 *Compilación de documentos sobre el Plan Talara Ciudad Abierta.* Talara: Archivo de la Federación Nacional de Trabajadores Petroleros.

Flores, Enrique
2008 "Nacimiento de la industria del petróleo en el Perú (1860-1900)". En Margarita Guerra (ed.), *Historia del petróleo en el Perú*. Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú, pp. 101-130.

Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI)
1940 *Censos nacionales de población y vivienda.*
1961 *Censos nacionales de población y vivienda.*
1972 *Censos nacionales de población y vivienda.*
1981 *Censos nacionales de población y vivienda.*
1993 *Censos nacionales de población y vivienda.*
2007 *Censos nacionales de población y vivienda.*
2013 *IV Censo nacional agropecuario 2012.*

Jochamowitz, Luis
2001 *Crónicas del petróleo en el Perú*. Lima: Repsol.

Lesson, Reneé
1973 "Impresiones de Paita (1824)". En Estuardo Núñez (comp.), *El Perú visto por viajeros.* Tomo I. Lima: Peisa, Biblioteca Peruana.

Ludeña, Wiley
1983 *Torres de San Borja o el ocaso de la urbanística*. Lima: Lluvia Editores.

Macera, Pablo
1963 *Historia del petróleo peruano. 1.- Las breas coloniales del siglo XVIII.* Lima: Imprenta de la UNMSM.

Martínez de la Torre, Ricardo
1974 *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*. Tomo III. Lima: UNMSM.

Moya, Reynaldo
2008 *Historia de Talara*. Disponible en: <http://historiadetalara.blogspot.com/>.
2009 *De Sanchez Cerro a Prado*. Disponible en: <http://desanchezcerroaprado.galeon.com/cap08.htm>.

Orrego, Juan Luis
2008 "De la República Aristocrática al Oncenio de Leguía (1900-1930)". En Margarita Guerra (ed.), *Historia del petróleo en el Perú.* Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú, pp. 131-168.

Petroperú
2012 *Operaciones Talara. Informe de postulación al Premio Nacional a la Calidad*. Disponible en: <http://www.cdi.org.pe/pdf/PNC_2012/Informe_PETROPERU-TALARA.pdf>.

2014 *Proyecto de Modernización de la Refinería de Talara* (PMRT). Disponible en: <http://www.petroperu.com.pe/pmrt/que-es-pmrt/>.

Quijandría, Jaime
1993 *El futuro de la empresa del Estado: el caso del sector petrolero.* Documento de trabajo n.º 49, Serie: Documentos de política n.º 3. Lima: IEP.

Revista El Arquitecto Peruano
1948 "El planeamiento de Talara". *El Arquitecto Peruano,* n.º 126.

Rojo, Teresa
1981 "Diseño espacial de un poblado de empresa". *Revista Sociología del Trabajo,* n.º 5: 77-83.

Suyón, Félix
1987 *Ensayo monográfico de Talara.* Talara: Mimeo.

Thorp, Rosemary y Geoffrey Bertram
1985 *Perú: 1890-1977. Crecimiento y políticas en una economía abierta* (2.ª ed.). Lima: Mosca Azul Editores, Fundación Friedrich Ebert, Universidad del Pacífico.

Timaná, Jacinto
1985 "Planeamiento del equipamiento comunal institucional de la ciudad de Talara". Tesis para optar el título profesional de arquitecto, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Artes de la Universidad Nacional de Ingeniería.

Torres, Eduardo
2008 "Las breas del Perú". En Margarita Guerra (ed.), *Historia del petróleo en el Perú.* Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú, pp. 73-86.

Torres, Víctor
2008 "El gobierno revolucionario de las fuerzas armadas". En Margarita Guerra (ed.), *Historia del petróleo en el Perú.* Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, Ediciones Copé, Petróleos del Perú, pp. 233-270.

Vega, Juan José
1988 Los tallanes. Lima: Universidad Nacional de Educación La Cantuta. Mimeo.

Walsh Perú
2008 *Estudio de impacto ambiental y social: modernización de la refinería de Talara.* Disponible en: <http://www.minem.gob.pe/minem/archivos/file/DGGAE/ARCHIVOS/estudios/EIAS%20-%20hidrocarburos/EIA/PETROLEOS_PERU/4,3%20LBS.pdf>.

Weber, Max
1971 *Sobre la teoría de las ciencias sociales.* Barcelona: Ediciones Península.

Sobre los autores de este libro (en orden alfabético)

Susana Aldana Rivera

Es Licenciada (PUCP, Lima, 1988) y Maestra en Historia Andina (FLACSO, Quito, 1991) y candidata a doctor por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En el momento es profesora de la Universidad de ESAN y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Está especializada en historia regional, con una larga trayectoria como investigadora asociada a institutos para el desarrollo, como el Centro de Investigación y Capacitación del Campesinado Cipca (Piura) y el Instituto de Investigación y Desarrollo, el IRD por sus siglas en francés. También es miembro correspondiente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, sección Azuay (2004) y del Instituto Riva-Agüero, de la la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha sido consultora de proyectos de recuperación patrimonial (Universidad Federico Villarreal y Patrimonio Perú-Proyecto Santuario Guadalupe) y Scholar in Residence de la University of Alabama (EE. UU., 2001), donde combinó el dictado de clases con charlas en diferentes universidades norteamericanas. En 2010 obtuvo la Thomas Hawkings Johnson Visiting Scholar Program adscrita a la US Military Academy at West Point, New York. Entre sus publicaciones figuran libros como *Poderes de una región de frontera: comercio y familia en el norte (Piura, 1700-1830)* (Lima: 1999); y *Empresas coloniales: Las tinas de jabón en Piura* (Lima: 1988); además de folletos para actualización de profesores.

Edith Aranda Dioses

Licenciada y Magister en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú, y Candidata al Doctorado en Ciencias Sociales, especialidad de Sociología, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente es Profesora Principal de la Universidad Nacional de Ingeniería; desarrolla también labor docente en la Universidad ESAN. Entre sus publicaciones están libros como: *Del proyecto urbano moderno a la imagen trizada* (1998). Lima: Coedición Fondo Editorial de la Pontificia

Universidad Católica - Universidad Nacional de Ingeniería, y *Sociedad y Universidad: representaciones sociales de los/las estudiantes de la Escuela de Ingeniería Económica de la Universidad Nacional de Ingeniería* (2015). Lima: Editorial Universitaria UNI. Ha publicado artículos en revistas indexadas (nacionales e internacionales), como *Debates en Sociología*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y en *INVI* (Instituto de la Vivienda), Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. Es miembro del equipo premiado por el proyecto "*Lima: coproduced city*" en el concurso *Planetary Urbanism* (2015) organizado por la prestigiosa revista alemana *Arch plus*, en la categoría de Innovación Social, para la Conferencia Habitat III (NN. UU) realizada en Quito, Ecuador en octubre de 2016. Integra el Comité Científico Internacional del *VI Encuentro de Diseño Urbano: Ciudades al límite* que se realizó del 16 al 18 de noviembre de 2016 en la Universidad de Valparaíso (Chile), Red Académica de Diseño Urbano (READU).

Carlos Contreras Carranza

Historiador peruano, nacido en Lima. Se formó en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y El Colegio de México, donde recibió su doctorado (2009). Ha trabajado en el Instituto de Estudios Peruanos (IEP), ejercido la docencia en diversas universidades de Lima y ha sido fundador y presidente de la Asociación Peruana de Historia Económica. Actualmente es profesor del Departamento de Economía de la PUCP, director de la revista *Economía*, publicada por el mismo Departamento, y director de la colección de historia económica publicada por el Banco Central de Reserva del Perú y el IEP. Entre sus libros recientes se encuentran el *Compendio de Historia Económica del Perú* (en calidad de editor), 5 tomos (Lima: 2008-2014); *Historia mínima del Perú*, en coautoría con Marina Zuloaga (México: 2014) y *El aprendizaje de la libertad. Historia del Perú en el siglo de su independencia* (Lima: 2015).

Régulo Franco Jordán

Nació en el Cuzco, titulándose como Arqueólogo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha sido director en las investigaciones arqueológicas del Templo Viejo de Pachacámac por la Fundación Wiese entre 1986 y 1990. Desde 1990 es Director Fundador del Programa Arqueológico Complejo El Brujo y Museo Cao. Fue consultor y asesor del proyecto identidad de Chimbote, 2007-2015; Proyecto Apu Campana, 2012-2015; Proyecto arqueológico Mocollope, 2013-2016. A partir del 2007-2015, fue asesor del proyecto Identidad de Chimbote. Entre 2010 y 2014, fue miembro por la Fundación Wiese del Comité Consultivo de la Ruta Moche. Desde el 2015 es Director de Proyectos Turísticos de la Cámara de Turismo La Libertad (CADETUR). En el periodo 2013-2015 fue consultor y asesor en el Proyecto Arqueológico Mocollope. Ha recibido diferentes distinciones honrosas nacionales e internacionales, en particular por el descubrimiento de la tumba de la Señora de Cao, gobernante Moche. Entre las que destacan la medalla de la ciudad por su contribución con el desarrollo del turismo y la cultura, otorgado por la Municipalidad Provincial del Santa, Chimbote;

así como el nombramiento de Profesor Honorario de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, en Ayacucho. Entre sus obras más conocidas están *Los Mochica, los Secretos de la Huaca Cao Viejo* (Lima: 2009); *El Brujo: Huaca Cao, centro ceremonial Moche en el valle de Chicama* (coautoría con Elías Mujica) (Lima: 2007) y *Huari, el Primer Estado Andino* (Lima: 2010).

Julissa Gutiérrez Rivas

Es Licenciada en Educación con mención en Historia y Bachiller en artes liberales con mención en Historia; ambos por la Universidad de Piura. Tiene estudios de doctorado en Historia Iberoamericana por la Universidad de Huelva (España), para la que elabora la tesis *La esclavitud en el corregimiento de Piura en el siglo XVIII*. Es Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad de Piura desde el año 2000. Ha publicado artículos como: *Paita, una puerta de entrada de contrabando al virreinato peruano* (BIRA N° 32, 2005); *El ingreso de esclavos por Paita en el período del asiento de la South Sea Company* (1713-1750) (En Contreras, Carlos (ed). *Guerra, finanzas y regiones en la Historia del Perú*. Lima, BCR-IEP, 2010); *Disconformes con su destino: Una revuelta de esclavos en el paraje vicus (1707)* (Mercurio Peruano N° 524, 2011) Es co-autora de los libros *Historia de Piura* (del Busto, José Antonio (dir.), 2004) y *Echando raíces en suelo fértil: los inmigrantes chinos en la costa norte del Perú* (1876-1940). (Gutiérrez, Julissa y Vargas, Cristina. Universidad de Piura, 2016, En prensa).

Elizabeth Hernández García

Es Doctora en Historia por la Universidad de Navarra (España) y Magíster en Educación con Mención en Historia por la Universidad de Piura (Perú). Sus investigaciones se han centrado en la clase dirigente del norte peruano en el proceso de independencia (siglos XVIII y XIX). Entre sus publicaciones destacan: *La elite piurana y la independencia del Perú: la lucha por la continuidad en la naciente república (1750-1824)* (Lima-Piura: 2008); *Relaciones de poder en el Perú virreinal: el espacio piurano (siglos XVIII-XIX)* (Guayaquil: 2011) y "Crisis de autoridad en una región periférica, la vecindad piurana frente a la Nueva Patria (1821-1824)" (En *Revista Andina* 52, 2012). Es Miembro de Número de la Academia Peruana de Historia Eclesiástica y Miembro Asociado del Instituto Riva-Agüero. Pertenece a la Asociación Peruana de Historia Económica. Forma parte tanto del "Grupo Bicentenario" del Instituto Riva-Agüero, como de la Secretaría Ejecutiva de los "Coloquios Hacia el Bicentenario de la Independencia del Perú" que organiza esta misma institución todos los años. Actualmente se desempeña como docente e investigadora en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Piura/Campus Lima.

Miguel Jaramillo Baanante

Nació en Trujillo en 1962; es economista, Investigador Principal y al presente Director Ejecutivo del Grupo de Análisis para el Desarrollo – GRADE, en Lima, Perú. Obtuvo la Licenciatura en Economía por la Pontificia Universidad Católica

del Perú y el doctorado en Historia en la Universidad de California, San Diego. Sus áreas de investigación son economía laboral, análisis institucional, políticas sociales e historia económica. Ha publicado los resultados de sus investigaciones en artículos en revistas especializadas del Perú y el extranjero. Así mismo, ha contribuido con capítulos a diversas compilaciones de estudios de historia económica del Perú. Ha sido presidente de la Red de Investigación en Desigualdad y Pobreza (NIP) de la Asociación Latinoamericana de Economistas (LACEA).

Susan Ramírez
Nació en Toledo, Ohio, EE. UU. Se doctoró en la Universidad de Wisconsin (Madison). Ocupa la cátedra Neville G. Penrose en Historia y Estudios de América Latina en la Universidad Cristiana de Texas [Texas Christian University] en Fort Worth. Ha publicado los libros *Patriarcas Provinciales: La tenencia de la tierra y la economía del Poder en el Perú colonial* (1991) *[Provincial Patriarchs: Land Tenure and the Economics of Power in Colonial Peru* (1986, 1991)]; *El mundo al revés: Contactos y conflictos transculturales en el Perú del siglo XVI [The World Upside Down: Cross-Cultural Contact and Conflict in Sixteenth Century Peru]* (1996 y 2002); *To Feed and Be Fed: The Cosmological Bases of Authority and Identity in the Andes* (2005); y *Al servicio de Dios y Su Majestad: Los orígenes de las escuelas públicas para niños indígenas en el norte del Perú en el siglo XVIII* (2014). Hoy continúa sus investigaciones sobre las culturas indígenas del siglo XVI y el impacto de las reformas borbónicas en los nativos del Perú.

Lewis Taylor
Es doctor en Sociología Rural (Liverpool, 1979). Fue profesor en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge; en el Departamento de Política de la Universidad de York; y en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Liverpool. Sus investigaciones se centran en la historia rural de Cajamarca y la política peruana. Entre sus publicaciones en castellano figuran: *Gamonales y Bandoleros: violencia social y política en Hualgayoc – Cajamarca, 1900-1930*'; '*Estructuras agrarias y cambios sociales en Cajamarca, siglos XIX-XX*'; y '*¿Cómo y por qué votaron los campesinos? Las elecciones generales y regionales del 2006 en el campo cajamarquino*', *Debate Agrario* 43 (2008). En ingles: '*Alberto Fujimori's Peripeteia: from 'Re-Reelección' to Regime Collapse*', *European Review of Latin American and Caribbean Studies 70* (2001); *ShiningPath: Guerrilla War in Peru's Northern Highlands*; y '*Environmentalism and Social Protest: The Contemporary Anti-mining Mobilization in the Province of San Marcos and the Condebamba Valley, Peru*', *Journal of Agrarian Change* 11:3 (2011).